THOMAS WHIGHAM

La Guerra de la Triple Alianza

Volumen III

Danza de muerte y destrucción

taurus

Thomas Whigham

La Guerra de la Triple Alianza

Volumen III

Danza de muerte y destrucción

taurus historia

Para Andrea Gayoso.

Índice

Cubierta

Portadilla

Dedicatoria

Índice

Introducción al tercer volumen

Capítulo 1: La resistencia continúa

- Ajustando el cinturón
  - Proyectos de paz y la cuestión de los prisioneros europeos
- Combates ininterrumpidos
- Parecué
- Tataiybá
- Potrero Ovella y Tayí

Segunda Tuyutí

Capítulo 2: El costo de la resistencia

El rey de Paso Pucú

Paso Poí

Capítulo 3: Mitre despeja el camino

Corta incursión a lo irreal

¿Caxias todopoderoso?

El paso por las baterías

La alianza pierde a Flores

El asalto a Asunción

Capítulo 4: Cruel desgaste

Canoas contra acorazados

El mariscal se retira a través del Chaco

Los aliados continúan presionando

Se cierra el puño

Demoras, desesperación y fracasadas innovaciones

La caída de Humaitá

Capítulo 5: La nación se devora a sí misma

Momento de sospecha y temor

Los tribunales de sangre

Capítulo 6: Lucha sin cuartel

Al Tebicuary y más allá

La guerra continúa

Washburn se va

Argentina una vez más

Surubiy

Una ruta a través del Chaco

Caxias cruza el río

Llega McMahon

Capítulo 7: La campaña de diciembre

Ytororó

Avay

Un rayo de esperanza, una sombra de resignación

Itá Ybaté
Cinco días de pelea
Angostura

Capítulo 8: Otra pausa
El mariscal cabalga tierra adentro
El saqueo de Asunción
Caxias da un paso al costado
Paranhos y la ocupación aliada
El mariscal vuelve a preparar el escenario
El conde d'Eu asume el comando

Capítulo 9: Últimas bocanadas
El asalto a Ybycuí
Parte McMahon
La tenaza comienza a cerrarse
Piribebuy
Ñu Guazú

Capítulo 10: El nuevo y el viejo Paraguay

La política aliada en la construcción nacional
Faccionalismo
El gobierno provisorio
El avance a Caraguatay
La destrucción de la flota
Persecución

Capítulo 11: El final
Vía Crucis: Los primeros pasos
Vía Crucis: Las sacudidas finales
La guerra devora a los suyos
El anfiteatro de la aflicción
Cerro Corá
El después

Epílogo
Reconocimientos
Abreviaturas
Bibliografía

NOTAS
BIOGRAFÍA
CRÉDITOS
GRUPO SANTILLANA

Introducción al tercer volumen

La Guerra de la Triple Alianza se asemeja a una tragedia griega en la cual tanto el público como los personajes conocen el final antes de que la obra termine. En el fondo, el coro entona su lamento por las adversidades de la vida mientras la atribulada audiencia pondera el significado de los sucesos antes de que los actores abandonen el escenario. Conforme avanza, la acción de la obra se presenta como un acicate para la contemplación. Y cuando las apologías finales son recitadas, las palabras expresan tanto un sentimiento de alivio como una lección acerca de lo necio e inútil que es desafiar la voluntad de los

dioses.

Algunos de estos mismos sentimientos y temores debieron perturbar los pensamientos y encadenar los sueños del mariscal López y los líderes aliados cuando la Guerra de la Triple Alianza llegaba a su punto medio. Los acontecimientos de 1866 y 1867 habían quebrado la confianza previa y las expectativas de una rápida victoria. La intervención externa se había vuelto imposible; no habría cañones británicos para forzar la paz como ocurrió con el conflicto cisplatino de 1825-1828. No habría asesinatos que removieran a un tirano petulante. No habría una paz negociada por separado. Ninguna fuerza amiga cambiaría el balance del terror. Y ahora, dadas estas certezas, nada parecía presentarse tan poderosamente a los hombres en el campo de batalla como el hecho de que esta guerra de desgaste solo acabaría cuando todos fueran masacrados. Esto era algo que no podía confortar a nadie.

En el segundo volumen de este estudio, intenté demostrar que la extensa campaña en Paraguay

ayudó a expandir un sentido nacionalista más moderno en aquellos países sudamericanos que, paradójicamente, estaban menos interesados en abandonar sus viejas identidades y sus antiguos prejuicios.

En Brasil, para don Pedro II era conveniente que su pueblo se considerara súbdito imperial primero, y solo en un muy distante segundo lugar, brasileño. Para eso, no era necesario perder tiempo en nada parecido a una movilización popular. Ni siquiera Luís Alves de Lima e Silva, marqués de Caxias, el paladín militar en quien los aliados depositaban tantas esperanzas, podía superar un maligno e inconfundible desprecio por sus hombres.

Para ganar, sin embargo, ni Caxias ni el emperador (ni los demás líderes aliados) podían dejarse dominar por sus usuales impulsos. Si pretendían derrotar a los obstinados paraguayos, debían estar abiertos a cualquier innovación, no solamente en términos militares, como el uso de globos de observación, rifles aguja o buques

acorazados, sino también en el campo estrictamente político. Pero proceder de esta forma era riesgoso. Suponía muchos posibles peligros para el orden establecido. Oficiales de origen humilde, por ejemplo, podrían tener que ser promovidos a posiciones de mando, y podrían resistirse a ceder el poder una vez que este estuviera en sus manos. Nuevos reclutas tendrían que ser inspirados por una causa nacional, antes que por una imperial, y esto también daba motivos de preocupación. Incluso los esclavos tendrían que ser estimulados a pensar que su situación fundamental podría de alguna manera cambiar una vez que vistieran un uniforme.

Con los paraguayos, la tarea de construir una milicia cohesionada era más simple, ya que se contaba para ello con la base de una cultura de patriarcado rural e intercambio recíproco que provenía del período colonial. Pero, aun allí, el conflicto con la Triple Alianza generó demandas sin precedentes sobre el pueblo paraguayo, y ni siquiera el mariscal Francisco Solano López, con

toda su influencia personal y oficial, podía depender exclusivamente de prerrogativas tradicionales. Él también tenía que apelar a las masas, especialmente cuando los reveses en Estero Bellaco, Tuyutí y Curuzú habían demostrado las limitaciones de una defensa convencional, y considerando la desconfianza del mariscal en los miembros de la élite paraguaya, pese a que hasta ese momento se habían mantenido leales.

A no dudarlo, los cañones Lahitte fueron muy utilizados por el ejército paraguayo, lo mismo que los cohetes Congreve y los «torpedos» de río, pero los suministros de armamento moderno se volvían más escasos cada día. Ningún cargamento nuevo podía llegar debido al bloqueo aliado y, a pesar del valiente esfuerzo de los paraguayos de luchar con armas fabricadas localmente en el arsenal de Asunción y en la fundición de Ybycuí, esta producción no podía de ningún modo reemplazar los artículos previamente importados.

El mariscal, por lo tanto, buscaba contrarrestar la superioridad material y numérica del enemigo

con incentivos morales. Deliberada y claramente, adoptó una estrategia de guerra que acentuaba un propósito nacional común. De ahora en adelante, toda la «raza» paraguaya se levantaría en armas contra los *kamba* y, en cada campo de batalla, cada hombre gritaría su indignación al enemigo con una única, estridente voz, y esa voz resonaría en guaraní.

El volumen tres abordará la génesis de esta situación entre mediados de 1867 y marzo de 1870. Delineará los múltiples cambios y ajustes que ocurrieron y cuyos aspectos, mutuamente reforzados, resultaron a la postre, brutalmente trágicos. Cada cambio del lado paraguayo dirigido a crear una relación más fluida entre oficiales y hombres requería alguna nueva adaptación por parte de los aliados, y esto ocurría permanentemente, una y otra vez. Cada vez que los comandantes aliados se lanzaban ciegamente al frente, como lo hicieron en Curupayty, tropezaban contra un muro de intransigentes paraguayos. Una respuesta flexible y determinada a ese hecho no

solo era recomendable, era absolutamente necesaria. Y aun así, lo que resultaba generalmente de ello no era una mayor fineza, sino un mayor salvajismo.

Este patrón quedó establecido de la forma más completa y despiadada durante el largo sitio de Humaitá. Los enfrentamientos en este período fueron limitados. Evidentemente, los aliados pensaban que las enfermedades, el hambre y el agotamiento harían el trabajo por ellos. En unas pocas ocasiones hubo considerable derramamiento de sangre en las líneas de contacto militar, pero por lo general el comando aliado se satisfacía con una lenta estrangulación del ejército del mariscal. Era una estrategia clásica de desgaste, con los soldados aliados, más numerosos, mejor entrenados y mejor abastecidos, sofocando sin apuro al enemigo.

El problema era que los paraguayos no se daban por vencidos. Renovaban su unida resistencia como para continuar peleando sin interrupción y sin importar el costo. Esto incluyó el

reclutamiento, hasta en los más recónditos caseríos de la república, de niños a quienes dotaban con lanzas de tacuara para enfrentar rifles de repetición y enviaban a pelear, sin titubeos, hasta el amargo final. Como si esto no fuera suficientemente malo, la lógica de la guerra también condujo a periódicas purgas en el frente doméstico, especialmente durante los Tribunales de Sangre de 1868. El objeto siempre era el mismo: mantener al ejército paraguayo peleando.

Este era el trabajo que el mariscal López se impuso, y reflejaba el trabajo que Caxias y los otros comandantes aliados tenían, igualmente, que cumplir. El público en Brasil y Argentina ya estaba cansado del conflicto a principios del primer año y habría aceptado con beneplácito cualquier solución inferior a un triunfo militar si sus generales y líderes civiles le hubieran dado esa opción. Hubo también muchos potenciales mediadores. Charles Ames Washburn continuó ofreciendo los buenos servicios de los Estados Unidos para acordar la paz. Los franceses, los

británicos, los peruanos, todos expresaban voluntad de ayudar. Pero ninguno de los líderes beligerantes estuvo dispuesto a apearse de su posición. Todavía se aferraban a la meta de una victoria absoluta, o bien soñaban con salvar su honor mutilado sin considerar el costo para sus respectivos pueblos. Cualquiera que haya sido el caso, no sirvió para nada bueno. El resultado fue la tragedia. Se impuso la peor y más brutal clase de conducta en el frente y se legitimó la indiferencia hacia la vida humana.

Al final, la guerra experimentó una metamorfosis en Paraguay y pasó de una forma convencional de resistencia militar a una lucha por la supervivencia nacional. Como en la conquista (y en la lucha por la independencia en los 1810), hubo momentos de democratización social *de facto*. Individuos de origen humilde que mostraban valentía frente al enemigo y eficiencia en cuestiones logísticas ganaban puestos de responsabilidad en el ejército y en la administración civil. Pero esta mayor integración

fue construida sobre un mayor sufrimiento. Del lado paraguayo, muchas de las responsabilidades delegadas por el Estado únicamente podían ser vistas como sombrías, ya que conferían autoridad sobre recursos en constante declive. Las cosechas habían declinado, las medicinas habían desaparecido y prácticamente no había excedentes de los que echar mano. Las reservas de mano de obra habían sido succionadas como por un torbellino en Humaitá. Por lo tanto, pese a que las élites paraguayas se habían unido en los rangos con los desposeídos, y a que los recursos restantes del país estaban distribuidos más equitativamente, el panorama no podía ser alentador para aquellos que deseaban un orden más justo e igualitario en Paraguay. No solamente el poder de López siguió siendo absoluto, como siempre lo había sido, sino que los pobres, como herederos de una autoridad a la que nunca habían aspirado, se encontraban a cargo de nada.

Era el preludio de la peor catástrofe que el país había experimentado jamás.

Capítulo 1

La resistencia continúa

Por mucho que trataran, a los paraguayos les iba a ser extremadamente difícil, si no imposible, sostener su posición cuando Caxias apretara el puño en torno a Humaitá. Todos en el lado aliado estimaban que una batalla decisiva era inminente, y en la lejana Buenos Aires los editores de *The Standard* anticipaban que la campaña por fin estaba a punto de concluir, «posiblemente antes del embarque del correo británico».[1] Uno podría suponer que, a esas alturas, observadores responsables tendrían que haber aprendido a evitar

predicciones tan optimistas. La guerra se había devorado ya muchos vaticinios ingenuos y lo haría una vez más, ya que, aunque los aliados se supieran fuertes y bien situados, los paraguayos estaban lejos de aceptar su derrota.

Cualquier ejército, desde luego, puede ser forzado a la sumisión, y a mediados de 1868 el paraguayo no era una excepción. Muchos en el bando aliado habían sido partidarios de un duro y constante desgaste, pero ahora que las fuerzas del mariscal lucían tan deterioradas, lo más lógico parecía ser apresurar su derrota adoptando un método más violento. Sin embargo, un giro hacia una victoria total en ese momento requería confianza política y cohesión tanto en el alto comando como entre las unidades del ejército aliado. Caxias aún tenía que construir una solidaridad de tales características. Bartolomé Mitre, como siempre, estaba lleno de elaboradas ideas y estrategias, pero que sus nociones pudieran conducir a un rápido triunfo en Humaitá seguía siendo dudoso para los hombres en el frente. Y

había otra cuestión. Aunque la mayoría de los oficiales y consejeros no lo creyeran posible, algunos sospechaban que López podría continuar la lucha incluso después de que la fortaleza hubiera caído.

Ajustando el cinturón

El 31 de julio de 1867, los aliados tomaron San Solano, una pequeña estancia al norte de Tuyucué perteneciente a la familia López y recientemente convertida en albergue temporal para civiles desplazados de las Misiones. Capturar este sitio (que llevaba el nombre del santo patrono del mariscal) significaba una excelente oportunidad para acorralar la fortaleza, por lo cual parecía que un cerco completo sobre Humaitá estaba al alcance de la mano. Los aliados, sin duda complacidos por su progreso, observaron una considerable actividad dentro de las líneas paraguayas, con mucho movimiento de hombres y traslado de ganado al campamento principal. A finales de la tarde, el mariscal hizo traer dos lanzacohetes y cuatro piezas de campo, que inmediatamente dispararon sobre las nuevas posiciones aliadas. Varias piezas brasileñas respondieron y el fuego continuó hasta después del anochecer.

Al día siguiente, el general Manoel Luiz Osório envió varias unidades contra estos mismos cañones enemigos, para descubrir que López había retirado las piezas principales y dejado solo un regimiento de caballería cubriendo la posición. Los jinetes paraguayos no tenían capacidad de resistir la caballería que Osório lanzó a la refriega, pero no estaban dispuestos a rendirse. No había dudas sobre lo que ocurriría. Ciento veinte paraguayos murieron, otros quince fueron hechos prisioneros y pequeñas cantidades de armas, municiones y lanzacohetes cayeron en manos aliadas.[2]

Este fue el comienzo de una fase mucho más activa de la campaña, en la cual los aliados hostigaron a los paraguayos con toda la regularidad que les fue posible. Mitre ya había llegado a Tuyucué. Trajo consigo un plan para la siguiente etapa del avance, que contemplaba un ataque general sobre las líneas enemigas de comunicación entre el Cuadrilátero y Pilar, un pueblo bastante grande, siete leguas al norte, que

alguna vez había sido el centro comercial del sur del Paraguay.[3]

Pilar había decaído en importancia desde la construcción de Humaitá en los 1850, pero era todavía una comunidad significativa que, en la mente de Mitre, podría más adelante convertirse en un lugar seguro para el desembarco de tropas y suministros aliados. No está claro si Mitre pretendía tomar Pilar en este momento. Acababa de acomodarse en el nuevo cuartel preparado para él en Tuyucué; construido con troncos de lapacho y arcilla, tenía poco para halagar la mirada de un poeta, pero era suficientemente espacioso para proporcionarle refugio temporal. Su presencia y sus planes, sin embargo, ya no eran tomados como fundamentales. Aunque el presidente argentino todavía podía presentarse como el cerebro del esfuerzo de guerra aliado, ahora el control *de facto* lo tenía Caxias, tanto en las operaciones del día a día como en cuestiones más amplias de comando.

Eso incluía la relación con la flota, un tema

particularmente urticante en el comando aliado. El gobierno imperial, con sus inclinaciones aristocráticas y mercantiles, hacía tiempo que se había comprometido con una política a favor de la armada sobre el ejército en materia de defensa, y Caxias lo sabía. Aunque esta preferencia tenía sentido en la geografía costeña del Brasil, no pasaba lo mismo en la estrategia ofensiva en Paraguay. Pese a ello, a diferencia de Mitre, quien nunca pudo reconciliarse con este orden de prioridades, el marqués se propuso esquivar sus aspectos más negativos haciendo concesiones a los intereses navales cuando tenía espacio de maniobra para ello, y sobrepasándolos cuando debía hacerlo. Por encima de todo, no tenía intenciones de romper sus acuerdos previos con el vicealmirante Joaquim José Ignácio.

Mitre aceptó todo esto a regañadientes, por más que lo desconcertaba y enfadaba. Una vez más, presionó para contar con una mayor acción por parte de la flota y Caxias le prometió todo el apoyo que fuese apropiado.[4] A pesar de sus

propias dudas, el marqués continuó comportándose con deferencia tanto con su subordinado naval como con su superior nominal en tierra. Pero su fortaleza como militar siempre había consistido en su singular lucidez para comprender cada situación. Esta no fue la excepción. Durante este período, la prensa de Europa y los países aliados dedicó mucho espacio a las supuestas riñas entre los dos comandantes.[5] Lo más probable es que don Bartolo quisiera encontrar una forma honorable de ceder más autoridad al marqués, cuya reputación en el frente había crecido a la par que la de Mitre había menguado. Ambos hombres se daban cuenta de que cualquier desviación de la práctica establecida debía, de ahí en adelante, partir de los brasileños. Sin embargo, pese a este entendimiento, las maquinaciones e intrigas para la planificación militar y la asignación de responsabilidades eran inevitables.

El 3 de agosto, Mitre despachó al general uruguayo Enrique Castro con una columna de unos 3.000 jinetes, brasileños y orientales, para

explorar los senderos que llevaban al norte hacia Pilar. Justo después de San Solano, Castro se encontró con 700 paraguayos mal montados y, en una desigual refriega, los hizo retroceder hasta un punto dos leguas debajo del pueblo. Reportó pérdidas enemigas de 150 muertos y 34 prisioneros, mientras que, en su propio comando, solamente registró un muerto y ocho heridos.[6] Los aliados presumieron que el mariscal había abandonado la comunidad a su suerte para concentrarse en la defensa de Humaitá, pese a lo cual Castro no avanzó para tomar el lugar, que de todos modos no tenía forma de mantener.[7] En cambio, cortó las líneas telegráficas paraguayas a Asunción en varios puntos y volvió a Tuyucué.[8] Durante las siguientes semanas, su caballería condujo varias exploraciones y reconocimientos similares que, en conjunto, mantuvieron a las tropas del mariscal alejadas del campo abierto.[9]

El hostigamiento no era exclusivo de uno de los bandos. La distancia entre Tuyutí y Tuyucué era más del doble de la que había entre Tuyutí e

Itapirú, y los senderos al norte eran ideales para montar ataques sorpresa. Las provisiones para las fuerzas aliadas en Tuyucué eran despachadas a través de bosques de palmeras desde el campamento principal cada dos días, y sus espías mantenían informado al mariscal de estos movimientos y del tamaño de las escoltas de caballería o infantería. López estaba decidido a aprovechar al máximo estas oportunidades.

El 11 de agosto, una fuerza montada bajo las órdenes del mayor Bernardino Caballero preparó una emboscada en un monte entre Tuyutí y Tuyucué. Maestro del ocultamiento, el mayor organizó el ataque con gran precisión. Los paraguayos se lanzaron sobre la escolta enemiga disparando sus mosquetes a corta distancia y, cuando las balas quebraron las ramas de los árboles y silbaron cerca de las cabezas de las tropas oponentes, los transportistas aliados, llenos de pánico, saltaron de sus caballos y corrieron a los bosques del sur. Caballero se hizo de una considerable cantidad de carretas llenas de

suministros con mínimas pérdidas de su lado, un logro por el cual fue ampliamente recompensado por el mariscal.[10]

Esta fue solo una de muchas aventuras similares. En otra ocasión, los paraguayos lograron capturar un rebaño de 800 cabezas de ganado que estaban siendo arreadas exactamente en el mismo monte.[11] Y en otra oportunidad, capturaron una gran cantidad de papel para escribir, artículo que se había vuelto sumamente escaso en Humaitá y Paso Pucú.[12] La misión más inusual se cumplió poco tiempo después, cuando soldados del mariscal llegaron gateando por la noche, tomaron uno de los mangrullos enemigos, mataron a los custodios y trasladaron la estructura completa hasta sus propias líneas antes de que los aliados se dieran cuenta de lo que había ocurrido.[13]

Mientras tanto, Mitre y los otros comandantes aliados se ocupaban de la fortificación, construyendo nuevas baterías frente a Tuyucué para intentar neutralizar los regulares bombardeos enemigos sobre su posición. El mayor Max von

Versen, consciente de la debilidad de las defensas paraguayas, más tarde escribió que los aliados cometieron un error al no montar un ataque:

> En vez de avanzar al son de los tambores y rápidamente quebrar la posición enemiga, esperaron a una distancia de una milla y media, mantuvieron un vigoroso bombardeo de más de dos días y prepararon sus propias trincheras. El marqués de Caxias trató de cortar la comunicación de los paraguayos con Asunción con el despliegue de 10.000 soldados en el flanco este en Solano, buscando al mismo tiempo mantener contactos con Tuyutí. [Pero esto favoreció al mariscal] y los paraguayos nunca cesaron de apropiarse de varios rebaños de ganado [mientras] López agotaba a los puestos de avanzada del enemigo y perturbaba su transporte de toda clase de suministros.[14]

Los comandantes aliados, evidentemente, habían decidido sitiar la posición paraguaya, ya que creían que la superioridad de su caballería impediría a López seguir abasteciendo a Humaitá por mucho tiempo más. En el momento indicado, los acorazados del almirante Ignácio avanzarían, forzarían el paso en Curupayty y sellarían el destino de las unidades paraguayas de la costa.

En realidad, incluso entonces la posición

paraguaya seguía siendo firme. López pensaba que la maniobra de flanqueo que el ejército aliado ya había desarrollado más allá de San Solano preparaba el camino para un ataque a gran escala contra su izquierda. Al no materializarse ese ataque, tuvo tiempo de reevaluar su distribución, trasladar piezas de artillería desde Curupayty y mejorar la defensa de la fortaleza. En las siguientes semanas, sus hombres construyeron una nueva ruta desde Timbó, del lado chaqueño del río, 15 kilómetros al norte de Humaitá, hasta Monte Lindo, pequeño sitio de desembarco a unos ocho kilómetros de la confluencia del río Paraguay y su tributario oriental, el Tebicuary.[15] Finalmente, el mariscal ordenó a los civiles que seguían en el Cuadrilátero abandonar Humaitá y marchar al norte por esta ruta, lejos del posible ataque aliado.

Mientras tanto, el duro hostigamiento sobre las posiciones paraguayas continuaba sin tregua, con la armada por una vez liderando el camino. Poco antes de las siete de la mañana del 15 de agosto,

diez acorazados del almirante Ignácio consiguieron pasar río arriba de las baterías de Curupayty. Los paraguayos les dispararon un tiro tras otro mientras pasaban, pero no recibieron respuesta.[16] El comandante del *Tamandaré*, Elisário Barboza, abrió la ventana de su cabina en un intento de descargar un cañón, pero fue alcanzado por una bomba paraguaya antes de que pudiera disparar. Perdió una pierna como resultado.[17]

Los cañoneros paraguayos golpearon a los barcos brasileños 246 veces, pero no pudieron hundir ninguno, y el daño infligido fue pronto reparado.[18] Después de un paso de dos horas y media, cinco buques de la flotilla soltaron anclas entre Curupayty y Humaitá, mientras otros cinco siguieron río arriba y amarraron detrás de una pequeña isla frente a la fortaleza principal, fuera del alcance de sus cañones. [19] El anarquista francés Elisée Reclus escribió un artículo a fines de 1867 en el que afirmó que este paso brasileño por Curupayty fue solo la primera etapa de un plan

más ambicioso de ataque, y que, al fracasar en hacer el movimiento en el mismo día, el almirante Ignacio había asegurado un «desastre» para los aliados. A. J. Victorino de Barros (un muy respetado historiador masón que hizo del estudio de la parte católica de la vida del almirante la obra de su vida) tildó el argumento de Reclus como una insípida apología de los paraguayos y afirmó, en forma bastante correcta, que no había un plan de avanzar sobre Humaitá en este tiempo.[20]

El paso de la armada por Curupayty levantó la moral de los aliados y poco después el emperador recompensó al almirante Ignácio ennobleciéndolo como visconde de Inhaúma.[21] Había demostrado —por fin— que sus unidades navales podían moverse a la par que las fuerzas terrestres.[22] Sin embargo, también tenía motivos de preocupación. Cuando hizo el recuento de los 33 brasileños muertos y heridos, así como de los numerosos agujeros y abolladuras que los paraguayos habían dejado en sus barcos (algunas de las cuales tenían tres pulgadas de profundidad), solamente pudo

concluir que pasar Humaitá de manera similar sería costoso en extremo.[23]

Las pérdidas que había sufrido la armada eran mínimas en comparación con las de las fuerzas terrestres, pero esto no pareció importarle a Ignácio. Al igual que a los otros comandantes brasileños (a excepción de Osório), le irritaba estar bajo el comando de Mitre y se preguntaba, a veces en voz alta, si el presidente argentino estaba conduciendo el conflicto de acuerdo con una agenda oculta, con la intención de ver debilitado al imperio.[24] De esta forma, todos los esfuerzos por lograr que los soldados argentinos odiaran a los paraguayos quedaban opacados por los hechos que hacían a los hombres de Buenos Aires y de las pampas odiar la guerra.

En términos estratégicos, el logro de Ignácio era significativo. Volvió insostenible la posición paraguaya de Curupayty, dejando al mariscal pocas opciones más que ordenar al coronel Paulino Alén abandonarla con la mayor parte de la tropa y dirigirse al norte hasta Humaitá. Allí Alén

se ocupó de comandar la guarnición (y comenzó a beber hasta tener serios problemas con el mariscal y con sus camaradas oficiales). Dejó atrás una mínima fuerza bajo las órdenes del capitán naval Pedro Victoriano Gill, sobrino del general Barrios.[25]

Más allá de su supuesto éxito, Ignácio había dejado su flotilla mal situada en Curupayty, desligada de sus bases de suministro en Corrientes y Paso de la Patria. Sin carbón suficiente, sus opciones para hacer mayores avances a lo largo del río eran limitadas.[26] Algunas provisiones eran transportadas hasta en canoas y a través de un enmarañado camino que los aliados habían abierto en el lado chaqueño del río.[27] Pero el almirante necesitaba suministros en cantidades mucho mayores, lo que significaba que tendría que esperar hasta que las fuerzas terrestres reiniciaran su avance.

La armada aliada dedicó entonces muchas semanas a bombardear «espirituosamente» la fortaleza. Los cañoneros brasileños se hicieron

aun más duchos en aclarar sus ojos en medio de la bola de humo que llenaba los compartimentos de sus barcos. El estruendo de sus cañones retumbaba sin misericordia en sus oídos y hacía temblar casas hasta en Corrientes.[28] Aun así, el daño que lograban causar era mínimo, excepto por los ladrillos de la capilla, la única estructura en Humaitá claramente visible desde su posición. Más que como blanco, sus campanarios se ofrecían como modelo para el lápiz de un artista, ya que conjugaban perfectamente la vanidad del mariscal, el coraje de sus soldados y la desesperación de su pueblo.

Los cuatro acorazados más avanzados todavía no habían avistado las baterías menores «a la barbeta», ni las fortificaciones más pesadas encima de la Batería Londres. Por otra falla del sistema de inteligencia, los aliados no sabían que la guarnición paraguaya se había reducido a 2.000 hombres custodiando una docena de edificios. No obstante, estas tropas todavía podían contestar las aproximaciones desde el río con piezas que Alén

había traído desde Curupayty. La mayor parte de la artillería había sido enviada al este para resistir a Mitre y a los brasileños en Tuyucué. Un número importante de cañones no estaba disponible para su uso contra los acorazados, pero el paso por el río seguía siendo, pese a todo, peligroso. Todavía había «torpedos» flotando en el agua, y la cadena que los hombres del mariscal habían extendido a través del río desde Humaitá hasta el Chaco dificultaba la navegación aún más.

La mala ubicación de los barcos aliados en relación con Paso de la Patria causó algunas renovadas fricciones entre los comandantes aliados. Ignácio escribió a Caxias el 23 de agosto para señalar que necesitaría más provisiones si iba a forzar el paso en Humaitá y que, si no podía obtener al menos alguna ayuda inmediata, no podría mantener su situación arriba de Curupayty. E incluso si llegaban esas provisiones, indicó, una retirada a Paso de la Patria podría ser necesaria.[29]

Con todos sus bueyes y mulas empleados en

transportar provisiones de Tuyutí a Tuyucué, el marqués no tenía forma de incrementar el flujo a través de los senderos del Chaco para ayudar a Ignácio. Incapaz de satisfacer el requerimiento del almirante, y convencido de que hacía poca diferencia para la ofensiva general, Caxias ordenó a los acorazados navegar río abajo y retornar a su posición previa. Razonó que un retiro temporal supondría pocos inconvenientes debido a que los paraguayos ya habían retirado sus cañones de Curupayty y ya no amenazaban el paso de la flota. Ignácio podría reanudar sus operaciones contra las baterías fluviales del mariscal una vez que se reabasteciera de carbón, municiones y comestibles.

El tiempo, sin embargo, no estaba del lado del almirante. Cuando el mariscal descubrió que los acorazados no atacarían Humaitá, mandó llevar de nuevo a Curupayty varios de los cañones que recientemente había retirado. Esto tuvo el efecto de encajonar los buques de Ignacio y confirmar las preocupaciones de Mitre de que se había perdido

un tiempo irreparable.[30] Quizás la posición de Curupayty no era tan insostenible después de todo.

Caxias había discutido el problema de la flota con el presidente argentino en varias ocasiones, pero dar la orden de retirada sin consultar a su superior era una violación de la cortesía militar, y Mitre no se sintió feliz al enterarse. La noche del 26 se reunió con el marqués para quejarse y recibió como calmada respuesta que debería circunscribirse a su papel dentro de la alianza y recordar que las cuestiones concernientes a la armada caían bajo la exclusiva jurisdicción de los brasileños. Este era, de hecho, un asunto discutible. Mitre tenía todo el derecho a demandar una apropiada subordinación de sus comandantes, sin excepción de Caxias.[31] En ese momento, parecía que el orgullo herido de un molesto republicano argentino chocaba con la innata arrogancia de un aristócrata brasileño, y no estaba claro quién retrocedería primero.

Ninguno lo hizo. Ambos hombres salieron de la reunión a considerar las palabras que habían

intercambiado. Nunca habían sido amigos, pero se respetaban en muchos sentidos y debieron sentirse preocupados por la fricción que crecía entre ellos. Al día siguiente, el presidente envió al marqués otra nota para clarificar sus razones para oponerse a un retiro naval, incluso si solo era temporal. Ya había tomado demasiado tiempo cumplir los objetivos en el río; ¿por qué debería contemplarse ahora una vuelta atrás, aunque fuese momentánea?, preguntó Mitre. El presidente argentino no era alguien acostumbrado a disimular. No hay razones para dudar de la razonabilidad de sus argumentos, aunque estaban probablemente más basados en su resistencia a admitir ninguna debilidad frente al marqués que en su fe en la alianza.

Caxias había anticipado este mensaje y, conociendo la elocuencia de Mitre (y su propia posición de fuerza), decidió concederle la razón en ese punto. Cuidadosamente, le respondió que su orden a Ignácio no fue más que una sugerencia y que no tuvo carácter imperativo. Esto —declaró— debería satisfacer a Su Excelencia, ya que la flota

podría permanecer donde estaba.[32] Y por un tiempo lo hizo.

Mitre estuvo lejos de quedar satisfecho con la situación. La nota del marqués no mencionaba ninguna acción contemplada contra Humaitá y dejaba cuestiones de comando sin resolver. No obstante, en vez de enredarse en una indecorosa competencia de gritos, prefirió remitirle por escrito sus puntos de vista el 9 de septiembre. Este extenso memorándum, que solamente fue publicado a principios del siglo veinte, irradiaba frustración. Enumeraba todos los obstáculos que había encontrado por parte de la armada desde los tiempos de Tamandaré. Afirmaba que nunca había existido un impedimento real que justificara la negativa de la flota a pasar Humaitá y que, de hecho, era incuestionable que había llegado el momento de hacer ese avance, ya que los paraguayos habían trastrabillado rotundamente desde julio y tenían todavía que erigir una defensa consistente, fuera en la fortaleza, fuera más cerca de Tuyucué. Subrayó además que, como

comandante en jefe, él siempre había apoyado una coherencia total entre los ejércitos y la flota y que, por lo tanto, podía reclamar autoridad sobre los buques de guerra aliados de la misma manera que sobre las unidades militares en tierra.[33]

A juzgar por la larga carta que Caxias dirigió al ministro imperial de Guerra el 11 de septiembre, el marqués estaba enfurecido por la muestra de arrogancia de Mitre, que parecía sentir verdadero placer ante la idea de que buques brasileños fueran estropeados por los cañoneros del mariscal. Caxias argumentó que el imperio había evitado usurpaciones de las repúblicas vecinas debido a que mantenía una armada formidable, pero que la táctica sugerida por el presidente argentino con seguridad causaría muchas pérdidas irreparables a la flota. Brasil tenía que pensar en sí mismo.[34]

Todo esto podría haber ocasionado una ruptura abierta entre los dos comandantes, pero ninguno era tan impetuoso como para permitir que eso ocurriera, con independencia de lo que expresaran en su correspondencia privada con ministros de

gobierno. Caxias todavía contaba con la mejor carta y ambos hombres estaban plenamente conscientes de ese hecho.[35] Además, había temas militares más urgentes que considerar, así como rumores de posibles negociaciones de paz con los paraguayos.

PROYECTOS DE PAZ Y LA CUESTIÓN DE LOS PRISIONEROS EUROPEOS

A fines de julio de 1867, Gerald Francis Gould, el secretario de la legación británica en Buenos Aires, recibió instrucciones de su gobierno de embarcarse al Paraguay y arreglar con el mariscal la evacuación de los súbditos británicos del país. A diferencia de Washburn, cuyos esfuerzos de mediación habían recibido la aprobación del Congreso de Estados Unidos, Gould carecía de las credenciales, así como de la jerarquía, para involucrarse en negociaciones o intentar nada que se pareciera a una mediación. Y, sin embargo, cuando el buque de guerra británico *Doterel* llegó a aguas paraguayas y el secretario desembarcó, creyó prudente abordar el tema, aunque fuera informalmente.

La situación de los extranjeros residentes en Paraguay se había vuelto precaria. No solamente habían sufrido las mismas privaciones que los civiles locales —lo que era de por sí bastante

malo—, sino que se habían convertido en objetos regulares de vigilancia policial. López, al parecer, tenía apreciaciones cambiantes sobre estos hombres y mujeres. Por un lado, los ingenieros, trabajadores calificados y maquinistas lo habían ayudado a construir una estupenda resistencia, pero, por otro lado, su disposición a seguir sirviéndolo en las presentes circunstancias era incierta.[36] Dada la errática psicología del mariscal, si dejaban de ser leales colaboradores podrían convertirse en enemigos, y esa sola idea era suficiente para inspirar preocupación a los británicos.

Su imagen de neutrales, amigables y útiles comenzaba a desaparecer en esta atmósfera. Americanos, italianos, portugueses, todos estaban bajo presión, e incluso el personal diplomático en Asunción encontraba difícil concertar su salida del país. El cónsul francés, Emile Laurent-Cochelet, había tratado de negociar la evacuación de sus conciudadanos del Paraguay ya en abril, solo para ser informado, un mes más tarde, de que no podía

permitirse su paso mientras la guerra continuase.[37]

Gould se encontró, así, en un dilema cuando acudió a una entrevista el 18 de agosto. Supuso que el mariscal usaría a los súbditos británicos bajo su control como monedas de cambio para forzar nuevas discusiones con los aliados, sobre quienes el gobierno de Su Majestad podría ejercer cierta influencia. Pero Gould tenía poca autoridad y ninguna experiencia para negociar con un jefe de Estado. El mariscal fijó en el visitante una mirada aguda y penetrante que, si bien no demostraba hostilidad, sí dejaba claro que no haría concesiones fácilmente. Permitió a Gould conversar de vez en cuando con sus compatriotas en Paso Pucú (aunque nunca en forma privada), pero el británico no pudo entrar en contacto con los que vivían en otros puntos del Paraguay. Max von Versen lo acompañó en varias ocasiones y le pidió que llevara correspondencia abierta de su parte a los representantes alemanes en Buenos Aires; pero Gould no tenía deseos de perjudicar su

misión de evacuar a los súbditos británicos por aparecer cooperando con un sospechoso mayor prusiano.[38]

En cualquier caso, no hubo ninguna diferencia, ya que el mariscal había decidido que todavía necesitaba a los ingenieros británicos en su plantilla. Como sir Richard Burton observó un año más tarde,

> [...] muchos habían renovado voluntariamente sus contratos y todos estaban en una posición excepcional. No era en absoluto razonable esperar que el mariscal-presidente se deshiciera de un importante grupo de hombres, entre los cuales había varios de su confianza que sabían cada detalle de lo que era más importante ocultar al enemigo.[39]

Al final, Gould pudo llevar consigo a tres o cuatro viudas con sus hijos cuando partió, y López lamentó incluso esta concesión.[40]

Mientras tanto, a instancias del mariscal, Gould bosquejó una serie de puntos a negociar que los aliados pudieran hallar aceptables. Su esfuerzo probablemente fue sincero, en el sentido de que es

posible que Gould creyera que de esa forma podría rescatar algo de su frustrada misión. O quizás solo estaba tratando de ganar tiempo. Sea como fuere, rápidamente garabateó algunas notas y, cuando terminó su borrador, su plan no era muy diferente del que le había presentado Washburn a Caxias algunos meses antes. Los aliados, proponía Gould, prometerían respetar la integridad territorial del Paraguay y dejarían las cuestiones fronterizas para ser decididas más tarde (o a través de arbitraje externo). Ambos bandos liberarían prisioneros de guerra y adelantarían reparaciones. Las fuerzas armadas del Paraguay se retirarían de la provincia brasileña de Mato Grosso y luego se reducirían a un tamaño apropiado para mantener la paz interna. Finalmente, una vez que las hostilidades hubieran terminado, el mariscal abandonaría el país rumbo a Europa, confiando su gobierno al vicepresidente Francisco Sánchez, como lo establecía la constitución de 1844.[41]

Asombrosamente, cuando se le mostraron estas

condiciones, López aprobó de inmediato los términos sugeridos, que parecían ponerlo en una posición mejor que la que había considerado posible. El coronel George Thompson captó la esencia de esta reacción inicial del mariscal cuando observó que «López se iría de la mejor manera, haciendo la paz él mismo, con lo que el gran obstáculo, su orgullo, quedaba superado».[42] Con el mejor de los ánimos, el mariscal le urgió a Gould que presentara a Caxias los términos de paz propuestos.

En consecuencia, el 11 de septiembre el secretario llevó las propuestas bajo bandera de tregua al campamento aliado, donde el marqués las recibió con incierto favor. Más tarde, ese día, presentó el texto a los representantes aliados, que se sintieron persuadidos de que las condiciones podían al menos contener el germen de una futura paz. En los intercambios diplomáticos, la vaguedad dista de ser un defecto fatal, ya que las ambigüedades pueden ser clarificadas en reuniones posteriores, y las inconsistencias,

allanadas. Gould les ofrecía una cucharada de esperanza; no había nada de malo en probar.

La positiva reacción aliada produjo una momentánea ola de optimismo en todos los bandos. Mitre anunció su conformidad condicional. El jefe del personal imperial partió de inmediato en un vapor especial a Rio de Janeiro, donde se esperaba que el emperador firmara su consentimiento.[43] Desde Buenos Aires, el ex ministro del Exterior Rufino Elizalde también declaró su anuencia, agregando solamente un punto de acuerdo con el cual Humaitá sería demolida como parte del precio de la paz.[44] Dos días después, Gould retornó a Paso Pucú con excelente espíritu, casi sin poder creer que se las hubiera arreglado para persuadir a tanta gente con tan poca dificultad.

En realidad, había fracasado en convencer a la persona que más importaba. Cuando informó sobre las negociaciones, López le envió una respuesta a través de su secretario Luis Caminos. En este mensaje, el funcionario del mariscal negó que su

superior hubiera consentido jamás en dejar el país de la manera que se señalaba en la propuesta:

> En cuanto al resto, le puedo asegurar que la República del Paraguay no manchará su honor y gloria tolerando que su Presidente y Defensor, que tanto ha contribuido a su gloria militar, y quien ha peleado por su existencia, deba descender de su puesto, y mucho menos que tenga que sufrir la expatriación de la escena de su heroísmo y sacrificio. La mejor garantía para mi país será que el Mariscal López siga el camino que Dios ha preparado para la Nación Paraguaya.[45]

Nunca una nota de suicidio fue tan ornamentada y ridículamente escrita. Gould ni siquiera se tomó el trabajo de responder. Partió inmediatamente a bordo del *Doterel* y jamás regresó.

Al tratar de entender la terquedad del mariscal en esta ocasión, uno podría atribuirla a la influencia corruptora del poder absoluto junto con el aislamiento del líder paraguayo. O bien podría pensarse que el mariscal se creía indispensable. Washburn, sin embargo, argumenta que fueron las noticias de nuevas rebeliones en Argentina las que lo convencieron de esperar términos aun

mejores.[46] Además, López «sabía que había veintenas de familias y amigos a quienes había tratado atrozmente y que solamente manteniendo un ejército entre él y ellos podía esperar que le perdonaran la vida un solo mes».[47]

Por su parte, el siempre servil Luis Caminos afirmó que era inconstitucional que López abandonara su puesto de la forma en que lo estipulaba el pretendido acuerdo; pero este era un argumento oportunista y, en cualquier caso, el mariscal nunca había dejado que restricciones legales determinaran sus acciones.[48] Estos fueron los mejores términos que se le ofrecieron a López durante toda la guerra, y él los desechó. Sus apologistas sostienen que lo hizo por buenas razones nacionalistas, dado que, de lo contrario, habría dejado a los aliados repartirse el Paraguay a su antojo. Pero ya era tarde para eso. ¿Qué es un país si no su pueblo? Demasiados paraguayos estaban muertos bajo la fría tierra como para que López arguyera que los estaba salvando de un destino peor. Es más fácil concluir que el

mariscal, como dijo Thompson, estaba dispuesto a «sacrificar hasta al último hombre, mujer, niño de un bravo, devoto y sufrido pueblo, simplemente para mantenerse por un corto tiempo más en el poder».[49]

COMBATES ININTERRUMPIDOS

El conflicto entre Paraguay y la Triple Alianza no amainó durante la visita de Gould. Las lluvias fueron constantes a principios de septiembre y paralizaron el movimiento de las tropas desde Tuyucué y el sur:

> En todas partes, y en cada lugar bajo, no se ve otra cosa que barro y nada más que barro [...] Bueyes, caballos o mulas que podrían costar un doblón cada uno [...] se encuentran atrapados en los barrizales, muchas veces todavía vivos, con sus cabezas y cuellos proyectándose por encima del lodo, que pronto se convertirá en su lecho de muerte y tumba. [Hay] carretas empantanadas [tan profundamente que allí] quedarán por todos los tiempos.[50]

A pesar de la lluvia, había intercambios de artillería en numerosos lugares a lo largo de la línea, pero ni la infantería ni la caballería aliadas hicieron ningún progreso real contra los paraguayos. El fango en los senderos impedía un suministro adecuado a Tuyucué y, por lo tanto, las fuerzas brasileñas, orientales y argentinas

simplemente se mantuvieron en sus posiciones y evitaron enfrentarse con sus cercanos oponentes paraguayos. Quizás pensaban que los hombres del mariscal lanzarían un ataque, pero eso nunca ocurrió.

En cambio, las tropas a ambos lados de la línea combatían con otra amenaza de cólera. Aunque los efectos de la enfermedad fueron menos fatídicos en esta ocasión que en abril, el terror que inspiraban fue igual de palpable, particularmente entre los brasileños, que habían registrado varios casos de viruela en su hospital de Tuyutí. El 6 de septiembre, *The Standard* anunció que un hombre en el hospital argentino ya había muerto de cólera y que la enfermedad podría «pronto crear un caos aquí [en Itapirú], donde abundan todas las especies de aborrecibles porquerías».[51]

Aunque las condiciones sanitarias seguían siendo malas, los servicios médicos aliados habían mejorado considerablemente y, para mediados del mes, el número de pacientes en el hospital argentino se había reducido a unos treinta

hombres, ninguno de ellos enfermo de cólera.[52] Aun así, la enfermedad resurgió esporádicamente durante los dos meses siguientes, infundiendo temor en cada ocasión. El 11 de octubre, las autoridades aliadas anunciaron que un general y un coronel argentinos habían muerto de cólera y que otros 300 hombres estaban enfermos de disentería y otras dolencias.[53]

En el campamento paraguayo, la situación era peor. La desnutrición se había vuelto prácticamente una forma de vida en Humaitá y, dado que las enfermedades tienden a actuar de manera oportunista, hombres que ya apenas se las arreglaban para cumplir sus tareas cayeron gravemente enfermos. El número preciso de los que sucumbieron es desconocido, pero la cifra alcanzó los cientos e incluyó a oficiales, soldados, civiles y reclutas niños que habían llegado recientemente de Asunción.[54] La más reciente leva masiva del mariscal había vaciado los pueblos del interior y ni siquiera los habitantes más jóvenes habían escapado de las implacables

patrullas de reclutamiento. Ahora las enfermedades contribuían con su propia saña al progresivo proceso de desastre demográfico del país.[55]

Al menos uno de los que murieron en la epidemia fue universalmente llorado. Natalicio Talavera había escrito en 1867 una tras otra sus cartas desde el frente para *El Semanario*. Cuando la fortuna del país decayó, sus reportes mantuvieron su mordacidad y ardor y eran ansiosamente esperados por los lectores en todas partes. El 28 de septiembre envió su misiva final, disculpándose por la demora. Ya estaba débil y enfermo. Sus últimos comentarios dejaban traslucir una angustia que, para entonces, ya era familiar, y retumbaban con el significado de la férrea resistencia del Paraguay:

> Necesito expresarles la gratitud y entusiasmo de todos los presentes [en el frente]. Cada vez que las publicaciones de la capital llegan a nosotros, traen con ellas los aromas con los que la mitad [femenina] de la familia paraguaya perfuma el santuario de la patria. No propongo autonombrarme vocero de aquellos

> valientes hombres que están aquí unidos al pie de la bandera, y que están cubiertos de gloria, porque no puedo saber cómo expresar el sentimiento de satisfacción que los anima. Solamente puedo adherirme a sus esfuerzos por salvar la nación. Dejemos que sus hechos [hablen por sí mismos y muestren] su disposición de defender hasta la muerte el hogar de esas mismas mujeres. [Su determinación ofrece] la más dominante manifestación de su gratitud.[56]

Natalicio Talavera murió de cólera en Paso Pucú el 11 de octubre de 1867.[57]

La matanza que sus cartas condenaron y la bravura que elogiaron habían continuado sin pausa a lo largo de septiembre y octubre. Ásperos enfrentamientos sin ganadores inequívocos habían tenido lugar constantemente. El 8 de septiembre, una fuerza de 527 jinetes paraguayos del Regimiento 21 irrumpió en las posiciones aliadas cerca de un cementerio a media legua de San Solano. El ataque, que los paraguayos quisieron hacer por sorpresa estuvo mal coordinado desde el principio y produjo mínimas pérdidas a los defensores, que respondieron bien.

Caballos mutilados cubrían el campo, otros

luchaban en su agonía y en todas partes había jinetes desmontados corriendo en todas las direcciones. Una bala de cañón alcanzó a un hombre cuando vagaba desorientado en dirección al enemigo y le separó la cabeza del cuerpo como si hubiera sido la hoja de una guillotina. Y este fue solo uno de muchos. Los paraguayos dejaron 150 muertos antes de ser rechazados a sus trincheras por jinetes brasileños que habían llegado desde Tuyucué. A cambio de estas vidas, los hombres de López se llevaron 100 cabezas de ganado y algunos caballos.[58] El hecho de que varios de sus hombres desertaran pasando a las filas de brasileños y correntinos durante este enfrentamiento hizo al mariscal reaccionar con una de sus peores muestras de resentimiento. Disolvió el Regimiento 21, distribuyó a sus hombres entre sus batallones de infantería e hizo ejecutar o azotar a los oficiales y sargentos que no habían podido evitar las defecciones.[59]

Pese a todo lo que se decía de la resolución paraguaya, las deserciones se habían convertido en

un problema creciente en Humaitá y en todo el resto de la línea. Incluso antes de la guerra, las huidas del ejército paraguayo habían ocurrido esporádicamente, pero estas acciones individuales no respondían entonces a ningún sentimiento general de malestar en las tropas.[60] Ahora, en cambio, los hombres en el sur del país sentían que el ejército se movía en una dirección imposible. Cada soldado veía que las órdenes e instrucciones que alguna vez había obedecido sin dudar se habían vuelto totalmente insensatas, basadas en evaluaciones irracionales de la situación, lanzadas en un intento de inspirar mayor resistencia y mayor lealtad al mariscal. Que algunos hombres rehuyeran hacer más sacrificios era entendible, pero hacía que López y sus oficiales fueran aun más suspicaces, aun más arbitrarios en sus tratos. Las deserciones continuaron, como también los terribles castigos propinados a los hombres que eran capturados tratando de escapar.[61]

Un colapso total de la disciplina del lado paraguayo, sin embargo, era improbable. Oficiales

y sargentos todavía podían proporcionar apoyo y confianza, así como también amenazar, y esto a veces compensaba el naciente derrotismo. Los capellanes, aunque estaban tan hambrientos como los soldados, también hacían todo lo que podían para darles ánimo. Trabajaban en las trincheras y en los puestos de tiradores, reprimiendo su propio temor, para confortar a los que pudieran.

Además, pese a todas las desgracias, los paraguayos disfrutaron de pequeñas victorias que alimentaron su confianza en la lucha. El 20 de septiembre, por ejemplo, los brasileños tomaron Pilar, pero fueron rápidamente expulsados cuando un vapor paraguayo desembarcó una tropa con refuerzos.[62] Los defensores del puerto se jactaron mucho de la derrota de los *kamba* y rieron estridentemente de un pelotón de brasileños que, habiendo volcado un contenedor de melaza mientras saqueaban una residencia privada, no pudieron sacarse la sustancia pegajosa de las manos y las botas y se retiraron hacia San Solano como «payasos de circo».[63] En realidad, los

paraguayos no debieron haber mostrado tanto desdén, ya que los aliados tomaron 74 prisioneros durante esa breve ocupación, junto con 200 cabezas de ganado, 60.000 cartuchos y otras armas y municiones, charque y una chata intacta. La incendiaron junto con varias canoas antes de partir.[64]

El 24 de septiembre hubo otro enfrentamiento del que los hombres del mariscal pudieron alardear. Una columna de 3.000 aliados que escoltaba un convoy de carretas de suministros divisó lo que parecía ser el disminuido remanente de un destacamento paraguayo zigzagueando hacia ellos desde los pantanos cerca de Paso del Ombú. Los brasileños permitieron que las tropas tomaran una o dos carretas y varias mulas. Luego, con la idea de masacrar a los tontos intrusos, enviaron cinco batallones de infantería y tres regimientos de caballería a la refriega.[65]

Los paraguayos retrocedieron a los esteros y los brasileños los persiguieron, solo para percatarse demasiado tarde de que era una trampa. El coronel

Valois Rivarola, rico estanciero del pueblo de Acahay, les había tendido una emboscada, enviando dos batallones de infantería a desafiar a los brasileños y lanzándoles furiosas cargas de mosquetería y cohetes Congreve a corta distancia.

Atrapados en el lodo, los soldados aliados pelearon irregularmente y luego pidieron ayuda a la caballería imperial, que estaba espléndidamente montada en algunos de los más finos ruanos y moteados que los estancieros de Urquiza podían proveer. Sin embargo, los caballos pronto quedaron con el agua hasta el pecho y los brasileños, según relata el coronel Thompson,

> [...] cargaron en columna al regimiento paraguayo, cuyos miserables y demacrados caballos apenas podían moverse y esperaban en línea el ataque. Los brasileños se acercaron a unas 150 yardas a los paraguayos, cuando estos últimos espolearon sus caballos para ir a su encuentro, haciendo que los brasileños inmediatamente mostraran las grupas de la forma más vergonzosa y escaparan a todo galope. Este fue el único movimiento en ambos bandos, y al final el enemigo se retiró, dejando unos 200 muertos en el campo. Los paraguayos solo perdieron a ocho, entre muertos y heridos.[66]

El enfrentamiento en Ombú no fue concluyente, pero debido a que las bajas aliadas excedían a las del mariscal, este consideró la batalla como una espectacular humillación del enemigo. Elogió la audacia del coronel Rivarola y procedió a vitorear a las unidades involucradas. Estas respondieron con toda la exuberancia que la ocasión demandaba.[67] Pero sabían que nada había cambiado.

Parecué

López adquirió el hábito de enviar numerosas unidades de caballería a incursiones diarias para hostigar al enemigo y quitarle suministros. En algunas ocasiones, los asaltos paraguayos resultaron significativas escaramuzas entre fuerzas de hasta miles de hombres. Una de ellas ocurrió el 3 de octubre de 1867 en Parecué (o isla Tayí). Al despuntar el alba, el mayor Bernardino Caballero salió de Humaitá al frente de un contingente de 1.000 jinetes rumbo a San Solano, donde esperaba realizar un rápido ataque sorpresa contra los brasileños y descomponer la extrema derecha de la posición aliada. No sabía lo que le esperaba, ya que su movimiento había sido detectado y el marqués de Caxias en persona se dirigió al punto amenazado, preparando los distintos cuerpos a su disposición para la defensa.

Caballero se había convertido en el nuevo favorito del mariscal, un sucesor apropiado, si bien no exactamente digno, del general Eduvigis

Díaz. Con su joven exuberancia, esculpido rostro y penetrantes ojos azules, el mayor tenía semblante de héroe, del tipo que el mariscal gustaba de tener alrededor. Pero la reputación de Caballero como hombre de armas era solo parcialmente merecida. Aunque inteligente e incuestionablemente valiente, nunca había demostrado dotes de estratega y sus triunfos habían sido en su mayoría cortos, agresivos asaltos que dejaban intacta la ecuación básica anterior a ellos. Cuando se convirtió en presidente del Paraguay en 1880, desechó completamente su estatus como héroe militar, nunca lucía sus medallas y ni siquiera tenía un uniforme. Siempre fue mejor conocido como mujeriego que como soldado. Parece cierto que era padre de al menos treinta y dos hijos de un número casi similar de mujeres. De acuerdo con una bien conocida tradición familiar, estos hijos acudían a la residencia oficial al final de cada mes para recibir una subvención regular de su padre. Parecué, sin embargo, le presentaba la oportunidad de realizar algo mejor que confiscar un convoy.

[68]

Cuando Caballero se acercó a la posición enemiga, formó sus seis regimientos como una ancha columna, el centro de la cual estaba sobre una pequeña elevación. Los paraguayos casi inmediatamente recibieron fuego de carabina de una unidad de caballería brasileña que cargó sobre ellos a campo traviesa, pero Caballero no tuvo problemas para hacer retroceder a los jinetes con sables y lanzas. No obstante, perdió algunos minutos en el entrevero, lo que permitió a Caxias traer dos piezas de campaña para bombardear a los paraguayos. Presintiendo el peligro y esperando atraer a los brasileños a su propio fuego enfilado, Caballero abandonó una parte de sus tropas en el monte. Ordenó a sus fuerzas restantes volver al centro a preparar un ataque en masa una vez que Caxias mostrara sus cartas.[69]

No estaba claro en ese momento si los aliados se lanzarían al fuego paraguayo o si sería al revés. Repentinamente, los brasileños avanzaron sobre la principal fuerza enemiga con tres regimientos de

caballería y dos batallones de infantería en la retaguardia.[70] Todas estas unidades, al parecer, fueron golpeadas por una impetuosa carga de los jinetes de Caballero. Los brasileños se habían lanzado hacia adelante, más y más rápido, con los jinetes bien asidos a los cuellos de sus caballos, pero fueron recibidos con un infierno de mosquetería. La vanguardia se quebró bajo una tormenta de proyectiles. Hombres y caballos cayeron a montones y los cuerpos apilados formaron una barrera insuperable para los que venían detrás. La carga brasileña titubeó de inmediato. Caballero vio su oportunidad, contraatacó justo en ese momento y azotó ferozmente al enemigo.

Fuera por temor a que sus cañones cayeran en manos paraguayas, fuera porque se dieron cuenta de lo imprecisos que habían estado sus cañoneros, los brasileños procedieron a retirar sus piezas una por una y dejaron la pelea a cargo de su caballería. Al menos tres regimientos más se agregaron al campo, gritando y blandiendo sus

sables, pero Caballero los detuvo a todos, agotando la mayoría de sus municiones en el proceso.

Habiendo fracasado la caballería, Caxias envió varios batallones de infantería para hostigar a los paraguayos que, en retirada, trataban de reagruparse en una isla cubierta de pastizales. Caballero intentó sacar a sus hombres de la línea directa de fuego, pero esta vez no mostró la precisión que a menudo definía sus movimientos y los paraguayos cayeron en desorden, huyendo en múltiples direcciones.

Hasta este momento, los brasileños se habían mostrado inseguros sobre lo que debían hacer, pero cuando las tropas enemigas vacilaron y se quebraron, los soldados de Caxias recobraron el aplomo y cargaron con renovada determinación. La mayoría de las pérdidas paraguayas ese día ocurrieron durante los siguientes minutos, pero poco después, por razones que tuvieron más que ver con la suerte que con el entrenamiento o la experiencia, las tropas del mariscal también

recuperaron la compostura. Esta vez fueron los brasileños los que flaquearon. Los hombres de Caxias se retiraron del campo, y aunque los paraguayos se prepararon para resistir otro asalto, este nunca llegó.[71]

Caballos y hombres muertos cubrían el suelo cenagoso, pero ni Caballero ni los aliados podían arriesgarse a detenerse a enterrar a sus camaradas. Solo después de que los brasileños regresaron a San Solano, más tarde, ese mismo día, los paraguayos se ocuparon de esa espeluznante tarea y de rescatar a los hombres heridos que pudieron encontrar. Muchos se habían desangrado en el ínterin. En total, los brasileños perdieron a unos 500 hombres y los paraguayos a 300, entre muertos y heridos.[72]

Algunos reportes aliados consideraron Parecué como una victoria, en el sentido de que no condujo a la recaptura paraguaya de San Solano.[73] Caxias sabía que, en realidad, había sido un revés menor, pero era demasiado profesional como para dejar que eso lo humillara. Sin duda se sintió

ansioso de no repetir los errores de ese día y, la próxima vez, acorralar al enemigo de tal forma tal no pudiera responder como lo hizo Caballero en Parecué. Por otro lado, el marqués se podía dar el lujo de sufrir esas pérdidas, mientras que los paraguayos no.

TATAIYBÁ

El 21 de octubre, el marqués tuvo la oportunidad de vengarse de la caballería enemiga. Preparó una trampa, situando a 5.000 jinetes detrás de un palmar en tierra de nadie 5 kilómetros al norte de Humaitá, cerca de una explanada llamada Tataiybá. Cuando Caballero salió de la fortaleza para uno de sus periódicos asaltos, los jinetes aliados estaban listos para recibirlo. Aunque tenían a los paraguayos al alcance de sus rifles, los brasileños se contuvieron y no abrieron fuego hasta que Caxias envió a un único regimiento como carnada. Su fuerza encontró a Caballero en un claro del bosque, dando de beber a sus caballos, disparó unos pocos tiros y huyó hacia San Solano y la espesura. Los paraguayos los siguieron, sin percatarse de la trampa enemiga. Así lo relató un observador:

> Los paraguayos, sin detenerse ni por un momento a explorar el campo adyacente, sino confiando en su valor sin par, cayeron sobre los fugitivos brasileños, a los que doblaban en número, pero

los caballos de los brasileños estaban en condiciones mucho mejores y se mantuvieron al frente. El grito de guerra de los perseguidores hacía eco en los bosques; y como los paraguayos creían que los brasileños eran solo una guardia de avanzada de Osório, redoblaron sus esfuerzos para atraparlos; pero la ilusión fue momentánea. El sonido de trompeta desde un naranjal fue la señal para la carga de varias brigadas brasileñas.[74]

En términos de salvajismo, lo que siguió fue una de las más horribles refriegas de toda la guerra.

A las 11:00, los paraguayos fueron atacados desde tres lados. Sobrevivientes de la batalla describieron los regimientos imperiales como una avalancha de soldados cayendo sobre ellos; eran tantos que chocaban entre sí para alcanzar a los paraguayos.[75] Los omnipresentes pantanos hacían difícil maniobrar, pero antes que intentar una rápida retirada, los hombres del mariscal cargaron raudamente con lanzas y sables contra la primera brigada enemiga. Los brasileños tenían armas superiores y firme determinación, pero incluso un ciego habría visto el fanático coraje de los soldados del mariscal ese día.

El combate fue desigual de principio a fin, con

unas fuerzas aliadas que superaban en número a sus enemigos paraguayos por cinco a uno, pese a lo cual la lucha duró más de una hora.[76] En cierto momento, con la mayor parte de sus tropas ya agotadas, Caballero y sus escasos restos se lanzaron a un estero para continuar la pelea. Casi todos los caballos paraguayos murieron, algunos en el campo y otros ahogados en el pantano. Los jinetes de Caballero continuaron blandiendo sus sables y las culatas de sus rifles en combates cuerpo a cuerpo, pero ahora a pie, sin esperanza de respiro. Su resistencia fue horrible, aunque, a juzgar por las vanas y enfermizas evocaciones de los escritores nacionalistas, también hermosa en su furia.

En anteriores encuentros, la resolución de los paraguayos había frenado a menudo a los aliados. No esta vez. En Tataiybá, pese a que los soldados del mariscal opusieron la más feroz de las resistencias, los brasileños continuaron disparando sin pausa, mecánicamente, sus carabinas desde corta distancia. Los paraguayos se

retiraron lentamente, deteniéndose a disparar cuando podían, y gateando entre el lodo cuando no. La fuerza de Caballero estuvo esencialmente rodeada en todo ese trayecto de 5 kilómetros, pese a lo cual nunca dejó de reunir y arengar a sus hombres para resistir. Se mantuvo empujándolos desesperadamente al encuentro de los brasileños una y otra vez. Finalmente, abrieron una brecha en la línea enemiga y escaparon a través de ella. Caballero se las arregló para regresar a duras penas a Humaitá, pero solo una pequeña parte de su tropa logró hacerlo con él.

Cuatrocientos paraguayos yacían muertos en el campo y otros 178 fueron tomados prisioneros, cuarenta de ellos seriamente heridos.[77] Algunos hombres lesionados, tal vez cuarenta o cincuenta, arribaron a Humaitá con su comandante, y otros 300 sobrevivieron retirándose en otra dirección, por un monte al norte de Tuyucué.[78] Los brasileños perdieron a unos 150 entre muertos y heridos, incluyendo a ocho oficiales.

Tataiybá fue un enfrentamiento relativamente

menor y pocos estudiosos han perdido tiempo analizando sus consecuencias. La batalla, sin embargo, fue notable en un aspecto. Planeada y dirigida personalmente por el marqués de Caxias, permite juzgar sus acciones como comandante de campo. Con una clara opinión formada sobre las fortalezas y debilidades de sus oponentes y sobre su inclinación a enredarse en asaltos de carácter limitado, anticipó, correctamente, que intentarían algo similar. Su victoria quedó asegurada en el minuto en el que Caballero se comportó tal como él lo había previsto. Los historiadores han tendido a tratar al marqués como un estratega superior, un oficial responsable y estricto y un general con talento político. Tataiybá demostró, además, sus habilidades a nivel táctico.

Potrero Ovella y Tayí

Mientras tanto, el movimiento de los ejércitos aliados a la izquierda paraguaya progresaba con mínima oposición. Tomaron posesión de una parte del camino seco a Asunción y comenzaron a tantear los alrededores de la orilla externa de la Laguna Méndez que se extendía más allá. Esto dejó a los aliados al alcance de la aldea de Tayí, unos 25 kilómetros río arriba de Humaitá y una legua al sur de Pilar. Era un punto crucial sobre el río Paraguay a fines de 1867. Todos suponían que su captura cerraría el cerco alrededor de la fortaleza, dejando solamente el camino del Chaco como posible ruta de escape para la guarnición.

Caxias dejó la siguiente etapa del avance aliado a cargo del general João Manoel Mena Barreto, un elegante oficial *gaúcho* de 45 años de edad, cerrada barba y ojos negros. Su padre era visconde de São Gabriel y él mismo había sido uno de los protegidos más cercanos de Caxias en el ejército imperial. Cualquier extraño podía sentir

en Mena Barreto una fuente de energía a punto de explotar. Este era, sin embargo, solo uno sus aspectos. En él predominaba el cerebro antes que el corazón, ya que era un calculador nato, un comandante que podía medir y volver a medir sus ventajas y limitaciones antes de que sus tropas hubieran siquiera pensado en levantar sus carpas.

Los talentos militares de Mena Barreto fueron visibles por primera vez en 1865, durante la invasión paraguaya a su nativa Rio Grande do Sul.[79] Dos años más tarde, sirvió con importantes responsabilidades de comando durante las etapas finales del enfrentamiento en Parecué. Pero se reveló en toda su dimensión el 27 de octubre, cuando Caxias lo envió con 5.000 hombres a tomar Tayí. La operación no era fácil de cumplir. El territorio entre Tayí y Humaitá estaba compuesto por un monte cerrado, un carrizal y una espesura que parecía interminable, a través de la cual los hombres del mariscal acababan de abrir dos caminos. Al final, en un lugar llamado Potrero Ovella, los paraguayos

habían cavado nuevas trincheras que proporcionaban una protección modesta. Era esta posición la que Mena Barreto debía superar. López había usado el Potrero como reserva de ganado para las tropas en Humaitá, por lo cual su captura podría significar otro clavo más en el confinamiento paraguayo.

A las 7:00 del 29 de octubre, los brasileños comenzaron el asalto a Ovella, donde se les opuso una defensa que fue inicialmente reportada como feroz. Mena Barreto envió tres batallones contra la posición central del enemigo y otros tres contra sus flancos.[80] Tres veces sus tropas cargaron y tres veces se encontraron con abrumadoras rondas de cañón y mosquetería en la línea de trinchera. Con esta resistencia en mente, el general brasileño asumió que la posición enemiga era más fuerte de lo que en realidad era, y decidió retroceder para bombardear a los paraguayos hasta someterlos.

La verdad era que el capitán José González, un querido comandante en el lado opuesto, tenía apenas 300 hombres bajo sus órdenes y para ese

entonces un tercio de ellos yacían muertos o heridos. Cuando comprendió sus nulas posibilidades, el capitán optó por inutilizar sus cañones y retirarse a un monte adyacente mientras los brasileños preparaban su barrida. Por un tiempo considerable —ciertamente más de una hora— los cañones aliados tronaron sobre el Potrero y consiguieron derribar muchos añosos árboles, pero a ningún otro paraguayo a excepción, irónicamente, del propio González.[81]

Mena Barreto tomó 49 prisioneros en Potrero Ovella, todos ellos heridos que no pudieron ser evacuados. Ochenta paraguayos habían muerto, pero también sucumbieron 85 brasileños, incluyendo 9 oficiales y otros 310 resultaron heridos.[82] Confiscaron 1.500 cabezas de ganado, premio irrisorio dadas las vidas perdidas.[83] Pese a todo, Caxias se sintió satisfecho. Su plan marchaba como había previsto y eso significaba que Mena Barreto debía ahora avanzar sobre Tayí a toda prisa.[84]

En consecuencia, al día siguiente el general

despachó una patrulla de reconocimiento para explorar los caminos que se dirigían al norte a lo largo del río Paraguay. Cuando habían llegado a las afueras de Pilar, encontraron dos vapores acercándose a toda marcha hacia ellos desde el sur. Un fuego concentrado de estos buques, el *Olimpo* y el *25 de Mayo,* hizo retroceder a las tropas brasileñas hacia posiciones alejadas de la ribera, en dirección al cuerpo principal de Mena Barreto. El bombardeo continuó durante toda la noche, pero no hizo mella en la intención de avanzar del general.

Para los paraguayos, había poco tiempo que perder. En unas horas, el mariscal embarcó a 400 de sus tropas en Humaitá a bordo de los dos vapores que habían desafiado a los exploradores, y los envió de nuevo río arriba con órdenes de fortificar Tayí en un último y desesperado esfuerzo por defender la aldea. El mariscal confió la tarea de construir las defensas en Tayí al coronel Thompson, pero el británico no estaba seguro de poder cumplir sus instrucciones debido a la falta

de tiempo:

> Llegamos a anochecer y, después de un reconocimiento, encontramos al enemigo cerca, detrás de los bosques. Se ubicaron guardias de avanzada y se preparó un reducto con el río a la retaguardia. Tres vapores fueron puestos en el flanco con sus cañones al frente del reducto, y la obra quedó comenzada el primero. Divisando un viejo cuartel en Tayí, con una fuerte empalizada como cerco, envié [...] un despacho alertando a López de que el enemigo estaba cerca y de que la empalizada podía hacerse muy defendible para la mañana [...] mientras que la trinchera, al mismo tiempo, todavía sería muy precaria. Él prefirió, sin embargo, que se comenzara con la trinchera.[85]

Esta decisión selló el destino de los paraguayos en Tayí, que quedaron con un campo abierto al frente y con un pronunciado acantilado que daba al río detrás. A la mañana siguiente, Mena Barreto atacó la débil posición con toda su fuerza, comenzando con una carga de bayoneta de su infantería.[86] Los paraguayos, cuando se percataron de su veloz acercamiento, se arrojaron al precipicio y cayeron en la pequeña costa bajo el acantilado. El escape era imposible, pero al menos podían intentar detener el avance enemigo

aprovechando el fuego de cobertura de los tres vapores. No fue suficiente.

Después de una hora, Mena Barreto trajo su propia artillería a la vera del Paraguay y descargó un pesado bombardeo tanto sobre las tropas en tierra como sobre los tres buques paraguayos que defendían el lugar. Algunos paraguayos saltaron al río y se perdieron en la corriente. Todos los demás murieron atrapados entre las paredes del barranco.

Los brasileños, quienes todavía tenían que terminar el sangriento trabajo del día, enfocaron entonces el resto de sus energías en los dos barcos más cercanos, el *25 de Mayo,* que los paraguayos habían capturado de los argentinos en abril de 1865, y el *Olimpo*. El fuego brasileño destrozó cada pulgada de los buques, matando a la mayor parte de los tripulantes en menos de una hora. Los cañones pesados terminaron la tarea, mandándolos al fondo. Solamente el *Ygurey,* con el coronel Thompson a bordo, pudo evitar el fuego directo de los cañoneros de Mena Barreto y escapó río abajo a Humaitá con mínimos daños.[87]

Cuando el humo se disipó y los cuerpos fueron contados, se encontró que los paraguayos habían sufrido la pérdida de 500 muertos y 68 heridos. Una vez más habían confirmado su reputación de fanáticos luchadores, pero este hecho por sí solo ya no podía mantener a los aliados a raya por mucho tiempo.[88]

Mena Barreto no tenía intenciones de esperar a que los paraguayos consideraran su pobre situación. Consolidó su victoria trayendo a 6.000 hombres a Tayí y erigiendo extensos terraplenes, mucho mayores de los que Thompson había planeado, alrededor del punto expuesto. Inmediatamente, montó catorce piezas de artillería en estas nuevas trincheras. Luego hizo que sus ingenieros extendieran pesadas cadenas a través del río y sobre una serie de botes pontones para evitar que ningún suministro pudiera llegar a Humaitá desde el norte. Mientras tanto, en San Solano, Caxias preparaba un contingente de 10.000 hombres para reforzar Tayí en caso de que López decidiera atacarla.

El marqués podía estar satisfecho de la eficacia del plan aliado, que ahora tendía a considerar diseñado únicamente por él. También podía sentirse confiado en las habilidades y el comportamiento de su subordinado Mena Barreto. Si los otros comandantes de campo podían actuar con buen juicio e inclemencia similares, la guerra concluiría pronto. Con este pensamiento, Caxias imaginó contados los días del mariscal. Las fuerzas terrestres habían aislado al enemigo en la margen derecha del Paraguay. Habían interrumpido el paso al norte con sus cadenas y baterías fluviales. Todo lo que faltaba era que la armada brasileña forzara el ascenso a la fortaleza, la cual caería entonces en manos aliadas casi con seguridad.

El mariscal, por su parte, comprendía que el tiempo de Humaitá se estaba acabando. El cerco aliado estaba casi completo y todo lo que Mitre y Caxias necesitaban hacer era apretar el lazo. No obstante, los comandantes enemigos tenían ciertas debilidades en su posición táctica que López todavía esperaba explotar. Por ejemplo, los suministros que requerían argentinos y brasileños para tomar la fortaleza eran transportados por tierra desde Tuyutí a través de una de las más densas e inhóspitas selvas de esa parte del Paraguay. Los salteadores de Bernardino Caballero ya habían golpeado a estas caravanas de provisiones en muchas ocasiones y habían conseguido perturbar el calendario de los aliados. Sin embargo, estas incursiones no lograban quebrantar la ofensiva enemiga. Para eso, López necesitaba algo más convincente.

La inteligencia paraguaya todavía era superior a la de los aliados y el mariscal hacía tiempo que

sabía cuán frecuentemente las caravanas partían de Tuyutí. Juzgó que una de ellas probablemente saldría del campamento aliado a principios de noviembre, acompañada por una importante escolta. Dado que dos batallones acababan de ser despachados para reforzar Tuyucué, esta nueva disposición dejaría el Segundo Cuerpo disminuido y, quizás, vulnerable a un ataque sorpresa. Dos meses antes, el ministro Washburn había considerado improbable un asalto de ese tipo al campamento de Tuyutí, ya que las fuerzas del mariscal eran «tan desproporcionadas a las de sus enemigos que [el resultado sería] desastroso».[89] Los acontecimientos probaron que estaba equivocado.

El sol todavía no había despuntado en el horizonte el 3 de noviembre de 1867 cuando unos 9.000 paraguayos reptaron fuera de sus escondites cerca del Bellaco y se dirigieron al sur a través de Yataity Corá lo más rápido que pudieron. En esa época del año, el aire estaba templado y repleto de los agradables aromas de la vegetación de los

pantanos, lo que pudo haber contribuido a que los piqueteros aliados sintieran una engañosa seguridad. Sea como fuerte, el hecho es que no notaron que las tropas se acercaban, lo que permitió a los paraguayos llegar casi sin obstáculos hasta la primera línea de trincheras.

López no tenía intenciones de tomar el campamento. Enredarse en una batalla abierta con fuerzas superiores no era algo que lo atrajera en esta etapa de la campaña. En cambio, deseaba lanzar un asalto limitado similar a los que había conducido el año anterior contra Itatí y Corrales. Buscaba sacar ventaja de las líneas interiores, golpear a través de Potrero Piris lo más fuerte que pudiera la base enemiga de comunicaciones y abastecimiento, capturar las piezas de artillería que cayeran en sus manos y retornar a sus propias fronteras antes de que sus perplejos enemigos se recuperasen del asombro. Calculaba que un asalto exitoso en este importante sitio podría forzar a Mitre a reorganizar sus tropas desde Tuyucué y que esto, a su vez, podría arruinar los planes

aliados de cercar Humaitá.

El mariscal estuvo cerca de cumplir sus objetivos, que solo se vieron frustrados porque sus demacrados hombres fueron más allá de sus órdenes. La columna paraguaya se separó en dos divisiones, con una fuerza de infantería de quizás 9.000 hombres comandados por el general Vicente Barrios cayendo sobre la derecha enemiga,[90] y con una segunda división, conformada por los jinetes restantes de Caballero, lanzando una serie de asaltos de hostigamiento al reducto brasileño en la izquierda.

Los desprevenidos soldados aliados nunca entendieron qué los había golpeado. Reaccionaron con horrorizada sorpresa y huyeron precipitadamente cuando vieron a miles de «salvajes» paraguayos correr hacia ellos. Los caballos, enloquecidos, se desbocaban, con o sin jinetes. En la fuga también huían cientos de soldados de la Legión Paraguaya, incluyendo a sus comandantes, los coroneles Fernando Iturburu y Federico Guillermo Báez, a quienes les esperaba

un instantáneo ajusticiamiento si caían en manos de sus compatriotas.[91] Los hombres del mariscal avanzaron con una mínima oposición, abrieron amplios agujeros en la línea principal y los atravesaron con grandes contingentes. Solamente aquellos soldados aliados que habían encontrado refugio en los recesos sobrevivieron a esta avalancha.

El combate se agudizó en torno a los terraplenes aliados. Para entonces, los brasileños ya habían comenzado a recobrarse. Resistieron mano a mano y trataron desesperadamente de rechazar a los soldados del mariscal, pero al final fueron ellos los que terminaron empujados hacia los cuarteles del general Pôrto Alegre. A corta distancia, podían percibir la insignia paraguaya flameando triunfalmente sobre las pilas de los soldados aliados masacrados en la primera línea de trincheras.

Nada contenía a los paraguayos. El campamento en Tuyutí había estado en manos aliadas por un año y medio y ahora se asemejaba a una próspera

ciudad, con sus numerosos almacenes y carretas de macateros cargadas con las mercaderías y provisiones que los paraguayos ansiaban. Aunque el segundo cuerpo se había quedado con una reserva sustancial para proteger el campamento, la posición brasileña estaba expuesta. Si los paraguayos hubieran dispuesto de una fuerza más poderosa desde el principio, Tuyutí podría haber caído, lo que habría sido un premio dorado. La forma frenética en que los hombres del mariscal atacaron los depósitos del campamento fue su perdición.

Los paraguayos estaban a quince minutos de penetrar la segunda línea de las trincheras aliadas. Cuatro batallones brasileños que estaban de guardia arrojaron sus armas y huyeron hacia Itapirú. Cuando llegaron al río, los aterrorizados soldados trataron de sobornar a los transportadores locales para cruzar a Corrientes, y hubo intensas negociaciones mientras los ruidos de la batalla se hacían más fuertes detrás de ellos.[92] En ese momento, la resistencia aliada

estuvo peligrosamente cerca de colapsar.

Algo inesperado y frustrante ocurrió entonces. López había dado órdenes de permitir a sus hombres saquear a discreción una vez que ingresaran al campamento aliado.[93] Esta instrucción tomaba en cuenta la confusión del enemigo, pero no la voraz hambruna de los desnutridos paraguayos.[94] Tampoco consideraba lo que pasaría si Pôrto Alegre conseguía detener la fuga de sus propias tropas.

Fue precisamente eso lo que ocurrió. Tal como lo relató Thompson, el general brasileño

> [...] reunió algunas tropas para defender la ciudadela, lo cual ahora era fácil, ya que los paraguayos estaban todos desbandados [ocupados en la rapiña], desde donde derramó fuego sobre ellos, matando e hiriendo a muchos. Los heridos inmediatamente se llenaron de botines y retornaron al campamento paraguayo. Algunos jinetes brasileños, que estaban acampados en el Bellaco sureño, no se movieron hasta que los paraguayos se desbandaron, cuando cargaron sobre ellos. Los paraguayos saquearon todo el campamento, hasta el Bellaco sur, en la retaguardia de la ciudadela, bebiendo y comiendo puñados de azúcar, a la que eran muy afectos. Finalmente, los brasileños y argentinos salieron de la ciudadela y masacraron a muchos de los paraguayos, quienes

estaban aquí y allá y en todas partes. Los que pudieron, se largaron a toda prisa con su botín.[95]

Pôrto Alegre actuó él mismo con gallardía durante el enfrentamiento y, con su espada en alto, exhibió el valor y la sangre fría propios de un Osório —mucho más de lo que todos habrían creído posible. En cierto momento, su caballo recibió un tiro y él montó en otro. Este animal también cayó y, aunque maltrecho por el golpe, el general montó en un tercer *pingo* y cabalgó al centro de la lucha. Mató a un mayor paraguayo con tres tiros de revólver cuando el hombre trató de izar sus colores nacionales en el mástil de la trinchera.[96]

Las tropas del mariscal, que se habían burlado del adusto comandante como «Porto Triste», ahora encontraban razones para saludar su coraje.[97] Los soldados de los batallones de *voluntários*, que antes habían huido tan apresuradamente hacia el Paraná, siguieron su ejemplo. En una escena que recordaba el comportamiento de Philip Sheridan

durante la batalla de Winchester, Pôrto Alegre provocó un vuelco en la actitud de sus hombres con el puro poder de su voluntad. Emularon a su general y comenzaron a reformar su línea. Cuando dio la señal, cargaron para recuperar el campamento en el mismo instante en el que las unidades del mariscal terminaban su expoliación.

La ola de la batalla cambió de dirección abruptamente. El contraataque de Pôrto Alegre incluyó los batallones 36, 41 y 42 de infantería brasileña y el 3 de artillería, todos bajo sus órdenes directas. Estas unidades estaban apoyadas por refuerzos porteños y correntinos que habían llegado desde Tuyucué con unidades de caballería imperial comandadas por Mena Barreto. El apoyo de estas tropas proporcionó el ímpetu para expulsar a los paraguayos, primero del campo y luego de las trincheras. El general Barrios perdió en ese momento la oportunidad de enviar 1.000 hombres que permanecían detrás, en Yataity Corá, ya que no se movió de la isla. Su renuencia a comprometer su reserva agravó el sentimiento de

desesperación y abandono de sus compatriotas en la línea de contacto.

Ahora era el lado paraguayo el que comenzaba a desintegrarse. En el pandemonio que siguió, los brasileños contragolpearon con tremendo vigor y se hicieron más fuertes con cada paso que avanzaban. Su fuego de alguna manera se fue haciendo más certero y los hombres del mariscal empezaron a caer. El campo se llenó de cuerpos muertos y heridos. En ese momento, los miembros de la banda militar brasileña, que se habían unido a la batalla como soldados a pie, capturaron un irónico botín: treinta y cinco instrumentos musicales de la propia «guardia» del mariscal, el famoso Batallón 40.[98] Mientras los brasileños reían de este cambio de fortuna, sus camaradas limpiaban de enemigos su flanco derecho y volvían la mirada hacia la izquierda, ansiosos, al parecer, de una victoria completa.

Caballero, ahora teniente coronel, de alguna manera la había pasado mejor en ese sector. Sus jinetes habían llegado a las trincheras sin ser

notados, habían saltado de sus caballos en el momento preciso y, con espadas, se habían trenzado en la lucha directa con los brasileños. Estos acababan de desperezarse y reaccionaron con el mismo desconcierto que sus camaradas de la derecha. El comandante de uno de los reductos aliados instintivamente izó la bandera blanca en señal de rendición y Caballero ordenó a sus hombres suspender el ataque; pero cuando varios brasileños vacilaron en soltar sus armas, ordenó a sus tropas que acuchillaran a cualquiera que se negara a entregarse. Esto precipitó la deseada capitulación.[99]

Caballero ahora controlaba una extensa sección de la línea enemiga, aunque, con la infantería paraguaya en retirada, no podía mantenerla. Decidió replegarse, llevando consigo a 249 soldados y diez oficiales brasileños, además del mayor, también brasileño, Ernesto Augusto da Cunha Mattos, un oficial argentino de artillería y seis mujeres. Todos fueron conducidos al norte, hacia Paso Pucú, y puestos en un inmisericorde

cautiverio.[100]

Mientras tanto, con las balas silbando alrededor de su cabeza, Caballero aguijoneó a sus jinetes y los llevó a un mal calculado asalto final. Irrumpieron en dos reductos y mataron a las tropas que los defendían. Ese fue el último avance del día. Después, con el sonido de los cañones y mosquetes todavía tronando en el aire, las restantes unidades paraguayas regresaron a sus líneas. Eran las 9:00 y la batalla había durado cuatro horas.

Mientras estuvieron temporalmente en posesión de Tuyutí, los hombres del mariscal hicieron mucho daño. Quemaron las barracas brasileñas, el hospital argentino, un gran depósito perteneciente al comerciante de armas Anacarsis Lanús y muchas carretas de macateros.[101] Una sucursal del Commercial Bank que había sido establecida en el campamento también fue incendiada, lo que el corresponsal de *The Standard* calificó de «virtual bendición» para la empresa, ya que los miles de pesos destruidos no serían

recompensados.[102] Casi con seguridad, los paraguayos podrían haber causado incluso más perjuicios si hubieran prolongado su saqueo unos cuantos minutos más. Todo el campamento enemigo, del centro a la derecha, quedó humeando, ocasionalmente sacudido por la detonación de algún polvorín.

El botín que los paraguayos tomaron en Tuyutí fue importante y contenía toda clase de artículos. Se llevaron todo lo que vieron, incluyendo rifles, banderas de batalla y alimentos. El coronel Thompson abrió los ojos de par en par cuando las tropas llegaron con el producto de su rapiña:

> Las únicas alcachofas que jamás vi en Paraguay fueron traídas del campamento aliado ese día. Un correo acababa de llegar de Buenos Aires y fue llevado a López, quien, al leer una de las cartas, exclamó «¡Pobre Mitre! Estoy leyendo la carta de su esposa» [...] Una caja fue traída a López, que había recién llegado para el general Emilio Mitre, conteniendo te, queso, café y un par de botas. [Había] uniformes de oficiales nuevos [...], parasoles, vestidos, miriñaques, camisas (de Crimea, especialmente), ropa, en grandes cantidades, cada hombre trajo lo más que pudo. Un telescopio con trípode fue traído de una de las torres de observación, y relojes de oro, soberanos y dólares eran

abundantes. Un hombre que encontró una bolsa llena de medios y cuartos de dólar la desechó por no ser suficientemente valiosa para él.[103]

La captura de cañones fue modesta: un Whitworth brasileño de 32 libras, un Krupp argentino de 12 libras estriado de retrocarga, y otras once piezas.[104] Transportar el Whitworth fue difícil. Mientras los paraguayos lo arrastraban hacia sus líneas, sus ruedas se hundieron en el barro y no pudieron ser liberadas. Cuando López supo que el cañón había sido dejado atrás en tierra de nadie y al alcance de los enemigos, envió al general José María Bruguez a buscarlo.

El general llevó con él dos batallones, doce yuntas de bueyes y mucha cuerda. Antes de partir, cumplió la desagradable orden de ejecutar a dos miembros de la Legión Paraguaya que habían caído en manos del mariscal. Bruguez los hizo fusilar por la espalda, como merecida pena para aquellos que traicionaban a la nación en su momento de necesidad.

Terminada la tarea, el general partió al caer la

tarde y encontró un grupo de brasileños esforzándose por mover el cañón. Hubo un pequeño duelo por su posesión, en el cual varios hombres de ambos bandos murieron antes de que los paraguayos se salieran con la suya.[105] Unas horas más tarde, cuando los artilleros de López estaban examinando el cañón capturado, descubrieron que su disparador de cobre estaba doblado y quemado por dentro, por lo que la bomba que tenía en su interior no podía ser perforada.[106]

Como siempre en la Guerra de la Triple Alianza, no hubo unanimidad en cuanto al número de pérdidas. Pero todos coincidieron en que el trabajo del día les había costado mucho a ambos bandos. En una carta al vicepresidente Paz, Mitre mencionó «montañas» de cadáveres paraguayos en el campo, cuyo número total estimaba en alrededor de 2.000 (para la tarde del 4 de noviembre, 1.140 cadáveres habían sido enterrados y el proceso estaba lejos de concluir). Mitre estimó las pérdidas aliadas en 400 muertos y heridos.[107]

Los brasileños calcularon las pérdidas paraguayas en 2.743 muertos, al menos 2.000 heridos y 114 prisioneros, mientras que en el bando aliado registraron 249 muertos, 435 desaparecidos y 1.198 heridos.[108] El coronel Thompson, quien vio los resultados directametne, ubicó las pérdidas paraguayas en 1.200 muertos y un número similar de heridos y prisioneros.[109] *El Semanario*, nunca reticente a ofrecer estadísticas exageradas y cuentos de gloria, publicó que las pérdidas paraguayas fueron de 4.000 entre muertos y heridos y las de los enemigos entre 8 y 9.000.[110]

Pese al hedor a muerto en las narices de cada hombre en el campo, y a las inevitables memorias de la primera Tuyutí que este olor evocaba, algunos registraron la segunda batalla de ese nombre como una magnifica victoria. López se sintió animado por los acontecimientos. Decretó promociones y concedió medallas a todos los oficiales y hombres de significación que habían participado en la lucha.[111] Sin embargo, aunque

la confiscación de mercadería y artículos militares humilló a los aliados por un corto tiempo, podían reparar esas pérdidas con relativa facilidad. Con ello terminó la jornada, cuando un asalto exitoso podría haber llevado a Caxias o al gobierno imperial a buscar la paz.

La mayoría de los analistas militares han considerado la Segunda Tuyutí como un empate, pero en muchos sentidos representaba un serio revés para el mariscal. Aunque demostró que todavía podía desarrollar una maniobra innovadora y audaz y capturar banderas de batalla, vino y sardinas, su incapacidad de capitalizar la ventaja probó que ya no podía dar ningún salto estratégico ante la confusión enemiga.[112] Hablando estrictamente, no era su culpa. Si los hombres hubieran obedecido sus órdenes y regresado a las líneas paraguayas de inmediato con los cañones capturados, podrían haber desbaratado la amenaza del cerco aliado sobre Humaitá.

Por otra parte, si la persecución inicial de las

unidades de Pôrto Alegre no se hubiera desbandado cuando los hombres de Barrios tuvieron los almacenes a la vista, los paraguayos podrían haber barrido todo el camino hasta el Paraná, aislando a todo el ejército de Mitre en el proceso. Sin embargo, aun si hubieran llegado a Paso de la Patria, no habrían nunca podido sostenerla por más de unos pocos días y, en cualquier caso, no tuvieron esa oportunidad, ya que los soldados hambrientos no pudieron controlarse en presencia de tales cantidades de comida y bebida. La disciplina cedió a la tentación, el orden al desorden. En tales circunstancias, ni siquiera una incursión limitada hubiera tenido posibilidades de éxito. Si Thompson estaba en lo correcto en sus cálculos, los paraguayos perdieron un tercio de su fuerza de ataque en la Segunda Tuyutí, y el mariscal ya no podía permitirse semejantes pérdidas.

Si los aliados ahora fallaban en conquistar su largamente anhelado premio en Humaitá, eso solo reflejaría su incompetencia, no la eficacia de la

resistencia paraguaya. Como siempre, algunos hombres en el campamento aliado se convencieron de que la victoria estaba cerca; solo faltaba un empujón final. Mientras tanto, la carnicería continuó. Las predicciones optimistas que los editores de *The Standard* habían hecho unos meses antes eran ahora reemplazadas por una profunda desolación:

> La sombría muerte se puede reír con satánico regocijo de las horribles escenas ahora representadas en Paraguay. La guadaña no puede barrer de un golpe a todas las desventuradas víctimas en suelo paraguayo, y como si los horrores de la implacable guerra fueran insuficientes, el vengativo despotismo está llamado a ensañarse con un pueblo inocente, cuyo único crimen es la inocencia, cuya única ofensa es la fidelidad. ¿Quién puede leer los tremendos sufrimientos de este desafortunado pueblo sin una punzada? Toda nuestra civilización no es más que una farsa vacía si la última gota de sangre paraguaya debe derramarse antes de que ambas partes griten «¡ya basta!».[113]

De hecho, la situación era más trágica de lo que señalaba el periodista, quien temía que el exterminio no se detuviera antes de derramar hasta la última gota de sangre paraguaya, porque eso ya

estaba sucediendo y no había la más mínima intención, en ninguno de los bandos, de poner fin a la masacre.

N
Humaitá
GRAN CHACO
PARAGUAY
Curupayty
Curuzú
L. López
Paso Pucú
Laguna Rojas
Laguna Chuí
Boquerón del Sauce
Laguna Piris
Río Paraguay
Laguna Tuyutí
Tuyutí
Estero Bellaco
L. Panambí
Paso de la Patria
L. Yuquerí
L. Carayá
L. Sirena
Río Paraná
Itapirú
Isla Cabrita
Isla Carayá
Batalla
Río Paraná
ARGENTINA

Capítulo 2

El costo de la resistencia

Para fines de 1867, la desesperación de la posición paraguaya en Humaitá era innegable. Mena Barreto había reforzado Tayí con artillería y había cruzado con cadenas el canal principal del río Paraguay para evitar que llegaran suministros a la fortaleza por la usual vía fluvial.[114] Había también cortado las líneas telegráficas paraguayas, lo que prácticamente imposibilitaba las comunicaciones enemigas con la capital. Entretanto, Caxias y Osório habían fortalecido las líneas aliadas en Tuyucué y San Solano para

hacerlas impermeables a los asaltos. Incluso las osadas incursiones de Caballero eran cada vez menos frecuentes.

Río abajo, la flota de Ignácio vigilaba, rumiando. Los buques de guerra continuaban disparando de vez en cuando sobre Humaitá, como un inequívoco recordatorio de que el tiempo se había acabado. Los problemas de abastecimiento del almirante se solucionaron cuando los ingenieros brasileños construyeron un pequeño ferrocarril a lo largo de la orilla chaqueña del río, en el cual los aliados enviaban cargas diarias de 65 toneladas de municiones, combustible y raciones para los 1.500 embarcados.[115] Pese a ello, el almirante seguía negándose a levar anclas. Se había vuelto enfermizo y físicamente lánguido y estaba más que nunca entregado a largos períodos de rezos solitarios. Debido a su estado de ánimo, no era sorprendente que retrasara su avance, pero había pocas dudas sobre su capacidad de hacerlo cuando lo decidiese.

En las trincheras paraguayas, la triste realidad

era evidente. Unos pocos meses antes los hombres todavía creían que se podía acordar una paz honorable con la ayuda de emisarios extranjeros como Gould o Washburn. Ahora los soldados se resignaban a cifrar sus esperanzas en el cada vez más lejano proyecto de escapar de la trampa que Caxias les había tendido. Los paraguayos ni siquiera podían ya cocinar, debido a que hacía tiempo que se había agotado la leña, lo mismo que la bosta de vaca, que les había servido como sustituto temporal. Simplemente esperaban órdenes y masticaban, sin pensar, gastados trozos de cuero —viejas riendas y lazos— cuando no podían encontrar algo de charque o de carne fresca de vaca o de oveja. Cosas que alguna vez habían sido abundantes, ahora eran un lujo, como el maíz, el almidón y los corazones de palma.

Estas tropas desnutridas no tenían posibilidad de defender el perímetro del Cuadrilátero, que, en consecuencia, se había reducido a una barrera mucho más débil y penetrable de lo que ni el mariscal ni los comandantes aliados se

preocupaban de admitir. Las tropas de refuerzo, aunque hubieran podido esquivar a Mena Barreto por los senderos del Chaco, ya no existían. Más al norte, las últimas demandas de conscripción dejaron claro que el Paraguay pretendía consumir hasta sus semillas, aquellos niños tan pequeños que apenas eran capaces de sostener un mosquete.[116]

Dos preguntas eran obvias en esta coyuntura. Ante todo, dadas sus ventajas, ¿por qué los aliados no atacaban y acababan de una vez con los paraguayos? Las tropas estaban listas, incluso ansiosas de pelear, y, a pesar del humillante asalto a Tuyutí, tenían material más que suficiente a su disposición. Probablemente les habrían venido bien más caballos y mulas, pero este era un problema perenne que no debería interferir con un ataque final en esta etapa.

Casi con seguridad, las tensiones que habían caracterizado las relaciones entre los comandantes brasileño y argentino de nuevo representaban el principal escollo. Mitre deseaba

desesperadamente una victoria que le proporcionara el capital político que necesitaba para asegurar el triunfo de Elizalde en las próximas elecciones presidenciales. Así, él podría continuar promoviendo la vieja agenda liberal —su agenda—, que había caído en su peor momento en Buenos Aires.[117]

Caxias era indiferente a las preocupaciones partidarias de Mitre. No tenía deseos de arriesgar sus unidades en el momento más caluroso del año, especialmente cuando cada día que él se volvía más fuerte el mariscal se volvía más débil.[118] El ejército aliado, después de todo, se había convertido incuestionablemente en *su* ejército. Por lo tanto, si hacía las cosas en el orden apropiado, el marqués podía ahorrarse el asalto Humaitá en el sentido convencional del término, seguro de que caería en sus manos con relativa facilidad. Mientras tanto, prefería esperar la llegada de todavía más tropas y animales para forjar su avance no solo a Humaitá, sino a Asunción, y justificar de esa manera la política del imperio

hacia Argentina.

La segunda pregunta obvia tenía que ver con la inacción del mariscal: ¿por qué no se rendía o huía, ya que de otra forma solo le esperaba la aniquilación? En varias ocasiones había recibido ofertas, o rumores de ofertas (algunas de ellas «doradas») que otros jefes de Estado habrían aceptado como una forma honorable de salir del atolladero. Él las había desechado todas. Había visto a miles de sus compatriotas paraguayos perecer y había incluso perdido a un hijo en la epidemia de cólera. Pero se rehusaba a dar su brazo a torcer. Su terquedad, que desafiaba toda lógica, condenó a su país casi a la extinción.

El rey de Paso Pucú

Los historiadores han buscado factores estructurales que expliquen la prolongada resistencia del Paraguay después de 1867, pero, en general, ha sido en vano y han tenido que retornar, la mayoría de ellos a su pesar, a la obstinación personal de Francisco Solano López. Uno puede adivinar el porqué de la reticencia a escarbar en la psique del mariscal. Sus inclinaciones y patrones de pensamiento no son un objeto adecuado para el tipo de análisis con el que los estudiosos, por lo general, se sienten cómodos. Sus acciones, además, han sido tan alabadas como vilipendiadas en la literatura del siglo veinte, en la que aparece como una personificación del bien o como una encarnación del demonio antes que como un ser humano con virtudes, defectos e idiosincrasias. Sin embargo, debido a que la voluntad popular en Paraguay y la dirección activa de la guerra estaban tan entremezcladas con el mandato de López, es imperativo entender su mentalidad, aún más que la

de Mitre o la de Caxias. Necesitamos preguntarnos, sobre todo, qué esperaba conseguir mientras el cerco se cerraba en torno a Humaitá y el conflicto entraba en su cuarto año.

Hombre pequeño y relleno en su juventud, López se había vuelto notoriamente obeso, chueco y desproporcionado, con la barba ya manchada de canas. Tenía arrugas en las comisuras de sus ojos gatunos, manos delicadas y dientes rotos, lo que le causaba interminables problemas de pronunciación.[119] Como necesitaba anteojos y ya no podía conseguirlos, tendía a bizquear cada vez que leía un telegrama o un despacho.[120]

En el frente, López confirmó sus malos hábitos personales, sus temores y su arrogancia hasta un punto caricaturesco. Por ejemplo, aunque nunca fue regular en sus horas de comer, cuando lo hacía consumía carne, pescado y mandioca en enorme cantidad. Hacía una gran exhibición al engullir tortas y ricos manjares que le procuraban para satisfacer más su orgullo que su paladar.[121] En cuestiones de bebida, consumía más licor que

cualquiera en el campamento y le importaba poco, al parecer, si la bebida era caña local o el más fino de los borgoñas importados; todo era igual para él. El resultado de su fuerte consumo de alcohol era fácil de discernir, ya que, cuando estaba bebido, se mostraba abusivo con todos a su alrededor, gritándoles obscenidades e insultos. A veces incluso hacía fusilar a hombres inocentes.[122]

Para evaluar al hombre en toda su dimensión, sin embargo, hay que admitir ciertos aspectos positivos en su pensamiento. Previamente había gobernado el Paraguay con una mente orientada al futuro, promoviendo sus exportaciones, desarrollando sus potenciales naturales y patrocinando notables innovaciones, como un ferrocarril, un sistema telegráfico y un Teatro Nacional. Había cierta madurez en su estilo administrativo que no se puede soslayar por sus caprichos y su autoritarismo. Mientras muchos políticos en la región habían prosperado por un corto período y luego se habían desvanecido, el

mariscal seguía siendo una fuerza activa y, de hecho, puede argumentarse que era su liderazgo el que hasta ese momento había evitado el colapso del Paraguay. ¿Fue así porque era afortunado, o porque era sagaz, o porque era sincero en sus ideales? ¿Era su postura personal realmente emblemática de una «gallarda nación», como *Cabichuí, Lambaré* y *El Semanario* sostenían, o era simplemente un oportunista que no sabía cuándo dejar de serlo?

Quizás el mariscal se había vuelto demasiado admirador de su propia propaganda. Si fue así, necesitaba defender estas fantasías con todos los recursos disponibles, uno de los cuales era sin duda su diestro conocimiento de los paraguayos. Como muchos individuos en naciones bajo un régimen despótico, López creía que la astucia era una virtud no solo en política y diplomacia, sino también en cuestiones humanas. Como resultado, constantemente untaba su conversación con enunciados provocativos, pequeñas mentiras o monumentales falsedades, tanto que era casi un

juego para él. Parecía dar por hecho que sus compatriotas se comportaban de la misma manera. Cuando no los acusaba directamente de hacerse los tontos, *ñembotavy*, probablemente en todo momento los consideraba culpables de ello.

Como todos los gobernantes autoritarios, López se rodeaba de espías y adulones, cuyas zalamerías caían sobre él como gotas en una tormenta de verano. Los paraguayos habían tratado su cumpleaños como una fiesta nacional desde antes de que comenzara la guerra y regularmente ofrecían tributos materiales y retóricos a su grandeza.[123] Aun cuando el mariscal era celoso de sus prerrogativas y completamente inmodesto, solo aceptaba esta veneración cuando le convenía, ya que, de otro modo, proyectaría previsibilidad, que era lo último que, a su modo de ver, un verdadero líder debía hacer.

En algunos sentidos, López se comportaba como un tradicional caudillo de los trópicos que demandaba la absoluta obediencia de la gente semianalfabeta que lo rodeaba. Pero, como

comandante militar con una orientación moderna, inequívocamente francófila, también odiaba el servilismo de sus compatriotas. No obstante, le causaba placer ponerlos siempre a prueba y mostrarse, por turnos, audaz, cauteloso, comprensivo y cruel, a veces tolerante y otras veces tiránico. Y nadie podía adivinar cuál sería el humor que lo embargaría un día cualquiera.[124]

La volubilidad de su administración dio lugar a muchas historias sobre la ferocidad de López, incluyendo una —no del todo creíble—de la época de su niñez, según la cual gozaba con una satisfacción visceral al torturar a pequeños animales.[125] Pero el mariscal podía dar también muchas muestras de amabilidad personal, incluso en esta exasperante etapa de la guerra. Tenía verdadero afecto por sus hijos, especialmente por los nacidos de Madame Lynch, y nunca era tímido para demostrárselo ni para jugar con ellos. Mostraba una abierta y sincera ternura por los hombres que habían sufrido heridas en batalla, a

quienes cubría de gloria por su desgracia. Regularmente mandaba acuñar medallas en honor a los logros de sus hombres.[126] Cuando estaba de buen humor, o después de una satisfactoria comida, podía entonar una espontánea canción reminiscente de sus días en Europa o en el campo paraguayo.[127]

En cierta manera, López estaba más en guerra consigo mismo que con los aliados. Durante los meses que pasó en Paso Pucú fue un ávido testigo de la lucha. Podía seguir las escenas de combate con su telescopio y estaba siempre ansioso de escuchar las novedades diarias de los que llegaban desde atrás de las líneas aliadas o habían peleado con el enemigo mano a mano.[128] Esos relatos nunca le satisfacían, no porque estuviera perdiendo la campaña, sino porque siempre anhelaba encontrar algo aún más sustancial, más excitante y más halagüeño. López, para terminar, quería ser un héroe. Parecía pensar que el espectáculo de la guerra era sublime, trascendental, y soñar íntimamente con los laureles

de una victoria conseguida por él mismo, blandiendo su propia espada.

Esta aspiración, bastante común en oficiales novatos y en muchachos adolescentes, era francamente inalcanzable para el mariscal. Imaginaba que podía rozar la chispa divina por medio de la bravura de sus soldados, pero, cuanto más lo intentaba, más lejana se volvía, en parte porque, a diferencia de Bolívar, Garibaldi o Ulysses Grant, nunca pudo superar sus temores básicos a la batalla. Podía observar a miles de sus hombres masacrados en fuego cruzado —como en Tuyutí o en Boquerón— y sentir cierta afirmación personal con esas carnicerías, pero no podía exponerse a sí mismo al peligro ni por un minuto. Por el contrario, apenas comenzaba un bombardeo aliado, se refugiaba inmediatamente entre las gruesas paredes de sus cuarteles.

Desde una perspectiva moderna, estos miedos e inseguridades hacen parecer al mariscal más humano que los ferozmente valientes, pero de alguna manera acartonados generales paraguayos

como Díaz o Elizardo Aquino. Pero López, desde luego, era un hombre de su tiempo, no del nuestro, y tenía poco interés en dejar un epitafio en el que se resaltaran su humanidad o su complejidad emocional. Él prefería la gloria. Por lo tanto, dado que no tenía paciencia con la debilidad en los demás, debía sentirse trastornado cuando la descubría en sí mismo. Críticos posteriores retrataron al mariscal de forma manifiestamente negativa, como si sus defectos constituyeran algo casi satánico.[129] Si se nos permite, a esta distancia, la indulgencia de la especulación, pareciera que sus detractores no hubiesen entendido su carácter. Lo que hacía peligroso a López no era su perversidad, sino sus dudas y sus sentimientos de culpa, ya que los hombres encumbrados y muy emotivos frecuentemente tienden a ignorar los desafíos del día a día y a pensar demasiado en el destino.

Como hemos visto, la putrefacción ya se había extendido para fines de 1867. Durante todo este tiempo, López aparentemente había estado

pensando en su lugar en la historia, tal como lo había hecho cada día desde que heredó la presidencia de su padre cinco años antes. A su juicio (y al de sus seguidores), Paraguay había entrado en el primer rango de los estados sudamericanos gracias exclusivamente a su hábil administración. Privar al país de ese liderazgo —como insistían en hacerlo los aliados— sería poner el interés personal por encima del bienestar nacional.

No aceptaría nada indigno. Don Pedro no vería jamás algo semejante, ni lo haría ninguna monarquía europea. En junio, en México, Maximiliano de Habsburgo había rechazado la oportunidad que le dieron de abdicar. No renunció a la lealtad a su país adoptivo y murió valientemente, junto con sus generales, en Querétaro. Toda Europa guardó luto por él. López debía estar dispuesto a hacer un sacrificio similar. Aun si de alguna manera sobrevivía, el mariscal no tenía intenciones de suplicar nada a nadie. Tenía que mantenerse enfocado en su trabajo,

pues, a medida que la fortuna del ejército declinaba, este necesitaría más, y no menos, a su general en jefe. Huir ahora era impensable.

Estas racionalizaciones, expresadas con teatralidad, autoengaño y narcisismo, coloreaban la actitud del mariscal en todo momento, y él se negaba a abandonarlas.[130] En Paraguay no existía una oposición política capaz de convencerlo de tomar un curso diferente de acción, y si existía, como hemos visto, ya había sido consumida en el combate. Los exiliados en Buenos Aires y los oficiales de la Legión Paraguaya habían actuado como abiertos colaboradores del enemigo y no podían esperar de López nada más que desprecio. Eso dejaba a los miembros de su familia y de su entorno como los únicos individuos que podían desviarlo hacia una dirección que todavía pudiera ofrecer alguna esperanza a su atribulado pueblo.

Pero los cortesanos no tenían muchas posibilidades de influir en el mariscal. Es cierto que los bastiones de privilegio se habían vuelto

bastante porosos en Paraguay, un país donde los advenedizos se empapaban con perfumes importados, desestimaban a los de mejor cuna con alegre altanería y se consideraban a sí mismos importantes, si no irremplazables. El mariscal a menudo estimulaba su orgullo de una manera que su padre jamás hubiera aprobado. Por ejemplo, aun antes del comienzo de las hostilidades, el gobierno regularmente patrocinaba danzas populares y bailes formales no solo en el Club Nacional (el refugio de la vieja élite), sino en cada plaza pública. En algunas localidades había pistas de baile separadas para las distintas clases sociales, pero todas eran obligadas a participar, a veces por la policía, que tenía órdenes de asegurar la concurrencia a estos divertimentos públicos.[131] Los bailes no declinaron con los reveses militares, sino que, de hecho, se incrementaron, ya que cancelar un encuentro podía sugerir que había algo que lamentar, antes que celebrar, en las noticias que llegaban desde el frente.

Aquellos que pudieran creer que la interacción de clases en tiempos de guerra en Paraguay no era distinta de la de Buenos Aires o Rio de Janeiro deben recordar que en esas dos capitales las sutilezas sociales estaban impuestas por la tradición, no por la dictadura. Los equivalentes brasileños y argentinos de hombres como Alén, Bruguez o Resquín no podían de ninguna manera exhibir a sus amantes de «peinetas doradas», o *kygua vera*, en eventos públicos y seguir gozando del favor oficial.[132] En Paraguay, tal comportamiento no solo era posible, sino estimulado.

Esto no significaba que cualquier subteniente pudiera acceder al oído del mariscal. Su patronazgo era ávidamente buscado, pero notoriamente caprichoso. Nadie en Paso Pucú, ni siquiera aventajados extranjeros como Franz Wisner, Willian Stewart o Thompson, podía darse el lujo de olvidar cuál era su lugar. Y, ya que los gobiernos absolutistas imponen sus propias definiciones del buen gusto y la buenas maneras,

en Paraguay la tendencia era dictada por la familia presidencial, por Madame Lynch y por el mismo López. Aunque podía disfrutar —y burlarse— de las aventuras de sus subordinados, solo a regañadientes permitía que ello influyera en sus acciones.

Para entender las motivaciones y la conducta del mariscal, podríamos considerar su indulgente educación y la falta de consejos imparciales. Era costumbre en los antiguos triunfos romanos que un esclavo siguiera al héroe para recordarle con susurros que la gloria es efímera y que la rueda de la fortuna gira por igual para todos los hombres. Pero López no tenía un sirviente semejante. Washburn lo expresa mejor cuando observa que:

> Desafortunadamente para López, aunque tenía muchos aduladores, no tenía consejeros. En un período muy temprano de su vida había recibido autoridad sobre todos los que estaban a su alrededor y estos habían pronto aprendido que la manera de obtener su favor y preferencia era a través de la adulación y la lisonja. Por lo tanto, todos lo halagaban hasta que él comenzó a considerar a todo aquel que se aventurara a expresar una opinión propia como un enemigo; y cuando la cuestión de la guerra fue

> analizada, aquellos en su entorno que eran más de su confianza no pudieron jamás expresar una duda […] Su propia seguridad requería decirle que era invencible…[133]

Los miembros de la familia del mariscal no escapaban a estas reglas. Ellos también tenían que observar una complicada etiqueta al tratar con él. Quizás los viejos rumores sobre su nacimiento ilegítimo habían estropeado su relación con sus hermanos y hermanas, ya que, incluso si eran falsos, debieron haber tenido un efecto mortificante. Hasta hoy se repite que Carlos Antonio López (él mismo hijo de un sastre) se había casado con la embarazada Juana Pabla Carrillo como parte de un arreglo con su padre. Se asegura que el padre biológico del mariscal era su padrino, Lázaro Rojas Aranda, uno de los hombres más ricos del Paraguay, quien le dejó toda su fortuna «porque no tenía hijos propios».[134] En cualquier caso, una vez que fue presidente, no toleró ninguna oposición ni presunción familiar, ni siquiera a su madre. En años previos, Juana Pabla Carrillo se había atrevido a mostrar preferencia

por su hijo menor, Benigno, un señorito excesivamente empolvado que valoraba los bienes materiales, pero no a las personas.[135] El resentimiento derivado de esta predilección maternal fue duradero, ya que Juana Pabla, que era amigable incluso con Washburn, solo muy raramente trataba con calidez al adulto Francisco Solano López. Tampoco el mariscal se sentía un hijo solícito ni deseoso más que de cumplir con el máximo decoro lo que prescribe la convención social y de hacer alguna eventual consulta sobre su salud.[136]

López comenzó a considerar también a sus hermanos, que fueron sus compañeros de juegos en la niñez, con marcada cautela, incluso con sospecha. Sus dos hermanas, Rafaela e Inocencia, compartían su actitud imperiosa, su codicia y su afición por la comida. Las murmuraciones —por decirlo en forma suave— no favorecían a estas mujeres. Aunque ambas vivieron suntuosamente y cerca de su madre durante toda su vida, nunca se llevaron bien y ponían constantemente a los

miembros de la familia del lado de una o de la otra. Cada hermana parecía gozar más con los defectos y desgracias de la otra que con las noticias de las victorias de su hermano en el frente. Ciertamente, ninguna podía jactarse de ejercer influencia en él.[137]

Tampoco podían hacerlo sus hermanos. En varias ocasiones durante el conflicto, el bastante anodino (y posiblemente sifilítico) Venancio López ocupó el puesto de ministro de Guerra en Paraguay, y nunca, en la voluminosa correspondencia que le envió a su hermano, se dirigió a él de otra forma que como «Excelentísimo Señor».[138] La obsecuencia no paraba allí. En todos los intercambios formales, los miembros de la familia López estaban obligados a tratar a Francisco Solano con empalagoso respeto.[139]

Solamente una persona, Elisa Lynch, parecía capaz de escalar la escarpada ladera del orgullo del mariscal. Los comentaristas han tendido a tratarla desconsideradamente, poniéndola a veces

incluso entre las prostitutas de tercera clase de París. Hay poco de justo en esa descripción; pudo haber sido una arribista, pero no fue una cortesana. Aun así, fue una figura controvertida ya en su propio tiempo, y hay todavía mucho que saber sobre su relación con López. Fue su mujer durante trece años y le dio siete hijos, seis varones y una niña. En al menos una ocasión, Lynch le arañó públicamente el rostro al enterarse de un «pecadillo» del mariscal, pero siempre perdonó su inconstancia, o al menos pretendió hacerlo.[140] En retribución, él le ofrecía su confianza además de su intimidad, y quizás incluso la amó en una forma ruda y poco romántica. Ella se ocupó de todos sus hijos, incluso de los que tuvo con otras mujeres, y se los llevó con ella a su exilio europeo después de la guerra.

No es imposible suponer que, en su vida privada, ella lograra romper su armadura dorada y ver las inseguridades que penosamente escondía de los demás. Su comprensión y tolerancia mutuas eran evidentes para todos los que los veían juntos.

Su apoyo hacía posible a López disfrutar casi como un hombre normal de su anómala vida en el claustrofóbico ambiente de Paso Pucú. Y permitía a la *Madama* conocer los secretos de su temperamento y ambiciones.

Si alguna vez intentó convencerlo de hacer la paz o no, es otra cuestión. A juzgar por sus muchos embarazos, Lynch despertó siempre las pasiones más poderosas en el mariscal. Pudo, o no (los testimonios son contradictorios), haber perdido la delicadeza de su figura para 1869, pero nunca se debilitaron los deseos que le inspiraba.[141] Aunque López se rendía a la atracción de numerosas mujeres, ella era indisputablemente su favorita. Nadie más en Paraguay tenía su porte, nadie lograba ser tan elegante y tan encantadora, nadie podía hablar francés tan dulcemente como ella.

Por mucho que pudiera desdeñar a los ignorantes pueblerinos que tenía por compatriotas, él deseaba su aprobación hacia esta mujer que había traído de París. Los caballeros paraguayos

tendían a responder tratando a Lynch con admiración, incluso con deleite. Las mujeres de la élite, sin embargo, y esto no excluía a la madre y a las hermanas del mariscal, la rechazaban como a una *putain royale* o a una vulgar advenediza. La acusaban de impaciente ante las toscas maneras de sus subalternas, su uso del guaraní, sus joyas baratas y su hábito de fumar gruesos cigarros. En realidad, la *«déclassé Irishwoman»* era notablemente adaptable, sensible y complaciente. Las *grandes dames* de Asunción, cuyos maridos yacían muertos en Tuyutí, la habían desairado a ella, no al revés.[142] Y en su lealtad al mariscal, a quien ella amorosamente llamaba «Pancho», había una solidez y un sentido común que reflejaban su origen irlandés.

Aunque disfrutaba claramente de los beneficios de su influencia y posición, Lynch no podía permitirse ser otra cosa que una mujer realista. En contraste con el mariscal, quien ocasionalmente mostraba pretensiones monárquicas, ella nunca cayó en el engaño de creer que algún día asumiría

el trono paraguayo como una emperatriz.[143] Parece haber otorgado más peso al lado práctico de su relación con el presidente. Dado que la Iglesia no había legitimado su separación legal de su primer marido —un cirujano francés—, no podía contraer matrimonio con López y necesitaba cuidar de ella y sus hijos de maneras no eclesialmente sancionadas.

La forma más fácil de hacerlo era a través de la adquisición de tierras. El mariscal le obsequió toda clase de finos regalos importados antes de que la guerra comenzara. En el proceso, ella obtuvo títulos de varias casas y propiedades en Asunción y en varias otras partes del país. Después de que los aliados hubieron expulsado a los paraguayos de Tuyutí y Curuzú, Lynch incrementó aún más la compra de bienes raíces. Cuando retornó a Sudamérica después de la guerra para reclamar sus derechos sobre esas tierras, sus abogados, escribiendo en su nombre, se esforzaron por presentar sus adquisiciones como un acto patriótico:

> Hacia fines de 1866, Benigno López, el hermano menor del mariscal, públicamente ofreció vender todos sus inmuebles, incluidas sus estancias. Este anuncio causó una profunda sensación en el país, ya que todos dijeron que si él, siendo uno de la familia presidencial, estaba [ansioso de hacer] eso, era porque la guerra estaba a punto de terminar desastrosamente para el Paraguay. Conociendo el pánico que esto causaría, [Madame Lynch hizo saber que ella] compraría todas las tierras o plantaciones disponibles [y con ese fin comenzó] por comprar tierras del Estado.[144]

Es evidente ver que las compras de Lynch no tuvieron el propósito de calmar a los propietarios paraguayos, sino que esencialmente constituían una póliza de seguro en caso de catástrofe. Al principio, las propiedades que obtuvo eran bastante modestas en comparación con las que otros miembros de la familia López habían reunido a lo largo de los años.[145] En esta penúltima etapa de la campaña, sin embargo, aumentó sus tenencias en forma frenética y mercenaria, involucrándose así en la especulación que pretendía negar. Lynch llegó a ser dueña de más de

3.000 leguas cuadradas (unas 7.500.000 hectáreas) en Paraguay y en el ocupado Mato Grosso.[146] Más allá de que estas transferencias fueran hechas por su iniciativa o por la del mariscal, es obvio que lo hicieron pensando en que la mejor garantía para su seguridad y la de sus hijos era mantener el *statu quo*.

Al intentar comprender a Madame Lynch, quizás lo que más claramente podemos observar es que verdaderamente amaba a López, «con todo su corazón y toda su alma», y se preocupaba constantemente de su futuro juntos.[147] En otro tiempo y lugar, su devoción hacia él y sus hijos los habría sostenido a ambos. Aquí, en cambio, contribuyó a fomentar una atmósfera irreal. Debido a que lo amaba, secundaba los antojos más peligrosos del mariscal, como se esperaba que hiciera una leal consorte a mediados del siglo diecinueve. Refrendaba su visión napoleónica de sí mismo y la creencia en su infalibilidad, su sospecha de constantes conspiraciones y complots para asesinarlo y su intransigencia hacia los

aliados. Apoyaba todas sus decisiones y las consideraba sensatas y bien pensadas.

Lynch pudo haber tenido «abundancia de ese coraje del que [López mismo] tanto carecía», pero, lastimosamente, nunca lo usó para desafiar o moderar sus excesos.[148] La posteridad, eso parece, aún no ha tratado esto con suficiente comprensión. El ambiente victoriano de su época le habría permitido prosperar como la amante del hombre más poderoso de Paraguay, pero, al mismo tiempo, restringía severamente el alcance de sus acciones. No podía ni ganar la respetabilidad que anhelaba ni darse el lujo de actuar independientemente. Pese a lo que sus detractores han afirmado tan enfáticamente, nunca estuvo a su alcance levantar una espada ni mezclarse con los asuntos del estado paraguayo. Hasta nuestros días circulan múltiples cuentos chinos sobre Madame Lynch. Uno sostiene que encabezó un cuerpo de amazonas en el ejército paraguayo; otro, que cada joya recolectada por el gobierno terminó en su poder, y se afirmó incluso que había sido

previamente la amante del gobernador correntino y que había conminado a López a atacar Argentina como venganza por esos fracasados devaneos o porque el editor de un periódico en esa comunidad la había ridiculizado en un artículo satírico. Burton llegó a escuchar que ella dirigía las operaciones militares en Humaitá. Lo que estas historias tienen en común es su utilidad como propaganda, ya que los enemigos del mariscal se esforzaban por sacar el máximo provecho de la falsa imagen de una Lady Macbeth que «adulaba al vanidoso, crédulo y codicioso salvaje para hacerle creer que estaba destinado a sacar al Paraguay de la oscuridad y convertirlo en una potencia dominante en Sudamérica», como escribió Masterman. Como debería ser obvio a estas alturas, López no necesitaba estímulos para creerse destinado a la gloria; el mariscal distaba de ser herramienta de nadie. En cuanto a Elisa Lynch, es difícil no coincidir con el juicio de su nuera Maud Lloyd, quien subrayó que la Madama «no era la escabrosa, intrigante aventurera que han querido

hacer de ella. Como muchas mujeres viviendo "sin el beneficio del clero", era una víctima de las circunstancias […] Era de corazón cálido, sentimental, una adelantada irlandesa victoriana que sentía fácilmente simpatía por todos aquellos en problemas […pero] su influencia sobre López era muy limitada».[149] Pudo haber estimulado a López con ternura y afecto. Pudo haber hecho que él confiara mucho en ella. Pero, aunque continuó obteniendo del mariscal pequeños favores y aceptó gustosamente sus sustanciosas concesiones, nunca se le permitió olvidar que era él quien comandaba su país, hasta las últimas consecuencias.

Paso Poí

Los últimos días de 1867 trajeron esperanzas momentáneas para el Paraguay. El mariscal comía bien en Paso Pucú, saciándose con chuletas mientras los hombres a su alrededor sufrían hambre. Revisó nuevas ofertas de mediación de Washburn, que, como siempre, encontró deficientes en sustancia.[150] También continuó probando las nuevas líneas aliadas en Tuyucué y San Solano, provocando escaramuzas nocturnas que irritaban a Mitre y Caxias pero no les provocaban daños significativos. Estos podían permitirse recibir algunos alfilerazos, seguros de que el desgaste impuesto por los aliados terminaría quebrando la defensa paraguaya.[151]

A mediados de noviembre, el ejército aliado en Paraguay consistía en 11.587 hombres en Tuyutí; 19.027 en Tuyucué; 6.777 en Tayí, y 1.098 en el Chaco, para un total de 38.489 en el frente.[152] Para contrarrestar esta fuerza, el mariscal tenía menos de 20.000 demacrados soldados, pocos de

los cuales podían resistir un asalto. G. F. Gould, quien había visto a estos hombres meses antes, notó que muchos

> […] están exhaustos por la exposición, la fatiga y las privaciones. Están literalmente cayéndose de inanición. En los últimos meses solo han consumido carne, y de una calidad muy inferior. De vez en cuando consiguen un poco de maíz nativo, pero la mandioca y, especialmente, la sal, son tan escasas que solamente se les da, creo firmemente, a los enfermos […] Muchos de los soldados están en un estado cercano a la desnudez, con solo un pedazo de cuero curtido alrededor del bajo vientre, una camisa harapienta y un poncho hecho de fibras vegetales […] Los paraguayos son una magnífica, valiente, resistente y obediente raza de hombres; pero están comenzando a decaer…[153]

Parece curioso que López haya elegido permanecer con estos hombres en Humaitá después de que Mena Barreto fortificara Tayí y aislara la fortaleza. El mariscal, a no dudarlo, había sido siempre terco y derrochador de sus recursos, pero sus hombres no podían comer su terquedad y la lógica indicaba que deberían haberse retirado al norte, hacia el río Tebicuary, mientras todavía hubo tiempo.

Dos razones explican la inquebrantable decisión de aferrarse a su posición establecida, y ninguna es estrictamente política. Por un lado, para mortificación de los oficiales del ejército aliado, la bien abastecida flota de Ignácio seguía sin pasar las troneras paraguayas para unirse a las fuerzas terrestres aliadas en Tayí. Quizás el almirante vacilaba porque pensaba que Humaitá caería sin necesidad de esfuerzo naval. Caxias había hecho un cálculo similar en tierra, pero eso estaba aún por verse. El comandante de la flota también se quejaba, tal vez falsamente, de que no podía forzar las restantes baterías fluviales sin tres monitores que estaban entonces siendo construidos en Brasil.

Luego estaba el sorprendente éxito del camino que los paraguayos habían abierto en el Chaco entre Timbó y Monte Lindo. Asombrosamente, dadas las dificultades del terreno, y contra lo que los ingenieros presumían, este camino había prestado buen servicio y, de hecho, había visto cierto tráfico de suministros provenientes de arriba de Tayí.[154] El mariscal se sentía tan

animado con su pequeño logro que erigió una batería de 30 cañones en Timbó y destinó una fuerte guarnición comandada por el coronel Bernardino Caballero para cubrir la posición. No era la Batería Londres, pero estaba lejos de ser insignificante.[155] Además, López restableció el contacto telegráfico con Asunción extendiendo un cable a través del río Paraguay, luego a lo largo del mismo camino en el Chaco y, finalmente, cruzando de nuevo el río para conectarse con la vieja línea al norte.[156]

Pero la ruta chaqueña de abastecimiento solamente prolongó la miseria de los hombres en Humaitá, que todavía se sentían agotados, desalentados y desnutridos. Los músculos les dolían constantemente e incluso aquellos que habían comido algo a menudo se sentían enfermos, con problemas gástricos. El ganado traído hasta ellos a través del Chaco eran animales esqueléticos que no podían encontrar pasturas en Humaitá y tenían que ser carneados y consumidos inmediatamente.[157] Era difícil que el ejército

durase mucho tiempo más. Caxias, Mitre y los otros oficiales aliados creían que la resistencia paraguaya estaba a punto de desmoronarse y que con ella caería la vieja fortificación.

Pero, en vez de retirarse, López atacó. No llegó a ser una operación completa, pero causó mucho más daño del que los aliados se atrevieron a admitir. A pesar del infernal calor del día y del nudo en sus estómagos, los soldados paraguayos formaron con su antigua gallardía cuando uno de los ayudantes del mariscal cabalgó hacia ellos desde Paso Pucú el 22 de diciembre y se presentó ante las tropas reunidas en Humaitá.

Con voz apropiadamente estruendosa pese al hambre, el oficial (cuyo nombre no quedó registrado) dio el saludo de rigor: «¿Cómo les va, muchachos?» *(Maiteípa lo mita),* recibiendo la también usual y estentórea respuesta: «¡De lo mejor *(Iporãnte)*, esperando órdenes para acabar con los macacos!» El ayudante, en lo que parecía una bien ensayada escena, respondió con la misma teatralidad: «¡Muy bien, ya que es para eso que me

ha mandado el mariscal!»[158] Luego preguntó quiénes estaban listos para cumplir sus órdenes, y cada hombre de los cuatro regimientos presentes dio dos pasos al frente para proclamar su disposición. Con una melancólica, pero orgullosa sonrisa, el ayudante transmitió las instrucciones de su jefe: las tropas debían marchar y destrozar las unidades aliadas en Paso Poí, un pequeño reducto a mitad de camino entre San Solano y Parecué.

Independientemente del entusiasmo de los hombres, que, dadas las circunstancias, era notable, tomó dos días enteros preparar el ataque porque pocos soldados en Humaitá estaban en condiciones para el servicio. El coronel Valois Rivarola parece haber tenido algún papel en la planificación del asalto, y su astucia y arrojo quedaron en evidencia en su ejecución, que fue confiada al capitán Eduardo Vera, un duro veterano.[159]

Una vez comenzada, la incursión se desarrolló sin inconvenientes. Los 160 hombres del capitán avanzaron furtivamente, vadeando una serie de

lagunas después del anochecer, con machetes entre los dientes. Los soldados de alguna manera encontraron energía para continuar su movimiento a través de los laberintos a las horas más oscuras de la noche. Se mantuvieron agachados y emergieron silenciosamente del agua poco antes del amanecer del 25 de diciembre. Reptaron como cocodrilos y, cuando el sol pintó el cielo en el este, alcanzaron el reducto seco. Los aliados habían construido un mangrullo en el sitio con maderas tomadas de una pequeña capilla en Tuyucué, pero evidentemente no había nadie arriba, ya que los paraguayos los tomaron por sorpresa.[160]

En un santiamén, y como una horda de demonios descendiendo del firmamento, cayeron sobre los adormilados *voluntários*. Gritando «¡A la carga mis muchachos!» y «¡Viva el mariscal López!», el capitán Vera se lanzó contra el atontado enemigo. Sus tropas balancearon fuertemente sus sables y cortaron a 400 hombres que encontraron en las trincheras más cercanas. Los brasileños no

tuvieron tiempo de reaccionar. «Cada golpe era una muerte segura», escribió Centurión en sus memorias. En treinta minutos los paraguayos habían cubierto el campo con cuerpos desfigurados y mutilados. Un puente provisorio que los ingenieros aliados habían construido quedó obstruido por los cadáveres.[161] Despertados de sus sueños por los sobresaltados gritos de sus comandantes, los infantes tomaron sus posiciones y dispararon ráfagas de fusil desde el otro lado de la laguna, pero sus balas pasaron encima del enemigo y no alcanzaron a un solo hombre.

La situación se volvía más desesperada a cada segundo mientras los aterrorizados infantes aliados corrían en estampida, llenos de pánico. Un escuadrón de caballería y su comandante intentaron galopar al rescate de las unidades amenazadas, pero se toparon con los hombres de Vera entre los charcos y recibieron el mismo trato sangriento que el capitán había prodigado a los *voluntários*. Cuando los jinetes sobrevivientes

desaparecían a la distancia, Vera quedó momentáneamente como dueño del campo de batalla. Esto le dio unos cuarenta o cincuenta minutos en los que se apoderó de las armas y suministros que los brasileños habían arrojado en su confusión. Para deleite del mariscal, los hombres de Vera capturaron también algunos pabellones del regimiento.

López nunca pretendió mantener Paso Poí con la pequeña fuerza a disposición de Vera, e incluso antes de que los brasileños recobraran su compostura el capitán ya había comenzado a retirarse a través de los enlodados esteros hacia las trincheras paraguayas en Paso Benítez. El general brasileño de cara alargada José Joaquim de Andrade Neves (barón del Triunfo) llegó al lugar más o menos en ese momento, trayendo con él varias unidades bien equipadas, tanto de infantería como de caballería. El general había peleado bien en Potrero Ovella y en otros combates, pero aquí la situación lo dejó atónito (al igual que a todos los demás oficiales aliados

presentes).[162] Una rápida mirada al campo sugirió a Andrade Neves que los asaltantes enemigos intentarían volver a Humaitá por la ruta terrestre más directa, por lo que ordenó a sus jinetes avanzar inmediatamente en línea recta hacia la fortaleza. Esto resultó un error de cálculo, ya que los brasileños pronto cayeron bajo el fuego de cañón de las baterías paraguayas, sufrieron incluso más bajas y se vieron forzados a retirarse.

Caxias, quien se dirigió al sitio con su personal en esta etapa final del enfrentamiento, no podía creer en el caos que veía. Su apego al deber siempre hacía al marqués contenerse y guardar el recato, pero encontraba exasperante tener que lidiar con el tipo de incompetencia que Paso Poí sugería. Los ejércitos aliados estaban al borde de una victoria total, y que estas unidades fueran sorprendidas de manera tan simple lo indignaba. Ordenó una investigación, de la cual derivó una corte marcial para el teniente coronel cuyas unidades de *voluntários* Vera por poco había aniquilado.[163]

Fuentes paraguayas afirmaron que las pérdidas aliadas en Paso Poí sumaban más de 800 hombres muertos contra solo cuatro del mariscal.[164] Este número, obviamente exagerado, tuvo su equivalente opuesto en el lado aliado, donde los brasileños reconocieron cinco muertos y diecisiete heridos contra un muerto y cinco heridos para los paraguayos.[165] La cifra verdadera con seguridad se encuentra entre ambos extremos.

A pesar de la inclinación aliada a minimizar el enfrentamiento, nadie podía dudar de que el capitán Vera había demostrado una inesperada vitalidad cuando sus adversarios suponían que los paraguayos se arrastraban desfallecientes. Caxias no fue el único del lado aliado en recibir las noticias del asalto con perplejidad. Por su parte, López reaccionó con cierta exuberancia. Concedió una recompensa de veinte pesos a cada soldado que participó en la incursión, un poco más para los oficiales, y el doble para cada hombre que volvió con un rifle capturado.[166]

El 25 de diciembre era doble fiesta, por

Navidad y por la independencia (que en esa época se festejaba ese día), y el exitoso asalto proporcionó al entorno del mariscal en Paso Pucú un motivo adicional para celebrar. Si los soldados paraguayos todavía podían obtener una victoria, incluso ahora, tal vez podrían aún cumplir lo que López exigía de ellos. Las bandas militares en Humaitá tocaron marchas patrióticas toda la noche, y en Asunción las festividades continuaron durante varios días. Esos hombres y mujeres desnutridos, al parecer, todavía podían bailar en honor de la gloria nacional.

El gobierno paraguayo dio entonces el inesperado paso de liberar a los amputados del servicio activo en Humaitá, enviándolos a casa con pensiones bastante aceptables de 100 pesos por cada hombre casado y 25 para cada soltero.[167] Los oficiales recibieron premios proporcionalmente mayores de acuerdo con su rango. Si esta medida era una espontánea muestra de benevolencia del mariscal o una manera de desembarazarse del personal inútil, no queda

claro. De cualquier modo, la partida de los lisiados de las líneas del frente no hizo diferencia para los esfuerzos paraguayos de guerra en ese momento.

Si Paso Poí demostró a López que podía no solamente sobrevivir, sino incluso triunfar contra Mitre y Caxias, en las trincheras aliadas reforzó un creciente sentimiento de malestar y el claro reconocimiento de la necesidad de una mayor crueldad. La mayoría de los soldados aliados ahora tenía certeza de que los paraguayos nunca se rendirían, sino que continuarían peleando hasta ser aniquilados. En consecuencia, cuanto más pronto los aniquilaran, más pronto podrían volver a casa. Las evocaciones románticas de las virtudes del enemigo se habían disipado. En cambio, visiones salvajes de inevitables asesinatos llenaban las mentes de brasileños y argentinos, y una violenta impaciencia crecía en sus corazones.[168] Si también los afectaba a ellos esta transformación, los comandantes aliados posiblemente empezaban a preguntarse qué carnicería, hasta el momento

todavía inconcebible, auguraba lo que acababa de ocurrir, si debían alegrarse por eso y si tendrían el estómago lo bastante resistente para poder hacer lo que habría que hacer.

Capítulo 3

Mitre despeja el camino

El presidente argentino no hizo muchos comentarios sobre el asalto paraguayo en Paso Poí. Se encontraba revisando reportes de las provincias de abajo, donde las noticias eran cualquier cosa menos buenas. El cólera había golpeado la capital y Mitre debía enfrentar la posibilidad de una epidemia. Con cierta irritación, también leía que una nueva «revolución», probablemente de inspiración urquicista, acababa de erupcionar en Santa Fe y estaba en ese momento amenazando la ciudad de Rosario.[169]

Autoridades provinciales habían pedido la intervención nacional y algunos observadores suponían que ello traería otra serie de revueltas internas, lo que demandaba la atención del presidente.

El levantamiento santafecino resultó ser trivial. Aun así, que Mitre tuviera que lidiar con él sugería una vez más que, a diferencia de Caxias, no podía dedicarse exclusivamente a la campaña contra López. Elizalde, los hermanos Taboada y Marcos Paz habían actuado como hábiles administradores y útiles aliados políticos, pero no podían hacer mucho más sin su guía y apoyo. Urquiza, como de costumbre, era caprichoso, y los europeos no estaban dispuestos a tratar con los liberales sobre otra base distinta que sus propios términos. Si su ejército estaba fatigado en Paraguay, el presidente argentino lo estaba aún más.

Mitre había servido como comandante aliado la mayor parte de los últimos tres años y, como George McClellan en Estados Unidos, había proporcionado el ímpetu que se requería para

transformar las fuerzas armadas en algo formidable y moderno. Había manejado los muchos desafíos diplomáticos de negociar con los brasileños y orientales y había logrado mantener la alianza, en sí mismo algo nada pequeño. Era cierto que había fallado en conseguir el principal objetivo de la guerra, pero, no obstante, había trabajado bien con Caxias en la formulación de una estrategia para hacer arrodillarse a López. Observaba correctamente que el terrible revés de Curupayty hacía tiempo que se había olvidado y que el ejército aliado estaba una vez más en movimiento.

Pero Mitre no había todavía derrotado al mariscal y ese hecho carcomía su orgullo. Aunque los hombres en el frente habían oído muchas promesas de victoria, todavía no podían percibir signos seguros de paz. Humaitá no había caído. El ejército paraguayo seguía activo en el campo, si bien sobre una base menos decisiva, y la barba de don Bartolo ahora mostraba casi tantas canas como la del mariscal. Lo peor de todo, no había nada

que contemplar, sino más de lo mismo.

El 2 de enero de 1868, el cólera se cobró la vida del vicepresidente argentino Marcos Paz. El tucumano de cincuenta y cuatro años había sido el pegamento político que mantuvo unido al gobierno nacional mientras Mitre estuvo en el frente. Nadie podía reemplazarlo. La constitución no tenía previsiones que permitieran a Paz asumir autoridad temporaria en Buenos Aires durante la ausencia del presidente, pero tampoco previsiones para cubrir su propia muerte.

Ni los paraguayos ni los brasileños podrían haber deseado un evento más comprometedor para los intereses argentinos, al menos para los mitristas. El presidente se sentía preocupado, aunque también, en otro sentido, honestamente aliviado. No tenía más opción que volver a su capital, esta vez definitivamente. Su esposa e hijos estaban esperándolo y él ya ansiaba un lugar más confortable y familiar que su barraca en Tuyucué.

Sin embargo, en su ausencia habían ocurrido muchos cambios y no estaba claro qué requerirían

de él las nuevas circunstancias. Con la ayuda de Paz, el gobierno nacional había organizado y mantenido desde 1865 una fuerza de decenas de miles que había peleado eficazmente contra López y los montoneros. La milicia había aplastado la oposición a la alianza en las provincias y continuaba haciendo la diferencia entre una Argentina estable y otra caótica. Ahora los generales deseaban presentarse como potenciales árbitros de un orden político moderno, algo que Mitre siempre había esperado evitar. No había razones para suponer que los oficiales darían su apoyo a Elizalde y, sin Paz a mano para contener los desafíos de los autonomistas, los liberales de Mitre tenían mucho de qué preocuparse.

En primer lugar, no estaba del todo claro que ellos continuarían recurriendo al «sabio liderazgo» de don Bartolo. Aunque había conseguido insuflar nueva vida a su movimiento político después de derrotar a Felipe Varela a principios de 1867, últimamente había estado bastante desconectado de los eventos en el sur. A

no dudarlo, todavía proyectaba respeto en círculos partidarios, pero ya no podía dar por sentado que su amplio prestigio sería suficiente.

Cuando se enteró de la muerte de Paz el 10 de enero, Mitre se sintió aturdido, pero no había dudas sobre lo que debía hacer. Sus ministros habían constituido un gabinete de emergencia en Buenos Aires y demandaban su retorno a la primera oportunidad posible. Él no podía perder tiempo ponderando su legado histórico o preocupándose de las tropas sitiadas en Humaitá. Tenía que moverse rápidamente, y así lo hizo. Partió el 14, dejando a Caxias asumir el comando general. Desde una perspectiva brasileña, este era en sí mismo un hecho crucial, ya que el marqués no tendría en adelante que enfrentarse a ninguna rivalidad dentro del campamento aliado y podría proseguir la guerra de acuerdo con sus propios planes y cronograma. Para Mitre, por su parte, el abandono del frente, por necesario que fuera, constituía un fracaso personal, otra ambición frustrada por el destino.

A mediados de la década de 1850, Mitre había sido el hombre más versátil de una generación de estudiosos estadistas argentinos, y quizás el más distinguido. Doce años más tarde, lucía notoriamente más viejo y había también perdido el lustre de distinción que antes lo puso al mismo nivel que Alberdi y bien por encima de Urquiza. Aunque no había todavía arrojado la toalla como político, su carrera ya no proyectaba la misma promesa que en el pasado.

Los competidores de Mitre en Buenos Aires (y no pocos de sus supuestos aliados) no tenían intenciones de dejarle espacio para el tipo de maniobra política que había instituido en la ciudad porteña tiempo atrás. En cambio, se esforzaron por tratarlo como la quintaesencia del político irrelevante, bueno quizás como autor de algún ocasional editorial en *La Nación Argentina* o para asistir a la celebración inaugural de una nueva línea de trenes en las provincias, pero solo para eso. Que retuviera alguna semblanza de control sobre el gobierno nacional, insistían, estaba ahora

fuera de discusión. Había incluso conversaciones sobre un juicio político al presidente por haberse excedido en sus poderes de guerra.[170]

Mitre dedicó varios meses a tratar de mantener su obra política en pie, pero perdió a varios de sus más importantes aliados políticos en el gobierno y observó abatido la caída de Elizalde en la elección presidencial, claramente derrotado por Domingo Faustino Sarmiento, el ministro argentino en Washington.[171] Este, quien, como Paz, había perdido un hijo en Curupayty, era un reconocido crítico de la guerra.

Mitre pretendía seguir siendo políticamente relevante en las cambiantes circunstancias antes y después de la elección. Con ese fin, continuó trabajando arduamente en periodismo, tratando de resucitar el programa liberal bajo una variedad de nuevos nombres. Sirvió como senador nacional por un tiempo, durante el cual defendió la alianza con Brasil en cada foro público. Pero ya no tenía mucha influencia en la política exterior ni podía controlar la forma y el temperamento de la nación

que había hecho tanto por establecer, ya que el liberalismo que había impulsado pronto se volvió tan estéril como el caudillismo que había desplazado.

Para parafrasear a Nicolas Shumway, es difícil separar el indudable patriotismo de Mitre y sus esperanzas para la Argentina de sus innobles ambiciones políticas, en parte debido a que poseía un superlativo dominio de la retórica liberal.[172] Su elocuencia, sin par ni entre sus aliados brasileños ni entre sus enemigos paraguayos, proporcionaba un barniz positivo y perdurable a una vida que contenía tanta filosofía elevada como conspiración y prevaricación. Los detractores de Mitre —y hay muchos— han calificado su liberalismo de producto de una mentalidad elitista. Sus defectos políticos, argumentan, se originaban en su defectuoso instinto para los valores humanos. En vez de acercarse al pueblo argentino y sentir compasión por su pobreza y simpatía por su cultura, veía en su supuesto atraso algo que necesitaba ser superado. En ese sentido, su

patriotismo de orientación porteña servía de cobertura a una nueva clase de explotación.[173] El hombre en sí era complejo, sofisticado y atractivo, pero el nacionalismo que tan cuidadosamente había construido en su biblioteca, en su oficina de periódico y en su cuartel en Tuyucué era profundamente exclusivo e incompleto.

Corta incursión a lo irreal

La muerte del vicepresidente Paz no afectó la percepción del mariscal de las fortalezas aliadas porque, por un lado, la consideraba irrelevante y, por el otro, fue incapaz de entender los alcances de lo que había ocurrido. Los logros de sus enemigos al flanquear a los paraguayos a través de Tuyucué, San Solano y Tayí lo habían convencido de reconfigurar sus defensas en Humaitá. Aun antes de su exitosa acción en Paso Poí había decidido que la enorme red de trincheras alrededor del Cuadrilátero no podía mantenerse apropiadamente con las reservas disponibles. Por lo tanto, retiró a 10.000 hombres de Paso Gómez y el Bellaco y los redirigió hacia Curupayty, los reubicó al sudeste de la Laguna Méndez, luego alrededor de Pasó Pucú hasta Espinillo, y finalmente en un amplio semicírculo encima de la fortaleza misma. Les entregó un considerable terreno a los aliados en el proceso, pero pudo reatrincherar a su ejército al norte de la posición

previa. También construyó una nueva serie de fosas debajo de Potrero Ovella y el Establecimiento de Cierva, y trasladó sus cuarteles generales de Paso Pucú a Humaitá. Dentro de sus viejas líneas, solo dejó una mera fuerza simbólica para mostrar la bandera.[174]

Incluso en esta avanzada etapa del conflicto los comandantes aliados no tenían más que una tímida inteligencia de los movimientos paraguayos y optaron por interpretar que el mariscal tenía una posición más fuerte de la que de hecho ostentaba. Su inseguridad, una vez más, demoró el avance contra el bastión y, para principios de 1868, parecía que el conflicto de nuevo se volvía estático. En Asunción, el ministro de Estados Unidos Washburn reflejaba el generalizado malestar cuando rumiaba que los aliados estaban determinados

> […] a matar de hambre a los paraguayos. Pero para eso tendrán que atravesar un largo proceso, en el que no tengo deseos de ser una víctima. Parecen temerosos de realizar un ataque general sobre las líneas paraguayas y los paraguayos no tienen intención

de salir de sus atrincheramientos mientras puedan mantener un camino abierto para obtener provisiones. No tengo razones para suponer que no serán capaces de hacer eso por un largo período, y […] por lo tanto, con la política seguida actualmente por los dos lados, no veo luz ni esperanza de paz por mucho tiempo.[175]

Era cierto que la armada brasileña seguía lanzando bombas al fuerte, y los paraguayos, montando asaltos menores, pero, pese a todo lo que Mitre y Caxias habían afirmado a sus respectivos gobiernos, los principales ejércitos aliados no se movían. López mantuvo sus pródigos duelos de artillería con las fuerzas terrestres del enemigo a lo largo de este período. Sus cañoneros probaron sus cañones sobre los cuarteles de Caxias y las tiendas de Osório, logrando salpicar el aire con tierra, pero no alcanzar los pretendidos blancos.

Nada de esto satisfacía al mariscal, quien ansiosamente deseaba escuchar alguna buena noticia. La segunda semana de enero, una de esas buenas noticias parecía estar en camino. En ella se percibe una prueba de cuán extraño se había vuelto

el patrón de vida en la sitiada fortaleza de Humaitá. La tarde del 11, los piqueteros de López notaron que las tropas argentinas estaban disparando salutaciones regulares cada media hora y que las unidades aliadas más cercanas habían bajado sus insignias a media asta. Los espías del mariscal inicialmente reportaron sin reticencias que el vicepresidente Paz había muerto en Buenos Aires; pero todo el contingente paraguayo supo que López ya había anunciado que no era Paz, sino el propio Mitre, el que había sucumbido, probablemente por alguna enfermedad tropical.

Las expresiones de deseo toman muchas formas en la guerra, y cuando se unen a un impulso autoritario pueden volverse engañosas. Durante los siguientes días, los piqueteros observaron a oficiales aliados vestidos de uniforme yendo a misa y otras indicaciones de que alguien importante, efectivamente, había fallecido. Renuente a creer que había errado acerca de Paz, el mariscal ordenó a sus hombres capturar a dos centinelas argentinos y forzarlos a confirmar la

muerte de Mitre. Cuando los dos hombres tomados prisioneros se declararon ignorantes del hecho que se les preguntaba, López los hizo azotar. No pasó mucho tiempo antes de que admitieran el deceso de don Bartolo —para ese momento habrían admitido que sus propias madres eran vizcachas o que el Río de la Plata era verde como sopa de arvejas.

Tal era el temor al mariscal, que la historia de la muerte de Mitre se convirtió en verdad indiscutible en el campamento paraguayo y cualquiera que se atreviera a cuestionarla arriesgaba su vida. El 13 de enero, *Cabichuí* dedicó una edición completa al deceso de Mitre con un cuidado grabado del presidente en su lecho de muerte, acompañado por buitres, un macho cabrío y demonios que tratan de llevárselo al infierno, mientras es velado por Gelly y Obes y sus patrocinadores brasileños. El texto, que omite cualquier reflexión positiva sobre el comandante enemigo, resuena con la típica denuncia de los argentinos como herramientas del imperio:

> Caxias es ahora de señor de todos los señores aliados. ¡Oh, esos argentinos, esos pobres diablos, basura miserable! Para hablar con claridad de su situación, ahora no son más que rehenes, comprometidos a cumplir el tratado secreto por parte del gobierno que ocupa el sillón presidencial de la República Argentina. En pocas palabras, serán como el pavo de la boda […] Caxias está contemplando un ataque general contra nuestras trincheras en el que [los argentinos] serán ubicados en las líneas del frente como carne de cañón. No hay duda de eso, como que no hay dudas de que Gelly «la oveja» los hará morir a todos, ya que aunque no tienen utilidad militar, son todavía capaces de servir al Brasil bajo el yugo del marqués.[176]

Había una lógica innegable en esta interpretación, dado que los paraguayos hacía tiempo se confortaban con el conocimiento de que los argentinos se sentían usados por sus aliados brasileños (y viceversa). Pero como la premisa básica no tenía fundamento en los hechos, los argumentos de *Cabichuí* no pasaban de ser tonterías. Y, pese a ello, que la versión del mariscal fuera repetida interminablemente en todo el Paraguay era una señal de cuán irracional se había vuelto el ambiente en Humaitá. Incluso

Washburn fue engañado por la historia.[177] Elaboradas respuestas a artículos de la prensa argentina fueron escritas las semanas siguientes, en las que se afirmaba que la «muerte» de Paz era un truco de complejidad diabólica, probablemente divulgado por los brasileños, que no podían derrotar a los hombres del mariscal en combate honesto.[178] En cierto momento, una serie de apelaciones impresas dirigidas a tropas argentinas fue descubierta entre las líneas. Señalaban que, con el fallecimiento de Mitre, el general Gelly y Obes se había pasado al lado paraguayo con toda su fuerza antes que someterse a las órdenes de un brasileño.[179]

Solo lentamente la verdad de la situación comenzó a calar en el huraño López. Sin embargo, su rabia lejos estuvo de aplacarse al conocer los hechos, ya que ahora sospechaba de los mismos hombres que habían confirmado previamente sus falsas afirmaciones. En estas circunstancias, uno se pregunta si sus compatriotas temían más a las balas aliadas o a él.

¿Caxias todopoderoso?

La realidad, desde luego, no tenía nada que afianzase la causa del mariscal. La partida de Mitre del Paraguay dejó la puerta abierta a Caxias, y lo que había sido durante meses una situación *de facto* en Tuyucué, en un instante se convirtió en *de jure* cuando el general brasileño asumió como comandante aliado el 12 de enero de 1868. Caxias era un buen juez de los hombres y las relaciones de poder. Comprendía que su predecesor argentino era un líder más leído y, en ciertos sentidos, más reflexivo, pero el marqués no tenía razones para considerarse un subordinado natural del hombre más joven. Su propia experiencia de gobierno era larga y distinguida, e incluía dos términos como presidente del Consejo de Estado (o primer ministro). Había triunfado en una variedad de revueltas internas en Brasil durante los 1830 y 1840 y en la lucha contra Rosas. Era miembro del senado imperial. Y más importante aun, a diferencia de Mitre, entendía los límites de la

elocuencia política.

Caxias veía con meridiana claridad cómo funcionaba la autoridad en el frente. Supo desde el principio que el estatus del imperio como socio mayoritario en la alianza le daría tarde o temprano el poder que necesitaba. El comandante argentino que quedó en el frente, el general Gelly y Obes, que se mantuvo atrás en Tuyucué, era un oficial capaz que sabía obedecer órdenes. El contingente uruguayo apenas contaba. Las fuerzas terrestres brasileñas harían su trabajo. Y el almirante Ignácio, quien estaba en deuda con Caxias por su apoyo después de que la flota pasó Curupayty, se alinearía también.

Incluso ahora, sin embargo, no era obvio que hubiera llegado el momento de aplastar al mariscal López. Por una de esas extrañas ironías que siempre afloraron durante la Guerra del Paraguay, la partida de Mitre coincidió con crisis políticas tanto en Montevideo como en Rio de Janeiro. El problema en esta última capital representaba una amenaza potencial para todo el esfuerzo bélico de

la alianza. Los radicales dentro del gobierno imperial habían adoptado una posición de escepticismo acerca del progreso de la guerra que parecía tan intransigente como la de los autonomistas en Buenos Aires. Los miembros del parlamento que deseaban desplazar al primer ministro Zacharias de Góes e Vasconselos prestaron cierto apoyo a esta actitud cuando censuraron a la milicia sus gastos dispendiosos, sus constantes demandas de mano de obra y la inconcebiblemente pobre planificación en el aspecto táctico.[180] Al secundar esta postura de cansancio hacia la guerra, varios periódicos cariocas llegaron incluso a cuestionar el comando del marqués. Esto amenazaba a Caxias tanto como los vaivenes políticos en Buenos Aires habían dañado a Mitre.

El marqués estaba totalmente imbuido de profesionalismo militar. Pero era también un hábil político que sabía cuándo dejar a sus rivales seguir su curso y cuándo desafiarlos. Era, además, un alto exponente del Partido Conservador, un

estadista cuya lealtad al emperador siempre había sido dada por hecho. Y ningún hombre de importancia en el firmamento político brasileño pensaba que una victoria sobre los paraguayos podía alcanzarse sin él.

El marqués podía contar con el peso de su propia reputación. Ahora que Mitre había cedido el comando, Caxias debía haber disfrutado de incuestionable autoridad para llevar adelante el trabajo y retornar a casa como un héroe. Zacharías y sus ministros liberales, sin embargo, se habían posicionado para oponerse a sus ambiciones, más allá de lo que opinaran sobre sus habilidades como general. El 4 de febrero de 1868, decidió que había tenido demasiado de estas intrigas y dirigió al ministro de Guerra dos cartas que transparentaban su posición.

El despacho oficial solicitaba permiso para renunciar, citando razones de salud. La segunda misiva, enviada en forma privada, exponía el descontento del marqués con los periódicos liberales que habían vilipendiado su figura y, de

esa forma, minado el éxito de las armas brasileñas en Paraguay. Si Caxias había perdido la confianza del emperador —sin duda sabía que no era así— entonces estaba listo en ese momento para dar un paso al costado.

Estas dos cartas, que tenían la apariencia de un ultimátum, implicaban la propuesta al emperador de reemplazar a Zacharías por un nuevo ministro designado entre los conservadores. Si Pedro se rehusaba, perdería los servicios de Caxias en el frente. El primer ministro se había sentido incómodo con Caxias ya desde la cuestión con Ferraz en 1866[181], pero tanto él como su soberano eran hombres maduros que podían leer entre líneas y comprendieron lo que había que hacer. Poco después de que las cartas llegaron a Rio de Janeiro el 19 de febrero, Zacharías ofreció la renuncia de su gabinete y, con la aprobación del emperador, derivó toda la cuestión al Consejo de Estado, el cuerpo más elevado del gobierno brasileño.

El Consejo, que se reunió al día siguiente,

recibió la tarea de aconsejar sobre —en realidad, de decidir entre— la renuncia del general o la del gabinete.[182] Don Pedro comprendía lo delicado y conflictivo que era este encargo para los consejeros, pero se negó a aceptar ningún pretexto o demora; debían tomar la decisión que se les requería. Terminaron divididos en forma casi paritaria (pero no necesariamente en línea con sus respectivos partidos), una clara señal de que el emperador debía ahora actuar como le pareciera conveniente.

Don Pedro se percataba de que los conservadores eran renuentes a tomar el poder en ausencia de su incuestionable líder, el visconde de Itaboraí, quien estaba en Europa. Por lo tanto, el monarca persuadió a Zacharías de continuar como primer ministro, aunque sobre una base debilitada. A instancias del emperador, los dirigentes conservadores escribieron al comandante aliado una carta en la que expresaban su completa confianza en su generalato y le pedían que permaneciese en el puesto. Zacharías se tragó su

orgullo e hizo lo propio, enviando una efusiva carta para reafirmar el compromiso del gobierno con la lucha contra López y para elogiar a Caxias como el hombre capaz de asegurar la victoria.[183]

La crisis partidaria dentro del gobierno brasileño no quedó resuelta en esta coyuntura, sino pospuesta. Zacharías continuó encabezando el gobierno hasta julio, pero la cámara en su conjunto mostraba poco entusiasmo por los acuerdos que había tomado con los conservadores. Las acciones de don Pedro en febrero fueron controvertidas y algunos estudiosos datan en esa fecha el inicio del declive del sistema monárquico.[184] Hablando estrictamente, la constitución de 1824 concedía a Pedro una amplia autoridad bajo sus facultades de «poder moderador», pero el emperador siempre había actuado con cuidado para evitar acusaciones de despotismo. No siempre tuvo éxito en este sentido, pero al menos en esta ocasión obtuvo lo que quería. La guerra continuó y Caxias siguió en comando. Mientras tanto, nadie en el gobierno

imperial podía dejar de notar que el pelo del emperador había perdido ya mucho de su color anterior y que lucía «preocupado y de alguna manera más viejo que lo que sugerían sus cuarenta y cuatro años».[185]

Los radicales brasileños se habían mantenido al margen por el momento, pero pocos olvidaron este brusco trato. Si bien su sentido personal del honor les permitía perdonar, sus metas políticas requerían recordar. Pedro recobró bastante de su prestigio personal durante 1868, pero los meses y años pasaban y los radicales se unían en otras facciones y desnudaban lentamente al imperio de su prolongada sofistería. Como declaró el hijo de un participante liberal en este proceso: «Las heridas del 20 de febrero no se cerrarán, tienen que sangrar hasta el final».[186]

El paso por las baterías

Entretanto, en lo que a la campaña en Paraguay concernía, las acciones del emperador tenían el deseado efecto de reafirmar a Caxias en su posición de comandante aliado. Nadie en adelante cuestionó su conducción de la guerra. De hecho, a mediados de febrero de 1868 el combate había tomado varios giros positivos, al punto de que la posición del marqués parecía ahora mucho más segura de lo que podría haber deseado un mes antes.

El 13 de febrero, los tres monitores construidos en Rio de Janeiro, que acababan de aparecer en la escena, navegaron frente a Humaitá bien tarde a la noche. Las baterías paraguayas en la orilla ofrecieron limitada resistencia y los buques recién llegados se unieron rápidamente a los acorazados de Ignácio río arriba.[187] Los monitores, que *El Semanario* bautizó posteriormente como «chatas corsarias», tenían un diseño varias veces mejorado respecto a los que se habían usado en la

armada federal cuatro años antes durante la Guerra Civil de Estados Unidos. Los nuevos buques habían sido especialmente diseñados para operaciones fluviales. Tenían dos calderas separadas, un casco triple de madera dura revestido con planchas de metal Muntz, una aleación de hierro y bronce y una inusual torreta descrita como de «una forma prismática rectangular con caras curvas».[188] Cada barco venía armado con un único cañón Whitworth de 70 o 120 libras, con portillas apenas mayores que la boca, que permanecía alineado con la cara de la torreta giratoria, de manera que casi ninguna parte del barco quedara expuesta. Como en las viejas chatas, los cascos estaban casi completamente hundidos en el agua, lo que los hacía blancos difíciles de acertar —algo para poner a prueba la Batería Londres.[189]

El almirante Ignácio ya no podía demorar un asalto naval a Humaitá. Mitre había partido y la vieja excusa de que la flota debía permanecer anclada para prevenir una traición argentina había

perdido todo poder de persuasión. Si los buques de guerra brasileños eran dañados en un ataque a la Fortaleza, el fracaso caería sobre los hombros del marqués. Caxias tenía el completo apoyo del ministro Naval, Affonso Celso de Assis Figueiredo. También podía prometer a Ignácio que un gran ataque del ejército aliado contra Cierva acompañaría los esfuerzos desde el río. El almirante había alegado siempre que las unidades terrestres y navales necesitaban actuar conjuntamente en cualquier avance final sobre Humaitá y, por lo tanto, no podía oponerse ahora a una misión que proponía precisamente ese tipo de ataque. El marqués no solamente tenía donde quería a López, sino también a su propio almirante.

Caxias e Ignácio se encontraron en el buque de este último a principios del mes para bosquejar un plan. A las 3:30 del 19 de febrero, la flotilla de acorazados inició un fuerte bombardeo sobre las posiciones paraguayas, lo mismo que la flota de madera en las inmediaciones de Curuzú y las dos

barcazas que los aliados habían llevado a la laguna Piris. Simultáneamente, la artillería aliada en Tuyucué comenzó a bombardear Espinillo y varios batallones de infantería avanzaron para rociar la posición con mosquetería.

Estas descargas eran todas para desviar la atención. La acción real ocurrió en el canal principal del río, donde el verdadero objeto de las intenciones aliadas consistía en hacer que la flota forzara el paso frente a las baterías de Humaitá y Timbó. Según el pensamiento brasileño, este fue en muchos sentidos el gran momento de la guerra, algo que los ejércitos aliados habían anticipado durante dos años y de lo cual los paraguayos no deberían jamás ser capaces de recuperarse.

Dos horas antes del amanecer, tres de los acorazados más pesados avanzaron al canal principal. Cada uno tenía un monitor amarrado del lado opuesto a la fortaleza. Primero llegó el *Barroso*, nombrado así en honor al vencedor del Riachuelo, liderando al monitor *Rio Grande;* los seguían el *Bahía* con el *Alagoas* y el *Tamandaré*

con el *Pará*. Los pares de buques se aproximaron a la línea de las troneras de Humaitá en fila, disparando sus cañones.[190] Normalmente habría estado todavía oscuro, pero los guardias paraguayos sabían por espías que los aliados querían intentar esta maniobra, por lo que habían prendido una serie de enormes fogatas al nivel del río. Esas, junto con los casi constantes fogonazos de los cañones y cohetes Congreve, iluminaron el cielo con una pavorosa luz.

Las unidades de artillería del mariscal lanzaron masivas cantidades de bombas y granadas al aire cuando la flota enemiga se acercó a su posición. Quizás 150 cañones estaban abriendo fuego, todos al mismo tiempo.[191] El ruido habrá sido terrible y duró más de cuarenta minutos, que fue lo que llevó hacer el tránsito al norte de Humaitá. Tiempo antes los aliados habían hecho volar las botavaras a través de las cuales los paraguayos habían extendido tres cadenas entrelazadas como un obstáculo en el río. Las tropas de López no pudieron repararlas y volver a ubicarlas a tiempo.

Aguas altas cubrían lo que quedaba de las cadenas por tal vez 4 o 5 metros, suficientes para que pasaran los buques y no tuvieran que detenerse frente a los principales cañones. Aun así, las calderas de Ignácio no podían dar a los barcos un poder de navegación que se acercase a una velocidad extraordinaria.

El paso fue difícil, aunque de ningún modo tan peligroso como Ignácio creía. Bajo presión de Caxias y del gobierno imperial, había enviado a su yerno, el talentoso comodoro Delphim Carlos de Carvalho, a supervisar la operación desde la cubierta del *Bahia*. El comodoro tenía una buena noción de lo que enfrentaba. Todos los que en el lado aliado que habían tenido una experiencia previa en el río Paraguay sabían que el canal era peligrosamente angosto arriba del fuerte —apenas unos 800 metros— y exigía aproximarse con cuidado. Un agudo recodo del río en ese punto requería que todos los barcos se dirigieran río arriba, redujeran la velocidad y maniobraran contra cuatro nudos de corriente. Aun entonces, los

problemas de dirección complicaban el paso, y hubo momentos en que los barcos se presentaban en toda su extensión a los cañoneros enemigos.

Los ingenieros de López habían erigido sus baterías más intimidantes justo encima del recodo, lo que les permitía descargar un fuego concentrado sobre cualquier embarcación que intentara cruzar. El número de cañones paraguayos de grueso calibre (algunos de 68 libras) constituía una importante amenaza, como también los distintos obstáculos y minas que los hombres del mariscal habían lanzado al río durante los meses precedentes. Finalmente, y quizás más significativamente, los soldados en Humaitá estaban advertidos del movimiento enemigo y no estaban en lo más mínimo sorprendidos por los bombardeos aliados.[192]

El fuego de la Batería Londres y de los otros cañones de la fortaleza era tremendo. «Estuvo bien sostenido y certero, pero las balas se rompían en pedazos contra los blindajes de los acorazados [que después de] pasar Humaitá continuaron

adelante y pasaron la batería de Timbó hasta llegar a Tayí», donde Mena Barreto estaba esperando.[193] Timbó, que estaba localizado en el lado chaqueño del río, era en ciertos sentidos un desafío más impresionante que la fortaleza, ya que estaba más bajo y mejor protegido del fuego aliado. En cierto momento durante el paso, el *Bahia* perdió temporalmente el rumbo y colisionó con el *Tamandaré* y el *Pará*, que lo seguían. Este último recibió mucha agua, pero ninguno de los barcos quedó seriamente dañado en el incidente y todos completaron el paso en buen tiempo.

Quizás la parte más aterradora de todo el episodio involucró al pequeño monitor *Alagoas*, que se soltó de la proa del *Bahía* cuando una bala (o metralla) cortó el cabo delantero. Las proas de los dos barcos comenzaron de inmediato a distanciarse. La resistencia del agua luego hizo que se rompiera el segundo cabo y que el *Alagoas* flotara río abajo, con la proa apuntando directamente al enemigo. En poco tiempo se acercó a las troneras paraguayas sin que su

tripulación fuera capaz de ajustar sus máquinas. Ninguno de los otros barcos brasileños dio la vuelta para ayudarlo.[194]

El peligro del *Alagoas* era grave. Había entrado en la parte más fuerte de la corriente, fue arrastrado a una distancia considerable de la flota y estuvo a punto de ser destruido frente a la Batería Londres. Su capitán, el teniente Joaquim Antônio Cordovil Maurity, actuó con presencia de ánimo y se mantuvo frío durante diez minutos de fuego sostenido, consiguiendo finalmente poner en marcha las máquinas a último momento. El *Alagoas* luego se alejó a toda velocidad de los cañones enemigos. Más tarde, cuando el peligro había pasado, contaron 187 impactos en la «pequeña tortuga».

El coronel Caballero divisó el barco de Mauriy desde las riberas bajas del Potrero Ovella y decidió interceptarlo con tropas dispuestas a bordo de veinte canoas. Las posibilidades de causar daño significativo a los aliados se habrían cuadruplicado si se hubiera podido capturar esa

embarcación. Los paraguayos, por lo tanto, presionaron

> …furiosamente, logrando abordar el monitor, pero se quedaron perplejos y confundidos cuando no vieron a ninguno de [los tripulantes], que estaban en la bodega y en la torre con las escotillas de hierro firmemente cerradas. Luego la tripulación lanzó un fuego fulminante desde la torre a la densa masa de paraguayos que subía a la cubierta, que quedó libre en breves momentos. De aquellos que pudieron lanzarse de nuevo a sus canoas, algunos fueron muertos por tiros desde el barco y otros perecieron entre las olas cuando el monitor, en decidida persecución, atropelló y hundió varios botes. El pequeño vapor, girando a derecha e izquierda, se abalanzó contra una canoa tras otra y las hizo volar salvajemente. Solamente unas pocas pudieron alcanzar las partes del canal donde el monitor no podía perseguirlas.[195]

El *Alagoas*, tras ametrallar a las canoas enemigas, procedió a navegar río arriba para reunirse con los otros barcos brasileños en Tayí.[196] Caballero parece haber mordido la empuñadura de su espada y escupido al monitor de Maurity mientras se alejaba al norte. Eso fue todo.

Ningún hombre a bordo de la flota aliada murió

y solamente diez resultaron heridos en la acción del 19. Todos los acorazados recibieron impactos; el *Bahia* sufrió 145 y el *Tamandaré* 170. Pero, como para probar la eficacia de las corazas, no hubo ningún daño serio, principalmente «abolladuras en los blindajes y torceduras en los tornillos».[197] La flotilla no se topó con minas, que probablemente habían sido llevadas por la corriente en la reciente crecida del río.[198]

Bajo esas circunstancias, los muchos hombres en uniforme aliado ese día podían preguntarse por qué la armada no había realizado el paso en 1866. Cuando despuntó el día, oficiales y hombres se encontraron interrogándose, al unísono, por qué fue tan fácil forzar las baterías, tan predecible y tan rápido. Tal vez Caxias e Ignácio pensaban de la misma manera, tal vez no.[199] Críticos argentinos (y casi con seguridad Mitre) siempre habían creído que el uso tardío del poder naval brasileño fue parte de una estrategia deliberada para poner al gobierno nacional en segundo plano. En cualquier caso, los antiguos signatarios del

Tratado de la Triple Alianza tenían poco tiempo para sentirse confortados, ya que estaban punto de sufrir otro golpe.

La alianza pierde a Flores

Una seria pérdida de la alianza, si bien no para sus fortunas militares, ocurrió el mismo día en que las cañoneras finalmente forzaban el paso en Humaitá. En espeluznantes circunstancias que nunca han sido adecuadamente explicadas, el viejo aliado del imperio, el presidente Venancio Flores, fue asesinado a la siesta cuando se apeaba de su carruaje en una calle de Montevideo.

Mucho más que Mitre, Flores siempre fue un hombre de otra era. Durante veinte años había peleado por un concepto de patriotismo uruguayo que acentuaba la dignidad y el coraje personal sobre lo nacional, ideales «fusionistas». Como una cuestión de honor, Flores había insistido en pagar una alta deuda al Brasil, colaborando no solamente con hombres y material en el frente paraguayo, sino también en Uruguay, donde la presencia de tropas imperiales era irritante para todos.

El retorno del presidente a Montevideo después de Curupayty estuvo coronado con algunos éxitos.

Su gobierno inauguró el primer sistema de transporte público de carruajes a caballo del país entre Montevideo y La Unión. Extendió un cable telegráfico submarino que posibilitaba la comunicación con Buenos Aires a través del estuario del Plata. Promovió la inmigración y regularizó el código comercial.

Pese a todos estos logros, sin embargo, Flores nunca pudo tapar los agujeros dentro de su propio Partido Colorado ni recuperar la autoridad que tan contundentemente había conquistado en 1865. Un serio faccionalismo en el partido había comenzado a aflorar incluso antes de su llegada del Paraguay. Arrinconado, el caudillo tuvo gestos generosos para obtener apoyo político y concedió amnistías a varios de sus críticos más cáusticos, pero no logró demasiado y se encontró con pocos amigos cuando, en noviembre de 1867, amañó los resultados de las elecciones parlamentarias. Sus oponentes, y algunos de sus amigos, no tenían intención de avalar este fraude y Flores inevitablemente (y fatalmente) respondió dando un

giro hacia seguidores débiles y miembros de su familia en vez de los incondicionales políticos que podían defenderlo por convicción.

Los brasileños siempre habían apoyado a Flores como la mejor alternativa entre los uruguayos. Pero el gobierno imperial no estaba mucho más satisfecho con él que con los disidentes colorados, quienes ahora se nucleaban en una nueva facción liderada por Gregorio «Goyo» Suárez, el vencedor (y, para algunos, el carnicero) de Paysandú. Finalmente, aunque el gobierno había suprimido la oposición de los blancos tanto en Montevideo como en el interior, había pocas dudas de que estos perennes adversarios reasumirían a corto plazo su lugar en la política del país.

Con la esperanza de impedir esa eventualidad, dos hijos de Flores, Fortunato y Eduardo, intentaron preparar un golpe contra su conciliador padre, quien, en consecuencia, dejó la ciudad para reunir la parte de su ejército que no estaba en Paraguay, pero no encontró un apoyo significativo.[200] A sus hijos no les fue mejor

con los distintos grupos colorados y terminaron admitiendo su derrota, aunque solo después de que potencias europeas desembarcaran a 800 infantes de marina en la capital.

El 15 de febrero, Flores decidió renunciar a la presidencia para organizar un respaldo armado a su reemplazante, Pedro Varela, ex presidente del Senado y un viejo socio comercial. Don Venancio habrá querido revivir su dictadura, alcanzar un nuevo acuerdo con los brasileños o, al menos, continuar influenciando la política partidaria tras bambalinas. No tuvo oportunidad de ver concretada ninguna de estas opciones, ya que, como se esperaba, los blancos aprovecharon la oportunidad para lanzar una nueva rebelión.

El expresidente Bernardo Berro, un desventurado combatiente en casi tantas guerras civiles como Flores, estaba en el centro de los acontecimientos. Junto con veinte de sus más fieles partidarios, eligió las tempranas horas del 19 para desafiar al nuevo régimen, asaltar la casa de gobierno y capturar a Varela. Cada hombre entre

los insurgentes blandeó un arma y gritó «¡Abajo el Brasil!», «¡Viva la independencia Oriental!», «¡Viva el Paraguay!» al tiempo que trataban de derribar la puerta.[201] Berro parecía un personaje típico de una comedia italiana, «una esbelta figura de larga cabellera blanca […] corriendo de aquí para allá en frac y almidonada corbata de noche, con lanza y revólver en mano…»[202] Más allá de sus rasgos cómicos, la escena no transcurrió sin drama, pero todo fue en vano. Varela escapó y las fuerzas coloradas que lo protegieron tomaron el control de las calles. Poco después, Berro y los otros blancos cayeron en manos de la policía cuando intentaban abordar una lancha que los iba a transportar a lugar seguro. Su fracasada acción selló su destino.

Flores, por su parte, había oído del ataque a la casa de gobierno de inmediato, pero pudo no haber sabido de la detención de Berro cuando cruzó la ciudad, presumiblemente para una reunión urgente con seguidores. Fue emboscado por desconocidos, quienes le bloquearon el camino con un carruaje a

plena luz del día. La policía nunca identificó a sus homicidas, más allá de describirlos como «morochos en poncho» que habían clavado sus dagas en su cuerpo con facilidad de asesinos profesionales.[203] Pudieron haber seguido órdenes de los blancos, de Suárez o de cualquiera de las muchas embrionarias facciones que buscaban el poder en la capital uruguaya.[204] Dado el banquete de *vendettas* históricas en oferta en la ciudad, era incluso posible que los asesinos fueran veteranos descontentos del Paraguay o individuos con motivos puramente personales. Al eliminar al Flores, habían removido a un hombre que algunos todavía amaban, pero que muchos consideraban inconveniente.

Más importante todavía, el asesinato también significaba que la Banda Oriental tendría que sufrir una nueva ronda de caos y violencia. Berro, que estaba arrestado en el viejo Cabildo, fue ejecutado horas después junto con otros detenidos políticos, después de mostrárseles el cuerpo de su rival. Los colorados relegaron el cadáver de Berro

a una paupérrima tumba después de ser paseado por las calles en una carreta de bueyes por un florista fanático, que gritaba desconsolado que ese sería el destino de todos los «salvajes».[205] Y ese fue solo el comienzo. Las peleas callejeras continuaron la mayor parte de la semana y al menos 500 blancos y colorados murieron en esa lujuria de sangre.

En medio de todo este desorden y carnicería, los uruguayos probablemente olvidaban lo inextricablemente ligado que alguna vez pareció el destino de su país al del mariscal y su causa. Las batallas de Yataí, Tuyutí y Boquerón, la muerte de Palleja, incluso la noción de un equilibrio de poder en el Plata, todo parecía tan insignificante ahora, tan inmensurablemente lejano. Flores estaba muerto. Berro estaba muerto. Y la violencia continuó.

El asalto a Asunción

En Tuyucué, el marqués de Caxias mostró poco interés en ahondar en el misterio del deceso de Flores. Estaba ahora totalmente al mando. Sus deliberados movimientos, su lenta, endulzada sonrisa, y la contemplativa mirada de sus ojos a través de sus pesados párpados no concordaban con la usual imagen de una vigorosa personalidad. Pero Caxias sí era vigoroso pese a todo y aún tenía una guerra que ganar.

El paso de la armada por las baterías de Humaitá y Timbó había abierto el río, al menos condicionalmente, y ahora él podía considerar atacar la misma Asunción. Las fuerzas terrestres aliadas —casi 40.000 hombres— todavía acechaban en la vecindad de la fortaleza, acumulando suministros y concentrando fuerzas antes de presionar sobre la boca del Tebicuary (la captura de la cual abriría una vía navegable al interior del Paraguay y, por tanto, una nueva avenida para el avance del ejército aliado).[206]

Caxias no podía permitirse dejar ninguna unidad paraguaya sustancial en su retaguardia y, por lo tanto, continuó cercando el fuerte con infatigable determinación.

Esta presión ya se había manifestado el día que los acorazados forzaron las baterías de Humaitá. Con la idea de confundir a sus adversarios, el mariscal López había establecido un reducto en el Establecimiento de la Cierva, a unos 3.500 pasos al norte de la fortaleza, a la vera del gran estero y cerca del río. Los soldados defendían esta posición con nueve cañones menores y una guarnición de 500. En realidad, el reducto no tenía valor en sí mismo, pero, como el mariscal había previsto, los aliados equivocaron su función básica. Creyeron que debía cubrir un descampado no identificado entre los pantanos (similar al Potrero Ovella) o asegurar la comunicación con algún otro puesto que los paraguayos debían controlar más allá.[207]

De hecho, no era ni una cosa ni la otra. Cierva no estaba en un punto que facilitara la

comunicación entre Timbó y Humaitá, sino a corta distancia al noreste. Ni siquiera estaba sobre el río Paraguay, algo que el marqués inicialmente había presumido. La falta de información topográfica sobre esa zona hizo que Caxias asumiera un riesgo importante al seguir la falsa pista, y el 19 unos 7.000 de sus hombres (un cuarto de los cuales llevaba los nuevos rifles de aguja prusianos) atacaron el Establecimiento.[208] De acuerdo con el plan que había consensuado con Ignácio, Caxias esperaba hacer coincidir su asalto con el paso frente a las baterías, con el fin de aliviar la presión sobre los acorazados. Resultó, sin embargo, que el ataque constituyó un enfrentamiento totalmente separado y secundario.

La relación del coronel Thompson sobre lo que ocurrió deja claro el alto precio que los aliados pagaron por la falta de adecuada información de inteligencia del marqués:

> A la luz del día, Caxias envió su primer ataque, encabezado por las famosas armas aguja. Estas no hicieron mucha ejecución, ya que los paraguayos estaban detrás de parapetos, y vertieron sobre

> las columnas brasileñas tanto fuego de granadas y metrallas, a corta distancia, que los hombres con rifles aguja […] dieron la espalda y se desbandaron completamente. Otra columna fue enviada inmediatamente al frente, [luego] una tercera, y una cuarta, [que] no tuvieron mejor suerte que la primera. Cuando la cuarta columna estaba retrocediendo, un paraguayo en el reducto le gritó a su oficial que la munición de artillería se había acabado, lo que alentó a los brasileños a […] retomar el ataque. Mientras hacían esto, [los paraguayos se retiraron] a bordo del *Tacuarí* y el *Ygurey,* que estaban a mano y habían asistido con su fuego. Después de intercambiar tiros, los dos vapores [navegaron río abajo] a Humaitá…[209]

El enfrentamiento de tres horas costó a los brasileños unos 1.200 muertos y heridos, y a los paraguayos 150.[210] Hubo muchas exhibiciones heroicas ese día. El doctor brasileño Francisco Pinheiro Guimarães, quien tanto había hecho para contener la amenaza de cólera el año anterior, actuó como oficial de infantería en Cierva y tuvo el placer de arriar personalmente la tricolor paraguaya en el clímax del enfrentamiento.[211] Aun así, los aliados habían capturado un reducto esencialmente inservible y nueve cañones pequeños. Y los rifles aguja no habían sido tan

eficaces como prometían.[212]

El mariscal no tenía tiempo de saborear una evidente victoria de sus fuerzas terrestres. Parece incluso haber considerado la batalla de la Cierva como un gran revés. El paso por las baterías de Humaitá había dejado las comunidades paraguayas río arriba abiertas a cualquier tipo de asalto que la armada aliada quisiera montar; además, con Delphim en control de todas las aguas entre Humaitá y Tayí, no había razones para suponer que la conexión telegráfica con Asunción, que solo recientemente había sido restablecida, no sería cortada nuevamente, esta vez en forma definitiva.

A los que dudaban de la celeridad del mariscal y su sentido estratégico, sus acciones durante las horas siguientes les habrán parecido sorprendentemente fluidas y acertadas. En el mismo momento en que los acorazados pasaban por la fortaleza, él revivió. Declaró la ley marcial en todo el Paraguay y simultáneamente telegrafió órdenes al vicepresidente Sánchez de evacuar la capital paraguaya y las comunidades intermedias y

relocalizar a la población civil y al gobierno 15 kilómetros al noreste, en el pueblo de Luque.[213] Las pocas unidades militares que estaban en Asunción fueron desplegadas con sus cañones a la vera del río y se prepararon para repeler cualquier barco enemigo que se acercara desde el sur. Mientras tanto, López se dispuso a retirarse cruzando el río con al menos parte de sus fuerzas al Chaco y a un punto al norte de Tayí, donde pudiera volver a cruzar hacia la boca del Tebicuary.

Sánchez era un anciano burócrata con tinta en las manos que unos pocos años antes había anhelado retirarse tranquilamente a sus posesiones en el interior. En más de una ocasión desde 1864, sin embargo, la guerra lo había llevado a actuar con inusual presteza y decisión. En este caso, se abocó a cumplir inmediatamente sus instrucciones. Notificó a las familias que tomaran lo que pudieran llevar y abandonaran la capital sin demora. Desde ese momento, cualquier civil que deseara volver a Asunción podía entrar a la ciudad

solamente con un salvoconducto y la clara condición de que su visita sería temporal. Las autoridades también comunicaron al personal diplomático y consular que se preparara para unirse al éxodo. Todos cumplieron, menos el ministro Charles Ames Washburn, quien insistió en que, dado que su legación era territorio soberano de Estados Unidos, él no podía evacuarlo y no lo haría sin explícitas instrucciones de Washington.[214]

La decisión de Washburn en esta ocasión, cuyos méritos eran debatibles, le causó interminables problemas más tarde, ya que obstinarse en su posición frente a una inequívoca orden del mariscal lo convertía en evidente objeto de sospecha. Para empeorar las cosas, residentes extranjeros en la capital, y no pocos miembros de la aterrorizada élite local, intentaron buscar protección en las habitaciones vacantes de la legación estadounidense. Cuando Washburn se negó a proporcionarles esa ayuda, lo persuadieron de que al menos guardara sus valores, como joyas,

monedas y otros.

A esta solicitud el ministro accedió renuente e imprudentemente. Aunque dejó constancia de que no asumía responsabilidad formal por estas propiedades, baúles y equipaje pertenecientes a varios notables de Asunción se apilaron en su residencia. Incluso Madame Lynch envió algunos cofres.[215] Docenas de personas solicitaron su ayuda, tantas que tomó otra decisión desacertada y contrató a dos de sus compatriotas, el frustrado corsario mayor James Manlove y un oscuro secretario y contador, Porter Cornelius Bliss, para ayudarlo a arreglar los asuntos en la legación.[216] Los paraguayos ya habían marcado a ambos hombres como dudosos y su nuevo nexo con Washburn generó profunda desaprobación entre las autoridades. Cada movimiento que hacía Washburn parecía calculado para quedar peor parado.

Entretanto, la ciudad se enfrascaba en la turbulencia de la evacuación forzosa, con masas de soldados y numerosos no combatientes

congestionando las calles de salida de la ciudad. Algunos asunceños cerraron todo, esperando sin esperanzas que algunas de sus posesiones pudieran sobrevivir. Pero la mayoría, en su apuro y en la certeza de que sus propiedades estaban perdidas, dejaron sus casas con las puertas y ventanas abiertas de par en par. Había mucha angustia y expresión de temor en los nerviosos niños, que nunca antes habían visto a sus madres llorar tan desconsoladamente. Las prensas de *El Semanario* y vagones de documentos de archivo también fueron trasladados en tren, lo mismo que ganado, bueyes, ovejas y perros. Abuelos demasiado enfermos para caminar fueron cargados encima de los trastos en los vagones y llevados como muebles.

Las clases pudientes, o lo que quedaba de ellas, perdieron sus pertenencias en la mudanza. Se volvieron refugiadas de guerra, sin hogar, empobrecidas, hambrientas. La gente de la ciudad, que frecuentemente menospreciaba a los campesinos pobres, se encontró dependiendo de

ellos en los meses futuros para su sustento, ya que el Estado no podía prestar asistencia alguna.

Benigno López, José Berges, el comandante de guarnición y otros miembros de la milicia y del gobierno de Asunción mantuvieron una reunión de emergencia en la que muchos individuos expresaron profunda ansiedad. Alguna vez fue dicho de los paraguayos que sabían cómo obedecer, pero tenían poca idea de cómo mandar y frecuentemente cometían serios errores cuando se les exigía un juicio independiente. En este caso, las autoridades de Asunción no habían tenido comunicación con el mariscal y se preguntaban frenéticamente qué debían hacer.

Hubo un largo debate. Benigno, quien actuaba como secretario de Sánchez, pero que más allá de eso no tenía un puesto formal en el gobierno, dijo hablar en nombre de su hermano Venancio, el ministro Guerra, quien en ese momento se suponía estaba en cama con sífilis. Hubo muchas muestras de preocupación, frustración e incertidumbre, pero solo un hombre, el cura Francisco Solano

Espinosa, habló a favor de continuar la resistencia. Benigno, quien asumió el papel de jefe del grupo, dejó que cada hombre dijera su parecer y luego anunció su intención de trasladarse a Paraguarí para solicitar la ayuda de los oficiales de milicia en el interior.[217]

Convocó a otra reunión el 21 en la estación de ferrocarril del mencionado pueblo. Comandantes militares y jefes políticos de Itá, Yaguarón, Ybycuí, Carapeguá, Quiindy y Caacupé asistieron y escucharon cuidadosamente lo que resumió Benigno sobre la gravedad de la situación en el río. No tenía comunicación con su hermano, quien podía para entonces haber muerto. Por lo tanto, insistió en que los oficiales del interior se preparasen para aceptar órdenes del vicepresidente, incluso si ello significaba hacer la paz con el enemigo. Los hombres reunidos dieron su consentimiento de inmediato, más por hábito que por convicción, y Benigno retornó a la capital para reportar que los provincianos paraguayos estaban listos para cumplir su deber en apoyo del

gobierno.[218]

Durante su ausencia, varios notables de Asunción se habían reunido de nuevo y se percibía un cambio de espíritu. Temerosos de la desaprobación que con seguridad expresaría el mariscal cuando se enterase de estas asambleas no autorizadas, el normalmente introvertido Sánchez se había aclarado la garganta para reiterar las palabras de Espinosa. El vicepresidente declaró su incondicional fe en la familia López y subrayó que era el deber de todos los paraguayos pelear contra el enemigo donde fuera que lo encontrase, y esto incluía Asunción.[219] Ante esto, los hombres a su alrededor asintieron de la misma forma que los funcionarios en Paraguarí lo habían hecho con Benigno. Pero nadie se sintió tranquilo. Los hombres se hundieron en posturas sombrías mientras, afuera, la lluvia caía torrencialmente, desollando la piel de los edificios y la tierra.[220]

Como observó el ministro de Estados Unidos, el «demonio que tanto amenazó había llegado».[221] Los ingenieros británicos empleados en el arsenal

de Asunción escucharon que acorazados brasileños probablemente se acercarían a la capital de un momento a otro. Su llegada implicaría un furioso bombardeo a la ciudad (y tal vez su propia liberación del control del mariscal). Para entonces, el respaldo que le quedaba a la causa paraguaya se desvanecía, al menos entre los residentes extranjeros, y los individuos corrían a protegerse a ellos y sus familias de la venganza de López en esta hora tardía.

Numerosos británicos se aproximaron una vez más a Washburn, ahora como grupo, y le pidieron protección. Esta vez accedió al requerimiento, aunque insistió en que debían primero obtener la aprobación del gobierno paraguayo. Sorprendentemente, se les otorgó permiso, y en pocas horas Washburn tuvo a cuarenta y cuatro personas bajo su techo.

También heredó nueve loros domésticos, que albergó en una larga tacuara en el corredor y alimentó con pequeños trozos de mandioca. Una de estas aves generó mucha aprensión en la legación

cuando, de la nada, comenzó a gritar «¡Viva Pedro Segundo!» El ministro, tomado de sorpresa por esta totalmente inesperada y traidora exclamación, le lanzó una mirada furibunda al loro, que orgullosamente se dio vuelta y volvió a gritar «¡Viva Pedro Segundo!», como si estuviera celebrando una victoria brasileña en la Rua Ouvidor. «¡Tuérzanle el pescuezo ahora mismo a ese pájaro!», gritó Washburn a su secretario, «o todos estaremos en perdidos».[222]

Si hasta los huéspedes aviarios del ministro esperaban la llegada inminente del ejército terrestre de Caxias, lo mismo ocurría con los pocos habitantes que permanecían en Asunción. La soleada mañana del 24 de febrero, los acorazados *Bahia* y *Barroso* y el monitor *Rio Grande* fueron avistados aproximándose desde el sur. Los hombres a bordo de los barcos pudieron divisar el cono volcánico del cerro de Lambaré, verde y solitario, que marcaba el confín sureño de la capital paraguaya. Justo detrás de ese punto, el río gira hacia el este, formando una gran ensenada

parcialmente cerrada por islotes semihundidos; el recinto resultante es lo que se llama la bahía de Asunción, dentro de cuyos límites había suficiente espacio para toda la flota imperial.

El comodoro Delphim decidió permanecer en la apertura de la bahía y alinear sus barcos para bombardear la zona sur de la ciudad. Los brasileños ya habían provocado mucho daño en su ruta al ayudar al ejército aliado a capturar el pequeño puesto paraguayo de Laureles y rastrillar posiciones enemigas en Monte Lindo y Villa Franca. Los habitantes civiles de esta última comunidad conocían los sacrificios de la guerra, habían enterrado a muchos de sus hijos para no estar plenamente conscientes de ello, pero sabían poco de combate *per se* y nunca habían oído los estruendos de los cañones enemigos. Ahora tuvieron oportunidad de aprender, ya que, mientras dejaban sus hogares abandonados y marchaban al norte y al este, una pavorosa tormenta de fuego se desató detrás de ellos.

Los brasileños no enfrentaron una oposición

real en su viaje al norte, solo canoas vacías, todas las cuales fueron destruidas. Faenaron los pequeños rebaños de ganado que encontraban rumiando cerca del río.[223] Y por poco capturaron uno de los cañoneros que le quedaban al mariscal, el *Pirabebé,* cuya tripulación había sido sorprendida mientras estiraba una goleta dañada. Los paraguayos tuvieron que quemar parte del mismo barco para obtener combustible y escapar río arriba. Aunque los brasileños afirmaron haber hundido la goleta, parece que los mismos paraguayos la destruyeron para que no cayera en manos de sus enemigos.[224]

Ignácio y los otros oficiales navales aliados posteriormente describieron el asalto a Asunción como un reconocimiento, pero a Washburn y a los demás observadores extranjeros les parecía el preludio de una invasión. El fuerte que se opuso activamente a la flotilla estaba en San Gerónimo, cerca del límite de Lambaré y a unos 250 metros de la Legación de Estados Unidos. Washburn y varios sus colegas subieron al techo para

observar.[225]

El bombardeo no inspiraba ninguna confianza. Los tres buques brasileños dispararon continuamente durante cuatro horas, pero «la puntería fue malísima, la mayor parte de las balas cayó sin consecuencias en el río y unas pocas en la ciudad, siendo el único daño la destrucción del balcón del palacio presidencial, un trozo del frente de la casa y la muerte de un par de perros en el mercado».[226]

El fuerte de San Gerónimo tenía un cañón pesado, el «Criollo», que había sido fabricado en el arsenal poco tiempo antes. El mecanismo de este «furioso Belcebú» era bastante bueno, pero no estaba bien montado. Aunque los cañoneros paraguayos trataron de hacer lo que pudieron, en poco tiempo se dieron por vencidos, tras disparar tres o cuatro veces sin llegar ni una sola al rango del enemigo. Los otros cañones de campaña no lo hicieron mejor, y sus tiros habrían sido en cualquier caso «inofensivos como bolas de papel contra los pesados blindajes de los

acorazados».[227]

Washburn, Masterman y los otros testigos extranjeros esperaban que más buques brasileños se unieran a la flotilla y montaran un desembarco en la ciudad, ya que solo una pequeña unidad de caballería se atravesaba en el camino de un éxito aliado. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Pronto, los sonidos de los motores y el humo blanco que marcaban el movimiento de los acorazados se disiparon en la nada, al tiempo que la flotilla volvía a Tayí, mientras bombardeaba por el camino una vez más Monte Lindo como consuelo.

La versión oficial brasileña, compuesta por el comodoro Delphim, hablaba de que se había «castigado severamente la insolencia paraguaya», pero, como hemos visto, los daños en Asunción fueron insignificantes.[228] Si el asalto a la capital paraguaya fue concebido como un reconocimiento, los acorazados debieron haber avanzado directamente a la bahía de Asunción para obtener un conocimiento más completo de lo que lo aliados enfrentaban en la ciudad.

Presumiendo que los brasileños tenían suficiente existencia de carbón, debieron también haber navegado más arriba para determinar si el mariscal tenía reservas disponibles allí.

Si, por otro lado, el ataque a Asunción fue pensado como un asalto de tipo más tradicional, entonces la armada perdió una oportunidad de golpear el centro urbano y propagar una confusión aún mayor. El dominio del río por parte de Delphim era incuestionable y pudo haber retornado con las mismas tropas a ocupar el puerto (aunque probablemente no toda la ciudad). En ese momento, no habría encontrado una resistencia importante.

Washburn no lo podía creer. Su disgusto ante la timidez de la armada y su indisposición a intentar, por lo menos, un desembarco no tenía límites: «… siendo todavía ignorantes de la perfección que habían alcanzado los brasileños en el arte de llevar adelante una guerra sin exponerse al peligro, no podíamos sino esperar […] que en cualquier momento escucharíamos de nuevo los

cañones de los buques retornando».[229] Pero no escucharon nada.

Washburn, por supuesto, era un diplomático con una comprensión estrecha de lo que estaba pasando en el sur y con un juicio *amateur* de la situación militar general. Todavía había fuerzas paraguayas en Humaitá, en la boca del Tebicuary y en el Chaco, y los comandantes aliados aún tenían que evaluar cuán fuertes eran estas guarniciones. Caxias no podía darse el lujo de dejar importantes unidades del enemigo detrás de él mientras la armada lanzaba una invasión posiblemente insensata río arriba. Además, Delphim no tenía manera de saber que Asunción estaba casi indefensa. Había recibido disparos desde San Gerónimo y podría haber unidades considerables de caballería listas y dispuestas para contrarrestar cualquier desembarco que pudiera intentar en el distrito portuario. Por lo tanto, optó por lo más prudente. Si hubiera poseído buena información de inteligencia militar, habría actuado diferente.

Por lo demás, quizás su incursión fue suficiente.

El marqués, después de todo, entendía las ventajas de una refriega, aunque fuera menor, contra la capital del mariscal. La noticia del logro de Delphim en el río generó celebraciones en todo el Brasil y produjo un sentimiento de alivio no muy distinto del que sintieron los norteños cuando el general Sherman tomó Savannah a fines de 1864.[230] Si Caxias podía darle al emperador una sólida prueba de más éxitos militares, todas las dudas que los liberales habían recientemente expresado desaparecerían como telarañas en una mañana soleada.[231] Saborear esa victoria política era algo casi tan dulce como mandar a López a donde se merecía.

La decisión de Delphim de retirarse de Asunción podría haber tenido su lado ignominioso a los ojos de Washburn, pero también produjo un útil impacto psicológico no solamente en Paraguay, sino también en Rio de Janeiro, donde el emperador ennobleció al comodoro como barón del Pasaje el mismo día que los acorazados asaltaron la capital.[232] Las consecuencias

militares inmediatas del ataque eran, como mucho, limitadas, pero nadie podía dudar de su valor como señal. El marqués tenía buenas razones para suponer que golpear Asunción, incluso si era de manera muy moderada, desataría un pánico similar al que causó el asalto de Paunero a la Corrientes ocupada por los paraguayos en 1865. Ese esfuerzo había desbaratado la estructura y el cronograma de la ofensiva del mariscal en la Argentina. Esta vez, los aliados podían esperar que toda la población paraguaya huyera, haciendo que el ejército del mariscal no solamente se retirara, sino que se desintegrara. Esto, después de todo, era algo que los aliados habían buscado durante dos años.

Sin embargo, al asumir una postura cautelosa, el comandante aliado perdió otra oportunidad de acortar la guerra. La población civil paraguaya, efectivamente, había entrado en pánico y ya no podría abastecer a las fuerzas en Humaitá. Tal era la confusión que reinaba en Luque y en las colinas detrás de Asunción que la gente tenía pocas posibilidades de obtener comida suficiente para

sus propias necesidades. Ni hablar de proporcionar al ejército de López un apoyo real. Caxias tenía la oportunidad de aprovechar la turbación y caer con toda su fuerza sobre el enemigo. Pero la desperdició. Esto permitió al mariscal resucitar con su magro y peligroso ejército una vez más.

Capítulo 4

Cruel desgaste

Aquellos que predijeron el debilitamiento de la resolución del mariscal y el colapso del ejército paraguayo se habían equivocado en el pasado, pero esta vez todo indicaba que algo trascendental estaba a punto de ocurrir. La flota aliada ahora se movía libremente a ambos lados de Humaitá y Mena Barreto estaba bien atrincherado en Tayí. El cuerpo principal del ejército de Caxias estaba listo para golpear desde Tuyucué y San Solano y, si los aliados querían tomar el bastión, nadie ponía en duda su capacidad de hacerlo cuando el

marqués lo decidiera. El mismo López, que, pese a ser un hombre tan convencido de su propio genio y tan obsesivamente dedicado a la resistencia nacional, podía por momentos enfrentarse a la gravedad de los hechos, el 19 de febrero —el mismo día que Delphim atravesó las baterías de Humaitá y Timbó— envió a Madame Lynch y a sus hijos a Asunción a través del Chaco para organizar la evacuación de sus valores personales. Parecía que incluso el mariscal pensaba que el caos era inevitable.[233]

Militarmente, la situación era menos clara. El estado de cosas en el río, por ejemplo, era bastante extraño. Los barcos de madera de la flota aliada estaban todos debajo de Curupayty, cuyas baterías seguían activas (a una escala menor que la anterior). Siete acorazados custodiaban el río entre Curupayty y la fortaleza, pero sus comandantes no se mostraban dispuestos a emular al comodoro Delphim, quien dominaba el río en Tayí con los seis buques que habían forzado las baterías, tres de los cuales acababan de regresar del asalto a

Asunción. Esta misma flotilla carecía aún de una comunicación regular con el almirante Ignácio y estaba totalmente aislada del resto de la armada río abajo. Igual que antes, las provisiones debían traerse por tierra por la ruta de caravanas a través de los esteros desde Paso de la Patria y Tuyutí. Para que la capital paraguaya fuera capturada por vía fluvial, era necesario que más barcos de guerra y muchos más de transporte quebraran la resistencia al sur. Esto no les parecía factible ni al almirante Ignácio ni al marqués de Caxias a fines de febrero de 1868 sin neutralizar primero la posición en Humaitá.

Pero, más allá de todas las ventajas tácticas de las que gozaban, los aliados habían olvidado un punto importante. Si los comandantes navales hubieran patrullado esa área o dejado un acorazado entre Timbó y la fortaleza, sus cañones habrían evitado que López escapara a través de la espesura del Chaco.[234] El camino al norte, a través del cual se había conseguido hasta ese momento mantener un cierto abastecimiento de las

necesidades de la guarnición de Humaitá, habría quedado cerrado para los soldados del mariscal, a quienes los aliados habrían podido de esa manera hambrear hasta someter.[235]

No haber cortado esa ruta fue un claro error, del cual López se benefició inmediatamente. Sin perder tiempo, puso a sus tropas a trabajar. Tenía dos vapores listos, el *Ygureí* y el *Tacuarí,* y ambos fueron empleados para transportar la artillería a través del río hasta Timbó. Luego vinieron los enfermos y las restantes existencias. El mariscal ordenó que los cañones que daban a las líneas interiores fueran traídos a la fortaleza para ser trasportados al otro lado, dejando solo unas pocas piezas livianas en Curupayty, un solo cañón en Paso Gómez y doce en la cara este del Cuadrilátero, que daba a la fuerza principal del ejército aliado.

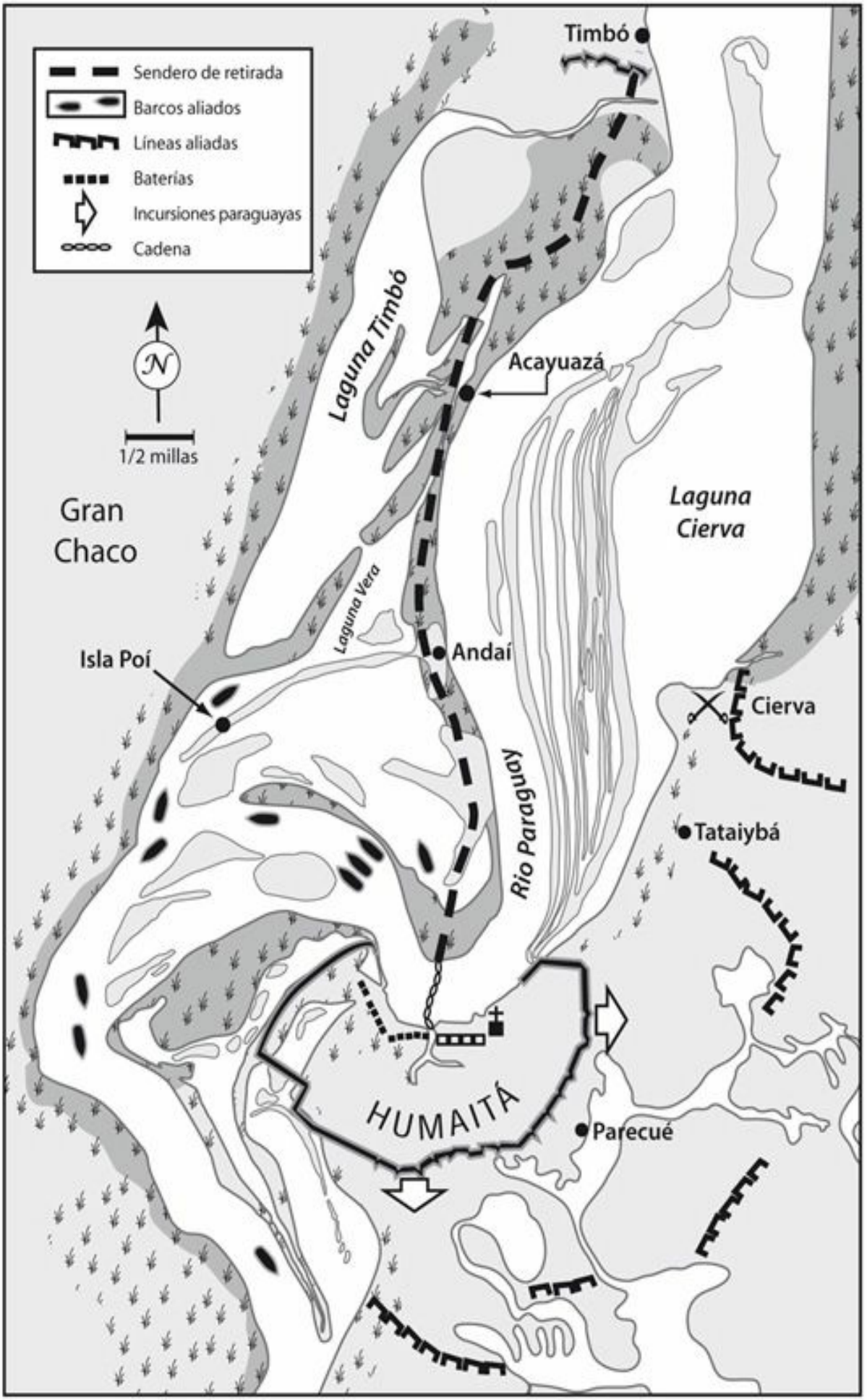
Todo estaba listo para trasladar las unidades a Timbó para preparar una reubicación general en el Tebicuary o algún punto más arriba. Hasta el momento, el enemigo no había detectado los

movimientos del ejército, pese a lo evidentes que habían sido, y no había razones para suponer que de repente pudieran darse cuenta de que los paraguayos podían llegar al Chaco con relativa seguridad. Antes de que las tropas se embarcaran, sin embargo, el mariscal optó por un último lanzamiento de dados que podría entrar en los libros de historia como un grandioso y gallardo esfuerzo por torcer el curso de la guerra en una etapa en la que ya parecía imposible. Sabía que Ignácio había anclado su flota de manera errática en distintas partes del río; si lograba apoderarse de al menos uno de los acorazados, podría usarlo para destruir sistemáticamente los restantes barcos brasileños. Era una idea audaz, pero si tenía éxito, el río volvería a ser paraguayo.

Las posibilidades de victoria parecían sumamente lejanas. La operación dependía del coraje paraguayo, que nunca estuvo en duda, y de la sorpresa, que era posible causar, pero los comandantes paraguayos eran escépticos. Habían tenido suficiente experiencia con los acorazados como para dudar de la eficacia del plan, y así se lo dijeron al mariscal. Pero también habían tenido suficiente experiencia con el mariscal como para dejar de insistir en su opinión una vez que López hubo declarado su fe en el proyecto.[236] Como corolario, López impartió sus órdenes y el círculo de oficiales a su alrededor simplemente asintió.

El mariscal daba por hecho que los brasileños eran ineficientes y débiles de carácter, y aunque este supuesto le había costado caro en el pasado, nunca escarmentaba. En esta ocasión, sentía que la suerte estaba de su lado. Seleccionó a 500 de sus más determinados hombres y con ellos formó un cuerpo de remeros y «bogavantes», que recibieron

entrenamiento en natación, lucha y gimnasia general. No podían usar mosquetes y tenían que entrenarse en montar complicados ataques exclusivamente con sables y granadas.[237] López encomendó la operación al capitán Ignacio Genes, un pilarense conocido por su modestia, su delgadez y sus maneras retraídas, y uno de los oficiales jóvenes más capaces del mariscal.[238]


Sendero de retirada
Barcos aliados
Líneas aliadas
Baterías
Incursiones paraguayas
Cadena
N
1/2 millas
Timbó
Laguna Timbó
Acayuazá
Laguna Cierva
Gran Chaco
Laguna Vera
Andaí
Isla Poí
Cierva
Río Paraguay
Tataiybá
HUMAITÁ
Parecué

Como ya se ha señalado, el río Paraguay a menudo se desborda a mediados del verano, y con las fuertes corrientes se forman grandes camalotales, unas «islas» flotantes de arbustos, enredaderas, jacintos de agua y otros vegetales que se combinan en entidades únicas con la tierra que se desprende de las orillas del río. Los camalotes albergan fantasmas en la mitología guaraní y, de hecho, son a veces lo suficientemente grandes para servir de refugio a carpinchos y otros animales silvestres. Pueden impedir la navegación si flotan unos detrás de otros en la corriente, y pueden servir como excelente camuflaje para una fuerza de canoas de ataque, especialmente de noche.

Los acorazados *Cabral* y *Lima Barros* formaban la vanguardia del escuadrón aliado amarrado debajo de Humaitá en un punto que, durante el día, ofrecía una magnífica vista de la fortaleza y sus baterías. Hasta ese momento, su posición lo había mantenido a salvo de los cañones enemigos, pero como siempre era recomendable tomar las mayores precauciones

para anticiparse a los paraguayos, el almirante Ignácio había ordenado que se situaran botes centinelas cien metros río arriba para dar la alarma en caso necesario.

El primer intento de capturar un acorazado resultó un miserable fracaso. Al anochecer del 1 de marzo de 1868, un grupo de canoas paraguayas salió con el fin de escalar los barcos enemigos, pero durante la noche varias de ellas chocaron entre sí, causando un caos general. Los paraguayos creyeron que se habían topado con los botes centinelas brasileños y se lanzaron al río para alejarse nadando. Mientras tanto, otras canoas erraron el blanco por completo y fueron arrastradas por la corriente hacia la isla Cerrito. Al menos una de estas se vio atrapada accidentalmente en un remolino, lo que forzó a su pequeña tripulación a lanzarse al río y nadar a la costa. Algunos hombres se ahogaron en el intento.

La segunda tentativa terminó en un sangriento enfrentamiento. El 2 de marzo, a las dos de la mañana, un guardiamarina brasileño a bordo de

uno de los botes centinela se desperezó del sueño y se frotó los ojos al notar un camalote insólitamente grande avanzando hacia los buques anclados. La oscuridad hacía imposible distinguir cualquier detalle, pero pronto se dio cuenta de que no era uno sino muchos camalotales amontonados en un racimo, un fenómeno lo suficientemente inusual como para ameritar una inspección más cercana. En ese momento, quedó boquiabierto al ver movimientos de remos entre la vegetación. Aunque todavía no podía discernir ningún sonido por el rumor del río, reconoció el peligro de inmediato. Junto con la tripulación de su bote, remó por su vida, y cuando se aproximó al *Lima Barros* gritó la señal convenida justo cuando el río cobraba vida con cientos de atacantes paraguayos.

Los bogavantes eran casi 300, doce hombres en cada una de las veinticuatro canoas y un buen número de oficiales, todos listos para pelear. El capitán José Tomás Céspedes, un jinete de Pilar y quizás el mejor nadador del ejército paraguayo, había sido asignado a ocupar el puesto

inmediatamente detrás del capitán Genes, quien estaba a la vanguardia de la fuerza de ataque. De acuerdo con el plan, Genes había amarrado las canoas de dos en dos con sogas de 15 metros de largo. Al flotar río abajo desde la fortaleza, manejó los pares de botes tan hábilmente que el centro de las sogas conectadas dio con las proas del *Lima Barros*, primero, y del *Cabral* después.[239]

Hasta ese momento los paraguayos habían conseguido una sorpresa total. El guardiamarina brasileño había dado la voz de alarma, pero los marineros del *Lima Barros* solo comprendieron lo que estaba ocurriendo cuando los enemigos copaban la cubierta. Estaba todavía totalmente oscuro y tanto los oficiales como los soldados se habían acostado al aire libre para escapar del calor de los compartimentos internos. Los atontados marineros vieron el peligro a último momento y no tuvieron tiempo de reaccionar. Los hombres del mariscal mataron a los guardias y se abrieron paso hasta la torre entre los disparos de

los oficiales que tenían pistolas.

El comandante del escuadrón imperial, comodoro Joaquím Rodrígues da Costa, se levantó semivestido de su cama en medio del tumulto, desenfundó una espada y corrió a unirse a los marineros al otro lado del barco. «Peleó furiosamente por su vida, pero fue reducido y cayó bajo los golpes de sable de los furibundos paraguayos».[240] El capitán Aurelio Garcindo Fernando da Sá, comandante del *Lima Barros* y veterano de la batalla del Riachuelo, tuvo mejor suerte. Era un hombre pequeño y entró por un ojo de buey a la torre del barco, no sin antes recibir un fuerte golpe de sable en su hombro izquierdo.[241] Garcindo debió haber sido el último hombre en ingresar al interior del barco antes de que se cerraran las ventanillas y escotillas. En cuanto a los oficiales y la tripulación del *Cabral,* se las arreglaron para protegerse antes de que los bogavantes pudieran comenzar su trabajo asesino.

La página se dio vuelta abruptamente. En ambos barcos, los paraguayos corrieron de un lado a otro

de las cubiertas golpeando vanamente con sus sables las pesadas puertas de hierro. Provocaron muchas chispas, pero no pudieron penetrar al interior de ninguno de los buques. Insultaron a sus enemigos y lanzaron granadas que, o no explotaron, o causaron daños mínimos. Consiguieron herir a unos pocos tripulantes, pero no lograron ningún otro progreso para tomar los barcos.

En ese momento, los brasileños salieron de su estupor. Mecánicamente, cargaron pistolas y mosquetes y dispararon al bulto contra los frustrados paraguayos desde las troneras de hierro. El fuego cruzado fue letal. El miedo y la confusión de los bogavantes apenas pueden imaginarse, ya que no estaban preparados para esa eventualidad.

Una vez que los capitanes de los otros barcos del escuadrón imperial comprendieron la situación, actuaron con celeridad. El capitán teniente Gerónimo Gonçalves, comandante del *Silvado,* fue el primero en intervenir. A pesar de la oscuridad y del peligro de colisionar con uno de

sus propios barcos, maniobró su acorazado entre el *Cabral* y el *Lima Barros* y lanzó fulminantes rondas de granada en ambas direcciones. Los efectos fueron horribles e inmediatos, con montones de paraguayos cayendo hacia atrás con los cuerpos lacerados. Una luna brillante comenzaba a levantarse por encima del horizonte oriental y su suave luz iluminó el sangriento panorama mientras los cañoneros de Gerónimo recargaban sus piezas y disparaban de nuevo.[242] Pronto se acercaron más buques brasileños.

Cuerpos mutilados yacían retorcidos en las cubiertas de los dos acorazados abordados. Céspedes fue capturado junto con otros quince paraguayos, todos gravemente heridos.[243] Muchos de los que intentaron salvarse alcanzando la costa fueron aniquilados por los brasileños en el agua mientras nadaban.[244] Aunque se les dio la oportunidad de rendirse, solo un puñado de bogavantes aceptó. La mayoría murió jadeando por aire y escupiendo improperios al enemigo. Genes, quien perdió un ojo en el enfrentamiento, fue

sacado del río por un fornido sargento de su propio regimiento. Se despertó en el hospital, donde los asombrados paramédicos contaron sesenta y un heridas en su cuerpo.[245]

Treinta y dos cadáveres paraguayos quedaron en la cubierta del *Cabral* y setenta y ocho en la del *Lima Barros*. Otros cincuenta hombres del mariscal se ahogaron en el río esa noche y alrededor de 70 marineros imperiales perecieron en el enfrentamiento.[246] Río abajo, en Buenos Aires, Mitre se permitió reflexionar acerca de la forma en que la acción paraguaya había sido recibida en la capital argentina. Resumió el sentimiento general de asombro ante la ciega devoción de los paraguayos y le añadió algo de desdén por su propio pueblo: «Si nosotros los argentinos hubiéramos hecho algo tan absurdo, la gente diría que [el Gobierno] desperdició la vida de nuestros soldados o que fuimos estúpidos y enviamos a nuestros propios hombres como bueyes al matadero, pero [...la gente] no tiene palabras para expresar su admiración por el heroísmo de

los paraguayos y la energía de López —mire hasta dónde nuestro gran pueblo ha caído a un estado de cobardía moral».[247]

El mariscal se retira a través del Chaco

Cuando el temerario intento de cambiar la ecuación militar en el río fracasó, el mariscal no tuvo alternativa. El 3 de marzo de 1868, dejó el grueso de su ejército en Humaitá y, con sus unidades de guardia y su personal, levantó campamento y escapó a través del crecido río Paraguay.[248] La comitiva presidencial, que incluía al obispo Manuel Palacios, a Madame Lynch y a los hijos de López, emprendió una rápida pero cautelosa retirada a través de una estrecha esquina del Chaco. López quería reunir a varios miles de evacuados previamente y otras fuerzas residuales para organizar un nuevo ejército más al norte, pero primero tenía que llegar al campamento construido recientemente en Monte Lindo. Desde allí, esperaba volver al canal principal del río y seguir hasta la boca del Tebicuary, el lugar lógico para establecer su línea de defensa y volver a desafiar el avance aliado.

Incluso para un grupo tan pequeño, la retirada

estaba llena de peligros, más aún porque el Chaco siempre fue un lugar temible. Hasta hoy los viajeros a menudo comentan la diferencia entre la atrayente suavidad de los bosques del oriente paraguayo, que invitan a un tranquilo descanso en marchas extenuantes, y el denso follaje del Chaco, brebaje hechicero y peligroso de color y sonido que continuamente asalta los sentidos. El paso del hombre se diluye ente los excesos y la fuerza de los elementos, en medio de los cuales la lucha por la existencia parece desarrollarse a un ritmo vertiginoso.

Aquí la naturaleza se muestra siniestra y cruel. Las enredaderas estrangulan las ramas de los árboles en una desesperada búsqueda de luz. Los jaguares se deslizan silenciosamente entre los arbustos y se arrojan súbitamente sobre su presa. Millones de termitas y hormigas cortadoras recorren cada pulgada de suelo y el aire se enjambra con insectos voladores cuyos zumbidos anuncian lascivas o violentas intenciones. Incluso las garzas, cuyo plumaje de un blanco nieve o un

delicado azul contrasta con el fondo verde, son despiadadas asesinas de peces y ranas.

En tal ambiente, aquellos hombres de 1868 debieron haber estado conscientes de su pequeñez. El gobierno paraguayo había mantenido unos cuantos puestos en estos territorios desde los tiempos del viejo López. Muchos de los soldados comisionados en estos pueblos hacía tiempo que se habían vuelto salvajes. Privados de los diferentes elementos de la civilización, apartados durante largos períodos del comando más cercano, esos hijos de Esaú (o de Enkidu) a veces olvidaban las sutilezas del trato humano. Mordían las pieles y los huesos de los animales como depredadores de la jungla. Bebían agua como ciervos, agachando sus cabezas sobre charcos o arroyos. Dormían cerca de sus animales y dejaban sus heridas a merced de vampiros y tábanos. Dado que estos hombres estaban siempre alerta ante el peligro constante de su entorno, su vista y su oído eran tan agudos como los del halcón.[249]

Para cruzar el Tebicuary, el mariscal necesitaba

a esos hombres como guías. Timbó tenía una numerosa guarnición, pero en los senderos al norte prácticamente no había seres humanos. La ruta principal, recientemente abierta entre la maleza por el ejército, atravesaba un vasto territorio de esteros y accidentadas tierras bajas, estas últimas llenas de palmas de Yataí y arbustos de espinas largas y afiladas como navajas. Hasta el más vigoroso soldado paraguayo titubeaba ante los peligros que podía encontrar en el camino.

Carretas de bueyes y contingentes de hombres a caballo habían ido y venido por estos senderos durante los meses precedentes, e incluso Madame Lynch y los hijos de López habían atravesado esta zona del Chaco antes de acompañar al mariscal en esta ocasión.[250] Por supuesto, una cosa es viajar en un pequeño grupo montado y otra muy distinta es hacerlo acarreando piezas de artillería pesada por el barro, como el mariscal ahora exigía. Un cañón de seis libras pesaba al menos 230 kilos y el proyecto de remolcarlo al río hasta una lancha y luego arrastrarlo una vez más por el lodo del

Chaco no era imposible, pero tampoco fácil. Llevar los cañones a Monte Lindo era un trabajo agotador para una tropa de soldados desnutridos y con tan pocas mulas y bueyes que casi tenían que trasladar cada pieza con poco más que sus propios músculos.

Los acorazados aliados mantuvieron su distancia y permitieron que los dos vapores paraguayos que habían escapado antes a Humaitá terminaran de transportar las tropas, las piezas de campaña y la escolta privada del mariscal hasta Timbó. Los Whitworth de 32 libras pasaron primero, y luego los Krupp de 12. Ocho cañones de ocho pulgadas los siguieron inmediatamente, dejando a todos los soldados incapacitados y heridos para el final. Las carretas que esperaban a estos evacuados del lado opuesto eran pocas, y muchos hombres tuvieron que caminar siguiendo en procesión al mariscal.

Thompson se había adelantado varios días para explorar el terreno en busca de mejores accesos al Tebicuary y había reportado los numerosos

arroyos y aguas profundas que interrumpían la línea de marcha. Recomendó que el ejército erigiera sin demora una batería en Monte Lindo para hostigar a los acorazados aliados, que de otra manera podrían recorrer el río libremente. Si fuera posible construir baterías en la confluencia del Tebicuary y el Paraguay, serían una defensa satisfactoria, aunque esta tarea, enfatizaba el coronel, podría llevar varios días.[251]

El mariscal consideró la sugerencia. Sus guardias y su séquito cruzaron el Paraguay y continuaron el viaje tierra adentro, lejos de los cañones enemigos. El pequeño ferrocarril aliado estaba mucho más al sur, y ni la flota ni las tropas terrestres podían impedir su retirada (en caso de que supieran de ella).

A diferencia de sus hombres, que se sentían fatigados y dubitativos ante la aventura que les esperaba, López irradiaba una nerviosa energía. Podía apreciar cuán vulnerable se había vuelto su posición general y cuán pocas opciones militares le quedaban. Pero eso no lo desalentaba, ya que se

había cansado del sitio de Humaitá casi tanto como sus oponentes y estaba impaciente por oponerles una resistencia más activa, lo que esperaba lograr si podía reunir sus fuerzas a tiempo.

El mariscal mostró maneras afables y desenvueltas durante la marcha. Cabalgaba delante de sus carretas y, desmintiendo su usual timidez, desafiaba a los indios chaqueños y a los elementos naturales. Había comido bien, se había saciado con carne fresca y estaba montado en el mejor corcel disponible. Como era natural en él, dio toda una función ante sus guardias de cascos de bronce, que respondieron con buen humor, incluso riéndose, mientras cumplían sin quejarse las más arduas labores.[252] Su audacia todavía era visible, aunque hacía tiempo que habían perdido el áspero y robusto semblante que tenían al principio de la guerra. Su exhibición de altanería y confianza era en su mayor parte teatro.

Por su parte, el mariscal parecía bien dispuesto, hasta optimista, en sus conversaciones con los

soldados, y, como frecuentemente ocurría en tales ocasiones, su guaraní era firme, coloquial y tranquilizador. Pocos comandantes podían, como él, congraciarse tan fácilmente con hombres por los que solo sentía desprecio. López nunca pudo ver a las tropas de campesinos que formaban la columna vertebral de su ejército como otra cosa que un montón de vulgares palurdos. Y, sin embargo, necesitaba su lealtad si quería continuar peleando; no podía prescindir de ellos.

Al mismo tiempo, el mariscal no podía olvidar sus preocupaciones. Mientras cabalgaba por el monte, sus pensamientos seguramente se volvían contra aquellos que habían desafiado sus instrucciones o dañado de alguna forma la causa nacional. Todavía aborrecía a los *kamba*, de cuyos insultos pretendía vengarse. Pero ahora también rumiaba su disgusto y sospecha por Sánchez y los otros notables de Asunción, cuya actuación durante el asalto de Delphim había sido equivocada, pusilánime, insubordinada y, en el caso de Benigno López, quizás incluso traidora. ¿No le

había dicho a Venancio que fuera implacable con los derrotistas y traidores?[253] Ya saldaría cuentas con estos haraganes cuando llegara el momento. Ni Benigno ni Venancio escaparían a su justicia.

El mariscal se despreocupó de quienes lo seguían en la caravana. Los enfermos y heridos probablemente esperaban un trato rudo e indiferente, y nunca pronunciaron un comentario ácido al respecto.[254] Pero los miembros del personal seguramente contaban con recibir alguna muestra de consideración, ya que la existencia del Paraguay dependía de su capacidad y entereza. El mariscal los ignoró. Las ruedas de las carretas se rompían, los caballos se debilitaban y tropezaban, los hombres contraían enfermedades estomacales y se deshidrataban. Nadie podía evitar el lodo acuoso, las víboras, los ávidos mosquitos ni las diversas clases de insectos nocturnos. A lo largo de toda la marcha, López mantuvo la mirada al frente, con la mandíbula firmemente comprimida. Incluso Madame Lynch y los niños tuvieron que

valerse por sí mismos mientras él avanzaba, absorto en pensamientos sobre nuevas campañas y venganzas.

El primer día de marcha, el mariscal se detuvo brevemente a unos 4 kilómetros del río, en un sitio donde los juncos y pastizales daban lugar a un espacio abierto. En vez del uniforme que usaba en Paso Pucú, llevaba una vestimenta civil, con un poncho gris y un sombrero de paja, que se sacó cuando llegó al claro.[255] En este desolado paraje, con solo la selva frente a él, desmontó y compuso un mensaje con instrucciones para las unidades que se habían quedado en Humaitá. Aprovechando para recompensarlas e inspirarlas, promovió a coronel a su edecán favorito, Francisco Martínez, y le asignó el comando conjunto con Paulino Alén de aquella guarnición de 3.000 hombres, con seguridad los más miserables y desamparados del frente.[256]

Remigio Cabral y Pedro Gill, capitanes navales, también recibieron órdenes de permanecer en la fortaleza como tenientes coroneles, en tercer y

cuarto lugar en el comando de la misma.[257] Cómo se esperaba que defendieran una posición que Caxias tenía rodeada con una tenaza, nadie podía decirlo. Tal vez López creía que sus directivas bastarían por sí solas para tensar el temple de sus oficiales. Estos gestos siempre habían tenido ese efecto en el pasado. Sin embargo, les prohibió negociar con los oficiales enemigos o recibir delegaciones bajo bandera de tregua. Debían continuar construyendo «torpedos» de río para hostigar a los aliados y esperar hasta que todas las restantes provisiones se acabaran antes de adentrarse ellos también en el Chaco, quizás dentro de seis meses. La palabra «rendición», como el nombre del Dios hebreo, no debía pronunciarse jamás.[258]

Como parte de estas precauciones, y definitivamente por inspiración del mariscal, el mayor prusiano Von Versen fue puesto bajo arresto. El trato que recibía en Paso Pucú se había vuelto cada vez más arbitrario con el paso de los meses, y pese a ello él nunca había cejado en su

obsesión de proporcionar un análisis balanceado de los aspectos militares de la guerra. Era casi seguro que su obstinada curiosidad despertaría sospechas en sus guardianes, quienes no podían concebir que un europeo actuase con indiferencia hacia sus circunstancias personales sin ser una especie de espía. Enfermo de disentería, Von Versen fue llevado bajo custodia a la fortaleza el 4 de marzo. Allí se sumó a otros prisioneros, un grupo de entre 100 y 200, la mayoría de ellos extranjeros y todos hambrientos. Junto con estos hombres cruzó al Chaco en una de las últimas evacuaciones y pasó varios meses en la más abyecta miseria como famélico preso de famélicos soldados paraguayos. Escuchaba regularmente los disparos de los pelotones de fusilamiento que ejecutaban a prisioneros brasileños que quisieron escapar y a «derrotistas» paraguayos. Masterman afirmó que entre 1.500 y 2.000 prisioneros brasileños fueron «despiadadamente masacrados» en Humaitá, supuestamente debido a que López no quería emplear tropas para custodiarlos. Algo de

esto pudo haber ocurrido, pero hay que señalar que nunca apareció una orden específica del mariscal de ejecutar prisioneros, y que la cifra mencionada parece exagerada. La práctica siempre había sido enviar a los prisioneros aliados al interior, a Ybycuí y otros sitios donde se los usaba en trabajos forzados, no confinarlos en Humaitá.[259]

Después de esto, el mariscal ya no se preocupó del prusiano ni de los otros extranjeros esparcidos entre Humaitá y el Tebicury. Necesitaba continuar con sus planes y aprovechó la última oportunidad de enviar un mensaje a sus ingenieros para ordenarles comenzar a construir la batería en Monte Lindo. Evidentemente, esperaba organizar al menos una defensa temporal en este punto o en algún sitio más al norte. Consideraba que restaurar una línea defensiva estaba todavía dentro de sus capacidades, ya que, si hubo una en Humaitá, razonaba, podía aún haber otra. Con esto en mente, sonrió, hundió las espuelas en su montura y galopó hacia el interior del Chaco. Sus guardias y

asociados más cercanos lo seguían a cierta distancia.

El camino a través de la región que un misionero jesuita alguna vez describió como «un teatro de la miseria» para los españoles, era sumamente penoso para cualquiera con un cuerpo debilitado.[260] Aun así, los duros soldados paraguayos hicieron el viaje con destreza casi majestuosa. Thompson relata que esto llevó varios días de extraordinarios esfuerzos, durante los cuales las habilidades de los soldados saltaron claramente a la vista:

> Habíamos tenido que pasar varias lagunas profundas, sobre algunas de las cuales había puentes comenzados, pero no todavía terminados. Algunos de estos puentes estaban hechos con grandes cantidades de malezas sobre vigas puestas en el agua, con el fin de, una vez suficientemente altos, ser cubiertos con tierra […] Tuvimos después que cruzar el Bermejo, un río tortuoso de agua muy roja, por la arcilla sobre la que fluye. Es profundo, y de unas 200 yardas de ancho, con corrientes muy rápidas. Sus orillas son muy bajas y boscosas. [El paso fue realizado] usando canoas, haciendo nadar a tres caballos a cada lado de una canoa, y luego [cabalgando] lentamente hasta una colina entre los árboles, hasta que alcanzáramos el nivel general

del Chaco […] Ahora teníamos que marchar a través de una legua de monte, en lodo de un metro de profundidad […][Al día siguiente] fuimos a través de varias leguas de bosques de tacuara, después de lo cual cruzamos el Paso Ramírez en canoas, y cenamos allí, alimentando a nuestros caballos con hojas de «pindó», una alta palma sin espinas […] después de la cena […] continuamos a Monte Lindo, a donde llegamos de noche. Aquí la mayoría de nosotros encontró un techo debajo del cual dormir.[261]

Los guías del mariscal y la devoción de sus hombres lo llevaron a través del Chaco sin serios incidentes. Poco después, volvió a cruzar el río Paraguay y tomó una posición en la orilla izquierda justo detrás del Tebicuary. Allí se reunió con muchos hombres —Von Versen afirma que con 12.000— que ya se habían retirado antes por la misma ruta.[262] En vez de ser aplastado por el paso de sus principales baterías y el asalto a Asunción, López había encontrado la forma de evacuar a gran parte de su ejército. Con un cálculo acertado y sabiendo que sus oponentes aliados le darían tiempo para prepararse, comenzó a construir sus nuevas defensas en ese punto. Dejen

a Caxias y a Ignácio celebrar sus logros; él ya tendría ocasión de mofarse de su estupidez al subestimar al ejército paraguayo.

Esta creencia pudo haber animado al mariscal mientras consideraba la tarea que tenía enfrente. Sus hombres tenían aún mucho trabajo por hacer. Sin embargo, como reconociendo al menos en parte sus propias dudas, dejó en Monte Lindo la mayor parte de las unidades que había traído como escolta de Paso Pucú. Podría todavía necesitarlas para escapar a Bolivia. Thompson, quien usualmente no se dejaba llevar por especulaciones vacías, comentó que en este momento había razones para creer que López pensaba marchar a través del Chaco a Bolivia y dirigirse desde allí a Europa. «No envió tropas a cruzar el río para defender el Tebicuary; tenía caballos traídos a través del río a Seibo desde Asunción [junto con] cinco carretas de dólares de plata […] Los pesados cañones estaban montados en Monte Lindo y por algunos días él no quiso ni oír de moverse al Tebicuary».[263]

López acertó al pensar que Caxias le daría tiempo suficiente para terminar las obras. Thompson, al principio, había creído lo contrario, y por varios días él y las patrullas de trabajo bajo su mando apenas durmieron; viajaron varios kilómetros hacia los montes del este, donde cortaron madera suficiente para construir las plataformas de los cañones, y durante la noche llevaron hasta el río los pesados tablones. Trabajando sin descanso, erigieron una batería de cuatro cañones de 8 pulgadas instalados a barbeta a un metro de altura sobre el pasto de una isla cerca de la costa chaqueña. A este pequeño puesto, quizás con demasiado optimismo, lo bautizaron como Fortín.

Un batallón de 300 hombres y muchachos de Monte Lindo recibió órdenes de custodiar esta isla para proteger a los cañoneros de cualquier incursión repentina. Tres o cuatro buques de guerra imperiales, efectivamente, se acercaron

unos días después y dispararon contra estas posiciones, pero los paraguayos ya habían completado su obra principal y los bombardeos no dieron resultado. O la puntería naval aliada era todavía tan pobre como lo había sido en Curupayty, o los acorazados nunca intentaron más que cumplir con un hostigamiento de rutina.

Mientras tanto, siguiendo un diseño hecho por Thompson, los paraguayos construyeron una serie de pequeños terraplenes y fosos en la ribera este, cerca de la embocadura del Tebicuary. Los reforzaron con más baterías en dos posiciones cercanas, una al sur, con siete cañones de 8 pulgadas y dos de 32 libras, y la otra a unos 2.000 metros río arriba, con dos cañones de 8 pulgadas y tres de 32 libras.[264]

El ingeniero británico y sus hombres erigieron también una batería frente al Tebicuary, por si los aliados intentaban desembarcar en ese sitio. Se esperaba un asalto de ese tipo solo si no les quedaba otra opción. El mariscal sabía que los aliados no podían flanquear sus fuerzas por el este

como lo había hecho Caxias en julio, ya que profundos esteros de más de una legua de ancho rodeaban el perímetro del Tebicuary. Las condiciones eran similares en ambas orillas hasta 50 kilómetros río arriba. Por lo tanto, si las nuevas defensas estaban dispuestas apropiadamente, serían capaces de mantener a raya a los aliados contrariamente a lo que había pasado en Humaitá.[265]

Cuando las baterías estuvieron listas, el mariscal dividió su tiempo entre Monte Lindo (que pronto abandonó), un campamento secundario en Seibo (también del lado chaqueño) y sus nuevos cuarteles generales en San Fernando. Este último sitio, que fue la principal estación y el centro neurálgico del ejército en los meses siguientes, estaba construido en una zona seca cerca de la confluencia del Tebicuary y el río Paraguay. Al principio las tropas tuvieron que levantar sus carpas y ubicar sus carretas en medio del barro, pero el suelo fue rápidamente drenado y pronto San Fernando cobró la apariencia de una bien

ordenada comunidad.[266]

Al igual que Paso Pucú, el nuevo campamento estaba cómodamente alejado del rango de fuego naval, y contaba con todo el equipamiento del que podía disponer un ejército tan severamente constreñido. Tenía una pequeña capilla octogonal, una serie de cobertizos para el personal superior y una línea de comunicación telegráfica con Asunción. Los confortables cuarteles de López y Madame Lynch dominaban desde su posición el campamento, y junto a las barracas de los soldados había un «distrito» separado para las seguidoras y familiares femeninas.

Dos vapores camuflados con ramas de árboles y enredaderas y anclados en las cercanías ayudaron inmensurablemente a abastecer las necesidades de la nueva guarnición de alrededor de 8.000 hombres.[267] Las prensas de *Cabichuí* fueron restablecidas en el campamento, y a mediados de mayo los partidarios del mariscal escribían de nuevo pidiendo más sacrificios y envolviendo las acres realidades de la guerra con vendajes

ilusorios.[268] Más importante aún, San Fernando tenía un taller para reparar rifles y fabricar cartuchos donde, ante la falta de papel, los paraguayos lo fabricaban con las membranas internas del cuero curtido.[269] Los resultados fueron poco alentadores, pero los soldados ya habían peleado antes en inferioridad de condiciones y los que se acobardaron fueron siempre los aliados. El ejército paraguayo no había sido derrotado todavía.

Es probable que el marqués de Caxias pensara diferente. Por lo menos, debía presumir que todas las ventajas estaban de su lado. El desgaste de Humaitá había logrado socavar la fuerza del enemigo, y, aunque carecía de información sobre el modo en que los paraguayos se las habían arreglado para efectuar la retirada a través del Chaco, se sentía seguro de que solo había escapado un número poco significativo. El sentido común le sugería que debía continuar presionando sobre la fortaleza y destruir las otras posiciones enemigas en el debido momento.

El 21 de marzo, el marqués lanzó una serie de ataques coordinados contra el perímetro sur de Humaitá, con el general Alexandre Gomes Argolo bombardeando las trincheras en Sauce, Osório emergiendo desde Parecué y golpeando el extremo izquierdo de la línea paraguaya en Espinillo, y Gelly y Obes haciendo un pequeño giro a la derecha en «El Ángulo». Con tan pocas tropas paraguayas dejadas en esas posiciones, los hombres del mariscal solo opusieron una breve resistencia. Los brasileños habían casi sobrepasado Espinillo, «lanzando disparos, bombas y cohetes Congreve a discreción y pasando luego a una bien sostenida carga de cañones y mosquetes»,[270] cuando, inexplicablemente, una corneta aliada tocó la señal de retirada. Esto dio un momentáneo respiro a los apabullados paraguayos, aunque estaba claro que no tenían forma de mantenerse en el sitio.

La queja generalizada de las tropas argentinas durante el día del combate fue que el plan del marqués no había contemplado la captura de las

trincheras opuestas, lo cual habría sido un juego de niños. Es comprensible su irritación por esta oportunidad perdida y por el sentimiento de que su servicio era juzgado irrelevante o prescindible. Lo cierto es que, si bien Caxias apreciaba a los soldados argentinos, no tenía necesidad de asegurar el control del Cuadrilátero.[271] De acuerdo con el recuento de Thompson, los aliados perdieron unos 260 hombres ese día, y los paraguayos, un improbable número de veinte.[272]

El 22, las restantes unidades paraguayas suspendieron sus viejas tareas y, arrastrando sus cañones, abandonaron el fuerte. Cuando los aliados se aventuraron a avanzar hacia Curupayty pocas horas después, se quedaron pasmados al encontrar «una batería compuesta por cuarenta cañones falsos hechos de troncos de palma, cubiertos con cueros y montados en viejas ruedas de carreta», y descubrir que «las tropas en la guarnición consistían en treinta o cuarenta efigies hechas de paja y cuero y ubicadas como centinelas en posiciones visibles para los pelotones de

asalto».[273] De hecho, los paraguayos habían partido de Curupayty hacía semanas.

El 23 de marzo, en un esfuerzo por corregir la debilidad de la estrategia previa sobre el río, tres buques de guerra de Ignácio pasaron debajo de las baterías de Timbó y se dispusieron a anclar entre ese sitio y Humaitá. Pero antes de soltar anclas, unos marineros aliados divisaron el *Ygureí*, que estaba escondido detrás de una ensenada. Inmediatamente comenzó la persecución. El vapor paraguayo, que había realizado un buen trabajo en la evacuación de Tayí, no tenía a dónde ir esta vez y comenzó a recibir gran cantidad de impactos mientras el humo llenaba el aire una vez más. Finalmente, un proyectil de setenta libras disparado desde el monitor *Rio Grande* golpeó el *Ygureí* debajo de la línea de flotación, y este, en dos o tres horas, se hundió en las aguas profundas. Su tripulación sobrevivió refugiándose en el Chaco.[274]

Mientras tanto, los brasileños habían también avistado el *Tacuarí* cuando los miembros de su

tripulación descargaban piezas de artillería en un tributario occidental. El acorazado *Bahia* bloqueó el canal más pequeño y, ayudado por el *Pará,* abrió fuego contra el arrinconado enemigo. Los marineros del mariscal cayeron momentáneamente en confusión, pero se las arreglaron para bajar sus últimos cañones a tierra firme mientras las bombas del enemigo acribillaban el buque. Viendo que no había escapatoria, los paraguayos abrieron las válvulas principales y observaron desde los pastizales del Chaco el hundimiento del *Tacuarí.* Su chimenea todavía era visible tres décadas después en aguas bajas.[275] El venerable vapor que había transportado al joven Francisco Solano López desde Europa a mediados de los 1850, orgullo de la flota de su padre, ahora era otro monumento en ruinas.

La tripulación del otrora buque insignia también huyó al Chaco y a un futuro incierto, dejando a los brasileños saborear su victoria. El momento de mayor satisfacción llegó unas horas más tarde, cuando los barcos del almirante Ignácio retornaron

a la posición previamente asignada entre Timbó y la fortaleza. Desde ese punto podían cortar la comunicación que el mariscal todavía mantenía con Humaitá y hacer difícil a los efectivos que quedaban en la guarnición escapar por la ruta que ya había seguido López, aunque aún no les sería del todo imposible. Quedaban algunos pequeños agujeros pendientes; cuando estuvieran cerrados, los aliados podrían dar por cumplido su objetivo estratégico.

Los hombres debían huir rápidamente de la fortaleza. A las 23:00 de esa misma noche, el general Vicente Barrios ordenó a sus tropas cruzar el río con los caballos restantes, y él y su personal los siguieron en canoas. Era una noche sin luna, y el general optó por marchar al norte, siguiendo la orilla del río, para llegar a Timbó por una ruta directa.

Ese camino atravesaba las zonas más pantanosas de la región. Centurión, que había vuelto a Humaitá desde Paso Pucú uno o dos días antes, dejó una descripción de lo que él y los

demás hombres sufrieron al atravesar aquellas ciénagas:

> De allí partimos a la 1 de la madrugada siguiendo el camino de la costa que era bastante malo. El barro era profundo y espeso, los caballos hacían esfuerzos extraordinarios para andar, cuyas patas en cada movimiento quedaban atascadas fuertemente, retumbando en el monte el ruido especial que hacían al sacarlas. Nos tomó el día en la parte más rala del bosque que orilla el río, ¡y frente a un encorazado que estaba anclado a corta distancia de la costa! Y para completar la fiesta, la mula que llevaba las valijas de la secretaría, se cayó en el barro y mientras se procuraba levantarla, el encorazado que nos había sentido, empezó a saludarnos con piñas. Felizmente no hubo ninguna desgracia personal que deplorar, excepto un ayudante del General Barrios que salió herido. Llegamos a Timbó a las 5 de la tarde, con los pies llenos de ampollas o vejigas, debido a que en medio del camino, cuando los montados estuvieron muy estropeados y cansados, a fin de hacerlos descansar, de orden del General Barrios, hicimos el resto del camino a pie. En los primeros pasos, se quedaron las botas clavadas en el barro, y descalzos, recibían las plantas de los pies las puntas de los troncos de tacuaras que había en el fondo con abundancia, destrozándolos por supuesto de una manera lastimosa. ¡Pero no había que chistar o exhalar una exclamación de dolor, porque, como militares, estábamos en el deber de aparentar una fortaleza a prueba de bomba y hacerse superiores de todas estas calamidades…![276]

El coronel Caballero reunió a las unidades que habían cruzado el río en Timbó. Durante los meses previos, entre 10 y 12.000 hombres habían evacuado Humaitá con éxito, una estadística que posteriormente avergonzó a todos en el bando aliado. La mayoría de los paraguayos se había ido a Seibo y a San Fernando, pero aproximadamente 3.000 se habían quedado atrás con Caballero. Ahora, cuando el proceso de retirada llegaba a su fin, también cruzaron el río los generales Bruguez y Resquín, llegando el 26 y el 27 de marzo, respectivamente. Resquín trajo con él las últimas unidades destinadas a San Fernando: tres batallones de infantería, un regimiento de caballería y una buena parte de las piezas de artillería de Timbó.[277]

Fueran muchos o pocos, que estos hombres hubieran podido burlar el sitio en esta etapa implicaba desprestigio para el marqués de Caxias y sus oficiales. Como comandante general de las fuerzas aliadas, Caxias trabajaba con inagotable energía. Mantenía conferencias diarias con sus

subordinados. Cabalgaba por todos los campamentos realizando inspecciones y anotando detalles para su consideración posterior. Hizo todo lo que estaba a su alcance para reforzar la disciplina tanto de los oficiales como de los soldados.[278] La eficiencia y la ecuanimidad caracterizaban todo lo que hacía, y cuando el ejército aliado realizaba progresos, era porque así lo había planificado.

Cuando las cosas salían mal, sin embargo, su ejército pagaba el precio. En este caso, los paraguayos habían escapado limpiamente, llevando con ellos sus cañones pesados. Los oficiales del marqués no habían hecho esfuerzos suficientes para reunir una adecuada información de inteligencia y, una vez más, habían subestimado a sus oponentes. A pesar de contar con ventajas materiales y liderazgo profesional, los aliados no habían pasado de Tayí, y debían analizar cuidadosamente cómo el enemigo había logrado romper el cerco. Eso probaba que el hombre de batalla paraguayo todavía contaba con algunos

recursos, especialmente con su perseverancia.[279]

Los aliados escucharon por primera vez la noticia de la partida del mariscal de Humaitá el 11 de marzo, pero la desecharon como otro rumor infundado hasta que pasaron otras dos semanas.[280] Les tomó aún más tiempo determinar cuántos hombres y piezas de artillería se habían movido al norte por la misma ruta.

No era una posición fácil para el marqués, pero una vez que se sintió seguro de la veracidad de su inteligencia, reaccionó con firmeza. Buscando poner a prueba lo que quedaba de las defensas de Humaitá, dio órdenes de bombardear la fortaleza con más vigor que en el pasado, y tanto los cañones navales como la artillería terrestre abrieron fuego diariamente durante todo abril.[281] Más importante todavía, Caxias abandonó sus viejos campamentos en San Solano y Tuyutí y se acercó a la fortaleza. Movilizó todo el Segundo Cuerpo brasileño a Curupayty y el Tercer Cuerpo, parte del Primero y lo que restaba de las

fuerzas orientales a Parecué, a lo largo del flanco izquierdo paraguayo. Las fuerzas argentinas tomaron una posición central, equidistante de estos dos puntos.

Mientras tanto, varios oficiales aliados y observadores independientes se dirigieron al recientemente abandonado cuartel general de López en Paso Pucú y se asombraron de lo insignificante y primitivo que era el lugar. Como señaló sarcásticamente el corresponsal de *The Standard:*

> Desearía que ustedes hubieran estado aquí; habrían tenido tema de conversación para un mes con la gran posición y extensión del campamento, la altura y profundidad de las «sanjas» y parapetos, las imitaciones de cañones hechas con palmas montadas sobre cuatro palos y cubiertas con cueros y los centinelas y guardias de paja. Qué rica recaudación de reliquias hubieran hecho en los ranchos de López y sus satélites. Qué variedad de utensilios, incluso pantalones cortados según la verdadera moda francesa del cuero de buey.[282]

Richard Burton, que visitó el sitio cinco meses más tarde, se mostró igualmente decepcionado. Al

notar la evidente modestia de lo que supuestamente había sido el *bunker* a prueba de bombas que Thompson había preparado como escondite para el mariscal, sugirió enfáticamente que nunca había existido.[283]

Tales descubrimientos demostraban una perturbadora tendencia a la exageración. Las defensas paraguayas, los campamentos, etcétera, nunca habían sido tan formidables como pretendían los rumores. Los periódicos aliados no se cansaban de describir Humaitá como colosal e invulnerable y lo habían repetido tanto que cada soldado brasileño y argentino en el frente se creía el cuento y lo inflaba aún más. La verdadera realidad física de Paso Pucú puso en ridículo a los estrategas aliados. Parecía que el «bárbaro» mariscal López, con sus falsas piezas de artillería y sus inexistentes *bunkers*, se había reído de ellos, después de todo.

Caxias podía erizarse ante la evidencia de que él y sus oficiales habían sido engañados, pero también podía alegar que la estrategia seguía

funcionando de acuerdo con su plan. Además, la retirada del mariscal probaba que Humaitá caería pronto. Si bien los aliados habían cometido errores, estos no parecían decisivos. La guarnición paraguaya todavía estaba rodeada, y las nuevas defensas que López había construido al norte jamás podrían soportar la fuerza concertada con que el marqués planeaba caer sobre ellas.[284]

Al instalar sus nuevas baterías en la boca del Tebicuary, el mariscal había dejado a la guarnición de Humaitá librada a su suerte. El panorama no era alentador. ¿Qué podrían hacer 2.000 o 3.000 hombres al mando de Alén y Martínez contra 40.000 soldados, junto con 14 acorazados, cincuenta barcos de diverso tipo y cientos de cañones tanto en tierra como en agua? Los paraguayos no tenían posibilidad de defender sus trincheras, que se extendían por más de 13.000 metros alrededor de la fortaleza. El alimento para los animales que les quedaban era casi inexistente. Pólvora y provisiones solo podían ser introducidas con gran riesgo en chatas

provenientes del Chaco a la vista de la flota enemiga.[285]

Incluso este canal pronto se cortó. A mediados de abril el marqués supo que, aunque sus fuerzas terrestres y navales habían cerrado las principales rutas de suministro a la fortaleza, los paraguayos todavía podían utilizar una vía que llegaba a Timbó y otros puntos al norte.[286] A principios de mayo, decidió enviar al uruguayo Ignacio Rivas, general del ejército argentino, a encontrar este camino y confiscar todas las provisiones que bajaran desde Timbó.[287] Si las unidades paraguayas decidían enfrentarse a la fuerza aliada en esos desolados parajes, tanto mejor: Rivas podía destruirlas a su antojo.

El general, bien ataviado con poncho de vicuña y botas de equitación importadas, llegó al sur de Timbó el 2 de mayo. Los 2.000 hombres que lo acompañaban usaron machetes para abrirse camino a través del monte espeso durante dos días con sus noches. En el medio de esta labor, un batallón (compuesto principalmente por reclutas

europeos) fue rechazado y diezmado antes de que llegaran refuerzos en su rescate.[288] A pesar de este revés, los argentinos avanzaron y tomaron contacto con las unidades imperiales, también de 2.000 hombres, que habían desembarcado bajo fuego unos kilómetros al norte. Diferentes batallones paraguayos trataron sin éxito de rechazar esta fuerza a la vera del río. Los brasileños sufrieron 137 bajas, los argentinos 188 muertos, y los paraguayos 105.[289] Como ya era la norma en esta etapa de la guerra, aunque las pérdidas de los aliados fueran considerables, ellos podían reemplazarlas, y los paraguayos no.

Mientras tanto, Rivas envió piqueteros, que no tardaron en descubrir el sendero que Caxias buscaba. El pantanoso camino usado por Barrios había sido el utilizado para llevar suministros a la fortaleza. Resultó ser la última ruta que la comunicaba con el exterior. Avanzaba por una estrecha cresta de 200 metros de ancho que bordeaba el río Paraguay por unos 5 kilómetros. En su lado oeste, enfrentando la jungla chaqueña,

se extendía una vasta laguna, la laguna Verá (o Ycuasy-y).

Rivas se estableció en la cima de la cuesta en un lugar llamado Andaí, a mitad de camino entre Timbó y Humaitá. Destruyó la línea telegráfica que encontró allí y luego fortificó la posición.[290] Si los paraguayos todavía abrigaban alguna esperanza de salvar la fortaleza a estas alturas, Caballero tenía que desalojar a las tropas aliadas y reabrir el camino sin demora. El coronel paraguayo sabía de la desesperación de sus compatriotas al sur, y, armado con instrucciones previas (y activa comunicación telegráfica con López), decidió atacar. La mayoría de los oficiales veteranos del ejército paraguayo nunca recibieron directrices suficientes ni claras, ni recibieron a cambio la libertad de decidir con cierta independencia en circunstancias inesperadas, pero Caballero gozaba de la confianza del mariscal en grado tan alto como Díaz.

Eso solía estar a su favor, pero no en esta ocasión. Al alba del 5 de abril, cuatro batallones

de infantería y dos regimientos de caballería desmontada (unos 3.000 hombres) cayeron sobre los brasileños con sables y lanzas. Los paraguayos consiguieron penetrar en los abatis más cercanos, pero no pudieron ir más lejos antes de que los aliados abrieran fuego contra ellos. Los hombres del mariscal fueron rechazados después de una hora y media de sostenida pelea. Una columna de la caballería que Caballero había ubicado como reserva rápidamente entró al fuego, pero tuvo que dar vuelta inmediatamente y retirarse hacia el río. Allí cayó bajo un inesperado y fulminante ataque desde los acorazados. La lucha no perdió intensidad en ningún momento, y Rivas y los oficiales brasileños pronto tuvieron la situación en sus manos. Los paraguayos perdieron al menos 300 hombres; los brasileños, no más de cincuenta. Los argentinos, que fueron hasta cierto punto removidos del flanco izquierdo, no sufrieron pérdidas.[291]

El 8 de mayo por la mañana hubo otro enfrentamiento cuando seis batallones de infantería

aliada se encontraron con la vanguardia paraguaya proveniente de Timbó. Aunque los brasileños estaban cubiertos por el fuego de la flota, los hombres del mariscal les dieron una buena batalla antes de retirarse, la mayoría ilesos.[292] Aunque este pequeño triunfo daba un motivo para sonreír, distaba de ser significativo.

En realidad, como tantas victorias de las que se jactaba el mariscal, esta solo implicó un regocijo efímero. Nadie podía cuestionar el hecho de que la posición de Rivas se había vuelto invulnerable. Peor aún para los hombres de López, los aliados pronto se apoderaron del canal que comunicaba la laguna Verá con el río Paraguay, a través del cual el general argentino podía abastecer a su división de artillería de municiones, provisiones y, por encima de todo, refuerzos. Caballero no podía hacer nada para detener ese proceso, e incluso los francotiradores paraguayos tuvieron que mantenerse a distancia.

Cuando le contaron los acontecimientos del día, López se apresuró a felicitar a sus fieles oficiales

desde la seguridad de su nuevo campamento en San Fernando. Recomendó evacuar a los heridos apenas fuera factible y que sus tropas comenzaran una serie de ataques al enemigo para impedirle consolidar su posición. Ya era demasiado tarde para que tal hostigamiento surtiera mucho efecto, pero durante las semanas siguientes el mariscal envió a Caballero sugerencia tras sugerencia, ninguna de las cuales tenía la más mínima posibilidad de ejecución exitosa.[293] El río y la laguna impedían asaltar al ejército aliado por los flancos y el coronel no contaba con hombres suficientes para aventurarse a un ataque directo.[294]

DEMORAS, DESESPERACIÓN Y FRACASADAS INNOVACIONES

La campaña hasta aquí no había ido tan bien como Caxias esperaba. Rencillas sobre la unidad de comando ya habían minado la cohesión aliada antes de 1868, pero no eran ahora una explicación, como tampoco lo era la escasez de mano de obra y suministros. Los oficiales del marqués gozaban de excelentes posiciones en tierra. La posición de la flota le permitía proporcionar un buen apoyo a sus tropas. Con todas estas ventajas, se esperaba mucho de él, y, ahora que tenía la autoridad exclusiva, él mismo esperaba mucho de sí. Paraguay, sin embargo, había desalentado a cada uno de los comandantes aliados y, pese a todo su talento, Caxias pronto tendría que lidiar con una gran cantidad de problemas y desilusiones militares, algunos de ellos derivados de sus propios errores.

El 6 de junio, el marqués despachó al general Mena Barreto desde Tayí a reconocer y, en lo

posible, destruir las baterías recientemente situadas por el mariscal en la embocadura del Tebicuary.[295] La fuerza expedicionaria consistía en dos brigadas de la Guardia Nacional, cuatro cañones livianos y 400 soldados argentinos, para un total de casi 1.500 hombres montados, listos y capaces de hacer mucho más que un patrullaje de reconocimiento.[296]

Mena Barreto todavía carecía de información adecuada sobre lo que había adelante. Comenzó manteniéndose a la orilla del Ñeembucú, bordeando Pilar, que para entonces los paraguayos habían abandonado casi totalmente, y, en vez de atacar ese punto, se dirigió al norte, contra las concentraciones enemigas. Los barcos de guerra del comodoro Delphim habían ya comenzado a bombardear estas posiciones para apoyar la maniobra. No obstante, dada la supuesta sofisticación de las baterías que Thompson había preparado, los brasileños no podían garantizar el éxito de sus cañones. Mena Barreto, a diferencia de Mitre en Curupayty, decidió posponer su

avance por veinticuatro horas, hasta que pudiera estar seguro de su victoria. Al día siguiente, gracias al fuego enfilado de los acorazados, limpió de piqueteros enemigos el frente del río[297] y avanzó hasta el arroyo Yacaré, un pequeño tributario (presuntamente lleno de cocodrilos) que corría a la izquierda del Tebicuary.

Animado por sus progresos, el general despachó varias unidades de caballería al otro lado del río, cuya orilla, erróneamente, creyó indefensa. Una vez que cruzaron, los jinetes imperiales fueron atacados por una fuerza mucho más pequeña, pero también más desesperada, de 200 paraguayos. A pesar de que tenían órdenes de penetrar al norte, los sorprendidos brasileños emprendieron una confusa retirada hacia el Yacaré.[298]

Mena Barreto recompuso, con cierta dificultad, su tropa y, en vez de enfrentarse a una fuerza de tamaño indeterminado, optó por replegarse a Tayí. En todo caso, había cumplido la tarea de hacer un reconocimiento que parecía suficiente para cualquier combate próximo.[299] Su retirada dejó

a los paraguayos burlándose, como de costumbre. *Cabichuí* ofreció su típica aclamación al liderazgo del mariscal y su sarcasmo hacia las «payasadas brasileñas»; minimizó la refriega como otra prueba de la ineptitud de los «macacos» al servicio de «ese trapo esclavócrata dorado y verde».[300] Pero más allá de que esta apreciación le agradara o no, López veía que la suerte se estaba tornando en contra suya en el Tebicuary. Si quería lograr algún progreso real, necesitaba hacer algo espectacular para volver a posicionarse en la guerra.

Siempre inclinado a los gestos teatrales cuando la simple persistencia parecía inútil, el mariscal decidió montar otro ataque de canoa contra los acorazados brasileños. Pese a que hubieran debido, supuestamente, escarmentar con la amarga experiencia de Genes en marzo, los bogavantes sobrevivientes expresaron un renovado entusiasmo por el proyecto, que López fijó para principios de julio. Esta vez apuntaron a los barcos de la flotilla de Tayí, el *Barroso* y el *Rio Grande* —dos de las

tres naves que habían atacado Asunción. Si alguno de estos buques, o ambos, caían en sus manos, aún podía cambiar el balance de las operaciones fluviales, al menos hasta permitir a López organizar más evacuaciones desde la acosada Humaitá.

Los aliados, sin embargo, en esta ocasión estaban alerta. Aunque todavía carecían de información completa sobre la fuerza y el cronograma del enemigo, Ignácio y Delphim sabían desde hacía casi un mes que algo se estaba preparando. Un prisionero de guerra paraguayo había revelado la esencia del plan, contando que el mariscal había estado entrenando a una nueva unidad de bogavantes para reemplazar a los hombres perdidos en marzo y que estos pronto estarían listos para abordar los buques aliados anclados en Tayí. Los comandantes brasileños estaban decididos a no dejarse sorprender como los marineros del *Lima Barros*. Los hombres de la flotilla fingieron despreocupación, pero de hecho estaban prestos para cualquier nuevo asalto en el

río.[301]

Los paraguayos habían planeado bien su aventura. Tenían veinticuatro canoas escondidas, camufladas con camalotes, en los matorrales de la embocadura del Bermejo. Cada canoa llevaba a diez bogavantes, uno o dos oficiales y algunos ingenieros para operar los barcos capturados. Como antes, los hombres estaban armados con sables y revólveres. Los días anteriores a la operación mostraban entusiasmo y confianza en que podrían hacer lo que sus predecesores no pudieron. Y para calmar a aquellos que no estaban tan seguros, los ingenieros, orgullosamente, revelaron un nuevo tipo de granada de mano, junto con «tubos metálicos con un material inflamable y asfixiante» para arrojar a través de las casamatas enemigas en caso necesario.[302] Lamentablemente para los paraguayos, su ataque fracasó miserablemente, y exactamente de la misma forma que el anterior. La noche escogida para el asalto —9 de julio— era oscura como el carbón, lo que parecía un buen augurio cuando los

remeros paraguayos partieron alrededor de las 23:00. Remaron al sur de la confluencia del río con el Tebicuary y se prepararon para la batalla.

Las cosas fueron mal desde el principio. Las doce canoas dispuestas a asaltar el *Barroso* apenas pudieron aproximarse al barco brasileño, cuya tripulación estaba lista y disparó una o dos rondas de mosquetería a los bogavantes cuando pasaban. Al menos este contingente de remeros escapó con vida. La oscuridad de la noche los escondió de la persecución aliada, y pasaron parte del día siguiente cargando a sus camaradas heridos desde las aguas bajas hasta la costa chaqueña del río.

Los bogavantes que atacaron el *Rio Grande* sufrieron un destino terrible. Al principio tuvieron más suerte que sus compañeros y abordaron el monitor con poca oposición. Luego, sable en mano, mataron al capitán y a algunos tripulantes mientras los marineros enemigos corrían por la cubierta.[303] Los brasileños que sobrevivieron al ataque inicial se encerraron en la pesada casamata

y, al igual que había ocurrido en marzo, los paraguayos no encontraron forma de abrir las escotillas con sus sables y granadas.

El *Barroso* asumió el papel del *Silvado,* navegó a la par de su barco hermano y disparó cañonazos contra los impotentes paraguayos en cubierta. Los gritos de furia, irritación y miedo quedaron sofocados por el estruendo de los cañones y el fragor de las metrallas que rebotaban en el metal. Todos los bogavantes cayeron muertos o heridos en cuestión de minutos. Solo los más afortunados pudieron zambullirse en el Paraguay y pocos de estos alcanzaron la orilla del Chaco. La mayoría se ahogó.[304] Centurión, que estaba en Seibo o en San Fernando en ese momento, proporcionó la evaluación más lapidaria del episodio, que condenó como un «sacrificio estéril de vidas que bien pudieron haberse ahorrado para empresas más asequibles».[305] Por más que la gallardía de los masacrados bogavantes pueda despertar nuestra simpatía hoy, la verdad es que ni su capacidad ni su suerte estuvieron a la altura de su

coraje.

El sacrificio de los bogavantes fue solo una pequeña parte de una resistencia paraguaya mucho más amplia, enfocada en el objetivo principal de detener la amenaza aliada. En Humaitá, lo vano de esta prolongada obstinación se había vuelto obvio. Las deserciones parecían cada vez más numerosas y Paulino Alén estaba sumido en el pesimismo y la depresión.[306] Hombre de baja estatura, cejas finas y tez morena, el coronel se parecía al mariscal en apariencia y porte, pero nunca tuvo la capacidad de López de imponer autoridad e inspirar confianza. De hecho, Alén se sentía agobiado por los recientes acontecimientos. No podía mantenerse como López había ordenado y, aun así, su sentido del honor y del deber le impedía arriar su bandera. Los aliados le habían enviado numerosas peticiones rogándole que capitulara por el bien de sus hombres y de su familia, pero todas fueron rechazadas. En una ocasión, respondió a una oferta de dinero y alto rango que le había hecho el marqués lamentando

sarcásticamente su propia imposibilidad de conceder oro y honores, pero añadiendo que, si el comandante aliado entregaba a su ejército, él estaba dispuesto, con el permiso del mariscal presidente, a prometer a Caxias la corona imperial del Brasil.[307] Estas bravatas tal vez le brindaron alguna momentánea satisfacción, pero no podían llenar los estómagos de sus hombres. Los almacenes de Humaitá, que alguna vez rebosaron de comida, estaban casi vacíos, y no había ninguna esperanza de rescate desde ninguna dirección.

El 12 de julio, en un arrebato de «total desesperación», Alén se sacó el último cigarro de la boca y tomó sus dos revólveres de la mesa. Sus asistentes corrieron al retumbar la descarga, solo para encontrarlo en el duro piso de tierra de sus cuarteles con la sangre brotándole de la cabeza y el estómago. La mayoría de ellos podía entender lo que su superior estaba atravesando e incluso envidiarlo por darse muerte al fin. Sin embargo, ninguna de las dos heridas fue mortal, aunque dejaron al comandante incapacitado y víctima de

intenso y constante dolor.[308] Alén posteriormente tuvo que soportar una pena aún mayor cuando el mariscal lo sometió a una inquisición en San Fernando tras decidir que su acto equivalía a traición. El coronel Francisco Martínez lo sucedió en el comando de la fortaleza, pero, como Alén, no tenía ni la menor idea de lo que podría hacer, salvo esperar.

En el Chaco, Caballero había vigilado por algún tiempo las posiciones aliadas al sur de Timbó. Aunque desechó cualquier posibilidad de retomar el campamento principal en Andaí, no dio la situación por perdida. Por encima de todo, necesitaba seguir hostigando a Rivas y sus tropas, que aún podían desistir de su propósito. Quizás el coronel paraguayo estaba delirando, pero podía reconfortarse con el hecho de que, a pesar del intento de suicidio de Alén, Humaitá había seguido bombardeando diariamente a las tropas aliadas en el Chaco. Y esto magullaba el orgullo de todos los hombres del enemigo a lo largo de la cresta.[309]

El ejército aliado era fuerte y el paraguayo

estaba profundamente debilitado, y sin embargo los hombres del mariscal continuaban dando rienda suelta a su insolencia y demostrando su devoción por la causa nacional. Un ejemplo particularmente conmovedor de esto ocurrió la noche del 14, cuando Martínez envió a un mensajero a nado por el río con una nota para recordarle a López que, si bien Caxias había rodeado la fortaleza, su guarnición se mantenía desafiante y lista para cumplir sus órdenes.[310] Como todo hombre en Humaitá sabía, un mensajero no tenía posibilidades de pasar las líneas aliadas en Andaí, pero no faltaron voluntarios para la tarea. Como evoca un diplomático británico, lo que ocurrió después fue sobrecogedor:

> Después de cruzar el río, [el mensajero] tenía que bordear y parcialmente atravesar la laguna […] en cuyo extremo más alto estaban apostados tres centinelas brasileños […] Eran las dos de la mañana y, estando julio en el medio del invierno […], la situación de estos centinelas no era envidiable. La sombra de un hombre fue vista moviéndose en forma perfectamente silenciosa. Los tres dispararon simultáneamente. Ningún sonido siguió; ningún

> grito, ningún gemido; ningún chapoteo en el agua, ni ruido de algo cayendo […] Cuando amaneció, vieron a una distancia de unos veinte metros a un paraguayo muerto, con la mitad del cuerpo en el agua y la mitad en tierra firme. Fueron a examinarlo y encontraron la pantorrilla y el muslo de una pierna devorados por un yacaré […] y que, aunque muerto por una herida en el pecho […][el hombre todavía] sostenía firmemente en su mano y aprisionaba contra su corazón el mensaje que portaba […] Para honra de los brasileños, lo enterraron en el lugar donde cayó y pusieron una tabla sobre su tumba con la simple inscripción «Aquí yace un hombre valiente».[311]

Incidentes de este tipo colmaban a los soldados aliados de asombro, y a sus oficiales de ansiedad. Y en todos había una creciente preocupación al cerciorarse de que, dada su indomable determinación, solamente se podría vencer a los paraguayos usando la mayor brutalidad. Rivas no osaba dudarlo, y tampoco lo hacía Mena Barreto. Caxias todavía esperaba comprar la sumisión de López, pero es dudoso que pudiera tener mucha confianza en la idea. Los tres generales deseaban castigar a esos patéticos soldados recalcitrantes que seguían resistiendo en Humaitá y en el Chaco, junto con su obeso líder escondido en San

Fernando. Era su culpa que la guerra continuara, y no merecía el incondicional apoyo de tales hombres.

Pero los generales ávidos de dar lecciones, a menudo cometen errores. Contando con la torpeza del enemigo, los paraguayos especularon que Rivas se vería inclinado a hacer algo estúpido y decidieron tentarlo con una victoria fácil. Caballero ya había establecido una línea de pequeños reductos entre Timbó y un sitio a mitad de camino al terraplén de Andaí. En esta posición, que los paraguayos llamaron reducto Corá, el coronel dejó un solo batallón de infantería con 200 sablistas que dirigían provocaciones casi diarias a los aliados.

Como esperaba Caballero, la aparente debilidad del reducto inflamó el ardor de los comandantes enemigos. Para el 18 de julio, Rivas ya había tenido suficiente con el constante acoso sufrido por sus tropas, y ordenó al batallón Rioja, cuarenta o cincuenta hostigadores y dos batallones brasileños, avanzar y reconocer el campo con la

vista puesta en mandar a los paraguayos de vuelta a Timbó. Caxias había dado instrucciones a Rivas de atacar el reducto Corá cuando fuera factible. El general vacilaba en hacerlo, sin embargo, y consideró preferible que sus hombres no fueran más allá del precario puente que Caballero había erigido poco antes en el reducto, por si hubiera un engaño.

Rivas, quien para Burton se parecía mucho más a un italiano que a un sudamericano, era un oficial gallardo y reflexivo que no había entrado en combate desde Curupayty, batalla en la que había perdido muchos amigos y en la cual había sido seriamente herido en la muñeca.[312] En esta ocasión, se había mantenido en la retaguardia con las principales unidades en Andaí, cuando recibió la noticia de que el comandante de los Riojanos, coronel Miguel Martínez de Hoz, había llegado al punto indicado y ya había matado a cuarenta o cincuenta paraguayos. En ese momento estaba avanzando confiadamente contra una fuerza enemiga mayor.

Martínez de Hoz era audaz y valiente, vástago de una de las familias terratenientes más ricas de la provincia de Buenos Aires, pero debió esperar una confirmación antes de avanzar. Rivas le envió de inmediato el mensaje de que marchaba en su ayuda, pero llegó demasiado tarde. El coronel cayó en una trampa. Rivas descubrió al llegar que la vanguardia argentina había sido terriblemente despedazada en los abatis. Hordas de paraguayos armadas principalmente con sables habían caído sobre ellos como enormes jaurías de perros rabiosos. Las unidades imperiales huyeron precipitadamente y no podían ahora cubrir una necesaria retirada. El general ordenó a las tropas restantes replegarse, pero ya no pudo salvar a la mayoría de ellos.[313]

Los paraguayos persiguieron a las unidades de Rivas hasta el borde de Andaí, donde el general argentino obtuvo el apoyo de otros dos batallones y consiguió rechazar a los hombres de Caballero, aunque solamente después de una dura reyerta. El sargento al frente de los batallones argentinos

recibió una herida fatal durante el tiroteo, pero salvó sus banderas arrojándolas al río, donde fueron posteriormente rescatadas por el monitor brasileño *Pará*.[314]

Las pérdidas aliadas en esta batalla, llamada Acayuazá por las «ramas entrelazadas» de los arbustos próximos al reducto Corá, fueron considerables, con al menos 400 argentinos muertos y heridos (los paraguayos afirmaron que los muertos aliados alcanzaron el número imposible de 3.000).[315] El coronel Martínez de Hoz, a quien los bonaerenses ya ensalzaban como «el más valiente entre los valientes», sufrió la humillación de ser abandonado por sus hombres. Ahora yacía muerto en el campo de batalla, con sus habanos preferidos en el bolsillo. Su segundo al mando, el teniente coronel Gaspar Campos, tuvo mejor suerte al caer prisionero de los salteadores de Caballero, pero después pasó encadenado cinco meses terribles, viviendo en condiciones infrahumanas, hasta que también él sucumbió.[316]

En cuanto a los paraguayos, sus pérdidas fueron

«para nada leves» de acuerdo con *El Semanario*, e incluyeron al menos nueve oficiales jóvenes y un gran número de hombres.[317] El mariscal se sintió satisfecho. Como solía hacer en estas situaciones, convirtió una limitada trampa táctica en una señal de victoria y una prueba más del genio paraguayo.[318] El gobierno acuñó (o al menos planeó acuñar) medallas conmemorativas en forma de cruz maltesa, con la inscripción «Por Decisión y Bravura».[319] López promovió a general al coronel Caballero por su firme liderazgo ese día y, hasta donde los jefes políticos todavía podían organizarlas, hubo festividades en todo el Paraguay no ocupado. Estas celebraciones ayudaron a restaurar en parte la moral de la abatida población. Fueron, no obstante, agridulces, ya que, contrarrestando la noticia feliz enviada desde el Chaco, las noticias que llegaron de Humaitá resultaron verdaderamente muy malas.

La caída de Humaitá

El coronel Martínez no tenía opciones reales. Las provisiones en la fortaleza eran ya alarmantemente escasas y la guarnición no tenía forma de reponerlas. Consciente del desafío que enfrentaba, el coronel sabía que seguir resistiendo era inútil, y, sin embargo, no podía capitular sin la autorización del mariscal. Sus instrucciones previas solamente le permitían evacuar a los heridos y no combatientes, de los cuales todavía se podían encontrar unos 300 dentro del recinto de Humaitá.[320] Incluso a estas alturas los paraguayos controlaban un pequeño reducto en la orilla chaqueña opuesta a la fortaleza, y por varias noches después del 11 de julio muchas personas cruzaron en canoas por ese lugar. Martínez no podía saber si alguno de ellos tuvo oportunidad de pasar las líneas de Rivas, pero sus movimientos en el río no pasaron inadvertidos para los acorazados brasileños, que reportaron a Caxias que una evacuación estaba en proceso.

Cuando supo esto, el marqués juzgó que había llegado el momento del asalto final. Había aún 2.000 hombres en la guarnición de Humaitá, y, si no se rendían, debían ser destruidos. A las 2 de la tarde del 15 de julio, los piqueteros paraguayos dieron la alerta al distinguir un gran movimiento de tropas a lo largo de la línea de San Solano. Era una señal del ataque que Martínez tenía previsto. El estado de alerta general fue declarado en cada compañía, batallón y regimiento, instando a todos a tomar su lugar asignado en los parapetos. Con sus 30.000 hombres, los aliados podían haber avasallado la línea entera, pero el coronel supuso que se limitarían a un ataque principal contra el flanco noreste de sus trincheras y ordenó a los cañoneros que quedaban disparar solo balas esféricas, reservando las bombas para el momento en que el enemigo penetrase en los abatis.

Esta presunción —no era más que eso— probó ser exactamente correcta. Antes que lanzar el asalto con todo su ejército, Caxias asignó el honor de encabezar el ataque al Tercer Cuerpo brasileño

solo. Esto ponía al renuente general Osório a la vanguardia junto con sus 12.000 veteranos, quienes saborearon de antemano la oportunidad de ser los primeros en entrar al santuario del mariscal.[321] La caballería avanzó primero y encontró poca o ninguna oposición. Como el escritor alemán Albert Amerlan remarcó, el aire en ese momento se llenó con el aroma de la victoria:

> La infantería estaba formada en columnas atacantes; una brigada de artillería y un batallón de pioneros [*sic — voluntários*] fueron ubicados en los espacios libres entre las columnas y una brigada de caballería quedó como reserva. Con las bandas tocando y los colores flameando al viento, los brasileños avanzaron de forma majestuosa, como en un desfile. Cobraban más confianza en la victoria a cada paso. Ciertamente, Humaitá era suya, ya que habían cruzado el cordón del rango de los rifles y los abatis sin un solo tiro de los paraguayos. Era evidente que [estaban perdidos] y se rendirían incondicionalmente […] Esos eran los pensamientos que agitaban los pechos de los soldados atacantes.[322]

Las tropas de Osório habían comenzado a entrar a la segunda línea defensiva cuando, como de la nada, una tormenta de granadas y bombas

paraguayas lanzadas desde cañones de 68 y 32 libras barrieron sus filas. Los cañoneros de Martínez no estaban en absoluto derrotados. La descarga fue tan feroz, tan constante y tan inesperada que Osório no tuvo tiempo de ordenar la retirada.[323] Dos de sus caballos murieron debajo de él y, mientras luchaba por montar en un tercero, sus hombres se detuvieron y se desbandaron en una apresurada huida. Dejaron cerca de 2.000 camaradas muertos y heridos en el campo de batalla.[324] El mariscal y su coronel debieron sentir satisfacción por su impresionante rechazo de lo que parecía un asalto incontenible.

Martínez, sin embargo, no se podía dar el lujo descansar mucho tiempo. Sus circunstancias eran tan desesperantes como lo habían sido la semana anterior. Por lo tanto, resolvió completar la evacuación de la guarnición y, la noche del 24 de julio, comenzó a enviar hombres a través del reducto en el Chaco. Tenía treinta canoas disponibles para esta tarea y en ellas unos 1.200 hombres alcanzaron la orilla opuesta en ocho

horas. Dado que esta evacuación era previsible y que tres acorazados brasileños más habían forzado para entonces las baterías de Humaitá, era desconcertante, casi criminal, que nadie tomara nota de tanto tránsito en el río.[325]

Al amanecer del día siguiente, el coronel Martínez disparó un saludo de 21 cañonazos en honor del cumpleaños del mariscal —una clara indicación de que todo estaba bien dentro de la fortaleza. Había ordenado a su banda militar entrar en las trincheras y tocar su música marcial como alegre prueba de la obstinación del ejército. Mientras tanto, preparaba a los restantes miembros de la guarnición para huir al otro lado del río. Como en años anteriores, la fecha fue celebrada con danzas y fiestas, y los aliados no tenían indicios de que algo pudiera ser diferente en esta ocasión. La música paró alrededor de la medianoche del 26 y siguió una última ronda de mosquetes y ruidosos gritos por López y la nación paraguaya. A las 5 de la mañana, después de que la mayoría de los cañones hubieran sido

perforados e inutilizados, el último hombre dejó Humaitá.[326]

Martínez y la totalidad de su fuerza ocuparon Isla Poí, un pequeño rincón de tierra boscosa enfrente de la fortaleza. Todavía tenía que forzar un paso hasta Timbó, donde Caballero, presumiblemente, lo estaba esperando. Pero las unidades de Rivas estaban en el camino, en Andaí, y sería imposible dirigir un ataque directo con sus debilitadas tropas. Martínez decidió intentar un rodeo con las canoas que había dejado en la costa y remar hasta la ribera norte de la laguna Verá, a unos tres kilómetros de distancia. Cualquier movimiento en la laguna los ponía bajo fuego enemigo y, después de varios intentos de cruzarla de día con sangrientos resultados, Martínez resolvió que cualquier nueva tentativa tendría que ser de noche.

Sin embargo, Rivas estaba preparado para eso. Pidió refuerzos y en unos cuantos días unos 10.000 hombres más habían desembarcado. Parte de ellos tomaron posición en el lado oeste de la laguna,

desde donde podían disparar a los paraguayos con relativa facilidad. Mientras tanto, varios buques aliados entraron a la laguna desde el canal principal del río y agregaron sus cañones a los que ya estaban dispuestos contra Martínez. Rivas ahora contaba con once cañones en Andaí y varios miles de mosquetes que podían alcanzar Isla Poí o cualquier otro punto de la laguna Verá de día o de noche.

Pese a los barcos enemigos en la laguna, las canoas paraguayas continuaron su paso nocturno y hubo combates mano a mano en casi cada ocasión. Algunas de las canoas fueron remodeladas como chatas y trataron de devolver el fuego, pero los esfuerzos dieron pobres resultados.[327] Cada vez que los remeros conseguían esquivar al enemigo y depositar a sus pasajeros en tierra firme, gritaban de satisfacción. Luego, cumpliendo sus órdenes, regresaban una vez más en medio del asesino fuego aliado para traer más hombres.

Alén llegó vivo al otro lado de la laguna Verá junto con un gran número de heridos. Pero

Caballero tenía pocas posibilidades de ayudar a sus compatriotas más allá de recibir a la mayor cantidad posible en el extremo de la laguna (y enviar algunas provisiones). Los paraguayos celebraban cada vez que sus canoas atravesaban las aguas, pero ninguno pensaba que podrían hacerlo para siempre. Quizás unos mil soldados habían logrado cruzar a la otra orilla para cuando la última canoa paraguaya fue hundida por los cañones en los días finales del mes.[328]

Percibiendo que el fin de la guerra estaba cerca, Rivas eligió el 28 para cargar contra las tropas paraguayas que quedaban en Isla Poí. Martínez tenía unos pocos cañones pequeños de 3 libras, y, cuando se le terminaron las municiones, tomó los mosquetes de los muertos y rompió sus mecanismos para usarlos como granadas. Increíblemente, estas famélicas y exhaustas unidades detuvieron a sus atacantes. La noche siguiente trajo una frustrante sucesión de confusiones para Rivas. Dos batallones imperiales que retornaban por separado se dispararon uno

contra otro en la oscuridad. Más de cien hombres murieron antes de que alguien se percatara del error.[329]

El 2 de agosto, Rivas continuó sus atolondrados esfuerzos pidiendo a sus bravos enemigos que se rindieran, pero Martínez ordenó a sus tropas disparar contra la bandera de tregua que el general argentino les extendía.[330] Dos días después, Rivas lo intentó de nuevo y recibió la misma respuesta. «¡A la pucha!», estos paraguayos sí que eran tercos. Se habían comido al último de sus caballos y ahora subsistían con frutos silvestres y un poco de aceite de cañón, y pese a ello seguían defendiendo su posición, quizás con la esperanza de que algunos todavía pudieran escapar nadando por la laguna.[331]

El general Rivas estaba perplejo. Los paraguayos tenían una firmeza pétrea, no había duda de ello, pero era parte de la definición normal de la valentía el deponer las armas cuando cualquier resistencia se volvía vana. Como muchos oficiales del ejército aliado, Rivas hacía

una mística de la proeza paraguaya, pero no podía creer que continuaran obstinadamente en estas circunstancias. ¿Por qué se negaban a ver que estaban acabados? Martínez parecía un buey atrapado en un cerco, a punto de ser devorado por pumas por delante y por detrás, sin poder morder a unos ni patear a otros. Someterlo en este momento con toda la fuerza con la que contaba no diferia mucho del homicidio, y Rivas no era un hombre que se sintiera cómodo con el traje de asesino.

Decidió intentar otra táctica. Envió al padre Ignacio Esmerats, un capellán catalán empleado en el hospital brasileño, a las líneas paraguayas para iniciar negociaciones. Como reportó el corresponsal del *New York Times* en Buenos Aires, el cura enfrentó una misión tan atemorizante como trágica:

> Se llevó con él no solamente la bandera de tregua, sino la cruz, símbolo de la fe común entre él y ellos. Sujetándola frente a él, entró a su campamento en la jungla y les recordó los valientes sacrificios que ya habían hecho por su país, la inutilidad de continuar la resistencia, el coraje y sufrimiento de sus mujeres, el

hambre de sus niños. Les mostró que los aliados solamente tenían que dispararles para convertir su campamento en un matadero, y les suplicó, en nombre de su común humanidad y del emblema de la misericordia que llevaba consigo, que se rindieran y ahorraran más sufrimiento. El cura luego alzó la cruz, la mantuvo sobre su pecho y declaró que el símbolo sagrado era una protección que ni las balas ni las bombas podían atravesar.[332]

Esmerats no podía creer que las esqueléticas criaturas que había encontrado postradas sobre los pocos islotes secos fueran seres humanos y no fantasmas. Habló con palabras suaves a los dos clérigos paraguayos presentes y distribuyó entre los hombres la pequeña porción de pan y vino que había traído del campamento aliado. Se dio cuenta de que estos maltrechos soldados ya no tenían fuerzas y estaban entregados a su destino.

El exhausto coronel Martínez se adelantó. Había estado con López desde el principio y había sido asistente del mariscal en la preparación de la conferencia de Yataity Corá de 1866 con Mitre y Flores. El coronel encontraba terriblemente difícil, incluso ahora, tocar el tema de una rendición honorable, pero sus oficiales ya habían aceptado

la idea, farfullando como en un coro que ya no quedaba nada que él pudiera hacer.[333]

Al día siguiente, el 5 de agosto de 1868, Esmerats llevó a Martínez junto al general Rivas, quien se sintió profundamente acongojado por la apariencia de su adversario. El uniforme del coronel estaba hecho jirones y, dado que no había comido nada en cuatro días, su rostro estaba enjuto y comenzaba a adquirir un tono lívido. Apenas podía hablar cuando saludó al general, y sus piernas temblaban notoriamente. En cierto momento no pudo mantenerse en pie y solamente se salvó del bochorno de una caída porque dos oficiales se apresuraron a sostenerlo. Uno de ellos era el igualmente demacrado y espectral Pedro Gill. Martínez fue interrogado por sus captores aliados pero rehusó cooperar con ellos aun cuando lo trataron con respeto y cortesía. En octubre, dirigió una carta al presidente Domingo Faustino Sarmiento recordándole que se había acordado un mejor trato para los hombres que se rindieron con él y que en ese momento todavía estaban privados

de su libertad en Retiro y la Patagonia. Esta exigencia fue cumplida, lo que puso a Martínez de un ánimo más cooperador. El 18 de enero de 1869, finalmente realizó un breve relato de sus actividades en Humaitá ante un juez en Buenos Aires. En esa ocasión, censuró la severidad y la crueldad del mariscal López, quien para entonces había desatado su furia contra la familia del coronel.[334]

La ex guarnición de Humaitá, o lo que quedaba de ella, con 99 oficiales y 1.200 soldados, un tercio de ellos heridos, todos horriblemente consumidos por falta de alimento, capituló. [335] Entregaron sus banderas y los 800 mosquetes que les quedaban con todo el orgullo que el trance les permitía. Unos pocos soldados parecieron en ese momento sacudidos por una irreprimible reacción de dignidad herida, pero no pudieron mantener la furia mucho tiempo en sus rostros. Rivas saludó con un abrazo la gallardía de Martínez, envolviéndolo con su propio y suntuoso poncho y diciéndole que nunca había peleado contra un

adversario tan valiente.[336]

Es posible que el comandante paraguayo respondiera con una sonrisa a esta observación, pero un torrente de emociones encontradas casi con seguridad debió embargarlo cuando levantó la vista y se topó con la aún provocativa ferocidad de sus derrotados camaradas. Sus estómagos estaban vacíos, pero encontraron energía suficiente para mantener sus cabezas altas. Podían enorgullecerse del hecho de que nunca habían tolerado ninguna confraternización con el enemigo. No había habido treguas de Navidad, ni muestras espontáneas de mutua admiración, ni flaqueza ante el llamado del deber. Habían peleado por el mariscal, por la nación paraguaya, por sus familias y, sobre todo, los unos por los otros.

Rivas les permitió a Martínez y a los demás oficiales conservar sus pistolas. El general prometió que ninguno de ellos sería obligado a servir en los ejércitos de los enemigos de su país. Resuelta esta cuestión, los soldados paraguayos subieron callada y ordenadamente a bordo de los

transportes aliados, que los llevaron a un lugar seguro de detención.[337] Allí recibieron copiosas comidas diarias, ropa limpia y el respeto inquebrantable de sus captores. El confort material del que gozaron después de la rendición habría sido imposible de imaginar en las trincheras de la vieja fortaleza. La mayoría de los hombres capturados en Isla Poí vivieron para ver de nuevo a sus familias. Sin embargo, tampoco en esto el destino de los defensores de Humaitá fue del todo feliz, ya que, en los meses anteriores a la paz, muchos horrores se apoderaron de su patria. Cada madre, cada padre y cada niño tendría una historia de terror que contar a los veteranos que volvían a casa.

Capítulo 5

La nación se devora a sí misma

Los aliados se enteraron de la evacuación de Humaitá unas diez horas después de que el último de los hombres de Martínez había partido. Caxias no perdió tiempo en ocupar inmediatamente la fortaleza, pese a haber postergado ese deseo por muchos meses.[338] Como había ocurrido con Paso Pucú, se hablaba del lugar con fascinación. Todos los que habían puesto un lápiz sobre un papel para escribir sobre la fortaleza la habían descrito como vasta, moderna y prácticamente inexpugnable, una verdadera Sebastopol en un

confín de la selva sudamericana.

Cuando los hombres del ejército aliado por fin entraron en ella, debieron haberse sentido sorprendidos por lo precario, e incluso primitivo, que era en realidad el sitio. Humaitá era inferior en posición y construcción a los fuertes de Martín García, Copacabana y aun Curupayty. Las obras que rodeaban la fortaleza en un radio de 15 kilómetros consistían en fortificaciones deficientemente diseñadas, con fosos y trincheras de cinco metros de ancho por cuatro de profundidad. Aunque parte de las obras databan de comienzos de la guerra, los ingenieros del mariscal no habían tenido tiempo de reforzarlas con revestimientos y, por lo tanto, proporcionaban escasa protección contra el fuego enemigo. El parapeto, sostenido con varios troncos entrelazados con palmas frente a lo que fueron hasta entonces la líneas aliadas, nunca había recibido mantenimiento apropiado. Los paraguayos habían cavado la línea defensiva externa con suma prisa, aunque eficientemente, con

ángulos salientes para permitir la enfilada contra cualquier fuerza adversaria, pero, si bien la línea tenía espacio para al menos setenta y ocho baterías, los cañones en su mayoría habían sido llevados al otro lado del río, o quizás nunca habían estado allí.[339]

La prensa europea había expresado admiración por las ocho baterías frente al principal canal del río Paraguay, pero, de estas, solo la Batería Londres podía tener pretensión de modernidad.[340] Fortificada con ladrillos y con aspilleras para dieciséis cañones, y no para veinticinco, como se rumoreaba, había impedido el paso de la flota aliada por casi dos años. Y, sin embargo, cuando Richard Burton la inspeccionó a fines de agosto de 1868, la desdeñó como un «Príncipe de los Fraudes». Ocho de sus «puertos» habían sido tapiados y convertidos en talleres «porque los artilleros temían que cedieran y se derrumbaran en cualquier momento».[341]

Los aliados capturaron 180 cañones en Humaitá, pero solo la mitad era utilizable.[342] Algunos

habían sido hundidos en aguas profundas y recuperados, mientras otros eran tan viejos que los militares profesionales apenas podían creer que existieran todavía tales piezas de museo.[343] Como observó Burton:

> Los cañones apenas merecen ese apelativo; algunos estaban tan llenos de agujeros que deberían haberlos usado como postes en la calle. Por lo general había una variedad que iba de piezas de 4 libras a piezas de 32, con calibres intermedios de 6, 9, 12, 18 y 24. [Muchos] estaban fabricados —aunque no los peores— en Asunción e Ybycuí […] Algunos habían sido modificados, pero era un simple remiendo […] El tan comentado «Armstrong de retrocarga» era una pieza inglesa de 95 quintales con un proyectil de 68 libras, que se estrió y se aseguró en Asunción con una abrazadera de hierro forjado. La recámara parecía un gran trozo de masa de pastel; probablemente lo hicieron explotar cuando el proyectil quedó atascado en el interior.[344]

El marqués de Caxias incorporó los cañones capturados a sus unidades y se aseguró de que cada nación aliada recibiera una porción del botín. El «Cristiano», que había sido el orgullo de la artillería del mariscal, terminó en el Museu Histórico Nacional de Rio de Janeiro. Las cadenas

que alguna vez, extendidas a lo ancho del río, causaron tanta preocupación, fueron levantadas de la costa, cortadas en tres pedazos y repartidas entre los representantes de las tres potencias aliadas.[345]

No había ningún reducto central dentro de la fortaleza, solo una gran explanada rodeada por al menos un edificio de hospital, una serie de barracas aún en pie con espacio para 6.000 hombres, un pequeño edificio que servía de residencia para las seguidoras del campamento (el «Cuartel Apu'a»), otro edificio para los capellanes, y uno más pequeño al costado para guardar imágenes religiosas rescatadas de la destruida capilla.[346] Los soldados aliados encontraron amplios muebles de diseño rudimentario y, sorprendentemente, almacenados en los cuarteles de oficiales, restos del botín de la Segunda Tuyutí, incluyendo botellas de vino y aceite de cocina y frascos de conservas de frutas.[347] No había más *souvenirs* que unos pocos rifles Spencer rotos y una aparentemente

interminable colección de balas de cañón que los mismos aliados habían disparado a la fortaleza.[348]

La maltrecha capilla de Humaitá había recibido todos los proyectiles que la armada le había podido lanzar y todavía se alzaba resueltamente como el símbolo más visible de la determinación paraguaya. Los aliados la trataron con mística adoración, aun cuando los cañoneros brasileños habían hecho volar su campanario norte. Después, cuando visitaron su destrozado interior, los soldados sin excepción perdieron su arrogancia y se vieron embargados por una silenciosa reverencia. En años posteriores, los veteranos alardeaban de haber recorrido el edificio como si fuesen turistas victorianos hablando de su visita a las pirámides de Egipto o a los canales de Venecia.[349]

Aparte de la capilla, cuya silueta más tarde decoraría billetes y sellos postales paraguayos, lo más impactante del abandonado campamento era su soledad.[350] Cuando los aliados partieron de

Tuyutí, dejaron muchos perros, algunos todavía atados a estacas y aullando de hambre. Si tales animales se hubieran encontrado en Humaitá, las tropas del mariscal, con seguridad, se los habrían comido.

La pobre condición de la caída fortaleza invitaba a hacer una pausa para la reflexión. Si semejante ruina había funcionado como bastión de la resistencia paraguaya por dos años, ¿qué significaba su colapso? Los funcionarios en Rio de Janeiro juzgaron evidente que significaba la definitiva derrota de los hombres del mariscal, que hacía ya tiempo estaban dando sus últimas bocanadas, lo cual les dio un motivo para organizar grandes celebraciones por la «victoria decisiva». Los discursos públicos que acompañaban estas festividades prometían un feliz y pronto final del conflicto, junto con un justo castigo para el hombre que había causado tanto sufrimiento.[351]

Pero, ¿qué pasaría si tales pronósticos eran equivocados? La triste apariencia de Humaitá

podía de modo por igual evidente significar que la resistencia paraguaya continuaría sin importar dónde el debilitado ejército del mariscal estableciera sus próximas defensas. Burton, que comparó la caída de Humaitá con la de Vicksburg cinco años antes, señaló que la posición paraguaya era insostenible, pero que, sin embargo,

> Los prisioneros paraguayos [con quienes hablé] declararon que la guerra solo había comenzado y que nadie, salvo los traidores, se rendiría jamás. Uno de ellos le preguntó al oficial médico del [*HMS*] *Linnet* por qué el barco estaba allí. «Para ver el final de la lucha», fue la respuesta. «Entonces», dijo el hombre reincorporándose con una tranquila sonrisa, «ustedes van a esperar muchos años».[352]

Ni Caxias ni López tenían tiempo para dilemas filosóficos mientras se preparaban para la siguiente fase de la guerra. El marqués veía en la caída fortaleza ventajas militares que ni sus soldados ni los numerosos corresponsales de guerra que visitaron el sitio durante las siguientes semanas podían apreciar. Para comenzar, los edificios intactos proporcionaban refugio para los hombres, y su personal médico podía adaptar fácilmente el hospital para atender a sus propios heridos y enfermos. Además, una fuerte presencia aliada en Humaitá casi con seguridad haría indefendible la posición de Caballero en Timbó y, con su eliminación, las tropas de Caxias podrían también utilizar una página del libro del mariscal y esquivar las baterías que Thompson había preparado al norte.[353]

La posición política del marqués también había mejorado a tiempo para el asalto final. El lento progreso de los ejércitos se asemejaba a un

empate para muchos brasileños dentro y fuera del gobierno.[354] Pero esta falta de progreso en Paraguay no había redundado en beneficio del primer ministro Zacharías. De hecho, el paulatino desencanto se había fusionado últimamente con un cinismo ampliamente extendido entre los políticos. La misma debilidad de la posición del primer ministro en Rio de Janeiro, que no se había repuesto del *impasse* parlamentario de febrero, ahora provocaba otra crisis, en la que progresistas y liberales, sorprendentemente, actuaron juntos. En una jugada que pocos hubieran podido predecir, ambas corrientes forzaron al emperador a nombrar a un ministro conservador como jefe de gobierno. El propio Zacharías había favorecido esta maniobra para asegurarse una fuerte base en la oposición. Dado que la minoría conservadora solamente podía asumir el poder a través de una intervención directa de don Pedro, se colegía que las otras facciones podrían reconfigurarse para rechazar el «despotismo» del emperador.[355]

Eso fue exactamente lo que ocurrió cuando

asumió el visconde de Itaboraí el 16 de julio de 1868. Los viejos liberales protestaron hipócritamente y pronto anunciaron que impulsarían una serie de reformas, incluyendo la abolición de la esclavitud y la reestructuración del papel constitucional del monarca. Para su sorpresa, Zacharías nunca reconquistó el apoyo que ansiaba, ni de parte los liberales ni de parte de don Pedro. Además, al pavimentar el camino para el resurgimiento conservador, ayudó a radicalizar los parámetros políticos del país, lo que, a su vez, socavó la monarquía de los Bragança en las siguientes dos décadas.

Itaboraí había afirmado, estando en Gran Bretaña, que la «paz con Paraguay era la única política racional para el Brasil, y declaró que no descansaría hasta que la hubiera asegurado».[356] Al mismo tiempo, sin embargo, su influencia ayudó a garantizar que el propio partido de Caxias dominara la política brasileña por un tiempo.[357] No era un político más hábil que Zacharías, pero sí más cauteloso y precavido, como lo demostró

con el gabinete que formó en julio. El nombramiento del barón de Muritiba como nuevo ministro de Guerra fue típico en este sentido. En un gobierno declaradamente comprometido con la paz, el barón aparecía como un experto en mover los hilos financieros y políticos a favor de los intereses militares, y estuvo lejos de ser el tipo de hombre que escatimara ninguna ayuda material a los cuarteles de Caxias en Paraguay.[358] Este hecho, sumado a la propia intransigencia del emperador, significaba que la guerra podía seguir indefinidamente.

El mariscal López no podía jactarse de contar con un apoyo material similar en Asunción, cuyas calles vacías eran patrulladas por tropas en busca de supuestos espías aliados. Las provisiones del ejército paraguayo hacía tiempo que estaban agotadas, y el gobierno, que había ofrecido brindar consistente y unánime respaldo a los esfuerzos de guerra, estaba más disgregado que en ningún otro momento desde la muerte del doctor Francia en 1840.

Mucha de la confusión imperante derivaba de la precipitada fuga de la capital y el fallido restablecimiento de la autoridad estatal en Luque. Para empeorar las cosas, el cólera había retornado, haciendo que las ansiosas familias huyeran aún más tierra adentro o se hacinaran en las pocas casas disponibles o en improvisados cobertizos en un desesperado esfuerzo por escapar.[359] No había ni comida ni bebida en cantidades suficientes para la población desplazada y nadie que todavía aparentase estar a cargo de controlar la situación podía adivinar lo que ocurriría después.

El mariscal debería haber reconocido en este caos la fuente de las miserias de su país. No podía esperar que los civiles apoyaran con entusiasmo la resistencia militar cuando sus propias y urgentes necesidades vitales estaban insatisfechas y los representantes del gobierno eran incapaces de ofrecer soluciones. El desorden engendra desorden.

Pero López veía el problema de manera

diferente. Dio por hecho que todos los paraguayos leales estaban listos para aceptar los desafíos de la guerra, por ser este su deber. Consecuentemente, allí donde la población diera muestras de flaqueza, el mariscal veía inevitablemente la actitud propia del mal paraguayo. El temor se podía comprender, y, ocasionalmente, incluso perdonar, ya que todos los hombres en el campo de batalla lo sentían. La creciente hostilidad de los civiles, sin embargo, implicaba un desafío más serio, ya que podía esparcirse incontrolablemente. El mariscal comprendía sus responsabilidades aunque sus subalternos no lo hicieran, y, si ahora no actuaba, no quedaría en la historia mejor que ellos. Caxias había tomado Curupayty, pronto tomaría Humaitá, y el resto del país caería inevitablemente en manos de los *kamba*. Ya que no iba a rendirse (lo cual habría sido lo mejor para el Paraguay), López tenía que hacer algo para renovar la confianza del país en su esfuerzo bélico.

López tenía muchos precedentes de duros tratos aplicados por él a sus soldados. Cuando sus tropas

cedieron en Corrientes en 1865, había hecho arrestar al comandante general, Wenceslao Robles, a quien acusó no solamente de ineptitud, sino de haber tenido contactos traicioneros con el enemigo. La ejecución de Robles a principios de 1866 fue una lección ejemplar para aquellos que pudieran pensar en poner sus propios intereses por encima de los de la patria. En resumen, si un oficial de campo suponía que podía saber mejor que López cómo ganar la guerra, entonces, *ipso facto,* ese hombre servía a la causa aliada.

La victoria final requería mantenerse alerta contra tales traidores, y el mariscal no hacía excepciones con nadie. Sus sospechas habían crecido exponencialmente después de que supo que sus lugartenientes se habían reunido en Asunción para discutir su estatus futuro en medio del asalto de Delphim. Estos hombres, concluyó, habían aprovechado la primera oportunidad que tuvieron de reunirse fuera del alcance de Humaitá para subvertir la autoridad del gobierno e intentar construir una base de poder alternativa. Sus actos

—o, al menos, sus intenciones— eran más sórdidos que los de Robles y merecían un severo y rápido castigo.

López estaba esperando una razón para disparar un tiro de advertencia por encima de las cabezas de sus funcionarios. No esperó mucho tiempo. El 10 de marzo ordenó que el jefe de policía de Asunción, el ministro de Guerra interino, el gravemente enfermo José Berges, otros cuatro o cinco burócratas estatales y su propio hermano Benigno fueran enviados al sur, a Seibo, a bordo del primer buque disponible.[360] Aún no estaba claro que esta disposición fuese una orden de arresto, pero los afectados por ella descubrieron las intenciones del mariscal tan pronto como llegaron al campamento. La tensión se sentía en el aire. Además, constataron allí la veracidad del rumor del arresto del tesorero estatal, Saturnino Bedoya, cuñado del mariscal. Sabían que había pasado varios meses en una semidetención, pero ahora se enteraron también de que últimamente había sufrido varios violentos interrogatorios y de

que había hablado profusamente.[361]

Pero ¿qué había dicho? Cuando llegó a la fortaleza, Bedoya había cometido el imperdonable error de preguntarse en voz alta, en el curso de una confesión, qué pasaría en Asunción ahora que los acorazados enemigos habían traspasado las baterías de Humaitá.[362] El obispo Manuel Antonio Palacios, que tenía poco respeto por el carácter sagrado del secreto confesional, informó de estas palabras a López, quien decidió descubrir lo que significaban.[363] Bajo tortura, Bedoya reveló que había cometido una serie de actos desleales, y, cuanto más golpearon al tesorero, más extravagantes se volvieron sus traiciones. Finalmente, involucró a un grupo considerable de altos funcionarios en una amplia conspiración contra el gobierno. Fuesen o no veraces, las palabras del tesorero nutrieron las más tortuosas sospechas del mariscal, quien decidió responder sin contemplaciones.

López raramente creía necesario controlar su temperamento ni cambiar su punto de vista. Al

contrario, como observó el ministro de Estados Unidos, Washburn, «no estaba en la naturaleza de López mostrar ninguna magnanimidad o siquiera justicia mediante el reconocimiento de haber sido inducido a error por falsas informaciones».[364] Por lo tanto, al analizar los reveses en el frente, su conducta oscilaba entre una firme y sobria consideración de las necesidades militares y una furia tan ciega que no tenía límites. Bedoya pronto «confesó» su propia culpa, después de lo cual ningún funcionario paraguayo estuvo a salvo, y menos todavía los hermanos de López, quienes ahora podrían conocer el significado —y el costo — de la rivalidad fraternal.

El 16 de marzo, estando todavía en el Chaco, el mariscal dirigió a Francisco Sánchez un telegrama que exigía explicaciones de ciertas acciones suyas en Asunción, citando declaraciones de Bedoya acerca de que el vicepresidente había tomado parte en una conspiración y de que, actuando como un «vil instrumento» de las ambiciones de Benigno, se había vuelto contra la causa paraguaya

y había dado «al enemigo por primera vez una ventaja que [él, el mariscal] jamás habría esperado».[365]

López se contuvo y no ordenó el arresto y ejecución del anciano y el endeble Sánchez dedicó varios días a componer una apelación de clemencia que, moderada en apariencia, escondía una profunda mortificación. Citó las patrióticas palabras de su señor, manifestándose totalmente ajeno a las «proposiciones anarquistas» de cualesquiera posibles renegados, y confesando sus propios defectos y estupidez. Hasta entonces, el vicepresidente había tenido demasiados escrúpulos para involucrarse en las luchas internas entre otros miembros del gabinete del mariscal, pero, en esta ocasión, atacó a Bedoya, a quien llamó por su nombre y apellido, preguntando: «¿cómo alguien se atreve a acusarme de traicionar a mi gobierno sin mencionar un solo acto, o alguna expresión de mi parte que pudiera incluso dar una pista de semejante probabilidad?»[366]

Fuera por su sinceridad, fuera por su abyecta

sumisión, este ruego, al parecer, aplacó al menos temporalmente al mariscal, ya que no tomó otras medidas contra Sánchez.[367] El largo y estrecho cuerpo del vicepresidente había comenzado últimamente a doblarse como una vela, y este calvario lo dejó totalmente encorvado, aunque vivo. Estuvo agradecido de poder regresar a sus tareas habituales en la capital.[368]

Los otros miembros del entorno presidencial interpretaron su suerte como una señal esperanzadora. La ira de López aparentemente se había sosegado y pensaron que podían respirar sin temor a que alguien los escuchara suspirar. Quizás el mariscal estuviera satisfecho del resultado de sus amenazas, ya que la intimación a Sánchez para asegurarse su lealtad había restablecido la apropiada disciplina en el gobierno. Una presión adecuada podría ser aplicada en lo sucesivo en Luque y las aldeas del interior por su policía o por los Aca Carayá.[369] Su vigilancia dejaba a López libre para concentrarse en las tareas que debía privilegiar: la preparación militar, la

conducción de la batalla y la diplomacia. En cuanto a aquellos subordinados que habían titubeado, podrían aprender de la lección impartida al vicepresidente. En el futuro, actuarían más responsablemente en el cumplimiento de las órdenes, sin importar cuán amenazante se volviera la situación en el frente.

Esta interpretación era inexacta. La furia del mariscal no solo no se había desvanecido, sino que apenas comenzaba a aflorar. En los últimos meses antes de la caída de Humaitá, López nunca dejó de tener reparos hacia sus hermanos y los otros miembros de su personal cuya lealtad le parecía dudosa. Sus arrebatos de ira se volvieron cada vez más frecuentes y más estridentes. Varios sobrevivientes a la guerra, buscando una explicación de la conducta del mariscal en la psicología moderna, lo retrataron como un paranoico delirante. Pero había otra posibilidad, sugerida por el farmacéutico británico George Masterman, quien trabajó con Porter Bliss en la legación de Estados Unidos y tuvo sobradas

razones para detestar a López. El británico afirmó que durante estos meses el mariscal se había dado a la bebida y que, cuando no estaba borracho, generalmente pasaba «dos o tres horas al día arrodillado o rezando» en la capilla.[370] Fuera o no genuina esta nueva obsesión religiosa, igual podría ayudar a encontrar los motivos de su errática conducta o explicarla como el efecto visible de algo más profundo, más pernicioso e históricamente más costoso para él y su pueblo.

Esta tendencia se volvió evidente a finales del otoño de 1868. Un sistema de espionaje había operado en todos los niveles de la sociedad paraguaya desde la época colonial, pero ahora florecía más que nunca.[371] López recibía los informes de los espías por la mañana, por la tarde y por la noche, y cualquier contradicción que detectara en sus testimonios exacerbaba su propia ansiedad. A diferencia de los hombres en el campamento, estos *agents provocateurs* (o *pyrague*) nunca contenían sus lenguas. De hecho, aprovechaban cada oportunidad de hacerse

indispensables para el mariscal, a sabiendas de que, cuanto más crédito diera este a sus palabras, más poderosos y más valiosos para él se volvían.

Nadie estaba a salvo. Cuando Benigno llegó a Seibo a fines de marzo, supo que sus muestras de pensamiento independiente habían sido reportadas. En presencia del coronel Caballero, quien le contó la historia a Centurión, el mariscal trató a su hermano sin disimular su desprecio. «¿Y entonces, qué es lo que tu gente está pensando hacer allá en la capital?», le dijo, al parecer. Benigno, en una voz sorprendentemente natural, explicó sus acciones como si hablara a un superior de alto rango, pero mal informado. «Señor, dado que no teníamos noticias ni de usted ni del ejército desde que Humaitá fue sitiada, creímos que había llegado el momento de salvar nuestras vidas y propiedad». Esta declaración no contenía más que la simple verdad, pero provocó una brusca respuesta del mariscal. Volviéndose a Caballero, exclamó: «¿Ves? Estos [sinvergüenzas] son más negros que los propios *kamba*».[372]

A pesar de esta insultante reprimenda, Benigno ocupó un lugar esa noche en la mesa de su hermano junto con Madame Lynch y los niños, todos los cuales hablaron con él con afecto como con un querido y por mucho tiempo ausente tío. Quizás pensó que lo peor había pasado, pero, tan pronto como el ejército cruzó el río a San Fernando, toda apariencia de calidez familiar desapareció. Benigno fue acusado de complotar para asesinar al mariscal.[373] Fue arrestado y mantenido incomunicado en una pequeña choza donde Venancio pronto lo acompañó como prisionero. Muchos otros fueron detenidos al mismo tiempo. Unas semanas más tarde, Juana Pabla Carrillo llegó al campamento para interceder por los dos hermanos, quienes entonces ya estaban engrillados, pero su solicitud empeoró su situación antes que mejorarla.[374]

Mientras tanto, el 14 de mayo, el ministro de Estados Unidos Washburn visitó San Fernando para pedir permiso al mariscal para comunicarse con el personal naval norteamericano a bordo del

vapor *Wasp,* que había soltado anclas al sur del bloqueo aliado. Como había pasado en 1866, los aliados se negaron a permitir el paso del barco río arriba. Washburn enfatizó que el buque estadounidense había venido desde Buenos Aires para evacuar a varios miembros de la Legación y a sus dependientes y que, aunque él personalmente prefería permanecer en el Paraguay, esperaba ver a su familia y a su personal en un lugar seguro.[375] Washburn rogaba por un lugar de reposo que era improbable encontrar en ningún sitio del Paraguay en ese momento.

López se mostró dispuesto a izar una bandera de tregua para facilitar la partida de la señora Washburn. Pero no pudo abstenerse de preguntar al ministro acerca de los verdaderos motivos por los cuales aquellos hombres y mujeres habían buscado refugio en la Legación de Estados Unidos. El mariscal había sido informado de las indiscreciones del norteamericano: cómo había insistido en permanecer en Asunción, luego su intervención en nombre de Porter Bliss y otros

extranjeros y, más recientemente, cómo había obtenido la liberación del revoltoso James Manlove, que se había visto envuelto en un altercado menor con la policía de Asunción.[376] Manlove había usado algunas palabras fuertes y el ministro Washburn no había hecho esfuerzos posteriores por disculparse, excepto en forma muy somera. Tal insolencia al tratar con funcionarios paraguayos, especialmente para defender a un viejo pirata, no podía pasar desapercibida y ahora, sin aludir al incidente en sí, López le dejó saber que estaba molesto por ello.[377]

Washburn esperaba algo semejante. Ya había recibido una serie de reprimendas del ministro de Relaciones Exteriores, había respondido con una carta evasiva y tardía, y ahora deseaba enfocar la cuestión desde la perspectiva correcta.[378] Para variar, habló tranquila y pacientemente y señaló que las personas a su cuidado habían estado bajo una terrible tensión; las faltas de cortesía o tacto cometidas en esas circunstancias eran desafortunadas, pero difícilmente reprochables.

No se sabe si prometió o no comportarse de manera más decorosa, pero el hecho es que sus palabras al parecer calmaron a López. La señora Washburn y los otros dependientes de la Legación no pudieron escapar esta vez, es cierto, pero no fue por obstáculos puesto en su camino por López, sino por la actitud de Caxias hacia el capitán William Kirkland, el comandante del *Wasp,* que quería navegar río arriba a pesar de la intransigencia del marqués, que se negaba a cooperar.

Posteriormente, cuando reflexionó sobre su entrevista con el jefe de Estado paraguayo, el ministro de Estados Unidos decidió que su relato había producido en el mariscal una impresión diferente. Washburn ya había observado que la vida cotidiana se había vuelto más precaria en el frente y que los residentes en San Fernando se saludaban unos a otros con aprensión en las voces y pánico en los ojos. Notó que, entre los ingenieros británicos, aquellos que eran sus amigos ahora evitaban cruzarse con él. Hasta el

gregario Thompson le hizo saber que no debería hablar tan abiertamente de la búsqueda paraguaya de una paz honorable.

El ministro volvió a Asunción dos días después bastante más preocupado que antes.[379] Durante su última noche en el campamento, había jugado al *whist* con Thompson, Wisner y Madame Lynch, pero la típica camaradería de este grupo había desaparecido. Los jugadores enviaron sus saludos a la señora Washburn y a otros amigos, pero no dijeron mucho más que eso. Mantuvieron sus ojos firmemente fijos en sus naipes. El general Bruguez llegó al cabo de un rato, pero no se mostró más sociable ni más afable que los demás.[380]

Los "Tribunales de Sangre"

Aunque había tenido alguna premonición de que se acercaban malos tiempos, Washburn todavía se preguntaba qué presagiaría toda esa ansiedad que sentía en el ambiente. Hacía tiempo que se había acostumbrado a las manías autoritarias del Paraguay, pero la inquietud que observó entre sus compañeros de juego esa noche traslucía un sentimiento de zozobra más desesperado del que esperaba encontrar entre individuos tan privilegiados. Las cosas, de hecho, habían empeorado mucho más de lo que Washburn creía. De acuerdo con una fuente, Bedoya había muerto de disentería el 17 de mayo y ya no podía agregar (o inventar) detalles al cuento del complot revolucionario.[381] Sin embargo, sus lineamientos generales habían comenzado a cobrar forma en la mente del mariscal, y en el centro de su esquema asesino López había ubicado al ministro de Estados Unidos.

El general Francisco Isidoro Resquín resumió la

versión oficial en sus memorias. Afirmó que Washburn había entrado en connivencia con el marqués de Caxias en una de sus periódicas visitas al campamento aliado a fines de 1866, y que los dos hombres habían estado ganando tiempo hasta poder captar a algunos poderosos conspiradores. Había tomado contacto muy cercano con Bedoya, quien, según Resquín, entregó al ministro cierta cantidad de oro hurtado del tesoro paraguayo. A esto supuestamente se agregó dinero de los cofres imperiales, de Benigno y de propiedad almacenada en la Legación de Estados Unidos. A medida que el enemigo se acercaba a Humaitá y la resistencia paraguaya parecía desintegrarse, este botín se volvía más atractivo para los potenciales complotados. El ministro de Relaciones Exteriores José Berges, el general Barrios, monseñor Palacios y los dos hermanos de López, finalmente, se unieron al ministro norteamericano, quien, aseguró Resquín, buscaba coordinar un levantamiento que coincidiera con el ataque de Delphim a Asunción.

Dado que el comodoro no llegó a ocupar la capital, la rebelión fue programada para julio, o para cuando los brasileños pudieran sobrepasar las posiciones paraguayas en el Tebicuary. Decidir el momento era el problema de este convulsionado complot, pero los conspiradores eran optimistas sobre su éxito final. Los espías del mariscal incluso llegaron presuntamente a interceptar una carta de Benigno a Caxias que delineaba los detalles del plan y presentaba evidencia incriminatoria contra más de ochenta sospechosos.[382]

Esta conspiración era un mito, un fabuloso espejismo creado con información mal digerida procedente de fuentes no confiables o tendenciosas, mezclada con los preexistentes temores del mariscal y presentada como autojustificación para defenderse de sus inquisidores por un oficial que de esa manera dio lugar a los posteriores maltratos de los acusados. Algunos elementos del relato ciertamente merecen atención, pero forman en conjunto una historia

débil e incoherente.

Por un lado, aunque Washburn no se preocupaba demasiado por mantener en secreto su aversión por López, tampoco expresaba mucha simpatía por Caxias, Benigno ni los demás supuestos implicados en el complot.[383] Los paraguayos acusados, además, vivían en casas de vidrio en la excapital y sabían por experiencia que sus gestos y expresiones más inocentes serían reportados a la policía. Podrían compartir con Washburn el desagrado por la política del mariscal, pero habrían encontrado muy difícil, si no imposible, unirse al ministro norteamericano en ningún comité revolucionario. Incluso la teoría de que Washburn proporcionó ayuda indirecta (y se apartó él mismo de un papel central) quedaba descartada por el simple hecho de que el hombre era incapaz de mantener la boca cerrada.

Tanto en sus memorias como en su testimonio formal en el Congreso de los Estados Unidos en 1870, Washburn negó que hubiera jamás conspirado contra el gobierno ante el cual había

sido acreditado.[384] Sostuvo por el resto de su vida que sus esfuerzos de mediación entre el Paraguay y los aliados habían sido, todos, desinteresados. Sus acciones en la Legación, así como su posterior defensa de los residentes extranjeros, eran totalmente consistentes con la adecuada práctica diplomática, alegó. Sin embargo, probablemente diplomáticos europeos en los países del Plata no hubieran respaldado su opinión, e incluso muchos de sus colegas norteamericanos pensaban que el hombre de Nueva Inglaterra era un impertinente insoportable.[385] Pero aun esto habla en su favor, ya que los conspiradores raramente surgen entre los indiscretos.

No obstante, muchos rumores flotaron alrededor del ministro de Estados Unidos en esa época y algunos comentaristas, incluso hoy, apuntan en esa dirección. Dos puntos de vista diametralmente opuestos se han desarrollado en la literatura histórica para explicar la conducta de Washburn en Paraguay. La mayoría de los contemporáneos

que lo apoyaron habían sido víctimas de los excesos del mariscal y, aunque por lo general consideraran al ministro como un descarado, sentían que le debían la vida a su intermediación.[386] Por el contrario, muchos de los que insistieron en su complicidad en un complot, a menudo tenían algo que esconder respecto a su propio comportamiento durante la guerra. Si podían atribuir la caída del país a la influencia de imperialistas extranjeros y traidores locales, quizás podrían salvaguardar su propia reputación para los años venideros.

Y en medio de este nido de ratas lleno de acusaciones y de recusaciones, lo que saltaba a la vista en mayo y junio de 1868 era que el único hombre cuya opinión importaba —el mariscal Francisco Solano López— todavía tenía que formarse una idea sobre Washburn y sus hipotéticos conspiradores. López, ciertamente, albergaba serias preocupaciones acerca de la capacidad del ministro de Estados Unidos para la intriga, pero no se sentía más seguro de los otros

representantes extranjeros (a excepción, tal vez, del francés Cuverville). A Benigno, Venancio y los otros ya los había catalogado como indignos de confianza, aunque aún no había decidido qué hacer con ellos.

En algunas ocasiones, el mariscal convertía sus sospechas en convicciones absolutas y se mostraba dispuesto a fusilar a toda esa caterva de traidores con la misma celeridad con la que había hecho fusilar a cobardes y derrotistas en la guerra. En otras, prefería esperar y ver si sus funcionarios podían todavía ser enderezados. Nadie podía discernir un solo patrón consistente en su conducta. López se inclinaba en una dirección y luego en la otra, en una enloquecida imprevisibilidad. Esta fluctuación pudo haber sido deliberada, pero es posible que reflejara una incertidumbre fundamental en su interior sobre lo que debía hacer. En cualquier caso, convierte el análisis histórico de los acontecimientos de 1868 en algo de lo más frustrante.

En julio, un incidente ayudó al mariscal a

corroborar sus peores opiniones. El 24 de ese mes, el día de su cumpleaños, tres monitores imperiales atacaron las baterías que el coronel Thompson había instalado cerca de la boca del Tebicuary. No fue un enfrentamiento propiamente dicho e interfirió poco con las celebraciones en tierra. Los buques aliados consiguieron acertar varios impactos sobre las posiciones al sur de San Fernando, pero los cañoneros paraguayos los hicieron retroceder exitosamente río abajo.

En su relato de los eventos del día, Thompson reportó que, cuando los monitores pasaban, tres individuos sacaron sus cabezas por la torreta del *Bahia* y uno gritó a los soldados que los miraban desde la costa.

> Telegrafié a López el número que había pasado y procedí a escribir otro despacho conteniendo detalles cuando recibí un telegrama de él preguntando «¿Qué señal dio el primer acorazado al pasar por la batería?» El operador del telégrafo ya le había informado. Entonces escribí y le dije todo acerca de ello, y que los hombres dijeron que uno era el paraguayo Recalde, quien había desertado de López. A raíz de esto me escribió un terrible anatema contra los traidores, preguntando si se los había dejado

pasar en silencio y abrir sus corruptas bocas para dirigirse a honestos patriotas que estaban peleando por su país. Le escribí que habían sido bien maltratados por todos, lo que era un hecho; él entonces volvió a escribir que estaba ahora «satisfecho con mi explicación». [Pero] absolutamente me hizo responsable de que Recalde hubiera sacado su cabeza por la torreta del acorazado.[387]

Parece que el mariscal había comenzado a dudar de la lealtad del súbdito británico que lo había servido por tanto tiempo (y quizás de la de todos los extranjeros bajo su dependencia). También parecía creer probable que varios renegados pagados por el marqués brasileño estuvieran comunicándose con sus confederados en su propio ejército. Esto solo podía significar una cosa: la culminación de todo el complot contra su régimen estaba a punto de hacerse realidad.

López ahora se movió de la manera más resuelta. El 2 de agosto, emitió un decreto que invocaba las Leyes de Indias al establecer una serie de tribunales de dos hombres para investigar acusaciones de traición.[388] Fueron elegidos los «jueces fiscales» entre algunos clérigos y ciertos

oficiales y funcionarios que el mariscal todavía consideraba confiables. Designó al general Resquín como oficial en jefe responsable de procesar a los imputados y ejecutar las sentencias que las cortes especiales determinaran. Cientos de sospechosos fueron tomados en custodia en el frente y el gordinflón Resquín, quien para entonces estaba bebiendo y comiendo casi tanto como López, se apresuró a disponer que fueran objeto de despiadados interrogatorios.[389]

Muchos arrestos fueron hechos en el norte. El ex ministro de Relaciones Exteriores José Berges fue capturado en su finca en Salinares y el escritor boliviano Tristán Roca, editor de *El Centinela*, fue arrestado en Areguá.[390] Las dos hermanas de López también fueron detenidas, como lo fueron Gustave Bayon de Libertat, asistente francés del cónsul Cuverville, y José María Leite Pereira, cónsul honorario de Portugal.[391] Casi todos los jueces de paz, jefes políticos y comandantes de armas en la zona central, de San Lorenzo a Villarrica, unos 200 individuos en total, fueron

detenidos y luego concentrados en Luque.[392] La mayoría fue finalmente llevada a San Fernando.[393]

Más prisioneros llegaban al campamento diariamente. A las mujeres, casi todas miembros de las clases altas, se les concedía el privilegio de no ser esposadas. Cada una recibía un cuero curado como cama. Fuera de eso, tenían que buscarse un sitio a la intemperie igual que los hombres y consumir las mismas miserables raciones de carne sin sal, aun más pequeñas que las de por sí magras que comían los soldados. Una vez al día recibían agua en un cuerno de vaca de la laguna cercana y solamente cuando se les permitía podían acudir al llamado de la naturaleza. Dada la prevalencia de disentería en el campamento, y la renuencia de los guardias a acompañarlos desde su lugar de confinamiento, los hombres y mujeres acusados pasaban horas en cuclillas sobre sus propios excrementos.

Todos los prisioneros eran encadenados por la noche, aunque los hombres soportaban condiciones

más duras. Se adherían lazos a gruesas sogas clavadas en el piso y con ellos los hombres eran atados con correas de cuero, usualmente en grupos de veinte o treinta. Como lo describe el escritor alemán Amerlan, los hombres eran puestos «en filas, esparcidos en el suelo húmedo y resbaladizo [donde] descansaban, sufrían y dormían».[394] Hacinados, estos acusados de «conspiradores», de por sí flacos, rápidamente se volvieron esqueléticos.

La rendición de la guarnición de Humaitá se produjo tres días antes de que los juicios comenzaran. Ese suceso tendió un notorio paño mortuorio sobre los procedimientos en San Fernando y preludió las más perversas y controvertidas demostraciones de brutalidad del mariscal. El gallardo coronel Martínez, cuyo largo servicio e inquebrantable lealtad fueron pronto olvidados, estaba con sus hambrientos hombres en cautiverio aliado y fuera del alcance del mariscal. Su joven esposa, Juliana Ynsfrán, sin embargo, fue incluida entre los evacuados al interior paraguayo

y su destino era una cuestión a resolverse.

Doña Juliana tenía un rostro amplio y grandes ojos y era prima hermana del mariscal, uno de los privilegiados miembros de su familia. Había residido en la casa de campo de Madame Lynch en Patiño Cue por varios meses, a salvo de los desafíos que la mayoría de los evacuados habían enfrentado, pero en completa ignorancia de lo que había ocurrido en el sur. Luego, una noche, a principios de agosto, dos soldados llamaron melodramáticamente a su puerta, exigiendo que se diera por detenida. Antes de que pudiera terminar de vestirse, la tomaron por la fuerza y la obligaron a marchar 15 kilómetros hasta la excapital en pantuflas. La llevaron a través del barro como si fuera un animal, molestándola y golpeándola con el plano de sus sables. Parecían gozar de su porción de venganza contra un superior, aunque nunca le revelaron qué regla u ordenanza ella había, supuestamente, violado. Llegó destrozada y desaliñada a Asunción a media mañana y fue entregada a otra patrulla de soldados en el arsenal,

que se comportaron en forma tan innoble y cruel como los otros. Le pusieron pesados grillos y la escoltaron hasta el vapor que la llevó a San Fernando, donde se unió a las crecientes filas de acusados.[395]

La caza de brujas se desató en todo su vigor. Los equipos judiciales recibieron instrucciones de rastrillar todo el país en búsqueda de posibles traidores, y así como se podría cuestionar la eficacia del gobierno paraguayo en el abastecimiento de alimentos y en el control de la amenaza de las enfermedades epidémicas, en la represión interna los subalternos del Estado hicieron un trabajo tan terrorífico como ejemplar. A diferencia de Mitre, quien durante las rebeliones de los montoneros puso a cientos de rebeldes frente a los pabellones de fusilamiento sin juicio, el mariscal pretendió observar las convenciones legales en San Fernando. También lo hicieron sus asociados, que interpretaron la letra de la ley fielmente, pero de la manera más repugnante que se pueda imaginar.

El más notable de los fiscales de estos «tribunales de sangre» fue Fidel Maíz, un sacerdote alto, de ojos claros, de cuarenta años, oriundo del diminuto caserío de Arroyos y Esteros. Con un apellido que evocaba una imagen campestre, Maíz era considerado uno de los paraguayos más cultos de su generación. Se ganó amplios elogios de sus contemporáneos por su erudición, habilidades oratorias y piedad, con ocasionales escarceos con la poesía, la geografía y las ciencias, así como con la teología. Escribía en un latín tan refinado y prístino como el del papa.[396] A pesar del aislamiento y el atraso de la parroquia nativa de Maíz, se las arreglaba para mantener relaciones cercanas con la porción instruida de la élite paraguaya, sin excluir a los miembros de la familia presidencial. Estos esfuerzos tuvieron sus recompensas y, a fines de los 1850, recibió el honor de ser el confesor elegido por Juana Pabla Carrillo y el tutor de su hijo mayor, Francisco Solano López. También sirvió como rector del seminario de Asunción.

Maíz se volvió un hombre muy presuntuoso, un «letrado» enamorado de su propia ilustración. Desafortunadamente para él, había quienes envidiaban su reputación y su elocuencia. El futuro obispo Manuel Antonio Palacios, tan opaco como brillante era su rival, no perdía una oportunidad de amonestarlo por su excesivo perfeccionismo (que demasiado a menudo tomaba la forma de delicadas y sofisticadas homilías ante un público embelesado). El rústico Palacios tenía poco tiempo para los alardes de santidad de Maíz y se dedicaba a desafiar al petulante clérigo cada vez que le era posible y de intentar ir sacando provecho de su rival para desplazarlo y usurpar su lugar ante la familia López.[397]

En 1862, cuando el dócil congreso paraguayo nombró a Francisco Solano López sucesor de su padre, Maíz, imprudentemente, apoyó una objeción que indicaba que la constitución de 1844 prohibía la transformación del Estado en el patrimonio de una familia y que había llegado el momento de plantear una composición más balanceada del

gobierno. Aunque fue acusado de conspiración contra el Estado, todo lo que Maíz realmente hizo fue respaldar calladamente las objeciones de José María Varela y José Miltos, dos miembros del congreso que habían expresado dudas acerca de la sucesión presidencial y que fueron encarcelados en consecuencia. Además de enfrentar cargos civiles, Maíz también fue sometido a un juicio eclesial en el que fue acusado de tener inclinaciones protestantes y de leer libros prohibidos, dos imputaciones comunes de la época contra liberales y masones en todo el mundo.[398] La suya no era una posición aislada en ese momento, pero la atrevida introducción de sentimientos liberales en un ambiente político tan ajeno a ellos solo podía acarrear un resultado: el padre Maíz fue arrestado, engrillado y dejado languidecer bajo custodia militar por cerca de cinco años.[399] Casi con seguridad fue torturado. Pronto supo que el papel de mártir no era para él, y le resultaba profundamente incómodo ser mantenido al margen de los tremendos desafíos

que su país estaba atravesando durante su cautiverio.[400] Ocho de sus diez hermanos habían perecido en la guerra. Los ejércitos aliados habían cruzado el Paraguay, aporreado a su país en Tuyutí y Boquerón, y él todavía seguía prisionero e incapaz de salir en su defensa o de mejorar su propia condición.

La victoria en Curupayty puso al mariscal López en un estado de ánimo generoso y esto, quizá, salvó a Maíz de una probable ejecución. En vez de enfrentar el pabellón de fusilamiento, el cura fue urgido a buscar la mediación del santo patrón del mariscal y componer una petición de clemencia. Esta efusiva y pegajosa apelación, que más tarde apareció en *El Semanario*, podría servir como modelo de adulación blasfema, ya que compara a López con Jesucristo, para desventaja de este último. Por lo estrafalario, el texto prefigura las declaraciones tomadas en la Rusia soviética durante las purgas de Stalin.[401] Cualquier lector que viviera fuera del Paraguay durante la década de 1860, por otro lado, habría considerado la

petición como una broma nauseabunda, adecuada quizás como sátira y lisonjera hasta lo ridículo. Su publicación, sin embargo, le valió al clérigo la libertad, después de la cual trabajó para *Cabichuí* y sirvió como capellán de los hombres de la guardia de López.[402]

El padre Maíz nunca dejó de ser controvertido. Nadie puede dudar de su brillantez como escritor y orador ni de que, entre sus múltiples habilidades, hablaba un guaraní incomparablemente puro. Pero un hombre de sotana que hacía la vista gorda ante la tortura y ejecución de tantos detenidos acusados de traidores requeriría alguna explicación bastante sólida de semejante conducta para justificarla ante la historia. Por un lado, sus acciones en San Fernando fueron claramente fáusticas. Habiendo vegetado penosamente por tanto tiempo en las cárceles de López, ahora que saboreaba su libertad buscaba cualquier oportunidad para redimirse a los ojos del mariscal. Por otro lado, no podía dejar de notar que el Paraguay de 1868 ya no estaba tan férreamente dominado por normas

rígidas y jerarquías como cuando había nacido. Los campesinos de habla guaraní del interior —de la tierra de su juventud— habían ganado últimamente ascendencia, incluso fortaleza, al servicio del mariscal López. Maíz podía quizás ver en ellos un resto de esperanza de salvación nacional.

Esta reciente preeminencia del campesinado como clase política (o, al menos, como fuerza potencial) en Paraguay podía presagiar un nuevo destino para toda la sociedad, pero solamente si el país sobrevivía a la arremetida aliada. Entonces, no solamente como patriota, sino también como cristiano preocupado por el bienestar de los pobres, Maíz tenía que hacer todo lo que pudiera para defender a sus compatriotas.[403] Eso implicaba pelear como un Judas Macabeo contra los rapaces enemigos de su patria, incluyendo a cualquiera en casa que entre los propios paraguayos traicionara o, simplemente, cuestionara la causa.[404]

Cabe decir que Maíz, en San Fernando, actuaba

no como el que era, sino como el que podía llegar a ser. Parece haber calculado que una persecución violenta de la élite establecida reforzaría la simpatía nacional que el mariscal estaba tratando de despertar. Al apalear y alinear a las clases altas, el gobierno podría subrayar, por contraste, la lealtad de la gente humilde que, incluso en este momento crítico, todavía se aprestaba a defender a su país.[405]

La condición clerical de Maíz es básica para entender su actitud. Sus lecturas de las escrituras le daban todos los precedentes que necesitaba para iniciar este proceso a la traición. Parece haber relacionado la condición social de sus parroquianos campesinos y el mensaje de los evangelios, que proclamaban las buenas nuevas no solo para las clases altas, sino para todas las personas. Probablemente consideraría que, si sus acciones en San Fernando lograban frustrar las innobles ambiciones de las élites —y separar a estas de sus baales foráneos—, entonces podría también promover en un sentido más amplio la

sociedad cristiana en Paraguay.

Al tratar de aislar el móvil que guiaba sus actos, solo podemos especular. Es razonable, sin embargo, pensarlos como un esfuerzo por combatir los pecados de las élites paraguayas, algo propio de su vocación de sacerdote. Esforzándose por cumplir sus deberes en San Fernando con la máxima seriedad, podía ayudar a restaurar la virtud de la patria; podría incluso alentar un retorno a la legendaria «tierra sin mal», dentro de la cual sus compatriotas podrían alcanzar su justa redención. Por sombría que fuera, esta misión debió haberle parecido una necesidad evidente a Maíz en ese tiempo. No debe sorprender, por lo tanto, que tomara su tarea con profundo e implacable celo, como si su espíritu estuviera formado con humo del azufre del demonio, y su cerebro, saturado de su bilis. Como muchos anteriores y posteriores inquisidores, se vio realizando la labor de Dios.

Cada vez que dudaba de este mandato divino (y estamos inclinados a pensar que le ocurría con

frecuencia), Maíz podía buscar refugio en las contradicciones de la política. Habiendo tomado una postura «liberal» en el pasado, solo podía ayudar a impulsar una tolerancia futura en Paraguay asumiendo una postura autoritaria en el presente. Esto es, al limpiar el país de traidores, podía volver a poner en marcha el reloj para hacer de su liberalismo (o idealismo) previo una opción más digerible en un futuro renacimiento nacional. Esta esperanza, que jamás se pudo haber considerado salvo como una remota posibilidad, requería claramente un giro en su razonamiento, pero al menos era un motivo pensar que sus acciones eran necesarias y encomiables.[406] Tanto si lo impulsaba su fe católica como si lo hacía un igualmente poderoso nacionalismo, lo cierto es que se abocó concienzudamente a cumplir su deber de fiscal.[407]

Había mucho autoengaño en estas ideas, pero Maíz no estaba solo en la tarea de lograr que los medios justificaran los fines en San Fernando. Juan Crisóstomo Centurión, el elegante oficial que

había supervisado la reestructuración «científica» de la ortografía guaraní y que dejó para la posteridad una de las más detalladas memorias de la guerra, apenas se salvó de ser acusado, él mismo, de conspirador;[408] y respondió participando en la cruzada contra el enemigo interno. Después de la guerra, quiso escapar tanto de su país como de sus pesadillas y pasó algunos años en Inglaterra, donde se casó con una rica pianista cubana, Concepción Zayas y Hechevarría. Parece haber desarrollado un don natural para la literatura en este tiempo y compuso una novela de inclinación mística, *Viaje nocturno de Gualberto o reflexiones de un ausente,* obra que parece incorporar simpatía y perdón de aquellos que nunca han encontrado necesario comprometer sus valores por la presión de otros. Centurión creyó conveniente publicar la obra con seudónimo en una ciudad foránea, Nueva York, en 1877. Pocos paraguayos la han leído. Un año más tarde, el coronel retornó al Paraguay, donde encontró a muchos de sus compatriotas todavía renuentes a

estrecharle la mano. Se dedicó en lo sucesivo al trabajo legal y diplomático, colaboró con la *Revista del Ateneo Paraguayo,* y finalmente escribió las memorias por las que es principalmente recordado hoy. En 1890, cuando un aspirante a un cargo consular paraguayo en Montevideo afirmó públicamente que el coronel había presenciado la tortura y ejecución de sospechosos uruguayos en San Fernando, Centurión reaccionó inmediatamente, solicitando cartas de apoyo a una larga lista de veteranos, que juraron que ni siquiera había estado cerca de los sucesos mencionados.[409]

También tuvieron participación en aquellos sucesos el coronel Silvestre Aveiro, ex secretario privado de Carlos Antonio López; José Falcón, el algunas veces director del Archivo Nacional; y Justo Román, otro capellán del ejército con larga experiencia en el altar. Aveiro era una figura compleja, bien educado y leal, pero también ladino, malicioso y quizás un tanto cruel. Dejó un breve pero útil relato de sus experiencias durante

la guerra en el cual admite, entre otras cosas, que él personalmente azotó a la madre de López, ya que «tales habían sido las órdenes». En sus propias memorias, que estuvieron perdidas por varias generaciones y solo fueron redescubiertas recientemente, Falcón adopta una postura mucho más circunspecta —e hipócrita— sobre los sucesos en San Fernando, atribuyendo cada onza de culpa a López. De hecho, Falcón actuó como uno de los fiscales nombrados para conducir los interrogatorios de, entre otros, Masterman, y, al igual que Maíz, directamente hizo la vista gorda ante las torturas infringidas al inglés. (Maíz negó todo conocimiento de Masterman en su carta de 1889 a Zeballos).[410]

Maíz, Centurión, Aveiro, Falcón y Román eran individuos sensatos, cultivados, cuya sumisión a los caprichos del mariscal estaba quizás por debajo de su altura. Pero hombres más fuertes habían sido antes seducidos por el atractivo del poder.[411] Además, Centurión y los otros no estaban solos. Los veinte o treinta fiscales

nombrados por López para investigar los cargos de traición podían reconocer lo absurdo de muchas de las acusaciones, pero nunca expresaron dudas, ni siquiera *sotto voce,* ya que cuestionar el proceso equivalía a cuestionar la causa. Y cualquier muestra de derrotismo, como lo habían demostrado acontecimientos previos, podía redundar en su propia desgracia.

Una interpretación del declive militar del Paraguay como consecuencia de la deslealtad había comenzado a consolidarse en San Fernando, y los fiscales no veían beneficios en ocultarla, menos aún cuando ello significaba asumir riesgos personales. Además, actuar como jueces en estas circunstancias les daba ciertas ventajas. En un contexto en el que hasta ese momento la autoridad absoluta estaba reservada para un solo hombre, los fiscales tenían la oportunidad de ejercer el poder sobre la vida y la muerte de muchos hombres, y no podían resistir las influencias corruptoras que ese poder traía consigo. Uno puede verlos como burócratas haciendo un servicio desagradable,

pero necesario, o como endurecidos fanáticos nacionalistas, o como meros empleados que deseaban garantizar su propia supervivencia haciendo lo que su patrón requería de ellos.

López, al parecer, personalmente se involucró poco con los procedimientos judiciales *per se,* y posteriormente se manifestó sorprendido de que tanta gente leal hubiera sido detenida.[412] Aunque seguía siendo el juez de último recurso (y, desde luego, examinaba puntillosamente todas las declaraciones), raramente se molestaba en ejercer su derecho de confirmación, conmutación o perdón.[413] Thompson llegó a afirmar que, en San Fernando, el mariscal «solía ir con sus hijos a pescar a una laguna cercana a sus cuarteles», una muestra de lo poco que le importaban —o de lo poco que pretendía que le importaban— los juicios.[414]

En cambio, Maíz y los otros hacían valer lo que la antigua ley demandaba. No mostraban nada del pretendido desinterés del mariscal y desempeñaban sus tareas con un fervor que les fue

difícil justificar en años posteriores.[415] En general, los fiscales rechazaban evidencia simple y buscaban motivos sutiles para elucidar las supuestas acciones de los acusados; se negaban a reconocer que las decisiones de los paraguayos generalmente derivaban de la improvisación antes que de la conspiración. Se convencieron a sí mismos y a otros de que los rumores de complots revolucionarios bien podían ser correctos. Estos jueces (o procuradores, ya que la ley marcial no contemplaba abogados defensores) forzaban los hechos y las declaraciones para construir una versión consistente de la verdad, a menudo recurriendo a las medidas más grotescas para que los distintos relatos encajaran.[416]

Los fiscales contaban con la asistencia de escuadrones de soldados regulares comisionados de entre los guardias del mariscal. Como en una procesión de acólitos con las cabezas bajas, estos adolescentes de torso desnudo iban a su trabajo en forma silenciosa, respetuosa, casi como si los juicios tuvieran lugar en la iglesia. Su conducta

podría atribuirse en partes iguales al sadismo y al temor al castigo, pero, fuera cual fuese el caso, tomaban su deber con seriedad. El látigo y la soga con nudos eran sus instrumentos habituales, que empleaban a la señal de una mirada de los fiscales o cuando les parecía que una respuesta o una actitud eran suficientemente insolentes como para ameritar un castigo. La mayor parte del tiempo, sin embargo, los soldados se sentaban inexpresivamente en la parte de atrás. Tal vez algunos disfrutaban subrepticiamente en los juicios, pero todos fingían indiferencia, ya que sabían muy bien que no debían demostrar emociones.[417]

La tortura era común. En su forma más suave, consistía en fijar tres pesados hierros a las piernas, de manera que el acusado estuviera obligado a gatear, en vez de caminar, para llegar a la «corte». Este era el menos oneroso de los tormentos. Otro consistía en el «cuadro estacado», en el cual el acusado era extendido con el rostro en el suelo y con las manos y los pies fuertemente

atados, con correas de cuero, a estacas. Esto dejaba a la víctima en forma de equis o cruz de San Andrés y expuesta directamente a los rayos del sol abrasador.[418] Si una confesión no podía ser arrancada con estos suplicios, los soldados usaban sus látigos.

El método más siniestro para extraer confesiones era el «cepo uruguayana», una variación repugnante del *bucking*, un tipo de tortura habitual en las prisiones inglesas y estadounidenses en el siglo diecinueve, en la que la víctima era forzada a acostarse boca abajo en el piso, con las manos atadas firmemente detrás; sus rodillas eran entonces alzadas y atadas al cuello con lazos de cuero, después de lo cual los soldados cargaban pesados mosquetes uno tras otro sobre la espalda de la víctima.[419] El procedimiento dislocaba lentamente los hombros, desgarraba los músculos a lo largo de la caja torácica y dejaba uno o ambos brazos inútiles. El dolor era siempre espantoso y generaba casi invariablemente la confesión requerida.

La tortura es paradójica por definición, ya que, mientras su supuesta función es extraer información veraz, en la práctica produce algo bastante alejado de la verdad. Cualquier persona, bajo coerción física, dirá todo lo que sus torturadores le pidan que diga. Ellos saben que él sabe que ellos saben cuán indignas de crédito suenan sus palabras, y no importa. La verdad, si es que lo es, existe antes de ser dicha, y, como el producto final en la mente del escultor, tiene una forma precisa y lapidaria. En este caso, aquellos en San Fernando que comprendían los mecanismos de este teatro también comprendían que la realidad era descartable. Todo lo que se necesitaba era que los hombres y mujeres acusados proporcionaran detalles con los cuales rellenar de color los contornos del cuento de la conspiración.

Lo más trágico era que algunos no entendían cómo confesar. Una de estas fue Juliana Ynsfrán, a quien se torturó prolongada y constantemente. Es difícil no coincidir con Washburn cuando atribuye el brutal trato del que Juliana fue víctima

exclusivamente a la crueldad del mariscal:

> […] el hecho de que [su esposo, el coronel] Martínez se hubiera rendido antes que morir de hambre [fue tomado como] prueba de que era uno de los conspiradores, y se ordenó a su esposa confesarlo y dar detalles del plan y los nombres de los participantes en él. Pero la pobre mujer no sabía nada ni podía confesar […] Fue azotada con palos y su carne literalmente cortada en sus hombros y espalda […] ¿Qué podía decir? Ella no sabía nada. Luego se le aplicó el cepo uruguaiana, que nunca se supo que fallara en extraer ninguna confesión que se pidiera […] El efecto del cepo era tal que las personas sujetas a él permanecían en estado de semiinconsciencia por varios días después. Y sin embargo la esposa de Martínez fue mantenida viva el tiempo suficiente como para soportarlo en seis ocasiones diferentes, entre las cuales fue azotada hasta que todo su cuerpo fue una masa lívida.[420]

Se le dijo a doña Juliana que su marido se había comunicado con el comandante de la Legión Paraguaya (lo había hecho, pero para burlarse de la exigencia de rendición de los aliados) y que ella había tolerado sus traicioneras misivas.[421] Durante todo el tiempo que estuvo bajo el látigo, ella nunca pudo hacer otra cosa que jurar, confundida, su inocencia. Se salvó de la ejecución

por varios meses, pero no del abuso físico, y cuando, finalmente, fue fusilada en diciembre, probablemente lo tomó como una bendición.[422]

Muchos otros la habían precedido, tanto en las torturas como frente al paredón de fusilamiento. Varias de las más resaltantes figuras de la élite anterior a la guerra quedaron reducidas a una postrada imbecilidad en el proceso. Tal fue el destino de José Berges. El por muchos años ministro de Relaciones Exteriores poseía una visión rara entre los funcionarios paraguayos. Era muy astuto y podía apreciar la diferencia entre lo deseable y lo posible. Este rasgo había servido bien a su país, tanto en las negociaciones previas con los representantes de los gobiernos británico, argentino y estadounidense, como en su ágil administración de la Corrientes ocupada en 1865. Al fomentar amigables relaciones públicas con este último pueblo, Berges ganó para su país una considerable buena voluntad, demostrando simultáneamente que el Estado paraguayo prefería la diplomacia racional al uso de la fuerza.

Esta era una actitud positiva que el mariscal no había desalentado.[423] Después de la retirada de 1866, sin embargo, Berges se hundió en la irrelevancia. La alguna vez voluminosa correspondencia que había intercambiado con agentes paraguayos en Europa se redujo radicalmente, y ahora cada carta o despacho suyo tenía que ser llevado por senderos abiertos en la jungla a través del Mato Grosso y de Bolivia, y de allí al mar. Nadie le prestaba atención y la actitud oficial hacia sus formas de negociación se volvió glacial. El mariscal encontraba cada vez menos útiles a los gordos y pretenciosos civiles que no podían ocultar sus inclinaciones detrás de la usual máscara de servilismo.

En San Fernando, Berges asumió el papel de Calístenes e intentó, nerviosamente, defender su trayectoria. Siempre había sido un buen actor, y trató de aplicar sus habilidades actorales a los procedimientos.[424] Sus interrogadores, sin embargo, no estaban dispuestos a dejarse influenciar por su cuidadosa lógica ni por su

elaborada exposición de los hechos. No tenían interés en dejarlo hablar. Su héroe había sido traicionado y el cargo de traición contra el excanciller era suficiente para asegurar su condena. Además, sentían que había una cuota de víctimas que llenar.[425] El cosmopolita Berges, que había estado enfermo de varias dolencias por casi un año, podría haberse consolado con la idea de que el mundo se había vuelto loco.[426] Pero nada podía salvarlo.

El ex ministro de Relaciones Exteriores fue solamente uno de los numerosos paraguayos de alta posición acusados y «procesados» en San Fernando en agosto de 1868 y en otros sitios en los meses siguientes. Estos incluyeron al sucesor de Berges, Gumercindo Benítez; su hermano, Miguel Berges; los dos hermanos de Lopez, Benigno y Venancio; el clérigo Eugenio Bogado; el obispo Manuel Antonio Palacios; otros once religiosos y muchos oficiales y funcionarios de menor rango.[427] Aunque perdió un ojo, el desafortunado coronel Paulino Alén se recompuso

de su intento de suicidio, solo para ser acusado de traición en San Fernando y arrastrado al paredón de fusilamiento. El barbudo general Vicente Barrios trató de emular el ejemplo de Alén cortándose la garganta con una navaja el 12 de agosto y, como el coronel, fue salvado mediante una rápida atención médica.[428] Los pretorianos adolescentes del mariscal mantuvieron a Barrios bajo estricta custodia por varios meses antes de ejecutarlo en diciembre.

Los extranjeros no tenían inmunidad contra la persecución. Los mercaderes europeos y los ingenieros que habían llegado al país a fines de los 1850 y principios de los 1860 lo habían hecho al estilo del Micawber de Charles Dickens. Dejaron atrás las iluminadas calles de Londres, París y Bolonia en busca de fortuna en el Nuevo Mundo con la esperanza de que algo bueno pudiera surgir. Tendían a considerar su viaje como una aventura a lo desconocido, pero pronto perdían su entusiasmo al descubrir que el Paraguay no era el paraíso terrenal que imaginaron. Sin duda, se empeñaron

con energía en abrirse camino durante un tiempo, pero finalmente se fueron arrugando y convirtiendo en algo irreconocible.

Aquellos europeos que trajeron con ellos a sus esposas e hijos la pasaron mejor. Con los años, sin embargo, casi todos adquirieron malos hábitos, junto con una abotagada arrogancia y esa actitud que los sociólogos de hoy llaman «choque cultural». Esto ahora iba en contra de ellos, ya que a los extraños, colegas y conocidos paraguayos les resultaba fácil condenar a unos forasteros que se comportaban inapropiadamente o a los que su posición privilegiada había hecho creerse superiores.[429] Que los paraguayos también trataran a los de inferior condición social con desprecio era un hecho que podía ser ignorado en tales circunstancias.

Finalmente separados de Washburn en septiembre, tanto George F. Masterman como Porter Bliss fueron prontamente arrestados y torturados. Bliss compró un aplazamiento de los peores maltratos al aceptar escribir un florido (si

bien imaginario) relato de las intrigas criminales de Washburn. El mayor prusiano Von Versen y varios de los ingenieros británicos del mariscal enfrentaron la prisión (y a veces el cepo) y sobrevivieron al conflicto gracias, en algunos casos, a la llegada a último minuto de las tropas brasileñas.[430] Manlove fue ejecutado a mediados de agosto, junto con John Watts, un maquinista británico que había sido condecorado por su servicio en batalla a bordo del *Tacuarí*. Al menos otro británico fue fusilado más tarde, así como un capitán italiano (y antiguo francmasón), dos diplomáticos uruguayos, varios aliados correntinos del mariscal y el cónsul portugués. Quizás el extranjero más singular que perdió la vida en estas insólitas acusaciones fue el naturalista sueco expatriado Eberhard Munck, quien se había unido por matrimonio con la familia de terratenientes Rivarola y que fue condenado en 1869 por «no haber usado su conocimiento o brujería para promover la victoria paraguaya».[431]

Aunque sea palmariamente claro que los tribunales de sangre constituyeron un atroz episodio de una atroz guerra, todavía hay muchos misterios en todo el asunto. Algunos testigos afirman que los procedimientos se desarrollaron en medio de una atmósfera de palpable tristeza en San Fernando.[432] Un sorprendente número de personas, sin embargo, incluso dentro del mismo campamento, ignoraba que hubiera ocurrido algo fuera de lo ordinario. Richard Burton, que visitó el área poco después de la retirada paraguaya, creía que los testigos habían exagerado en sus relatos las bestialidades y torturas. Como prueba, señaló el hecho de que los empleados británicos del estado paraguayo, aunque considerados entre los prisioneros peor tratados del mariscal, en general hablaron de abusos por lo que habían escuchado. Algunos oficiales navales estadounidenses que aparecieron en la escena más o menos al mismo tiempo se mostraron igualmente reacios a creer las historias más horrorosas.[433] Para citar un caso aún más revelador, el coronel Thompson, que

estaba comisionado en las cercanías, afirmó que no estaba al tanto de los juicios por traición, y que solo comenzó a sospechar cuando su amigo el general Bruguez desapareció repentinamente.[434]

Por supuesto, permanece abierta la cuestión de si la conspiración verdaderamente existió, y, si fue así, ¿estaba justificada? ¿Quién podría culpar a los paraguayos por querer que la guerra llegara a su fin en 1868?[435] El país estaba prácticamente destruido, la gente agotada, y ni conspiraciones ni ejecuciones podían levantar la decaída moral. La consternación por las políticas de guerra del mariscal estaba presente en cada rincón del Paraguay, junto con las quejas que siempre acompañan a una lucha prolongada. Y también un seguro castigo para cada palabra imprudente pronunciada, ya fuera en el calor del momento, ya fuera en un murmullo desesperado.

La mayor parte de la evidencia se inclina en contra de la teoría de un complot revolucionario. Que Benigno tenía aspiraciones de poder en 1862 era bien sabido, pero que hubiera de alguna

manera contactado con agentes brasileños por medio del ministro de Estados Unidos parece, cuanto menos, fantasioso. Como hemos visto, aunque Washburn es frecuentemente señalado como el cabecilla de un plan contra López, el ministro era una elección dudosa para semejante papel. Era arrogante, quisquilloso y descarado en presencia de las personas que estaban bajo su responsabilidad. Esperaba reconocimiento absoluto de la dignidad de su país, aunque no lograba comprender a cabalidad los intereses políticos de su nación. Insistía siempre en tener la razón y consideraba por lo general que todos los demás estaban equivocados o mal informados. Para decirlo en forma simple, Washburn era un pelmazo exasperante.

Si podemos aceptar que el ministro estadounidense habría sido un mal organizador de cualquier conspiración (y un igualmente mal seguidor), no obstante podemos reconocer que de seguro sabía más de lo que admitió. ¿Cómo podría haber sido de otra manera? Washburn era cercano

a Benigno, al ministro Berges y a todas las demás personas de alta posición en Asunción. Los visitaba regularmente, a menudo pasando de la casa de un rico amigo a la de otro, y raramente se tomaba el trabajo de elaborar sus conversaciones relacionadas con las condiciones en tiempos de guerra y la presencia de informantes. Parecía sentir placer en provocar a la policía e incluso al mariscal de una forma completamente antidiplomática.[436]

La negativa de Washburn a trasladar la Legación de Estados Unidos a Luque cuando otros extranjeros acataron la orden de evacuación resultó extraña no solo a López, sino a todos en Paraguay.[437] Lo mismo ocurrió con su disposición a, primero, guardar los bienes de un gran número de particulares (incluyendo a Madame Lynch), luego, a arreglar sus cuestiones financieras y, finalmente, a albergar a varias personas en la Legación, como si fuera un hotel para ricos.[438] Con estos antecedentes, es fácil entender por qué la policía consideró justificado

mantenerlo bajo vigilancia. Pero nada de eso significa que hubiera estado alguna vez involucrado en una conspiración. A mediados de los 1990, este autor visitó el archivo de la familia Washburn en Livermore Falls, Maine, para examinar toda la documentación sobre Paraguay guardada allí que nunca había llegado a los registros del Departamento de Estado. Un baúl de materiales no identificados de los últimos descendientes de Charles Ames Washburn había llegado, casualmente, hacía solo unas pocas semanas, y había altas esperanzas de que, en este extenso tesoro de papeles, surgiera algo que pudiera echar luz sobre la supuesta conspiración. Como era de esperarse, el baúl contenía una impresionante colección de documentos históricos, incluyendo fotos, cartas, cuadernos, un ensayo inédito y un diario personal que Charles y su esposa Sallie mantuvieron durante su estadía en Corrientes y Asunción. Si bien la información contenida en esos escritos apuntaba claramente a indicar a la incorrección del servicio de Washburn

como representante de los Estados Unidos en la citada capital, y también revelaba desagradables prejuicios contra brasileños, paraguayos y oficiales navales estadounidenses, no había absolutamente nada que indicara una participación en un complot antigubernamental. En ciertos círculos lopistas en el Paraguay de hoy, la ausencia de tales indicios confirma, antes que desmentirla, la realidad de la conspiración. Sin embargo, para parafrasear al difunto senador norteamericano Daniel Patrick Moynihan, todos tenemos derecho a nuestro propio conjunto de opiniones, pero no a nuestro propio conjunto de hechos. Por lo tanto, a riesgo de ser llamado ingenuo o infantil por comentaristas cuyo propio uso de los documentos es altamente selectivo, solo puedo atestiguar que, aunque estuve buscando activamente materiales incriminatorios, no encontré nada.[439]

Luego está la cuestión del curioso comentario de su esposa. Cuando fue evacuada del Paraguay en septiembre de 1868, una abatida y

emocionalmente agotada Sallie Washburn espetó a un oficial naval norteamericano durante la cena que, efectivamente, existía un plan para transferir la presidencia a Benigno, y que se había tramado con el conocimiento y el consentimiento de su marido.[440] Durante su estadía en Paraguay, Sallie había hecho mucho ruido como la esposa del ministro estadounidense, pero nunca había caído en una vulgar ostentación de amistad con los miembros de la «mejor clase». Esta vez, sin embargo, sus palabras se volvieron contra ella. Y aunque posteriormente afirmó haber sido malinterpretada, su testimonio ante el Congreso no consiguió mejorar mucho su posición.[441] Ciertamente, si sus comentarios contenían aunque solo fuera una parte de verdad, entonces todo el argumento de su esposo debía ser reexaminado.

Después de todo, Washburn no sería el único diplomático de Estados Unidos en intervenir de manera tan abierta en la política de un país anfitrión.[442] Tanto el representante francés como el italiano, en Luque, reportaron a sus

gobiernos que ellos lo creían parte de un complot para derrocar al mariscal, aunque rehusaban adivinar en qué papel y de qué nivel.[443] A diferencia de su predecesor, Emile Laurent-Cochelet, el cónsul francés Paul Cuverville nunca había congeniado con el hombre de Nueva Inglaterra y tenía pocos reparos en creer lo peor de él. Las sospechas del francés, que reflejaban en todos sus detalles la actitud oficial del gobierno del mariscal, gozaron de amplio crédito en la Francia metropolitana, todavía resentida por el papel desempeñado por Estados Unidos en el fiasco mexicano. Quizás la publicación subsidiada de un panfleto titulado *M. Washburn et la Conspiration Paraguayenne. Une question du droit des gens* (París, 1868), fue resultado de esto. Este escrito fue un invento para implicar a muchos paraguayos y residentes extranjeros en la conspiración de 1868.[444] Por su parte, el cónsul italiano Lorenzo Chapperon fue un asistente tardío a la escena paraguaya y tendía a reportar rumores como verdades incuestionables. Esta ingenuidad

no significaba que tuviera un impulso personal a pensar que Washburn era culpable de unirse a Berges en una conspiración revolucionaria, sino que era simplemente un reflejo de lo que pensaba mucha gente.[445] Y, como hemos visto, Bliss redactó un extenso informe sobre el complot en el que acusó a su exprotector de toda clase de siniestras maquinaciones. Tanto él como Masterman, que fue compelido a ofrecer un testimonio similar, se desdijeron de sus palabras una vez que fueron liberados, pese a lo cual sus confesiones merecen ser tomadas en cuenta por aquellos que busquen matices en una historia de por sí nebulosa.[446] Varios miembros del personal naval estadounidense que se reunieron con ambos hombres más tarde ese año pensaban que habían mentido sobre los maltratos por ellos sufridos y que su narración general de los acontecimientos no era convincente. Algunas de las confesiones de San Fernando, subrayaron estos mismos oficiales, «podrían ser ciertas».[447]

Y bien podrían serlo. Hay espacio para

conjeturar que sería probable que un disenso significativo en Paraguay se materializara en algo parecido a una conspiración o, para usar el término empleado por Sallie Washburn, un «plan» de un mundo sin el mariscal López. Es aún más probable que hubiera muchas conspiraciones, en un espectro que abarcara desde simples murmuraciones hasta una activa evasión de órdenes y pensamientos de desplazar al mariscal del poder e, incluso, de asesinarlo. Las reuniones realizadas en Asunción y Paraguarí durante el asalto de Delphim demostraban que había funcionarios gubernamentales que podían actuar sin la guía o las órdenes de López. Si Burton estaba en lo correcto, su verdadero propósito sería efectuar la «operación popularmente conocida como "ponerle el cascabel al gato"».[448]

Pero los disidentes nunca tuvieron la oportunidad de llevar a cabo nada de esto. Más de 500 hombres y mujeres fueron fusilados, lanceados o muertos a golpes de bayoneta como resultado de los procedimientos hechos en San Fernando, y en

los meses siguientes se sumaron todavía más nombres a una ya larga lista de sospechosos. Como de costumbre, hay debate sobre el número de personas ejecutadas como resultado de estos distintos procedimientos. El diario del general Resquín, confiscado por los aliados después de la campaña de Lomas Valentinas, registraba disposiciones sumarias para varios casos. Estas correctamente tituladas «Tablas de Sangre» incluían 432 individuos «pasados por las armas», cinco muertos con bayoneta, uno lanceado; 167 muertos en cautiverio; 216 enviados a trabajar a las trincheras; dos (Bliss y Masterman) expulsados del territorio paraguayo; uno enviado a la capital, y diez liberados. De los fusilados, 289 eran paraguayos, 117 extranjeros y 26 enlistados sin mención de su nacionalidad (las disposiciones incluían a varios correntinos, un mexicano, un suizo y un ruso). Las tablas cubrían un período que iba desde finales de mayo hasta mediados de diciembre de 1868, pero la información que brindan es incompleta, ya que omiten a Benigno, a

Barrios y a muchos otros que fueron ejecutados posteriormente. Burton señaló con tono sarcástico que el «diario» fue visto con sospecha por muchos que lo consideraron como «nada más que una *ruse de guerre* [un engaño]» por parte de los aliados, y que el «verdadero» número de víctimas del mariscal había crecido en los periódicos porteños, de una cifra cercana a unas docenas, a 400 y, finalmente, a más de 800.[449]

A pesar de lo que muchos han sostenido, la conducta de López en esta época no muestra necesariamente señales de paranoia en el sentido clínico, y ni siquiera de neurosis, cuando es vista en su contexto. El mariscal había llegado al límite de su capacidad de resistencia emocional y política, y es posible que simplemente buscara a su alrededor a un enemigo a mano con el que descargarse. Desde esta perspectiva, su temor a ser traicionado parece racional, más allá de que realmente hubiera tenido lugar una conspiración.[450]

López podía, a veces, actuar motivado

enteramente por la malicia, como su persecución a Juliana Ynsfrán y otras mujeres sugiere, pero en general su brutalidad respondía al realismo y la necesidad. En esta ocasión resulta claro que calculó mal el impacto de lo que había puesto en marcha en San Fernando. Al intentar aplastar una presunta rebelión entre sus seguidores, López había hecho aún más difícil para su pueblo continuar su lucha contra los aliados, debido a que la mayoría de las personas que fueron ejecutadas o cesadas en sus puestos precisamente se contaban entre aquellas que lo habían servido bien. Estas personas no podían ser reemplazadas. Cuando el Paraguay entraba en la hora más oscura de su historia, su ausencia se sintió profundamente.

Capítulo 6

Lucha sin cuartel

Uno de los infortunios históricos del Paraguay ha sido la obsesión de sus líderes con enemigos imaginarios y su indiferencia hacia los verdaderos. Quizás los hombres y mujeres ejecutados en San Fernando tuvieran que morir para dar una lección a otros, pero, al suprimir a su propio supuesto enemigo interno, el mariscal dejó de lado al enemigo externo, que continuaba preparándose y robusteciéndose para un ataque desde el sur. Los juicios por traición proporcionaron a López un pretexto para la catarsis, pero no podían cambiar

la ecuación militar. De hecho, pudieron haber empeorado las cosas para la resistencia paraguaya. Si las acusaciones contra Berges y los otros tenían algo de verdad, entonces la patria estaba inficionada de traidores, una realidad que contradecía la afirmación del apoyo unánime a la causa nacional. Por otro lado, si las acusaciones de traición eran falsas, entonces López se había comportado con la mayor injusticia concebible contra sus propios compatriotas en tiempos de crisis nacional: otra pésima señal. En cualquiera de los dos casos, la sociedad paraguaya se había vuelto contra sí misma en el preciso momento en que el ejército aliado estaba por realizar su movimiento decisivo.

El apoyo logístico al ejército paraguayo había declinado drásticamente desde la evacuación de la excapital. Había áreas en el norte (Concepción, San Pedro, San Isidro y San Estanislao) y el este (Yuty, Caazapá, Caaguazú y, tal vez, Caapucú) donde todavía se requerían ganado y suministros, pero la capacidad organizadora para ello era

escasa en la mayoría de los lugares.[451] Al destruir la supuesta amenaza al gobierno legítimo del Paraguay, López había desarticulado la burocracia estatal que su padre había construido tan pacientemente. Recomponerla era prácticamente imposible.

Los jueces políticos del interior se las habían arreglado previamente para cumplir las demandas en diversas formas. Habían mantenido abiertas las líneas de abastecimiento a Humaitá a pesar de las tremendas dificultades y habían convencido a la gente que permanecía en sus comunidades de que los sacrificios eran tan decorosos como necesarios. Ahora, después de haber cantado el himno a la cohesión nacional por más de una década, veían paralizada su propia autoridad en una frenética búsqueda de traidores. En cada aldea había niños y viejas mujeres oficiando de *pyragues*, y estaba muy lejos de resultar claro que sus incesantes denuncias estuvieran motivadas por un genuino deseo de proteger el bien público de los enemigos internos.

Aquellos funcionarios locales que escaparon de la ira del mariscal (o que estaban muy distantes del frente) sobrevivieron bastante bien. Siguieron en sus puestos más o menos igual que antes, con su influencia disminuida solo en parte. Todavía dirigían su cada vez menos sonoro coro de compueblanos en conmemoraciones de victorias paraguayas o en loas públicas al genio del mariscal López. Todavía promovían una campaña para estigmatizar no ya solo a los *kamba*, sino también a Berges, Bedoya y los demás «traidores» vivos o muertos.[452] En esto, todo parecía normal. Bajo la superficie, sin embargo, la mayoría ya había sucumbido a una sombría postura que, tarde o temprano, les llevaría a abandonar el patriotismo y pensar en sí mismos. Solo unos pocos entre ellos creían todavía en lo que decían.

Los aliados tenían una abrumadora superioridad en armas, en suministros y, a esas alturas, en moral. Su orgullo marcial había sido nutrido con avances verdaderos en el campo, y algunas tropas del marqués apenas contenían su impaciencia. Aun así, no todo iba como debería en la recientemente capturada Humaitá. Caxias había exhibido una notable vitalidad cuando asumió el comando de los ejércitos aliados y había mantenido el ímpetu contra Alén y Martínez por varios meses. Lamentablemente para él, la toma de la fortaleza no significó la largamente buscada victoria sobre el mariscal López, y ahora tenía dudas sobre lo que correspondía hacer.

Después de varias semanas, el marqués optó por avanzar, en respuesta a los rumores que le trajeron algunos desertores paraguayos acerca de una revolución contra López.[453] A las 7:00 del 26 de agosto de 1868, tres brigadas de caballería bajo las órdenes del general Andrade Neves

cruzaron el Yacaré. Esta vez no hubo sorpresas y, después de un rápido pero recio enfrentamiento, los brasileños superaron a una fuerza de 300 jinetes paraguayos en el lado opuesto, matando a cuarenta y cinco y capturando 126 caballos.[454]

Dos días más tarde, estas mismas unidades imperiales atacaron un reducto en el lado sur del Tebicuary. La fuerza de asalto consistió en dos brigadas de infantería, una brigada y dos cuerpos de caballería, seis cañones y un contingente de zapadores. Aunque de corta duración, la batalla de Paso Real fue duramente disputada. Las tropas atacantes inicialmente quedaron atrapadas en las ramas más filosas de los abatis enemigos, pero lanzaron una fuerte descarga de fuego sobre la fuerza adversaria exactamente en el momento de mayor peligro. Los paraguayos se vieron tan superados por el bombardeo que las tropas de la vanguardia brasileña lograron abrirse camino a través del obstáculo y avanzar con mínima resistencia. Así abrieron una brecha aún mayor en la línea y a través de ella llegaron las restantes

unidades, que, audazmente, trataron de envolver a los defensores paraguayos. Sin suficientes municiones, los hombres del mariscal pelearon con lanzas y sables, pero los brasileños los sobrepasaron, matando a 170 y tomando 81 prisioneros. Por su parte, de los hombres de Andrade Neves 21 murieron y 132 resultaron heridos.[455]

Los brasileños capturaron tres cañones paraguayos junto con algunas armas, caballos y bueyes, pero el principal beneficio para el comando aliado ese día fue estratégico. Habiendo desplazado a los paraguayos de la orilla sur del Tebicuary, Caxias no tardó en enviar cuatro monitores de Ignácio para imponer una insuperable ventaja frente a cualquier trinchera paraguaya tierra adentro. El 1 de septiembre, sin embargo, descubrieron que el mariscal había abandonado las líneas defensivas instaladas por Thompson cerca del río, por lo que las tropas se embarcaron en transportes y ocuparon San Fernando sin oposición. Hallaron un campamento en llamas, con

señales de una partida abrupta, y los cadáveres de unos 350 hombres, incluyendo el todavía reconocible de Bruguez.[456]

Dionísio Cerqueira, uno de los primeros oficiales brasileños en arribar a la escena, expresó su repulsión por el descubrimiento de tantos cuerpos y su horror ante la idea de más masacres a medida que los aliados avanzaran al norte:

> ¡Qué vista! Todavía hoy mi mente reacciona ante el pensamiento de aquello [...] encontramos una inmensa zanja con cadáveres ennegrecidos por la descomposición, todos desnudos, algunos jóvenes, algunos viejos, todos con horribles heridas de lanzas, balas y cuchillos. Tenían gargantas cortadas con enjambres de moscas, pechos abiertos, restos de intestinos picoteados por los buitres. Todos los cuerpos estaban hinchados por la putrefacción. Aquí y allá divisé algunos con ojos protuberantes, pero la mayoría ya solo tenía las cavidades después de haber sido vaciadas por los pájaros [...] Había muchas de estas fosas cerca de un naranjal, todas sin cubrir, y cada una decorada con […] la advertencia «Traidores a la Patria». Era imposible contar el número de cadáveres ya que todo estaba en desorden, pero eran cientos. Parece haber habido una carnicería en el lugar, ya que en el suelo y en todo alrededor había rastros de sangre esparcida.[457]

En la guerra, las atrocidades se fijan en la

imaginación y cobran vida propia, independientemente de su inmediato impacto militar. En este caso, los aliados reaccionaron menos con furia por el descubrimiento de las ejecuciones que con aprensión por el futuro. Algunos oficiales brasileños que vieron los cuerpos pensaron en que los paraguayos carecían de un mínimo de civilización; la ruidosa retórica que llamaba a liberar el país del salvaje López podría haber sido más veraz de lo que ellos jamás habían creído. Por su parte, el marqués de Caxias entendió mejor que nunca la barbarie —y el fervor — del enemigo que estaba combatiendo desde 1866. Y también llegó a convencerse de que aquellas morbosas pruebas del trato bestial del mariscal hacia su propio pueblo no aseguraban un rápido fin de la guerra.

Lo que Caxias veía era que los hombres y mujeres cuyos cuerpos cubrían los suelos de San Fernando eran paraguayos, pero que también lo eran sus ejecutores; y que estos últimos estaban vivos, en algún sitio más al norte, esperando para

batallar con su ejército. El marqués podía demorar su marcha, como había hecho en numerosas ocasiones, o podía apurarse para aplastar a esa banda de asesinos antes de que pudieran reorganizar otra línea defensiva. La política —y quizás la humanidad— lo urgían a hacer lo segundo y terminar la guerra antes de Navidad. Si en su mente esto era, o no, lo más sensato desde el punto de vista militar, es otra cuestión.

A pesar de los deseos del coronel Thompson, la precariedad de la posición paraguaya en el Tebicuary se había vuelto obvia en las últimas cinco o seis semanas, y era sorprendente que el mariscal hubiera logrado mantener la línea defensiva al sur de San Fernando por tanto tiempo. Desde la rendición de Martínez en Isla Poí, las tropas aliadas en el Chaco habían estado preparándose para un asalto frontal en Timbó. Las fortificaciones construidas por Caballero debajo del campamento nunca fueron un obstáculo capaz de detener indefinidamente un ataque aliado, y la flota había bombardeado la posición casi a diario.

Una vez que Rivas y los brasileños consiguieran tomar el campamento, no les sería difícil flanquear las principales unidades del mariscal a la izquierda.

Con esta posibilidad en mente, López consideró abandonar Timbó antes de fines de junio, pero decidió mantenerla por un tiempo cuando Caballero mostró una inesperada entereza al repeler el ataque brasileño del 3 de julio.[458] Tres semanas más tarde, con un revés tras otro socavando sus oportunidades en las orillas orientales del Paraguay, el mariscal cambió de opinión acerca de sus tropas al oeste. Despachó una nota a Caballero, ahora general, ordenándole evacuar Timbó a su discreción, pero definitivamente antes de que los aliados pudieran rodear el campamento y dominar la boca del Bermejo.[459]

Mientras tanto, López ordenó a Thompson reconocer las áreas pantanosas al norte del Tebicuary con la idea de establecer una nueva posición defensiva. El coronel ya había mostrado

interés en la zona contigua al Estero Poí, un estrecho bañado similar al Bellaco y, al igual que su primo sureño, la extensión natural de una vasta laguna interior. En este caso, el estero drenaba en el lago Ypoá, el mayor del Paraguay, que era también el principal obstáculo natural para cualquier fuerza militar que buscara internarse al norte rumbo a Asunción.[460]

Río Ypoá arriba, los humedales daban lugar a un paisaje de suaves colinas, moderadamente boscosas, que hasta hacía poco habían sido el hogar de buena parte de la población rural paraguaya. Estaba cerca del centro de la economía agraria del país. La red de caminos de carretas en esta área podía facilitar una invasión aliada al corazón del Paraguay, donde muchas granjas y estancias proporcionarían botines para las tropas de Caxias. Los paraguayos necesitaban desesperadamente mantener estas posesiones y evitar una ofensiva general aliada si todavía esperaban lograr algo parecido a una victoria, contra todos los pronósticos de una derrota

inminente.

Thompson entendía muy bien todo esto. Localizó un atractivo punto para montar una nueva línea defensiva en la boca del Pikysyry, un arroyo de corriente lenta, rebosante de cangrejos, que desagotaba desde el lado norte del Ypoá al canal principal del Paraguay. Cerca de la confluencia, el arroyo tenía veinte metros de ancho y era relativamente profundo. Esto proporcionaba un sitio adecuado para un campamento fortificado, toda vez que Thompson encontrara un espacio suficientemente grande de tierra seca.

Halló justo lo que estaba buscando en Angostura, junto a la orilla norte del arroyo. Cuando informó de esto al mariscal, recibió permiso para construir un campamento con el material disponible. Diligentemente, erigió una nueva serie de baterías sobre terraplenes y varios emplazamientos a barbeta, usando troncos de los bosques cercanos. En su estimación, Angostura ofrecía mayores ventajas para la defensa que los campamentos sobre el Tebicuary, ya que el nuevo

sitio no podía ser flanqueado a no ser por una larga y poco factible marcha semicircular por el este, o algo similar por el Chaco.[461]

Eso estimuló el sentido estratégico del mariscal. Su mente había estado demasiado ocupada por cuestiones no militares en las últimas semanas y necesitaba enfocarse una vez más en matar brasileños. Sugirió que Thompson reubicara los cañones mantenidos en Isla Fortín, mientras él ordenaba traer de Asunción el «Criollo» por vapor para ser montado en Angostura. También se llevaron cañones de Timbó. Entretando, el trabajo cobró un intenso ritmo en el nuevo campamento:

> Todos los medios de transporte fueron puestos a trabajar, tanto terrestres como fluviales, y las tropas y la artillería llegaban continuamente, tanto por el río como por los caminos de tierra. También se trajeron abundantes municiones, que se almacenaron bajo cueros al aire libre a falta de otra cosa mejor. La vera del río se pobló de almacenes de todo tipo. Los bosques [adyacentes] tuvieron que ser cortados para las baterías, y para abrir una conexión entre ellas y las trincheras, y para dejar espacio abierto frente a ellas. Derribar este monte, cortando los árboles a una altura tal que sus troncos no pudieran servir de abrigo a los rifleros, era un trabajo verdaderamente diabólico, pero, en cambio,

nos proporcionaba excelentes abatis.[462]

Los hombres de Thompson cavaron nuevas trincheras y fosos y se sintieron satisfechos cuando comprobaron que su posición en Angostura los ubicaba más cerca de sus bases de abastecimiento. Naranjas, mandioca y carne estuvieron disponibles para ellos en cantidades que hacía tiempo no veían.[463] Los niveles de salud mejoraron en consecuencia. Aun cuando muchas áreas del interior paraguayo estaban ya en garras de la hambruna, los hombres en Angostura comían bien.

El mismo día que los aliados asaltaron el Yacaré, el 26 de agosto, el mariscal abandonó San Fernando. Dejó a varios observadores y tomó una lenta ruta terrestre hacia Villeta, una rústica y minúscula aldea localizada justo encima del arroyo Pikysyry.[464] La larga fila de soldados y seguidoras en retirada era notoria por su número y por el rítmico repiqueteo de las cadenas de los prisioneros que venían detrás.

Aunque la flota aliada finalmente logró avanzar al Tebicuary, por el momento Ignácio evitó el canal principal del río, donde sus marineros estaban todavía trenzados en duelos de artillería con la batería de Isla Fortín. El 28, sin embargo, el comandante paraguayo en la isla recibió órdenes de retirarse. Agujereó y hundió sus tres cañones restantes y huyó durante la noche. A la mañana siguiente, las tripulaciones de los acorazados imperiales se sorprendieron al encontrarse en virtual dominio del río, del Pikysyry al sur.

Como sostuvo el coronel Thompson, Caxias hubiera debido aprovechar la oportunidad para ordenar a Ignácio ascender inmediatamente por el Paraguay y destruir cualquier nueva batería antes de que los cañones pudieran montarse. El marqués, señaló, estaba demasiado ocupado celebrando la caída de Humaitá y el consecuente avance al Tebicuary para ver dónde radicaba su verdadera ventaja.[465] Aunque esto fue criticable, debemos hacer la salvedad de que el marqués no era un hombre impulsivo. Iba contra su idea de una adecuada planificación militar moverse precipitadamente cuando la información de inteligencia sobre las condiciones al norte seguía siendo tan incompleta a principios de septiembre de 1868 como lo había sido en cualquier otro momento de la campaña. Por lo tanto, detuvo al ejército aliado una vez más. Esto dio a los paraguayos el tiempo que necesitaban para erigir nuevas defensas, y así las baterías de Angostura pudieron ser construidas con poca o ninguna interferencia.[466]

Tal vez Caxias se podía permitir tomarse su tiempo. El mariscal requería algo más que unas pocas semanas extra si esperaba tener éxito en algún enfrentamiento futuro. A diferencia del comandante aliado, disponía de escasos refuerzos. Ya en abril había ordenado a su comandante en Encarnación reubicar sus tropas al norte del Tebicuary, lo cual agregó unos 1.200 jinetes y 100 infantes llegados desde el Alto Paraná.[467] Esto dejó indefenso el rincón sudeste del Paraguay, salvo por algunas pequeñas bandas de guerrilleros que se mantuvieron atrás para hostigar a cualquier tropa enemiga que amenazara desde las Misiones. A propósito, la desganada resistencia paraguaya en las Misiones representa una de las muchas historias no contadas de la Guerra de la Triple Alianza. Unidades aliadas habían penetrado en el área tanto desde Corrientes como desde el este en una etapa relativamente temprana del conflicto, pero nunca en número suficiente para desplazar enteramente a los paraguayos ni siquiera de la orilla sur del Alto Paraná. El mariscal no se había

preocupado por reforzar las pequeñas guarniciones que mantenía en la zona y ello convirtió el «frente» misionero en un asunto menor, excepto, claro, para los que pelearon y murieron allí. Aunque no hubo batallas significativas ni enormes pérdidas de vidas, la campaña en la zona fue sangrienta y profundamente caótica, similar en muchos sentidos a la campaña del Missouri en la Guerra Civil de Estados Unidos. [468]

López también ordenó a principios de marzo la evacuación de Mato Grosso, cuyos exiguos batallones bajaron primero a Asunción y luego se integraron a la fuerza principal. Dejó una pequeña unidad de caballería para observar la frontera del Apa. Sorprendentemente, los brasileños en Cuiabá ignoraron por muchos meses el hecho de que los paraguayos habían incendiado el distrito portuario de Corumbá y abandonado Coimbra, Dourados y los demás campamentos de Mato Grosso.[469] Esta omisión puede reflejar, o bien una falta de información, o bien una política de un gobierno

provincial cansado de aventuras, pero lo cierto es que los brasileños no capitalizaron la partida paraguaya.

Cuando Caxias se dio cuenta de lo que había pasado en el norte, las unidades paraguayas que habían derrotado a Camisão y a Taunay en 1867 hacía tiempo que se habían unido al mariscal y trasladado con él a Villeta. Lo mismo había hecho el comando de Caballero, pero solo después del 20 de agosto, cuando el flamante general abandonó Timbó bajo constante bombardeo aliado.[470] Con todo, el ejército que el mariscal restableció en Pikysyry no contaba con más de 12.000 hombres, y pocos de estos podían describirse como aptos.[471] Sus adversarios tenían más de dos veces ese número y todos estaban listos para marchar contra ellos.

Varios desertores paraguayos habían regresado a su viejo emplazamiento de Humaitá y llenado los oídos de Caxias con noticias de que el mariscal pretendía ceder sus campamentos en y alrededor del Tebicuary. Esto tenía sentido militar, y la

información, que, para variar, fue creída, no causó sorpresa. Pero como todavía no estaba claro a dónde podría ir el ejército enemigo, el marqués decidió esperar y dejar que los paraguayos se retiraran.[472] Había rumores de que más «torpedos» y una nueva cadena protegían el río en algún lugar encima de Timbó, y ahora, al borde de la victoria, no había motivos para correr riesgos con sus fuerzas terrestres. En el camino de Humaitá al Tebicuary, no menos de 900 animales de tiro se habían perdido en las ciénagas, y Caxias tenía que considerar ese hecho si quería establecer bases seguras de aprovisionamiento.[473]

El comando del marqués actuó con sumo cuidado las semanas que siguieron. Después de tomar Timbó, los aliados arrasaron el lugar y luego ubicaron unos 10.000 hombres, bajo las órdenes del general João Manoel, cerca de Tayí y a lo largo de la ruta terrestre al pueblo de Pilar, cuya población había evacuado el mariscal la temporada anterior. Caxias no tenía idea de que los defensores del pueblo se habían ido y por lo

tanto despachó una fuerte unidad tierra adentro a través de los esteros de Ñeembucú en búsqueda de rezagados.[474] Los brasileños a menudo mostraban reticencia a internarse profundamente en territorio desconocido, pero en esta ocasión pensaron que el riesgo era mínimo, y lo era. Avanzaron con el agua hasta el pecho, vieron cocodrilos, carpinchos y víboras, pero no encontraron paraguayos ni amenazas a las líneas aliadas de comunicación.

De hecho, todo el ejército del mariscal se había mudado al norte y estaba ocupado en construir las nuevas defensas de Thompson. El clima era bastante malo y, de acuerdo con el coronel, el barro en la nueva batería era tan profundo que «tapaba casi ocho pulgadas de cañón [... era] tan viscoso que todas las sogas y equipos [... estaban] empapados, y los hombres no podían sostenerlos sin que se les resbalaran; sus pies descalzos dolían de estar continuamente en el barro».[475] Y, pese a todo, hicieron muchísimo en poco tiempo. Los líderes aliados habían insistido en que los

paraguayos estaban acabados, pero incluso ahora mostraban signos vitales.

La batería que los hombres de Thompson construyeron en Angostura estaba dividida en dos secciones de nueve cañones cada una, a unos 650 metros una de la otra, dispuestas de manera que cualquier acorazado aliado que se aventurara demasiado cerca del «puerto», localizado a la derecha de la batería, caería bajo fuego desde la izquierda. El ingeniero británico presenció una prueba de ello el 8 de septiembre, cuando tres buques imperiales se aproximaron desde el sur. Cubrió los cañones de la batería de la izquierda con ramas para ocultarlos completamente y luego, cuando el *Silvado* navegó hasta el rango de fuego, lo impactó con una bala en la línea de flotación. El humo y el ruido sorprendieron a todos a bordo y deleitaron a los cañoneros paraguayos. Cuando se retiró río abajo media hora más tarde, el *Silvado* fue alcanzado por el disparo de un cañón de 150 libras desde el otro lado, en el mismo lugar. Tuvo suerte de no hundirse.[476]

Entre los muchos espectadores del bombardeo ese día estaba el propio mariscal López, sentado con su telescopio en sus nuevos cuarteles, a unos 5 kilómetros del río, en una alta colina llamada loma Cumbarity. Aunque había una residencia más suntuosa preparada para él a unos tres kilómetros de la última línea de trincheras, este punto ofrecía un amplio panorama de todo a su alrededor. Se había recortado la barba, puesto un buen uniforme y, como siempre, estaba listo para hacer el papel de zuavo. Desde donde estaba sentado, podía observar el enfrentamiento con los acorazados sin riesgo alguno. Se sentía tonificado y sonreía a sus anchas mientras sus artilleros disparaban bala tras bala a los «macacos». Todo volvía a ser como en Paso Pucú. ¿Era así?

Al declinar dar batalla en San Fernando, el mariscal había ganado parte del mucho tiempo que necesitaba. Como había presumido, en vez de perseguir a su ejército en retirada, los aliados se establecieron en sus nuevas posiciones para comenzar los preparativos de una ofensiva final.

Tenían muchas preocupaciones sobre lo que les esperaba más adelante. Mientras la guerra estuvo limitada a Humaitá, era cuestión de martillar una y otra vez contra las edificaciones paraguayas, que finalmente volaron en pedazos, como se esperaba. Ahora que la fortaleza había caído, el conflicto adquiría un aspecto diferente. Potencialmente, se convirtió en una pelea no ya de ejércitos, sino de gente contra gente, dispersa en una vasta área en la cual las fuerzas paraguayas ya no requerían una base permanente de operaciones. Si el mariscal adoptaba a tiempo una estrategia evasiva, podría resistir en el interior, independientemente de si Caxias ocupaba o no Asunción. El marqués necesitaba destruir las fuerzas enemigas antes de que esto ocurriera.

Por supuesto, el comandante aliado no estaba pensando en términos «clausewitzianos», de acuerdo con los cuales la destrucción de la capacidad enemiga de sostener la guerra constituye el objetivo estratégico más importante.[477] Era probable que un modelo de estrategia militar del

siglo dieciocho dominara su punto de vista. La educación del marqués, su crianza y su experiencia previa en las luchas internas del Brasil sugerían que una vez que cayera la capital enemiga en sus manos podía dar la guerra por terminada, y cualquier posible resistencia de una guerrilla posterior no era algo que mereciera su preocupación. Aparte de la guerrilla en España durante la Guerra Peninsular, en esa época había pocos antecedentes que indicaran que ese tipo de lucha podía prolongarse indefinidamente, y, de hecho, la propia experiencia de Caxias cuando aplastó a los rebeldes *balaio* en el nordeste brasileño lo convencía de que tal resistencia no podía ser significativa. En este sentido, la decisión paraguaya de continuar peleando fue pionera de muchos conflictos del siglo veinte.[478] En cambio, Jomini, a quien Caxias parece haber respetado profundamente, sostenía que «todas las capitales son puntos estratégicos, por la doble razón de que no solamente son centro de comunicación, sino también el asiento del poder y

gobierno», y debían, por tanto, ser tomadas.[479]

Como siempre, Caxias carecía de información confiable. Los mapas eran escasos, incompletos y generalmente sospechosos. Chodasiewicz había hecho un buen trabajo para los aliados en sus ascensos en globo de 1867, pero estos mapas del área de Humaitá no eran de utilidad más al norte. Había sido comparativamente fácil para el mariscal obtener información de cada movimiento aliado mediante la infiltración de espías en las líneas enemigas. En contraste, Caxias tenía que depender de rumores o de la palabra dudosa de desertores paraguayos, y nunca podía estar seguro de estas fuentes. Aunque cuestionaba la fortaleza del ejército del mariscal, no era el tipo de comandante que actuaría decisivamente sin información verificable ni en base a especulaciones periodísticas.[480] Por lo tanto, prefirió una táctica de continuos tanteos en territorio paraguayo antes de lanzar avances de fuerzas mayores.

Hubo poco de esto en los primeros días de

septiembre de 1868. En cambio, los aliados construyeron terraplenes para fortificar sus propias posiciones por si López decidía atacar, algo improbable, pero no imposible. Mientras tanto, los barcos de Ignácio continuaron remontando el Paraguay para reconocer todo lo que pudieran. Los marineros no divisaron torpedos ni nuevas cadenas, y vieron relativamente pocos paraguayos, pero tampoco consiguieron determinar la disposición exacta del ejército del mariscal.

WASHBURN SE VA

En esta época, distintos factores se mezclaban en las mentes de López y sus adversarios. Por un lado, el comandante del *Wasp* había finalmente obtenido el permiso del marqués para pasar a través del bloqueo, y se dirigió a buscar a Washburn. El ministro de Estados Unidos había pasado las últimas semanas trepidando por el frío del invierno, comiendo mandioca y caldo de carne con su esposa y rechazando acusaciones de complicidad en la conspiración. Negó todo y trató de mantener la sutileza diplomática en medio de la creciente truculencia de los soldados y la policía en Asunción.

A mediados de agosto, Washburn escribió al ministro de Relaciones Exteriores interino, Gumercino Benítez, diciéndole que, si esta muestra de hostilidad hacia el representante de una nación amiga no cesaba, se vería forzado a pedirle sus pasaportes. Antes de que pudiera responder, sin embargo, el culto y afectado Benítez se vio él

mismo envuelto en las redes de los fiscales del mariscal y terminó en un juicio por traición con un desgraciado destino. El mariscal lo reemplazó por Luis Caminos, el servil gandul que había ayudado a frustrar la iniciativa de Gould en 1867. La guerra había permitido a Caminos escalar a expensas de sus colegas, y no se podía esperar de él nada nuevo como diplomático. Aun así, asumió el alto puesto en la Cancillería, y Washburn tenía que lidiar con él.

El 2 de septiembre, el ministro de Estados Unidos escribió a Caminos solicitando pasaportes para él, su familia y su personal.[481] Con el *Wasp* ahora anclado en Villeta, no había ninguna razón aparente para la demora, excepto la cuestión pendiente de Bliss y Masterman, que trabajaban en la Legación y fueron acusados de una imprecisa complicidad con la conspiración. Washburn había insistido en que los dos hombres, el primero norteamericano y el segundo británico, gozaban de inmunidad diplomática como empleados de la Legación. Caminos, las autoridades policiales y,

presumiblemente, el mismo mariscal desafiaban esta interpretación, declarando que debían presentarse ante un tribunal para explicar su comportamiento criminal.

Washburn no se amilanó ante la implícita amenaza, aunque accedió al requerimiento del gobierno de presentar un inventario de las propiedades y valores todavía almacenados en la Legación norteamericana, que eran considerables, según una lista incompleta que se guarda en la Washburn-Norlands Library. La mayor parte pertenecía a varios profesionales británicos, incluyendo a George Thompson, William Stewart, Henry Valpy, Michael Hunter y muchos otros. A nombre de Thompson, por ejemplo, había más de mil pesos en varias bolsas. Washburn también guardaba dinero de un supuesto mercader norteamericano (de hecho, era bohemio), Louis Jäger, cuyo establecimiento comercial en Corrientes había sido saqueado por tropas paraguayas en 1865, después de lo cual el mariscal le pagó al ministro de Estados Unidos

una suma en efectivo como reembolso por las pérdidas. Durante varios días, Washburn recibió más y más demandas de información al respecto.[482] Solo entonces se enteró de la acusación contra Bedoya y otros de desviar dinero del Tesoro, y de que era eso lo que Caminos pretendía probar. Los déficits pudieron haber sido una cuestión de malos manejos contables, pero Washburn estaba seguro de que la historia de la desaparición de bienes públicos escondía un objetivo más siniestro y era solo una excusa para robar cualquier cantidad de dinero que pudiera quedar todavía en los hogares de Asunción.[483]

Los funcionarios paraguayos presumían que Washburn había escondido valores robados en el predio de la Legación y que pronto descubrirían en su propio equipaje personal pruebas determinantes de su complicidad en el crimen. Lejos de estar de buen humor ante estas sugerencias, y francamente temeroso por su vida, el norteamericano informó a Caminos de que algunos súbditos británicos habían retirado sus bienes de la Legación. En cuanto al

resto, los dueños habían solicitado que su propiedad fuera sacada del país.[484]

Ningún paraguayo que le hubiera dejado propiedades a Washburn se atrevió a reclamarlas, y, con gran renuencia, el hombre de Nueva Inglaterra optó por dejarlas atrás, comentando más tarde que lo hizo debido a la posibilidad de ser asesinado por agentes de López.[485] Además, tenía que tomar en cuenta el estado físico de su esposa, cuya reacción ante el empeoramiento de la situación estaba cerca de la histeria.

No queriendo ser la causa de su constante aprensión, Masterman y Bliss insistieron en pedir a Washburn cumplir con la demanda del gobierno en relación con ellos. Argumentaron, tal vez con sinceridad, que sería de mayor utilidad que él intercediera en su nombre una vez fuera del Paraguay. El ministro de Estados Unidos accedió muy a su pesar, pensando que el *Wasp* podría obtener permiso de ascender el río hasta Asunción y salvar a todos los extranjeros en el país.

Sin embargo, el capitán Kirkland no tenía

interés en involucrar a su barco en una misión tan peligrosa, y el mariscal se rehusó a permitir a los norteamericanos navegar más arriba de Villeta. Esto dejó a Washburn y sus asociados solos para defenderse. Al mediodía del 10 de septiembre, los cónsules francés e italiano hicieron un último encargo al ministro norteamericano, entregándole en sus propias manos correspondencia consular y despidiéndolo con un involuntario adiós. Bliss y Masterman también le dieron sus efectos personales en varias bolsas, que en el caso del último fueron luego enviadas al representante de Su Majestad Británica en Buenos Aires.[486] Solo después se descubrió que las monedas de plata habían desaparecido de las bolsas de Masterman.[487]

Sallie Washburn y su pequeña hija recorrieron a pie la corta distancia hasta el muelle de Asunción, donde el *Río Apa* esperaba a la comitiva norteamericana para llevarla a Villeta. Masterman, de pie en el puerto con Bliss, Washburn y los cónsules, se detuvo para mirar al pequeño vapor

paraguayo, con ella y sus sirvientes a bordo, mientras desaparecía de su vista. En sus memorias, el farmacéutico británico describe lo que pasó después:

> Salimos de casa todos juntos, pero Mr. Washburn caminaba tan ligero que los cónsules y nosotros apenas podíamos seguirle, y cuando llegamos al término del peristilo ya se nos había adelantado algunas yardas. Allí los vigilantes, que iban estrechando el cerco poco a poco, desenvainaron simultáneamente sus espadas, se lanzaron al ataque y nos separaron brutalmente de los cónsules. Levanté mi sombrero y dije fuerte y alegremente: «adiós, Mr. Washburn, no se olvide de nosotros». Dio media vuelta; su cara estaba mortalmente pálida, hizo un movimiento despreciativo con la mano y continuó marchando rápidamente. Nosotros [...] fuimos rodeados por cerca de treinta vigilantes [...] que nos ordenaron a gritos que marchásemos a la policía.[488]

Washburn afirmó que había dado a Bliss y a Masterman instrucciones de inventar cualquier cosa sobre él que pudiera salvarlos de la tortura y prolongar sus vidas. Aun así, consideraba las cartas de Caminos como certificados de muerte para sus dos subordinados, y, de hecho, su arresto

causó muchas dificultades al ministro norteamericano y varios meses de torturas y privaciones a los otros dos hombres.

Washburn trató de convencer a Kirkland de intentar algún tipo de rescate, pero el comandante del *Wasp,* que acababa de obtener el permiso del mariscal para sacar al ministro, no tenía deseos de ver a su tripulación todavía más enredada en la maraña política paraguaya por la insistencia de un diplomático, no importaba cuán bien conectado estuviera.[489] Kirkland, cuidadosamente, omitió mencionar las palabras de fuerte protesta de Washburn cuando se reunió por última vez con López el 11 de septiembre. El mariscal y Madame Lynch lo trataron con suma cordialidad en esta última entrevista.

Sin embargo, cuando retornó al *Wasp,* el comandante descubrió que el ex ministro de Estados Unidos no era un hombre con quien pudiera jugar. Washburn se puso furioso cuando se le entregaron misivas recién escritas, supuestamente, por Bliss y Masterman, quienes,

desde su lugar de confinamiento, demandaban que el barco norteamericano demorara su partida hasta que su antiguo superior entregara los papeles y los «manuscritos históricos» que se había llevado de Asunción. Estas cartas eran producto de la coacción y merecían ser desechadas como tales, especialmente una enviada a un ficticio Henry Bliss, de Nueva York, cuyo «hijo» le informaba sobre el papel de Washburn como el «cabecilla de una revolución».[490]

Con la sangre hirviendo, Washburn compuso una misiva final a López en la que lo acusaba de maltratar a miembros del personal de la Legación de Estados Unidos, lo comparaba con Nerón y lo condenaba como un «enemigo común de la humanidad»; Kirkland se aseguró de que no le entregaran la carta al presidente hasta que el *Wasp* hubiera pasado frente a las baterías de Angostura.[491] Quizá de ese modo el capitán logró salvar su barco de ser bombardeado, pero también incrementó la animadversión de Washburn hacia los oficiales de la U.S. Navy. El hombre de

Nueva Inglaterra exigió ser llevado ante Caxias para proporcionar al comandante aliado información militar y política útil para derrotar a López.[492] Esta petición le fue apropiadamente negada por Kirkland, quien no quería involucrar a los Estados Unidos en nuevas dificultades con Paraguay. Durante todo el viaje río abajo, el exministro bulló de ira como resultado.

Ya en Buenos Aires, Washburn preparó extensos informes sobre las condiciones en el norte, mantuvo correspondencia con el Departamento de Estado y concedió entrevistas a la prensa local. En todos los casos, trató de puntualizar los peligros que los extranjeros enfrentaban en Paraguay y cómo las políticas del mariscal habían devastado el país como una catástrofe natural. Expuso en detalle todo lo que sabía de las disposiciones militares paraguayas y de esa forma puso la neutralidad de Estados Unidos en entredicho aun mayor. Burton afirmó que el material que Washburn hizo público en Buenos Aires podría haber llenado 240

páginas.[493] El exministro también terminó un despacho de despedida para el secretario Seward, publicado en parte en la edición del 17 de noviembre de 1868 del *New York Tribune*. [494] Pero quizás la más interesante, al menos la más conmovedora, carta que escribió en esta época fue una breve nota a su hermano mayor que expresaba alivio por estar libre al fin del control del mariscal, subrayando que para entonces Sallie ya estaba completamente quebrada («Por mucho tiempo no pudo dormir sin horribles visiones de prisioneros y cadenas»).[495]

Quizá pensó que su testimonio salvaría vidas y acortaría la guerra, pero su principal motivación, fácil de discernir, era saldar cuentas con la U.S. Navy, el comando aliado y, por supuesto, con López. El torbellino de quejas y reivindicaciones que puso en marcha dio lugar a una importante investigación del Congreso en Estados Unidos menos de un año después. Estas audiencias, que Charles Ames Washburn había insistido en realizar para limpiar su nombre, no produjeron

resultados concluyentes ni recomendaciones, pese a que se dedicaron varios meses a recoger testimonios de Bliss, Masterman, distintos oficiales navales y muchos otros testigos de las vicisitudes de Paraguay. Sus detractores han afirmado que la influencia política del hermano de Washburn (quien fue por un breve período secretario de Estado en la administración Grant) impidió que el ministro fuera oficialmente reprendido, a la par de permitir que se criticara a oficiales navales por haber utilizado la persuasión cuando debieron haber utilizado la fuerza.[496]

En el frente, los argumentos y revelaciones de Washburn no tuvieron un impacto muy importante, pero sí lograron socavar la imagen del Paraguay como una «gallarda pequeña nación». Esta reputación se había esparcido con relativo vigor en las capitales europeas y, hasta cierto punto, en Argentina. Este país estaba a punto de estrenar a un nuevo presidente, Domingo Faustino Sarmiento. Las elecciones habían sido en abril y sus resultados fueron confirmados dos meses más tarde. El sucesor elegido por Mitre, Rufino Elizalde, había terminado tercero, detrás de Sarmiento, opositor a la guerra, y del viejo federalista Justo José de Urquiza. Los autonomistas habían dividido su voto presidencial, pero se unieron para la justa por la vicepresidencia, lo que garantizó a Adolfo Alsina y a los bonaerenses una fuerte voz en el nuevo gobierno.[497]

Don Bartolo pasó los meses previos a su caída

ocupado en defender su reputación y las políticas pro-brasileñas que había diseñado y que ahora parecían tan costosas y fuera de lugar. Los préstamos que su gobierno había negociado con bancos provinciales y británicos (y con representantes imperiales) ascendían a casi seis millones de pesos, y, aunque el potencial económico del país (y su capacidad de pago) era considerable, esta deuda recordaba al público los errores de Mitre en la guerra. Las tropas desplegadas en Paraguay también llevaban veinte meses sin paga, lo que causaba acritud en círculos militares.[498]

Mitre era todavía un hombre relativamente joven, pero su adhesión a la alianza con Brasil lo hacía parecer un viejo gotoso que trataba de encontrar una silla en un salón repleto de políticos con más energía. No había hecho una campaña activa por Elizalde, sino que se había mantenido a un lado mientras oficiales militares y liberales heterodoxos unían sus esfuerzos en favor de Sarmiento, que entonces servía como ministro

argentino en Washington.[499]

Apenas unos años antes, en Buenos Aires habían desestimado a Sarmiento como un «don yo», un provinciano ególatra que podía engañar a algunos extranjeros con sus grandilocuentes proyectos, pero a quien nadie en la capital argentina podía tomar en serio. Al mismo tiempo, su idoneidad y su compromiso con el desarrollo económico, con la inmigración europea y con la educación pública eran bien conocidos y aprobados. Mitre podía tentar a las élites porteñas con la idea de una modernización a nivel nacional, pero Sarmiento podía prometerles que esa transformación ocurriría.[500]

Parte del cambio que tenía en mente incluía un nuevo papel para las fuerzas armadas. Ahora que las tropas del mariscal habían sido expulsadas del país y que se había logrado un poder de disuasión suficiente contra cualquier otro potencial enemigo, todos los ciudadanos podrían beneficiarse de evitar una futura guerra. Ciertamente, para el último trimestre de 1868, el pueblo argentino se

sentía muy lejano de los combates en el norte. Tenían más temor de los levantamientos indígenas a lo largo de la frontera patagónica que del ejército paraguayo, y los recursos destinados a la campaña contra López ahora parecían gastos inútiles incluso para muchos hombres de uniforme.[501] Una guerra civil en Corrientes, supuestamente apoyada por agentes del gobernador entrerriano Urquiza, venía a complicar aún más la película y reclamaba algún tipo de acción militar por parte del gobierno nacional.[502]

Sarmiento veía esto con total claridad. Una de las figuras más interesantes que produjo Argentina en el siglo diecinueve, era por turnos un excelente analista y hombre de letras, un florido pero ingenioso sofista y un celoso y rencoroso político. El tenor general de su pensamiento merecía elogios por su larga visión, especialmente en materia de educación pública. Pero, aun antes de que asumiera el poder como presidente en octubre, este atípico provinciano argentino ya era ridiculizado por sus excentricidades y su

narcisismo. La muerte de su hijo en Curupayty lo había endurecido y le había hecho perder calidez humana, y detrás de su robusta, franca y obstinada personalidad, había quedado mucho de frustración y desengaño.[503]

Extrañamente, su pérdida personal no lo convirtió en un dragón sanguinario en búsqueda de venganza contra el mariscal y su pueblo. Sus ideas sobre el Paraguay eran ambiguas. Como muchos advenedizos del interior argentino que tenían cargos de responsabilidad en Buenos Aires, sentía una persistente simpatía por los soldados y hombres paraguayos. Pero, al mismo tiempo, rechazaba todo lo que en ellos representaba, tal como él lo veía, su atraso indígena. Una vez señaló, por ejemplo, que no había nada admirable en el nacionalismo paraguayo, que provenía de «la sumisión del indio, el esclavo, el bárbaro, el ignorante ante su señor» y que «el perro tiene la misma obediencia, el mismo coraje, la misma fidelidad a su amo».[504]

La visión de Sarmiento era esencialmente

racista, pero no estaba dispuesto a permitir que este íntimo sentimiento oscureciera su comprensión de las necesidades inmediatas de Argentina. El país requería no solamente la victoria sobre López —lo que no suponía grandes recompensas por sí mismo— sino también un arreglo político más amplio con el imperio. Esto garantizaría la cesión del territorio paraguayo que Mitre y los liberales habían pretendido y al mismo tiempo sería la base de una paz duradera en la región. Sarmiento sentía que tendría que adherirse al Tratado de la Triple Alianza tal como había sido previamente concebido, pero también que tendría que ir más allá de este a fin de preparar una nueva década de prosperidad argentina.[505]

Por supuesto, mucho de este panorama reflejaba la asimetría entre la contribución argentina a la guerra y la brasileña. Desde que Mitre había delegado el comando en Caxias, el gobierno nacional tenía que seguir a su aliado o arriesgarse a ver sus intereses ignorados cuando el ejército del marqués consiguiera sus objetivos. Sarmiento

siempre había perseguido sus metas nacionales con excepcional persistencia y podía presumiblemente ser un interlocutor competente frente a los representantes brasileños si la situación en el frente lo demandaba. Mitre había sido un buen aliado; Sarmiento deseaba ser un hábil político. Pocos años después se hundiría en un resentido desencanto del gobierno y, a su manera, se volvería un hombre tan hastiado como Alberdi. Por el momento, sin embargo, había heredado una situación militar y una inconveniente alianza, y necesitaba hacerlas trabajar para Argentina.

La guerra había sido cruel desde cualquier punto de vista, pero los paraguayos habían sufrido mucho más que los aliados. Cuando cayó Humaitá, la guerra ya le había costado al mariscal 70.000 hombres debido a enfermedades, heridas y prisión. López había perdido 271 piezas de artillería, 8 vapores, 13 baterías flotantes y chatas, 51 banderas de combate, 7 lanzacohetes Congreve y una enorme cantidad de municiones, pólvora y suministros.[506] A esto deben sumarse pérdidas menos tangibles, como el daño hecho a la economía civil y al sistema de comercio interno y el horrible impacto en la moral nacional. López se podía congratular por la bravura de sus soldados y por el hecho de que Paraguay todavía existiera en el mapa de las naciones. Los hombres de su ejército permanecían obedientes y dispuestos a hacer los sacrificios que él les demandara. Pero el país estaba peligrosamente cerca del colapso.

Los aliados hicieron más progresos en

septiembre que en agosto. La armada condujo varios reconocimientos a lo largo del río. En tierra, las unidades de caballería bajo el mando del general Andrade Neves habían tomado la delantera por los barrosos o inundados senderos que conducían al norte, y los principales elementos del ejército de Caxias no estaban muy atrás. Era duro avanzar. Como reportó el corresponsal de *The Standard:*

> El camino estaba en pésimo estado [...] una sucesión de gruesos troncos, espinas y arbustos; durante los tres días de marcha, el ejército se separó del [...] río Paraguay, sufriendo terriblemente por falta de agua porque el agua de los pantanos es intomable [... los hombres] se sostenían pese a todo por la idea de que estos eran los últimos sacrificios impuestos sobre ellos por el bien de su país, y los intereses de la civilización, para evitar que un tigre en forma humana continuara oprimiendo a su propio pueblo...[507]

Si los brasileños se sentían alentados o no por pensamientos de reformar la civilización paraguaya, no lo sabemos. Lo cierto es que sí estaban ansiosos por ver cuanto antes el fin de la guerra. Al abandonar los campamentos en el

Tebicuary y San Fernando, los hombres del mariscal habían abandonado abundantes reservas de galleta, maíz y mandioca, lo que, dada la estrechez de sus circunstancias, sugería que entre los paraguayos reinaba un desorden general. En la segunda semana del mes, la vanguardia aliada entró a Villa Franca, otro pueblito olvidado que había sido militarmente relevante un tiempo atrás por sus depósitos y su pequeño puerto. Los aliados encontraron allí más provisiones almacenadas, cientos de uniformes secos, 600 arreos y aperos y comida suficiente para alimentar a 1.000 soldados por más de un mes.[508] Si los vapores hubieran estado funcionando aún, el mariscal habría podido llevar estos víveres a los hombres que los necesitaban.

Cuando Caxias se convenció de que en el río no había ni «torpedos» ni cadenas, decidió hacer un uso más activo de sus unidades navales. La lentitud y cautela de sus despliegues anteriores cedieron, momentáneamente, su lugar a un agitado entusiasmo en el que las tropas aliadas se

amontonaron a bordo de los barcos en Villa Franca y Humaitá y fueron transportadas río arriba para esquivar los obstáculos que impedían su marcha. Los hombres desembarcaron varias leguas al sur de la principal posición paraguaya en Angostura. Se les ordenó reagruparse en sus filas y avanzar directamente contra el enemigo. El momento de la acción había llegado.

A las 5:30 del 23 de septiembre, la caballería imperial lanzó un ataque para tomar posesión de un puente sobre un rápido arroyo, el Surubiy, localizado a menos de 15 kilómetros de Pikysyry. Como no había un vado para caballos y carretas, y como el terreno contiguo era desigual y estaba cubierto de espesa vegetación, el puente adquiría un importante valor estratégico, por lo cual el mariscal ubicó en el lugar una tropa de choque. Los soldados esperaron allí, pacientemente, desafiando a los brasileños a asaltar la posición.

El oficial protagonista del enfrentamiento que siguió fue el coronel João Niederauer Sobrinho, que había probado ser un intrépido comandante de

caballería en anteriores refriegas con el enemigo.[509] En esta ocasión, sin embargo, cometió el error de no percibir que se le tendía una trampa, ya que los aproximadamente 200 paraguayos que defendían la cabecera norte del puente mostraron una rara compostura mientras sus 700 jinetes avanzaban hacia la posición. El coronel dio la señal de ataque y los hombres del mariscal, después de disparar sus mosquetes contra las fuerzas que se aproximaban, se retiraron en medio de una supuesta sorpresa al otro lado del puente. Los brasileños los siguieron, para su desgracia, ya que, en la retaguardia, escondida en los bosques, estaba apostada una división de la caballería enemiga. Tan pronto como Niederauer hubo cruzado el puente, y «mientras las tropas perseguían a los paraguayos [...] la caballería avanzó desde los montes y entonces comenzó la verdadera pelea».[510]

Los brasileños giraron sin perder la cohesión y se abrieron camino de nuevo hacia el puente. Pero allí quedaron a merced del enemigo porque, si

bien pudieron alcanzar el otro lado, se toparon con una nueva unidad de caballería que venía en su apoyo desde el norte.[511] En su apuro por huir, la primera unidad colisionó con la segunda y ambas quedaron aprisionadas en un rincón, donde una buena cantidad de hombres fueron atacados por lanceros paraguayos que se arrojaron con furia sobre ellos.[512]

Desde tiempos remotos, los generales han insistido en que, siempre que sea posible, un ejército debe fingir confusión y atacar inesperadamente. Eso fue lo que hicieron los paraguayos en el Surubiy. Dada su inferioridad numérica, sin embargo, no podían sostenerse por mucho tiempo. El general Andrade Neves envió seis batallones de infantería para ayudar a los jinetes y estos pronto fueron respaldados por un batallón más de *voluntários*. Esto significaba que una fuerza paraguaya de unos 600 hombres estaba peleando con al menos 3.500 del enemigo. Pero ni esto produjo el esperado repliegue, ya que hombres del regimiento Acá Verá, que hasta ese

momento se habían mantenido ocultos en el pastizal al lado del camino principal, salieron abruptamente y cayeron por sorpresa sobre los brasileños. Reinó la confusión por un tiempo hasta que los ensangrentados paraguayos se retiraron al norte, dejando tras de sí a una pequeña retaguardia que destruyó el puente.

Los paraguayos perdieron cinco oficiales y 125 soldados en Surubiy, junto con un pabellón de batalla, varias docenas de caballos y unos cuantos mosquetes y sables. Unos pocos paraguayos cayeron prisioneros.[513] Los brasileños perdieron doce oficiales muertos y veintiséis heridos y 78 soldados muertos y 178 heridos: un total de 292 hombres, sin contar algunos que se registraron como desaparecidos.[514]

Molesto porque sus tropas hubieran sido engañadas y humilladas por los soldados del mariscal, Caxias presentó cargos de cobardía contra su propio Batallón 5 de Infantería, que formalmente se disolvió después de una corte marcial el 28 de septiembre. Si bien era verdad

que este batallón se había desbandando bajo presión, la mayoría de las otras unidades había caído en la misma confusión en el mismo momento, y era excesivo que el marqués castigara solo a esa con una pena «mil veces más cruel que la muerte misma».[515] Caxias normalmente asumía una actitud balanceada y juiciosa en cuestiones de disciplina. En esta ocasión, sin embargo, se mostró dominado por una gran frustración e impaciencia con aquellos bajo su mando. No era de extrañar. Estrategas de salón en Río llevaban meses exigiendo que dejara de perder el tiempo y avanzara a Asunción y a la victoria sin más demoras. Había respondido a sus críticas insistiendo en que la ofensiva debía ser segura y rápida. Surubiy sugería que el imperio no podría conseguir ni una cosa ni la otra y que López todavía tenía muchos trucos a su disposición, tantos que políticos y periodistas continuarían cuestionando la competencia del ejército del marqués. Caxias debió sentirse muy fatigado, muy cansado de estar en Paraguay. Tenía que repensar

su estrategia una vez más.

El general Gelly y Obes llegó a Villa Franca después de la reyerta de Surubiy y se le ordenó desplegar sus tropas argentinas para constituir el flanco izquierdo del avance aliado sobre la orilla oriental del río Paraguay. Los uruguayos de Castro fueron ubicados en el medio y la principal fuerza de brasileños de Caxias en el extremo derecho. Estas últimas tropas ya habían asegurado el sitio anteriormente mantenido por los Acá Verá. Ingenieros brasileños pronto reconstruyeron el puente que los paraguayos habían echado y prácticamente no sufrieron ningún hostigamiento mientras trabajaban en ello.

Más adelante estaban las principales defensas que había preparado Thompson en el Pikysyry, y la experiencia reciente sugería que los aliados podían esperar una resuelta resistencia en Angostura y en cualquier otro lugar a lo largo de la nueva línea. En total los paraguayos habían montado un poco más de cien cañones en su nueva

posición. Además, los hombres del mariscal habían bloqueado el curso del Pikysyry en tres lugares, por lo que el camino principal estaba a casi a dos metros bajo el agua.[516]

Con estos hechos en mente, Caxias decidió que las defensas del enemigo eran demasiado fuertes para ser forzadas y, en vez de atacarlas por el frente, resolvió rodearlas y abordarlas por la retaguardia. Habiendo previamente descartado un avance por la orilla occidental del Paraguay, ahora se inclinó por esa posibilidad y mandó construir un camino a través del Chaco para rodear las baterías paraguayas.[517] Una vez que superara un recodo en forma de herradura en el río, en el ápice del cual estaba Angostura, volvería a cruzar el Paraguay en Villeta y se movilizaría sobre la retaguardia enemiga, para evadir las baterías del mariscal. Sus ingenieros habían recibido amplio entrenamiento y estaban mucho mejor preparados para construir este camino de lo que lo habían estado los hombres de López unos meses antes. Y ahora que las principales unidades de Caballero

habían evacuado el Chaco, ninguna fuerza paraguaya de ningún tamaño podía disputar el progreso brasileño (no se involucraron tropas argentinas) a través de la jungla.

Las unidades del mariscal en el Pikysyry eran más débiles de lo que su reciente entusiasmo en el Surubiy había sugerido. Carne, naranjas y mandioca habían mejorado la salud y el comportamiento de las tropas, pero esta era la única ventaja, con respecto a la situación precedente, que cabe mencionar. Los paraguayos habían dejado atrás considerables cantidades de armas y municiones en su apurada retirada del Tebicuary y San Fernando, y ninguna de sus piezas de artillería estaba en condiciones de lanzar más de cien rondas; muchas de ellas, solo veinte o treinta.[518] Los cargamentos de pólvora venidos desde los depósitos de salitre en Valenzuela se habían vuelto irregulares.[519] En cuanto a la mano de obra, la mayoría de los recuentos no daba más de 18.000 hombres en el ejército paraguayo, 2.000 menos que el mes anterior, y, como antes,

había poca o ninguna esperanza de refuerzos.[520]

Caxias sospechaba que los paraguayos habían llegado al límite de sus fuerzas, pero todavía necesitaba una prueba de ello. El 1 de octubre, por lo tanto, envió al comodoro Delphim al frente de cuatro acorazados para forzar las baterías en Angostura y comprobar si la boca del Pikysyry estaba tan bien defendida como se rumoreaba. El asalto naval comenzó antes del amanecer y los barcos consiguieron pasar la posición paraguaya. No obstante, según Thompson, los buques enemigos recibieron tantos impactos como si hubieran hecho la maniobra de día. El coronel estaba bien situado para testificar sobre el enfrentamiento:

> Todas las tardes colocaba la artillería de manera que pudiera hacer una descarga general, porque siempre que lo habíamos hecho había dado buen resultado. Cada bala que pegaba en un encorazado producía un fogonazo. Era muy difícil ver los vapores en la oscuridad, porque el espeso bosque que poblaba la orilla del Chaco, frente a nosotros, arrojaba sobre el río una profunda sombra, y los buques buscaban siempre esta protección. Algunas veces solo los presumíamos por el reflejo de sus chimeneas en el

agua. Después de salir el sol, subieron otros ocho encorazados para practicar un reconocimiento, y tras ellos, el *Belmonte*, una cañonera de madera, con el almirante a bordo [...] le metimos una bala Whitworth de 150 en su línea de flotación, lo que la hizo retirarse sobre la marcha.[521]

Mientras los barcos de Delphim probaban las defensas del mariscal desde el río, las tropas de Osório avanzaban por tierra desde el sur. Caxias había delegado en el general riograndense la conducción de un reconocimiento de las posiciones del mariscal en Villeta. Esto requería que los brasileños se aproximaran cautelosamente a través de un terreno ondulado encima de Angostura y atacaran el flanco izquierdo de los paraguayos. A las siete de la mañana, Osório surgió con sus unidades, pero encontró una férrea resistencia. Enfrentó al enemigo en varios puntos, capturó un reducto a bayoneta y expulsó a los defensores de las trincheras. Poco después, habiendo medido el potencial de las restantes fuerzas paraguayas, se replegó a su campamento. Osório perdió 164 hombres, la mayoría de ellos

heridos, mientras que las pérdidas paraguayas parecen haber sido insignificantes.[522]

Durante las siguientes siete semanas, los aliados se contentaron con refriegas menores y regulares duelos navales con las baterías de Angostura, que fueron tan poco concluyentes como los vistos en Humaitá, y en sus memorias Thomson se jacta de los daños infligidos a los acorazados de Ignácio en estos intercambios.[523] Al mismo tiempo, los brasileños habían desarrollado una considerable aptitud para reparar sus buques. Los paraguayos podían observar desde la orilla opuesta cómo los hombres del comodoro emergían de las bodegas de sus barcos y tiraban fragmentos de las naves, puertas rotas, vidrios y otros residuos al agua — prueba de que los cañoneros de Thompson habían alcanzado el interior de los vapores. El daño, no obstante, no tenía grandes consecuencias, ya que las tripulaciones de Ignácio pronto ponían la flotilla de nuevo en completo funcionamiento. Los paraguayos nunca pudieron superar su eficiencia.

Los aliados se mostraron competentes en la

apertura del camino en el Chaco. Esto requirió un esfuerzo riguroso y constante del equipo de ingenieros liderados por el teniente coronel Rufino Enéas Galvão, asistido por los tenientes Guilherme Carlos Lassance y Emílio Carlos Jourdan. Su labor fue hercúlea. Tuvieron que establecer una base del lado chaqueño opuesto a Palmas, donde el principal campamento brasileño estaba situado, y cortar el follaje en una extensión de 50 kilómetros alrededor de una serie de lagunas hasta que pudieron salir nuevamente al río Paraguay justo encima de Angostura. El camino que construyeron requirió talar 30.000 palmas de karanday, que fueron ubicadas transversalmente, lado a lado, sobre el suelo barroso, que se inundaba cada vez que el río subía.

Los elementos jugaban en contra de los miles de hombres delegados para ayudar a los tres ingenieros. Era normal encontrarlos con el agua hasta la cintura, peleando contra las serpientes, los insectos y su propio agotamiento. Pero incluso bajo intensas lluvias continuaron trabajando.

Construyeron cinco puentes sobre los esteros más profundos y se abrieron paso entre pesadas masas de enredaderas espinosas y palmas, algunas veces limpiando más de 1.000 metros por día.[524] También tuvieron que lidiar con un brote de cólera entre las tropas del Chaco, pese a lo cual siguieron adelante como si se tratara de un inconveniente menor.[525] El marqués, quien se acercó a visitarlos en varias ocasiones, comenzó a sentirse frustrado y a pensar que el esfuerzo de construir un camino a través de esa maraña salvaje podría ser vano.[526] Sus ingenieros no lo creían así.

Galvão tenía numerosos caballos y bueyes, junto con suficientes cantidades de soga, machetes y otras herramientas. También tenía amplias reservas de mano de obra proporcionada por el general Argolo Ferrão, quien, junto con la totalidad del Segundo Cuerpo, había recientemente desembarcado desde Humaitá y estaba poblando la retaguardia. Piqueteros paraguayos en las inmediaciones no lo podían creer cuando veían cómo estos *kamba* avanzaban sin parar. Los

hombres del mariscal, que también habían atravesado el Chaco durante su propia retirada unos meses antes, pero sin los mismos recursos que sus enemigos, ingenuamente creían que la jungla detendría indefinidamente a los aliados.

Quizás la resolución de los paraguayos todavía pudiera lograr lo que el terreno no había podido. El mariscal López había organizado a unos 200 soldados en una fuerza de choque itinerante después de que Caballero cruzara el río en agosto. Esta pequeña unidad, comandada por un joven capitán de rostro inmutable llamado Patricio Escobar, podía ser despachada al Chaco en cualquier momento. La desventaja numérica paraguaya no permitía aspirar más que a hostigar por un tiempo a un ejército de 5.000 brasileños. Pero el larguirucho Escobar había decrecido últimamente en la consideración del mariscal y estaba ansioso de atacar al enemigo para probarle su lealtad. Asaltó la vanguardia aliada en dos ocasiones, la primera el 16 de octubre y la segunda el 26. Ninguno de estos esfuerzos

consiguió nada importante, aunque los testigos certificaron una vez más la vehemencia de estos hombres lanzados a una causa perdida.[527] Su coraje engrandeció todavía más la leyenda de la ferocidad paraguaya, pero el heroísmo de un soldado o el de una tropa no podía jamás detener el avance del ejército que ahora cruzaba el Chaco.[528]

A unos dos kilómetros de Villeta, del lado del Chaco, corre un pequeño arroyo llamado Araguay,[529] que desemboca en el Paraguay justo cuando la vista se pierde desde esa comunidad. Aunque la boca de este arroyo era estrecha, proporcionaba suficiente espacio para permitir el ingreso de uno de los vapores de rueda brasileños más chicos. Poco podían hacer los paraguayos para obstaculizar el transporte de provisiones de Ignácio a través de esta apertura, que le permitía un anclaje seguro. Cuando Galvão completó el camino desde el sur, Caxias despachó suministros para todo el ejército aliado por medio de este arroyo. Mientras tanto, las tropas de Argolo

construyeron campamentos río arriba de la confluencia del Araguay con el Paraguay, todos bien situados para lanzar incursiones contra las posiciones de López en el Pikysyry. Los soldados aliados tendieron una línea telegráfica a lo largo del lado este del arroyo y establecieron cuatro puestos de guardia, con espacio para dos batallones cada uno, en el ahora terminado camino, con un fuerte reducto, bien protegido por troncos, para controlar firmemente la cabecera norte.

El mariscal podría haber enviado a Escobar o a Caballero para retrasar el progreso aliado en el Chaco, pero, considerando las dificultades del terreno, no creyó que el enemigo pudiera avanzar tanto en tan poco tiempo.[530] Descartó los informes de sus espías y tomó el asunto como un probable intento de desviar su atención de la amenaza real, que él pensaba vendría de una directa confrontación en el Pikysyry.[531]

Osório y los otros generales aliados ya habían posicionado sus fuerzas para ese asalto. Esto dejaba a los paraguayos con pocas opciones fuera

de prepararse para ser atacados desde una u otra dirección, o desde ambas al mismo tiempo. Que Caxias hubiera ubicado al enemigo en una encrucijada era una prueba de su sagacidad estratégica, ya que, si bien inicialmente sus progresos fueron lentos, sus decisiones ahora parecían visionarias. La construcción de un camino por el Chaco resultó ser un acierto decisivo, y la situación en noviembre de 1868 apoyaba la presunción del marqués de que el fin de la guerra estaba cerca.

Analistas militares extranjeros han tendido a castigar a López como un general de tercera clase y un estratega de cuarta, pero hubo ocasiones en las que actuó inteligentemente con mínimos recursos a su disposición. Una vez convencido de que lo más probable era que el marqués avanzara por Villeta, respondió con gran energía. Su pensamiento táctico era sólido. Ordenó a sus hombres construir una larga línea de trincheras que cercara la aldea, y convirtió a la mayor parte de sus tropas en una reserva móvil, dejando solo hombres suficientes en las trincheras para manejar la artillería.[532] Cinco de los seis batallones en Angostura fueron retirados del comando de Thompson para que se unieran a las fuerzas principales, que el mariscal mantuvo cerca de sus cuarteles en Itá Ybaté. Desde allí podía desplegarlas a voluntad.

Un final de algún tipo era, no obstante, inminente, y producía incesante preocupación. Las

noticias de San Fernando no habían tranquilizado a los extranjeros, y los distintos representantes europeos pronto expresaron un deseo común de prevenir una carnicería general. Como Washburn, temían por las vidas de sus compatriotas que todavía residían dentro de las líneas paraguayas, y estaban seguros de que López mataría a estos hombres y mujeres si los brasileños conseguían sobrepasar las posiciones en el Pikysyry. Pero también creían, al contrario que el ministro de Estados Unidos, que la tarea de negociar su liberación podía ser más fructífera si era conducida por personal naval presente en el lugar antes que por diplomáticos desde Buenos Aires. El secretario Gould había viajado por vapor a Angostura a fines de septiembre, pero no obtuvo del mariscal nada excepto una carta en la que le indicaba dirigir sus peticiones al ministro de Relaciones Exteriores, Caminos. Gould prefirió retornar río abajo antes que enredarse en una correspondencia inútil.

Sus asociados italiano y francés tuvieron mejor

suerte. Durante octubre y noviembre, vapores de estos países circularon casi a diario entre el campamento principal aliado en Palmas y las baterías de Thompson en Angostura.[533] Caxias había para entonces abandonado su política de interferir con el paso de buques neutrales, probablemente calculando el beneficio para los aliados de evitar el asesinato de extranjeros no combatientes o, al menos, de que fuera López el responsable de sus muertes.

Como había ocurrido con Kirkland, los paraguayos recibieron a los oficiales navales franceses, italianos y a los frustrados británicos con almibarada cortesía. Muchas botellas de vino cuidadosamente almacenadas fueron consumidas y muchas delicadas palabras fueron pronunciadas en honor a las proezas del ejército y a la amistad que los monarcas europeos siempre habían demostrado al gobierno del mariscal. Las negociaciones para liberar a los residentes europeos de sus anfitriones fueron, no obstante, demoradas y, en algunos sentidos, no llegaron a ningún sitio. Parte del

problema eran los buques de guerra brasileños, nueve de los cuales habían pasado las baterías en Angostura y estaban bombardeando a los paraguayos con tal regularidad que ello dificultaba las reuniones con los oficiales navales extranjeros.[534]

Al final, el vapor italiano *Ardita* se llevó a unos 52 individuos, la mayoría mujeres y niños, mientras que el francés *Decidée* rescató a un número menor.[535] En él estaba el francés Gustave Bayon de Libertat, el canciller del consulado en Luque, a quien los paraguayos tuvieron engrillado desde el 31 de agosto por haber, supuestamente, «conspirado» con Benigno. El cónsul Cuverville, quien al menos en una ocasión había viajado a Itá Ybaté junto con su colega italiano Chapperon, había sido incapaz de proteger a Libertat con la inmunidad diplomática con la que alguna vez Washburn había resguardado a Bliss y Masterman. El francés fue sometido a una larga y penosa investigación dirigida por los padres Maíz y Román, y solo tras un arduo trabajo

de Cuverville y los oficiales del *Decidée* pudo escapar con vida.[536] Como dijo Thompson:

> [...] habiéndole hecho confesar en el tormento que por su complicidad había recibido 40.000 [pesos...] de los jefes de la conspiración. El canciller me fue consignado junto con sus papeles, con orden de entregarle al capitán francés como prisionero, lo que ejecuté. Algunos de estos vapores cargaron una cantidad de cajas muy pesadas, cada una de las cuales no podía ser llevada sino por 6 u 8 hombres. Probablemente contenían una parte de las joyas de las señoras, que habían sido robadas en 1867, así como un gran número de doblones.[537]

Esta referencia a monedas y joyas guardadas a bordo del buque francés explica otro elemento en la inesperadamente graciosa recepción del mariscal a los oficiales navales: contaba con ellos para transportar tesoros, a través del bloqueo aliado, a Buenos Aires y Europa, donde guardarlos para su familia en caso de exilio. Resultó que el receptor de estas cajas no fue otro que el hermano del doctor Wiliam Stewart, quien, se esperaba, guardaría los valores hasta que Madame Lynch o López los retiraran de Edimburgo.[538] Aunque

los detalles de todo este asunto permanecen borrosos, parece que, por una vez, el mariscal adoptó una actitud práctica y realista en medio de sus vicisitudes.

Realismo era sin duda lo que se necesitaba. A principios de noviembre, Caxias inspeccionó el camino del Chaco, que sus ingenieros ya casi habían terminado. Habiendo dudado de su capacidad de hacer una ruta en este terreno tan anegadizo, ahora se sentía más que satisfecho con su progreso y anunció que esperaba atacar pronto Villeta con todo el ejército aliado. Esta declaración era una artimaña, ya que planeaba cruzar el río Paraguay en un lugar a cierta distancia al norte del pueblo, y quería que el mariscal desperdiciara sus esfuerzos en preparar un asalto que el marqués no tenía intenciones de realizar.

En vez de eso, durante las siguientes semanas sus tropas llevaron piezas de artillería, municiones y otros bártulos a las áreas de vanguardia por el camino del Chaco. Mientras tanto, al tiempo que

sus cañones navales castigaban Angostura, sus fuerzas terrestres se lanzaron a una serie de cortas pero agudas penetraciones contra la línea del Pikysyry.[539] La más seria ocurrió el 16 de noviembre, cuando los jinetes de Osório intentaron capturar a varios piqueteros paraguayos poco antes del anochecer. Según un relato, los hombres del mariscal se escabulleron antes de que la caballería pudiera siquiera acercárseles, y, según otro, los brasileños fueron expulsados del campo con fuertes bajas, después de lo cual delegaron los siguientes reconocimientos en la armada.[540]

El 21 de noviembre, las principales unidades de infantería aliadas cruzaron el río desde Palmas sin incidentes y levantaron un nuevo campamento en el lado chaqueño llamado Santa Teresa. Al día siguiente, esas mismas unidades se dirigieron al norte por el camino y comenzaron a unirse al Segundo Cuerpo de Argolo, que ya estaba en la vanguardia. Las tropas aliadas en el Chaco ahora ascendían a unos 32.000 hombres, bien provistos de artillería y con fuerzas de caballería

acompañando a la infantería. Los indios toba y mocobí, que observaron el paso de este ejército desde la distancia, apenas podrían creer que semejante fuerza de hombres y animales existiera en alguna parte del mundo.

Unos pocos días después, habiendo establecido nuevos cuarteles en uno de los puestos de guardia del Chaco, Caxias recibió noticias de una nueva crecida del río que amenazaba con cubrir el camino. Antes que ver a sus tropas chapoteando en agua, prefirió hacer un alto temporal. Pero como no tenía deseos de posponer su flanqueo, decidió usar ese tiempo para montar una gran maniobra de distracción.

El 28 de noviembre, el comodoro Delphim y cuatro barcos de su flotilla avanzaron al norte hacia Asunción con órdenes de bombardear la ciudad. Este ataque, se esperaba, obligaría a utilizar parte de las tropas del Pikysyry para ayudar a defender la excapital. Al final, Caxias no pudo inducir a los paraguayos a pensar que este bombardeo llevaría a una ocupación como la que

Washburn había predicho muchos meses antes. López telegrafió con noticias de movimientos navales en el Paraguay y esto le dio a su propio vapor, el *Pirabebé*, el tiempo justo para escapar más al norte, fuera del alcance de los acorazados. Pero el mariscal mantuvo a sus tropas donde estaban.[541]

El bombardeo ocurrió el 29. Delphim apuntó a los edificios gubernamentales cercanos a la bahía y esta vez acertó al arsenal, la casa de aduanas, el astillero y el palacio ejecutivo, uno de cuyos cuatro pináculos decorativos voló en pedazos con el mástil que sostenía la insignia nacional. El valor simbólico de esta pérdida fue notorio. Los brasileños levaron anclas a las 15:00 y se alejaron sin desembarcar tropas.

Mientras tanto, Caxias reinició la marcha. Las aguas habían retrocedido desde las altas marcas de la semana previa y los ingenieros repararon las secciones dañadas del camino. La fuerza completa de brasileños y argentinos avanzó en forma constante por el Chaco hasta un punto opuesto a la

minúscula aldea de San Antonio, varios kilómetros arriba de las defensas de Villeta. Desde allí los aliados cruzaron sin oposición el 5 de diciembre en una de las maniobras mejor ejecutadas de toda la campaña. Solo un insignificante número de jinetes paraguayos los esperaban, todos los cuales se replegaron de inmediato para reunirse con López en el Pikysyry. Una columna más grande, compuesta por 2.000 de caballería bajo el comando de Luis Caminos, tenía órdenes de lanzarse contra los invasores, pero, inexplicablemente, se retiró al este, hacia Cerro León, el mismo día, sin intentar nada para detener al enemigo.[542]

Para el anochecer, más de 15.000 soldados aliados pasaron a la orilla oriental del río Paraguay. A pesar de la persistente lluvia, Caxias envió piqueteros para determinar la fortaleza de cualquier unidad paraguaya en la vecindad.[543] La caballería del coronel Niederauer Sobrinho cruzó un pequeño puente sobre el proceloso arroyo Ytororó, pero no encontró resistencia enemiga y

optó por regresar por el río para reportar que el sendero a Angostura y el Pikysyry parecía libre. Este hecho, creía, completaba las condiciones necesarias para los asaltos finales de la guerra. Caxias, Osório y Argolo pensaban lo mismo y comenzaron los preparativos para atacar.

El 3 de ese mes, el buque de guerra estadounidense *Wasp* había reaparecido frente a la posición paraguaya en Angostura, esta vez con el contralmirante Charles Davis, comandante del escuadrón de Estados Unidos en el Atlántico Sur, y Martin T. McMahon, el nuevo ministro norteamericano en Asunción. Este último, que, como el ministro Webb en Río, era un ex general del ejército de la Unión, había pasado más de un mes en Brasil y Argentina entrevistando a importantes personajes y leyendo informes de, y acerca de, su predecesor. McMahon ya había llegado a la conclusión de que López debía ser tratado con mano firme, pero cuidadosa, y que los jugueteos de Washburn con los asuntos paraguayos habían obstruido la búsqueda de la paz y hecho más difícil la salida de extranjeros de la zona de guerra.[544] La visita del *HMS Beacon* unas semanas antes había asegurado la evacuación de un puñado de súbditos británicos, y tomando este

precedente (y el de los oficiales navales franceses e italianos) en cuenta, el recién llegado ministro pensó en probar su propia suerte con López.[545] Había traído al almirante Davis para que no quedasen dudas de la resolución de Estados Unidos y como señal de que, allí donde la razón y la cortesía fallasen, los norteamericanos tenían la fuerza y los recursos a los que había aludido el capitán Kirkland.

En realidad, el mariscal estaba ansioso por encontrarse con el nuevo ministro, cuya llegada podría redundar en favor del Paraguay, y se preocupó de montar una buena exhibición. En contraste con Ulysses Grant, quien parece haberse permitido una sola juerga de tragos en cuatro años de guerra (y que por ello pasó a la posteridad escarnecido como un borracho), el mariscal últimamente se había entregado a una constante embriaguez, incluso cuando sus tropas estaban en pleno combate. Prefería, al comienzo, el brandy y los vinos importados, pero terminó inclinándose por la caña local, a la cual se volvió

inmoderadamente afecto y a la que consideraba como una cura para su permanente dolor de estómago y de muelas. Nadie en Itá Ybaté, ni siquiera Madame Lynch, se atrevía a reprocharle este hábito, como tampoco nadie consideraba prudente cuestionarle las horas que dedicaba a los rezos diarios.[546]

Pero ahora necesitaba presentar un rostro atractivo y aparecer como un hombre seguro de sí mismo, sobrio y encantador. El capitán Kirkland le pidió una entrevista inmediatamente después de echar anclas y le informó que el almirante Davis le rogaba que lo recibiera en una misión humanitaria. Davis se reunió con López esa noche en los cuarteles con techo de paja del coronel Thompson en Angostura. Su conversación, que podría haber sido difícil por el hastío de la guerra que se había ido apoderando del lado paraguayo, se volvió cada vez más amistosa a medida que pasaban los minutos, siendo obvio, entre otras cosas, que ambos hombres sentían un especial desagrado por Washburn.

Davis dejó claro que la detención de Bliss y Masterman había creado una innecesaria tensión en la buena relación entre Paraguay y Estados Unidos, pero que esa barrera podía ser superada si el mariscal consentía en dispensar a los dos hombres.[547] López había previsto esto y respondió con palabras cuidadosamente escogidas. A pesar de su evidente responsabilidad, se lavó la manos al afirmar que él había esperado poder arreglar su evacuación desde hacía algún tiempo, pero que los tribunales no se lo habían permitido debido a que su trabajo no estaba concluido.[548] Davis, desde luego, tenía algunos argumentos propios «con forma de cañones de 11 pulgadas que podían ser usados de una manera más persuasiva que la manera como los brasileños habían utilizado los suyos».[549] Pero el almirante no creyó necesario subrayar su poder dado que el líder paraguayo se mostraba perfectamente de acuerdo con liberar a los «malhechores», siempre que los americanos los trataran apropiadamente. Esto significaba que los ex empleados de la

Legación debían abjurar de todo contacto con representantes aliados, evitar proclamarse hombres inocentes rescatados de un cruel cautiverio y reconocer su condición de conspiradores puestos en libertad por un acto de clemencia.

Independientemente de que el almirante de patillas blancas creyera o no culpables a los dos detenidos (su posterior testimonio fue ambiguo), aceptó todas estas condiciones. Masterman y Bliss, el último portando múltiples copias de su notorio panfleto, fueron puestos en custodia de Estados Unidos el 10 de diciembre, y pasaron varios meses en un semiconfinamiento a bordo de una serie de buques de guerra norteamericanos antes de llegar a Nueva York.[550] Funcionarios del Departamento de Estado los esperaban allí para escoltarlos a Washington, donde darían su testimonio como parte de la investigación del Congreso sobre los problemas paraguayos. Ambos exoneraron a Washburn, denunciaron el trato recibido de los oficiales navales estadounidenses

y calificaron a López de sádico y criminal.[551]

Porter Bliss, a quien Burton describió como «un hombre de cierta educación, pero mayormente superficial», continuó al servicio del gobierno de los Estados Unidos después de testificar ante el Congreso. Tomó un empleo como secretario de la Legación en la ciudad de México, con un trabajo más o menos similar al que hacía en Asunción. En una carta a su mentor Washburn, se queja de que acaba de terminar de escribir el despacho número 321 para el ministro estadounidense en dicha capital. Bliss también estuvo muy involucrado en un fracasado proyecto de construir un canal a través de la península de Tehuántepec.[552] Masterman volvió a Inglaterra, se entrenó como doctor en el Guy's Hospital y practicó la medicina en Croydon por varios años antes de mudarse a Stourport-on-Severn, donde murió en 1893 (posiblemente por suicidio). Fue un frecuente colaborador del *British Medical Journal,* y escribió varios artículos en favor de la técnica para injertos de piel usando cuero de conejo.

Proporcionó el modelo para el doctor Monygham, un personaje menor en el *Nostromo* de Joseph Conrad.[553]

Aunque a estos dos hombres debió serles difícil extirpar al mariscal de sus pesadillas, este tenía cosas mucho más apremiantes que hacer que preocuparse por su bienestar. McMahon desembarcó el 12, pero seis días antes de presentar sus credenciales Caxias lanzó el primer ataque de su campaña de diciembre. El mariscal podría haber ganado algún tiempo si hubiera presentado resistencia al desembarco aliado el 5, pero, habiendo desaprovechado esa oportunidad, ahora se encontraba incapaz de demorar el avance enemigo. Al menos 15.000 brasileños se habían desplegado detrás de las líneas paraguayas, y se aproximaban a toda marcha.

Capítulo 7

La campaña de diciembre

La eficiente y mayormente incruenta manera en que el ejército aliado consiguió sus metas operacionales en los meses finales de 1868 contrastaba profundamente con su a veces marcada ineptitud anterior. El marqués de Caxias era el responsable de ello. Había mejorado la disciplina en todas las fuerzas aliadas, promoviendo a oficiales de probada capacidad y dándoles el comando de las unidades de vanguardia. Había aprovechado al máximo su batallón de ingenieros y había mantenido una presión constante sobre

posiciones enemigas que en muchos sentidos eran más fuertes que la de Humaitá. Pero ahora, a principios de diciembre, después de haber demostrado estabilidad y profesionalismo desde que arribó al Paraguay, el marqués ofreció una sorprendente exhibición, primero, de un coraje personal más asociado al de Osório o José Eduvigis Díaz y, segundo, de imperdonable torpeza al dejar que el mariscal se escabullera una vez más.

El general Argolo, que había cruzado con todo su Segundo Cuerpo desde el Chaco, despachó jinetes bajo el mando del coronel Niederauer Sobrinho al caer la tarde del 6 de diciembre para reconocer los senderos del sudeste de Villeta. El coronel casi no tenía información de lo que había más adelante. Encontró una gran cantidad de arroyuelos, que las tropas pasaron fácilmente, y luego un riacho más caudaloso, sobre el cual había un puente de madera no custodiado. Pasando sobre él, Niederauer avanzó una corta distancia hasta un monte y luego dio la vuelta con sus unidades para

no arriesgarse a ser atacado por francotiradores por la noche. Al regresar a la base, cometió la negligencia de no asegurar el puente, cuyo papel central no había sido percibido ni por él ni por Argolo ni por Caxias.[554]

El mariscal se movió rápido. Mientras los piqueteros del marqués reportaban un número irrisorio de paraguayos en los alrededores, López despachó al general Caballero y a su reserva móvil para ocupar el puente, la principal posición defensiva en todo el sector. Los varios arroyuelos que los brasileños habían descubierto se entrelazaban, se entrecruzaban y se unían en un único torrente de unos cinco metros de ancho, que rugía, temblaba y levantaba nubes de bruma al precipitarse por un desfiladero. Este arroyo, el Ytororó, estaba acorralado por una maraña de matorrales. Solamente el puente, con el claro en uno de sus extremos, dejaba cierto espacio para permitir el paso de tropas, y Caballero había dispuesto las suyas para proteger esa posición. Tenía 3.500 hombres en seis batallones de

infantería y cinco regimientos de caballería, aunque todos un tanto cansados tras haber llegado a la escena después de una larga noche de marcha. Aun así, consiguieron una ventaja, ya que los brasileños no podían flanquearlos.

Caxias ordenó que se atacara a tempranas horas del 7 de diciembre, cuando el Lucero del Alba empezara a ceder su lugar de prominencia al sol naciente.[555] Aunque para entonces ya se daba cuenta de cuán crucial era el puente, no veía otra alternativa que atravesar las fuerzas de Caballero y esperar que este cediera ante su superioridad en número. El coronel Fernando Machado fue el primero en llegar al desfiladero, con cuatro batallones de la infantería imperial. Cuando se aproximaron desde el lado opuesto, sin embargo, ofrecieron al enemigo un frente de lo más estrecho, perfecto para la enfilada que Caballero le había preparado. El fuego de los paraguayos se volvió intenso de inmediato, probando que los cañoneros no habían olvidado nada de lo que Bruguez les había enseñado. Los batallones brasileños de avanzada colapsaron en desorden y se dispersaron en retroceso entre las unidades que todavía estaban tratando de avanzar, lo que aumentó la

confusión en las filas. Los cuerpos se estrujaban y volaban en pedazos mientras proyectiles y granadas cortaban el aire.

Comprendiendo que el avance podía desintegrarse antes de comenzar, Machado audazmente cabalgó hacia la línea de fuego, arengando a sus hombres a recomponerse y volver a cargar. Pero justo cuando estos al fin lo hacían, el coronel cayó de su caballo, alcanzado por una certera bala. Sus hombres apenas lo notaron al principio y continuaron avanzando sin él, consiguiendo, con un supremo esfuerzo de voluntad, ganar el lado opuesto del puente pese al fuego fulminante. Luego, después de un sangriento asalto contra la posición de artillería más cercana, capturaron dos cañones paraguayos.

Esto les habría dado un motivo de satisfacción si hubiesen tenido tiempo para pensarlo. Desafortunadamente para ellos, descubrieron demasiado tarde que el mariscal les había tendido una trampa. Ocultos en el follaje, a corta distancia, había cientos de infantes paraguayos que, para

variar, habían comido bien la semana previa. Ahora estaban agachados y al acecho, esperando que sus comandantes, los coroneles Valois Rivarola y Julián Godoy, dieran la señal de ataque. Cuando salieron de sus escondites, como embriagados por un vértigo salvaje, se lanzaron a la batalla y cayeron sobre los estupefactos soldados enemigos, quienes no podían creer que tantos hombres cargaran blandiendo solo sables y bayonetas.[556]

En un momento, los soldados paraguayos y brasileños se trenzaron en la lucha de tal manera que parecían fusionados en una única masa humana. El coronel Machado ya había muerto tratando de tomar el puente y sus desesperados oficiales apenas podían conducir a sus hombres en la defensa. No pudieron resistir las furiosas cargas que les llegaban de tres direcciones y poco después se replegaron a toda prisa a través del puente, primero la caballería y luego la infantería.[557]

Caxias observó la acción a través de su catalejo

y vio el peligro que corría si no lograba recuperar el ímpetu. Dirigiéndose al coronel Niederauer, dio órdenes de cargar sobre el puente con cinco regimientos de caballería riograndense. El coronel, que había probado su valentía más de una vez, se abalanzó sobre el enemigo sin esquivar las unidades de infantería en retirada. Los jinetes pudieron abrirse paso, pero su progreso se vio demorado por los desorientados sobrevivientes del asalto inicial y por los cuerpos que yacían amontonados en el suelo.

Los jinetes a menudo presumen que, si pueden penetrar en una masa de infantería, esta quedará naturalmente a su merced, pero esta vez no fue ese el caso. Los soldados buscaban cortar los corvejones de los caballos con sus machetes para que tanto el animal como el jinete se derrumbaran; esto pasó muchas veces en pocos minutos. Niederauer logró capturar cuatro cañones y, después de un tiempo, hizo retroceder a los paraguayos hacia el monte. Sin embargo, Rivarola y Godoy pronto contraatacaron, ayudados por

refuerzos de quizás unos 1.500 hombres que habían llegado a través de los esteros y ahora se unían a la refriega.

Las unidades de caballería e infantería imperiales se separaron en tres o cuatro atónitos grupos, todos los cuales comenzaron a quebrarse bajo las interminables descargas. Estos soldados pensaban que López estaba terminado y que sus hombres no podrían mostrar determinación con los estómagos vacíos. Pero este inesperado vigor no podía ignorarse; primero asombraba, y luego estremecía.

Si bien los brasileños no se percataron, en realidad hubo algo más que una indecisión momentánea del lado paraguayo. Algunos de los recién llegados vacilaron inicialmente ante el número que enfrentaban y comenzaron a apartarse del campo de batalla, pero justo en el momento en que un batallón comenzó a quebrarse, uno de los comandantes de infantería, el teniente coronel Germán Serrano, gritó a sus soldados en guaraní que eran peores que mujeres viejas.[558] El

insulto surtió efecto, ya que aquellos a los que iba dirigido eran en su mayoría muchachos adolescentes que todavía se sentían picados por el implícito estigma, algo que los curtidos veteranos ya hacía tiempo habían aprendido a ignorar.[559] Los soldados jóvenes apretaron los dientes, se volvieron y los otros hombres los siguieron. Las filas del frente del ejército paraguayo se cerraron y, con un esfuerzo sobrehumano, consiguieron rechazar al enemigo. Los restantes brasileños en el lado sur del puente rompieron filas y se atropellaron unos a otros en una ciega estampida para escapar. Algunos cayeron al torrente y se ahogaron.

El marqués contempló este revés de la misma forma en que había contemplado el que lo precedió. Crispado, ordenó al general Hilario Gurjão retomar el puente a cualquier precio. El general no lo dudó ni un momento. Cargó con todo lo que tenía, liderando primero el Primer Batallón del Infantería, luego el 36 de Voluntários, y después el 24 y el 51. Aún más batallones se

sumaron y, después de luchar con denuedo, parecía que Gurjão tendría éxito allí donde los otros oficiales habían fracasado y que despejaría de paraguayos el otro lado del Ytororó.

De repente, con las cosas todavía a su favor, mientras el general lanzaba una última arenga de aliento, recibió una bala Minié en su brazo izquierdo. Le cortó una arteria y cayó inconsciente de su montura. Un sargento que lo había servido como su ayudante personal levantó al general sobre su espalda y, pese al continuo fuego de mosquete, consiguió llevarlo a un lugar seguro.[560] Mientras tanto, las unidades que Gurjão había conducido para cruzar el puente fueron una vez más rechazadas y volvieron al punto donde habían comenzado.

La batalla, que el general argentino Garmendia comparó con una lucha sangrienta entre hormigas rojas y negras, había ido y venido con unos 16.000 hombres dispuestos a hacer lo que fuera para apropiarse de un pequeño puente de madera.[561] Y todavía no estaba terminada, ya que los

paraguayos se rehusaban a ceder el perímetro defensivo. El marqués mandó al general Argolo, comandante del Segundo Cuerpo, a reemplazar a Gurjão, pero no tuvo más éxito que sus antecesores. De hecho, cayó mortalmente herido en el esfuerzo. Entonces Caxias ordenó a otros doce batallones del Primer Cuerpo entrar en acción bajo el mando del general Jacinto Machado de Bittencourt, oficial de probada capacidad y ansioso de mostrar sus habilidades. Pero, una vez más, los paraguayos los detuvieron en seco, tal como habían hecho con los que llegaron antes.

Las bajas brasileñas se incrementaban rápidamente y el marqués estaba perdiendo la paciencia. Mirando tras de sí para movilizar aún más refuerzos, desenvainó su espada y la levantó sobre su cabeza. Ciertos detractores afirmaron que el viejo sable curvado había estado en su funda por tanto tiempo que, cuando lo sacó, se levantó una nube de herrumbre y telarañas.[562]

Pero el gesto de Caxias no había sido ni impetuoso ni romántico, sino calculado, con

independencia de que, a pesar de sus sesenta y cuatro años, todavía sintiera en sus venas la pasión, el enfado y, sobre todo, la firmeza de un oficial joven. Su rostro se puso de un rojo encendido. «Todos ustedes que son brasileños», gritó, «¡síganme!», y se dirigió a todo galope hacia el puente con las unidades restantes detrás de él.[563]

Los que presenciaron este espectáculo admitieron que fue la hora más encumbrada del marqués, o al menos la más melodramática. Su acción tuvo el resultado que esperaba, ya que las tropas brasileñas, galvanizadas por su ejemplo, se recompusieron, recuperaron las agallas y se levantaron aclamando a Caxias y al emperador. La caballería de Niederauer se restableció de su aturdimiento y se acercó rápidamente al enemigo. Su furia se volvió imparable.[564]

Los paraguayos, ya maltrechos después de una batalla que había durado casi todo el día, no requirieron más persuasión para ceder. Habían recibido noticias de que tropas del general Osório

se aproximaban y eso fue suficiente para entregar la posición. La caballería solo opuso la resistencia necesaria para permitir el retiro de la infantería al final de la tarde, y luego los jinetes paraguayos desaparecieron. Se escondieron con los otros sobrevivientes en los montes cercanos, donde los brasileños no osaron perseguirlos, y al amanecer del día siguiente se dirigieron al sur, hacia otro arroyo, el Avay.

Ytororó fue quizás el enfrentamiento más feroz de la guerra. Las limitaciones tanto del terreno como de las tácticas empleadas lo convirtieron en un sangriento combate cuerpo a cuerpo.[565] Con su decisión de atacar frontalmente, Caxias desperdició su ventaja numérica y dejó a sus unidades al descubierto. Tenía una gran superioridad en poder de fuego, tanta que podía haber bombardeado a las tropas enemigas hasta forzarlas a retirarse.[566] Pero no quiso esperar. Pensó que los paraguayos estaban ya tan exhaustos que no podrían oponer más que una pasajera resistencia en cualquier sitio encima de Angostura.

Recordaba con cierto optimismo que los hombres de López no habían desafiado el desembarco de sus tropas río arriba. Aunque ello sugería una considerable debilidad del lado paraguayo, el comandante aliado sacó demasiadas conclusiones de esa muestra de ociosidad o indecisión.

Sin censurar a Caxias, cuyo heroísmo en la ocasión rápidamente se volvió legendario, deberíamos en esta oportunidad reconocer el mérito del mariscal López. Si bien no estuvo presente en el puente, tomó la iniciativa antes de que la batalla comenzara, identificó una debilidad decisiva en el avance aliado, que los brasileños habían pasado por alto, desplegó sus tropas eficientemente y, por una vez, concedió a sus comandantes de campo suficiente libertad para que pudieran cobrar a los aliados un elevado peaje por cada pulgada de terreno que obtuvieran. Es cierto que los brasileños ganaron la batalla de Ytororó, pero pagaron un alto precio: 3.000 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos, contra 1.200 del lado paraguayo. Y entre estas bajas, los aliados

contaban a numerosos oficiales veteranos, incluyendo los generales Gurjão y Argolo.[567] Si la batalla hubiera ocurrido en las primeras fases de la guerra, las pérdidas podrían haber hecho tambalear el liderato aliado. Dadas las circunstancias, Caxias mantuvo todo el poder que requería para recuperarse y retomar la ofensiva. Y pretendía hacerlo lo más rápido posible.

Una seria crítica hecha al marqués en ese tiempo fue no haber involucrado al Tercer Cuerpo de Osório en la acción en Ytororó. Era un cuestionamiento justificado. El general tenía unos 5.000 hombres en sus columnas, que se movían de manera perpendicular a las fuerzas principales a unos quince kilómetros al este. Aunque marchando en la dirección equivocada, habrían estado en condiciones de prestar apoyo si alguien hubiera informado a su comandante. Nadie lo hizo. Si el plan era que Argolo atacara por el frente y Osório por la retaguardia a las fuerzas de Caballero, entonces Caxias había malinterpretado las distancias o el tiempo que requería ocupar el

flanco paraguayo. Como él mismo notó unos años más tarde, la falla pudo haber sido de un oficial paraguayo capturado que había actuado como guía de Osório y accidentalmente —o deliberadamente — condujo al general en círculos y lo hizo llegar media hora tarde para cualquier aporte.[568]

Doratioto afirma que Caxias estaba física y psicológicamente exhausto y que, si hubiera descansado apropiadamente, habría enviado a las tropas de Osório en persecución de Caballero. El análisis de la conducción brasileña en Ytororó se ha vuelto irritantemente parcial con los años y nunca se alcanzó un consenso sobre el tema. Las narraciones partidarias de Caxias culpan a Osório antes que al marqués, mientras que aquellas que celebran al general riograndense sostienen precisamente lo opuesto. Sin tomar en consideración el fragor de la guerra, escritores paraguayos responsabilizan a ambos comandantes por la torpe ejecución de tácticas mal concebidas y generalmente ensalzan, en contraposición, los méritos de Caballero. En respuesta a esta actitud,

el mariscal italiano Badoglio, quien sabía algo acerca de perder batallas, expresó más que un toque de impaciencia y condenó el intento de O'Leary de caracterizar a Osório como incompetente, o incluso desleal, en esa ocasión, notando que el hábito de retratar a los oficiales aliados como tontos restaba heroísmo a Caballero, ya que ¿dónde está la gloria en derrotar a un chapucero?[569]

Los hombres de Caballero ahora acampaban 8 kilómetros al sur. Acababan de entregar muchas vidas a los brasileños, junto con seis cañones, y se sentían tremendamente agotados y deseosos de evitar cualquier nuevo choque con el enemigo. Pero el comandante aliado no tenía intenciones de darles tregua. Unas horas después de la retirada paraguaya, puso a sus tropas en pie para marchar tras el enemigo, listas, parecía, para otro enfrentamiento. Acamparon inicialmente en las afueras de la pequeña aldea de Ypané y tres días después reiniciaron su avance al sur.

La inestabilidad del clima en esta época del año

no favoreció a ninguno de los bandos. Había tanto polvo y sudor en la línea de marcha hacia el Avay que los soldados se sentían al borde de la asfixia, y el arenoso viento norte, que soplaba sobre ellos desde el Chaco, recordaba a cada hombre lo infernal que podía ser el Paraguay en verano.[570] Rezaban por lluvia, a la vez que temían lo que podía ocurrir si caía de la manera usual, trayendo barro e inundaciones por doquier.[571]

Caballero estuvo el 9 y el 10 del mes tratando de preparar sus defensas en el Avay. Había consultado con el mariscal en Villeta y asegurado los servicios de un batallón extra y doce piezas de artillería. Esto elevaba su fuerza total a 5.500 hombres y 18 cañones, pero era poco para torcer las posibilidades a su favor. López eligió retener parte de sus fuerzas a lo largo de la línea del Pikysyry y en Angostura, y esperó que Caballero pudiera desempeñarse como lo había hecho antes. Pero en contraste con la situación en el Ytororó, el general no podía contar esta vez con un terreno favorable, lo que implicaba que no tendría la

ventaja de un fuego concentrado.

López había avergonzado a Caballero al conminarlo contra su opinión a establecer sus defensas en una posición débil. Había consultado previamente el parecer de dos de sus comandantes, Valois Rivarola y Germán Serrano, sobre la conveniencia de instalar la defensa en el Avay. El primero expresó con franqueza que cualquier esfuerzo en tal sentido estaba destinado al fracaso, mientras que el segundo se mostró confiado, incluso orgulloso, en la capacidad del ejército de resistir al enemigo, y quizás «incluso de vencerlo», como lo había hecho la infantería en Ytororó. Ignorando el hecho obvio de que los paraguayos habían perdido esa última batalla, el mariscal decidió confiar en el optimismo de Serrano y descartar las advertencias de Rivarola. Cuando Caballero presentó objeciones y secundó la postura del segundo, López lo desautorizó, diciendo que, si algún hombre carecía del coraje para pelear con el enemigo, entonces él encontraría a los oficiales dispuestos a hacer el

trabajo.[572] Ante tal imputación de cobardía, Caballero se contuvo y se preparó para la carnicería que se avecinaba.

Rivarola se juntó con Serrano poco después en la cima de una pequeña colina al lado sur del Avay. Serrano acababa de ser promovido a coronel y no se llevaba demasiado bien con Valois. Notando las brillantes estrellas que ahora decoraban las charreteras del oficial más joven, Rivarola meneó la cabeza y sonrió. «Bueno, mi amigo, pronto tendrás la oportunidad de exhibir tus nuevas estrellas. El enemigo se está acercando a nosotros y los *kamba* no están viniendo con paños suaves para limpiarte el trasero».[573] Serrano simuló reírse, pero no respondió con palabras.

Avay

Caballero desplegó sus fuerzas en una especie de semicírculo en la base de la colina, situando diez cañones en el centro y cuatro en cada lado. Hizo cavar trincheras, aunque sabía que el marqués jamás le daría el tiempo suficiente para hacerlas efectivas. Desde el principio comprendió que no tenía oportunidad de éxito. A corta distancia había un gran campo abierto que los aliados podían usar para flanquear a sus tropas sin importar cómo las ubicara. Y si el Ytororó no podía ser fácilmente vadeado, el Avay, en cambio, era poco profundo y poco torrentoso, tanto que Caxias tenía una docena de lugares por donde hacer cruzar a sus tropas.

Avay, por lo tanto, se presentaba como un predecible, quizás ineludible, desastre. El 10 de diciembre, mientras el mariscal negociaba con el almirante Davis, los brasileños preparaban el ataque. El general Osório había encabezado la marcha desde el Ytororó con su Tercer Cuerpo,

seguido por el Primero y el Segundo, comandados por los generales Bittencourt y Luiz Mena Barreto, respectivamente. Las unidades de caballería del general Andrade Neves tenían la misión de cubrir el ala derecha, y las del general Manoel Mena Barreto, que había reemplazado al fallecido Argolo, cubrían la izquierda.[574] En conjunto, las fuerzas aliadas que enfrentaba Caballero ascendían a alrededor de 22.000 hombres, esparcidos en una línea de casi dos kilómetros de largo. Era cuatro veces lo que los paraguayos podían ponerles en frente.

Los hombres del mariscal tenían pocas ventajas reales, pero los ejércitos aliados no estaban exentos de problemas. Parte de las tropas desplegadas tenían claros síntomas de estrés de batalla: ansiedad, sudor frío, incapacidad de hacerse entender y una decidida incidencia de la *thousand-yard stare*, como se denomina a la mirada perdida típica en algunos soldados demasiado superados por la inminencia de una gran batalla. Si estos problemas se podían

magnificar en el combate próximo, estaba por verse.

El marqués estableció sus cuarteles cerca de la orilla norte del Avay y dejó que los paraguayos contemplaran sus fuerzas mientras se congregaban para atacar. La temperatura había caído abruptamente, y negros nubarrones habían oscurecido tanto la atmósfera que cualquiera de los presentes podía haber confundido las horas tempranas del día 11 con el anochecer. A pesar de la cerrazón, había una exhibición de colores brillantes y ello, para los paraguayos, presentaba un aspecto amenazador; como lo describió el historiador Chris Leuchars: la «impresionante vista de diez mil de sus enemigos, liderados por bandas tocando, en uniformes azules, blancos y grises, junto con su artillería y caballería, habrá sido aterradora».[575]

El mariscal López debió seguramente tener dudas sobre la disposición de sus tropas en el Avay, ya que a último minuto envió un mensaje a Caballero urgiéndole retirarse a un campo

seguro.[576] Antes de que la nota llegara, sin embargo, los aliados comenzaron a bombardear la posición del general. Por mucho que trataron, los paraguayos no pudieron protegerse en sus zanjas. Luego, puntualmente a las 10:00, Caxias dio la orden de atacar. El momento coincidió con una precipitación colosal. La lluvia laceró el campo y llenó el arroyo hasta su punto más alto, pero, pese a todo, los brasileños avanzaron, mientras los paraguayos se mantenían silenciosos e inmóviles frente a ellos.

La pólvora de los brasileños se mojó, impidiéndoles disparar apropiadamente sus cañones, y la lluvia era tan torrencial que no les daba tiempo para sacarse el agua de los ojos. Lo mismo ocurría con los hombres de Caballero. Los mosquetes se empapaban y solo podían ser usados como garrotes. Las fuerzas contendientes tenían que pelear con lanzas, sables y bayonetas, que al menos podían ser usadas bajo la lluvia, aunque no muy eficientemente. Este hecho no atemperó la brutalidad de la lucha, sino que la hizo peor,

especialmente para los paraguayos, que presionaron al enemigo con ciega desesperación, inflamados por la sensación de que esta podía ser su última oportunidad de evitar la destrucción de su país.[577] Los brasileños también estaban mortalmente decididos, no solo a conquistar a los hombres del mariscal, sino a matarlos, a sacarles el aire de los pulmones.

A pesar de la superioridad numérica de los brasileños —o tal vez debido a ella— su línea no se movía con precisión uniforme. Los soldados presionaban al enemigo al grito de mando de sus oficiales, disparando sus rifles cuando funcionaban y blandiendo sus sables cuando no lo hacían. Los paraguayos se pusieron de pie haciendo considerable ruido por su parte: «¡Vengan santos milagrosos, vengan todos en nuestra ayuda!», rugían.

Lograron hacer retroceder al enemigo. Los brasileños, que creían que los vapulearían en el primer intento, sintieron creciente confusión. Se reagruparon y se lanzaron al frente una vez más,

para ser de nuevo rechazados, con pérdida de muchas vidas. Esto pasó varias veces durante un combate de cuatro horas. En cierto momento, el general Caballero condujo al grueso de su caballería por la ladera de la colina para atacar el centro brasileño en una carga fanática, y los aliados comenzaron a retroceder nuevamente.

El general Osório, que no era alguien que se dejara abrumar por ese tipo de bravatas, se apresuró a irrumpir en la escena, agitando su sable bajo la lluvia. Sus hombres, que habían titubeado ante la aproximación de la caballería, se volvieron a poner en posición y lanzaron una fuerte descarga contra los paraguayos. Urgiéndoles a atacar, Osório se detuvo por una fracción de segundo para observar el campo enfrente, y, casi como un reflejo, comenzó a bajar su sable. Justo en ese momento, una bala Minié le impactó en forma oblicua en la cara y le hizo trizas la mandíbula.[578]

Cayó con tremendo dolor, pero su fuerza de voluntad era aún más fuerte. Con la sangre

brotando de su barbilla y corriendo por su montura, se mantuvo al frente de sus tropas, gesticulando con toda su fuerza por más que no fuera capaz de hablar. La herida amenazaba su vida, pero Osório se mantuvo erguido en su caballo y escondió el daño sufrido. Sus hombres continuaron avanzando hasta que un ayudante se dio cuenta de que su cara estaba destrozada y tomó las riendas de las manos de su señor. Llevó al general atrás de las líneas. La condición de Osório ya no podía ser disimulada. Pronto los gritos pasaron de hombre a hombre anunciando que su valiente jefe estaba herido y que podía morir en cualquier momento.

Pese a su agonía, y antes de que el doctor lo hubiera visto, el general se reincorporó y se zafó de sus ayudantes. Tomó a uno o dos de sus soldados fuertemente por los hombros. Hizo saber que deseaba ser llevado a la línea del frente en una carreta —era mucho mejor que sus hombres vieran a su comandante gravemente herido que no lo vieran en absoluto.

Caxias tenía otra idea al respecto. El general riograndense había sobrevivido a una docena de batallas y nunca había sido siquiera rasguñado. Su aparente invulnerabilidad se había convertido en un poderoso talismán para sus hombres desde el comienzo de las hostilidades y les había levantado el espíritu en muchas ocasiones. El marqués veía en Osório una fuerza indispensable para la cohesión y fortaleza del ejército aliado. Cualquier duda que creara su herida con seguridad tendría efectos negativos ahora que la ofensiva final había comenzado.

Caxias también sabía lo que debía hacer ahora. Como en Ytororó, desenvainó su espada y cabalgó hacia la línea del frente, esta vez con todo el Segundo Cuerpo detrás. El espacio de terreno entre la posición original brasileña y la de los paraguayos estaba repleto de cadáveres, tantos que en algunos puntos un hombre podía avanzar cincuenta metros pasando de cuerpo en cuerpo.

El entusiasmo del marqués fue irresistible y los brasileños se inflamaron una vez más. Aún llovía y

los cañones y mosquetes funcionaban a medias, pero, cuando el enfrentamiento entraba en su tercera hora, la violencia pasmaba a todo observador y todo participante. Aunque a una escala menor, en algunos sentidos la carnicería recordaba a Tuyutí, Estero Bellaco o Curupayty.[579]

En el Museu Nacional de Bellas Artes en Rio de Janeiro, los visitantes de hoy pueden encontrar un enorme tablón conmemorativo de la batalla de Avay pintado por Pedro Américo de Figuereido e Melo entre 1872 y 1877. La pintura es inexacta en casi todos los sentidos. Tergiversa el terreno, la disposición de las tropas, el corte de los uniformes, la apariencia del cielo y la ubicación de las figuras claves.[580] En un aspecto, sin embargo, la imagen es notablemente fiel y verdadera, ya que captura el terror en ambos bandos.[581] Caxias se comportó con destacadas firmeza y gallardía en el momento más encendido del combate y mantuvo la claridad mental en todo momento, tal como lo había hecho Osório, pero no

podía abstraerse de la crueldad y el horror de la escena que tenía ante sí —una horrible extensión de terreno alfombrado de sangre y agua de lluvia, sobre el cual se acumulaban cuerpos y miembros amputados mezclados con trozos de uniformes, quepis, cajas de cartuchos, sables rotos, todo revuelto en una sopa siniestra.

Caballero, quien en años posteriores trató de sacar de su mente cualquier memoria de ese día terrible, no podía evitar estremecerse ante lo que veía. Peor todavía para el Paraguay, la resistencia en el Avay fue inútil desde el principio. Asaltado por el centro por dos cuerpos bien armados, el pequeño ejército de Caballero comenzó a desmoronarse en pedazos, primero en el frente y luego a los costados. En cierto momento, el general dio órdenes a sus hombres de formar cuadrantes defensivos, pero estos también colapsaron cuando Caxias envió a Mena Barreto a atacar la izquierda paraguaya.

El cielo se despejó ligeramente hacia la cuarta hora del combate. La lluvia paró y los brasileños

hicieron traer pólvora seca, suficiente para que sus cañones lanzaran repetidas rondas y unos cuantos Congreve a los paraguayos. Pero la batalla ya estaba en su fase final. Llega un momento, en la mayoría de los enfrentamientos, en el que el simple hecho de la masacre inútil ya no puede ser negado. En el Avay, ese momento llegó al final del día, demasiado tarde para salvar a la mayoría de los soldados paraguayos. Como había hecho en Ytororó, Cerqueira pasó todo el tiempo fuera del alcance del fuego enemigo, pero lo suficientemente cerca para presenciar todos los detalles asesinos y las muestras de bravura y sacrificio. Después de dos años de campaña, todavía era el hombre mejor vestido del frente, y también uno de los más sobrios en sus observaciones. Describió a los hombres del mariscal en Avay abrumados por una avalancha de tropas imperiales. Y seguramente fue así como se veían.[582]

La oscuridad llegó unas pocas horas después, quizás piadosamente, ya que las consecuencias de la reciente brutalidad estaban ahora, gracias a eso,

ocultas en la noche, aunque no así las quejas de los hombres heridos. La Cruz del Sur se elevó en el cielo y un grueso, espeso aire de verano se perfumó con el empalagoso aroma de los jazmines y el fermento de la vegetación. Se oían los mosquitos y grillos y los exhaustos hombres se tendieron a descansar. En las tiendas que servían de hospitales de campaña, los doctores amputaban brazos y piernas a la tenue luz de las lámparas de aceite. Para todo el personal médico, era un trabajo tristemente familiar. Uno de los hombres que trataron de salvar fue el coronel Niederauer, el impetuoso líder de la caballería, quien había sido herido en la última carga y que ahora moría a consecuencia del *shock* tras amputársele una pierna.

La batalla de Avay fue aparentemente decisiva. De los 5.000 soldados bajo el comando de Caballero en el enfrentamiento, alrededor de 3.000 resultaron muertos o heridos y otros 1.200 fueron capturados cuando la violencia final se aplacó.[583] Uno de los que fueron tomados

prisioneros fue el coronel Serrano, cuya arrogancia o mala lectura de la situación había preparado el camino para la debacle. Algunos prisioneros paraguayos, al menos 200, consiguieron escapar en los días siguientes, pero Serrano no estuvo entre ellos. Entre los fugados había dos mayores, uno de ellos un ex jefe de la artillería del mariscal, a la vez que un oscuro sargento, Cirilo Antonio Rivarola, quien más tarde sirvió como triunviro y después como presidente del Paraguay en la primera administración de posguerra. López conversó extensamente con el sargento luego de su reaparición, preguntándole en guaraní sobre las disposiciones enemigas, a lo que Rivarola contestó en un franco y cultivado español que las fortalezas aliadas eran muchas y sus debilidades pocas. [584]

El mariscal no tenía forma de compensar sus pérdidas. Aunque Thompson mencionó una cifra de 4.000 bajas para los brasileños, el verdadero número parece haber sido de menos de la mitad.[585] Aun así, se había pagado un alto

precio en hombres puestos fuera de acción. Desde luego, desde la perspectiva más amplia del liderazgo y la moral, la peor pérdida del día para los aliados fue el general Osório, quien estuvo peligrosamente cerca de la muerte, si bien posteriormente se recuperó de su herida.

Caballero logró escapar.[586] El general, al parecer, tenía menos similitud con José Díaz de lo que tanto el mariscal como sus posteriores panegiristas se atrevieron a reconocer. Caballero era un hombre entusiasta y ambicioso, y así fuera de una pelea o de los brazos de una amante, siempre sabía cuándo espolear su caballo y alejarse al galope. En este caso, según relata Centurión, al verse acorralado soltó su poncho y espada y logró así distraer a sus perseguidores lo suficiente para poder tomar las riendas de un caballo y, brincando ágilmente sobre su lomo, alejarse antes de que pudieran atinar a capturarlo. Caballero era, en última instancia, fundamentalmente un sobreviviente. Si para sobrevivir tenía que pelear, entonces su espada era

infalible. Pero el coraje no tenía sentido para él si iba asociado a un suicidio inútil. En esto actuaba diferente a muchos de sus compatriotas y mostraba una condición racional como militar que contrastaba con la actitud de blanco o negro que profesaba López.

En cuanto a Caxias, aunque no podía todavía sonreír, se sintió satisfecho con el trabajo del día. Perdió a muchos hombres, eso es cierto, pero había destruido las fuerzas de Caballero y montado el escenario para la aniquilación del ejército del mariscal. Lo había conseguido con superiores recursos humanos y perseverancia, todo lo cual sugería que su estrategia general pronto arrojaría resultados decisivos. Había atrapado al mariscal un poco más al sur, y, con columnas acercándose a él desde tres direcciones, su posible resistencia podía ser contada en días.

El coronel Thompson, quien estaba aún con sus tropas en Angostura, pensaba que el mariscal se había equivocado al ordenar a su ejército combatir con Caxias en campo abierto en Avay, y que debió

haber sido mejor aconsejado a fin de que mantuviera sus unidades en las fuertes posiciones ya establecidas a lo largo del Pikysyry. En este sentido, Avay ilustró la misma belicosidad ciega o sin sentido que López había mostrado en Tuyutí dos años y medio antes, y con los mismos resultados. Si los paraguayos se hubieran refugiado de nuevo en una estrategia defensiva, como lo hicieron en Curupayty, habrían infligido un castigo similar a los aliados. Al menos así lo creía Thompson.[587]

Su argumento tiene sus puntos fuertes, aunque también algo de autojustificación. El coronel se había convertido en un asesor clave de López, y en sus memorias quiso encontrar una manera de excusar sus propios fracasos en Angostura. La falta de mano de obra era una razón real y le servía para sostener su reputación como ingeniero y comandante. Pero que las defensas en el Pikysyry pudieran mantener a raya a los aliados en el norte y en el sur nunca había sido seguro y, en todo caso, Caxias ya había demostrado la conveniencia

básica de su política de desgaste. Si los paraguayos hubieran permanecido en sus trincheras en Angostura y el Pikysyry, ello podría haberle dado al mariscal algo de tiempo, pero ahora esa estrategia no podía proporcionarle una victoria. Infligir bajas con la esperanza de ganar tiempo era, tristemente, lo único que les quedaba a los paraguayos en esta etapa del conflicto.

Ahora que los aliados habían aplastado a Caballero en el Avay, el siguiente blanco tenía que ser Itá Ybaté, el centro de las defensas paraguayas sobre el Pikysyry y el sitio de la barraca y el cuartel de López. El mariscal ordenó a Thompson prepararse para lidiar con esta amenaza. El coronel relató lo que ocurrió después:

> [...] por indicación mía, se dio principio a una trinchera, que partía de Angostura en dirección al cuartel general, para defender la posición del lado de Villeta. Esta posición era flanqueada por la batería de la derecha, así como la antigua era flanqueada por la de la izquierda. Sin embargo, era evidente que no teníamos los hombres suficientes para ejecutar una obra tan grande, y se dio principio a una estrella, en la loma, que distaba 2.000 yardas de Angostura, destinada a servir de eslabón a una cadena de fuertes;

pero el enemigo no dio tiempo ni para esto. López, por consiguiente, juntó a todos los hombres que pudo, reuniendo cerca de 3.000 en su cuartel general, adonde mandó también una cantidad de cañones, incluso el Whitworth de 32. Se abrió un foso de dos pies de ancho, por dos de profundidad, amontonando la tierra al frente, de manera que, sentándonos en el borde interior del foso, los soldados quedaban algo cubiertos contra las balas de rifle.[588]

López no tenía posibilidades de ganar el tiempo necesario para terminar adecuadamente estas zanjas. Envió a sus guardias, todavía inmaculados (o al menos elegantes en sus rojos uniformes), a las trincheras y les dijo que se mantuvieran allí en espera del ataque inminente. La larga línea de fosos en Pikysyry estaba custodiada por 1.500 hombres, de hecho mayormente adolescentes e inválidos, con cuarenta cañones de diferentes calibres. Thompson convirtió estas pequeñas baterías en reductos individuales cavando pequeñas zanjas en semicírculo alrededor de cada uno. Esto les proporcionaba a los soldados suficiente profundidad para evitar las metrallas, pero nadie podía considerar formidables estas

defensas. Y, como Caxias no tenía forma de saber que el extremo norte de la línea estaba prácticamente desprovisto de defensores, debido a que había tan pocas tropas disponibles, ese punto fue dejado abierto hacia los senderos que se dirigían al interior.[589]

El marqués dirigió sus unidades a Villeta, que había caído en sus manos más o menos sin pelea el 11. Allí las tropas descansaron por un corto período. Comprendía lo agotadas que estaban la mayoría de ellas y lo estresante que sería un nuevo ataque. Al mismo tiempo, aunque su superior disponibilidad de hombres le daba margen para temporizar si así lo quería, todavía necesitaba provisiones, que solamente podían llegar a través del Chaco.[590]

Unidades argentinas al mando del general Gelly y Obes estaban en el sur listas para la batalla. El mariscal estaba casi rodeado, y era poca la diferencia que podía hacer cualquier nueva defensa que Thompson u otro diseñaran. Los paraguayos no tenían forma de retirarse, excepto

quizás en pequeños grupos a través del pantanoso territorio hacia Cerro León y las serranías posteriores. La amenaza que representaba este movimiento para los aliados era intrascendente. No podía evitar la ocupación de Asunción y la derrota del ejército del mariscal. La victoria de los aliados estaba «a la vuelta de la esquina».

UN RAYO DE ESPERANZA, UNA SOMBRA DE RESIGNACIÓN

López tuvo unos días de respiro. Fortuitamente, este fue el momento en que el nuevo ministro de Estados Unidos en Paraguay, general Martin McMahon, llegó a la escena. Habiendo concluido el asunto Bliss-Masterman en una forma que él, al menos, encontró satisfactoria, el nuevo representante norteamericano estaba ansioso de asumir sus deberes oficiales. McMahon despertaría una alta estima en sus anfitriones paraguayos —amigable, compasivo, solidario con un ejército bajo fuerte presión y dispuesto a interpretar sus responsabilidades diplomáticas de una manera que pudiera salvar al Paraguay. A diferencia de Washburn, a quien los paraguayos nunca consideraron verdadero «americanista» ni republicano, aquí había un hombre que podía ser ambos.

Aunque había nacido en Canadá y se había mudado a Estados Unidos siendo todavía un

infante, McMahon era profundamente irlandés. Católico, estudió leyes en Saint John's College en Fordham, Massachusetts, y luego, como Washburn, se lanzó a una vida de aventurero en el oeste americano. Por un tiempo fue agente de comunidades indígenas antes de ser admitido en el foro californiano, y, cuando comenzó la Guerra Civil en 1861, se unió al Ejército Federal, en el cual sirvió como ayudante de campo del general George McClellan durante las campañas de Virginia. La capacidad y el coraje de McMahon como oficial en el Ejército del Potomac le valieron varias rápidas promociones. Obtuvo medallas al valor y fue ascendido a general de voluntarios antes de cumplir 30 años.[591] Tenía dos hermanos, y los dos habían muerto combatiendo por la Unión.

McMahon dejó el ejército después de la rendición del general Lee en Appomattox. De 1866 a 1868 trabajó como abogado corporativo en la ciudad de Nueva York, antes de abandonar un trabajo seguro por un incierto puesto diplomático

en Paraguay, una nación de la que nunca había oído hablar antes de que las desventuras de Washburn se tornaran un asunto de conocimiento público en Estados Unidos. McMahon leyó todo lo que pudo sobre el país en su ruta a Sudamérica y se entrevistó con gran cantidad de informantes. Desarrolló varias inclinaciones que seguirían con él durante toda su estadía en Paraguay. Como notó más tarde, ya tenía sentimientos hostiles hacia la élite de *fazendeiros* del Brasil (a la que comparaba con lo peor de los esclavócratas confederados) y estaba convencido de que la lucha del Paraguay por sobrevivir guardaba un notorio paralelo con la lucha por la libertad de Irlanda y Polonia. La pequeña república merecía el apoyo de Estados Unidos, que acababa de atravesar cuatro años sangrientos para liberar a su población esclava.[592]

Si McMahon ya tenía esa opinión cuando conoció personalmente al mariscal López y Madame Lynch, es algo de lo que no podemos estar seguros. Pero López estaba complacido.

Quizás vio la mano de la Providencia en la llegada del apuesto diplomático, tan lleno de energía y ansioso de hacer lo que estuviera a su alcance como ministro de una potencia amiga. Humaitá había caído. También Pilar, Villa Franca y Villeta. Pero incluso ahora, cuando los «negros» estaban por tomar la vieja capital, parecía haber una pequeña posibilidad de que el Paraguay escapara del destino que el marqués de Caxias tenía en mente para él. Si todo había fallado, quizás la intervención de último minuto de este joven norteamericano pudiera hacer toda la diferencia.

López recibió a McMahon en Itá Ybaté el 14 de diciembre y le demostró su entusiasmo con una carta de bienvenida cuidadosamente escrita.[593] Anunció en su primera conversación con el nuevo ministro que las acciones de la flota aliada habían aislado a Luque y que las funciones gubernamentales estaban siendo transferidas a una nueva capital, Piribebuy. Esta ignota aldea tenía una curiosa delicadeza, como una flor tropical brotada inesperadamente en medio de los

peñascos de la Cordillera del Paraguay central. Sería conveniente, sugirió López, que McMahon permaneciera como su huésped en los cuarteles mientras el gobierno se restablecía en el interior.

Fuera por ingenuidad, fuera por honesto entusiasmo por el desvalido, McMahon desarrolló un fuerte sentimiento de amistad hacia los paraguayos que conoció. Tanto el mariscal como Madame Lynch se sintieron reconfortados al encontrar a alguien tan comprensivo con sus intereses en esta tardía etapa, aunque los estudiosos de hoy podrían encontrar extraño que forjaran una relación tan estrecha con el ministro en tan pocos días. Deberían recordar que McMahon quería disipar la mala impresión causada por Washburn. Estaba dispuesto, para ello, a hacer cualquier intento de cooperar y mostrar que el gobierno en Washington todavía albergaba buenos sentimientos hacia el Paraguay. Esto, a su vez, pudo haber dado falsas esperanzas a López.

McMahon siempre se sintió a gusto con un

ejército, incluso uno tan raído como este. Recorrió el campamento paraguayo, conversando con los soldados regulares y palmeando en el hombro a los oficiales jóvenes en una sincera muestra de compasión y simpatía. Su admiración por los hombres valientes estaba parcialmente empañada, sin embargo, por una clara compresión de lo mucho que la guerra ya les había costado y de lo trágico que se presentaba el futuro.[594]

McMahon comió en la mesa del presidente en varias ocasiones en los días siguientes y halló a un hombre que le pareció culto y sensato. Aun cuando el ministro hablaba español con dificultad (y a menudo usaba al doctor Stewart como traductor), percibía que él y López compartían una «masonería de generales», una actitud de mutuo respeto y apoyo entre oficiales independientemente de la nacionalidad o las circunstancias.[595] Ello generó una fraternización entre ellos que fue una especie de bálsamo en la pesada atmósfera de la guerra. Lo mismo hicieron la buena comida y el encanto que desplegó Madame Lynch. Había

ocasiones en las que su origen irlandés (y su formación francesa) le otorgaba una ventaja distintiva, y esta era una de ellas.

De lo que McMahon no se dio cuenta —o no quiso admitir— fue que el mariscal continuaba decidido a aniquilar a su oposición interna. Esto seguía siendo una prioridad para él, tan importante como preparar defensas militares. De hecho, los tribunales que había abierto en San Fernando habían continuado su trabajo inquisitorio sin interrupción desde la relocalización del ejército en el Pikysyry, por más que ahora, con las fuerzas aliadas presionando el campamento paraguayo, los fiscales ya no tenían el tiempo que deseaban para concluir sus deberes.

El obispo Palacios, quien había «siempre recomendado y aprobado las medidas más sanguinarias», fue «procesado» a principios del mes, con los padres Román y Maíz presidiendo el juicio. Hasta el grado en que hombres de sotana puedan sentir placer en sentenciar a muerte a un superior, estos dos hombres evidentemente lo

sintieron. Mientras la guerra rugiese, se consideraban justificados en sus acciones (y solamente comenzaron a tener dudas muchos años después).[596] El general Barrios, el coronel Alén y Benigno López sufrieron el mismo destino que el obispo, y los cuatro fueron fusilados por la espalda, como traidores, antes del amanecer del Año Nuevo.[597] Lo mismo ocurrió con Juliana Ynsfrán, para entonces ya físicamente quebrada por el cepo y todavía incrédula sobre su destino.[598] Las hermanas de López fueron rescatadas del pabellón de fusilamiento por una conmutación del mariscal el 15 de diciembre.[599] Sin embargo, ambas fueron forzadas a presenciar la ejecución de sus maridos y terminaron azotadas, lo mismo que su madre, cuya preferencia por Benigno la ubicaba en la peor de las situaciones. Venancio, el otro hermano, siguió con vida momentáneamente, pero fue tratado con indisimulado desprecio en el campamento paraguayo. [600]

Parece raro que McMahon no estuviera al tanto

de estos procedimientos —ni de las torturas que tenían lugar a pocos cientos de pasos de donde dormía. Es posible que hubiera ya asumido una actitud tan congruente con la causa perdida paraguaya que sus ojos no pudieran captar lo que era obvio para otros. Más probablemente aún, como en su propio testimonio afirma, es que estuviera demasiado ocupado inspeccionando las preparaciones militares en Itá Ybaté y tratando de organizar su ministerio para percatarse de asuntos de la política interna. El mariscal había decidido mudar la capital a Piribebuy y McMahon tenía que considerar si debía seguir la retirada a la Cordillera o partir del Paraguay como deseaban hacer los representantes europeos. Los cónsules Chapperon y Cuverville parecen haberse movido bastante durante estas semanas, con el último yendo desde las oficinas consulares en Luque a consultar con Sánchez a Tobatí, en la zona de la Cordillera, el 23 de diciembre, de nuevo a Luque el 1 de enero de 1869, un día después a una pequeña quinta de Chapperon, a mitad de camino

entre Luque y Asunción, y, finalmente, a la capital paraguaya para saludar la llegada de Caxias. Tropas brasileñas saquearon el consulado francés, ignorando los sellos diplomáticos que habían sido colgados en la puerta. [601]

Un extranjero que había permanecido voluntariamente con los paraguayos era el mayor Von Versen. El aventurero prusiano había sufrido terribles privaciones durante los meses que estuvo engrillado. Sus carceleros lo habían golpeado y nunca había comido una ración satisfactoria, pero se rehusó a abandonar su plan de dar a la guerra el análisis militar que merecía. Este proyecto era lo más importante para él y su enfoque en sus detalles bien pudo haberlo mantenido vivo. Había desechado la oportunidad de ser evacuado a bordo del *Beacon* en noviembre y no tenía intención, en diciembre, de arruinar su estadía en el campamento con una charla descuidada. Como el ministro de Estados Unidos, estaba fascinado con el mariscal y la causa de su pueblo:

> Nunca se me ocurrió mezclarme en cuestiones militares o interferir con la política interna del Paraguay, pero debo confesar que estaba dominado por las notables cualidades personales de López. Quizás hay otro testigo vivo presente en Paraguay durante mi estadía, y seguramente ese individuo compartirá mi visión sobre los encantos del dictador, y [de igual manera] ofrecerá un severo juicio sobre muchos de sus actos.[602]

Ciertamente hubo mucho que comentar acerca de las siguientes semanas. Caxias había enviado exploradores casi todos los días y estos hombres informaban sobre el progreso de las fortificaciones que Thompson estaba preparando en Itá Ybaté. Ninguna podía detener al ejército aliado.

Itá Ybaté

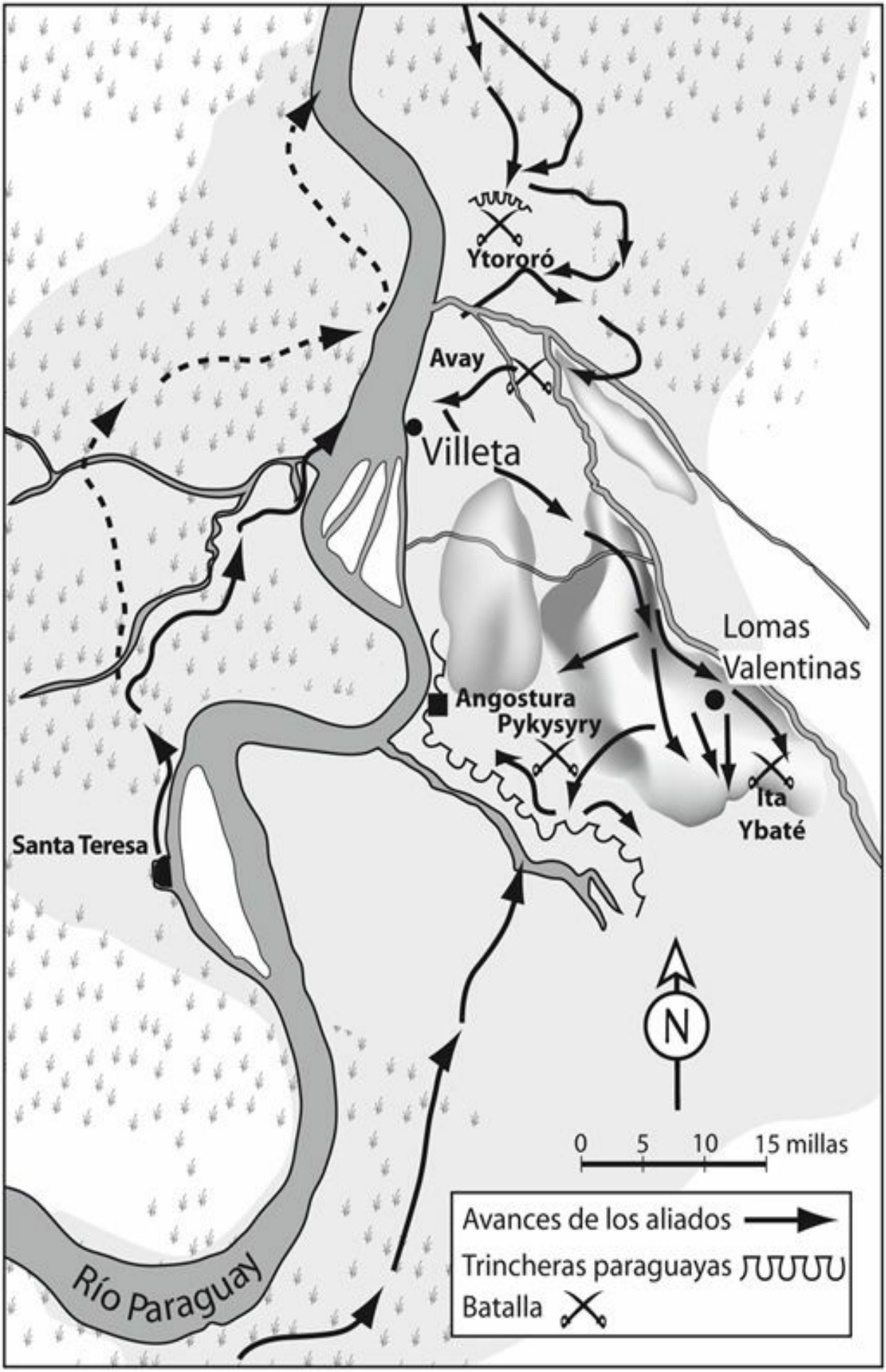
La noche del 16 de diciembre, dos acorazados pasaron río arriba de Angostura, y otros cinco lo hicieron el 19. Este pasaje final ubicaba a doce acorazados por encima de las principales baterías del mariscal en el río y seis por debajo, sin contar los buques de madera. Ignácio podía ahora bombardear Angostura desde dos direcciones. Aunque hasta ahora no había sido efectivo, podía mejorar en cualquier momento. López había reposicionado a todos menos a 2.000 de sus hombres lejos del río, y la acumulación de estas tropas en las trincheras cercanas a sus cuarteles parecía prometer numerosas bajas una vez que la batalla se volviera seria.[603]

La caballería imperial probó las líneas paraguayas el 19, diezmando el Regimiento 45 de Caballería del mariscal y retornando a su campamento con pocas pérdidas.[604] Caxias esperaba que esto presagiara una rápida victoria. Quiso atacar con sus fuerzas principales de

inmediato, pero una fuerte lluvia impidió el movimiento y el ataque principal finalmente se produjo tres horas antes del amanecer del 21. El plan era que la caballería de João Manoel Mena Barreto atacara la línea del Pikysyry desde la retaguardia, mientras el marqués mismo asaltaba la posición principal en Itá Ybaté y sobrepasaba a las fuerzas paraguayas restantes en las colinas adyacentes, llamadas Lomas Valentinas.

En sus relatos de esta penúltima fase de la guerra, los historiadores militares brasileños unen varios enfrentamientos en una sola operación, la *Dezembrada*, lo que da la impresión de que las batallas siguieron una secuencia lógica. Los escritores paraguayos y argentinos nunca se vieron atraídos por esta designación, argumentando que los enfrentamientos fueron improvisaciones en un territorio mal comprendido. En general, los brasileños tienen una mejor interpretación en este caso. El casi implacable carácter de su avance después de los desembarcos del 5 de diciembre sugiere que el marqués de Caxias ya no estaba

actuando en la oscuridad. Se sentía confiado y, en contraste con anteriores operaciones, dispuesto a arriesgar pérdidas sustanciales en persecución de una victoria decisiva.


Ytororó
Avay
Villeta
Lomas
Valentinas
Angostura
Pykysyry
Ita
Ybaté
Santa Teresa
N
0 5 10 15 millas
Río Paraguay
Avances de los aliados
Trincheras paraguayas
Batalla

Este espíritu combativo fue muy visible durante los siete días de enfrentamientos del 21 al 27 de diciembre. A pesar de su reconocimiento, Caxias todavía no había determinado dónde estaban localizados los puntos fuertes de los paraguayos en la línea del Pikysyry. Por lo tanto, optó por avanzar por dos empinados caminos que unían Loma Cumbarity y la comandancia del mariscal, con unidades de infantería bajo las órdenes del general Bittencourt a la izquierda y más unidades de infantería bajo las órdenes del general Luiz Mena Barreto a la derecha. Unidades de caballería al mando del general Andrade Neves proporcionaban apoyo, con la idea de cortar la retirada de cualquier fuerza enemiga que consiguiera escapar al sur o al sudeste.

El cielo estaba todavía oscuro cuando los brasileños comenzaron su avance el 21. López había vaticinado a sus oficiales la noche anterior que el ataque brasileño se iniciaría dentro de las próximas 24 horas, y todos habían expresado un cierto alivio al saber que finalmente se produciría

una gran batalla, luego de tanta inacción.[605] Todos ahora trataban de guardar silencio mientras las tropas del marqués subían la colina, y dado que los brasileños no tenían un trabajo fácil al abrirse camino en la oscuridad, su presencia fue pronto adivinada. Los francotiradores y cañoneros abrieron fuego contra ellos desde corta distancia, lo que los hizo titubear y tropezar entre sí antes de detenerse completamente. En cierto momento, una bomba del Whitworth que los paraguayos habían capturado en la Segunda Tuyutí cayó en el centro de un batallón, decapitando a un cabo y matando a una docena de hombres a su alrededor. Luego, los cohetes Congreve encendieron el aire, pero los brasileños no retrocedieron.[606]

No fue sino hasta el mediodía que se pusieron de nuevo en marcha, pero esta vez la pelea fue feroz y sostenida. Dionísio Cerqueira, cuyas memorias frecuentemente adoptan un tono pretencioso o excesivamente sincero, proporcionó, no obstante, una descripción penosamente realista de la batalla con la que que pocos relatos

personales de la campaña se pueden comparar:

> Nuestra línea era extensa. Caminamos hasta la colina, alcanzamos el desfiladero y comenzamos a escalar la cuesta, marchando a paso rápido hacia el frente, empuñando rifles extendidos y gritando vivas. El entusiasmo era indescriptible. El borde del parapeto se veía ante nosotros, y el tiroteo comenzó, desgarrándonos sin misericordia. Como una lluvia, las rondas de mosquetería caían sobre los bravos hombres del Batallón 16, y rápidamente diezmaron las filas. Pese a todo, avanzamos. Tuve que espolear a mi caballo para galopar y mantenerme arriba [...] No se cuánto duró el bombardeo. El trompetista Domingo cayó herido, pero tocó igual la señal de carga —fue su última vez. Cuando nos acercamos a la ladera opuesta, pocos de nosotros quedábamos. El piso estaba cubierto de soldados del 16, pero los cañonazos [seguían cayendo] y nuestros tiradores no les daban respiro. Solo una zanja y un parapeto separaba a los combatientes, y desde su posición protegida los paraguayos disparaban enérgicamente sobre nosotros, y la mayor parte de ellos fueron a su vez muertos a bayoneta [...] No tenía idea de dónde estaban el oficial al mando ni el mayor. Ambos habían caído. Repentinamente, sentí en mi [mejilla] izquierda un agudo y pesado golpe, como el de un martillo [...] El caballo retrocedió [y yo] caí de la silla, desmayándome. Posteriormente, no sé después de cuánto tiempo, encontré que mi uniforme ya no era blanco, sino que estaba rojo por la sangre que brotaba de mi rostro herido, empañándome la visión. No sentí dolor y me puse de pie, atontado. Miré alrededor en busca de mi gorra y todo lo que podía ver eran muertos y heridos.[607]

Era solo el principio del combate. Los brasileños atacaron una y otra vez. Mena Barreto, con tres cuerpos de caballería, dos brigadas de infantería y unos cuantos cañones, se coló detrás de las trincheras del Pikysyry y asaltó a los paraguayos por la retaguardia antes de tomar la misma línea de trincheras que había detenido a Cerqueira. El general mató a 700 soldados del mariscal y tomó 200 prisioneros, casi todos ellos heridos, y luego se detuvo a lamer sus propias heridas. Ya no hizo más.[608] Bittencourt, mientras tanto, forzó su paso por el camino, como estaba planeado, y desalojó a los paraguayos de la primera línea de fosos, que procedió a ocupar, tal como Mena Barreto había hecho a la derecha.

La total desproporción numérica decidió el día en favor del imperio, aunque una buena cantidad de sus enemigos escapó. Algunos se refugiaron en Angostura y otros se apresuraron a reforzar los cuarteles del mariscal en Itá Ybaté. Estos últimos movimientos hicieron una diferencia, ya que

Caxias planeaba tomar la cima de la colina con mínima resistencia ahora que había aplastado las primeras defensas. Por lo tanto, se quedó estupefacto cuando los paraguayos, peleando en campo abierto, hicieron retroceder a sus tropas con inesperado vigor. En un momento, una unidad de caballería al mando del aparentemente inmune Valois Rivarola salió de la nada y dispersó a la infantería imperial. Las tropas del marqués se replegaron a la misma línea de trincheras que habían capturado unas horas antes y no hicieron nada más durante el resto del día.

Caxias llamó a un alto alrededor de las 18:00. Sus hombres habían avanzado hasta unos 100 metros de la línea final, cerca de los cuarteles de López. Habían capturado diez cañones paraguayos, incluyendo el Whitworth, pero todavía no podían declarar una victoria. El ministro McMahon, un veterano con cuatro años de combate en Virginia, tuvo poco que decir en elogio del asalto brasileño, notando, por ejemplo, que las tropas del marqués habían perdido más de lo que «probablemente

habrían perdido si hubieran irrumpido sobre los atrincheramientos del enemigo, lo cual, con su número, estaban ciertamente en condiciones de hacer». Si la caballería brasileña se hubiera dispuesto en líneas en vez de en lentas columnas, observó el norteamericano, habría barrido al «pequeño puñado de hombres que se resistían, capturando los cuarteles generales paraguayos y probablemente al mismo López».[609]

El ministro de Estados Unidos se ofreció como voluntario para actuar como escolta de los hijos de López, por quienes evidenció un inmediato apego. De hecho, pasó la mayor parte de la batalla con ellos, de pie a su lado y con sus revólveres listos, mientras las balas brasileñas surcaban el aire desde distintas direcciones.[610] Nadie resultó herido y McMahon se ganó una reputación de intrépido entre los paraguayos por su asombrosa, casi quijotesca, valentía, tan inusual entre los diplomáticos. López, que apreciaba esta muestra de coraje, llegó incluso a convertir al norteamericano en su ejecutor en un regalo formal

de tierras y propiedad a Madame Lynch. La prensa aliada consideró que este distaba de ser un acto de alguien cuidadosamente neutral. Dos años más tarde, este mismo arreglo le fue recriminado durante las audiencias ante el Congreso de Estados Unidos, e incluso el representante por Kentucky sugirió que McMahon podía haber recibido una sustancial comisión por el servicio, lo cual bien podría explicar su amistad con López. La afirmación nunca fue tratada con seriedad y no existen pruebas de que el ministro hubiera tocado dinero.[611]

Podríamos también sentirnos inclinados a aplaudir su actitud solidaria hacia los niños paraguayos, quienes, como notó en su informe al secretario Seward, ahora componían la mayor parte del ejército del mariscal. La tragedia que presenció lo afectó profundamente:

> Lamento decir que la mitad del ejército paraguayo está compuesta por niños de diez a catorce años de edad. Esta circunstancia hizo la batalla del 21 y los días siguientes particularmente espantosa y desgarradora. Estos pequeños, en la mayoría de los casos

> completamente desnudos, volvían gateando en gran número, destrozados de todas las maneras concebibles [...] Deambulaban en vano hacia los cuarteles sin lágrimas ni quejas. No puedo concebir nada más horrible que esta masacre de inocentes por hombres adultos en atuendos de soldados [...] y lo menciono aquí precisamente como lo vi porque justificaría la inmediata intervención de las naciones civilizadas con el propósito de poner un alto a la guerra.[612]

La exitosa defensa de Itá Ybaté revela mucho acerca de la disciplina y bravura de estos jóvenes muchachos, cuya conducta contrastaba pasmosamente con la de su comandante. No está clara la actitud personal de López en la batalla. Thompson, quien estuvo en las fosas de Angostura, afirmó que había huido a los montes, a más de un kilómetro de distancia de la lucha, pero su ayudante Centurión, quien en Itá Ybaté combatió por primera vez en la guerra, describe al mariscal impartiendo órdenes al alcance de un tiro de rifle del enemigo. Aveiro lo pone a caballo al frente de sus tropas, en tanto que Von Versen, quien también estaba por allí, afirma que el mariscal se escondió tanto dentro de una enramada que no podía ver

nada, y que cada vez que una bala impactaba cerca él se espantaba y corría precipitadamente de la escena.[613] En cualquier caso, la cohesión del comando paraguayo fue cuestionable en esta oportunidad, lo que hace aún más impresionante el arrojo de los soldados del mariscal. Fuera por hábito, por desesperación o por estupidez, continuaron peleando obcecadamente, aun sin sus líderes.

Las pérdidas en Itá Ybaté fueron altas para ambos bandos. Los brasileños sufrieron casi 4.000 bajas ese día, incluyendo al herido general Andrade Neves, barón del Triunfo.[614] Las pérdidas paraguayas habrán sido también miles — Resquín afirma que 8.000.[615] El coronel Rivarola, quien había peleado con notable determinación cada vez que había entrado en combate, fue gravemente herido junto con la gran mayoría de los oficiales del lado paraguayo. El coronel Felipe Toledo, el comandante septuagenario de la escolta personal de López, enviado a desafiar al enemigo con su lanza, fue

pronto alcanzado por una bala. Lo mismo ocurrió con el jefe de artillería. Durante la noche, los brasileños nunca dejaron de disparar sus rifles. Este fuego sostenido debió haber diezmado las tropas restantes en los cuarteles del mariscal —no más de noventa hombres, según una fuente—, pero incluso los hombres heridos y con solo un brazo o una pierna en condiciones, siguieron resistiendo.[616]

En cierto sentido, la batalla de Itá Ybaté representó una victoria para el Paraguay. Los brasileños deberían haber vencido rápidamente, pero tuvieron que contentarse con tomar una línea de trincheras y capturar unos pocos cañones a cambio de fuertes pérdidas de hombres. Sin embargo, los paraguayos no podían soportar otro asalto con sus escasos recursos humanos disponibles, y tenían que obtener ayuda de alguna manera. El mariscal envió mensajeros a Cerro León y al pequeño pueblo de Caapucú para que enviaran a todos los hombres que pudieran, incluso a los heridos que todavía pudieran caminar.

López también quiso traer tropas de Angostura y de la línea sur del Pikysyry, pero poco podía conseguir de ambos sitios, ya que Thompson no tenía hombres extra y las fuerzas paraguayas en el sur tenían sus propios problemas. Cuando las oleadas de Caxias en Itá Ybaté se estancaron, el

marqués hizo decir al general Gelly y Obes que lanzara otro ataque en ese punto. El general argentino tenía 9.000 hombres frescos a su disposición —algunos brasileños, unos pocos uruguayos y los de la Legión Paraguaya. Esta última unidad había sido útil sobre todo por su valor de propaganda, pero militarmente irrelevante. Ahora, sin embargo, habiéndose movido desde Palmas, los legionarios se unieron a la fuerza principal de Gelly para lanzarse contra la línea del Pikysyry la mañana del 22.

Las relaciones entre Gelly y el marqués nunca habían sido más que estrictamente correctas, y el argentino se había quejado francamente a su esposa (y a otros) de que Caxias quería toda la gloria para él.[617] Pero en ese momento habló elogiosamente de sus aliados, indicándole al marqués que sus bravos brasileños merecían un reposo y que los hombres de la república Argentina estaban listos para hacer cualquier reconocimiento o maniobra que fueran necesarios.[618]

Algunos observadores han considerado el asalto del 22 de diciembre como una maniobra de distracción. Quizás comenzó con esa intención, pero terminó causando un gran desmoronamiento de la línea paraguaya. Del lado del mariscal había habido una ola de promociones desde la caída de Humaitá, y muchos oficiales estaban ejerciendo comandos que excedían sus capacidades.[619] En el extremo norte del Pikysyry esto no importó demasiado, pero en el sur fue un factor clave en el derrumbe de las fuerzas paraguayas. Reinó una suprema confusión y los aliados consiguieron cortar la línea defensiva en dos, dejando aislada a Angostura en el sur. López perdió 700 hombres y 31 cañones en el proceso.[620]

La situación de los paraguayos era insostenible. Los relatos de McMahon y Centurión coinciden en su descripción de la desesperación que embargó el campamento. El norteamericano ha dejado una conmovedora fotografía de lo que presenció:

> La condición dentro de las líneas de López [...] era deplorable. No

había medios para ocuparse de semejante cantidad de heridos, ni suficientes para sacarlos del campo de batalla, o para enterrar a los muertos. Muchos niños, casi inadvertidos, estaban echados bajo los corredores, gravemente heridos y esperando la muerte [...] Balas hacían saltar las maderas de los edificios de vez en cuando, y un sobrenatural pavo real, posado sobre una viga, hacía espantosa la noche con sus gritos cada vez que un tiro impactaba lo suficientemente cerca como para perturbar sus sueños.[621]

El 22 y el 23, sorprendentemente, llegaron unos pequeños refuerzos desde Cerro León, Caapucú y otras minúsculas aldeas del otro lado del Ypoá. Esto elevó la fuerza paraguaya a alrededor de 1.600 infantes y jinetes, pero muy pocos de ellos podían ser considerados aptos.[622] Dada la escasez de armas, los refuerzos no suponían una gran diferencia en términos militares, pero consolaron el corazón del mariscal al demostrarle que todavía podía contar con sus compatriotas. Cuando estas nuevas tropas llegaron, López despachó una larga fila de mujeres, niños y heridos por los estrechos senderos del este, para cruzar el desbordado Ypecuá, normalmente solo un arroyo, pero ahora convertido en un torrentoso

río, lleno de serpientes venenosas.[623] McMahon acompañó a estos refugiados junto con los hijos de López. Todos se asombraron de lo bien que las mujeres y los heridos se las arreglaron para hacer el dificultoso paso usando cueros secos e improvisadas balsas. Atrás, a lo lejos, los truenos de una tormenta inminente se sumaron a las «sordas reverberaciones de los cañones pesados», como si la naturaleza y el hombre hubiesen fusionado toda su violencia en un solo fenómeno cósmico.[624]

Mientras tanto, un curioso episodio sucedido el 24 permitió al mariscal reflexionar sobre lo que la guerra significaba para su nación. Caxias, que creía que el enemigo estaba al borde del colapso, accedió a una sugerencia de Gelly y Obes de emitir un ultimátum bajo la bandera de tregua. El pedido de rendición, escrito en palabras bastante secas, asignaba al líder paraguayo la total responsabilidad por toda la sangre derramada desde 1864 y lo acusaba «ante su propio pueblo y el mundo civilizado por todas las funestas

consecuencias de la guerra». El mariscal dedicó algún tiempo a componer su respuesta, que Centurión, en una infrecuente muestra de aprobación hacia el presidente, más tarde consideró como «la única nota clásica que ha producido la guerra».[625] Las generaciones posteriores podrán disentir, pero el inquebrantable sentido de determinación y tragedia estaba claro en casi cada frase:

> [...] VV. EE. tienen a bien anoticiarme el conocimiento que tienen de los recursos de que actualmente pueda disponer, creyendo que yo también puedo tenerlo de la fuerza numérica del ejército aliado y de sus recursos cada día crecientes. Yo no tengo ese conocimiento, pero tengo la experiencia de más de cuatro años, de que la fuerza numérica, y esos recursos, nunca han impuesto a la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano, que abre una ancha tumba en su patria, antes que verla ni siquiera humillada [...] VV. EE. no tienen el derecho de acusarme ante la República del Paraguay, mi patria, porque la he defendido, la defiendo y la defendería todavía. Ella me impuso ese deber y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última extremidad, que en lo demás, legando a la historia mis hechos, solo a mi Dios debo cuenta. Y si, sangre ha de correr todavía, Él tomará cuenta a aquel sobre quien haya pesado la responsabilidad. Yo por mi

parte, estoy hasta ahora dispuesto a tratar de la terminación de la guerra sobre bases igualmente honorables para todos los beligerantes; pero no estoy dispuesto a oír intimación de deposición de armas.[626]

El orgullo, la arrogancia que ilustraba semejante réplica cuesta comúnmente un alto precio, como ciertamente quedó probado en este caso. Caxias no tenía interés en que se le recordara que, en Yataity Corá, había sido López quien buscara una reconciliación, y que la República del Paraguay merecía no solamente ser elogiada por la bravura de sus hijos, sino por sobrevivir con su independencia intacta. El marqués no estaba dispuesto a entrar en turbulentas cuestiones políticas: simplemente quería terminar el asunto de una vez por todas. El emperador lo quería y el Brasil lo necesitaba.

El día de Navidad (que era también el vigésimo cuarto aniversario de la independencia declarada por Carlos Antonio López), el comandante aliado lanzó una tremenda descarga sobre los cuarteles generales en Itá Ybaté. A lo largo del día, el fuego

concentrado de 46 cañones aliados (y un gran número de cohetes) castigó la posición.[627] Angostura fue también fuertemente bombardeada. Luego llovió, por momentos copiosamente, lo que hizo más lenta la descarga, pero no la detuvo. El mariscal aprovechó para enviar una columna de caballería —una de las últimas— en un esfuerzo por abrir una brecha en el norte. Los brasileños rechazaron a los paraguayos provocándoles muchas bajas y el bombardeo se intensificó nuevamente.

Fue mucho de lo mismo al día siguiente. Todas las colinas del área de Lomas Valentinas estaban en llamas y sembradas de pozos abiertos por las bombas. Pero el ataque final, el que Caxias había planeado como definitivo, llegó solo al amanecer del 27. Como Chris Leuchars ha observado, la táctica que eligió el marqués en esta ocasión fue la misma que había usado en Avay y que había costado tantas vidas;[628] esta vez, sin embargo, los paraguayos estaban profundamente debilitados y las tropas aliadas, la mayoría compuestas por

argentinos al mando del general Ignacio Rivas, estaban descansadas y listas para la pelea. Un total de 16.000 soldados (6.500 hombres a las órdenes de Caxias atacando desde la retaguardia y 9.500 al mando de Gelly desde el frente) barrieron la primera colina al sonido de la corneta.

Incapaces de ofrecer una resistencia significativa, las tropas del mariscal se retiraron precipitadamente a los montes y naranjales cercanos, deteniéndose esporádicamente para disparar mientras huían. Irritados por el considerable número de impactos que recibieron, los argentinos presionaron contra estas espesuras y se quedaron sorprendidos, incluso perplejos, cuando pequeñas unidades de caballería e infantería emergieron y los atacaron con una increíble furia. Se produjo un tumulto. Los hombres de Rivas solo pudieron comenzar a ganar terreno y a avanzar una vez más cuando llegaron refuerzos en su apoyo. Poco después, los argentinos tomaron el reducto paraguayo. Algunos de sus defensores fueron lo suficientemente

afortunados como para escapar hacia el sur, pero muchos cayeron muertos o malheridos en el suelo. Sus piezas de artillería carecían de municiones y la mayoría de los cañones estaban desmontados, por lo que ni una bomba voló hacia los argentinos cuando alcanzaron la línea.[629]

El mariscal López estuvo presente en el enfrentamiento, pero se retiró con su personal cuando el enemigo se aproximó y galopó a través del monte, perseguido inicialmente por infantes aliados que pudieron ver su comitiva a la distancia, pero que no pudieron alcanzarla. Pronto el mariscal cruzó el Potrero Mármol, la única ruta segura de escape hacia el este. Los aliados habían al principio bloqueado esta salida, pero, por alguna razón, en medio del fragor de la batalla, la habían dejado abierta de par en par y no pudieron sellarla a tiempo.[630] Ello hizo que el ejército se alborotara con el rumor de que Caxías había dejado ir a López.

En verdad, las fuerzas aliadas estaban muy ocupadas en el campo de batalla en ese momento.

Para entonces, el combate se había trasladado a la segunda colina, donde la resistencia paraguaya se había congregado en torno al general Caballero. José Ignacio Garmendia, un joven teniente coronel de las fuerzas argentinas en ese entonces, fue testigo de esta última fase de la batalla, en la cual el general Rivas asaltó y golpeó fuertemente el flanco derecho paraguayo con varias unidades correntinas.[631] El general paraguayo pasó de mano en mano una cantimplora de caña entre sus seguidores y les preguntó si tenían fuerzas para otra carga más. A estas alturas, nadie podía distinguir la diferencia entre el entusiasmo y la resignación, pero cuando Ramona Martínez, una sirvienta de la casa de López, dio un paso al frente para agarrar un sable, todos siguieron su ejemplo.[632]

Alrededor de 400 paraguayos yacían muertos o heridos en torno al ex cuartel del mariscal, que fue tomado por los aliados al mediodía. Lo que quedaba de las fuerzas de Caballero, apenas un puñado de hombres, de alguna manera consiguió

escapar hacia el este, presumiblemente por la misma ruta que habían usado López y Madame Lynch (quien decidió quedarse con el mariscal en vez de irse con McMahon y sus hijos) [633] en su retirada a través del Potrero Mármol y el Ypecuá. Todos se reunieron, posteriormente, con Caballero, primero en Cerro León y después en Piribebuy. Detrás de ellos, en cada montículo de Lomas Valentinas, en las laderas y en los valles, todo era humo, devastación y muerte.

El calvario había terminado y Caxias podía ahora permitirse levantar su copa con optimismo. Había aplastado al enemigo, destruido todos sus emplazamientos importantes, tomado 23 banderas de batalla y más de cien cañones. La guerra, con seguridad, concluiría con esta última derrota paraguaya, que parecía tan dramática como completa. Angostura todavía resistía a medias, y el marqués podía esperar algunas actividades intrascendentes de guerrilla en los distritos rurales donde «campesinos ignorantes, tontos de remate», pudieran todavía ser leales a la causa del

mariscal.

Para todos los efectos prácticos, el ejército paraguayo había dejado de existir. La prueba eran las montañas de cadáveres visibles en todas partes en Itá Ybaté. Garmendia escribió con elocuencia, congoja y disgusto sobre la pena que causaba ver este horror. Y no fue la vista de los cuerpos lo que más mortificó a los conquistadores aliados la noche siguiente a la batalla, sino el llanto de niños de diez a doce años, cuyos quejidos emanaban de los hospitales y estaciones de primeros auxilios.[634] No había orgullo en esta espeluznante victoria.

Angostura

La destrucción de las fuerzas del mariscal en torno a Lomas Valentinas dejó al coronel Thompson en una situación que ningún comandante desearía enfrentar. Recibió las típicas órdenes de resistir sin importar qué le tiraran los aliados encima. A diferencia de López y de aquellos de sus seguidores que elogiaban el sacrificio como el súmmum de la devoción militar, el ingeniero británico no encontraba grandeza en una resistencia inútil, pese a lo cual pretendía cumplir su deber en Angostura. Después de la guerra, Thompson justificó su dedicación a la causa paraguaya como una postura perfectamente comprensible en un hombre que había servido por tanto tiempo en una posición de confianza. Este argumento contradecía un tanto sus memorias, en las cuales aseveró que no supo de las atrocidades de López hasta que se acercó el final de la lucha contra la Triple Alianza. Más allá de que aceptemos su afirmación como ingenua o de que

simplemente la encontremos patética, debemos recordar que la misma se moldeó solo después de considerable reflexión y que los desafíos que tenía que enfrentar en Angostura requerían una decisión inmediata.

Antes de que Itá Ybaté cayera, el mariscal había indicado a Thompson que pidiera al general Resquín todas las provisiones que necesitara, pero el coronel solo logró obtener de él

> [...] raciones de carne para tres días y doce pequeños sacos de maíz. La guarnición de las dos baterías consistía en tres jefes, 50 oficiales y 684 soldados, de los cuales 320 eran artilleros, y teníamos solo 90 cargas para cada pieza. Después de la toma de las trincheras de Pikysyry tuvimos un aumento de tres jefes, 61 oficiales y 685 soldados, la mayoría de ellos inválidos o muchachos. Además de estos, recibimos 13 oficiales y 408 hombres, todos malheridos, a quienes tuvimos que acomodar en el cuartel, y como 500 mujeres; de manera que en vez de 700 bocas, tuve que proveer a 2.400, lo que logré hacer por unos cuantos días, distribuyéndoles una ración muy corta. Toda esta gente estaba muy hacinada y, por consiguiente, sufría mucho con el bombardeo de la flota.[635]

La escasez de raciones para esta sustancial

guarnición requería improvisar alguna solución. La noche del 24 de diciembre, Thompson envió a 500 hombres en una incursión al Chaco, donde se apropiaron de pertenencias personales del capitán del acorazado *Brasil,* 27 mulas y 120 cajas de vino de Burdeos, con el que los asaltantes se emborracharon de buena gana. Pero resultó que la principal fuerza imperial ya había dejado el área, por lo que los paraguayos no obtuvieron otras provisiones además del vino.[636]

El 26, Thompson intentó otro atraco. Reunió a 550 hombres, de los cuales 100 fusileros fueron enviados a distraer a la vieja línea de las trincheras del Pikysyry, mientras que los restantes se dirigieron a un potrero a medio camino de Villeta, donde los espías habían reportado que el enemigo tenía un poco de ganado. Aunque los aliados dispararon a las unidades paraguayas, no pudieron evitar que escaparan con 248 cabezas y 14 caballos. Thompson había agotado sus provisiones el día anterior y estas nuevas raciones de carne fueron una inestimable ayuda para la

sitiada guarnición.[637]

Antes de que el último lazo telegráfico con Itá Ybaté fuera cortado, el mariscal había asegurado a Thompson que los brasileños habían sufrido grandes bajas, tantas que Caxias no tenía esperanzas de atacar las principales posiciones paraguayas ni de avanzar sobre Angostura. Esto era una ilusión. El 28, con los ex cuarteles de López firmemente en sus manos, los aliados lanzaron un ataque general sobre la posición del coronel.

Restaba saber si Angostura, que Thompson había fortificado con habilidad, podía todavía ser defendida eficazmente. El coronel no tenía manera de saber que los batallones paraguayos en torno a Lomas Valentinas habían colapsado. Trató de comunicarse con sus superiores por medio de banderas y, aunque apenas podía divisar el campamento del mariscal en la distancia, nadie respondía sus señales. El campamento ya había caído.[638]

Mientras tanto, la flota aliada mantenía su

bombardeo. El *Wasp* estaba en las cercanías en ese momento, y sus oficiales ya se habían permitido más de una burla por la forma en que los brasileños llevaban a cabo su tarea de bombardear al enemigo:

> [...] los acorazados brasileños [...entraban] en acción a la mañana y se quedaban fuera de rango a la noche. Para los oficiales [norteamericanos] que habían tomado [parte] en la guerra civil, los métodos brasileños de guerra parecían simplemente pueriles. El almirante [Davis] tenía un escuadrón con suficientes cañones como para haber destrozado esta batería en media hora si se hubiera recurrido a métodos americanos...[639]

Justa o no, esta evaluación reflejaba el desdén que se tenía por la armada brasileña desde los tiempos de Tamandaré.[640] Quizás la flota estaba inapropiada y pusilánimemente desplegada, quizás no, pero Ignácio sabía que, en Angostura, el tiempo estaba de su lado.

El 28, cuando las fuerzas terrestres brasileñas aprestaron sus cañones, un monitor con la bandera de tregua navegó hasta Angostura, pero no quiso detenerse cuando unos oficiales paraguayos se

acercaron a remo en una canoa para conocer las intenciones del enemigo. Thompson dirigió una protesta a los comandantes aliados al día siguiente, notando que la negativa del buque a anclar en el momento adecuado constituía un serio abuso de la bandera de tregua.[641] Los generales aliados, desde luego, podían responder a esta carta tanto con un lenguaje duro o con uno conciliatorio, según quisieran. Al final, hicieron ambas cosas, prometiendo analizar la cuestión de la bandera de tregua en su debido momento y ofreciendo simultáneamente evidencia de que Itá Ybaté había caído, junto con advertencias de lo que estaba por ocurrir. Si Thompson continuaba resistiendo, le dijeron, sus tropas arrasarían Angostura el 30.

Una comisión de oficiales paraguayos enviada al campamento aliado retornó con pruebas irrefutables de la caída de Itá Ybaté. Thompson todavía tenía unas noventa cargas para cada uno de sus pequeños cañones, lo que quizás habría servido para dos días de resistencia, pero no más. Tenía solamente 800 hombres aptos contra 20.000

del bando aliado, sin contar los cañones navales dispuestos contra él desde el río. Y no había esperanzas de llegada de asistencia alguna desde el este.

Thompson y su superior nominal, el coronel Lucas Carrillo, decidieron hacer lo que ningún comandante paraguayo había hecho nunca: solicitaron la opinión de cada soldado bajo su mando sobre el curso a seguir. Excepto por un teniente, los oficiales y el resto de los hombres optaron por una honorable capitulación. Su decisión sugiere que, una vez libres de la influencia directa del mariscal, los paraguayos podían elegir la rendición antes que el suicidio.[642] No eran los rígidos fanáticos que tanto la propaganda aliada como ciertos escritores nacionalistas presentaron posteriormente. Estos paraguayos habían peleado lo mejor que pudieron y habían sufrido por su país, pero, finalmente, había llegado el momento de aceptar la realidad.

La mañana del 30, Thompson y Carrillo enviaron un mensaje que declaraba su intención de

rendirse y los tres comandantes aliados —Caxias, Gelly y Obes y Castro— anunciaron su aprobación de los términos, bajo los cuales los oficiales podrían mantener sus rangos y espadas y las unidades paraguayas en su conjunto recibirían los apropiados honores de guerra.[643] Al mediodía, la banda tocó una marcha solemne y los hombres formaron en filas, amontonando sus armas en tres pilas separadas para ser repartidas entre los tres ejércitos aliados.[644] El teniente José María Fariña, que se había distinguido durante la «guerra de las chatas», no pudo tolerar que el enemigo tomara la bandera de su unidad, por lo que la bajó del mástil, envolvió con ella una bala de cañón y la arrojó al río.[645] Luego, al igual que los otros soldados, se entregó como prisionero. Todos estaban hambrientos, pero algunos estaban famélicos. Al rendirse, mostraron la ya ilustre dignidad que los paraguayos habían manifestado durante toda la larga guerra.[646]

Más tarde, Thompson recibió permiso de Caxias para inspeccionar Itá Ybaté, donde

encontró a 700 soldados ensangrentados en una ex residencia del mariscal. Había cuerpos esparcidos por todo el camino y pequeños grupos de hombres heridos bajo los muchos árboles del distrito. El marqués accedió al pedido de Thompson de enviar a varios estudiantes de medicina que lo acompañaban en Angostura a ayudar a los paraguayos cuyas vidas podían salvarse. Gelly y Obes también envió a 25 de su propio personal médico para asistir. El coronel Thompson, con su espada todavía en la cintura, se quedó en las inmediaciones de Angostura por otros dos días. Fue luego evacuado a Buenos Aires a bordo del *HMS Cracker* después de una breve visita a la ahora desierta Asunción. Había estado en Paraguay por casi once años. Debieron haberle parecido un siglo.

El coronel tuvo una oportunidad final de ejercer su autoridad como oficial paraguayo cuando, mientras estaba en Rio de Janeiro antes de partir a Gran Bretaña, supo que los sucesores de Caxias habían enrolado a prisioneros paraguayos en el

ejército aliado, siendo esto contrario a los arreglos de rendición acordados con el marqués en diciembre. Envió un enfático mensaje a Caxias para quejarse de esta práctica, la cual «sin duda ocurrió debido a la ausencia del marqués en el sitio de la guerra».[647]

En tiempos posteriores, el ingeniero británico fue censurado por todos los bandos. Fue condenado por la facción lopista a principios del siglo veinte por haber denunciado «traicioneramente» al mariscal después de haberle servido tan fielmente, y por los liberales, quienes afirmaban que había sido un oportunista que actuó con fingida ignorancia de las atrocidades que López había cometido. Relativamente poca de esta crítica fue hecha estando él en vida, y, como muchos de los extranjeros que habían alguna vez trabajado para el gobierno paraguayo, volvió a vivir al país después de la guerra. Se casó, tuvo una familia y trabajó como funcionario en el Ferrocarril Central del Paraguay antes de morir a la edad de 37 años en 1879. Sus reminiscencias de

los tiempos de guerra probaron ser de perenne valor, e incluso críticas tales como las de Antonio de Sena Madureira, Diego Lewis y Ángel Estrada se redujeron mayormente a cuestiones de detalle.

La condena de Thompson al mariscal parece, sin duda, tardía, pero no más que los testimonios del doctor Stewart, el coronel Centurión, el padre Maíz y el coronel Wisner. El comandante de Angostura debió haber encontrado prudente unirse a la corriente de detractores de López antes que explicar a la posteridad la delicada cuestión de su servicio a un déspota. En la declaración de Resquín de 1870, hecha como prisionero de los brasileños, el general paraguayo retrata a Thompson como un oficial codicioso de medallas y altamente leal a Madame Lynch, por quien habría hecho cualquier cosa, limpia o ruin, por más que ella lo consideraba un tonto.[648] De más está decir que Thompson no se describe a sí mismo de esa manera.

Capítulo 8

Otra pausa

En los últimos días de diciembre de 1868, el alto comando aliado tuvo que concentrarse en tres objetivos a corto plazo en Paraguay, todos los cuales concernían al ejército y a la armada. Angostura acababa de caer y las tropas que la habían rodeado debían ser reubicadas. Asunción estaba a pocos kilómetros río arriba, totalmente desprotegida, y lista, parecía, para dar la bienvenida a los conquistadores aliados. Y las fuerzas armadas del mariscal —ahora reducidas a una esquelética milicia en Cerro León y sus

inmediaciones— no tenían capacidad de soportar siquiera el pequeño golpe que Caxias podía asestarles en cualquier momento. El final de la guerra estaba a la vista y todos en las fuerzas aliadas se tomaron un momento para respirar con calma.

Para los paraguayos, el hogar se había transformado en un paraje devastado, atrofiado, desnudo de habitantes humanos. Algunos pueblos del interior, especialmente en el extremo norte del país, habían escapado de los peores estragos y todavía podían contar con unas pocas cabezas de ganado y ciertas cantidades de mandioca y algodón, productos que, para esa época, ya eran artículos de lujo. Estos pequeños pueblos no podían de ninguna manera sostener una economía nacional que cada día se volvía más insignificante. Pero los paraguayos se habían sobrepuesto a toda clase de amarguras desde 1864, e incluso ahora albergaban esperanzas de que las cosas pudiesen mejorar. La caída de Angostura en nada cambiaba la situación ante sus ojos, ni tampoco lo hacía la

idea de una Asunción ocupada. El Paraguay podría sobrevivir para pelear de nuevo.

El mariscal cabalga tierra adentro

Los éxitos aliados de diciembre de 1868 sacudieron profundamente al ejército del mariscal. Armas, municiones, el carruaje de López e incluso su poncho colorado con el bordado de la casa de Bragança, habían caído en manos brasileñas, lo mismo que una gran cantidad de documentos incriminatorios, incluyendo el «diario» del general Resquín (que registraba los nombres de los individuos ejecutados por traición en los meses previos).[649] Estas pérdidas eran humillantes, pero el problema real consistía en recomponer la milicia. El comando se había desintegrado en Lomas Valentinas y muchos soldados habían abandonado sus puestos o erraban a la espera de órdenes que nunca llegaban.

En la confusión, la gente que permanecía cautiva desde antes de la caída de Humaitá recuperó inesperadamente su libertad cuando sus guardias simplemente los abandonaron para huir del avance aliado. Cuatro oficiales brasileños (incluyendo al

mayor Ernesto Augusto da Cunha Mattos), tres argentinos y el infatigable mayor prusiano Von Versen cruzaron las líneas mientras las últimas defensas del mariscal se derrumbaban en Itá Ybaté.[650] A los exprisioneros, extasiados por su liberación de último momento, pronto se les sumaron en el campamento aliado el doctor Stewart (quien eligió no acompañar a Madame Lynch en su fuga), el coronel Wisner, el arquitecto británico Alonzo Taylor, el telegrafista alemán Robert von Fischer-Treuenfeld y un número sustancial de mujeres y niños que habían sido dejados atrás en la estampida final. Todos se sentían contentos de que la guerra terminara para ellos.[651]

La victoria aliada era considerada una conclusión inevitable desde antes de la caída de Humaitá, pero ahora ese sentimiento se palpaba en el aire, como si Caxias acabara de arrancar su triunfo como una fruta de un árbol. Los enfrentamientos de diciembre habían confirmado la eficacia de su estrategia militar. Había tomado

Angostura y eliminado con ello los últimos reductos enemigos en el río Paraguay. Había dispersado a los soldados paraguayos por los pantanos y el interior del país y estaba claro que jamás lograrían recuperar su cohesión. Asunción estaba a punto de ser capturada. El marqués se sentía fatigado, incluso distraído, pero tenía buenos motivos para celebrar.

Dicho esto, quizás Caxias necesitaba todavía descubrir alguna reserva adicional de energía. Habiendo peleado como Ulysses S. Grant durante diciembre, en los albores de la victoria adoptó una postura más parecida a la de George McClellan, un general cauteloso, lento y demasiado pendiente de no dar pasos en falso. Caxias no había logrado capturar al mariscal, un error fundamental cuya significación muchos críticos le señalaban, pero que el marqués, para su pesar, solo comprendió más tarde. Para citar a Richard Burton, «cualquier servicio en el mundo convocaría [...a] Caxias a justificarse ante una corte marcial, y un servicio estricto, como el francés o el austriaco, lo habría

probablemente condenado».[652] Duras palabras, sin duda, pero la falta fue realmente crucial. El corresponsal de guerra de *The Standard* resumió sus consecuencias observando que:

> Ni aunque Paraguay tuviera los diamantes de Golconda o las minas de California habría valido la sangre derramada en Lomas Valentinas. Un error, un error duradero y profundo, fue haber impuesto a la humanidad tal sacrificio. Waterloo tuvo un objeto; sobre él se colgó el destino de Francia y de Europa. [Königgrätz] puede ser justificada por los eternos feudos de la demasiado robusta familia alemana. Pero Lomas Valentinas fue una victoria estéril desde el momento en que se le permitió escapar a López, y ese terrible desacierto le costará todavía a los aliados torrentes de sangre fresca y millones [...] en recursos.[653]

Estas palabras, que los críticos brasileños habrían compartido, fueron escritas a principios de agosto de 1869, mucho después de que el ejército de López hubiera recobrado fuerza suficiente como para hostigar a los aliados, al menos en una forma limitada. Ocho meses antes, en el momento en que el mariscal escapó, la situación parecía menos ominosa, su huida menos costosa. Caxias

consideró que la captura del mariscal era, a lo sumo, un objetivo secundario. Los aliados habían destrozado completamente el ejército paraguayo, ese era un hecho evidente, y no parecía haber necesidad de lidiar con los rezagados, entre los cuales el mariscal era solo uno más.[654]

En otras circunstancias, esta estimación habría sido totalmente correcta, ya que la realidad que surgía a partir de las pérdidas en el campo de batalla era persuasiva en sí misma. Pero la decisión del marqués de ejercer presión sobre Asunción sin molestarse en perseguir y destruir a López revelaba su pobre comprensión de las características más profundas del país. Caxias había siempre considerado a su oponente como un tosco charlatán, carente tanto de integridad como de coraje, un hombre cuyo honor podría en algún momento ser comprado y cuyas tropas lo obedecían simplemente por miedo. De esta evaluación seguía que, una vez que los paraguayos fueran liberados de sus cadenas, recibirían a las tropas aliadas como liberadoras y ya no querrían

continuar sirviendo a un déspota.

Desafortunadamente para unos y otros, ocurrió lo opuesto. Los propagandistas aliados habían sostenido siempre que los paraguayos estaban sedientos de libertad y que solo codiciaban como salvajes el ron que traían en sus buques los comerciantes europeos. En Paraguay, sin embargo, la libertad al estilo europeo tenía un valor insignificante en comparación con el sentido de comunidad y, en última instancia, de esperanza. El marqués no comprendió este hecho. Su torpeza en ese punto, o su falta de visión, terminó empañando su reputación como líder militar y proporcionó combustible a sus adversarios políticos en Brasil y Argentina. Las acciones de Caxias —o su falta de acciones— a principios de 1869 también desconcertaron tanto a sus admiradores como a sus detractores de generaciones posteriores. Los historiadores encontraron difícil creer que un general inteligente hubiera podido comportarse con tanta negligencia o ingenuidad como para dejar escapar a López. Algunos —no todos ellos

revisionistas— buscaron una explicación más inicua de la conducta de Caxias.

Las especulaciones —si esa es la palabra correcta— asumieron algunos contornos extravagantes o distorsionados con los años. Thompson inició la cascada de acusaciones al sugerir que el marqués había actuado, o bien por «imbecilidad», o bien por deseo de extraer todavía más dinero del presupuesto militar, usando una excusa para mantener al ejército brasileño en Paraguay, o bien quizás «con la idea de permitir a López reunir al resto de los paraguayos, con el fin de exterminarlos en una "guerra civilizada"».[655]

Con la excepción de José Falcón, quien escribió en los años 1870 que el liderazgo brasileño quería la muerte de todos los paraguayos, esa imputación de una política genocida entre los aliados recibió muy poco respaldo en el siglo diecinueve. Sin embargo, excitó una pasional reacción entre los más excéntricos y exasperantes escritores revisionistas cien años después. El ejemplo más obvio de esta tendencia es el periodista Júlio José

Chiavenato, quien eligió letras goteantes de sangre para ilustrar la sensacionalista portada de su *Genocídio Americano*. El término «genocidio», que Chiavenato usa indiscriminadamente, fue acuñado en 1943 por Raphael Lemkin, un abogado nacido en Polonia que deseaba atraer la atención internacional sobre los «crímenes y barbaridades», aludiendo, primero, a la masacre organizada de armenios por parte de los turcos otomanos y, segundo, a la carnicería de judíos por parte de los nazis. La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una convención sobre el tópico en 1948 que incorporó mucho del lenguaje de Lemkin, definiendo el genocidio como «actos cometidos con la intención de destruir, totalmente o en parte, un grupo nacional, étnico, racial o religioso». Dado que el registro histórico no revela ningún plan premeditado por parte de los aliados de algo parecido a una «solución final» del «problema» paraguayo, establecer una intención genocida en sus palabras y acciones parece amplia e imperdonablemente exagerado. Sí

pasó a veces que prisioneros paraguayos fueron aniquilados (como después de la batalla de Yataí), pero los prisioneros aliados también fueron masacrados en similares circunstancias por López en varias oportunidades. Usar la palabra «genocidio» para describir cada atrocidad en la guerra solo sirve para complacer reacciones emocionales y alentar las actitudes más básicas de los xenófobos del Paraguay de hoy, que odian a los brasileños por el solo hecho de serlo. Es ya bastante malo que el texto de Chiavenato proporcione un delgadísimo catálogo de hechos como base de su juicio.[656]

Otra explicación igualmente inverosímil (también lanzada por Thompson) sostenía que Caxias había llegado a un acuerdo con López, posiblemente arreglado por McMahon, para facilitar el «escape» de oficiales brasileños en custodia paraguaya a cambio de permitir la huida del mariscal y los miembros de su círculo privado.[657] Quizás el rumor más extraño, sin embargo, describía al comandante aliado como un

acérrimo masón que no toleraba humillar a otro hermano masón como él y que, por lo tanto, dejó que se fugara por simpatía fraternal.[658]

Tales elucubraciones parecen demasiado rebuscadas e inmoderadas. Caxias y los oficiales aliados que lo rodeaban estaban física y mentalmente exhaustos a fines de diciembre de 1868, y hombres tan fatigados raramente actúan con completa frialdad. Fuera por una mala lectura de sus órdenes o por una mala ejecución, los hombres en la escena perdieron su oportunidad de capturar al mariscal y terminar la guerra. Su error necesariamente era responsabilidad del marqués, independientemente de que hubiera o no primado su juicio. Ninguna otra clarificación o debate sobre minucias es realmente necesario para atribuir culpas ni para plantear cualquier descabellada conspiración.

Deberíamos recordar que otros comandantes aliados habían desaprovechado oportunidades de paz durante los cinco años de campaña. En esta ocasión, como ocurrió luego de Yatayty Corá y

Curupayty, hubo muchas acusaciones ligeras. No obstante, en un sentido importante los críticos de Caxias tenían un punto fuerte, aunque no era obvio en ese tiempo. El marqués había subestimado repetidamente a López y no se había podido despojar de su desprecio por el pueblo paraguayo, pese a lo abnegado y resistente que había probado ser. Si pensó que solamente Asunción era relevante, y que podía impunemente dar por descartado al mariscal y a su tambaleante ejército, no demostró mucha sensatez.

Nada de esto significa que él o cualquier otro oficial aliado hubieran facilitado el escape del mariscal, pero sin duda fue un craso error no haber despachado unidades de caballería para cazarlo. Y aunque este descuido pudo haber sido cometido por otros, Caxias era el responsable y debía asumir la culpa. En vísperas de su mayor conquista, este tropezón lo hizo caer y encontró difícil levantarse. Mientras el ejército aliado se movilizaba al norte para ocupar Asunción, harapientas bandas de ancianos y niños fluían

hacia el refugio del mariscal, al pie de la zona cordillerana. Todavía no se sentían derrotados y pronto se fusionarían en un pequeño ejército aún capaz de causar dolores de cabeza.

Actualmente es raro ver visitantes en Cerro León, pero todos aquellos que se acercan quedan impactados por su atmósfera fúnebre, incluso a plena luz del día. Uno tiene la impresión de estar siendo vigilado no solo por el triste cuidador y su esposa, sino por los cientos de soldados paraguayos que murieron en sus hospitales y cuyos fantasmas demandan respeto de los turistas en la soleada quietud.[659] El mugir del ganado suele ser el único sonido a principios del siglo veintiuno, pero a fines de 1868 el lugar estaba atestado de ruido y nerviosa actividad. Los heridos y desplazados tenían muchas preocupaciones y preguntas que solo el mariscal podía responder.

López estaba inclinado a ver la intervención divina en su afortunado escape. Aunque Cerro León estaba al alcance de un asalto aliado, pensó

que Caxias difícilmente distraería la parte principal de su ejército de la tarea de ocupación de Asunción para destruir una sola e insignificante guarnición. Esto significaba que los paraguayos tenían tiempo de armar una resistencia en su suelo y que, con la ayuda de Dios, todavía podrían prevalecer. Este fue el tono de la proclama del mariscal el 28 de diciembre. Antes de poder descansar después de una larga cabalgata desde Lomas Valentinas, López tomó papel y pluma para dirigirse a sus sufridos compatriotas, revisando los últimos acontecimientos y pidiéndoles aún mayores sacrificios en el nombre de la nación paraguaya y del Todopoderoso:

> Nuestro Dios prueba nuestra fe y constancia para darnos una patria aun más grande y gloriosa, y todos ustedes deben sentirse fortalecidos, como me siento yo, con la sangre derramada ayer, bebida por el suelo de nuestro lugar de nacimiento. Para vengar la pérdida y salvar a la nación, aquí estoy [...] Hemos sufrido un revés, pero la causa nacional no sufrió y los buenos hijos de la patria siguen organizados incluso ahora [...] para purgar al país de sus enemigos...[660]

Dado el caos de diciembre, podría parecer sorprendente que la gente del interior pudiera coordinar sus esfuerzos contra los aliados. De hecho, cuando las noticias de los reveses en Lomas Valentinas llegaron a los pueblos, causaron pánico y desesperación. Los representantes del mariscal habían enfrentado ya muchos desafíos y esta nueva información era cualquier cosa menos estimulante. Los pocos cultivos sembrados apresuradamente los meses previos por lo general no habían sobrevivido al calor del verano, y en algunos distritos la población ya sufría una grave hambruna. El tránsito por el interior se había vuelto excepcionalmente difícil debido a la falta de caballos y, salvo por los cargamentos que llegaban desde comunidades cercanas a las estaciones del ferrocarril, era imposible llevar provisiones al frente. El cólera había retornado a una media docena de pueblos y todos ahora esperaban lo peor.[661]

Y, sin embargo, los paraguayos en su mayoría se rehusaron a pelear entre sí y, en cambio,

mantuvieron su fe en el mariscal. La capacidad de López de mantener la lealtad de su pueblo no había sido nunca una simple cuestión de prepotencia o brutalidad. Su guaraní era impecable y su uso de términos alentadores y entrañables era más infalible que nunca. Era fácil para los hombres, incluso para los ancianos, verlo como a un padre. Más importante aún, para el paraguayo medio no existía un punto político o social de referencia que no fuera lopista en carácter; resistir el liderazgo del mariscal no era meramente imprudente, era antinatural. Por lo tanto, cuando López llegó a Cerro León, aquellos pocos oficiales del ejército que no habían participado en los últimos enfrentamientos dieron un paso adelante para ofrecerle sus servicios. En los siguientes días y semanas, se les unieron hombres y muchachos que de alguna manera habían sobrevivido a lo peor de la campaña de diciembre y se habían estado ocultando de los aliados desde entonces.[662]

Martin T. McMahon observó el cambio que se produjo en el campamento paraguayo una vez que

arribó el mariscal. El ministro inicialmente notó la depresión que se había esparcido entre las tropas cuando sospecharon que Angostura había caído, pero esto fue pronto puesto de lado por una renovada muestra de determinación. En este sentido, la fortaleza de un adolescente impresionó particularmente al norteamericano y lo convenció de que, asombrosamente, el país todavía podía contar con hombres que nunca se desmovilizarían sicológicamente:

> Vino un sargento de catorce años, salió goteando del pantano, a través del cual, por casi treinta horas, había nadado o vadeado; y contó la humillante historia de la rendición [en Angostura] —cómo habían sido enviadas cañoneras con banderas de tregua con mensajes de los jefes aliados; cómo desertores paraguayos habían desinformado a los principales oficiales de las baterías, contándoles la vieja historia, desde entonces periódicamente repetida, de que López estaba tratando de escapar a Bolivia; cómo al final la guarnición entera, más de dos mil, salió de las fosas y repentinamente se le ordenó deponer sus armas en presencia del odiado enemigo; y cómo él, con muchos otros, desdeñó la rendición, se lanzó a los pantanos y no descansó hasta presentarse ante su jefe. Todo esto me lo dijo entre lágrimas y con la voz casi cortada por los sollozos.[663]

Después de solo un día o dos, López estableció un nuevo campamento en Azcurra, a tres kilómetros de distancia, sobre la cresta de las colinas. Dejó a 600 hombres en Cerro León y se mudó con las tropas restantes, incluyendo los heridos que podían caminar, al nuevo sitio, que sirvió como su cuartel militar por varios meses.[664] La vista era panorámica y permitía un excelente escrutinio de las áreas cultivadas a la vera del lago Ypacaraí y los pueblos adyacentes de Areguá y Pirayú, la línea del tren que ligaba el interior con Asunción y las muchas tiendas y cobertizos que rodeaban el hospital. Si Caxias se aproximaba, tendría que hacerlo por esa vía. Mientras tanto, desde estas alturas, el mariscal podía mantenerse aislado de los desagradables y embarazosos hechos que lo tenían en apuros.

Mientras las funciones del gobierno se trasladaban a Piribebuy, López revisaba sus opciones estratégicas. Se sentía emocionalmente castigado por los recientes acontecimientos y

traicionado por quienes él consideraba subordinados incompetentes y tránsfugas como Thompson. Por otro lado, Sánchez y los demás funcionarios todavía podían reconstruir el estado paraguayo de acuerdo con las necesidades cambiantes. La continuada resistencia a los invasores aliados requería que coordinaran sus esfuerzos con la mayor competencia y capacidad de improvisación. Aunque distaba de sentirse optimista, el mariscal no tenía intenciones de modificar su postura sobre la guerra. Los paraguayos todavía podían «ganar» al no perder, mientras que los aliados solamente podían ganar mediante la destrucción total del ejército de López.

El saqueo de Asunción

Las primeras tropas aliadas —unos 1.700 infantes brasileños— desembarcaron en Asunción la tarde del 1 de enero de 1869. Divisaron los viejos barcos en la bahía mientras sus transportes y vapores viraban en dirección al puerto. El dañado palacio de López, la casa de aduanas, la legislatura, la estación del ferrocarril y la catedral pronto estuvieron a la vista, pero prácticamente no había gente, y, ciertamente, ninguna batería disparando contra ellos. Una sobrecogedora quietud predominaba. Era la época más calurosa del año y el río resplandecía con una bruma traslúcida, efecto que magnificaba un extraño sentimiento de soledad y desesperación. Allí estaba Asunción, la Meca, el Tombuctú hacia el cual las esperanzas aliadas habían estado dirigidas por cuatro años, la ciudad que Bartolomé Mitre había prometido tomar en solo tres meses.

No era muy impresionante. El punto de desembarco que los aliados eligieron estaba

repleto de ratas de agua, y el aire, de insectos voladores. La mayoría de los establecimientos comerciales de los alrededores eran parecidos a los de Corrientes y las provincias del sur: casonas tradicionales con gruesas paredes de adobe y altos cielorrasos. En medio de su placentera rusticidad y sus retorcidas calles, la excapital hacía algunas concesiones a la era moderna en los edificios construidos para el uso del gobierno y la familia López. Todos ellos eran grandes y ornamentados, diseñados para impactar a los paraguayos más pobres con la grandeza del Estado. Destellaban con una ostentación que, para los más imaginativos entre los soldados aliados, tenía cierto aire europeo. Estos edificios sugerían prosperidad en Asunción, una segura promesa de buenos botines.[665]

Las principales unidades aliadas llegaron desde Villeta el 5. Siguiendo instrucciones de Caxias, el desfile de tropas se convirtió en una procesión triunfal, con bandas tocando marchas marciales y todos los hombres ataviados con uniformes, botas,

botones y bayonetas lustrados y relucientes. El marqués deseaba hacer de su conquista de Asunción un espectáculo inolvidable. La misión que el emperador había asignado al ejército imperial había sido finalmente cumplida, y Caxias consideró apropiado marcar esa victoria para que nadie pudiera minimizarla. También representaba la culminación de su larga carrera militar.

El marqués emitió una proclama declarando el fin de la guerra, la cual fue secundada por los oficiales de la flota con un comunicado propio en el que se jactaron de que «no era imposible alcanzar lo imposible, nosotros lo hicimos».[666] Seguro de que la posteridad aplaudiría su dirección de la campaña aliada, Caxias se preparó para delegar el comando en sus subordinados. Carecía de permiso para hacerlo, pero estaba cansado de Paraguay, harto de pelear y quería retirarse y disfrutar de un bien merecido descanso. Antes despachó una fuerza móvil al norte, hacia Luque, y, siguiendo la línea del ferrocarril, hacia Areguá, para prevenir cualquier problema

inesperado que llegara desde esa dirección.

La mayoría de los hombres del marqués tenía objetivos más inmediatos que perseguir y pocos de ellos redundaron en su buen nombre. Observadores extranjeros condenaron unánimemente la conducta de las tropas aliadas que llegaron a Asunción en el curso de las siguientes semanas. Habiendo peleado durante tanto tiempo en esteros y selvas, estos soldados se sintieron con derecho da extraer de la ciudad cualquier recompensa que pudiera darles.

Las mujeres y muchachas a su alcance fueron ultrajadas de una manera u otra. Los brasileños ya se habían ganado una mala reputación por el trato que dieron a 300 paraguayas que habían caído en sus manos después de Avay y que fueron repetidamente violadas.[667] La mayoría de las asunceñas, aunque no todas, escaparon al tormento, pero solamente porque muy pocas de ellas estaban en la ciudad.

McMahon, quien no podía considerarse un observador neutral, condenó a los brasileños como

una «horda licenciosa y sin ley que degradó tanto a la humanidad como al nombre del soldado».[668] Al llegar a esta estimación, sin embargo, bien podría haber considerado la venganza como uno de los motivos, algo que él ya había visto en Virginia. Al menos algunos de los soldados que violaron y abusaron de mujeres en Asunción recordaban que sus compatriotas habían sufrido un trato similar en Corumbá durante la ocupación paraguaya.[669] Este hecho, desde luego, no justifica su conducta, pero agrega un matiz a la historia. Al invadir el Mato Grosso, los paraguayos habían decidido que, si Dios no hubiera querido ver a los locales esquilados, no los habría hecho mansas ovejas.[670] En Asunción, en contraste, los aliados no podían hablar de los paraguayos de esa forma, lo que nos lleva a concluir que, en el segundo caso, violación y venganza estuvieron más estrechamente ligadas.

Algunos brasileños encontraron una forma de obtener dinero en ese tiempo por medio del secuestro de niños y el cobro de rescates. Este

parece haber sido un fenómeno aislado inicialmente, pero el secuestro extorsivo aparentemente se convirtió en un problema mayor después de que las fuerzas brasileñas penetraron en la Cordillera en julio.[671] Aunque las tropas del mariscal también habían recurrido a esa práctica cuando compelieron a un grupo de mujeres correntinas a acompañarlos durante la retirada paraguaya a fines de 1865, su motivación había sido política, y no hubo demandas de rescate.[672] No puede decirse lo mismo, sin embargo, del italiano Nicoles, capturado por los paraguayos en Mato Grosso y liberado solamente después de que sus amigos pagaran 25 millones de *réis*, una suma muy considerable.[673]

La violación y el secuestro eran, ciertamente, crímenes atroces, pero menos comunes en la Asunción de 1869 que el latrocinio, que fue incontrolado y violento. Bajo las aceptadas reglas de la guerra, los oficiales veteranos podían autorizar el saqueo y la confiscación de artículos que pudieran ayudar a sostener el ejército

enemigo. Las reglas no permitían, sin embargo, entrar en propiedad privada ni hacer del saqueo un fin en sí mismo. No obstante, como los mismos paraguayos habían hecho en Corumbá, Bella Vista y Uruguayana, esto es lo que pasa en ausencia de frenos y apropiada disciplina. También es pertinente la cuestión de la escala, ya que, si bien los pueblos mencionados recibieron un trato inmisericorde por parte de los paraguayos, todos eran lugares pequeños. Asunción era una capital nacional, por lo que en ella el pillaje, simbólicamente, era más penoso.

Para crédito de Caxias, el marqués apostó guardias en el Teatro Nacional, la iglesia de San Roque y varios de los más importantes edificios públicos, y pidió a los comerciantes y propietarios que hicieran inventarios de sus bienes perdidos. Pero para entonces ya se había hecho un daño considerable. Además, muchos de los oficiales del marqués se unieron a los saqueos y ocasionalmente los dirigieron personalmente. En esto, los oficiales se comportaron igual que sus contrapartes

paraguayos en Corumbá, y en ambos casos fue una conducta despreciable.

Cuando Caxias hizo celebrar el Te Deum en la Catedral el 8 de enero, la ignominia estaba en pleno apogeo. Los soldados comenzaron con los edificios públicos más grandes. El «palacio» ejecutivo, inconcluso cuando estallaron las hostilidades, había sufrido repetidos daños durante las descargas del comodoro Delphim. Ahora, mientras la bandera imperial brasileña ondeaba en su punto más elevado, la estructura fue sistemáticamente destripada. Como un testigo posterior observó,

> las destrozadas torretas y los parapetos rotos anuncian demasiado fielmente la absoluta devastación del solitario y desmantelado interior, [del cual] los saqueadores brasileños se llevaron todo lo que cabía en sus manos, incluso las maderas de los pisos y de las escaleras, además de desfigurar todo [...] lo que no pudo ser llevado.[674]

Y este fue solo el comienzo. Un testigo alemán reportó que los soldados del imperio pillaron

«completamente la ciudad, sin dejar ni un pan de pasto, ni un espejo, ni un cerrojo intacto, aunque la guerra era supuestamente contra el tirano López y no contra el pueblo del Paraguay».[675]

Decepcionadas con el botín inicial, o quizás habiendo llegado muy tarde para hurtar los artículos más apreciados, las tropas se esparcieron por los barrios urbanos. Los brasileños habían recibido provisiones mínimas del sur y muchos oficiales que se consideraban *gourmets* tenían que comer, como soldados comunes, raciones de galleta dura y carne. En las cenas, ellos se servían primero y dejaban el resto a sus subordinados.

La soldadesca respondió dando rienda suelta a sus peores inclinaciones. Los oficiales habían aprobado su pillaje, y los soldados se sentían autorizados a satisfacer sus necesidades de comida y bebidas fuertes de cualquier forma que pudieran.[676] Entraron en legaciones extranjeras, iglesias, hogares privados y almacenes en búsqueda de cosas para comer o vender.[677] Prendían fuego a los edificios adyacentes para

iluminar su depredación en horas de la noche, reduciendo muchos a cenizas.[678] Incluso hubo tumbas profanadas.[679] Todo esto, con el regocijo que usualmente los brasileños reservan para la temporada de cuaresma, aunque en este caso su alegría brotaba de un rencor salvaje.[680]

Al comienzo, nadie habló de frenar los excesos ni de castigar a los culpables. Por un lado, los soldados brasileños se hubieran sentido defraudados al ver restringido el derecho absoluto al pillaje que creían tener, y los oficiales ya habían tenido suficientes problemas controlándolos hasta donde podían. Por otro, muchos se podrían justificar diciendo que solo hacían lo mismo que antes habían hecho los paraguayos más rústicos, aprobara o no el mariscal su conducta.[681] E incluso los civiles, cabe puntualizar, raramente muestran misericordia hacia otros civiles en cuestiones de este tipo.

Las unidades argentinas, ahora comandadas por el general Emilio Mitre, estaban estacionadas a una legua, en las afueras de la ciudad, en Trinidad,

cerca de la casa de verano del presidente, desde donde podían convenientemente negar cualquier participación en los abusos. Los argentinos afirmaron haber actuado con mayor disciplina y circunspección que sus aliados brasileños. Sin embargo, su desdén estaba lleno de envidia. Cada vez que veían a las tropas brasileñas cargando sillas, mesas, pianos, alfombras y piezas de arte a bordo de los buques imperiales, pocos de ellos podían evitar imaginar esos objetos en sus propios ranchos.[682] Los oficiales superiores, finalmente, se aseguraron una porción del botín a pesar de la desaprobación oficial.[683] Y en abril, cuando el nuevo comandante aliado pasó por Buenos Aires, pudo ver sillones hurtados al mariscal en la casa de gobierno porteña durante la recepción que le ofreció Sarmiento.[684]

Mobiliario y adornos eran una cosa, pero la porción más valiosa del saqueo de Asunción consistió en cueros, tabaco y yerba «requisados» de almacenes privados y estatales. Una sorprendente cantidad de estos productos de

exportación había permanecido en la ciudad. Los buques mercantes aliados pronto rebosaron de ellos y los llevaron río abajo, a veces por cuenta del gobierno y a veces por cuenta de oficiales individuales.[685] Se dijo que el comandante uruguayo, el general Castro, se apropió de un buque cargado de cuero curtido con tanino y tabaco robado que planeaba vender en el mercado de Montevideo.[686]

Algunos oficiales aliados se comportaron en forma vergonzosa, pero otros fueron los críticos más severos del despojo. Emilio Mitre se retorcía de disgusto. En varias ocasiones, el esbelto comandante de las fuerzas argentinas reprendió a los subalternos que habían tolerado o se habían involucrado en hechos de robo. La misma revulsión fue también expresada por miembros de la Legión Paraguaya, cuyas casas, después de todo, estaban entre los edificios desvalijados. Habían observado impotentes, con comprensible indignación y temor, la lasciva crueldad de sus aliados.[687]

Había cierta ironía trágica en esta expoliación. Cuando el gobierno del mariscal ordenó la evacuación de la ciudad once meses antes, algunos asunceños escondieron valores en la mampostería de sus casas o los enterraron en los jardines de la familia. De esa forma esquivaron la codicia de los soldados de López, solo para que su propiedad cayera posteriormente en manos de los aliados. Peor todavía, los rumores de tesoros escondidos (*plata yvyguy*) inflamaron la avaricia de todos y convencieron a paraguayos y extranjeros de que podían hacer fortunas hurgando en los interiores de las casas y cavando en el suelo. De esa forma, la destrucción continuó hasta mucho después de terminado el conflicto.[688]

Es sin duda cierto que el saqueo de Asunción suscitó condenas contemporáneas y póstumas. Su crueldad echaba por tierra el profesado deseo de los líderes aliados de llevar la civilización al oprimido pueblo del Paraguay. Pero hubo también algunos comentaristas que defendieron el pillaje como una consecuencia natural de la guerra. *The*

Standard afirmó que las alusiones a la rapacería a gran escala en Asunción habían sido exageradas:

> En primer lugar, no quedaba mucho en la ciudad para el pillaje, y cuando los soldados entraron, encontraron puertas de negocios cerradas y selladas por órdenes de López, quien había fusilado a sus dueños; era natural que en muchas instancias el [portador de un] mosquete se viera guiado por la curiosidad y efectuara una entrada [...] El pillaje principal está dirigido, de acuerdo con los artículos de la guerra, hacia la propiedad del gobierno, como los cueros y la yerba.[689]

El ministro brasileño de Relaciones Exteriores hizo una observación similar. Al reunirse con algunos indignados paraguayos, afirmó con una expresión desabrida de superioridad moral que los soldados imperiales no habían cometido grandes faltas de conducta, y que lo peor del saqueo fue obra de mercachifles extranjeros que habían llegado detrás del ejército.[690]

Había una pizca de verdad en esto. Aventureros de una docena de países europeos llegaron a la escena unos días después que las fuerzas aliadas y no tardaron en levantar puestos de venta en los

arruinados edificios del distrito portuario. Una fuente registra 120 de estos establecimientos en la tercera semana de enero.[691] Estos codiciosos y astutos hombres, la mayoría italianos (y unos cuantos alemanes), estaban ansiosos de hacer dinero rápido, cuanto más rápido, mejor. Sus corazones carecían de la romántica y cándida fascinación que había animado a anteriores visitantes del Paraguay. Les daba placer observar los desfiles de los soldados aliados, no porque admirasen la pompa, sino porque más tropas suponían más provecho. Y el pillaje de Asunción que los macateros tenían en mente no era en realidad diferente del de los soldados, solo mejor organizado.[692]

Si bien estos tempranos intercambios se reducían al trueque de vajillas, sábanas, bombillas de plata por licor y comida, representaron el renacimiento del comercio paraguayo, el cual, por primera vez desde los 1810, se desarrolló sin interferencia estatal. La popularidad de la yerba paraguaya en los puertos río abajo nunca había

mermado y podía estimular la reintegración del país a la economía regional. No obstante, las ventajas de un comercio más abierto eran dudosas en 1869, y los paraguayos tenían todo el derecho a denunciar la conducta aliada como un robo descarado. La bahía de Asunción pronto se pobló de buques mercantes de todos los tamaños y banderas. Más de cien llegaron en la primera semana, y había el doble a fin de mes. Los macateros y usureros llenaron rápidamente las bodegas de estos barcos con botines capturados y los enviaron al extranjero, ante la indignación de los paraguayos. Su resentimiento continuó en el período de posguerra y persiste hasta hoy como un elemento de crispación en el discurso nacionalista.

Caxias da un paso al costado

Biógrafos favorables han afirmado que el marqués de Caxias hizo todo lo que estuvo a su alcance para controlar los excesos de sus soldados. Pero en enero de 1869 Caxias no estaba solamente fatigado: estaba enfermo y deprimido. No había dormido por casi tres días antes de que sus tropas entraran a Asunción, y casi literalmente cayó desplomado en la cama que sus sirvientes le habían preparado en la elegante residencia del finado general Barrios.[693] La temperatura era de más de 40 grados centígrados, y el marqués, de sesenta y cinco años, apenas podía funcionar a cabalidad.

No era el único. En realidad, varios oficiales aliados veteranos habían caído con fiebre, lo que agravaba su condición, de por sí precaria. El general Andrade Neves murió el 6 de enero, y el ayudante del marqués, coronel Fernando Sebastião Dias de Motta, poco tiempo después.[694] Tanto el general Guilherme Xavier de Souza como el

almirante Ignácio estaban tan enfermos que no podían levantarse de la cama, y el último ya había pedido ser relevado del comando de la flota. Los generales Osório y Argolo Ferrão no se habían recuperado todavía de sus heridas, mientras que el general Machado Bittencourt no se recobró nunca de las suyas y murió poco después.[695]

Esta situación creó un vacío de poder en Asunción que aumentaba todavía más la presión sobre Caxias. Las adversidades que había superado en diciembre habían costado numerosas vidas del lado aliado, y este hecho le pesaba fuertemente, en especial porque los sacrificios no habían significado el fin de la lucha. Las palizas que recibía el marqués en la prensa argentina y brasileña no contribuían a mejorar su bienestar. Las que habían comenzado como objeciones menores por el hecho de que dejó escapar al mariscal se habían ido convirtiendo en cascadas de invectivas. Y aunque siempre fingió indiferencia ante las murmuraciones, hería su orgullo pensar que había perdido el respeto del

que se sentía merecedor.

El término «digno» había sido atribuido tantas veces a Caxias que él hacía tiempo que había dejado de poner sus propias debilidades físicas y emocionales como excusa. En esta ocasión, no pudo ignorarlas. Ya no estaba seguro de contar con la confianza incondicional del emperador. Antes que pelear una batalla perdida consigo mismo, hizo lo único que podía: el 12 de enero pidió ser relevado, o al menos dispensado con un permiso de tres meses. Dos días más tarde, sin haber recibido respuesta de Rio de Janeiro, emitió la Orden del Día número 271, que formalmente declaraba terminada la guerra, y manifestó con cierto descaro que «el ejército y la armada brasileños se podían congratular por haber peleado por la más justa y sagrada de las causas».[696]

Sabía que la guerra no había concluido, pero debió sentirse muy cerca de un colapso nervioso para necesitar tan desesperadamente cerrar el libro sobre el Paraguay. Luego, mientras

participaba en una misa en la Catedral de Asunción el 17, se desvaneció. Sus hombres lo llevaron cuidadosamente a sus cuarteles, donde recobró momentáneamente la conciencia, para desmayarse de nuevo. Según los informes de la prensa en inglés, la reacción de los doctores era inequívoca:

> Sus médicos no consideraron prudente que esperase [a que el ministro de Guerra confirmase su sucesor...], se embarcó la noche del lunes a bordo del *Pedro Segundo* y partió temprano la mañana del martes. Ese día, como se esperaba, López fue el tema de conversación, y sus probables movimientos futuros, con los 8.000 hombres que se dice están bajo su comando, fueron discutidos. El marqués puso fin a la discusión entre sus oficiales exclamando: «¿Qué importa? Ocho mil hombres no pueden de ninguna manera acabar con esta escoria [de soldados brasileños] que permanecerá [en Asunción]».[697]

Este último comentario Caxias lo escupió por apuro, exasperación y desprecio aristocrático hacia sus propias tropas, pero parecía bastante realista en la superficie. Concedía, sin embargo, que faltaba mucho por hacer antes de que el país

pudiera ser adecuadamente pacificado, y que él no estaría a mano para ver la misión cumplida.

Este hecho difícilmente podía tranquilizar al sucesor del marqués, el general Guilherme Xavier de Souza, quien, como se señaló más arriba, estaba también enfermo (con dolencias hepáticas y fiebre) y ansioso de irse a casa. El nuevo comandante, era cierto, era un ex gobernador de Rio Grande do Sul, un dotado político y, ciertamente, no era un alfeñique. Pero ser cabeza de las fuerzas aliadas, decididamente, excedía sus capacidades. No tenía nada del carisma de Caxias, bastante poco de su ahora desvanecida energía, y se sentía igual de perplejo que el emperador y todos los miembros del gobierno brasileño por el giro de los acontecimientos que lo había puesto al mando.

Guilherme nunca se había llevado bien con el dominante Caxias, pero no contempló cambios en las políticas que este último había impuesto. Presumía correctamente que su comando era temporal y que, por ende, debía resistir la

tentación de montar cualquier ataque contra López o patrocinar reformas de cualquier tipo. Lo que hizo fue imponer más control en Asunción, realizar inventarios de los artículos saqueados en manos de macateros y devolver propiedades a sus dueños toda vez que fue posible. Sin embargo, sus esfuerzos no podían tener éxito en medio de tanto caos; de hecho, los miembros de la comisión que nombró para supervisar el retorno de bienes robados se quedaron con una parte del botín (o aceptaron sobornos para hacer la vista gorda).[698]

Cuando se quejó a Guilherme y a Emilio Mitre de que soldados aliados habían destrozado su consulado en Luque en búsqueda de desertores, el bigotudo representante Chapperon no solamente no recibió satisfacción, sino que se le exigió cuidar sus maneras y recordar que su derecho de inmunidad diplomática podía ser fácilmente revocado.[699] La situación era tensa e incierta. Y lo mismo ocurría en todos los pueblos de los alrededores, que cayeron bajo el control aliado

durante este período. Cuando los brasileños llegaron a Luque, los pocos habitantes que se habían quedado ahí se escondieron en sus casas, sin atreverse siquiera a espiar. Pero la mayoría huyó al interior, llevándose a sus hijos y parientes enfermos.

Mientras tanto, Caxias navegaba rumbo a casa. Su decisión de no desembarcar en Buenos Aires inspiró ácidos comentarios entre los porteños y, aunque era comprensible dada su enfermedad, muchos en la ciudad lo consideraron un desaire intencional o una argucia política. En Montevideo, el marqués sí bajó a tierra, no para confraternizar con funcionarios uruguayos, sino para convalecer en habitaciones preparadas para él por el comando brasileño local.[700] El estrés acumulado por el trabajo excesivo y la depresión todavía tenían que aliviarse, aunque sus fiebres se aplacaron lo suficiente para una breve consulta con el consejero José María da Silva Paranhos, quien arribó fortuitamente a la ciudad más o menos al mismo tiempo.

El gobierno imperial acababa de nombrar a Paranhos agente especial en Asunción. Aunque sus deberes estaban vagamente definidos, el consejero ya había amasado mucho poder como ministro de Relaciones Exteriores, y el destino de Paraguay dependía de cómo decidiera usarlo. No era una persona impulsiva. Necesitaba oír todo lo que el marqués pudiera decirle, desde el análisis más amplio hasta los detalles más pequeños. La entrevista no se llevó a cabo sin fricciones. Aunque era conservador (y masón) como Caxias, Paranhos se sintió desconcertado con la manera en que el marqués había partido de la zona de guerra, y, como al emperador, le preocupaba lo que esta independencia de acción podía presagiar. La victoria final aparentemente se le había escapado a Brasil de las manos; este hombre viejo y quebrado la había dejado ir. El juicio era injusto. En verdad, la victoria había sido solo aplazada. Pero, en ese momento, Paranhos y muchos políticos brasileños pensaban distinto.

La prensa de Buenos Aires rumiaba que el

marqués estaba muriendo, y la gente de Rio de Janeiro lo creía también.[701] Su llegada a la capital imperial fue uno de los acontecimientos más sombríos y amargos de su vida, y nunca olvidó la experiencia. Cuando Caxias caminó cansadamente por la rampa del buque de guerra y puso un pie en su ciudad natal, ningún funcionario se acercó a saludarlo. Se dijo que no se había dado aviso de su llegada, pero, de hecho, fue tratado como un individuo privado, no merecedor de recepción oficial ni expresión pública de gratitud. Esta falta de aprecio, equivalente a una bofetada en el rostro, lo hirió profundamente, mucho más porque claramente emanaba del enojo del monarca. La decisión del marqués de dejar escapar a López y de abandonar su comando paraguayo sin permiso pudo haber terminado con su carrera.

Solamente el 21 de febrero Pedro se dignó a recibir a Caxias en el palacio São Cristóvão. Para entonces, el emperador era todo sonrisas. Había meditado largamente sobre la situación paraguaya,

solicitado la opinión de su entorno y optado por hacer a un lado su rencor y decepción. Era cierto que el marqués no había capturado a López —un objetivo que Pedro consideraba esencial para preservar su dignidad imperial— pero el monarca reconocía que el ex comandante había obrado bajo tremenda presión. Caxias había ganado muchas batallas y había probado siempre ser un fiel defensor del sistema imperial. A pesar de sus críticos, tenía mucho con que contribuir incluso ahora, y era mejor para todos que la nación honrara sus logros.[702]

Para dejar clara su intención, el emperador lo condecoró con la Medalla al Mérito Militar y la Cruz de la Orden de Pedro, esta última reservada a príncipes de sangre real. Unas semanas después, dio un paso más al conferir a Caxias el título nobiliario de duque y convertirlo así en uno de los tres brasileños que alcanzaron tal distinción.[703] Pedro deseaba enviar un mensaje al ejército, a los miembros del gobierno y al público en general. Esta fue una de las pocas ocasiones en que apoyó a

un alto oficial militar (otra había sido en febrero de 1868, también con Caxias). Como regla, trataba a sus generales y almirantes, en el mejor de los casos, con fría e impaciente corrección. Aunque se presentaba en 1864 como el *«primer voluntário»* de la nación en la guerra contra Paraguay, Pedro nunca superó su instintivo desprecio por las fuerzas armadas, que consideraba una institución derrochadora e improductiva, dirigida por vanagloriosos narcisistas.[704]

Pedro no le expresó simpatía alguna, por ejemplo, al almirante Ignácio, quien también retornó «prematuramente» a Rio de Janeiro en esa época. Apenas consciente y todavía agobiado por la fiebre, el ex comandante de la flota fue llevado a la corte en una litera, pero el emperador rehusó reunirse con él. Angustiado a la par que enfermo, Ignácio volvió de inmediato a su casa en la Rua do Senado. Su familia y su religión fueron su único alivio en las tres semanas que le quedaban. Sucumbió el 8 de marzo de 1869, sin ningún homenaje público salvo el reconocimiento de sus

marineros y los elogios de algunos periodistas por su servicio en Paraguay.[705]

Pese a su maltrato a Ignácio, la disposición de Pedro de resolver sus diferencias con Caxias fue políticamente conveniente y recibió el apoyo de los conservadores. Esto no cayó muy bien a los miembros de la oposición, que no habían olvidado el uso del poder moderador del emperador para ayudar a Caxias a su costa en febrero de 1868. Estadistas liberales como Teófilo Ottoni y el ex primer ministro Zacharias no tardaron en reprochar al general haber abandonado su puesto. Encendidos intercambios sobre la cuestión estallaron en los periódicos, en el Senado y en las calles, y ello no arrojó luz sobre el punto en los meses que siguieron. Los miembros del Parlamento dedicaron más tiempo a evaluar el patriotismo de sus colegas que a examinar los hechos. Ciertos liberales manifestaron su consternación al ver a Caxias ennoblecido como duque, cuando un liberal igualmente meritorio, el heroico general Manoel Luiz Osório, fue dejado

como mero marqués.[706]

En julio de 1870, después de que la guerra terminó, Caxias enfrentó una indagatoria en el Senado sobre sus decisiones en las etapas finales de la campaña de 1868. Él era, desde luego, un miembro importante de ese cuerpo, hecho que sus colegas reconocieron al mostrarle una escrupulosa cortesía, más allá de la taciturna circunspección que demandaba la ocasión. Todos habían atestiguado previamente un sentimiento de gratificación ante las noticias de la caída de Asunción, pero se habrían regocijado más si hubieran creído que ese logro implicaba el fin de la guerra. Esto no lo reconocían a pesar de las afirmaciones de Caxias. Los brasileños habían mostrado considerable entusiasmo cuando el comodoro Delphim pasó las baterías de Humaitá un año antes, y ya no estaban dispuestos a dejarse llevar por sus emociones ante ninguna noticia de una victoria incompleta. Los acontecimientos justificaron sus miramientos, y ahora convocaban a Caxias para dar explicaciones.

Era una situación embarazosa. Caxias había recobrado su salud y al menos parte de su compostura y dio su testimonio de una manera inexpresiva que reflejaba la seriedad de sus interlocutores, pero que fue estudiada y sin cordialidad. Resumió lo que había ocurrido en la guerra antes de que tomara el comando y lo que había conseguido en sus veintisiete meses en el frente, sin perder ocasión de elogiar a sus oficiales subalternos. Se absolvió de la cuestión de su partida observando falsamente que, como Montevideo era parte del distrito militar «en operaciones en Paraguay», él nunca realmente había dejado su puesto. En cuando a declarar la guerra finalizada, simplemente había expresado una opinión, nada más.[707]

La cuestión más significativa de haber dejado escapar a López era potencialmente explosiva, pero Caxias se negó a ser arrastrado a un complicado debate. Los senadores interesados, dijo, deberían examinar el texto de la Orden del Día número 272 —todas las explicaciones podían

encontrarse allí. Esta última afirmación era puramente tautológica, pero con ella el duque desvió la investigación de los asuntos más cruciales y la condujo a los detalles triviales, en los que podía defenderse mejor. Cuando se le pidió que comentara el uso no autorizado de animales de tiro para trasladar su equipaje personal, admitió la violación, pero la atribuyó a un malentendido. El dinero para la compra y alimentación de los animales ya había sido sustraído de su salario, observó, por lo que no había razones para quejas adicionales.[708]

El testimonio de Caxias enmascaró un exasperado desprecio por las conjeturas de los civiles. Estaba visiblemente fatigado y molesto por tener que pasar por esa inquisición y en varias ocasiones rogó hacer una pausa para tomar un descanso. Sus comentarios fueron breves, pero de todas maneras evocaron lo que había sido la campaña en Paraguay a principios de 1869. Muchas cosas eran seguras en ese momento. Las porciones remanentes del ejército del mariscal

eran poco más que una muchedumbre descamisada, militarmente irrelevante e incapaz de obstaculizar el plan del imperio de construir un Paraguay sin López. Los comandantes brasileños podían liquidar pequeñas bandas de vagabundos lopistas cuando lo creyeran necesario. Mientras tanto, era necesario restablecer el orden en aquellas partes del país que el ejército todavía no había ocupado, y esa misión podía ser cumplida fácilmente por un hombre con mejor estado de salud. Establecer estas prioridades era reconocer las realidades militares y políticas del momento, y estaba en consonancia con la magnanimidad del emperador.

En esta asamblea, nadie podía realmente darse el lujo de ignorar la voluntad de don Pedro, tanto por interés propio como por procedimiento político. El Senado, después de todo, era el dominio natural de la aristocracia, la mayoría de la cual quería absolver a Caxias de sus errores y dejar de lado cualquier concepto negativo de la política imperial en Paraguay. En este sentido, las deliberaciones del Senado sobre Caxias tomaron

una forma similar a las de los miembros del Congreso de Estados Unidos, unos meses antes, al investigar a Charles Ames Washburn. Los congresistas norteamericanos no tenían deseos de ir más allá de una evaluación superficial, aunque fueron arrastrados un poco más lejos por la evidencia antes de pronunciarse satisfechos y exonerar al exministro. De modo similar, la investigación en Rio fue políticamente útil para los senadores. Cumplió las expectativas de examinar la indecisión de último minuto y falta de prudencia del ahora duque. Proporcionó un púlpito a los liberales más ruidosos para que pudieran consumirse en unos cuantos cacareos insignificantes. Luego enterraron la cuestión sin más. A pesar de las desaprobaciones expresadas, todos en el Senado coincidían en que el duque de Caxias merecía la estima de la nación. Había logrado la victoria al asegurar Asunción y había que concederle ese mérito, independientemente de que sus virtudes militares procedieran de la política, del orgullo personal o de su instinto de

servicio.

Caxias era suficientemente honesto como para sentirse incómodo con un proceso que en un momento lo censuraba y al siguiente lo santificaba. No había buscado ni felicitaciones ni rehabilitación. Pero ello no le impidió corresponder al abrazo del Senado y aprobar los espesos encomios prodigados al ejército que él había transformado en una fuerza moderna. Con todas estas pruebas de aclamación oficial en la conciencia pública, las audiencias del Senado no podían más que secundar lo que el emperador ya había decidido.

Observadores extranjeros podrían razonablemente haber reaccionado con sarcasmo. Podrían haberse preguntado si tanta espléndida adulación no camuflaba los puntos débiles de una foja distante de ser perfecta, como los acontecimientos en Paraguay sugerían. Para la élite brasileña, sin embargo, era crucial que el éxito militar no desafiara en modo alguno su base de poder político. Era ya bastante malo que oficiales

de humilde nacimiento, que no detentaban títulos ni tenían esclavos, hubieran cumplido un papel importante en la campaña contra López. Estos hombres todavía podían ser cooptados con el tiempo. Por ahora, viendo que la victoria estaba asegurada, la élite de parlamentarios (los *bacharéis*) insistía en que la larga lista de triunfos militares confirmara, y no contradijera, el *statu quo*. En este sentido, Caxias se levantaba como un símbolo perfecto, no solo para sus propios correligionarios conservadores, sino también para los liberales, los progresistas y cualquier político que defendiera el imperio. Debía ser un héroe; ninguna otra opción era admisible.

De esta forma, Caxias fue objeto de una apoteosis. Durante los años que le quedaron de vida, fue asumiendo insensiblemente —o se fue hundiendo— en el papel de un icono, el Duque de Hierro, el símbolo de la integridad militar para todas las siguientes generaciones de oficiales brasileños. Su lugar en la matriz narrativa de la historia de su nación estaba garantizado, y sus

faltas, olvidadas. En adelante, su nombre sería usado para adornar barracas, estaciones de ferrocarril y escuelas primarias.[709]

Mientras tanto, la guerra en Paraguay continuó sin él.

Paranhos y la ocupación aliada

Tal vez la razón por la que Caxias se sentía seguro acerca del país que dejó atrás era que José María da Silva Paranhos había, de una manera u otra, asumido su lugar. Se podía confiar en que el consejero tomaría los intereses imperiales en sus manos mientras establecía una autoridad civil en Paraguay y ayudaba a construir un nuevo gobierno con las frágiles piezas dispersas. Ya lo había hecho antes, cuando promovió los intereses brasileños en la Banda Oriental. Paranhos tenía una ilustre carrera en la diplomacia y en lo que posteriores generaciones de políticos llamaron «construcción de naciones». También había ganado fama en el Plata como un pulido negociador, forjador de una serie de acuerdos entre Rio de Janeiro y Buenos Aires que parecían mutuamente beneficiosos, y que a veces lo eran.[710]

Paranhos era un defensor de la *Realpolitik*. Desde su punto de vista, la Triple Alianza había

siempre consistido en una potencia dominante —Brasil— y dos estados subsidiarios —Argentina y Uruguay—, los cuales debían comprender su lugar en un mundo cambiante. Era 1869, no 1865. Flores estaba muerto y el gobierno nacional en Buenos Aires, aunque ansioso de asegurar sus prometidos territorios en Misiones y el Chaco, tenía solo un interés titular en las ventajas políticas de la alianza. La campaña militar en Paraguay había dejado al ejército brasileño en una posición preponderante, y Paranhos consideraba crucial no abandonar esta supremacía por alguna desacertada apreciación política. Era natural que el principio de reciprocidad que hasta el momento había definido la diplomacia regional languideciera ante las nuevas circunstancias y que el Paraguay de posguerra operara de acuerdo con las reglas brasileñas. Era la tarea de Paranhos hacer esto económicamente, sin ofender a los nacionalistas más rígidos de Argentina y del resto del Plata.

Como sus descendientes espirituales en el Palacio de Itamaraty de hoy, el consejero Paranhos

prefería, siempre que fuera posible, conseguir resultados a través de medios honestos. No tenía deseos de envenenar la atmósfera en Asunción más de lo que ya lo estaba, a la vez que reconocía que la autoridad que ahora ejercía —o parecía ejercer — le daba la posibilidad de ofrecer oportunidades y premios a todos los involucrados. Podía ser usada para reconciliar a las enfrentadas facciones paraguayas (cuyos reclamos de poder en ese momento eran ilusorios). Podía, también, marginar cualquier esfuerzo de los argentinos de potenciar los intereses de sus candidatos preferidos (y frustrar sus impulsos anexionistas).[711] Muchos argentinos, y no pocos miembros de la Legión Paraguaya, por ejemplo, eran partidarios de elevar al general Juan Andrés Gelly y Obes, cuyo padre era paraguayo y había servido en los 1840 como ministro de Carlos Antonio López, a jefe de Estado en Paraguay.[712] Sobre todo, Paranhos podía conminar a cualquier participante —salvo a López— a aceptar la inevitable transición a un nuevo e inofensivo Paraguay. Una nación en paz.

Un caballo castrado.

Después de consultar con Caxias en Montevideo, Paranhos partió a Buenos Aires a principios de febrero, y se detuvo a visitar al presidente Sarmiento y a su ministro de Relaciones Exteriores. El consejero estaba ansioso de evitar cualquier comentario que pudiera excitar sospechas argentinas, y se preocupó por mantener a ambos hombres aplacados con palabras cuidadosamente elegidas. Ellos, a su vez, prometieron un apoyo constante a su misión en Paraguay (toda vez que los efectos compensaran los costos), recordándole las deudas políticas y financieras que vinculaban a los dos gobiernos.[713] Todos sabían que la alianza había sido un trato temporal, pero que seguiría generando inevitables ataduras.

Paranhos se embarcó a Asunción el 20 de febrero, justo cuando el calor comenzaba a mermar. Era una aparente buena señal. Sin embargo, no estaba preparado para la descarada indisciplina de las tropas ocupantes y la plétora de

partes interesadas que encontró en la ciudad y que se consideraban habilitadas a hablar en nombre del Paraguay. Había esperado poder hacer los cambios que fuesen necesarios sin demora y ocuparse de aplastar a López, pero en Asunción todos habían estado esperando su llegada y habían hecho muy poco para preparar la transición.

Los desafíos que Paranhos enfrentó fueron considerables. Como Sarmiento ya había observado en una carta al general Emilio Mitre, la «indefinida prolongación de la guerra nos deja con las manos atadas. ¿Hay un país llamado Paraguay? ¿Tiene habitantes, tiene varones? ¿Puede organizarse un gobierno paraguayo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Con qué hombres? ¿Para gobernar a quién?»[714]

Como civil navegando en un ambiente altamente militarizado, el consejero se encontró en severa desventaja al tratar de responder estas preguntas. Pese a todo, era visto por consenso como la única persona capaz de superar el atasco de ambición, incompetencia y avaricia en el que se había

quedado estancada la administración de la ocupada capital paraguaya. Se puso a trabajar de inmediato, organizando su sede en el mismo edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores en el que Carlos Antonio López lo había recibido en 1858.

Paranhos impuso un tono marcado por la eficiencia y la diligencia. Era realmente infatigable, y pronto cada habitante de la ciudad se fue acostumbrando a verlo como el virrey *de facto* del Paraguay. Se reunía con el general Guilherme, con los distintos comandantes militares aliados, con líderes del exilio paraguayo que recientemente habían retornado de Buenos Aires y Europa, con funcionarios consulares extranjeros y con representantes de los muchos vendedores de la ciudad. Identificó a los exiliados paraguayos que merecían una discreta estimulación y trató de ocuparse de la gente desplazada que, con el clima fresco, había perdido su temor y estaba ahora fluyendo a la ciudad en número creciente.[715] Algunos refugiados eran víctimas honestas del

capricho del mariscal. Otros eran espías. Pero muchos eran carroñeros en busca de cualquier cosa que los saqueadores hubieran dejado atrás. Encontraron poco, pero agregaron más caos a una ciudad ya escasa de virtud cívica.

La común actitud brasileña hacia los liberales paraguayos, antilopistas y supuestos exlopistas era una mezcla de sincero aprecio por su patriotismo y deseo pragmático de encontrar entre ellos una facción que se alineara con sus intereses. Paranhos era más realista que sus colegas del gobierno imperial, quienes creían que todo era una simple cuestión de forjar un grupo maleable de colaboradores. Al tratar con los paraguayos, los otros brasileños habían favorecido siempre el uso de la fuerza, incluso cuando podían alcanzar sus objetivos a través de la política. El consejero quería encontrar una manera mejor.

El método más eficiente de traer estabilidad al Paraguay era crear la clase correcta de gobierno para suceder al del mariscal. Varios políticos exiliados y miembros de la Legión Paraguaya

habían presumido de tener autoridad entre sus compatriotas desde su llegada a principios de enero. Pero estos hombres no habían podido ni siquiera reducir el saqueo. Además, para ser un grupo de pretendidos liberadores con una meta supuestamente común, constantemente reñían entre sí. En un momento dado hubo al menos cinco hombres que anunciaban su intención de asumir la presidencia provisional y ninguno de ellos consideraba la palabra «concesión» como una adición aceptable a su vocabulario político.[716]

Cada familia exiliada importante tenía un hijo en mente para el puesto. Un grupo, liderado por Juan Francisco Decoud y su elegante hijo José Segundo, insistía en que establecer un nuevo gobierno requería una elección abierta que debía tener lugar sin demora.[717] La propuesta parecía totalmente impracticable en las desordenadas circunstancias del país, pero al menos admitía el derecho de los paraguayos a elegir su futuro por sí mismos. Ni Paranhos ni los brasileños del alto comando ni los argentinos ni los demás

«liberales» paraguayos se mostraron dispuestos a consentir ningún cambio cuyo resultado no pudiera decidirse de antemano.

El consejero descubrió a sus más problemáticos candidatos al poder no entre los ex exiliados en Buenos Aires, sino entre un pequeño círculo de oportunistas que hasta hacía poco habían servido al mariscal. El principal de ellos era Cándido Bareiro, ex agente de López en París, a quien un escritor describió como «un político despiadado y cínico acusado por sus enemigos de no tener escrúpulos en absoluto».[718]

Bareiro había llegado a Asunción en febrero y, habiéndose despegado de sus compromisos previos con el mariscal, ahora buscaba crear un gobierno propio que preservara mucho del viejo espíritu lopista. Se ubicó en un punto clave en el núcleo de una coalición que incluía a Juan Bautista Gill, Cayo y Fulgencio Miltos y diversos líderes de la Legión que no toleraban la presunción arrogante de la familia Decoud de su derecho al poder. Los decoudistas —si tal término era

permisible en esa constante variación de alianzas — se mantuvieron estridentemente proargentinos por el momento, y de esa manera malinterpretaron característicamente la composición del poder en Asunción. El consejero Paranhos tenía mucho que enseñar a —y mucho que aprender de— ambas facciones.

Al comentar la confusa situación política de esa etapa, Richard Burton observó que un presidente «sin suficientes súbditos para formar un ministerio [...] sería un absurdo palpable, y Paranhos no podía prestarse a la farsa de crear una nación a partir de prisioneros de guerra».[719] Pero el consejero terminó haciendo algo bastante similar a ello. Dejó saber que un gobierno provisional de paraguayos antilopistas contaría con la bendición del imperio toda vez que respetara las necesarias finuras políticas. Aquí introdujo una filigrana de artificio, ya que así dejaba implícito que cualquier simpatía antibrasileña que pudiera aflorar en el nuevo régimen tendría que ser contenida. Sin reparar demasiado en esta estipulación, unos 335

ciudadanos firmaron una petición a fines de marzo que demandaba un nuevo gobierno, y seleccionaron cuatro emisarios para llevar la propuesta a Buenos Aires.[720]

Uno de los emisarios rogó ser excusado, pero los otros tres pronto partieron río abajo a la misma capital donde el Tratado de la Triple Alianza había sido firmado cuatro años atrás. Antes de viajar, hicieron una visita de cortesía a Paranhos. La entrevista fue larga y complicada, pero el encanto del consejero no quedó disminuido. Obsequió a los tres hombres con esos gestos de cordialidad que los aristócratas reservan para los inferiores que no se dan cuenta de que lo son. Podía halagarlos en un instante y amonestarlos en el siguiente, en todo momento dejándoles claro, como un amable recordatorio, que su éxito dependía de él.

Paranhos les tenía poca confianza a estos hombres. De hecho, dejó sigilosamente Asunción a bordo de un paquete expreso que llegó a Buenos Aires horas antes que los tres paraguayos. Él había

comenzado el proceso de reconstruir la nación, y ahora pretendía verlo realizado sin desmedro de las ventajas del imperio o de su interpretación de una paz duradera. No estaba dispuesto a dejar que nadie lo eclipsara ni se interpusiera en el camino.

El mariscal vuelve a preparar el escenario

En toda esta confusa conversación sobre la creación de un nuevo Paraguay, se mencionaba muy poco un hecho obvio: López seguía siendo un hombre libre. Los aliados todavía tenían que desalojarlo de sus posiciones, a unas pocas leguas al este. Aunque nadie dudaba de que sus fuerzas habían sido seriamente reducidas en los departamentos del interior, lo que decidiera hacer con ellas solo podía adivinarse. Las distintas facciones en Asunción podían discutir todo lo que quisieran sobre la política futura, pero él, casi con seguridad, pretendía seguir haciendo la guerra.

Excepto en lo relativo a la escala, la lucha no había cambiado apreciablemente para el mariscal durante los primeros meses de 1869. Su ejército ocupaba una posición en un distrito bien regado y fértil de la Cordillera, en un área de alrededor de 30 kilómetros de ancho por 70 de largo, dentro de la cual se había concentrado la mayor parte de la población del país, ciertamente más de 100.000

personas. Cerro León estaba en la entrada de este distrito, cerca de Pirayú y Sapucái. Directamente al este se elevaba una cadena de verdes cerros llamada la Cordillera, de unos 200 metros altura, hogar de muchos granjeros y campesinos.

López había dejado una fuerza de retaguardia en su viejo campamento y se había mudado con el resto de su ejército al rocoso acantilado de Azcurra, donde estuvo fortificado desde su escape de Itá Ybaté. Tenía veinte piezas de artillería de varios calibres y quizás 2.000 soldados aptos para el servicio.[721] Los pocos ingenieros británicos que permanecían en el ejército recibieron órdenes de renovar sus esfuerzos para fabricar nuevos cañones en un improvisado arsenal en la cercana Caacupé. La fundición en Ybycuí estaba también en funcionamiento. La labor principal, no obstante, era la de construir trincheras en Azcurra.

Rumores de maltratos de asunceños y luqueños por parte de los aliados se habían esparcido por todo el Paraguay no ocupado y se hacían cada vez más exagerados. Esto hizo que los civiles temieran

la llegada de los soldados aliados, por más que, en realidad, tenían más que temer de las bandas de reclutamiento del mariscal, que necesitaba trabajadores, de cualquier tipo, para la construcción de las defensas de Azcurra y el cultivo de tierras para el ejército.[722] Luis Caminos ya había enrolado a mujeres, niños y viejos de los pueblos vecinos, y arreado el poco ganado de sus hogares las semanas previas.[723] Habían vivido a la intemperie desde entonces, con los restos de sus posesiones apilados en carretas cerca del lugar de las labores asignadas.[724]

Caapucú, Itá, Yaguarón, San Lorenzo y, en parte, incluso importantes centros como Villarrica y Paraguarí perdieron parte sustancial de su menguante población urbana, estimativamente de 30 a 40.000 personas que huyeron de los aliados o fueron llevadas por Caminos a las serranías y a un incierto futuro. El corresponsal de guerra de *The Standard* exageraba poco cuando escribió con disgusto sobre sus constantes tribulaciones:

> [Caminos] mandó a todas las familias a las montañas, los jóvenes, los viejos, los ancianos y los enclenques, fueron todos barridos por los guardias despiadados; las primeras y mejores familias en Paraguay están en el presente viviendo [...] principalmente de mandioca y maíz tostado. Las vestimentas son desconocidas, incluso los harapos son escasos. La gente está en el más deplorable estado de miseria, y sin un rayo de esperanza; la carne es permitida una vez a la semana a los desafortunados; las mujeres están solas; no hay hombres, excepto en el hospital, o los pocos en funciones.[725]

Cientos de familias desplazadas se unieron a los residentes de la Cordillera en un intento por sobrevivir con inadecuados recursos, a la par de mantener la apariencia de firme resistencia que el mariscal López pedía de ellos.[726] Los habitantes de Asunción, que rara vez se habían ensuciado las manos en el suelo, se vieron castigados como traidores por los campesinos, a quienes rogaban una mísera porción de cualquier raíz o maíz seco que hubiera quedado de la temporada anterior.

Una gran cantidad de individuos se avergonzaban internamente cuando se les hacía

vitorear la causa del mariscal, pero externamente se mantenían firmes. Para algunos, incluso a esas alturas, la resolución era genuina, el nacionalismo imperturbable. Para otros, eran forzados. Pero la gran mayoría de los civiles, habiendo vivido los peores traumas de la guerra, simplemente no tenían otro lugar a donde ir. Pretendían seguir viviendo. Sus consumidos hijos tenían los estómagos prominentes, los débiles miembros nudosos como madera, los desahuciados ojos secos y sin vida. Hicieron lo que los soldados les dijeron que hicieran. Solo unos pocos se aventuraron a ir a Asunción.[727] Para entonces, todos los paraguayos podían ver que el frente civil era el único frente que quedaba.

Aparte de varias limitadas expediciones exploratorias, las fuerzas aliadas raramente se movieron de Asunción y continuaron reuniendo información a través de los usuales y poco satisfactorios medios. Dado que las tropas del mariscal tampoco se movían de Azcurra y Piribebuy, gran parte del Paraguay se convirtió,

efectivamente, en tierra de nadie durante los meses siguientes. Pandillas de forajidos armados, bajo ningún comando salvo el propio, recorrían el interior en búsqueda de cualquier alimento o bien valioso que pudieran encontrar, mostrando poco respeto por cualquiera que se cruzara en su camino. Muchos de estos hombres se autodenominaban «leales» o «patriotas», pero estaban mejor caracterizados como desertores o bandidos pasibles de fusilamiento por cualquiera de los bandos.[728]

Muchas áreas del Paraguay oriental habían sido bien pobladas y prósperas antes de la guerra, pero este ya no era el caso. Como hemos visto, el mariscal había ordenado la evacuación de las Misiones mucho antes de la caída de Humaitá, y ningún reasentamiento de ningún tipo había ocurrido en la zona desde ese tiempo. Otras áreas habían sido drenadas de habitantes varones por las interminables demandas del gobierno de reclutas para el ejército y de trabajadores.

Villarrica, la comunidad más importante del

departamento del Guairá, ya había sufrido un severo declive cuando el mariscal ordenó una nueva concentración en los primeros meses de 1868. El jefe de la milicia del pueblo en ese tiempo registró a 563 hombres en su lista: 283 niños de 12 a 14 años; otros 7 muchachos de la banda de la iglesia; 5 esclavos; 8 libertos (exclavos); 29 soldados heridos; y algo más de 200 milicianos de 50 años y más, con una larga lista de «defectuosos», incluyendo a 6 individuos dementes, 4 hombres «completamente ciegos», 3 «sordomudos» y un anciano de noventa años con «problemas en todo el cuerpo». Las listas de convocatoria en Atyrá, Caazapá, Yuty y Concepción revelaban una situación similar, y estas estadísticas datan de antes de que la campaña de diciembre cobrara su alto peaje.[729]

Sería útil tener datos completos y actualizados para ilustrar la declinación demográfica de Paraguay durante la guerra, pero en un ambiente donde los actuarios registraban las reservas existentes de mano de obra en pedazos de cuero, la

información fragmentada fue siempre la regla.[730] Una de las menos nebulosas ilustraciones del cambio poblacional puede ser obtenida de uno de los grupos más pequeños del país: los libertos, a quienes el estado registró en los censos llevados a cabo de 1844 a 1868. Aunque el análisis de un pequeño grupo no revela nada acerca de cuestiones más amplias de mortalidad en el interior, al mismo tiempo presenta una impactante figura el año final en que tales registros fueron mantenidos. Solo cuatro partidos, donde habitaban en esa época la mayoría de los negros paraguayos, recibieron atención:

Partido		1850	1853	1856	1868
Caapucú	nacieron	20	11	19	8
	murieron	9	6	11	37
Tavapy	nacieron		24	35	4
	murieron		3	10	13
Quiindy	nacieron	112	47		4

	murieron	34	15		36
Quyquyó	nacieron	11	14	14	2
	murieron	4	2	5	8

Dada la ausencia de hombres conscriptos en el Nambií y otros batallones del ejército, menos libertos nacieron en las comunidades censadas en 1868 y una proporción mucho más pequeña de los que nacieron sobrevivió.[731] No es difícil discernir en estos números una población al borde de la extinción.

Salvo por las estadísticas de los libertos, no hay datos censales de las zonas rurales para el período 1868-1869. El desastre en marcha era patentemente obvio, sin embargo, para todos los observadores, los comentaristas paraguayos y extranjeros y el personal militar aliado. Podemos tomar como incuestionable la declaración de Lucas Carrillo, quien fue comandante paraguayo en Angostura. Cuando fue interrogado por oficiales aliados justo después de su rendición en

diciembre, remarcó que la población paraguaya había «sido reducida a escombros, con toda la propiedad destruida, todas las familias dejadas sin padres, y con una población total compuesta por mujeres, niños, inválidos y heridos».[732]

Excepto por media docena de comunidades en la periferia norte, la comida se había vuelto extremadamente escasa. Enfermedades epidémicas concomitantemente se ensañaban en varios de los distritos del interior. En días pasados, los funcionarios paraguayos habían encontrado la forma de abastecer las necesidades del ejército a la par de retener suficientes alimentos y medicinas para el consumo local. Esto ya no era posible en 1869. «La guerra nutre a la guerra», se dice que exclamó Catón ante el senado romano, y el mariscal creía en una tremenda adaptación de esta política. Para suministrar víveres a su ejército y mantener la lucha en vigor, ahora confiscaba toda la ya muy reducida cosecha de maíz, mandioca, poroto y maní, y, al hacerlo, dejaba a la población civil sin nada para comer. Cuando emitió órdenes

de concentrar a las familias desplazadas del sur y el centro cerca de Azcurra, ello exacerbó la presión sobre las provisiones restantes y esparció el cólera en áreas hasta entonces no afectadas por la enfermedad.[733]

Fiel a sus convicciones —o a su vanidad—, López no admitió ningún peso en su conciencia por ello. Su pueblo había hecho sacrificios antes y podía hacerlos de nuevo, y lo que faltaba en existencias militares podía balancearlo con un inquebrantable patriotismo. La independencia del Paraguay estaba en juego, y mientras Paranhos y los otros *kamba* buscaran a derecha e izquierda a traidores para formar su gobierno títere, su legítimo régimen en Piribebuy continuaría funcionando por el interés nacional. Vencer o morir ya no era solo un lema.

La conducta del mariscal como comandante militar y líder nacional era aún más errática que durante la primera mitad de 1869. Por un lado, organizó aquellas mínimas fuentes de mano de obra, armamento y provisiones que todavía le

quedaban con capacidad y paciencia. Por el otro, mientras su pueblo luchaba para mantenerse vivo, él mostraba una notable indiferencia, no solo por el sufrimiento de su gente, sino también por las circunstancias generales que lo habían provocado.

Aún más que de costumbre, López se volvió un individuo absorto en su drama personal. Siempre había tenido un aire de exclusividad acerca de sí mismo, incluso en su juventud, y ahora, en medio de esta miseria, parecía perderse más y más en ello. El culto en torno a su nombre había adquirido formas cada vez más exageradas durante 1868. Los propagandistas lo trataban de infalible, y, con toda la cháchara aduladora acerca de esculpir un busto del mariscal como héroe nacional y de acuñar monedas con su imagen, pudo haber llegado a creerse casi una divinidad.[734] Ciertamente, comía más carne que antes, bebía más caña, rezaba más fervientemente y con mayor familiaridad a una deidad que la mayoría de los paraguayos pensaba inalcanzable. Se volvió un ávido lector de textos religiosos, incluyendo *El genio del cristianismo*,

de Chateaubriand, que usaba para reconfortarse y refinar un principio supremo con el cual validar sus acciones más imperdonables.[735] En otros tiempos, López no parecía querer nada de Dios, excepto la eternidad en el paraíso y un trono en la Tierra. Ahora, quizás, su autoestima era menos exultante, pero los que le rodeaban tenían que medir sus movimientos con un cuidado todavía mayor, ya que su desenfocada malicia podía estallar en cualquier momento.

El mariscal ocasionalmente trataba de hacer un balance de su vida. Cavilaba sobre su lugar en la historia e incluso prestaba cierta atención al carácter del buen gobierno en Sudamérica. Charlando con el teniente coronel Centurión en Azcurra, le habló en una oportunidad sobre las ventajas de los paraguayos al haber elegido la autoridad por encima de la estricta legalidad:

> Pude haber sido el hombre más popular, no solamente en Paraguay, sino en toda Sudamérica. Todo lo que necesitaba hacer era promulgar una constitución. Pero no quise hacer eso, ya que, por fácil que hubiera sido, habría traído la desgracia a mi nación.

> Cuando leo las constituciones de los países vecinos, me dejan entusiasmado ante la contemplación de tanta belleza, pero cuando aguzo la vista para ver los efectos prácticos, me llenan de horror.[736]

Así López intentaba ligar el destino nacional a su persona y hacer pasar sus muchos caprichos por reflejos de la voluntad de los ciudadanos. Centurión y otros podían desechar este pensamiento como algo común en todos los déspotas. En este caso, sin embargo, las racionalizaciones no eran solamente extrañas, eran aterradoras.

El mariscal había siempre buscado la gloria, sin importar cuán excéntricas fueran las direcciones a las que esa búsqueda pudiera llevarlo. Pero ahora también había períodos en los que su adhesión a la realidad parecía demasiado tenue y en los que él parecía perseguir más y más la muerte. En esto, puede que un sentimiento de culpa hubiera finalmente tocado su alma, pero es más probable que la oscuridad de su presumible destino lo hubiera envuelto tanto que solo encontrara escape

en felices y rapsódicas alucinaciones. Tales necesidades e inclinaciones se podrían juzgar tristes en caballeros inofensivos como el hidalgo de La Mancha. Pero, a medida que López se retraía cada vez más en alguna clase de delirio, se volvía más temible, más arbitrario. Nadie podía ignorar sus caprichos ni olvidar que todavía tenía en una mano la suerte de miles de paraguayos.

Comenzando a fines de abril, y hasta mediados de mayo, el mariscal despachó jinetes en varias expediciones a Concepción, Horqueta y otras comunidades del norte. Tenían órdenes de arrancar de raíz y ejecutar a los traidores que supuestamente abundaban en la región. López sospechaba desde hacía tiempo que las familias más prósperas del norte habían preferido la candidatura de Benigno en 1862. Y ahora sus espías le habían informado que ciertos encumbrados miembros de la vieja élite concepcionera habían entablado comunicaciones traicioneras con oficiales de la armada brasileña.[737] Para el mariscal López, las

sospechas rápidamente se convertían en hechos, y, dado que, entre sus frustrados soldados, liberarse de responsabilidad era más atractivo que liberarse de restricciones, hicieron lo peor sin miramientos. Antes de finalizar su macabra misión, los jinetes lancearon a cerca de cincuenta «criminales», la gran mayoría mujeres y niños (algunos, meros infantes).[738]

El mariscal era capaz de hechos aún peores; una fuente afirma que en el curso de varios meses fueron ejecutados en Pirayú y Azcurra 257 individuos, tanto militares como civiles, acusados de derrotismo o de cosas peores.[739] Había pocos frenos capaces de contener el ardor de López. Madame Lynch y sus hijos a veces penetraban en su penumbra y su megalomanía, pero también ellos solían parecer apartados de la realidad. En la Colección Rio Branco del Archivo Nacional de Asunción hay una lacrimosa y empolvada carta de marzo de 1869 de Panchito López a José Falcón. En ella, el coronel de catorce años le pide al oficial de 59 que por favor

envuelva en fino cuero dos volúmenes de música pertenecientes a su madre, la Madama, y le da instrucciones de grabar cuidadosamente sus iniciales en la tapa de cada libro.[740] La casi surrealista calidad de la epístola, que presupone circunstancias anormales, pero de abundancia, sugiere hasta qué punto la familia López se había aislado de la situación en la que se encontraba. Lo mismo indica la conducta de Madame Lynch, quien, si creemos en un testigo británico, se pasaba todo el tiempo en una improvisada tesorería en Caacupé, eligiendo joyas de entre el botín que los agentes estatales habían juntado. También continuó comprando tierra de particulares «a precios absurdamente bajos; en ocasiones, las compraba a cambio de comida».[741]

La extravagancia de la pequeña república lopista en el distrito cordillerano no solo se percibía en el comportamiento de la familia presidencial. También se permeaba en los artículos de *La Estrella*. Este fue el último periódico lopista de la guerra, editado en

Piribebuy y escrito en español por el clérigo italiano Gerónimo Becchi y dos asistentes paraguayos, que lo llenaban no solamente con el inflado patriotismo y las serviles alabanzas al mariscal de costumbre, sino también con referencias a enfrentamientos que nunca habían ocurrido y a victorias que nunca se habían obtenido. En los tiempos de *Cacique Lambaré* y *Centinela,* los periódicos estatales trataban de promover una fuerte simpatía nacionalista entre los paraguayos del interior. Aunque esta misma idea guiaba, evidentemente, los escritos de *La Estrella,* ya no era cuestión de tirar «margaritas a los chanchos» para de alguna manera inflamar su entusiasmo por la guerra y la nación. Aquí las margaritas eran tiradas enteramente al viento. Si esto era indicativo de alguna clase de fantasía o de nihilismo, nunca lo sabremos.

El conde d'Eu asume el comando

Mientras la gente del Paraguay no ocupado luchaba por sobrevivir en medio de sus privaciones y los miembros de la familia López se deleitaban con buena comida, buena bebida y un crecientemente conspicuo autoengaño, los brasileños tenían que decidir qué hacer. Con la excusa de la falta de caballos y forraje, el general Guilherme hizo poco o nada en febrero y marzo para desafiar las principales posiciones paraguayas en la Cordillera.[742] Las tropas de López habían dañado la única locomotora que quedaba en Asunción, y, mientras los aliados esperaban una nueva máquina de Buenos Aires, sus exploradores seguían la vía férrea a caballo hasta un poco más allá de Areguá.[743] Allí encontraron un destrozado puente sobre el arroyo Yuquyry que tenía que ser reconstruido antes de que las principales unidades pudieran avanzar por la línea hacia la Cordillera.

Los exploradores confirmaron después la

falsedad de un rumor según el cual el mariscal había ubicado buques de guerra en el lago Ypacaraí, un tranquilo espejo de agua de 150 kilómetros cuadrados —casi cristalino en aquella época— que obstruía el avance hacia el este. Luego continuaron hacia Patiño Cue y Pirayú, observando pocos detalles de interés, y retornaron a la base por la misma ruta directa. Otros exploradores, despachados a una distancia aún mayor, pasaron Paraguarí y bordearon Carapeguá en la zona ganadera del Paraguay central antes de retornar a Asunción, también con las manos vacías.

Aunque los ejércitos aliados en Asunción y Luque evitaron grandes enfrentamientos, tanto la armada como las tropas adheridas a otros comandos sí se involucraron en operaciones de importancia secundaria. Una porción de la flota aliada había ya navegado río arriba a mediados de enero en búsqueda de la «armada» de López. Los barcos del mariscal habían huido por el río Manduvirá, un importante afluente del río

Paraguay justo al norte de la capital.[744] Los paraguayos dejaron un casco a medio hundir en la boca del río y navegaron hacia el interior por un arroyo desbordado, el Yhagüy. La mayoría de los barcos aliados tenía demasiado calado como para penetrar mucho. Solamente los monitores de Delphim consiguieron pasar, pero descubrieron que las tropas paraguayas habían cruzado cadenas, palos y carretas cargadas de rocas en varios puntos del canal, haciendo que el ya difícil paso se volviera virtualmente imposible. Los brasileños abandonaron de mala gana la persecución. Al regresar, uno de los barcos de Delphim golpeó una mina sumergida, pero no explotó.

Mientras tanto, otras unidades navales procedieron a navegar hacia arriba por el río Paraguay para inspeccionar los asentamientos de Mato Grosso que los hombres del mariscal habían evacuado. Los marineros se sorprendieron al caer en la cuenta de que un nuevo fuerte brasileño había reemplazado las defensas paraguayas en Corumbá. Esta nueva instalación tenía cañones y una

guarnición de 500 hombres enviados desde la capital provincial y Goiás, que recibieron a los vapores imperiales con una descarga inicial de fuego, pensando que eran buques del mariscal aproximándose para capturar la posición una vez más.[745]

A principios de marzo, las unidades uruguayas del general Castro tomaron la Villa Occidental del lado chaqueño del río frente a Asunción, con 9 prisioneros y 50 cabezas de ganado.[746] Esta refriega, insignificante en todo sentido, puso fin a la resistencia paraguaya en el oeste. Era una noticia positiva para los aliados, pero los acontecimientos en el Chaco nunca habían sido particularmente representativos en la guerra en su conjunto.

López no estaba terriblemente preocupado por estos remotos eventos. Prefería enfocarse en construir las obras en Azcurra de la misma manera en que había alguna vez preparado defensas a lo largo del Bellaco y Humaitá. Sin embargo, todavía era capaz de hacer algunos de sus viejos trucos. El

10 de marzo, una fuerza de ingenieros e infantes brasileños marchó de Luque al arroyo Yuquyry para reconstruir el puente ferroviario que los hombres del mariscal habían destruido. La locomotora argentina había finalmente llegado a Asunción y el comandante aliado quería ponerla en funcionamiento lo antes posible.[747] Los paraguayos habían estado tan callados hasta ese momento que no había razón para sospechar que ningún movimiento se opusiera al esfuerzo brasileño. Luego, mientras las tropas se alineaban para recibir sus raciones de mediodía, una locomotora con seis vagones se aproximó a la orilla opuesta. Doscientos paraguayos saltaron todos al mismo tiempo y dispararon inmediatamente una ronda de mosquete. Los cañoneros del mariscal habían montado un pequeño cañón en uno de los seis vagones y lo usaban para lanzar granadas sobre el atónito enemigo. Cuarenta de ellos cayeron muertos o heridos, pero pronto se recobraron del asombro y devolvieron el fuego con efectividad. La

caballería aliada cruzó entonces el arroyo y los paraguayos volvieron a sus vagones y se retiraron a toda máquina hacia Pirayú, habiendo sufrido un muerto y tres heridos.[748] Fue un pequeño enfrentamiento, pero de allí en adelante los generales brasileños custodiaron cuidadosamente las vías entre Areguá y el Yuquyry con más de 1.500 soldados.[749] Ello, sin embargo, no evitó que los paraguayos intentaran periódicamente sabotear la línea.

En realidad, los aliados estaban ocupados en todas partes. Cinco días después del ataque desde el tren, buques aliados hicieron un reconocimiento del Alto Paraná, al sudeste del país, a unos 370 kilómetros de la capital. Desembarcaron tropas en Encarnación y encontraron el pueblo abandonado y despojado, por los mismos paraguayos, de toda propiedad útil. Unidades brasileñas de caballería prosiguieron esta operación naval montando una breve refriega en las Misiones paraguayas y destruyendo lo que pudieron de los magros recursos paraguayos que había allí.[750]

Estas operaciones de exploración dieron ganancias irrisorias en términos de material capturado e información recolectada. Mientras tanto, las principales unidades aliadas todavía no daban señales de movimiento. Los argentinos en Trinidad estuvieron muchas semanas practicando formaciones por las mañanas y brindando bailes formales por la noche. Pero la moral era baja, en parte porque la comida no había mejorado. La carne cocinada en su propio cuero, los sabrosos pucheros, los platos de maíz molido guisado como polenta que olían al hogar, en Paraguay eran reemplazados por humildes raciones de ejército. Todo lo que los soldados podían esperar era charque y galleta.

Sus aliados brasileños no lo pasaban mucho mejor. Hacían tantas formaciones como los argentinos y mataban el tiempo libre con presentaciones de teatro *amateur*, juegos de azar y los inevitables lamentos y canciones que expresaban su *saudade*, su nostalgia del hogar.[751] Los aliados no se movieron. Paranhos

seguramente tendría ya para entonces un plan político a mano para el nuevo Paraguay, pero las preparaciones militares para asestar el golpe final a López estaban estancadas.

Guilherme había estado intermitentemente enfermo en Asunción. Richard Burton, quien conoció al comandante aliado a mediados de abril, lo describió como un hombre alto y delgado, particularmente brasileño en su semblante, pero con una piel pálida, amarilla, que lo hacía verse «casi como un cadáver». Para entonces ya se sabía de sus desmayos, y sus oficiales lo trataban poco más que como un *General da Corte*, bromeando con que cualquier teniente segundo podía imponerse con más autoridad. Burton pensaba que Emilio Mitre era un oficial mucho más talentoso, «uno de los pocos *platinos* que había mostrado aptitud para la *grande guerre*», pero el hombre no tenía posibilidades de influir en la estructura general del comando aliado, que siguió estando en poder de los brasileños.[752] Y, como Guilherme había supuesto, el gobierno de Río no mostró

interés en asignarle el honor de aniquilar los restos del ejército de López. La tarea de asaltar los últimos reductos paraguayos debía recaer en otro tipo de persona, preferiblemente un aristócrata del más alto rango y posición.

Todos los comentaristas predijeron que la nominación del nuevo comandante aliado estaba destinada a ser controvertida. Y lo fue. La mayoría de los oficiales superiores del ejército brasileño carecían del necesario prestigio, eran políticamente poco confiables o habían caído enfermos con fiebres en Paraguay. El candidato más obvio que quedaba era el yerno de don Pedro, Louis Philippe Marie Ferdinand Gaston d'Orleans, el conde d'Eu. El conde tenía el estatus requerido y ya había prestado servicio militar con las fuerzas españolas en Marruecos, no obstante lo cual su nominación seguía implicando un desafío, debido a su problemática relación con el emperador.[753]

En 1864, un impulso generoso había inclinado a don Pedro a otorgarle la preferencia para una alianza con su hija Isabel, pese a que ella podía

aspirar a mucho más, dado su alto rango. Gaston la consideró una persona poco atractiva cuando la conoció por primera vez, viéndola como el arquetipo de la torpeza. Pero las primeras impresiones a menudo significan poco, y el conde rápidamente descubrió en la princesa imperial un espíritu dulce y comprensivo que le pareció que presentaba un contraste refrescante con la realeza europea. Se llevaron espléndidamente bien y se volvieron sumamente cercanos en todos los órdenes sentimentales. Lo que había comenzado como una unión política, pronto se convirtió en amor verdadero.[754]

Isabel gozaba de considerable estima en Brasil desde muy joven y era natural que el conde d'Eu buscara desempeñar algún papel público a través de ella. La princesa era, sin embargo, la heredera visible, y no podía esperar manejar su vida, ya que Pedro interfería constantemente. El monarca siempre alegaba razones dinásticas para hacerlo, pero en realidad era tanto un entrometido compulsivo como un padre obstinado en descubrir

faltas, tanto verdaderas como ficticias, en su yerno.

El conde merecía un trato mejor. Aunque se vestía con negligencia, hablaba mal el portugués y era presuntuosamente escéptico en todos los aspectos del protocolo, probó ser un modelo de patriota brasileño y un excelente marido. Era devoto de la monarquía Bragança. Se llevaba bien con los miembros de la corte, a quienes trataba con una inusual e inesperada familiaridad. Tenía amigos tanto en el bando conservador como en el liberal. Pero los hábitos informales y descuidados del conde y su mentalidad independiente irritaban al emperador en diversas cuestiones, pequeñas y grandes.

Una de sus desavenencias más relevantes tenía que ver con la incapacidad de concebir de doña Isabel. Aunque su hermana más joven, Leopoldina, había tenido dos hijos para 1868, la princesa no mostraba señales de embarazarse. Este era un duro golpe para Pedro, a quien le preocupaba el futuro de la dinastía. Sus propias relaciones con la

emperatriz, Teresa Cristina, si bien escrupulosamente correctas, nunca habían sido realmente amistosas desde su matrimonio, pero él no se consideraba hipócrita por reprocharle al conde que fallara como marido y consorte. Gaston se sentía incómodo y avergonzado cuando se veía en esa situación, y la impaciencia de Pedro era un motivo de permanente contrariedad en su relación.

Otro punto de fricción separaba a los dos hombres, por encima de esta delicada cuestión de una unión al parecer sin posibilidad de tener hijos. En 1865, el conde d'Eu había acompañado al emperador a Rio Grande do Sul, donde juntos habían presenciado la rendición paraguaya en Uruguayana. Desde entonces, el hombre más joven había rogado un comando para él. Había enviado cinco peticiones distintas al Consejo de Estado sobre el tema.[755] Pedro se encargó de que todas ellas fueran rechazadas.

Solo podemos adivinar las motivaciones de los desaires del monarca. Posiblemente quería que el conde se enfocara en sus asuntos familiares.

También, mientras Mitre y Caxias mantuvieran el comando general, su Alteza Real tendría que aceptar órdenes de inferiores sociales, y, sin importar cuán maleables o respetuosos pudieran ser los generales, una sumisión de ese tipo por parte del esposo de Isabel era verdaderamente impensable, o, cuando menos, inconveniente.

Aunque estos factores pudieron haber tenido algún peso, los celos casi con seguridad eran el motivo principal de la decisión del emperador de mantener al conde atado a su vida hogareña en Rio de Janeiro. Pedro estaba claramente resentido por el hecho de que su hija prefiriera a su marido antes que a él. Además, dado que el gobierno había rechazado previamente su propia demanda de servir como el primer *voluntário* de Brasil, el monarca ahora se sentía renuente a otorgar permiso al quejoso Gaston, quien, por su parte, entendía la envidia que había en el fondo de la negativa del Consejo, y ello lo molestaba grandemente. Encontraría la forma de demostrar su patriotismo, le gustara o no al emperador.

Ahora, en febrero de 1869, llegó el momento de que Pedro se tragara su orgullo. Le dirigió una carta al conde mencionando la urgente situación en Paraguay y asegurándole que, como comandante aliado, podría dejarle la diplomacia a Paranhos, elegir a sus propios oficiales y concentrarse en los asuntos militares. «Un vapor espera tus órdenes», señaló el emperador, y cuando «me pidas transporte, será la señal de que estás resuelto a satisfacer los deseos que lamento profundamente no haber sido capaz de conceder de inmediato después de tu requerimiento de ir al frente».[756]

El conde tenía a Pedro donde quería. En una entrevista de tres horas, enumeró los problemas que se interponían en su inmediata toma de posesión del comando aliado. Por un lado, él había criticado ácidamente la manera en que Caxias había partido de Asunción (y, de hecho, su desganada conducción de la guerra en general). Esto era algo que los conservadores probablemente usarían en su contra. Adicionalmente, los ministros de gobierno

responsables de la guerra nunca habían incluido al conde en ninguna deliberación, y él, por lo tanto, estaría trabajando en la oscuridad acerca de las condiciones que encontraría en el frente. Finalmente, puntualizó que Paranhos se había opuesto fuertemente a sus anteriores peticiones de asumir un comando, y no podía ahora apoyar incondicionalmente una promoción que convertiría al conde en su virtual socio en los asuntos paraguayos.[757]

El emperador ya había reflexionado sobre todas estas cuestiones y estaba preparado para hacer cualquier concesión con tal de resolver el tema del comando. Habiéndose alguna vez sentido consistentemente desalentado, el conde ahora se sentía reivindicado. Hizo una señal de asentimiento. Luego, como golpe final, insistió en que el Consejo de Estado confirmara la nominación, y en que Paranhos diera su conformidad por escrito. Pedro, todavía dueño del control de sí mismo, aunque ya cansado de la chillona voz de su yerno —y de lo mucho que no

se dijo entre ellos—, fatigosamente accedió y se retiró a su biblioteca.

Ambos hombres habían obtenido lo que deseaban. El avergonzado emperador tenía un comandante agresivo en Paraguay que perseguiría hasta la muerte al pequeño ejército de López. El conde d'Eu tenía todas las seguridades que necesitaba para no ser manejado ni reprimido por nadie, y mucho menos por Pedro.[758] Si una ampolla tenía que ser reventada en Paraguay, Gaston era el hombre ideal para hacerlo, y ahora contaba con toda la libertad necesaria para hacerlo bien. Había presumido de tener gran autoridad en Brasil a través de su casamiento con Isabel; la tarea que se le presentaba ahora podía darle alguna influencia propia.

El decreto que asignó el comando aliado al conde fue firmado el 22 de marzo de 1869, pero él llegó a Asunción el 14 de abril. Buques de guerra brasileños en la bahía hicieron tronar un saludo real cuando el *Alice* pasó Lambaré, y hubo una gran ceremonia cuando Gaston pisó tierra firme,

levantó su quepi para saludar a los soldados reunidos y acompañó al comité de recepción a la catedral para asistir a un Te Deum. El personal de su Estado Mayor arqueó la cejas al notar varios errores de etiqueta, pero Su Alteza Real «nunca fue muy puntilloso en esas cosas, [y] parecía disfrutar mucho por la consternación de algunos en su entorno ante los varios pequeños "contratiempos", y cuanto más serios parecían, más se reía...»

El conde puso manos a la obra a primera hora del día siguiente. El nuevo comandante aliado tenía solo veintisiete años y una apariencia que no cuadraba con un papel prominente. Pero mostró una perspicacia y una energía notables que posteriores comentaristas —por sus propias razones— omitieron reconocer o felicitar. Visitó Luque a tempranas horas, inspeccionó los batallones que custodiaban los accesos a Asunción y reformó el ejército reorganizándolo en dos cuerpos. Al general Osório, quien todavía no se había recobrado del todo de su herida en la

mandíbula, le asignó el comando del Primer Cuerpo —quizás la decisión más popular del día.[759] El coraje de Osório era uno de los grandes emblemas del ejército imperial, tan importante como el *feijão* o la galleta, y todos deseaban ser partícipes de ello una vez más. Con algo menos de entusiasmo, los soldados saludaron a Polidoro Jordão como el comandante elegido por el conde para el Segundo Cuerpo.

Gaston estableció un horario regular durante el cual los oficiales de cualquier rango podían conferenciar con él o presentar cualquier queja. Podía carecer de la reputación de Caxias, la introspección de Mitre y el coraje físico de Flores, pero no tenía intenciones de dejar que nadie se confundiera y menoscabara su profesionalismo ni el alcance de su autoridad. Estaba determinado a que la inacción que había tipificado al comando aliado en los últimos meses llegara a su fin.

Acompañándolo en su esfuerzo estaba Alfredo d'Escragnolle Taunay, el ingeniero militar que había sobrevivido a tantos tormentos en la selva

de Mato Grosso y quien ahora recibía instrucciones para actuar como secretario personal del conde. Entre sus responsabilidades estaba escribir un relato de los acontecimientos en Paraguay que rivalizara con el que ya había elaborado durante la retirada de Laguna.[760] Taunay era un cronista meticuloso, muy admirado por sus descripciones de la campaña anterior. Una vez en Paraguay, dedicó efusivas alabanzas a su patrón. Se refirió a la energía del conde, a sus cuidadosos y considerados interrogatorios a los desertores paraguayos y a sus preparaciones para poner el ejército en orden.[761]

No todos los soldados en Asunción compartían el entusiasmo de Taunay por Gaston (y, en realidad, la relación amistosa entre los dos se enfrió con el tiempo).[762] Levantar la moral de las tropas brasileñas asignando el comando al conde d'Eu era un asunto problemático, no solo para el emperador, sino para todos. El trillado argumento de Caxias de que la Guerra de la Triple Alianza era una lucha llevada adelante por toda la

nación brasileña parecía contradecirse con la elección de un comandante aliado que era extranjero, difícil de entender, que hablaba portugués como un burgués francés y que hacía trabajar duro a los soldados. La figura del conde siempre ha despertado opiniones contradictorias. Amigos como el zoólogo suizo Louis Agassiz y su esposa lo retrataban como siempre «amable, accesible, cordial, y con la compostura y espontaneidad de la perfecta buena estirpe». Críticos brasileños de una generación posterior retrataron al conde como el niño problemático del conflicto paraguayo, aunque esta estimación no fue unánimamente compartida. A diferencia de sus predecesores, no quiso mantenerse inactivo. Sus contemporáneos lo reverenciaron o lo vilipendiaron, siempre comparándolo con Caxias. Gaston era por momentos atractivo y repugnante, honesto y traicionero, patriota fanático y extranjero demasiado evidente para el gusto de la mayoría de los brasileños. En los años 1860 y 1870, sus esfuerzos fueron malentendidos, aunque su

sinceridad no fue cuestionada, y en años posteriores fue al revés. Desde luego, la excesiva responsabilidad que historiadores brasileños han puesto sobre el conde no fue nada en comparación con la que le cargaron los escritores paraguayos, quienes invariablemente lo condenaron como un carnicero.[763]

Aunque muchos oficiales admiraban su entusiasmo, los hombres nunca lo estimaron. Tendían a objetar a todo aquel que los pudiera forzar a volver a la pelea, puesto que ellos ya conocían algo acerca de los duros y elusivos paraguayos. El conde era un novato en la lucha contra esta gente y los soldados aliados no querían sufrir por su inexperiencia e ingenuidad. En una ocasión, Gaston abordó un buque hospital que llevaba enfermos y heridos a Buenos Aires y, llamándolos haraganes y embusteros, ordenó que cuatro de cada cinco de ellos retornaran a sus deberes y se prepararan para el combate.[764] Nadie tenía idea de lo que se le ocurriría hacer y todos se sentían incómodos. A esas alturas,

muchos soldados brasileños se habían ya convencido de que sobrevivirían a la guerra y volverían a ver a sus familias. Ahora, nadie lo sabía con seguridad. Una cancioncilla de la época, cantada por los soldados bahianos, cuenta toda la historia:

Quem chegou até a Assumpção
Acabou a sua missão
Si o Lopes ficou no paiz
Foi porque o Marquez o quiz!
Quem marchera pra Cordilheira
Faz uma grande asneira![765]

Capítulo 9

Últimas bocanadas

Los historiadores militares a veces escriben como si los patrones y tendencias que observan hubieran sido impuestos por una ley natural. La campaña paraguaya, sin embargo, parece contradecir muchas de las más comunes suposiciones acerca de la conducta de los combatientes en la guerra. Independientemente de que ello fuera o no lo mejor para su país, los paraguayos continuaron preparándose para el combate hasta mucho más allá del punto en que otros ejércitos se habrían desintegrado. Los

observadores con frecuencia se exasperaban al ver sus predicciones sobre la derrota paraguaya tan regularmente contradichas por los hechos.

López merece el crédito —o la condena— por ello. Desde su llegada a Azcurra en enero, se había dedicado a reconstruir un cuerpo de oficiales y una burocracia estatal que sostuvieran la defensa nacional. Esta distaba de ser una tarea fácil o envidiable. El ejército de 1869, ahora compuesto enteramente por inválidos, viejos y niños, no podía jamás reemplazar al que Caxias había destrozado en Itá Ybaté. Pero, aunque les dolieran los estómagos por falta de comida, los soldados del mariscal todavía se nutrían con la firme dieta del deber.

Por sobre todas las cosas, López necesitaba inspirar a sus hombres convenciéndolos de que sus sacrificios continuaban sirviendo a la nación. Los campesinos del interior paraguayo nunca se habían imbuido totalmente del espíritu del Estado (pese a las afirmaciones de *Cacique Lambaré*). En el contexto de una nueva lucha en curso, era crucial

que los jefes que quedaban se identificaran más plenamente con ellos, otorgándoles pequeñas cuotas de poder en el proceso. En la nueva campaña, la sobrevivencia y la agresividad constante contaban casi tanto como la victoria. Si se podían mantener en pie, incluso ahora el mariscal podría compelir a los aliados a reconsiderar su conquista del Paraguay. Podría todavía debilitar su posición hincando persistentemente tanto a los oponentes como al resto de la población en los distritos del interior. López ya no podía pretender una victoria, pero pequeños éxitos le podían dar tiempo.

Posponer la confrontación final tenía pocas ventajas sustanciales, pero no hay evidencia que sugiera que el mariscal haya llegado siquiera a considerar el levantamiento de la bandera blanca. No era el único, ni mucho menos. Por cada hombre que dudaba de la supervivencia de la causa nacional en estas extremas circunstancias, había otros que no dudaban en absoluto.[766] El coronel Patricio Escobar consiguió juntar tropas en medio

del descalabro de Lomas Valentinas y llevarlas a la Cordillera. Una porción de los hombres que se habían rendido en Angostura y que habían sido liberados aprovecharon su libertad condicional para reunirse con López, elevando la fuerza de las reservas llevadas anteriormente por Luis Caminos a Azcurra. Y el general Bernardino Caballero todavía tenía suficientes hombres en su caballería para causar problemas cuando el mariscal lo ordenase. Aunque pocos de los soldados en Azcurra comían bien, al menos comían algo, y, orgullosamente, se declaraban listos para la acción. Madame Lynch se mostraba particularmente ávida de apoyar a los soldados, distribuyendo entre ellos cigarros y chipas y otros alimentos.[767] Ningún civil paraguayo podía jactarse de tal demostración de deferencia y generosidad de su parte.

El número de efectivos disponibles para el mariscal a principios de 1869 no se conoce con precisión, pero López de alguna manera se las arregló para reunir a los soldados que necesitaba

en cantidad creciente. Niños reclutas llegaron de San Pedro, San Joaquín, Caaguazú y otros ignotos caseríos. Los 2.000 «hombres» listos para el servicio en enero se habían duplicado en marzo, y para mediados de abril se duplicaron una vez más. La mayoría de las fuentes mencionan una cifra de entre 8.000 y 13.000 soldados.[768]

Dado que el general Guilherme nunca intentó acciones de hostigamiento —ni siquiera un breve reconocimiento de los distritos serranos—, los paraguayos pudieron preparar una defensa aceptable. Algunas piezas de artillería que habían engalanado las baterías en San Gerónimo y el Pikysyry fueron alzadas hasta el rocoso barranco de Azcurra y montadas en la cresta de las colinas con vista a Cerro León. Los golpes de hachas y machetes, desiguales en su cadencia y efectividad, despejaron el camino para una nueva trinchera con sus abatis. Adicionalmente, una máquina para estriar cañones que los paraguayos habían mantenido escondida llegó intacta desde el viejo arsenal y fue transportada directamente a Caacupé.

Allí los maquinistas británicos renovaron la manufactura de armas y para los primeros meses de 1869 ya habían fabricado trece nuevos cañones de calibre menor para agregarlos a las baterías que ya estaban en funcionamiento.[769]

Lo que en enero parecía un campamento precario para rezagados, en abril lucía casi formidable. Pero los paraguayos, más allá de todos sus preparativos, tenían que contender con un ejército de 28.000 brasileños, 4.000 argentinos y unos centenares de uruguayos.[770] Estas tropas aliadas estaban bien armadas. Les habían traído colchas y carpas, junto con municiones extra. Todavía estaban escasos de caballos, y había quejas sobre cartuchos defectuosos, equipamiento de mala calidad y falta de ciertos comestibles, pero el conde d'Eu se ocupó personalmente de presionar a Lanús y a otros proveedores para entregar lo que habían prometido o atenerse a la cancelación de sus contratos.[771] Cuando se demoraban en la provisión de alimentos, Gaston distribuía sardinas en lata entre los hombres.

Había una cancioncilla popular entre los brasileños que comparaba las raciones de carne asada de Osório, los porotos de Polidoro y la cecina de Caxias con la *«sardinha de Nantes»* del conde d'Eu.[772]

Su Alteza Real había probado sus habilidades como organizador inmediatamente después de su llegada. Ahora procedía a demostrar su capacidad como estratega. A diferencia de Caxias, quien había enfocado sus energías en tomar Asunción, el conde tenía en mente un objetivo militar definido como esencial por Von Clausewitz: aniquilar el ejército oponente y, con ello, su restante fuente de poder. Las órdenes del emperador no dejaban lugar a confusión acerca del objetivo general, y aunque el conde carecía de información precisa sobre la fuerza y disposiciones del mariscal, sabía dónde tenían los paraguayos concentradas sus principales unidades. Suponía que las tropas del mariscal seguramente habrían hecho excelentes progresos a fin de prepararse para contrarrestar un asalto frontal, pero no estaba dispuesto a

concederle a López otro Curupayty.

En vez de eso, el conde planeó flanquear su baluarte en Azcurra desde el norte y el sur simultáneamente, dejando suficientes fuerzas en Pirayú para convencer a López de que el ataque vendría del centro. El movimiento de tenaza que el comandante aliado tenía en mente probablemente haría que el mariscal abandonara sus posiciones fijas en un desesperado intento de proteger Piribebuy. Las tropas imperiales podrían entonces cargar desde ambas direcciones, desplegando toda su fuerza y barriendo del campo de batalla lo que quedara del adversario. El ejército de López caería en manos aliadas como una naranja madura cae al suelo.[773]

La estrategia tenía a su favor la sencillez, aunque requería una cuidadosa coordinación de unidades para que los movimientos aliados pudieran realizarse simultáneamente. A principios de abril, unos 2.000 brasileños partieron al pequeño pueblo de Rosario. Este esfuerzo, que Guilherme había diseñado como su muestra final

de agresividad antes de la llegada de Gaston, consiguió expulsar a una débil fuerza paraguaya y dejó bien situados a los aliados para marchar sobre Concepción, la comunidad más importante del norte paraguayo y una fuente de ganado y otras provisiones para Azcurra.[774]

Ya hemos visto pruebas de la suspicacia que la población de esa zona despertaba en López y de las ejecuciones que ordenó allí. En comparación con el sangriento panorama de los meses finales de la guerra, la captura de Rosario y las atrocidades cometidas en Concepción, aunque tristes, parecían relativamente insignificantes. Pero el siguiente paso del plan aliado fue clave para la estrategia general del conde. Aunque revelaba el carácter de su movimiento de tenaza —que hizo poco por disimular—, proporcionaba la oportunidad de destruir las últimas fuentes de aprovisionamiento militar del mariscal.

El asalto a Ybycuí

El 1 de mayo, Gaston envió varias columnas exploratorias al sur para preparar un gran movimiento de fuerzas en esa dirección. La primera columna era una unidad montada de 80 hombres, nominalmente uruguayos, pero, de hecho, mayormente compuesta por paraguayos al servicio del ejército aliado. Su comandante era un oriental, el mayor Hipólito Coronado, quien recibió órdenes de destruir la fundición de hierro al sur de Ybycuí.

Por más de diez años, la fundición de La Rosada había fabricado proyectiles de cañón, balas, bayonetas, sables y otros implementos de guerra para el ejército paraguayo. Las cantidades producidas habían sido considerables y el lugar se había ganado una reputación legendaria entre los paraguayos y los aliados por igual. Lo que irritaba especialmente al comando aliado era saber que sus propias balas de cañón eran regularmente recicladas por los ingenieros del mariscal, que

hacían con ellas nuevos proyectiles para lanzarlos contra quienes los habían disparado originalmente.[775] E incluso en 1869 la fundición ayudaba a las fuerzas armadas del mariscal y le permitía pretender que su ejército era algo más que una muchedumbre.

El objetivo de Coronado en Ybycuí, por lo tanto, tenía tanto un aspecto simbólico como militar, y su captura o destrucción podría catapultar —o sepultar— su carrera en el ejército uruguayo. Ya en diciembre de 1868, el general Castro había pedido permiso para retirar la División Oriental del Paraguay, pero su intención había chocado con la intransigencia del comando aliado.[776] Como Flores, Castro enfrentaba serios problemas disciplinarios con los oficiales y las tropas y deseaba profundamente dar un paso al costado. Además, el general estaba cortejando a una mujer italiana en Asunción y, presumiblemente, se encontraba demasiado absorbido por sus devaneos románticos como para querer complicaciones. Quizás por ello asignó a

Coronado el comando de la misión en Ybycuí.[777]

El mayor tenía razones para preocuparse por esta tarea. Pequeño de estatura pero grande en presencia, tenía una reputación de impulsiva bravura que siempre había jugado en su contra. En abril, había desertado de la División Oriental para unirse a una de las facciones revolucionarias en Corrientes, pero las tropas argentinas lo habían aprehendido y devuelto a Castro para su ejecución. A último minuto, el general uruguayo aceptó perdonarlo si salía victorioso en Ybycuí. Pero le dejó claro que no quería verlo regresar vivo si fracasaba.[778]

La fundición, localizada a 100 kilómetros al sudeste de Pirayú, había también servido durante la guerra como un campo de reclusión donde prisioneros aliados y personas desplazadas de todas las nacionalidades pasaban trabajando muchas horas al día. El comandante local, capitán Julián Ynsfrán, estaba emparentado con la misma Juliana Ynsfrán a quien López había torturado

repetidamente cuando su esposo entregó la guarnición de Humaitá. El capitán Ynsfrán parece haber vivido en una nube hasta ese momento y, fuese por vergüenza personal o por obsesión, seguía tratando a sus prisioneros con dureza implacable.

Las mujeres y los niños eran sometidos en La Rosada a la misma disciplina que los hombres. Las vidas de todos estaban gobernadas por señales de trompeta. Cada vez que una mujer urbana y sus hijos sembraban un liño de maní o maíz, Ynsfrán les decía que su esfuerzo inspiraba fe en la causa nacional y que podría demandar todavía más sacrificios de ellos. Esta, acentuaba, era la vocación histórica que el destino había reservado a los ciudadanos de la República. Ynsfrán dirigía las mismas exhortaciones a los hombres que trabajaban como carpinteros, herreros y responsables de los fuelles. Algunos le creían, pero ninguno sonreía.

Cuatrocientos soldados aliados (y cuatro oficiales) componían la mano de obra principal en

Ybycuí, junto con 150 civiles extranjeros, la mayoría brasileños y argentinos.[779] Estos últimos, o habían caído en manos del mariscal en Corrientes y Mato Grosso, o habían tenido la mala fortuna de visitar Asunción justo antes del estallido de las hostilidades. Cuando las tropas de Coronado aparecieron, solo unos pocos de estos prisioneros podían ser llamados aptos. Nunca habían recibido el trato relativamente humano que los aliados dispensaban por lo general a los prisioneros paraguayos, y todos vivían en condiciones infernales. Aunque estaba en un valle pintoresco de verdes arboledas cortadas por un arroyo plateado, para los prisioneros de guerra la fundición de La Rosada no era mucho mejor que Siberia. La brutalidad allí era suprema.

Ahora, el día del juicio final había llegado. La columna oriental empezó a moverse ordenadamente hacia el sur desde el 11 de mayo, guiada por una muchacha india, María Bernarda, quien tenía un amante entre los oficiales del comando del mayor y que esperaba salvar su vida

revelando los mejores accesos a las «minas de hierro».[780] Coronado, agradecido por la ayuda, sabía exactamente lo que tenía que hacer: destrozar la maquinaria de la fundición, liberar a los prisioneros aliados y privar al mariscal de este medio crucial de fabricación de material. Esperaba encontrar poca gente en el sitio, pero cuando capturó a una patrulla de exploración de doce soldados paraguayos, estos le informaron que la fuerza defensiva era más importante de lo que había previsto.[781]

Coronado presionó pese a todo. A las siete y media de la mañana del 13 de mayo, se ubicó en un punto directamente opuesto a las «minas». No perdió tiempo. Inmediatamente ordenó a cincuenta hombres y unos cuantos salteadores avanzar al galope. En su informe del enfrentamiento reconoció francamente la tenacidad de los hombres de Ynsfrán y narró el placer que sintieron los prisioneros aliados con su liberación:

Los salteadores habían casi tomado el lugar sin disparar un tiro, al

alcanzarlo antes de que los defensores buscaran sus armas [Uno] de los oficiales enemigos quiso rendirse, pero el capitán Ynsfrán, quien comandaba, ordenó a sus hombres resistir [...] El tiroteo entonces comenzó en diferentes puntos. Ordené a los carabineros y lanceadores desmontar y cargar contra el enemigo, el que, sin tiempo para cerrar filas, fue superado y la posición barrida después de una hora de combate [...] Tomamos prisionero al capitán Ynsfrán y a dos oficiales, junto con 53 hombres. Veintitrés hombres de rango y filas fueron muertos y el resto huyó hacia las colinas cercanas a las minas [...] ¿Cómo podría describir los gritos de felicidad que lanzaron los prisioneros aliados cuando se vieron liberados después de años de cruel sufrimiento? Estaban todos casi desnudos, ajados, con marcas del hambre en sus cuerpos. Algunos cojeaban con improvisadas muletas. Todos nos saludaron como sus salvadores y nos contaron sus muchos sufrimientos en manos de López y sus inmisericordes lacayos.[782]

Después de contar tres muertos y diez heridos, Coronado se puso a trabajar en desmantelar la maquinaria. A sus hombres se les unieron los exprisioneros, que tomaron con deleite la destrucción de esos objetos que les habían causado tanta angustia. Rompieron la rueda de agua y tiraron varios implementos de hierro al arroyo Mbuyapey, donde se hundieron en el barro. Luego, la columna se recompuso, dio media vuelta

y comenzó la larga marcha de regreso a la base. Los orientales volvían acompañados por cientos de ex reclusos de la instalación, 130 seguidoras y niños y varios grupos de trabajadores campesinos, algunos en carretas de bueyes, todos siguiendo el curso como podían.

En 1865, los uruguayos no habían mostrado piedad por los prisioneros de guerra paraguayos que tomaron en Yataí. En esta ocasión, Coronado no se sintió inclinado a desmentir esa reputación de ferocidad. Habiendo rodeado a los miembros de la exguarnición, separó al capitán Ynsfrán y a otros cuatro de entre los hombres y los forzó a marchar adelante de la tropa. En un lugar conveniente, cerca de un bosquecito, el mayor ordenó un alto. Se volvió hacia Ynsfrán y en voz fuerte y sonora lo acusó de abusar de los prisioneros aliados. «Obedecí mis órdenes», murmuró el capitán, con una gota de sudor cayéndole por el bigote pelirrojo. Miró directamente al otro a la cara y esperó su respuesta. Llegó en forma de grito: «¡Usted no es

un soldado! ¡Usted no es nada más que un cobarde!» Haciéndole un gesto a un sargento y dibujando con dos dedos una seña sobre su propio cuello, Coronado ordenó que los cinco hombres fueran inmediatamente degollados frente a toda la compañía.

Nadie se movió al principio. Luego, cuando el afilado sable cayó sobre Ynsfrán, el mayor burlonamente dijo que tal vez debería lancear a todos los demás prisioneros enemigos.[783] Fue disuadido cuando los paraguayos entre sus propios soldados, visiblemente sacudidos, asumieron una postura amenazante.[784] Las tropas luego continuaron su camino sin nuevos incidentes.

Aunque condenó la ejecución de Ynsfrán como un acto irreflexivo y desafortunado, el conde d'Eu tenía buenas razones para sentirse satisfecho con los resultados del asalto de Coronado. Le escamoteó a López una importante fuente de suministro militar y agravó la caída de la moral paraguaya. A mediados de junio, después de reunir más información acerca del enfrentamiento, el

conde decidió demoler la fundición completamente y dio órdenes a los ingenieros brasileños de completar el trabajo que había comenzado Coronado.[785] Todo lo que podía ser destruido fue roto con hachas, los edificios fueron incendiados y las compuertas de las represas cerradas para inundar el sitio. La vieja rueda de agua se hundió en el arroyo y en pocas semanas fue ganada por las malezas. Mientras tanto, Coronado retornó a la base, donde se regocijó con los floridos elogios de los comandantes aliados. Fue ascendido de rango y tratado como un héroe.[786] La mayoría de los paraguayos no lo consideró así.

Parte McMahon

La destrucción de la fundición fue un duro revés para el mariscal, pero quizás aun más costosa para su concepto de la causa nacional fue la decisión del gobierno de Estados Unidos de retirar del Paraguay a su ministro Martin T. McMahon. Este era el único extranjero cuyo apoyo y amistad podían todavía haber salvado al país de la total devastación. El ex general del Ejército de la Unión había pasado los meses previos en Piribebuy, la capital provisional, que describió como un lugar rústico, «consistente en cuatro calles que se cruzaban entre sí en ángulos rectos, rodeando un espacio abierto o plaza cubierta de pasto, de alrededor de un cuarto de milla de lado a lado». La población, normalmente de 3.000 a 4.000 personas, se había «más que triplicado con mujeres y niños que habían abandonado sus hogares fuera del distrito de las Cordilleras; a la noche, estas desafortunadas atestaban los corredores y los naranjales o dormían al costado

de los caminos, donde la noche las alcanzara».[787]

Los refugiados no tenían fuentes regulares de sustento y estaban condenados a comer carroña, corazones de palma (cuando podían encontrarlos), mandioca y, a veces, médulas de huesos de vaca. Las mujeres y los niños que se acercaban a los soldados para pedirles comida eran echados con desprecio, ya que todos los hombres del mariscal estaban hambrientos. Cada vez que un nuevo recluta se quejaba de la falta de carne, algún veterano se sacaba un piojo de las axilas y se lo mostraba entre risas generales como el único «ganado» que quedaba en Paraguay. Hasta la yerba mate era difícil de encontrar.

McMahon fue alojado en una casa confortable, cerca de las residencias del vicepresidente y de los otros ministros del gabinete. La comida disponible era escasa y se vendía en el mercado a precios «enormes». El representante norteamericano tenía poco trabajo que hacer, pero se solazaba en los bailes y reuniones sociales

patrocinados por el gobierno de Piribebuy. También disfrutaba con los jardines privados, llenos de flores, y la belleza de su entorno, especialmente el torrentoso arroyo que corría a los pies de la colina donde estaba construido el pueblo. El sufrimiento de los paraguayos comunes, especialmente el de los niños, era visible en todas partes, y le horadaba las entrañas.[788]

McMahon tenía aún un sentimiento favorable por el gobierno del mariscal, a corta distancia de un apoyo decidido. A diferencia de Washburn, no plasmaba regularmente sus pensamientos en papel. Aunque los estudiosos pueden examinar sus últimos artículos y la correspondencia que mantuvo con el departamento de Estado, no pueden seguir tan fácilmente el rastro de sus reacciones ante la cambiante situación.[789] Lo que parece obvio es que López realmente lo necesitaba muchísimo. En esta terrible etapa del conflicto, McMahon habría sido central en cualquier posible solución diplomática. Y, por otro lado, si todo en verdad estaba perdido, entonces el general podría

ofrecer alguna seguridad a Madame Lynch y los hijos de López.

Ya a fines de enero, McMahon, ingenuamente, había abordado la cuestión de la mediación de Estados Unidos en el conflicto. Ofreció a López intervenir para arreglar un cese al fuego y conseguir asilo norteamericano para él y su familia:

> [López] recibió las sugerencias amablemente y me aseguró que estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio personal y aceptar el exilio si al hacerlo podía asegurar la independencia de su país; pero si su pueblo tenía que elegir entre el sometimiento y la exterminación, él permanecería a su lado y aceptaría lo último. Propuse, entonces, el retiro de las tropas aliadas como una condición para que él abandonase el país y el sometimiento de todas las otras cuestiones [...] al arbitraje de potencias neutrales.[790]

El mariscal dudó de la posibilidad de que tal empresa tuviera éxito, pero dejó a McMahon poner el plan en papel, lo que dio por resultado una comunicación oficial el 1 de febrero. López esperó toda una semana antes de rechazar la oferta,

observando que las victorias aliadas en diciembre disuadirían al enemigo de encarar negociaciones serias.[791] Esto era, ciertamente, correcto. Si McMahon pensaba que la paz todavía podía ser restaurada sobre la base de concesiones mutuas, estaba seriamente engañado. Después de esto, la posibilidad de una mediación de Estados Unidos fue discutida solo una vez más, y en esa última ocasión fue el comandante imperial quien rechazó la oferta sin más trámite.[792]

El general McMahon fue útil al mariscal al menos en dos ocasiones más. A fines de febrero, el gobierno argentino consideró apropiado otorgar a la Legión Paraguaya el derecho a usar los colores nacionales de Paraguay, lo que, indudablemente, era una manera de asegurar un reconocimiento más amplio para sus miembros como actores en un nuevo gobierno provisional. López reaccionó con incontenible furia cuando los comandantes aliados en marzo presentaron la bandera de la Legión en una ceremonia formal en Asunción. Exigió saber cómo una caterva de traidores podía constituirse

en portadora legítima de la enseña nacional. ¿Y quiénes eran los argentinos, después de todo, para autorizar tal concesión? McMahon parece haber suavizado la ira del mariscal, y lo ayudó a componer una respuesta diplomática que obtuvo gran atención tanto en Paraguay como en el exterior. Los aliados podían aniquilar a los paraguayos en una guerra legítima, argumentaba la misiva, pero no tenían derecho a ignorar el patriotismo de aquellos que continuaban resistiendo.

El ministro de Estados Unidos mantenía pocas comunicaciones con sus superiores desde la época en que los brasileños adoptaron el hábito de disparar a los mensajeros enviados desde Piribebuy con despachos. Pero el 12 de mayo, dos oficiales navales norteamericanos llegaron al frente con mensajes desde Washington, y su Alteza Real decidió dejarlos pasar.[793] McMahon era llamado a abandonar el país. El secretario de Estado Seward, quien había conservado su puesto durante los años más duros de la Guerra Civil (y

que apenas había sobrevivido a un intento de asesinato de los mismos conspiradores que mataron al presidente Lincoln), había sido reemplazado. El nuevo secretario era Elihu B. Washburne, un amigote del general Grant y un cabecilla de la lucha previa para derrocar al presidente Andrew Johnson y reemplazarlo por un republicano radical. Washburne era también el hermano mayor del ex ministro de Estados Unidos en Asunción, Charles Ames Washburn. Su estadía en el Departamento de Estado fue breve —menos de dos semanas— pero bastó para destituir al hombre cuyas palabras y actos parecían socavar las muchas acusaciones de su hermano contra López.[794]

McMahon recibió las noticias de su remoción con su habitual sangre fría. Respondió inmediatamente, recomendando que el nuevo ministro fuera enviado de inmediato al atribulado Paraguay, cuya causa él todavía consideraba legítima. A continuación, con renuencia inevitable, informó a López de la decisión de Washburne,

pero le aseguró que mantendría en reserva su retiro hasta que hubiera preparado su partida de Piribebuy. Esto constituía un favor personal al mariscal, quien aprovechó la oportunidad para enviar mensajes al mundo exterior y preparar siete carretas cargadas de bienes que cruzarían las líneas con el ministro.[795] El forastero, que antes había aceptado servir como guardián de los hijos e hijas del mariscal, ahora accedió a llevar sustanciales cantidades de dinero a Inglaterra, donde sería depositado a nombre de Madame Lynch.

Para el ministro de Estados Unidos, transportar propiedad de Lynch era, sin duda, imprudente. Ella había amasado una considerable fortuna personal. No todo lo había conseguido por medios cuestionables, pero en estos asuntos las impresiones son sumamente importantes, y muchos observadores estuvieron dispuestos a acusar a McMahon. Proliferaron especulaciones, por ejemplo, sobre cuánto dinero y cuántas joyas el ministro se llevó de Paraguay. Un escritor, en la

primera década del siglo veinte, afirmó que la suma ascendía a casi un millón de pesos, mientras otros hablaban de un décimo de esa cifra.[796] El propio McMahon testificó posteriormente en una corte inglesa que había transportado 11.000 libras a Inglaterra para Madame Lynch, otras 1.500 libras a Nueva York para el hijo del mariscal, Emiliano, y otras 7.000 libras de distintos súbditos británicos que se quedaron en Paraguay.[797] Por los hábitos de la vida política, los agentes diplomáticos deben evitar todo acto que pueda sugerir favoritismo, pero los representantes italiano y francés ya habían hecho exactamente lo mismo. Incluso Washburn se había hecho cargo de equipaje extranjero (incluyendo alguno perteneciente a la familia López), y, aunque técnicamente no había asumido «responsabilidad» por esta propiedad, sin duda había sentado un precedente, y no era muy decoroso que se criticara a su sucesor por hacer algo similar.

Antes de partir el 21 de junio, McMahon había reunido unos ocho o nueve pesados baúles

repletos de bienes personales.[798] También se llevó once «tercios» (fardos) de yerba mate que le fueron entregados para que los vendiera en Asunción o Buenos Aires como una forma de costear el transporte de los cofres. El ministro llevó toda la carga primero hasta Buenos Aires, luego hasta Inglaterra y Estados Unidos.[799] Nunca admitió haber incurrido en un abuso de sus privilegios diplomáticos, pero tampoco pudo liberarse jamás de las críticas por haber hecho esta particular concesión a López. Historias sobre una «caja de joyas paraguayas» lo acompañaron por el resto de su vida. Algunos lo acusaron de ladrón o de haber recibido bienes robados, mientras que otros lo consideraron un amigo leal y honorable de una causa perdida.[800] La verdad, claramente, está en algún punto medio.

Viviendo en el enrarecido aislamiento de Piribebuy, McMahon no logró darse cuenta de que el pueblo podría reaccionar con suspicacia a su generosidad. Más allá de eso, todavía había cosas que hacer antes de partir. Durante los últimos días

de mayo de 1869, el mariscal mantuvo correspondencia con el conde d'Eu sobre el insulto a la bandera paraguaya. Las tropas aliadas habían exhibido la enseña tricolor en refriegas contra las principales posiciones paraguayas, y se habían rehusado a abstenerse de esa práctica pese a las advertencias de López.

El mariscal dejó de lado las cortesías diplomáticas recomendadas por McMahon. Observó que habría esperado más comprensión de un miembro de la ilustre casa de Orleans y anunció que, si el conde no dejaba de maltratar la bandera, él se vería forzado a lidiar duramente con los prisioneros aliados que todavía estaban bajo su custodia.[801] En su respuesta a este ultimátum, Gaston puntualizó que los exiliados políticos habían formado una unidad de combate ligada a la Triple Alianza y que estaban comprometidos con la liberación de su patria; solo esta unidad usaba la bandera paraguaya y no se podía culpar a todo el ejército aliado por los desacuerdos de un grupo de paraguayos con otro.[802] Los aliados habían

garantizado la independencia del Paraguay, y ello debería ser suficiente.

McMahon podía ver a dónde conducía todo esto. Fuera porque deseaba reconciliar a los dos comandantes, fuera porque deseaba simplemente salvar vidas, la cuestión es que intercedió en el intercambio. En una carta al conde, puntualizó lo absurdo de su afirmación anterior de que la República se había unido a la Alianza contra sí misma. Que unos pocos oficiales descontentos reclamaran el derecho de pelear contra el mariscal no era razón para abandonar el apropiado decoro de la guerra.[803]

Gaston se mantuvo en su posición. Su respuesta, de hecho, fue hilvanada con matices aún más sarcásticos que los usados en la réplica a la amenaza inicial de López. McMahon había esperado que diera al menos muestras de cortesía, pero no había obtenido nada. Se dio por vencido. Había intentado, como hombre comprometido con la paz, emprender cuantas negociaciones pudiera en persecución de ella, pero había quedado

desairado y no había nada más que hacer.

El ministro de Estados Unidos se despidió de López el último día de junio.[804] Como tributo a Madame Lynch, escribió un largo y elegíaco poema en inglés en honor de su país anfitrión y su sufrido pueblo.[805] Luego cabalgó a través de los campamentos brasileños hasta Asunción y fue recibido gélidamente en todas partes. Ya en la ciudad, inspeccionó la antigua Legación de su país y la encontró saqueada, con los meticulosos registros de Washburn esparcidos por las calles adyacentes. Antes de partir a Buenos Aires a bordo del vapor *Everett*, reflexionó sobre lo que había visto:

> [Los aliados] están ahora montando la farsa de crear un nuevo gobierno paraguayo [...y aunque todavía no se encuentra establecido ya] acreditaron ante él a un Ministro Plenipotenciario [de cada potencia aliada]. Apuntan a reunir de todo el país a gente infeliz del Paraguay a quienes el hambre y el sufrimiento compelen a abandonar la causa nacional, con el propósito de formar una base para este pretendido gobierno. Esta gente, en su mayor parte mujeres y niños, son a menudo congregadas con amenazas y látigos, [obligadas a] marchar a Asunción, desfilar sin

> misericordia por las calles por días, desnudas y con los pies doloridos, para ser exhibidas ante el ejército de comerciantes, macateros y seguidores de campamentos que invaden esa ciudad y ocupan las mismas casas de los pobres desafortunados [...] Todo esto se hace para probar que el presidente López es un monstruo de crueldad y que los aliados son regeneradores humanitarios.[806]

En nuestra sociedad contemporánea, probablemente sea innecesario decir cuánto puede hundirse cierta gente inteligente cuando líderes autoritarios solicitan su apoyo. Pero, como demuestran las indiscreciones de McMahon, el fenómeno es muy antiguo. No obstante, aunque su ingenuidad pudo haber nublado su lucidez, no llegó a empañar su reputación. Al contrario, McMahon se ganó el lugar de un héroe en Paraguay, un país cuyo gobierno democrático emitió un sello postal conmemorativo en su honor en 2007.

Sin embargo, 138 años antes, el ex ministro de Estados Unidos se sentía profundamente perturbado por haber fallado en su intención de salvar las vidas de las personas que dejaba en el

país. Ahora nada se interponía entre ellos y un final sangriento, ni nada seguiría posponiendo la cita en Armagedón. Esta penosa impresión continuó ocupando su mente mientras navegaba río abajo. Como soldado, no podía dejar cavilar con amargura acerca de las terribles consecuencias de la guerra, ni de preguntarse si volvería a vestir su uniforme de general. En su retorno a Estados Unidos, evitó deliberadamente pasar por Rio de Janeiro.[807]

La tenaza comienza a cerrarse

Desde el primer día de la campaña en suelo paraguayo, la disparidad de recursos fue tan grande que Paraguay nunca tuvo realmente una oportunidad de salir victorioso excepto en caso de que llegara a enfrentar una alianza desunida, y ahora que el imperio podía desplegar toda su fuerza contra el agotado adversario —y, esencialmente, sin la necesidad de la ayuda ni de la aprobación argentina—, el resto era simplemente cuestión de tiempo. El mariscal López, desde luego, no reconocía que la situación fuera irreversible. Aunque sus reservas de recursos humanos eran escasas, todavía se refugiaba en la idea de que sus defensas podían soportar un asalto frontal. Los pasos y desfiladeros que llevaban a Azcurra eran intrincados y proporcionaban a los paraguayos numerosas opciones para emboscar al enemigo. Además, aunque las trincheras adyacentes eran primitivas y no se comparaban con las de Humaitá, estaban en

una posición ventajosa en comparación con las fuerzas enemigas que se movieran desde la base del cerro.

Todo esto aconsejaba un rodeo aliado de las posiciones paraguayas desde alguno de los flancos, preferiblemente desde los dos al mismo tiempo. El conde d'Eu, como hemos visto, ya lo había planeado así. Sus tropas se sentían vigorizadas con los aires frescos del otoño y habían despejado Luque y Areguá de hombres del mariscal antes de avanzar por la orilla sur del Ypacaraí. Habían reconstruido las vías y el puente del Yuquyry. Habían desmantelado la fundición de Ybycuí en el sur y capturado territorios al norte en Rosario, Concepción y San Pedro.[808] Pirayú y Cerro León, en el centro, habían caído el 25 de mayo y Paraguarí al día siguiente.[809]

El 30 de mayo, unidades aliadas se toparon con una fuerza de 1.200 infantes paraguayos en la vecindad de San Pedro en Tupí-Pytá (o Tupí-Hu). Curiosamente, los hombres del mariscal habían formado una línea de batalla frente a un arroyo

playo en vez de detrás de él, con su derecha descansando cerca de un espeso monte y su izquierda sobre una barda de piedra detrás de la cual se extendía una zona inundada. Habían montado cuatro cañones en la orilla opuesta del arroyo y ocho en el centro y a la izquierda. La planicie estaba cortada por una sucesión de pantanos.

Del lado brasileño, los infantes estaban apostados en columnas, con fuerzas de choque adelante, ocho cañones en el centro y dos a la izquierda. Dos regimientos de caballería estaban desplegados a la derecha y otros dos a la izquierda. Un batallón de infantería y un regimiento de caballería permanecían en reserva, pero resultaron superfluos, ya que a las 10:00, después de castigar a los paraguayos con fuego de cañón, el comandante brasileño lanzó una carga general tanto de caballería como de infantería y las tropas barrieron con todas las unidades paraguayas que había frente a ellas. Mataron a 500 soldados antes de tomar 350 prisioneros, 16 pequeños

cañones (tres de ellos desmontados), dos banderas y cerca de dos mil cabezas de ganado que los paraguayos esperaban poder llevar a Azcurra. Sin tiempo para arrear a los animales hasta su propia base, los brasileños los carnearon allí mismo, dejando los restos y los de los paraguayos caídos a los buitres.[810] Fue una clara y sangrienta victoria aliada.

El enfrentamiento en Tupí-Pytá, aunque lejos de ser decisivo, amerita más atención de la que ha recibido de los historiadores militares. Constituyó el último esfuerzo del mariscal de superar a los aliados en el flanco norte y una sombría señal para aquellos paraguayos que todavía se mantenían listos para pelear.[811] Aunque el conde d'Eu no llegó a visualizarlo en ese momento, sus fuerzas habían conseguido cortar una de las últimas rutas de suministros del ejército del mariscal en las Cordilleras.

La semana siguiente, enormes nubes se congregaron en el horizonte occidental, se desplazaron lentamente por el cielo y proyectaron

gigantescas sombras sobre la tierra. La oscuridad pronto dio paso a una de las tormentas más notables de las que se tenga memoria. La lluvia cayó constantemente, día y noche. El viento sacudía las copas de los árboles y los truenos sonaban como una orquesta de timbales. Todos buscaron refugio donde pudieron. Los animales se tensaban, asustados. Los arroyos se hinchaban y se escurrían en los ríos.

El mal tiempo estancó el progreso de las principales columnas aliadas. Aun así, las unidades imperiales más pequeñas continuaron realizando reconocimientos en el sur, con tropas montadas al mando del general João Manoel Mena Barreto despachadas en dirección a Villarrica a principios de junio. Erguido, alerta, rápido y convincente en el discurso, João Manoel era el modelo ideal de un oficial de caballería y gozaba de amplia popularidad entre sus soldados. Si sus incursiones hubieran ocurrido un año o dos antes, sus jinetes habrían cabalgado a través de hermosos campos de maíz y tabaco, solo ocasionalmente

interrumpidos por grandes hormigueros y arroyuelos. Ahora, toda la tierra era un páramo de empapadas malezas. Los campos de maíz no estaban cultivados, solo crecían en ellos algunas plantas dispersas entre mazorcas caídas. Los senderos de las aldeas se habían vuelto intransitables, igual que en el Chaco. Era como si los seres humanos nunca hubieran pisado ese lugar.

La misma desolación y abandono eran evidentes en todos los pequeños caseríos por donde pasaban. El hedor de aldea vacía, anegada por la lluvia, es completamente diferente al olor de un pueblo habitado. En vez de madera que arde en fogatas, de pequeños rebaños de ovejas o cabras y de transpiración de gente activa y trabajadora, olía a paja podrida. No había perros ni gallinas ni pavos. Aparentemente, todo había sido comido.

João Manoel divisó al principio a algunos paraguayos, quizás, aquí o allá, a una mujer o a un niño parados en la entrada de una comunidad, en los espacios abiertos de los caminos. Estos

individuos desplazados ya no tenían lágrimas que derramar. Pese a toda su desesperación, siempre parecían más inquisitivos que rencorosos. Una historia cuenta que unas campesinas que se acercaron a las tropas de Gaston hablaban entre sí con franco asombro de que tales criaturas —monos con uniformes— realmente existieran. «¡Dios santo!», exclamó supuestamente una de ellas: «¡Miren, los monos no tienen cola!»[812]

El general João Manoel siguió avanzando al sur. Dispersó una fuerza paraguaya de 65 hombres cerca de Sapucái, matando quizás a unos 40 antes de seguir su marcha hacia Ybytymí. Cuando el mariscal se dio cuenta de los movimientos aliados, despachó una columna de 3.000 soldados al mando del general Caballero, supuestamente para proporcionar amparo a las «familias de Carapeguá, Acahay y Quiindy, que sufrieron toda clase de humillaciones en manos de los aliados».[813] Pero era más probable que el mariscal, dado que había perdido su ruta de aprovisionamiento desde el norte, pretendiera

frustrar una situación similar en el sur.

Caballero llegó a Ybytymí bajo una lluvia torrencial la noche del 7 de junio. Había pensado atacar antes de las primeras luces de la mañana, pero sus tropas empapadas y consumidas, extenuadas por la marcha del día anterior, carecían de la energía necesaria para un enfrentamiento inmediato. Mientras tanto, los exploradores del general João Manoel reportaron condiciones extremadamente anegadizas más adelante en el camino a Villarrica, especialmente en la zona de las aguas altas del Tebicuary. No se sabe si por propia iniciativa o por acuerdo previo con el conde d'Eu, el general optó por olvidar su objetivo inicial y emprender el regreso.

Cuando los brasileños comenzaron a retirarse al final de la mañana, Caballero se lanzó sobre ellos con unos 200 soldados, disparando los pocos cañones que tenía. Dadas su fuerza efectiva y su poder de fuego, los brasileños debían haber emparejado este ataque con un mínimo esfuerzo, pero el sorprendido João Manoel estaba agobiado

por un gran número de refugiados (alrededor de 400 mujeres y niños desplazados) que se incorporaron a su columna en las afueras de Ybytymí. Civiles desplazados, al parecer, se habían reunido en un solo grupo para buscar refugio detrás de las líneas aliadas. El general imperial todavía no había decidido qué hacer con ellos cuando Caballero atacó.[814]

La presencia de tantas mujeres y niños acentuó enormemente la confusión del momento. Cuando aumentaron las ráfagas de mosquete de Caballero, las tropas brasileñas corrieron en búsqueda de una cobertura inexistente. João Manoel había abandonado su retaguardia y los paraguayos pisotearon varias de las unidades más pequeñas. Mataron a más de 200 rezagados que no pudieron mantener el ritmo de la fuerza principal, la cual estaba ahora huyendo precipitadamente, primero hacia Paraguarí y luego hacia Pirayú. Caballero pudo jactarse luego de que los brasileños habían corrido a tal velocidad que sus tropas quedaron exhaustas de perseguirlos.

En verdad, João Manoel podría haber perdido más hombres si los paraguayos hubiesen tenido caballos suficientes para perseguirlos. El general brasileño no pudo recomponer a sus tropas antes de divisar Paraguarí. Sorprendentemente, la mayoría de los refugiados se las arreglaron para alcanzar las líneas aliadas. Los reporteros comentaron su apariencia harapienta y su evidente gozo por haber escapado del control del mariscal.[815]

Sin embargo, también hubo muchos de estos fugitivos que eligieron seguir a Caballero cuando este se dirigió a reunirse con el mariscal. Probablemente no estaban seguros de poder confiar en el amparo brasileño. Al comentar el caso, *Estrella* afirmó que las mujeres y muchachos que habían implorado la protección aliada habían sido, de hecho, violados y llevados para sufrir más y peores abusos. La sed criminal de los *kamba,* se afirmaba, se había desbocado desde el saqueo de Ybytymí, y ahora dirigían sus lascivas inclinaciones hacia los paraguayos más

indefensos.[816]

Dado su limitado éxito en 1869, los generales aliados no podían realmente criticar demasiado la incapacidad de João Manoel de controlar a sus tropas. El conde se mostró más que dispuesto a perdonar al general e incluso fue en persona a proporcionarle cualquier ayuda que fuera necesaria para rescatar su retaguardia.[817] Con todo, Su Alteza Real se dejaba dominar por la impaciencia de la juventud. Lo irritaba la falta de progreso del ejército en junio y julio y ansiaba hundir sus botas en el barro de la batalla.

Tenía que planear todo cuidadosamente. Después de tomar Pirayú, el conde convirtió la aldea en un gran campamento militar, con hospital de campaña, cocina y un depósito lleno de provisiones.[818] Era un sitio excelente, localizado cerca de fuentes de agua y de pasturas, y fácil de patrullar para frustrar infiltraciones de soldados enemigos o deserciones de los propios.

Pirayú tenía muchas ventajas, pero Gaston no pudo aprovecharlas debido a la deficiente

logística en Asunción y a los problemas mecánicos de las dos locomotoras brasileñas proporcionadas al ejército.[819] Estas máquinas no lograron movilizar suministros a la velocidad que habían prometido los funcionarios. Cuando se adecuó la locomotora argentina para el trabajo, se vio que, si bien era más poderosa, era también más proclive a los accidentes, especialmente debido al pobre estado de las vías. En dos ocasiones, se descarriló dejando a soldados y dignatarios varados a mitad de camino entre Asunción y el frente. Gaston se vio forzado a volver a transportes más tradicionales, pero, con solo un limitado número de mulas y bueyes disponibles, no pudo lograr en Pirayú el grado de preparación que esperaba.

No obstante, también había ciertas ventajas en esperar. Por un lado, los aliados habían lanzado otra incursión cerca de Encarnación. Aunque los irregulares paraguayos se las habían arreglado para rechazarla, nadie creía que las fuerzas del mariscal pudieran continuar en ese territorio por mucho tiempo.[820] Los aliados podían abrir otra

línea de aprovisionamiento si la resistencia paraguaya en el sur colapsaba.

Por otro lado, estaba la ventaja natural que la guerra de desgaste otorga al más fuerte. Según los cálculos más crueles del conde en junio y julio, los paraguayos no podían seguir abasteciéndose, y esto sería un gran golpe para los defensores enemigos en la Cordillera. Los asaltos aliados habían perturbado seriamente el flujo de comida a los hombres del mariscal, cuya muerte por inanición, largamente esperada, se aseguraba de esa forma. Cuanto más hambrientos estuvieran los paraguayos, más fácil sería el avance aliado, cualquiera fuera el momento del empuje final. Si el mariscal sentía la necesidad de compartir las escasas provisiones con civiles, esto aceleraría la desintegración de sus unidades. Además, la varicela había brotado en las tropas imperiales; si la enfermedad se esparcía entre los paraguayos —casi un hecho— complicaría aún más su situación, como antes lo hiciera el cólera.[821]

Pese a las acusaciones de algunos comentaristas

del siglo veinte, el conde no era un sádico y no tenía deseos de mortificar al enemigo por el solo hecho de serlo. Pero, a diferencia de Mitre y Caxias, Gaston nunca mostró mucho respeto por el soldado paraguayo. Sus experiencias en Marruecos y Paraguay le habían enseñado que los salvajes, vistieran albornoces o chiripás, nunca harían la guerra de acuerdo con reglas «civilizadas». Si se rehusaban a rendirse, debían ser batidos hasta la sumisión, aun si fuera preciso matar a aquellos a quienes la historia pudiera posteriormente contar entre los inocentes. El conde reconocía que los paraguayos habían mostrado un imperturbable desdén por la muerte, pero se negaba a ver en ello valor, y mucho menos patriotismo. Era brutalidad, y, en un mundo en el que la civilización europea daba la medida del progreso y la modernidad, inclinaciones tan atrasadas merecían ser expurgadas del espectro de los rasgos humanos.[822]

Si la enfermedad y la hambruna no podían desbaratar la resistencia paraguaya, los soldados

del conde estaban listos para cumplir la tarea por todos los medios a su disposición. Gaston quería una rápida victoria, y para conseguirla estaba dispuesto a practicar su propia variante de la guerra total. Los generales Sherman y Sheridan habían perfeccionado este método de duro combate unos pocos años antes en Georgia y en el valle del Shenandoah, campañas que Gaston había seguido de cerca por reportes de prensa. Los dos generales americanos le habrían dicho que no debía vacilar en hacer la guerra a los civiles, que un comandante inteligente y responsable era necesariamente despiadado y que debía dejar a los supuestos no combatientes «sin nada más que sus ojos para llorar».[823]

López habría mostrado simpatía hacia esta forma de guerra si su propio país no hubiera sido la víctima. A fines de mayo, trasladó sus cuarteles privados más al este de Azcurra, a mitad de camino entre Caacupé y Piribebuy,[824] una confortable, casi idealmente bucólica, posición, donde su familia vivía en una amplia casona cerca

de la cima de un alto y boscoso cerro. Era posiblemente el único lugar seguro que quedaba en el frente, pero tenía una desventaja clave desde el punto de vista militar: aunque cómodos, los nuevos cuarteles no proporcionaban una clara visión panorámica de los accesos occidentales a la Cordillera, por lo cual el mariscal no podía dirigir apropiadamente a las tropas que había dispuesto entre la capital provisional y Azcurra.

Los aliados no notaron su traslado hasta que la caballería argentina probó la línea de Azcurra el 4 de julio y encontró solamente un conato de defensa en el acantilado. Llegaron a cien metros de los centinelas adversarios durante las horas más oscuras de la noche y lanzaron un impetuoso ataque al amanecer contra los principales atrincheramientos.[825] Mataron a unos cuantos adormilados paraguayos, quizás 200, pero las tropas restantes se deslizaron a las trincheras y devolvieron el fuego. Complacidos con su reconocimiento (y con el escaso número de sus bajas), los argentinos se retiraron hacia Pirayú,

llevando con ellos la novedad de que los soldados paraguayos parecían aturdidos y sin preparación para responder eficazmente en caso de que el comando aliado montara un ataque de magnitud.

Aunque esto debió haber alegrado a Gaston, todavía carecía de información completa, por lo cual, con la continua lluvia y los permanentes problemas de suministros, aún no podía medir lo que tenía enfrente. De los accidentes geográficos al este, sabía solo los nombres. Algunos informantes le decían que el territorio más allá de Azcurra era una tierra lisa, perfecta para la operación de la caballería; otros, que era solo el comienzo de un «cadena de montañas». Había rumores acerca de que el mariscal estaba huyendo con una pequeña banda hacia Bolivia, y otros acerca de que estaba reatrincherando su posición en Piribebuy, o preparándose para una guerrilla de largo aliento en las áreas boscosas del este. Como señaló el corresponsal de *The Standard* a mediados de julio, la información de

inteligencia de que López había salido de Azcurra y ganado la casi inaccesible zona de Caaguazú, había producido mucha ansiedad en Asunción, ya que ello llevaba a la convicción, incluso entre los más experimentados paraguayos, de que una vez que él alcanzara las montañas y lograra trasladar a su familia más allá, la guerra se volvería interminable y los aliados tendrían que mantener la persecución o llegar a un acuerdo. El tema era muy conversado en Asunción, y la gente que había escapado de Azcurra confirmaba el rumor. Detrás de Caaguazú, hay un amplio campo abierto, poblado por hábiles indios, y se teme que López consiga su apoyo. [Mientras tanto,] miles entre Azcurra y Villarrica han muerto de hambre.[826]

La verdad era apenas un poco menos perturbadora para los intereses aliados. No había indios amigables al este, y ninguna manera de reconstruir el ejército paraguayo, pero el mariscal insistía en seguir resistiendo en un terreno que conocía bien y que favorecía a la defensa. Estaba dispuesto a sacrificar los demacrados fragmentos de su pequeña república para conjurar el deshonor de un triunfo aliado.

Los sacrificios de los demás le importaban poco. El 24 de julio, de hecho, celebró su cumpleaños de manera típicamente arrogante.

Junto con miembros de su familia, ofreció un banquete en el que compartió algunas de sus *delicatessen* y varios de sus vinos europeos con sus oficiales. Había un tácito sentimiento de tensión entre estos hombres, pero el mariscal parecía bastante relajado. Había participado antes en una solemne procesión religiosa, llevando la estatua de San Francisco hasta la altura de Azcurra, y luego, desde allí, a Caacupé. En el camino, su hijo Panchito creyó haber visto a la estatua inclinar la cabeza y mover los ojos como en señal de un inminente milagro.[827] López sonrió ante este buen augurio y ordenó saludar con salvas de fuego en dirección de Pirayú. Sus cañones de Azcurra obedecieron y los soldados aliados escucharon aprensivamente, preguntándose de qué se trataba todo aquello.[828]

Piribebuy

Las lluvias inundaron vastas áreas del Paraguay en julio y, con la creciente resultante, la armada brasileña pudo remontar el Tebicuary, donde los buques de guerra consiguieron alcanzar a las unidades imperiales de caballería que habían penetrado en ese distrito. Los refuerzos que proporcionó la armada permitieron a los brasileños expulsar a las restantes tropas paraguayas hacia Yuty y Caazapá, lejos de cualquier esperanza de ayudar al mariscal.[829] La mayor parte del Paraguay central quedó así abierta a las incursiones que los aliados quisieran lanzar.

La maniobra de flanqueo de Gaston comenzó a desarrollarse plenamente a principios de agosto. El pueblo de Sapucái cayó y lo siguió Valenzuela, sitio de la fabricación de pólvora para el mariscal.[830] Con esto se despejó el último obstáculo en la ruta a Piribebuy. Pronto quedó claro que los defensores paraguayos se habían

extendido demasiado, con quizás unos 5.000 cuerpos aptos en toda la Cordillera. De estos, menos de la mitad estaban en Piribebuy. La modesta guarnición no tenía esperanzas de resistir un asalto proveniente de ninguna dirección, y mucho menos varios a la vez. El mariscal no tenía idea de dónde desplegar a sus tropas para enfrentar el esperado ataque. Por lo tanto, no hizo nada.

Esta incertidumbre o inacción favoreció a los aliados y el cumplimiento de su cronograma. De acuerdo con el plan, el conde demoró su avance desde Valenzuela hasta la llegada de 1.200 argentinos que se habían separado de la fuerza principal de Mitre en Pirayú.[831] Los argentinos llegaron a la aldea el 10 de agosto y se dirigieron, junto con unos 18.000 brasileños, primero a Itacurubí y luego a los alrededores del mismo Piribebuy. Cercar totalmente el pueblo se volvió una posibilidad real.

Densos matorrales habían protegido a los paraguayos en el Chaco y a lo largo del Estero

Bellaco. En contraste, Piribebuy tenía poca cobertura, especialmente para los civiles. La capital provisional estaba abarrotada de miles de mujeres y niños hambrientos que se habían reunido allí, fuera por obediencia a las órdenes del mariscal, fuera porque pensaban que podían encontrar algo de comida, fuera porque su parpadeante patriotismo no les dejaba otra opción. Las tropas que los custodiaban —y que abusaban de ellos— encontraron cobijo dentro de varias zanjas paralelas a los caminos que conducían al pueblo. Habían arrastrado hasta allí algunos de los cañones montados en las alturas de Piribebuy, pero no habían tenido tiempo de erigir baterías significativas. Una guarnición de menos de 3.000 hombres permanecía en Azcurra, que, con sus revestimientos y gaviones, todavía podía mostrar un aspecto importante, pero solo si el conde d'Eu montaba un ataque frontal desde Pirayú.

Su Alteza Real no tenía intenciones de hacer algo semejante, aunque sí dio instrucciones a Emilio Mitre de avanzar sobre el pueblo de Altos

como parte de una maniobra de distracción, mientras él traía su artillería desde Valenzuela y flanqueaba Piribebuy por el norte, el este y el sur.[832] Nominalmente, en el comando del pueblo estaba el coronel Pedro Pablo Caballero, hombre obstinado de cara bovina. Como el nervioso toro que físicamente aparentaba ser, estaba ansioso de encabezar una estampida final para probar su valor. Pero Paraguay hacía tiempo había perdido su capacidad de pasar a la ofensiva. Caballero carecía de reservas de caballería y municiones, que los aliados tenían en abundancia. El coronel no vio otra alternativa, por lo tanto, que montar una animosa (si bien muy predecible) defensa. Se rehusó a ser intimidado y altivamente rechazó la demanda del conde de rendición, señalando que las mujeres y los niños seguían a salvo a su cuidado y que el comandante aliado «podría emitir órdenes en territorio paraguayo solamente cuando no quedara nadie que las resistiera».[833]

A tempranas horas del 12 de agosto, los aliados

comenzaron a bombardear el pueblo con 47 cañones del general Emilio Mallet. Era una mañana neblinosa y los cañoneros brasileños solamente podían percibir los contornos de las posiciones enemigas y los edificios adyacentes, pero era suficiente para causar considerable daño.[834] En cuanto a los paraguayos, aunque devolvieron el fuego con los 18 cañones que tenían (uno de los cuales era de 32 libras), no tuvieron la suerte de acertar ningún blanco significativo.[835]

Los soldados del mariscal trataron de protegerse en sus rudimentarios parapetos. Muchos se quedaron afuera, donde escarbaron la tierra con sus dedos en intentos desesperados de escapar del bombardeo. La experiencia de Humaitá sugería que la artillería tenía poco efecto sobre tropas bien atrincheradas, pero los soldados paraguayos en Piribebuy no eran propiamente un cuerpo de infantería, sino un montón de reclutas sin entrenamiento ni práctica, y las trincheras que ocupaban no eran hondas. Peor aún, en la

confusión, mujeres, niños y refugiados de toda clase se entremezclaron, en pánico, con las tropas, que poco o nada podían hacer por ellos.

Los civiles desplazados gritaban de terror mientras los proyectiles volaban sobre ellos, y lo mismo hacían los soldados. Los residentes del pueblo fueron solo un poco más afortunados. Se refugiaron en sus casas, pero las bombas aliadas frecuentemente sobrepasaban las trincheras, penetraban en los edificios y hacían volar paredes de piedra y adobe. Los niños que se escondieron en pozos de agua podían escuchar el alboroto, el tableteo, los derrumbes, el chirriante sonido de la mosquetería, los tiros y las bombas y los horribles gritos de dolor de los heridos.

El bombardeo duró cuatro horas y Piribebuy fue casi totalmente arrasada. Alrededor de las 11:00, ahora bajo un sol radiante, sonó la trompeta brasileña y la caballería del general João Manoel se abalanzó en masa, cruzando el superficial arroyo que bordeaba el pueblo. Esto apenas demoró su avance. El coronel Caballero no había

tenido tiempo de erigir mangrullos y no podía responder efectivamente a la aproximación del enemigo. En poco tiempo los brasileños barrieron los parapetos del norte donde los paraguayos, finalmente alertados, habían ido a su encuentro.

La mezcla de furia y miedo se volvió omnipresente. La banda militar paraguaya tocó «El torito», que había sido el tema favorito del general Díaz.[836] Esto fortificó a los paraguayos para lo que vendría luego. Tres veces los brasileños fueron rechazados y tres veces renovaron su ataque. En cada nuevo intento, la violencia se incrementaba, y el barullo de las armas, los gritos de pena y los gruñidos de muerte se volvieron un único y horrendo sonido. Los paraguayos siguieron disparando, pero con poca puntería, y en una ocasión un grupo de sus cañoneros fue golpeado tan duramente por la reculada de su cañón, que varios de ellos quedaron fuera de combate.

Años de bravatas habían nutrido a los paraguayos con una impresionante lista de lemas y consignas en español. En este momento de

suprema confusión, los soldados más jóvenes se refugiaron en estos vítores patrióticos, en un idioma que pocos entendían a cabalidad. Gritaban «¡Viva la república del Paraguay!» con tal vigor que los aliados titubeaban sin poder evitarlo. Los gritos salían de sus gargantas adolescentes como los viejos *sapukái*, los descarados gritos de guerra de los indios guaraníes para indicar gozo, pena, resolución y presentimiento de muerte. Era como si sus abuelos gritaran con ellos y, de hecho, a su lado, numerosos ancianos lo hacían.

En manos de posteriores cronistas, esta conducta estaría destinada a convertirse en mito, pero para los partícipes de la batalla todo era demasiado inmediato y real y no tenía un ápice de romanticismo. Pese a toda su ferocidad, nunca hubo muchas dudas sobre el inevitable resultado del enfrentamiento. El conde d'Eu había organizado su ataque con líneas tradicionales y lo había planeado bien. Sabía que solamente una fuerza abrumadora prevalecería con seguridad, y, en consecuencia, dispuso lo necesario con mortal

seriedad.

Cuando João Manoel espoleó su caballo, sus unidades de caballería lo siguieron. Abrieron una brecha en las trincheras principales, mientras tres diferentes columnas de infantería convergían en la plaza central. Una pequeña unidad de fuerzas argentinas avanzó junto con los brasileños del conde sobre la izquierda enemiga (ayudados por un particularmente despiadado general de Rio Grande do Sul llamado Antonio Correia da Câmara); el vendado y todavía sufriente general Osório atacó por el centro, y el general Victorino avanzó por la derecha. Una fuerza de reserva se mantuvo a corta distancia al norte, pero su participación fue innecesaria (como lo fue igualmente la de las principales unidades argentinas y orientales, que permanecieron en Pirayú).[837]

Los aliados estuvieron más determinados que nunca. Victorino y Câmara ordenaron a sus seguidores movilizarse por el flanco a paso redoblado, mientras las tropas de Osório

presionaban de manera constante, causando bajas aquí y allá sin perder el ritmo.[838] «¡Acérquense, soldados, acérquense! ¡Acérquense a la retaguardia!», gritaba. Al final, los brasileños quebraron las últimas trincheras, y, aunque los defensores pelearon con fiereza sobrehumana, no pudieron contener el flujo de soldados aliados que se mezclaron entre ellos.[839] En minutos, los hombres del mariscal prácticamente se quedaron sin municiones, pero cientos de muchachos casi desnudos siguieron enfrentando a las tropas aliadas con garrotes, piedras, cascotes de adobe y hasta terrones de barro.[840]

En ese momento, un maestro de escuela de Villarrica, el mayor de reserva Fermín López, llevó a sus niños adentro de la iglesia y cerró la pesada puerta de madera. Pero los brasileños entraron al edificio y mataron a todos los que continuaron desafiándolos. El gravemente herido López no dio cuartel. Fue decapitado, un acto presenciado por todos los niños sobrevivientes a quienes había enseñado a leer y escribir.[841]

La confrontación implicó sacrificios de toda clase, tan terribles como irracionales. En medio de las alabanzas a la bravura de sus propios hombres,

algunos en el lado aliado rindieron tributo al inquebrantable —si bien, a su juicio, equivocado — fervor de los paraguayos. Dionísio Cerqueira, tan engreído y fuera de lugar cuando la guerra comenzó, se había vuelto un modelo de soldado y podía reconocer el coraje marcial cuando lo veía. En una ocasión, en Piribebuy, divisó a un anciano campesino paraguayo parado y perfectamente erguido encima de un parapeto, ignorando la lluvia de balas. El hombre disparaba a los brasileños que se acercaban, recargaba su arma y volvía a disparar apuntando a corta distancia. Un poco después, Cerqueira descubrió el cuerpo de una joven madre que había resistido en la puerta de la iglesia y había muerto con su hijo infante bajo la imagen del Redentor, ambos atravesados por la misma bala Minié.[842]

Los soldados por lo general consideran un mal necesario tener que matar. Argumentan que un niño de corta edad con una afilada tacuara puede significar la misma amenaza que un veterano con una carabina, y merece por tanto la misma

respuesta letal. Cualquier otra visión pondría el sentimentalismo sobre el sentido común. Dicho esto, la matanza puede volverse extravagante en el fragor de la batalla, y atroz en los momentos posteriores. A los ojos de la mayoría de los paraguayos, eso fue lo que ocurrió en Piribebuy. La determinación, que consideran una característica nacional, se mantuvo firme el 12 de agosto, con tremendos sacrificios en diminutas porciones de territorio. Pero el peso de casi 20.000 sobre 2.000 hombres no podía soslayarse. Cuando los últimos bolsones de resistencia se fueron apagando y los soldados paraguayos cayeron al piso, dispararon sus últimas salvas, tiraron sus últimas piedras y calaron sus últimas bayonetas, el bastión fue superado.[843]

En los momentos finales del enfrentamiento, dos balas Minié perforaron el estómago del general João Manoel. Tosiendo sangre, se desmayó del dolor y nunca recobró la conciencia.[844] La muerte del general, si creemos en la interpretación oficial, disparó las peores atrocidades aliadas

desde antes de la caída de Asunción. En parte era simple ira de los soldados, ya que el gallardo João Manoel gozaba del respeto y afecto de sus tropas.[845] Pero, además, el general se había convertido en favorito del conde d'Eu, quien se sintió inflamado por la muerte de su amigo y ordenó a sus tropas hacer pagar por ello al enemigo una terrible retribución, o bien no les ordenó detenerse cuando lo hacían.[846]

Necesitaban poco estímulo para ello. Aunque el conde posteriormente describió la batalla en términos triunfantes y alabó la conducta profesional de sus tropas, lo que hicieron merece poco elogio. Ya en total control del campo de batalla, los brasileños dieron rienda suelta a su furor y se ensañaron con los hombres postrados en el piso. Aglomerándose sobre ellos, abandonaron la disciplina que los había distinguido en el Chaco y Lomas Valentinas. De acuerdo con los paraguayos, destriparon a los pálidos y esqueléticos hombres y niños que todavía estaban vivos.[847]

Cerqueira, que vio demasiada masacre ese día, se las arregló para salvar a un soldado herido:

> Un poco más tarde, un pequeño paraguayo que no debía tener más de doce años, corrió a mi lado. Estaba cubierto de sangre y era perseguido a corta distancia por uno de nuestros soldados, que estaba a punto de agarrarlo cuando me alcanzó e imploró protección [...] Justo entonces, mi camarada, el capitán Pedra, llegó cabalgando y gritó «¡Mátalo!» «No», le dije. «Es un prisionero, es un pobre niño y yo lo protejo.» «¡¿Qué?! ¿Por qué discutir por un paraguayo?» «¿Y por qué no? Es mi deber y tú deberías hacer lo mismo.» Y lo que dije era cierto, ya que Pedra era un oficial honorable, incapaz de asesinar a un prisionero. Por lo tanto, espoleó su caballo y se alejó. Y yo llevé a mi pequeño prisionero a la guardia.[848]

Cerqueira habrá salvado a este individuo, pero muchos más terminaron con la garganta cortada. El comandante paraguayo de la guarnición, coronel Caballero, fue decapitado después de que los soldados aliados lo ataron a dos cañones y se turnaron para flagelarlo en presencia de su esposa, también prisionera.[849] Otros oficiales murieron en similares circunstancias.[850] Los brasileños entonces se dirigieron al hospital local, que

encontraron lleno de paraguayos heridos. Aunque algunos de estos desdichados pudieron escapar, un buen número fue ejecutado mientras trataba de ponerse de pie.[851] Luego, en vez de confiscar el edificio para su uso posterior por parte del personal médico, los brasileños le prendieron fuego, y 600 hombres y mujeres, algunos de ellos todavía vivos, fueron inmolados.

Los historiadores paraguayos han puesto mucho énfasis en estas atrocidades, tomando sus fuentes principalmente de los sinópticos relatos de los coroneles Centurión y Aveiro y del padre Fidel Maíz. Este último no ahorró palabras para denunciar a los brasileños por haber «cometido las más execrables crueldades; salvajemente cortando las gargantas del bravo y estoico Caballero y otros prisioneros, incluyendo a niños en los brazos de sus madres; incendiando el hospital con todos los enfermos y heridos [...] horriblemente calcinados hasta la muerte». Centurión, igualmente, acusa al conde d'Eu de «bárbaro y cruel» y lo hace totalmente responsable

por la ejecución de Caballero. Al mismo tiempo, el coronel admite la posibilidad de que el incendio del hospital pudiera haber comenzado durante la batalla propiamente dicha, como resultado de una bomba errante que iniciara el fuego. O'Leary afirmó que, mucho después del suceso, la carne de los hombres heridos tratando de escapar del edificio incendiado era todavía visible como manchones grasosos sobre las paredes quemadas.[852]

Los paraguayos nunca olvidaron este acto salvaje, la veracidad del cual no fue cuestionada en ningún sitio más que en Brasil, donde tanto académicos como testigos negaron que el incidente hubiera tenido lugar. Respondiendo a un artículo de O'Leary en 1919, el conde d'Eu, quien estaba entrado en sus setenta años en ese momento y permanecía todavía activo, calificó de «fantasiosas» e «imaginarias» las alegaciones de que prisioneros habían sido masacrados por órdenes suyas. Negó todo conocimiento de Pedro Pablo Caballero y Fermín López, cuyos nombres

dijo no reconocer; «ningún paraguayo murió jamás», insistió, «salvo en combate», aunque sí admitió la posibilidad de que Caballero hubiera muerto después de la batalla como víctima de su propia «tenaz, si bien honorable, resistencia». En cuanto al incendio del hospital, el conde inicialmente confundió este acontecimiento con uno similar que tuvo lugar más tarde en Caacupé, y luego afirmó no tener memoria de ninguna inmolación, señalando solamente que él había «castigado severamente» a un hombre que intentó robar a un anciano paraguayo. El ex capitán de Voluntários José L. da Costa Sobrinho, quien, como el conde (pero a diferencia de O'Leary), estuvo presente en la caída de Piribebuy, dio su palabra de honor de que Fermín López había expirado antes de que los soldados aliados penetraran en la iglesia y que habían sido los mismos paraguayos los que habían prendido fuego al pueblo, obedeciendo así una orden común desde 1864, que reflejaba una conducta «perversa, salvaje y germánica». El conde d'Eu, afirmó, era

enteramente inocente de la brutalidad que O'Leary le atribuía. Como es de esperarse, Júlio José Chiavenato sostiene la versión paraguaya en su sangriento relato, acusando al «francés con sangre demente» de una villanía sádica y de ser merecedor de un lugar «entre los peores criminales de la historia».[853]

Al relatar los detalles de una batalla, los autores a menudo pierden precisión. Es común describir a las tropas victoriosas como eufóricas y a las derrotadas como deprimidas. En Piribebuy, sin embargo, todos los participantes se sentían terriblemente fatigados. Una vez que el frenesí sanguinario se aplacó, sus músculos se debilitaron y en un instante se dieron cuenta de lo exhaustos que estaban. Se sentían demasiado cansados para experimentar ninguna emoción, más allá del vacío sugerido por Cerqueira y Taunay.

Incluso la codicia fue puesta momentáneamente de lado. Cuando tomaron Asunción siete meses antes, los brasileños se habían mostrado ansiosos de apoderarse de cualquier cosa que encontraran

en la ciudad, como si el saqueo fuera una función involuntaria del cuerpo. En Piribebuy los aliados estaban demasiado entumecidos de fatiga y, en cierto sentido, demasiado avergonzados de la matanza, para hablar y mucho menos para llenarse los bolsillos con los restos del pueblo. Esto hicieron finalmente, pero solo después de varias horas.

Para ese momento, los soldados aliados habían hecho un recuento cuidadoso de sus pérdidas: 53 muertos y 446 heridos, de casi 20.000 hombres en la fuerza atacante.[854] Los paraguayos sufrieron más de doce veces esas bajas: 700 muertos y 300 heridos, con alrededor de 600 prisioneros o desaparecidos. Estas pérdidas, que presentaban un palpable contraste con las de los aliados, equivalían a la mayor parte del contingente paraguayo en Piribebuy.[855] Nadie se tomó el trabajo de contar a las mujeres y a los niños sobrevivientes que estaban en la plaza, aunque eran miles. Hubo también varios cautivos extranjeros, hombres y mujeres, mucho de los

cuales estaban enfermos de malaria y que habrían preferido, para empezar, no hallarse en ese lugar.

Los soldados aliados comenzaron a examinar sus trofeos algún tiempo después. Piribebuy, desde luego, no era Asunción, solo una pequeña villa, y había poco que obtener de su población original. Aunque los funcionarios del mariscal habían hecho un pasable esfuerzo por convertir el lugar en una capital nacional, poseía poco que valiera la pena robar y la mayor parte de ello pertenecía a la familia López.

Taunay fue uno de los primeros en entrar a la residencia donde Madame Lynch y los hijos de López habían vivido antes de la evacuación. Sus hombres revisaron los roperos y armarios, donde encontraron una pequeña fortuna en monedas de plata, mientras su atención se dirigía al piano que los soldados paraguayos tan cuidadosamente habían transportado a Piribebuy unos meses antes. A pesar de la presencia de un cadáver sin cabeza a un costado de la habitación, el futuro vizconde no pudo resistir la atracción de un instrumento tan

fino. Quizás pensando en mejores tiempos en Rio de Janeiro y Campinas, Taunay se sentó a tocar mientras sus camaradas oficiales se llevaban las porcelanas y otras pertenencias de la Madama.

Un hombre encontró un ejemplar bellamente encuadernado del segundo volumen de *Don Quijote* (donde el excéntrico escudero recobra su salud y compostura). Taunay guardó el libro para sí mismo, aunque mucho lamentó no encontrar el primer volumen. Los oficiales brasileños descubrieron también una pequeña, pero impresionante bodega de vino, de la cual tomaron varias botellas de champagne «de indisputable y legítima procedencia [...], el tipo de la cual nunca antes habían probado, siendo excepcionalmente delicioso con un [distintivo] aroma de *bouquet*».[856]

Funcionarios estatales paraguayos habían requisado previamente varios de los edificios de Piribebuy cuando el gobierno del mariscal se trasladó allí desde Luque. Estaban atestados de documentos oficiales, cajas de papel moneda,

muebles, frascos de tinta, libros de contabilidad y otros implementos burocráticos. Ninguno de los soldados aliados que ahora pululaban por estos edificios pensó en usar esos papeles para reunir información de inteligencia. Por un tiempo, los brasileños hicieron fogatas con los papeles y, siguiendo la tradición de los soldados victoriosos en todas partes, se dieron el gusto de usar billetes enemigos para hacer y prender cigarros. En cuanto a otros valores —los ornamentos de la iglesia y la platería—, los soldados aliados se los repartieron de acuerdo con la costumbre establecida.

Finalmente llegaron órdenes de juntar los documentos que quedaban y enviarlos para su guarda a los territorios ocupados en el oeste. Se organizó una caravana y catorce carretas cargadas de materiales de archivo llegaron a Asunción. Aunque muchos documentos fueron restituidos al control paraguayo en 1869, otros muchos quedaron en manos brasileñas. El consejero Paranhos retuvo gran parte del material en su colección personal, lo que tensó las relaciones con los paraguayos por

más de un siglo. De hecho, la ausencia de documentos fue posteriormente citada como una de las razones por las que el gobierno de Asunción no pudo justificar sus muchos reclamos contra el Brasil durante el período de posguerra. El «archivo de Piribebuy» siguió con Paranhos hasta su muerte y fue luego donado por su familia a la Biblioteca Nacional en Rio de Janeiro. Los bibliotecarios cariocas reunieron con excepcional cuidado los materiales paraguayos en la Coleçao Rio Branco, que finalmente microfilmaron y organizaron en un catálogo altamente útil. Su principio de organización fue tan eficiente que fue mantenido por el Archivo Nacional de Asunción cuando los brasileños finalmente restituyeron los documentos al Paraguay en los 1970. [857] Los papeles fueron de poca utilidad para derrotar a López, pero proporcionaron a los hombres del emperador información valiosa para la administración del país ocupado. Con ello, los brasileños pudieron doblegar más fácilmente a ex funcionarios del mariscal e identificar los recursos

materiales que quedaban en Paraguay. Todas estas informaciones del régimen lopista fueron guardadas como secretos de Estado.

Lo que distaba de ser un secreto era lo que se proponían hacer los aliados. Ni Resquín ni el general Caballero se habían sumado a la defensa de Piribebuy, como tampoco, por supuesto, el mariscal López, a quien se creía con su ejército en Azcurra. El conde d'Eu pudo saborear su victoria, pero solo por unas pocas horas.[858] Inspeccionó su obra, bebió de su cantimplora y charló con sus hombres. En cierto momento, hizo un gesto a un par de mujeres paraguayas indicándoles que se acercaran y les mostró un pequeño retrato del mariscal. «Aquí está su Dios», supuestamente les dijo en tono de profundo sarcasmo. «Sí, señor», respondió una de las dos, con su lealtad —o su resignación— todavía intacta, «él es nuestro Dios».[859] Para tratarse de un hombre de 27 años, el conde se habrá sentido bastante viejo en ese momento. Su intención ahora era cazar al líder paraguayo de una vez por todas y darle el golpe

decisivo que su suegro, don Pedro, llevaba esperando desde 1864.

Un observador distante de la época podría ser perdonado si pensara que Piribebuy sería la última estación del viacrucis del mariscal. Pero López no lo creía así. Cuando se enteró de que los aliados iban a atacar Piribebuy, decidió salvar el lugar enviando a sus tropas en marcha forzada desde Azcurra para interceptar al ejército de Gaston antes de que los aliados pudieran lanzar su asalto final. En una vana esperanza de alcanzar la capital provisional a tiempo, el mariscal hizo que sus soldados abandonaran el baluarte de trincheras y abatis que tan meticulosamente había levantado a lo largo del barranco de la Cordillera. Fue como en Tuyutí, donde había elegido una audaz ofensiva cuando debió haber confiado en sus defensas ya preparadas.

Fue muy tarde para hacer una diferencia. Antes de que sus tropas llegaran a mitad de camino, llegaron noticias de que la batalla de Piribebuy había comenzado y de que las cosas estaban yendo

mal para los paraguayos. El mariscal entonces dio una contraorden; fue una de las pocas veces en la guerra en que cambió de opinión después de tomar una decisión militar.[860] Sus tropas comenzaron a regresar hacia Azcurra para unírsele en el campamento. Sin embargo, antes de que llegaran a su antigua posición, López cambió de opinión una vez más. En esta ocasión, en vez de arriesgarse a sufrir un ataque de los aliados, optó por conducir una cautelosa retirada hacia Caraguatay, un villorrio al norte que era incluso más pequeño y más aislado que Piribebuy. Dividió sus fuerzas en dos columnas, la primera de las cuales consistía en 5.000 soldados-niños bajo su inmediato comando (secundado por el general Resquín). Esta columna partió la tarde del 13 y marchó durante tres días hasta que sus filas, «casi muertas de agotamiento, alcanzaron Caraguatay».[861]

El plan del mariscal era dejar una segunda columna con la mayoría de los cañones y las únicas tropas razonablemente efectivas que quedaban. Esta debía actuar como retaguardia para

proteger su flanco. El mariscal encomendó esta ingrata misión a Bernardino Caballero. El general tenía considerable experiencia en conducir asaltos a gran y pequeña escala, pero poca en montar una acción como la que López le ordenaba. El objetivo era ganar tiempo para que las restantes unidades paraguayas pudieran retirarse sin ser molestadas hasta un punto a varios kilómetros al norte de Azcurra, y allí reagruparse para cualquier tipo de resistencia a la que se pudiera todavía aspirar.

La evacuación de la Cordillera no fue un movimiento precipitado. A las 24 horas de marcha la guarnición pasó por Caacupé, cuya iglesia era el santuario de una milagrosa estatua de la Virgen (más tarde santa patrona del Paraguay). Más importante aún, Caacupé era el sitio de lo que quedaba del arsenal del mariscal. La columna de hombres que pasaron marchando por el pueblo estaba acompañada por unas 3.000 mujeres, a las que se les encargaba transportar las existencias militares. Algunas de ellas habían venido del sur del Paraguay respondiendo a las apelaciones de

Sánchez y la más estricta insistencia de Caminos. Los ministros del gobierno les habían prometido protección, pero ahora su futuro —y el del Estado que las tenía que proteger— era negro como la oscuridad de una caverna.[862]

Los ejércitos aliados llegaron a Caacupé el 16 de agosto, después de haber marchado 20 kilómetros desde Piribebuy los dos días previos. En su camino, encontraron refugiados en todas partes —gente hambrienta buscando comida, aunque fueran corazones verdes de palma. Había tantos de ellos que atascaban los caminos y hacían difícil a los brasileños avanzar a la velocidad que el conde había anticipado. Cuando las tropas alcanzaron Caacupé, por lo tanto, encontraron la maquinaria del arsenal ya desmantelada. Para su sorpresa, sin embargo, hallaron intacta la imprenta que había acompañado al ejército del mariscal por tanto tiempo y que tenía sus tipos preparados para una edición final de *Estrella*.[863]

López había sido bastante puntilloso. Había arreado el ganado restante y se lo había llevado,

junto con la poca comida que quedaba en el distrito y dieciséis o diecisiete de los sesenta pequeños cañones que sus maquinistas británicos habían fabricado en el sitio. Los demás no estaban listos para la operación. Todos estos cañones se los transfirió a Caballero, pero no contaba con suficientes carruajes para entregarle a su general la gran cantidad de proyectiles, picas y lanzas que había en el arsenal, los cuales fueron abandonados para los aliados.[864]

También dejó a varios miles de civiles en la plaza del pueblo, así como a 700 heridos y enfermos en el hospital. Dejó a cargo de este último a Domingo Parodi, un naturalista y fotógrafo italiano que había alguna vez trabajado para el sueco Eberhard Munck af Rosenschöld, aunque su experiencia era en química antes que en medicina. Parodi había sido leal a López, quien lo había puesto a trabajar con el ejército y entre el personal de *Estrella*. En el hospital, López le dio al italiano el rango de mayor y le asignó un sustancial pago en plata, oro y moneda, con

instrucciones de atender a los pacientes incluso después de que los aliados llegaran al pueblo. Esta fue una de las pocas ocasiones en que el mariscal se preocupó del bienestar de sus hombres después de caer en manos aliadas. Se le encomendó a Parodi negociar con el conde d'Eu para permanecer en Caacupé y asegurarse de que los enfermos recibieran un buen trato hasta que estuvieran lo suficientemente bien para retornar a sus hogares. De acuerdo con Resquín, el italiano cumplió esta «misión humanitaria como un hombre honor». Centurión expresó dudas al respecto.[865] Parodi no estuvo mucho tiempo en el hospital. Los brasileños le confiscaron los bienes que López le había dado (retornándole solamente su salario) y luego lo expulsaron del país. Desembarcó en Buenos Aires, donde comenzó una nueva carrera como farmacéutico y homeópata. La farmacia que fundó, llamada «La Estrella» (por el periódico), todavía existe hoy.[866]

Las personas que se quedaron en Caacupé provocaron un gran quebradero de cabeza al

comando aliado, ya que los no combatientes estaban en un estado de total miseria. Su Alteza Real estuvo, no obstante, complacido al notar entre ellos a unos cinco o seis empleados británicos del mariscal que los paraguayos habían finalmente dejado en libertad. Los brasileños se ocuparon de aliviar el sufrimiento de los enfermos y heridos y evacuaron a un buen número de ellos a Asunción, donde finalmente recibieron el cuidado adecuado. En el hospital había muchos cadáveres insepultos y el sitio estaba tan infestado de cólera que decidieron prenderle fuego. Nadie fue quemado vivo en esta ocasión. Fue este el suceso que Gaston equivocadamente recordó como el de Piribebuy.[867]

Estos hombres, sus esposas e hijos, unas setenta personas en total, ya no pensaban que la causa paraguaya valiera un penique de bronce y recibieron a las tropas del conde d'Eu como libertadoras. Los extranjeros habían trabajado esforzada y diligentemente para López, pero habían sufrido profundamente en los meses

anteriores. Las enfermedades los habían golpeado tanto como a los civiles paraguayos. Y aunque Madame Lynch les había enviado ocasionalmente medicinas y comida, los británicos se habían resignado a un destino miserable. La llegada de los aliados convirtió sus trágicas especulaciones en un mal recuerdo. Como explicó uno de ellos:

> [...] vimos con inenarrable dicha a la caballería brasileña entrando en el pueblo. Los saludamos agitando sombreros y corriendo hacia los soldados, besando sus manos. Ellos inmediatamente entendieron nuestra situación y nos pidieron retornar a nuestras casas, asegurándonos que una guardia permanecería en Caacupé para protegernos. Alrededor de las 10:00, el conde d'Eu llegó con su personal y, habiéndonos llamado ante él, nos habló en inglés, preguntando por noticias y localización de López. Mientras tanto, diez mil brasileños (infantería, caballería y artillería) ocuparon el pueblo. Uno de los oficiales del príncipe anotó nuestros nombres y nos ordenó hacer los preparativos necesarios para partir...[868]

Las condiciones que enfrentaron los extranjeros en Paraguay habían estimulado muchos comentarios en la prensa europea y norteamericana desde el fracaso de la mediación de Gould.[869] Pocos mostraron una preocupación comparable por el

pueblo paraguayo, al que se percibía al borde de la catástrofe final.

La mejor forma de conducir una acción de contención es preparar suficiente cobertura, preferentemente en forma de trincheras reforzadas con artillería, y con una ruta de escape lista. López había ordenado a Caballero organizar una defensa de acuerdo con su buen entender; pero no existían muchas posibilidades de detener al enemigo demasiado tiempo. El general supuestamente tenía sesenta cañones, pero pocos de estos habían sido probados en batalla y las municiones disponibles eran limitadas. Tampoco tenía la posibilidad de construir nada más que una serie de zanjas sumamente superficiales. Sus hombres no habían comido nada en tres días. Pese a todo, era lo único con lo que contaba el mariscal mientras se dirigía a Caraguatay con Madame Lynch, el general Resquín, el vicepresidente Sánchez, el teniente coronel Centurión y otros miembros del gobierno. Caballero recibió órdenes de contestar todos los ataques que los aliados lanzaran contra su

atribulada fuerza.

La batalla de Ñu Guazú fue el último gran enfrentamiento de la guerra. La palabra guaraní «ñu» significa campo abierto, y fue en una de esas expansiones cubiertas de pastizales de más de una legua donde Caballero se preparó para encontrarse con el enemigo que había eludido por tanto tiempo. El 16 de agosto, le envió un mensaje a López informándole de la aproximación de los aliados desde el sudeste. El mariscal recibió el mensaje y ordenó a 1.200 de los soldados bajo su inmediato comando cavar una trinchera en el camino a Caraguatay. Mientras tanto, los exhaustos «hombres» de Caballero, tal vez unos 3.000 en total, se dispusieron a resistir.[870]

Aunque los relatos posteriores situaron esta batalla al lado del actual pueblo de Eusebio Ayala (entonces Barrero Grande), de hecho nadie está seguro de dónde exactamente tuvo lugar, excepto por referencias de que fue en la estrecha franja entre los arroyos Piribebuy y Yuquyry. La mayoría de los recuentos brasileños denominan el lugar

Campo Grande (traducción literal del guaraní) y muchas fuentes paraguayas lo llaman Rubio Ñu. El nombre más común utilizado en la actualidad —Acosta Ñu— fue adoptado después de la guerra, inspirado en que la batalla se produjo dentro de la estancia de la familia Acosta Freyre-Rivarola. Efraím Cardozo, quien no era un hombre de imprecisiones, simplemente la denomina «Batalla de los Niños».

En medio de toda esta confusión sobre el nombre, hay un acuerdo general sobre lo que ocurrió. Los aliados siempre habían deseado tentar a los paraguayos a que intentaran una Cannas. Casi lo consiguieron en Tuyutí, pero el mariscal nunca había vuelto a darles una oportunidad similar. Ñu Guazú, en este sentido, parecía una ocasión promisoria.

Los paraguayos casi no habían tenido tiempo de preparar sus defensas y los niños de menos edad, supuestamente, se pintaron barbas para aparentar ser soldados adultos. La farsa no podía prosperar. Cuando las unidades de caballería y las fuerzas de

choque del general Câmara atacaron, el resultado fue fácil de predecir —salvo por la determinación de los paraguayos. Aun con los estómagos dolientes por el hambre, la mayoría de los soldados paraguayos esperaba derribar a diez enemigos por cada hombre perdido. Debieron sentir miedo, pero no se mostraron desmoralizados y defendieron su posición concienzuda y puntillosamente.[871] Dicho esto, era también cierto que a los niños les preocupaba quedar paralizados y no poder apretar el gatillo ni blandir el sable. Algunos tenían tanto miedo que vomitaron, lo que les ocurrió también a muchos de sus oponentes. En cualquier caso, los brasileños debieron pensar que las tropas de López eran un patético montón de muchachos recién separados de sus madres, pero Caballero estaba resuelto a demostrar a los *kamba* que sus soldados podían pelear como hombres.[872]

La batalla en sí no fue diferente de otras anteriores. La pelea comenzó alrededor de las 7:00 y duró hasta la tarde. Los paraguayos se

dispusieron en una larga línea, preparados para retirarse en otras dos líneas de ser necesario. Empezaron con una débil fusilada, ayudados esporádicamente por sus pocas piezas de artillería, pero el fuego causó poca perturbación al enemigo. También hizo que los hombres del mariscal perdieran un tiempo que podrían haber aplicado a organizar su defensa. Aunque lucharon ferozmente, no pudieron evitar que la caballería incursionara una y otra vez entre ellos.

No todo estuvo contra los paraguayos. Aun cuando el campo constituía un terreno perfecto para la caballería, los aliados no pudieron dirigir apropiadamente sus cargas, al menos al principio. Por un corto tiempo, pareció que los paraguayos lograrían rechazar a los jinetes definitivamente. El general Câmara entonces cambió su táctica y se concentró en devastar el flanco izquierdo, que estaba irregularmente dispuesto. La derecha y el centro continuaron resistiendo, sin embargo, y ni siquiera la adición de la caballería del coronel uruguayo Coronado a las fuerzas de asalto pudo

quebrar a los paraguayos.[873]

Los regimientos aliados asumieron entonces la forma de una inmensa «V» y se hundieron en la posición paraguaya, sabiendo muy bien que Caballero carecía de tiempo para improvisar una nueva defensa. Se quedaron, por lo tanto, perplejos cuando vieron a los paraguayos movilizándose en forma perpendicular a sus líneas anteriores y reformando sus unidades a lo largo de la margen izquierda del Yuquyry en una maniobra que le dio a Caballero más tiempo del que tenía derecho a esperar.

Alrededor de las 10:00, la infantería aliada, repentinamente, hizo su aparición. Las columnas del general Emilio Mitre, en obediencia a la orden del conde d'Eu, habían levantado el campamento de Atyrã la medianoche anterior y ahora llegaban al campo de batalla. Lo mismo hicieron las unidades de infantería imperial al mando del general Victorino y del general sexagenario José Luiz Mena Barreto, otro oficial más de alto rango con ese apellido, hermano mayor de João Manoel

y, como él, un competente comandante.[874] José Luiz había tomado el comando de Osório un día antes, dejando que el rudo y justamente famoso barón de Herval retornara a Asunción para una bien merecida convalecencia.[875] José Luiz estaba ansioso de igualar a su predecesor, y se sentía listo para demostrar su ardor y capacidad en Ñu Guazú.

Las unidades aliadas de infantería formaron en una línea paralela a la de la fuerza opuesta, con cada unidad que llegaba extendiéndose a la derecha, hasta que al final, por su superioridad numérica, los aliados rodearon a los paraguayos hasta la izquierda. La pelea se volvió furiosa y cada espacio en la línea de Caballero se prendió en llamas.[876] En un momento, el general llegó a menos de cien metros de los infantes comandados por el coronel Deodoro da Fonseca, quien, como Caballero, sería más adelante presidente de su país.

Presionados ahora por todos lados, los paraguayos agotaron sus balas de cañón y los

cargaron con piedras y pedazos de vidrio, con los que dispararon al enemigo como escopetas.[877] Ello hirió a algunos, pero no a muchos. Y cuando los improvisados proyectiles también se acabaron, los niños-soldados se replegaron a una nueva posición a lo largo del otro arroyo, el Piribebuy. En un momento del enfrentamiento final, el conde d'Eu galopó con su sable en alto, urgiendo a sus hombres a avanzar y destruir lo que quedaba de las tropas del mariscal.[878] Los paraguayos no huyeron; ya no tenían a dónde ir. Calaron sus bayonetas y enfrentaron el asalto, pero fueron superados. Muchos murieron aferrando sus armas entre las manos.[879]

Los paraguayos resistieron por más de cinco horas; habían perdido la mejor parte de sus 2.000 soldados entre muertos y heridos. Los aliados perdieron menos de 500.[880] Al reflexionar sobre esta desproporción en las pérdidas, Taunay señaló que los paraguayos habían tenido mala puntería, lo que a su vez fue causado por el obsoleto diseño de sus armas. Las que quedaron en

el campo, de hecho, eran de todo tipo imaginable, desde arcabuces y antiguos trabucos que merecían un lugar «en algún museo arqueológico» hasta un moderno lanzacohetes Congreve cuyo mecanismo impresionó a todos los que lo vieron.[881]

Más impresionante aún fue el número de paraguayos muertos, visibles en todas las direcciones. Era, para tomar prestada una expresión propia de una generación posterior, un paisaje «alucinante» de humo, con cientos de carros y carretas rotos y cadáveres de «barbados» niños, tan delgados que parecían transparentes.[882] Los brasileños, simplemente, no podían creer que los paraguayos hubieran podido defender tan duramente una causa perdida. Aunque, a decir verdad, las pérdidas paraguayas habrían sido menores si algunos aliados no hubieran lanceado a cada herido que encontraron en el campo de batalla.

Esta matanza de heridos, a la que Francisco Doratioto alude al calificar la batalla de «baño de sangre», continuó por al menos tres días, y ningún

oficial aliado hizo nada para contener los excesos o castigar a los responsables.[883] Quizás esta renuencia a intervenir reflejaba el disgusto que los oficiales brasileños a menudo expresaban por los hombres que, una vez concedida su libertad condicional, regresaban a la lucha y así se deshonraban como oficiales. O quizás simplemente se vieron arrastrados por el frenesí de la descontrolada violencia.

Después de que la matanza hubiera seguido y concluido su curso, los interrogadores aliados preguntaron a un coronel paraguayo herido cuántos hombres habían peleado bajo el comando de Caballero. Su respuesta habla por volúmenes: «No lo se, señor, pero si quiere una idea de la verdad, vaya al campo de batalla y cuente los cadáveres paraguayos, sume el número de prisioneros que tiene en custodia, y tendrá el total».[884] La determinación y el desprecio del peligro en las palabras del coronel revelan un extraordinario sentido del deber, pero eran tristemente irrelevantes frente a las realidades militares de Ñu

Guazú. Todas las promesas del mariscal, y todos sus infantiles sueños de gloria, yacían destrozados entre los heridos sobrevivientes que lloraban de pena por sus madres. Los paraguayos en esta ocasión habían sido aplastados por el simple y obvio hecho de que los niños no pueden triunfar allí donde han fracasado adultos bien nutridos y bien entrenados.

Los aliados, desde luego, lo sabían desde el principio, y ahora se sentían avergonzados de su crueldad, por necesaria que hubiera sido. Uno de los mitos más perversos que los brasileños habían propagado para explicar la obstinación y el encono de sus enemigos paraguayos fue que eran infantilmente ingenuos. En Ñu Guazú, la ironía se volvió trágicamente literal. Cerqueira probablemente lo expresó mejor:

> El campo de batalla [en Ñu Guazú] fue dejado cubierto de muertos y heridos enemigos, cuya presencia nos causaba gran pena, debido al gran número de soldaditos que vimos, pintados de sangre, con sus pequeñas piernas rotas, sin haber alcanzado la edad de la pubertad [...] ¡Qué valientes fueron estos pobres niños

bajo el fuego! ¡Qué terrible lucha entre la piedad cristiana y el deber militar! Nuestros soldados todos dijeron que «no hay placer en pelear contra tantos niños».[885]

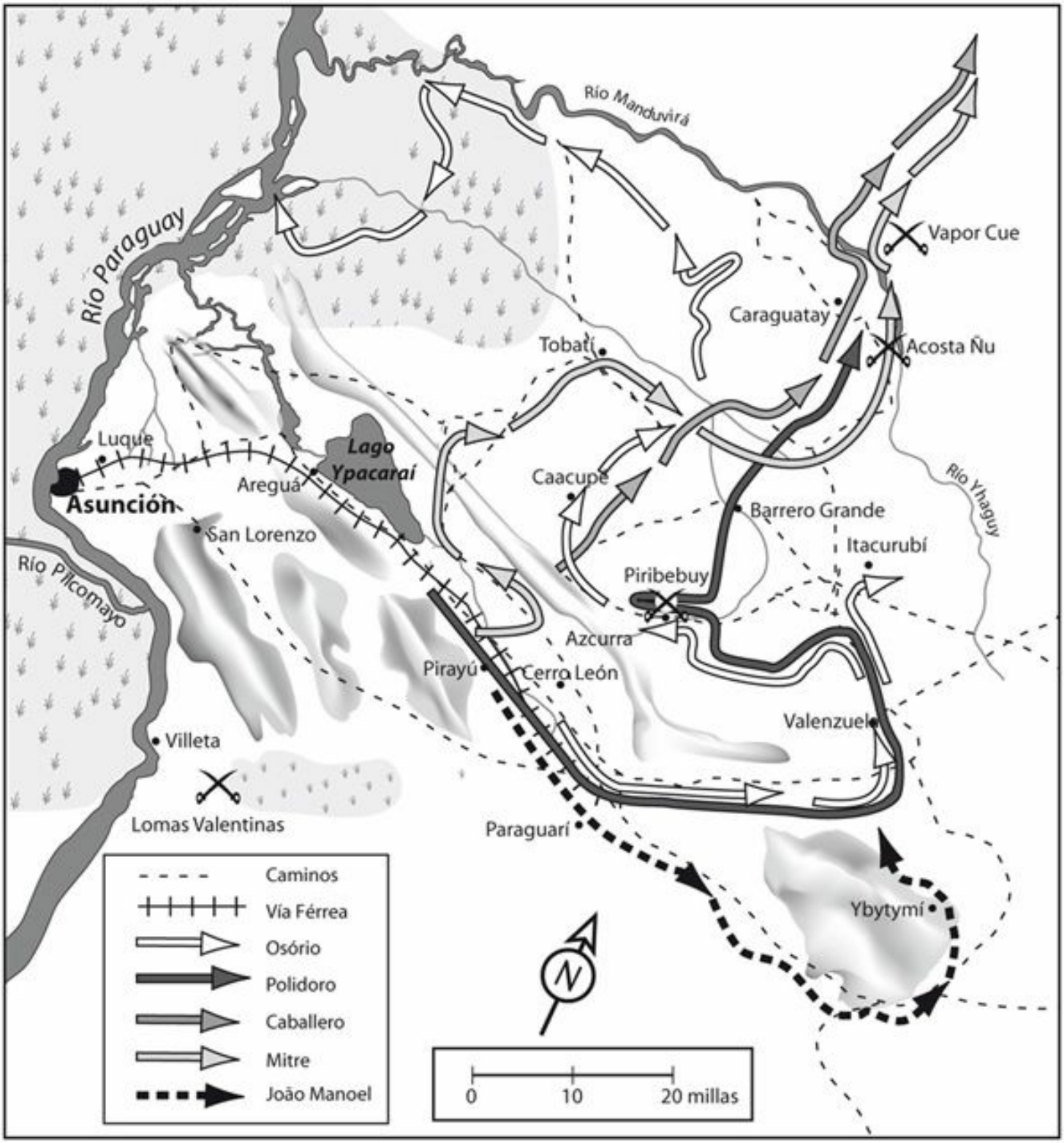
Habiendo finalizado la matanza del día (pero no el sentimiento de culpa por ella), los soldados aliados apilaron los cadáveres paraguayos en pequeños montículos, como lo habían hecho en Boquerón y Tuyutí, y luego incendiaron todo el campo. El fuego rápidamente salió de control, quemando carretas, cuerpos, cajas de cartuchos, todo. Los raídos uniformes, alguna vez escarlatas y ahora ennegrecidos con arcilla y sangre, fueron consumidos por las llamas. Periódicamente, una carga de pólvora se sumaba al infierno, como un saludo final a los muertos.[886] Taunay afirmó haber visto con sus propios ojos a un herido niño-soldado paraguayo en el piso, enroscado en posición fetal, sufriendo por el dolor y tosiendo por la irritación del humo, que, entre sus carraspeos, le pidió a un camarada que lo matara antes de que el fuego lo consumiera; el otro soldado, con resignación, respondió disparando un

solo tiro al corazón del postrado muchacho.[887] Los niños paraguayos quisieron morir como hombres, y lo consiguieron. Al día siguiente, no quedaban de ellos más que cenizas.

La batalla había terminado, pero la guerra continuaba. El conde d'Eu examinó sus pérdidas y planeó su siguiente movimiento. Caballero consiguió abrirse paso entre sus camaradas heridos en Ñu Guazú con solo unos cuantos sobrevivientes (una fuente indica que solo cinco hombres escaparon) hasta llegar a un monte y lentamente seguir su camino a Caraguatay.[888] Finalmente, hizo contacto con las unidades que el mariscal había dejado atrás para construir una nueva barrera defensiva. Pero las noticias de la derrota, esta vez sin barnices de expresiones de deseos ni de falsos rumores, habían precedido su llegada. El abatimiento llenaba el aire y los soldados paraguayos no tenían ni energía ni ganas de pronunciar palabra.

No quedaba mucho más por hacer. Las tropas engancharon sus carretas y las 12 piezas de

artillería con las que pretendían fortalecer sus trincheras a medio construir, y se dispusieron a replegarse una vez más. Caballero cabalgó hasta Caraguatay, donde encontró a López dando órdenes a la población civil para que se preparara a acompañar a su truncado ejército a la selva.


Río Manduvirá
Río Paraguay
Vapor Cue
Caraguatay
Tobatí
Acosta Ñu
Luque
Lago Ypacaraí
Areguá
Asunción
San Lorenzo
Caacupé
Barrero Grande
Río Yhaguy
Itacurubí
Piribebuy
Río Pilcomayo
Azcurra
Pirayú
Cerro León
Valenzuela
Villeta
Lomas Valentinas
Paraguarí
Ybytymí
Caminos
Vía Férrea
Osório
Polidoro
Caballero
Mitre
João Manoel
N
0
10
20 millas

Capítulo 10

El nuevo y el viejo Paraguay

Es una máxima de táctica militar presionar sin compasión a un enemigo derrotado, no darle respiro y destruir sus fuerzas antes de que pueda reagruparse. Caxias no había hecho esto después de la campaña de diciembre, pero el conde d'Eu no tenía intenciones de repetir el error de su predecesor. En la práctica, sin embargo, la tarea era más complicada de lo que había imaginado.

El balance de las pérdidas entre junio y agosto de 1869 era sumamente desfavorable al Paraguay. Un testigo calculó que 100.000 hombres, mujeres y

niños habían muerto de enfermedad y hambre durante la campaña de la Cordillera. Esto representaba casi un cuarto de toda la población de la nación y el número claramente había crecido desde entonces.[889] El ejército paraguayo había sufrido más de 6.000 bajas en el mismo período, mientras que las pérdidas aliadas habían sido solo de un quinto de esa cifra, y Su Alteza tenía reservas disponibles.[890]

Los parámetros de la guerra, por lo tanto, estaban determinados para todos, salvo quizás para los soldados-niños paraguayos, quienes, como sus pares en la Cruzada de los Niños de la Iglesia en tiempos medievales, todavía mantenían una lealtad perruna. Para el liderazgo aliado, la victoria final estaba al alcance de la mano. Aunque los generales y políticos habían sido engañados en el pasado, ahora todas las razones se inclinaban a desarrollar un interés en cuestiones distintas al combate. El soldado ordinario quería descansar, pero los individuos en posición de autoridad comprendían que a la par que declinaba la lucha

militar, la lucha política en Paraguay recién comenzaba.

La política aliada en la construcción nacional

Mientras el ejército del conde d'Eu desalojaba al del mariscal en Piribebuy y Ñu Guazú, en Asunción sucedían muchas cosas importantes. Para empezar, aunque el consejero Paranhos había trabajado incansablemente para transformar la política paraguaya en algo manejable, todavía no lo había conseguido.[891] Había viajado a Buenos Aires en abril para conferenciar con el ministro de Relaciones Exteriores argentino Mariano Varela y el enviado uruguayo Adolfo Rodríguez acerca de la petición de exiliados paraguayos de formar un régimen soberano.[892] El consejero necesitaba actuar con un decoro mayor que el habitual. Ya no temía ninguna acción de parte del mariscal López, pero aún había muchos factores capaces de arruinar sus planes. En medio de rumores sobre una posible intervención de Estados Unidos para poner fin a la lucha, Paranhos inició discusiones sobre el futuro del país.[893] Estas

conversaciones, si bien ostensiblemente inspiradas en la remota eventualidad de una interferencia extranjera en los asuntos del Plata, terminaron poniendo de manifiesto las tensiones entre el imperio y Argentina.

El consejero apoyaba el establecimiento de un gobierno paraguayo interino a pesar de que el régimen de López aún tenía reconocimiento internacional. El Tratado de la Triple Alianza no tenía previsiones para la creación de una nueva administración, habiendo ingenuamente presumido en 1865 que una rebelión espontánea entre paraguayos derrocaría al mariscal. Como esto no ocurrió, los brasileños reconsideraron la cuestión, y ahora Paranhos hablaba repetidamente (y firmemente) a favor de mantener el tratado tal como había sido escrito.[894]

Acentuó que ni la inviolabilidad de la soberanía paraguaya ni los reclamos aliados de territorio podían ser modificados. El nuevo gobierno, fuera cual fuera su composición, debía aceptar la legitimidad de tales reclamos como condición para

la paz. Rodríguez, finalmente, se alineó con estas interpretaciones, pero Varela las objetó. Los paraguayos frecuentemente exageraron la seriedad de la fricción entre brasileños y argentinos, pero en esta ocasión la falta de consenso fue obvia.

A la par de reiterar cuidadosamente los reclamos históricos de su propio gobierno en Misiones y el Chaco, el canciller argentino insistió en que el tratado del 1 de mayo de 1865 no podía constituir la única base para la paz. Este último punto contradecía entendimientos previos, pero Varela sostenía que los tiempos habían cambiado. El gobierno argentino había negociado el tratado durante la invasión del mariscal a Corrientes, cuando los sentimientos aún estaban encendidos. En esa coyuntura, cada una de las potencias aliadas podía pretender ser la parte ofendida en pos de la meta común de echar a López del territorio ocupado. Ahora, con el mariscal en retirada, y con los brasileños al mando en Asunción, los argentinos solamente podían aspirar al papel de un invitado tardío en una concurrida

cena.

Varela encontraba pocos resquicios para beneficiarse de su situación, lo que en otras circunstancias habría presagiado un destino diferente para el Paraguay. Aunque los términos del Tratado de la Triple Alianza prohibían la anexión, la destitución absoluta de la que muchos todavía consideraban una provincia rebelde convertida en república «independiente» podía haber llevado a políticos en Buenos Aires a reevaluar el sueño de Manuel Belgrano y demandar la integración del Paraguay a la República Argentina como un «gesto humanitario».[895] Los brasileños siempre habían sospechado de las intenciones argentinas en este punto, y las murmuraciones al respecto dentro de la administración de Sarmiento hacían poco para tranquilizarlos.

Los desbalances del momento, definitivamente, favorecían al imperio, y los brasileños inflexiblemente se oponían a cualquier señal de una «Gran Argentina». Varela se refirió a los lazos

históricos que ataban al Paraguay con los otros estados del Plata, pero carecía del poder de hacer algo más que quejarse.[896] Podía, no obstante, asumir una postura que expresara una amistad inalterable con el pueblo paraguayo y que, a la vez, introdujera las nuevas ambiciones imperialistas de su país.

En privado, a Varela le preocupaba que un régimen interino en Asunción constituyera una distracción impopular en tanto López continuara resistiendo. Además, estaba lejos de ser claro que tal gobierno, sin importar cómo estuviera constituido, pudiera negociar la paz de acuerdo con lo que Sarmiento definía como prioridad.[897] Varela no tenía manera de maniobrar en torno a estas incertidumbres, pero si no hacía nada, Paranhos ganaría todos los puntos.[898] El argumento de que, a menos que Argentina jugase algún papel clave en el Paraguay de posguerra, el Brasil asumiría uno hegemónico por defecto, debió haber tenido un lugar preponderante en su mente.

El predecesor de Varela en el gobierno de Mitre

jamás habría corrido el riesgo de enfrentarse al consejero cuando Argentina todavía podía sacar provecho comercial de la alianza. En ese sentido, Varela cayó en presunciones más tradicionales, y más riesgosas, sobre la diplomacia sudamericana. Su audacia revelaba un obvio —y justificado— temor acerca de las metas a largo plazo del imperio en el Plata y, hasta cierto punto, sugería un regreso a la postura antibrasileña de los 1850.[899] La política argentina anterior (que en algunos sentidos tenía un reflejo en la de Brasil) había apoyado la cooperación con Carlos Antonio López como un medio geopolítico de contrarrestar el interés brasileño en las provincias del sur.

Ahora, sin embargo, con Paraguay como una sombra de lo que era, Varela tenía que evitar que el país vecino se convirtiera en una colonia brasileña (como ya había pasado, hasta cierto grado, con Uruguay). La mejor manera de hacerlo era trabajar con grupos de exiliados que ya habían obtenido algún apoyo en el pueblo paraguayo. Un nuevo gobierno finalmente se reuniría en torno a

estos grupos y ese régimen podría tratar con los aliados como un socio igualitario. Los paraguayos pronto entenderían los beneficios de hacer causa común con Argentina en cualquier futura confrontación con el imperio.

La posición de Varela parecía profética, incluso generosa, desde el ángulo de los paraguayos liberales educados en las escuelas de Buenos Aires. Pero, más allá de toda su exhibición de manos extendidas, el ministro argentino no podía permitirse ofrecer un apoyo incondicional a las aspiraciones de aquellos paraguayos ansiosos de pensar por sí mismos. No tenía interés, por ejemplo, en proteger a aquellos que seguían fieles al mariscal. Ni les ofrecería un púlpito a los que estaban listos para actuar como títeres de Rio de Janeiro.

Sus palabras, no obstante, proporcionaban a Sarmiento una oportunidad para distanciarse del imperio, complaciendo a la opinión doméstica y presentando a los argentinos como patrones naturales de los exiliados paraguayos. Este último

grupo estaba compuesto por individuos que habían llegado a Buenos Aires durante los 1840 y 1850, los mismos hombres que habían formado la Sociedad Libertadora, la Asociación Paraguaya y otras organizaciones en el exilio. Algunos habían dirigido las unidades de la Legión Paraguaya. Varela y el gobierno nacional veían a estos paraguayos como los más proclives a los intereses argentinos.

Muchos porteños felicitaron al ministro de Relaciones Exteriores por plantarse ante Paranhos. La devoción de Varela al principio del gobierno civilizado merecía elogios, argumentaban, y lo mismo su evaluación realista de la situación paraguaya. Había insistido en que la «victoria no daba derechos» [en Paraguay], y esa declaración también obtuvo aprobación.[900]

Al margen de los aplausos, las buenas intenciones no eran suficientes. Como lo expresaron los editores de *The Standard:*

> La formación de un gobierno como el que desea la gente se está

> volviendo [...] cada día más factible, ya que hombres de [...] todas las corrientes ahora ven que continuar respondiendo a la causa del fallecido [*¡sic!*] dictador solamente llevará a su propio perjuicio y a incrementar la miseria de su tierra nativa [...] la misión del Señor Paranhos, cualquiera pudiera ser su secreto éxito, ciertamente no ha [...derivado] en una esperanza de que la guerra está cerca de su fin.[901]

El consejero Paranhos tomó los cuestionamientos de Varela con indulgencia y, para ser justos, él tenía sus propias críticas hacia el régimen militar brasileño en Asunción. Pensaba que el ejército había actuado pobremente en su tarea de custodiar los intereses civiles en el país, había tolerado con demasiada complacencia los negociados que los macateros cultivaban en el cuerpo de oficiales y había hecho poco por ayudar a los refugiados que fluían a la ciudad y se establecían en corredores y en la plaza central.

El consejero comprendía la gravedad del problema. No existía infraestructura para cubrir las necesidades de los desposeídos, que se aglomeraban en masa en torno a los soldados brasileños mendigando sin pudor, con sus manos

extendidas para tomar cualquier cosa que les ofrecieran. Los rostros demacrados, el pelo herrumbrado y la casi desnudez de mujeres y niños hablaban más fuertemente que cualquier ruego de asistencia. Muchos soldados inicialmente intentaron ayudar a estas desamparadas víctimas de la indiferencia del mariscal, pero ya no tenían limosnas para dar.

Paranhos era fríamente realista. Estaba cansado del peso financiero de la caridad aliada, que le había costado al tesoro de su país miles de *milréis* en raciones de los almacenes del ejército distribuidas entre los desafortunados refugiados. El consejero se compadecía de ellos, pero también los culpaba por haber seguido ciegamente al déspota hasta la penuria y la ruina. Ahora, sin ningún alivio a la vista, prefería pasar la responsabilidad de estos despojos a algún régimen paraguayo y ocuparse de tareas administrativas más acuciantes.

Aunque inicialmente irritado por la evocación interesada de Varela de un libre y moderno

Paraguay, Paranhos al final no encontró razones para sentirse incómodo. Como un fallido, pero nostálgico pretendiente, había cortejado repetidamente a los porteños. Ahora decidió ignorar cortésmente sus deseos e ir adelante con una política paraguaya, consultando solo incidentalmente a su aliado. Los brasileños, desde luego, habían hecho los mayores sacrificios en vidas y recursos desde antes de la campaña de diciembre, y con sus educadas maneras Paranhos hacía valer este hecho. Ubicando al Brasil como un fiel aliado dispuesto a hacer lo que fuera necesario por la causa común, el consejero estableció una posición en la cual podía demandar concesiones de Buenos Aires a la vez que mantener intactos los intereses estratégicos del imperio.

Después de todo, independientemente de lo que Varela dijera, la preeminencia brasileña en los asuntos civiles y militares en el Paraguay ocupado era innegable.[902] El imperio se había ganado el derecho de marcar la agenda y sus objetivos eran

cuatro: firmar tratados de paz favorables al Brasil, fijar el monto de las reparaciones de guerra paraguayas, establecer claras e incuestionables fronteras y obtener reconocimiento para una independencia paraguaya a largo plazo.[903]

El canciller argentino no tenía forma de alterar los objetivos primarios del Brasil. Cada vez que Varela le dirigía una intransigente nota, el consejero brasileño respondía de manera displicente, le hacía unos cuantos cumplidos y actuaba con estudiada moderación. No tenía dificultades para reconciliar las metas predatorias de la Triple Alianza con sus esfuerzos en favor de una «independencia paraguaya», y solamente pedía que sus colegas se plegaran a esa empresa. Rodríguez se rindió ante sus azucaradas palabras por falta de otra alternativa. Al final, lo mismo hizo Varela.

El ministro argentino se rindió no solamente a la presión de Paranhos, sino también a la de los mitristas que continuaban en el gobierno nacional y no querían un enfrentamiento con Brasil.[904]

Además, los argentinos aspiraban a territorios adicionales en el Chaco paraguayo, una adquisición para la cual no tenían reclamos legítimos; si querían prosperar en este asunto, no podían permitirse enojar a Paranhos. Varela, Rodríguez y el consejero pospusieron las cuestiones territoriales para otro día.[905] A los delegados paraguayos que presenciaron sus conversaciones no se les dio oportunidad de objetar ni de expresar sus propias opiniones.

Faccionalismo

Los plenipotenciarios aliados se reunieron el 2 de junio para bosquejar protocolos que autorizaran formalmente el establecimiento de un gobierno provisorio para «acelerar la conclusión de la guerra y hacerla menos sanguinaria». Mientras se mostraban aparentemente ansiosos de conceder a los paraguayos su adecuada porción de libertad, paz y la «generosa simpatía de los gobiernos aliados», Paranhos y sus asociados insistieron en que cualquier gobierno paraguayo se comprometiera a «proceder en completa concordancia con los aliados hasta la finalización de la guerra». Prohibieron al nuevo régimen intervenir en cuestiones militares y establecer contactos no autorizados con los agentes del mariscal.[906]

Los delegados paraguayos aceptaron los protocolos aliados el 11 de junio, pero solamente después de un gran derroche de insultos entre los exiliados en la capital argentina, hombres que

ahora se agrupaban en distintas facciones. Resignados a las rencillas y acusaciones que con seguridad seguirían, los delegados se embarcaron de regreso a Asunción con amigables mensajes de Paranhos y Varela. Todos esperaban que los distintos partidos en la capital paraguaya simplemente apoyaran a los comisionados aliados.[907]

No fue fácil. El consejero retornó al norte un mes más tarde, esta vez acompañado por José Roque Pérez, un amigo personal del presidente Sarmiento que ahora actuaba como comisionado tanto argentino como oriental en Paraguay.[908] Como otros miembros de la administración de Sarmiento, Pérez dudaba de la viabilidad de un gobierno interino, pero se vio arrinconado por los acontecimientos. Varela, con quien se había reunido antes de partir, no le había ofrecido ni consejo ni consuelo. Pérez entonces convocó a los distintos grupos de exiliados paraguayos en Buenos Aires, pero ello lo convenció aún más de su incapacidad de trabajar juntos. Como Varela,

sin embargo, no encontró beneficios en demoras artificiales por mucho que los enfrentados paraguayos necesitaran tiempo para organizarse. Daba por hecho que los exiliados se inclinarían hacia los brasileños si él no se movía rápidamente.

Pérez estaba en lo correcto al cuestionar los improvisados planes para una administración provisoria. Los paraguayos solamente podían ponerse de acuerdo en puntos simples. Primero, querían un autogobierno lo más pronto posible. Segundo, rehuían tomar parte en cualquier papel que fuera más que nominal en la campaña final contra López, cuya dirección dejaban encantados al conde d'Eu. En lo que a ellos concernía, el comandante brasileño podía aplastar a los irrelevantes campesinos que todavía seguían las órdenes del déspota. Ellos —los nuevos paraguayos— preferían concentrarse en la política y en lo que en tiempos más modernos a menudo se ha denominado «construcción nacional».

Si el país saldría beneficiado era cuestionable.

Los exiliados ya se habían unido con desertores del *ancien régime* para formar varios clubes políticos mutuamente antagónicos. Estas asociaciones invocaban metas ideológicas, pero actuaban como si los resentimientos privados fueran lo más importante. Los asunceños entendieron esto desde el principio y tendieron a calificar las facciones en términos personalistas, como grupos de encumbrados hombres locales, sus familias y criados. A pesar de los lazos sociales que mantenían unidos a los grupos, sus miembros constantemente cambiaban de bando. Carecían de doctrinas y ponían las lealtades (y rencores) personales por encima de otras consideraciones. Ni siquiera estaba claro que fueran uniformemente antilopistas.[909]

Cada individuo en las listas de los clubes presumía de tener alguna participación en el poder y, con ella, el padrinazgo de Paranhos, los generales brasileños, el distante gobierno argentino o los tres al mismo tiempo. En sus pronunciamientos públicos, los aliados profesaban

poca tolerancia por las rencillas facciosas, pero ni Paranhos ni Pérez se sentían enteramente disgustados con la noción de una administración provisoria dividida. El mariscal López ya les había mostrado lo que podían hacer los paraguayos cuando trabajaban en conjunto.

Inicialmente, los brasileños favorecieron al coronel Fernando Iturburu para encabezar el nuevo gobierno. Había sido comandante de la Legión Paraguaya y un buen amigo tanto de Mitre como del imperio. La candidatura del coronel parecía natural en un hombre con reputación de saber trabajar en equipo, que gozaba de reconocimiento entre todas las facciones y cuyo prestigio provenía de antaño. Pero Iturburu tenía una veta ambiciosa y, en vez de aprovechar su momento, se involucró en un esquema para colocar la banda presidencial a Juan Andrés Gelly y Obes. Aunque el padre de este último había trabajado con Carlos Antonio López, la idea de elevar a un general argentino a la presidencia paraguaya nunca tuvo mucha oportunidad de éxito. Cuando el consejero

Paranhos escuchó de ella, concluyó que el coronel Iturburu ya no era confiable. Había buscado, a través de la intriga, mejorar su propia posición entre ciertos exiliados paraguayos, y quizás incluso entregar Paraguay a Argentina.[910] Paranhos no estaba dispuesto a tolerarlo.

Con el ocaso de la estrella de Iturburu, la forma del futuro gobierno quedaba para quien pudiera gritar más fuerte. La facción liderada por el coronel Juan Francisco Decoud y su hijo de veintiún años José Segundo había mostrado considerable energía durante la estadía de Paranhos en Argentina. Aunque el Decoud mayor no siempre podía controlar a su grupo, su clientela seguía siendo la mayor fuerza dentro de él, y José Segundo, claramente, su luz más brillante. La facción-dentro-de-la-facción que él dominaba se sintió suficientemente segura a fines de junio de 1869 para anunciar su organización formal como el Club del Pueblo. Estaba presidida (si bien no precisamente dominada) por Facundo Machaín, un abogado tres años mayor que José Segundo que

había estudiado con el famoso jurista chileno Andrés Bello.[911]

El Club del Pueblo profesaba la orientación más «liberal» entre las incipientes organizaciones políticas paraguayas.[912] Sus principales proponentes se nutrían de una mezcolanza de filosofías filtradas en un colador argentino.[913] Su visión económica reflejaba las doctrinas de *laissez faire* de Smith y Ricardo y condenaba explícitamente el mercantilismo del doctor Francia y los López.[914] Dadas sus amplias lecturas y elocuentes promesas de prosperidad futura, los decoudistas habrán parecido innovadores, pero los paraguayos que se habían hecho hombres en Buenos Aires ya habían escuchado antes el parloteo liberal. La sola retórica nunca dio a los Decoud ventaja sobre el consejero Paranhos. Tampoco podía garantizarles un dominio sin oposición sobre los actores políticos que estaban compitiendo por el poder en Paraguay.

La facción asociada a Cándido Bareiro podía alardear de una influencia similar. Comprendía

una curiosa composición de ex funcionarios lopistas (que habían pasado la guerra en Montevideo, Buenos Aires y Europa) y un número sorprendentemente grande de legionarios y exiliados liberales que no soportaban a los Decoud. Hablando estrictamente, los bareiristas conformaban una facción anterior al Club del Pueblo. Sus organizadores se habían reunido en la residencia de Fernando Iturburu a fines de marzo para establecer el Club Unión Republicana, contraparte «conservadora» de los decoudistas.[915] Las 338 firmas estampadas en el anuncio formal de la fundación de su organización sugerían un amplio respaldo, mucho mayor que el indicado por los 50 o 60 hombres asociados con sus rivales.[916] Sin embargo, muchos de los nombres que figuraban en sus filas estaban copiados de las lápidas del cementerio de La Recoleta.[917] Su membresía real probablemente era de unos 100 hombres, 74 de los cuales eran legionarios ligados a Iturburu.[918]

Entre los participantes en las reuniones del Club

Unión había hombres que siempre habían tenido las manos listas para un soborno, y por cada individuo que efectivamente había tomado dinero había tres cuyos dedos tendían hacia él. En esto se asemejaban a los decoudistas, quienes nunca se habían elevado por encima de groseros negociados. De hecho, las dos organizaciones eran similares en estructura, estilo retórico y cultura política. Ninguna se complacía de tener a Brasil o Argentina como procuradores, pero nadie veía otra alternativa que ofrecerse al mejor postor.[919]

Como ocurrió con sus organizaciones sucesoras a partir de fines del siglo diecinueve, los partidos Liberal y Colorado, el carácter de los clubes era personalista, sin importar el color de sus banderas y consignas. El papel de testaferro jugado por Machaín en el Club del Pueblo, por ejemplo, fue replicado en el Club Unión por otro intelectual veinteañero sin poder, Sotero Cayo Miltos. Como Machaín, brillaba como una figura inteligente, trabajadora y patriótica. Había estudiado en la Universidad de Bruselas con una beca del

gobierno de López. A pesar de su atractivo, sin embargo, Miltos no tenía acceso a una autoridad real, ya que su organización política, como la de la facción rival, respondía a necesidades tradicionales en las que sus diplomas europeos significaban poco.

Uno podría pensar que Cándido Bareiro había arruinado cualquier posibilidad de liderar un gobierno provisorio por sus lazos previos con López, pero el ex ministro paraguayo en París y Londres inteligentemente se congració con los aliados, e incluso el consejero Paranhos le perdonaba su pasado en el círculo lopista.[920] Si Bareiro había sido débil en sus tratos con el mariscal y ahora parecía vagamente compungido (o al menos flexible), tanto mejor para el futuro de los intereses brasileños. Bareiro podía argumentar con sinceridad que haber servido a su nación en el extranjero no era lo mismo que matar soldados aliados. Tampoco, subrayaba, tenía que asumir responsabilidad de la matanza que cometió el mariscal con su propio pueblo en Concepción.

Además, como Paranhos, Decoud y todos los otros contendientes políticos comprendían, Paraguay era un país pequeño con élites profesionales muy estrechas. La nación no podía permitirse dejar a un hombre talentoso completamente al margen, y tampoco podían hacerlo los aliados si querían gobernar eficientemente.

Paranhos y los argentinos tenían que tolerar divisiones entre sus amigos elegidos; sabían lo que querían, si bien muchos paraguayos no. Los aliados establecieron que una junta de emergencia de tres individuos ejercería autoridad ejecutiva temporalmente hasta que una asamblea constituyente determinara la estructura política permanente de la república, lo que podría tomar un año o más.

El gobierno provisorio del Paraguay tomaría así la forma de un triunvirato, en la práctica más dependiente de Paranhos que de los otros representantes aliados. A cambio de su lealtad, los triunviros podrían pedir a los aliados apoyo moral y cualquier ayuda material que los brasileños

quisieran darles. El gobierno provisorio mantendría la fachada de un cuerpo puramente paraguayo, pero siempre respondería a los intereses aliados. Por ejemplo, una previsión en los protocolos del 11 de junio prometía ingreso y egreso irrestricto de comerciantes extranjeros a Paraguay, lo que garantizaba que el contrabando que se había instituido desde enero de 1869 continuara indefinidamente.[921]

En el regateo que rodeaba la creación del régimen, las distintas facciones no nominaron a sus hombres más obvios. El Club del Pueblo nombró a Cirilo Antonio Rivarola como su candidato a presidente del triunvirato. Miembro menor de una importante familia de terratenientes de las Cordilleras, Rivarola había estudiado leyes antes de la guerra, pero sus imprudentes indiscreciones le habían acarreado constantes problemas. Se peleó públicamente con un jefe político, que lo encarceló por muchos meses.

En 1868, Rivarola fue liberado (quizás a instancias de su tío Valois) y luego reclutado en el

ejército como cabo. Peleó con coraje en Lomas Valentinas, fue capturado por los brasileños, escapó y regresó a las filas de López. Fue promovido a sargento y un tiempo después nuevamente arrestado, esta vez por ineptitud militar. Fue rescatado en mayo de 1869 por los brasileños, quienes posteriormente lo consideraron su favorito. Agradecido a sus captores (o liberadores), Rivarola dio al conde d'Eu extensa información acerca de las posiciones paraguayas en Azcurra y habló libre y elocuentemente de su odio por López y sus esperanzas para la nación.

Esta no era la reacción de la mayoría de los soldados paraguayos que caían prisioneros; incluso los exiliados que habían peleado en las filas argentinas tenían sus propias agendas y cuestiones a resolver, y estas tenían poca conexión real con la causa aliada. Quizás Rivarola podía ser moldeado con el propio estándar del imperio. Su Alteza le concedió ingreso automático entre los brasileños con un salvoconducto para viajar a y

desde Asunción.[922] Allí Rivarola tomó contacto con diferentes facciones que se lo disputaron, y aceptó el apoyo de José Segundo Decoud, quien evidentemente pensaba convertirlo en herramienta del Club del Pueblo.[923] De esta curiosa manera, Decoud designó al improbable sargento Rivarola para encabezar el gobierno provisorio.

Don Cirilo tenía una historia contradictoria. Los jefes lopistas nunca habían confiado del todo en él y sospechaban de su veta independiente, lo que sin duda explica por qué nunca consiguió un rango de oficial. Recordaban que su padre también había discutido públicamente, primero con los subdelegados del doctor Francia y luego con Carlos Antonio López, a cuyo acceso al poder el Rivarola padre se había opuesto en 1844. Los oficiales del mariscal tampoco olvidaban que el joven Rivarola había pronunciado palabras «derrotistas» en varias ocasiones. Tales acusaciones eran comúnmente dirigidas a todos los que tuvieran un apellido reconocible durante los años finales de la guerra, pero el mariscal López

no siempre creía en esos rumores. En este caso, evidentemente le complació que Cirilo hubiera escapado de Caxias, ya que lo promovió como recompensa. Pero la satisfacción del mariscal con Rivarola no duró. Cuando dos soldados heridos a su cargo se ahogaron cerca de Cerro León, el sargento fue castigado con cuarenta azotes y atado a un árbol afuera del campamento. La corte marcial pretendía enviarlo con una unidad de vanguardia para que muriera en acción, pero cuando las tropas del conde atacaron el campamento en mayo, lo liberaron. Se mostró agradecido a sus captores, que querían usarlo como un instrumento útil.[924]

El Club Unión Republicana, sin quedarse atrás de esta extraña elección de Rivarola, designó como su candidato a Félix Egusquiza, un primo del mariscal que había actuado como su agente comercial en Buenos Aires antes de la Guerra (y que había enviado cargamentos de armas a Humaitá antes de que los aliados impusieran el bloqueo del río en 1865). A pesar de su relación

familiar con López, Egusquiza había cooperado resueltamente con cuanto grupo pareciera listo a tomar el poder.[925] Los comisionados argentino y uruguayo tenían menos fe en Rivarola, a quien a menudo reprochaban una pretenciosa mediocridad, e incluso Paranhos se sentía incómodo con este hombre estimado por Decoud y el conde.

A decir verdad, los representantes aliados estaban irritados con todos los paraguayos por su terco rechazo a consensuar un candidato común.[926] Por su parte, los líderes de los dos clubes se sentían igual de molestos con los aliados por tratar de definir el carácter del patriotismo paraguayo, y todavía esperaban poder usar a Argentina contra Brasil y viceversa.

La situación requería delicadeza y, tras meditarlo, Paranhos decidió que Rivarola era la mejor opción. Aunque no estaba probado, podía ser manejable como creía Gaston. El consejero se habrá sentido inquieto al apoyar al hombre que había nominado Decoud, pero se dio cuenta de que las cosas podrían ser peores, dado que muchos

miembros del Club del Pueblo favorecían directamente a José Segundo. Paranhos se inclinó por el mal menor y anunció su preferencia por Rivarola, subrayando que esa era la voluntad inalterable del pueblo paraguayo. Al tomar esa postura, trataba de aislar a los elementos antibrasileños entre los decoudistas.

La treta no funcionó. El 21 de julio, se convocó una gran asamblea en el Teatro Nacional. Compuesta de 129 notables, la asamblea eligió a Pérez para presidirla, pero Paranhos manejaba cuidadosamente los hilos desde el costado.[927] Los procedimientos electorales, que el ministro brasileño ya había preparado en privado, fueron rápidamente aceptados. La asamblea eligió entonces a sus oficiales y a un consejo de emergencia de veintiún miembros presidido por Rivarola, con el ex teniente legionario Benigno Ferreira como secretario. Hubo encendidos debates antes de que este consejo seleccionara a cinco de sus miembros como comité electoral a cargo de nombrar a los tres triunviros. En cierto

momento, el comisionado Pérez gritó a los delegados, acusándolos de formar un grupo vergonzoso.[928]

La codicia de poder de los delegados estaba fuera de proporción con lo pequeño del poder en juego. No obstante, la reunión marchó como Paranhos lo había pensado, y era él quien en realidad importaba. Sin embargo, cuando los miembros del comité electoral se reunieron el 5 de agosto omitieron el nombre de Rivarola entre los tres hombres elegidos, presentando en cambio los de José Díaz de Bedoya, Carlos Loizaga y Juan Francisco Decoud. Este último, desde luego, fue incluido como representante de José Segundo Decoud, el aparente heredero. La situación dejó perplejo a Paranhos. Todas sus sutilezas habían sido en vano. Por lo tanto, dejó de lado las formas, levantó el dedo (aunque no la voz) e insistió en que el comité retirara el nombre del excoronel en favor de Rivarola o de alguien asociado a la facción de Iturburu.[929]

La estipulación fue concedida en favor de

Rivarola, pero solo después de una colorida y potencialmente violenta protesta. Todo se asemejaba a una ópera italiana, salvo por el hecho de que varios hombres estaban armados con revólveres. El rostro de Benigno Ferreira, de por sí rubicundo, se volvió púrpura mientras gritaba enardecido, amenazando con matar a Félix Egusquiza por conspirar contra la voluntad popular.[930] Los decoudistas luego se alejaron en masa y la reunión colapsó en lo que en gran medida ya era, un pandemonio.

Dado que las distintas facciones se rehusaban a considerar una mancomunión de objetivos (e intereses), recaía en Paranhos el papel aglutinador. En cierto momento, durante las deliberaciones, extrajo un delicado pañuelo de su bolsillo y lo pasó por su calva cabeza, limpiándose el sudor con un deliberado ademán de fastidio. Con este simple gesto señalaba que su paciencia se estaba terminando; estaba dispuesto a actuar como madrina, pero no como réferi.

Los participantes notaron su irritación y

asumieron un comportamiento más serio. Sabían todo lo que podían ganar de la cooperación de este hombre y lo mucho que podían perder oponiéndose a él. Aunque el consejero personalmente detestaba a Juan Francisco Decoud, se le acercó directamente y lo persuadió de retirar su nombre; a cambio, el coronel aceptó una serie de nombramientos para sus adherentes en posiciones secundarias en el nuevo gobierno. Rivarola aceptó rápidamente y la reunión concluyó.[931]

El triunvirato fue formalmente instalado en una ceremonia pública el 15 de agosto, día reservado a honrar a Nuestra Señora de la Asunción.[932] Era una fecha bien elegida para una renovación, pero las cosas no parecían tan propicias en el resto del país, donde nadie pensaba en política. Piribebuy acababa de caer y faltaban solo unas horas para que los niños-soldados en Ñu Guazú exhalaran sus últimos suspiros. La guerra no había terminado en el interior, donde cualquier conversación sobre el futuro resultaba horriblemente fuera de lugar.

Era como si fueran dos países separados. La instalación del gobierno provisorio fue la primera oportunidad de celebración que los asunceños habían tenido en meses. Varios políticos leyeron discursos en la Plaza 14 de Mayo y las bandas tocaron aires triunfales. Los habitantes locales, comerciantes, visitantes interesados y quizás unos cuantos espías lopistas llenaron la Catedral, donde el capellán militar argentino tomó los juramentos de los triunviros. Esto fue seguido por una inexpresiva declaración de Rivarola, que prometió cooperar con los representantes aliados. Hubo mucha pompa, mucho alboroto, muchas banderas tricolores. Las ceremonias formales terminaron con un solemne Te Deum y exclamaciones de amistad y patriotismo de Paranhos, Pérez y los triunviros en la casa de gobierno. El consejero ofreció a los dignatarios un almuerzo en la legación brasileña y el público asistió a una bastante ampulosa presentación de teatro callejero.[933]

Más allá de la fanfarria, el paso simbólico de una era despertó más sentimientos de ironía que de júbilo entre los habitantes locales, tanto notables como comunes. No había pasado mucho tiempo desde que el régimen lopista hiciera obligatoria su participación en rituales nacionales durante los cuales debían hacer contribuciones monetarias al Estado. Recordaban bien cómo las mujeres encumbradas eran forzadas en tales festividades a bailar con cabos y sargentos hasta las dos de la mañana, y cómo las «prostitutas» eran elevadas a posiciones de privilegio. ¿Sería este nuevo régimen realmente diferente?

Salvo quizás por unos cuantos tradicionalistas que apretaban los dientes con disgusto, nadie en Asunción dudaba de que López se había mostrado indigno de un pueblo valiente cuyo suicidio exigió como prueba de lealtad. Los hombres que lo reemplazaban, sin embargo, parecían sepultureros más que patriotas honestos. Los mejores entre

ellos actuaban a instancias de Paranhos. Cualquier régimen títere, desde luego, podía ofrecer más que el mariscal, pero nadie creía realmente que el consejero hubiera transformado el faccionalismo paraguayo en algo funcional. Lo que había creado no era lo que deseaban los asunceños, pero estos, si no celebraron, al menos no mostraron resistencia.

Rivarola, como jefe del nuevo triunvirato, fue retratado por un prominente decoudista como un «espíritu esplénico, devoto a las formas legales y con instintos arbitrarios y despóticos; una mezcla de bueno y maligno, de verdadero y falso [...] un hombre sin carácter».[934] Le habrá faltado carácter, junto al talento necesario para unir a las facciones, pero Rivarola tenía suficientes antecedentes liberales para hacerse atractivo. Podía jactarse de su conocimiento del derecho, algo raro en el Paraguay lopista. También merecía reconocimiento por haber hablado tempranamente a favor de la paz con los aliados cuando ello normalmente se pagaba con la ejecución. El conde

d'Eu había hecho todo lo que había podido para esculpir al descalzo sargento y convertirlo en una figura de sustancia política que pudiera tener peso entre sus compatriotas. Incluso el consejero Paranhos reconocía su potencial cuando lo comparaba con los otros candidatos, y esto era suficiente para ganarle a Rivarola una posición de preeminencia en el triunvirato.

Sus compañeros triunviros, Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya, eran notoriamente menos significativos. Ambos habían sido miembros de la Asociación Paraguaya y habían participado en los convulsionados regateos políticos en el Buenos Aires de Mitre y entrado y salido de varias facciones de exiliados a lo largo de los años. Ninguno tenía experiencia en administración gubernamental.

Alguna vez un viejo zorro y ahora ya solamente viejo, el decoudista Loizaga era un lector de poesía e historias de aventuras. Aunque había sufrido poco en comparación con Rivarola, se lo veía visiblemente fatigado por la guerra y deseaba

retirarse del escrutinio público.[935] El relleno y bien afeitado Díaz de Bedoya, de figura vagamente reminiscente de José Berges, era hermano menor de Saturnino Bedoya, el otrora comerciante que se casó con la hermana del mariscal y murió frente al pelotón de fusilamiento como un «conspirador» contra la causa nacional. Como su hermano, Díaz de Bedoya era oportunista, codicioso y poco educado, pero listo para aceptar cualquier política que indicara Paranhos. Cuando fue enviado a Buenos Aires poco después para obtener ayuda financiera para el gobierno provisorio, desapareció con los candelabros de plata de los altares de la iglesia paraguaya que el gobierno deseaba usar como garantía de préstamos.[936]

Para los asunceños que habían sobrevivido a los combates, Rivarola y sus asociados eran poco más que lacayos de los brasileños. Había otros hombres disponibles para la tarea, por supuesto, pero ninguno tenía posibilidad de éxito sin el padrinazgo aliado. José Segundo Decoud era un hombre serio y talentoso. Agudo y poderoso

polemista, era diestro en la controversia y estaba lleno de recursos personales. Pero era también un intrigante, el tipo de hombre que los curas ponen de ejemplo en las homilías para describir la vulgar ambición, «pecado que hizo caer al ángel». Agosto de 1869 todavía podía haber sido el momento de José Segundo, pero al final se vio inesperadamente apoyando a Rivarola, con la idea de manipular al sargento tras bambalinas, como ya lo habían hecho Paranhos y el conde d'Eu.

Cándido Bareiro era otra posibilidad. Como Decoud, era incuestionablemente refinado y bien educado, incluso digno en sus maneras. Tenía amplia experiencia diplomática tanto en París como en Londres y, a diferencia de los otros que se disputaban el poder en Asunción, era una personalidad conocida.[937] Aunque el mariscal López consideraría claramente sus actividades en Río, Buenos Aires y Asunción como traidoras, de hecho Bareiro se las arregló para promocionar sus propias ambiciones políticas sin denunciar el antiguo orden. Aun así, se había vuelto

incómodamente cercano a los argentinos en los meses recientes, y Varela y Pérez lo consideraban más un protegido que un aliado. Esa impresión, que transformó a Bareiro en un reflejo de Decoud, lo hizo inaceptable a los ojos brasileños.

Los paraguayos que demandaban un rápido retorno de una verdadera soberanía en el país solo podían sentir decepción. Tenían que elegir entre un títere antinacionalista u otro, o bien resignarse al regreso de López o de alguien por el estilo. No obstante, un vaso de agua vacío en sus tres cuartas partes puede también ser uno lleno hasta la cuarta parte. Los exiliados paraguayos que volvían de Buenos Aires o de otros países tenían una actitud más optimista que los que habían estado en Asunción desde la ocupación aliada. Los recién llegados consideraban estos protocolos como un comienzo razonable de la reconstrucción de un país.

Lo mismo sentían muchos de los refugiados que habían llegado a la capital desde el interior. Para esta gente, lo primero era poner un techo sobre sus

cabezas y comida en sus estómagos, algo tan real como irrelevante. Nadie les había preguntado su opinión acerca de quién debería liderar el Paraguay y nadie lo iba a hacer ahora. Los refugiados habían visto a los aliados apropiarse de todo lo que podían en saqueos. Ahora veían al nuevo gobierno apropiarse de todo lo que podían en política. Era más de lo mismo.

Mientras algunos paraguayos les dieron a los triunviros una oportunidad de reconstruir algo de lo poco que quedaba, las potencias extranjeras cuestionaron unánimemente la legitimidad del nuevo gobierno. El amigo del mariscal, el general McMahon, que estaba camino a Londres, observó con disgusto que los aliados habían buscado

> [...] colectar de todas partes del país a la gente infeliz cuyos hambre y sufrimiento les compelían a abandonar la causa nacional, con el propósito de nutrir una base para su pretendido gobierno. Esta gente [...] forma sin misericordia en las calles por días para ser exhibida ante un ejército de comerciantes, mercachifles y seguidores de campamentos que copan la ciudad ocupando las mismas casas de los desafortunados que tan públicamente exhiben.[938]

McMahon, por supuesto, todavía apoyaba al mariscal, quien en ese momento estaba apenas sosteniéndose en las Cordilleras. Pero incluso los agentes diplomáticos de estados extranjeros con nada positivo que decir de López se mostraban poco convencidos por los diseños aliados de un nuevo gobierno paraguayo. El ministro británico desechó este estado en formación como «una sombra detrás de la cual los gobiernos aliados buscarán eludir parte de sus más serias y vergonzosas responsabilidades sin desembarazarse de ningún poder material». Italianos y franceses expresaban un escepticismo similar.[939]

Tal vez de manera predecible, el mismo desdén por la opinión externa que había animado al mariscal encontró también su lugar en los corazones de los hombres que lo sucedieron. Los triunviros sabían que sus esperanzas de poder a largo plazo descansaban en su capacidad a corto plazo de sobrellevar su relación con los aliados. A

los proponentes del nuevo orden les importaba poco o nada lo que pensaran los británicos, los franceses o los italianos, independientemente de cuánto los admiraran o envidiaran y de cuán inseguros se sintieran en su presencia. Además, aunque muchos eran jóvenes educados, convencionales, que deseaban verse a sí mismos como parte de una potencial aristocracia, habían pasado solo unos meses desde que sus vecinos porteños los habían catalogado como disolutos bohemios que se daban la gran vida mientras sus compatriotas morían en el campo de batalla. Los exiliados querían ahora sacarse de encima esa reputación con una pretensión de seriedad y compromiso, sabiendo muy bien que su estatus en Paraguay nunca podría mejorar salvo a través del ejercicio de la legítima autoridad. Para obtener esto, tenían que suplantar a López en las mentes de todos los involucrados. Los padres habían preferido el exilio a la tiranía, los hijos proferían el poder al anonimato.

Ciertamente, no perdieron tiempo en hacer de

esto su prioridad. El 17 de agosto, el gobierno provisorio emitió un decreto que definía cómo el mariscal y los partidarios que le quedaban cabían dentro de la nueva política:

> El primer deber de todo paraguayo en este momento supremo es refrendar [...] la victoria de la República y de los gobiernos aliados, a quienes debemos nuestros cordiales agradecimientos, prestándoles asistencia contra el tirano López, el azote del pueblo [...A] cualquier ciudadano que continúe sirviendo al tirano, o que se niegue a asistir [...] a los ancianos, mujeres y niños forzados a morir en espantosa miseria en los montes, se lo considerará un traidor [...El Gobierno Provisional igualmente decreta] que el impío monstruo López [...] quien ha bañado a su país en sangre, [ignorando] todo dictado de ley humana y divina, excediéndose en crueldad a cualquier déspota o bárbaro mencionado en las páginas de la historia, sea de aquí en adelante declarado fuera de la ley y sea arrojado para siempre del suelo del Paraguay como asesino de su patria y enemigo del género humano.[940]

Los triunviros sentían la necesidad de hacer algo más que diferenciarse del déspota. Querían, además, demostrar que eran progresistas, liberales modernos cuyos planes expansivos no incluían ver a los últimos paraguayos sacrificarse por nada.

Eran constructores, insistían, no destructores. Lanzaron por lo tanto un manifiesto, impreso en la imprenta del ejército brasileño, que aludía al estrecho «escape del martirio» que había conseguido el pueblo paraguayo y a la necesidad de romper con las tradiciones de la tiranía, el aislamiento forzado, el espionaje entre vecinos. El Paraguay sería diferente de allí en más y, en el «Año Uno de la Libertad de la República», cada ciudadano debía hacer su parte para reorganizar el país.[941]

Las referencias al deber les sonaban vacías a los pobres refugiados que llenaban las plazas de la capital. Tenían detrás de sus ojos un recuerdo de esperanza para el Paraguay. El mariscal les había inculcado ese sentimiento, y, aunque muchos posteriormente lo detestaron por ello, en ese momento experimentaban muchos conflictos internos. Habían tenido poco para comer, pero habían tenido orgullo, o al menos un residuo de él. Los soldados brasileños que les habían dado algunas mínimas raciones de comida los

compadecían por su indigencia, pero también hallaban difícil no temerles en cierto sentido.

Como Paranhos había predicho, cuando el gobierno provisorio entró en funciones el problema de los refugiados había crecido considerablemente; *The Standard* no subestimó las dificultades que los triunviros enfrentarían al respecto:

> La ciudad está colmada por todas partes y una casa o una habitación no puede obtenerse por amor ni dinero. Hay unos 10.000 nativos, mayormente mujeres y niños, y mientras la llegada de sufrientes del interior continúa diariamente las autoridades levantan carpas para ellos en las afueras. Los aliados entregan raciones a diario para esta pobre gente hambrienta. Las palabras no pueden describir la horrible condición de los refugiados que cada tren desde Pirayú trae a la capital; parecen esqueletos vivientes y algunos de ellos son niños de diez o doce años, la mayor parte horrorosamente mutilados con balas o heridas de sable. Los extraños están completamente atónitos por la extraordinaria resistencia de estos paraguayos, que sobreviven a sufrimientos que serían fatales para los europeos.[942]

El gobierno provisorio se comprometió a llevar adelante una reorganización general a pesar de

estos abrumadores desafíos. En un estallido de nueva legislación, los triunviros nombraron a nuevos jefes políticos en pueblos abandonados por las tropas del mariscal, eliminaron tarifas y autorizaron la venta de papel sellado. Con la idea de recolectar ingresos de rentas, declararon propiedad pública el Teatro Nacional y el matadero y emitieron licencias para su explotación comercial.[943] Convencieron al ejército brasileño de almacenar yerba, tabaco y cueros en almacenes de Asunción, lo cual también podía usarse para recaudar. En una jugada obviamente inspirada por las predilecciones del conde d'Eu, abolieron formalmente la esclavitud en el país.[944]

El «liberalismo» de los hombres ligados al gobierno provisorio se expresó así no simplemente como un ataque al lopismo, sino también como la postura de una élite natural de poder en Paraguay. La ideología liberal sostiene que los gobiernos deben obtener sus poderes del consenso de los gobernados, pero, en este sentido, no había nada

de liberal en los triunviros. Podían dispensar favores, pero compartir el poder con el pueblo no formaba parte de su mentalidad. A los ciudadanos se les decía que, de ahí en adelante, el Estado los ayudaría, que ya no los explotaría y que tenían que conformarse con eso.[945] Los triunviros instalaron campos de trabajo en granjas abandonadas fuera de Trinidad para proveer de comida a la capital. También establecieron una comisión para cuidar a los inválidos y a los huérfanos. Pero prohibieron la siesta, por considerarla «perjudicial para el [espíritu] de actividad que demandaba el momento», y proscribieron el uso de la lengua guaraní en las escuelas, debido a que había sido utilizada en *Cabichuí* y *Cacique Lambaré* para propagar el nacionalismo lopista.[946]

Algunos de estos decretos y prohibiciones resultaban ridículos, otros meramente inviables. Ahora que los exiliados tenían algo semejante al poder, hicieron promesas que parecían tan vacías como las evocaciones de gloria nacional del

mariscal. Incluso la facción en el poder usaba una retórica similarmente turbulenta. El Club del Pueblo mantuvo gran visibilidad gracias a *La Regeneración*, fundado en octubre de 1869 como la primera incursión del Paraguay en el periodismo moderno. Este periódico, creado por la familia Decoud, era ávidamente leído entre los asunceños que habían llegado recientemente del exilio. Se proclamaba defensor de los derechos de los paraguayos que no tenían nada, y daba al Club del Pueblo una ventaja al marcar los parámetros de la política nacional. De hecho, aunque mostraba una comprensión fluida de las tendencias europeas, sus ataques contra las otras facciones hacen estremecer al lector de hoy.[947] Posteriormente, los bareiristas fundaron su propio periódico, *La Voz del Pueblo*, que fue igual de iracundo en su contenido.[948]

Para Paranhos, como virtual virrey del Paraguay, las promesas y los eslóganes políticos significaban poco. Se mostraba perfectamente predispuesto a alentar a los triunviros, pero

albergaba una secreta indiferencia por sus problemas.[949] Para las masas que todavía estaban peleando por un pedazo de *chipa* o un trozo de carne seca, los eslóganes no significaban nada en absoluto, ya que, a pesar de todas las palabras y todas las disputas que se escondían detrás, el gobierno provisorio tenía poco efecto sobre los paraguayos pobres, que eran los que más necesitaban un cambio en sus circunstancias inmediatas. Los triunviros no tuvieron más dedicación hacia las clases bajas de la que había tenido el mariscal. Y, a diferencia de López, las distintas facciones liberales no sentían una necesidad apremiante de movilizar al pueblo de un país para sobrevivir. El padrinazgo brasileño importaba, pero la opinión pública paraguaya no. Si la guerra continuó, no fue porque el gobierno provisorio tuviera opinión alguna sobre ello; fue porque la guerra había forjado su propia dinámica. Y mientras los cansados soldados del raído ejército paraguayo huían a los montes con el mariscal López, el acto final estaba listo para ser

interpretado.

Cualquier análisis del gobierno provisorio proporciona argumentos a los que afirman que la farsa ocupa un campo mayor en la historia que en la filosofía. Uno podría agregar a este respecto que las arcanas poses políticas en Asunción no tenían nada que ver con la guerra en el campo de batalla. Es cierto que la existencia del Paraguay como nación ya no parecía en duda, pero la sobrevivencia de los paraguayos como pueblo era otra cuestión. Aunque el debate y las rencillas políticas en la capital daban cierto color a un ambiente de otro modo deprimente, estaban solo mínimamente conectadas con lo que más importaba en los distritos del interior. Y allí, el escenario tenía decididamente más que ver con la tragedia.

Si bien la mitad oriental del Paraguay fue y es la parte más habitada de la nación, en 1869 todavía presentaba vastas extensiones de territorio no poblado y densamente boscoso. Aparte de los hombres jóvenes que habían trabajado en los

ampliamente dispersos yerbales de la región, pocos en el país podían decir algo acerca de estas áreas. Eran precisamente esos distritos los que el mariscal López tenía que atravesar en su fuga de las fuerzas enemigas. Casi por primera vez en la guerra, él sabía tan poco del terreno como los aliados, y, dada su gran superioridad en fuerza, ellos tenían toda la ventaja.

El desastre se acercaba a la retaguardia del mariscal. El 17 de agosto, las dos enormes columnas del ejército aliado finalmente se unieron en las serranías entre Caacupé y Ñu Guazú. Estas unidades, que incluían el primero y segundo cuerpos brasileños y las fuerzas argentinas de Emilio Mitre, habían permanecido a cierta distancia unas de otras por más de un mes, como parte de la estrategia del conde de atrapar al enemigo en un movimiento de tenaza. Aunque habían tenido muchas bajas en el esfuerzo, la estrategia general de Gaston había resultado exitosa. Hasta allí, brasileños y argentinos habían triunfado en pequeños enfrentamientos a lo largo

de las orillas sureñas del Ypacaraí, en Tobatí, Pirayú, Cerro León, Valenzuela e Ybytymí, junto con dos victorias dramáticas en Piribebuy y Ñu Guazú.

Desafortunadamente para el conde, estas victorias no habían compelido al mariscal a rendirse, y la tenaza había dejado a algunas unidades al noreste fuera del círculo. Era, por lo tanto, urgente para las tropas aliadas moverse rápidamente sobre Caraguatay, la última comunidad de cierta importancia en muchos kilómetros. Suspendida sobre la cima de un abanico semicircular de cerros y bordeada en uno de sus lados por un pastizal y en el otro por pantanos, Caraguatay era un buen sitio para la defensa.[950] Los aliados presumían que probablemente sería el bastión final de los paraguayos.

Su Alteza había quebrado al ejército paraguayo durante la Batalla de los Niños, pero necesitaba terminar el trabajo o enfrentar la posibilidad de que López escapara de nuevo, dejando a sus

hombres dispersos en bandas de asaltantes que pudieran mantener indefinidamente una resistencia de guerrilla. Un ejército paraguayo así reducido sería incapaz de suponer una amenaza para la ocupación aliada, pero podía ser suficientemente fuerte para continuar la violencia, sin dejar lugar seguro en el interior.

Caraguatay llamaba y el conde no tenía tiempo que perder. Necesitaba encontrar una ruta a través de los bosques por la cual la fuerza aliada pudiera flanquear a los paraguayos y aniquilarlos. Por lo tanto, despachó sus tropas disponibles —cerca de 17.000 en número— en tres grandes columnas hacia el pueblo.[951] Las acompañó en su avance, esperando ansiosamente noticias de contacto con el enemigo. Exploradores reportaron que cientos de refugiados hambrientos se aproximaban por los senderos, pero que no había señales del mariscal.

Si bien sabemos que Gaston se sentía tenso y ávido de concluir la lucha, ninguna descripción comparable ha salido a luz sobre el mariscal. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para

ordenar a Caballero preparar una superficial línea de trincheras en Caraguatay, pero las tropas dejadas para organizar la resistencia no podían demorar al enemigo. Cuando el general Victorino asaltó la posición el 18, descubrió a unos 2.000 niños bajo el mando del coronel Pedro Hermosa. No estaban bien atrincherados (no habían tenido tiempo para las preparaciones), pero asumieron, no obstante, la familiar dureza y se dispusieron a sostener la línea.[952]

Pero sus corazones ya no tenían la misma resolución. La moral paraguaya se había deteriorado sensiblemente en las 24 horas que siguieron a Ñu Guazú y nadie sentía el espíritu de lucha que tanto había impresionado a sus enemigos. De hecho, el enfrentamiento que siguió, a veces apodado «batalla» de Caaguy-yurú, no merecería tal apelativo, ya que fue solo una escaramuza, rápida y decisivamente concluida. Hermosa no tenía oportunidad de contrarrestar a los aliados con improvisaciones y tampoco tuvo golpes de suerte. Aunque los campos estaban

cubiertos por una espesa neblina, los brasileños descubrieron las disposiciones del enemigo, mientras sus adversarios esta vez no sabían ni la fuerza de las unidades aliadas ni la dirección de su aproximación.

Siete batallones brasileños atacaron a los paraguayos a media mañana. La neblina oscurecía su avance, pero igual bombardearon las trincheras mientras Hermosa disparaba sus doce cañones, cuyas balas en su mayoría pasaron por encima de las cabezas de los brasileños. Un batallón de reserva de *voluntários* se abrió paso entre los arbustos desde el oeste y ayudó a la infantería a envolver la posición enemiga.

Las pérdidas paraguayas fueron altas. El bando aliado también sufrió pérdidas importantes, si bien los números siguen siendo vagos. El fuego brasileño inutilizó algunos de los cañones paraguayos, aunque Taunay registró que los aliados capturaron las 12 piezas intactas. En términos de bajas, el coronel Hermosa tuvo 260 muertos y 400 prisioneros. Otros 1.300

paraguayos, incluyendo al propio Hermosa, consiguieron escapar por el monte.[953] Los aliados anotaron 13 muertos y 143 heridos, pero la cifra real probablemente duplicó ese número.[954]

En medio de la oscuridad del encuentro, la venganza de los brasileños era lo suficientemente clara. En las horas previas al amanecer, antes del combate, dos de sus soldados, que guiaban un rebaño de mulas, se habían topado accidentalmente con la posición paraguaya. Llevaban uniformes nuevos para las tropas aliadas y habían tenido problemas en hacer avanzar a sus animales entre los bosques, por lo que no habían notado a los centinelas enemigos. Ambos resultaron muertos.

Los hombres del mariscal se desilusionaron al no encontrar comida en la carga, y, como ya no tenían tampoco vestimentas, se llevaron tanto los uniformes que transportaban las mulas como los usados por los soldados muertos.[955] Cuando las principales unidades brasileñas hallaron los cuerpos desnudos poco después, se imaginaron

que sus camaradas habían soportado un trato terrible. Entre los piqueteros brasileños corrió el rumor de que los dos hombres habían sido colgados de los árboles y dejados asarse al sol, con sus cuerpos llenos de signos de tortura.[956]

Parece improbable que estos dos soldados hubieran sido maltratado de esa manera, ya que ningún defensor paraguayo habría tenido tiempo de cometer tales atrocidades aunque lo hubiese querido. Pero el general Victorino pretendía hacerles pagar a los paraguayos en especie. Hizo degollar a dieciocho oficiales enemigos, uno de ellos en presencia de su joven hijo, que rogó en vano por la vida de su padre. Esta brutalidad terminó asqueando a los oficiales brasileños, que se dispusieron a movilizarse cuanto antes hacia Caraguatay y dejar ese lugar atrás.

Llegaron al pueblo al final de la tarde. Ofrecía una imagen triste. La alguna vez pujante comunidad ahora consistía en una serie de casas vacías, campos sin cultivar, sin ningún ganado, ni siquiera gallinas. Una población de mujeres miserables

todavía vivía en Caraguatay y al anochecer un grupo de muchachas, más curiosas que temerosas, se animó a acercarse. Preguntaron en un mal español sin la banda militar argentina tocaría temas para bailar.[957] López había desaparecido, lo que no sorprendió a nadie.[958]

Mientras las tropas aliadas exploraban el deprimente pueblo recién conquistado, presumían que el mariscal se había ido a San Estanislao de Kostka, una aldea muchos kilómetros al norte que los paraguayos suelen llamar Santaní. Hoy es una ciudad vigorosa con mucha gente joven y activa vida nocturna, pero en 1869 era una comunidad muy aislada. Llegar allí requería una larga marcha por un territorio poco conocido. El alto mando estaba planeando su siguiente movimiento para avanzar hasta ese lugar cuando llegaron noticias de la perdida flota paraguaya. El mariscal había ordenado en enero su retirada hacia el interior a través del río Manduvirá.

Informada de ello, la flota imperial intentó seguir lo que quedaba de su contraparte en abril, pero no pudieron continuar, ya que en la confluencia del río con un importante arroyo, el Yhaguy, los soldados enemigos habían hundido carretas, troncos, parte de los esqueletos del

Paraguari y otros restos de madera para bloquear el paso.[959] Contentándose con la certeza de que los paraguayos ya no podrían usar los barcos que ellos mismos habían llevado a un callejón sin salida, el comodoro Delphim retornó a Asunción para un muy necesitado descanso. A diferencia del conde d'Eu, el comodoro podía sentirse confiado con la idea de que la guerra había más o menos terminado en lo que a la armada concernía.[960]

Fuertes lluvias habían caído durante los meses previos y esto permitió a la flota paraguaya navegar río arriba hasta los aislados distritos raramente alcanzados por buques. Los seis barcos —*Apa, Anhambaí, Salto del Guairá, Yporá, Paraná y Pirabebé*— se abrieron camino por el estrecho canal y después de mucho trabajo llegaron a un punto a pocos kilómetros de Caraguatay. No tenían manera de seguir, por lo que los oficiales navales soltaron anclas y aguardaron instrucciones, que solo llegaron después de la caída de Piribebuy.

Para entonces, el agua había bajado y, si bien la

pequeña flota permaneció segura, los tripulantes renunciaron a cualquier intento de alcanzar el canal principal del Paraguay. Maniobrar los barcos por el lecho del Yhaguy era igualmente imposible, por lo que los marineros se ocuparon de remover los cañones y enviárselos al mariscal López. Esto los dejó solo con mosquetes para defender el sitio. La guerra se desplazaba en su dirección y tuvieron que hundir los buques sobre los cuales habían vivido y peleado por cinco años. Delphim (y Tamandaré) habría simpatizado con sus emociones, ya que para un marino hacer eso era como ahogar a un miembro amado de la familia con una enfermedad terminal.

No tenían tiempo que perder. Dos días después de Ñu Guazú, una caballería al mando del general Correia da Câmara se acercó hasta los bosques que separaban el sitio de Caraguatay. Era otra mañana con neblina y los marinos tuvieron poca oportunidad de preparar una defensa. Habían oído los disparos de rifle provenientes de la aldea la tarde anterior, por lo que no les sorprendió lo que

ocurrió después. La mayoría de los marineros rápidamente se reunió en una posición de avanzada a un kilómetro frente a sus barcos y recibieron a los brasileños con disparos de rifle, pero su resistencia solo pudo durar unos minutos, después de los cuales huyeron a los montes del este, donde esperaban unirse a Caballero en su retirada de Caraguatay.

Mientras tanto, sus camaradas hicieron estallar las máquinas de los barcos en pedazos, dejándolos inutilizados.[961] El Yhaguy era muy superficial como para permitir su total inundación, por lo que quedaron a la vista calderas, mástiles y toda clase de restos navales. Los esqueletos pronto se herrumbraron y las malezas del tiempo los cubrieron. Pasaron los años y los alguna vez orgullosos buques de la armada del mariscal se confundieron con el verde barroso del arroyo y proporcionaron a los ocasionales visitantes de ese aislado lugar una base para la cacería.

Persecución

Mientras los ingenieros brasileños inspeccionaban la deshecha flota, su comandante trataba de adivinar a dónde se dirigían las principales columnas paraguayas. Resultó que el general Caballero, que se hizo cargo de la retaguardia, había logrado llegar a los distritos yerbateros varios kilómetros al norte. Unos cuantos hombres en sus unidades habían trabajado en los yerbales en esas remotas localidades y ahora ayudaban a guiar a sus compañeros a través del monte, un esfuerzo que suponía más desafíos e incomodidades de los que los paraguayos habían experimentado hasta entonces. Caballero nunca se sintió seguro en el follaje y continuó presionando a sus hombres para avanzar en una serie de marchas forzadas durante las cuales nadie tenía nada que comer, excepto un poco de charque. Finalmente llegó a Arroyo Hondo, a corta distancia de una de las estancias que habían pertenecido a Benigno López. Los soldados prepararon una cabaña para

la familia del mariscal, pero no pudieron ocuparse de la tarea por mucho tiempo debido a que unidades de caballería aliada se acercaban rápidamente.[962]

El 20 de agosto, sin haber todavía llegado a Santaní, la columna del general Caballero fue alcanzada por jinetes aliados que salieron de los espesos bosques con el sol a sus espaldas. Mientras esperaban que se les unieran otras unidades para reforzarlos, un coronel argentino envió una demanda de rendición bajo bandera de tregua. Ni el mariscal ni Caballero ni los oficiales de infantería aceptaron parlamentar inicialmente, aun cuando el enemigo amenazaba con disparar a discreción.

Luego los paraguayos lo pensaron de nuevo. Esperando ganar tiempo para establecer un reducto a lo largo del arroyo, formaron un equipo de negociadores para hablar con los aliados. El mariscal sugirió una treta consistente en que el coronel Centurión, como cabeza del equipo, blandiera su arma y tomara como prisioneros a los

representantes enemigos a punta de pistola. Afortunadamente para el coronel, quien no estaba muy entusiasmado con la idea, el mariscal pronto la dejó de lado por impracticable.[963] De hecho, ninguna defensa en el Hondo tenía oportunidad de prosperar.

Al día siguiente, los aliados barrieron fácilmente la posición, subyugando a las tropas paraguayas después de un combate de media hora. El mariscal López, como siempre, escapó. Lo mismo hizo Caballero.[964] Muchos de los soldados que los acompañaban no tuvieron la misma suerte. Entre 400 y 500 paraguayos quedaron muertos o heridos en el campo o hundidos a medias en el fangoso arroyo. A pesar de la amenaza de no tomar prisioneros, los aliados se ocuparon de los heridos y posteriormente enviaron a muchos cautivos en dirección a Pirayú.[965] Los brasileños también se apropiaron de cinco pequeños cañones, algunas provisiones y una caravana entera de carretas de bueyes, varias de las cuales llevaban el equipaje personal de

Madame Lynch y del exfiscal José Falcón.[966] Por su parte, los aliados perdieron a 14 hombres muertos y 7 heridos, uno de los cuales era el mismo coronel argentino que había tratado de ofrecer a los paraguayos una salida honorable.[967]

El 23, el mariscal finalmente arribó a San Estanislao, donde esperaba encontrar un refugio duradero como el de Itá Ybaté y Azcurra. Era una aldea minúscula, poco más que un claro en el monte, con muy pocas comodidades para sus hombres. Los soldados, que ya no eran jóvenes pese a su tierna edad, montaron calladamente el campamento dentro de un huerto de naranjos. Una persona racional juzgaría el sitio como un Gólgota antes que como un Getsemaní, ya que, si bien Santaní era un lugar de descanso después de tantas marchas, no ofrecía nada parecido a una esperanza real. La moral del ejército siempre estuvo baja y, debido a las deserciones y a las recientes escaramuzas, los recursos humanos disponibles habían declinado dramáticamente.

Pese a todo, para usar un término moderno, el mariscal López todavía vivía en un estado de negación. Se sentía relativamente contento —y, ciertamente, desafiante— en este nuevo ambiente. En Humaitá y Lomas Valentinas, cuando las cosas se presentaban más oscuras para su pueblo, su mundo de hecho parecía mejorar. Siempre se animaba en momentos de dificultad, ya que se imaginaba que tales desafíos eran el preludio de algo mejor.

El mariscal todavía podía mirar a su ejército y considerarlo una fuerza cohesionada. Las tropas habían hecho el trayecto desde Caraguatay con facilidad y ahora esperaba que la persecución aliada se estancara como había ocurrido antes en tantas ocasiones. Un revés siempre precedía a una pausa, lo que le había dado en el pasado tiempo para construir nuevas defensas y lanzar nuevas campañas.[968] Dios haría que lo mismo ocurriera en esta oportunidad.

El optimismo del mariscal podía traerle cierto sosiego o gratificación personal, pero era

claramente ilusorio. Los paraguayos no contaban con ningún apoyo y, en ausencia de tropas frescas y provisiones, cualquier operación militar estaba destinada al fracaso.

López, sin embargo, todavía creía en la ineptitud de sus enemigos. Nunca había dejado de despreciar a los *kamba* como soldados y, desde la caída de Asunción, había malinterpretado repetidas veces las maniobras aliadas. Subestimaba los recursos y la resolución de sus oponentes y seguía tratando de aplicar al nuevo estado de cosas las lecciones aprendidas cuando su ejército era todavía joven. Por ejemplo, aunque el conde d'Eu había obtenido resonantes éxitos en Piribebuy y Ñu Guazú, López creía que las victorias aliadas no podían continuar y que las unidades enemigas se atascarían en el terreno cuando entraran más profundamente en el Paraguay oriental. Al mismo tiempo, juzgaba mal los recientes acontecimientos políticos, pensando que los brasileños ya no podrían confiar en los argentinos del general Mitre o en esa caterva de

traidores que operaban en Asunción. Todos estos supuestos colaboradores al final dejarían a Gaston a merced de un destino miserable en la selva.

El mariscal creía que tenía tiempo para juntar provisiones. Envió patrullas para reconocer el territorio al oeste de Concepción, con la misión de confiscar toda cabeza de ganado que se hubiera salvado de las anteriores redadas. Estas patrullas consistían en veinte o treinta hombres liderados por un oficial y seguidos por una carreta para colectar todos los víveres que pudieran. Esto implicaba no solo tomar mandioca almacenada, sino también cortar las raíces que hubiera en el campo. El oficial sabía la ruta que debía seguir la principal columna paraguaya y debía reunirse con ella al anochecer o a veces al día siguiente, mientras que los nuevos suministros debían ser enviados a San Estanislao.

Mientras tanto, el mariscal López promovió a media docena de oficiales a altos rangos. Igualmente, recompensó a varios capellanes (incluido el padre Maíz) con la Orden Nacional

del Mérito.[969] Y designó a San Isidro de Curuguaty, un pueblo aún más al norte, como la nueva capital provisional, enviando a Francisco Sánchez de antemano a prepararla con los funcionarios locales para la llegada del ejército. El vicepresidente llevó instrucciones de cultivar maíz y otros alimentos en los campos comunales.[970] Claramente, el mariscal esperaba hacer de nuevo la guerra a corto plazo. En esta cuestión se mantenía firme, rehusándose a aceptar ninguna objeción. Ni sus oficiales ni sus funcionarios civiles, ni siquiera Madame Lynch, trataron de convencerlo de otra cosa. Todo seguía su curso en un torrente irresistible y nadie se atrevía a desafiar lo inevitable.

El conde d'Eu podía parecer un muchacho, pero actuó como un experimentado comandante en Caraguatay. Mientras todavía estaba organizándose, recibió una visita de José Díaz de Bedoya, quien le trajo noticias del establecimiento del gobierno provisional y la disposición de los triunviros a colaborar en todo lo provisorio.[971]

Gaston, desde luego, tenía menos interés en estas cuestiones políticas aparentemente distantes que en la terminación de la vieja campaña, que temía, de otro modo, que pudiera degenerar en una anarquía rural.

Nada había sucedido hasta el momento. En circunstancias normales, siempre que un ejército demuestra a un enemigo que no tiene escapatoria, este se rinde como consecuencia natural. Pero aunque los triunfos del conde en la Cordillera habían dejado establecida su supremacía, el mariscal todavía se resistía a dar el brazo a torcer. ¿Tendría que eliminar a todos los paraguayos restantes? O quizás debería declarar la victoria e irse a casa (como Caxias había hecho), dejando que el mariscal fuera liquidado por los triunviros.

La incertidumbre carcomía emocionalmente Gaston tanto como a López. El sentido común sugería que el mariscal jamás podría montar otro ataque, ni siquiera organizar una acción de resistencia. Los aliados debían perseguir a los rezagados enemigos, nada más. Cada día llegaban

más pruebas de la desintegración paraguaya. Los refugiados que se apiñaban en los caminos a Asunción no solo eran mujeres y niños, sino también desertores desnutridos del ejército paraguayo. Primero llegaron de uno en uno, luego en grupos de diez o más y ahora, supuestamente, por cientos.

Esto debía tranquilizar al conde, pero él no se sentía a gusto en el papel de un policía persiguiendo a una pandilla de bandidos desahuciados. Tenía poca paciencia para hacer la guerra de esta manera ignominiosa y fatigosa y estaba molesto por el poco apoyo material que le había proporcionado Rio de Janeiro. Despachó numerosas cartas al ministro de Guerra pidiéndole retirar al grueso de sus tropas, que estaban terriblemente fatigadas y cuya presencia parecía superflua.[972]

Mientras esperaba alguna respuesta concreta (un rechazo que, predeciblemente, tardaría en llegar), el conde se ocupó de la interminable cuestión de los suministros. El 22 de agosto, sus unidades de

vanguardia perdieron contacto con las fuerzas en retirada de Caballero. Dado que el número de animales maltrechos en la caballería aliada impedía cualquier persecución inmediata en la selva, renuentemente ordenó a los soldados regresar a Caraguatay.[973] Allí se unieron a las unidades de caballería argentina, la infantería brasileña y unos 500 prisioneros paraguayos que habían abandonado el ejército del mariscal las dos semanas previas.

Todos estos hombres consumían las existencias disponibles de una manera para la que el conde no podía estar preparado. Las demandas logísticas de los ejércitos aliados, debemos recordar, habían siempre sido mayores que las de los paraguayos. La guerra se había peleado principalmente en suelo paraguayo, donde el mariscal gozaba de las ventajas de las líneas interiores. Los ejércitos aliados invasores, en contraste, tenían que depender de largas líneas de suministros, transporte fluvial y el despacho de trenes de carretas por un territorio no familiar. Hacer que

este sistema funcionara ya había sido difícil para Caxias, quien supuestamente contaba con toda la cooperación del ministro imperial de Guerra (y de Urquiza como proveedor de caballos y ganado). Para el conde d'Eu, quien se enfrentaba a un gobierno imperial ansioso de declarar el fin de la guerra, era casi imposible.

Obtener el número de caballos adecuado para permitir una persecución lograda seguía siendo un problema de lo más complicado, como lo había sido para Caxias y Mitre. Gaston había incluso escuchado rumores de que los argentinos habían resuelto parte de sus propias dificultades de abastecimiento con incursiones nocturnas en los corrales brasileños. Verdadero o falso, lo cierto es que la ausencia de monturas era claramente un dolor de cabeza para el conde y que no le permitía acabar con López.[974]

Luego estaban las provisiones. Napoleón había siempre insistido en que los ejércitos vivieran de la tierra que ocupaban, teniendo así más libertad de maniobra e independencia de las columnas de

abastecimiento. El conde d'Eu no podía permitirse tal táctica, ya que el enemigo había desnudado todo el interior paraguayo. Las tropas de Gaston tenían que partir sus raciones a la mitad y, por el momento, no podían obtener más que corazones de palma y charque.[975] Los contratos con Lanús y otros proveedores habían concluido y Gaston no podía pensar en una solución inmediata, por lo que no le quedó más opción que decirles a sus hombres que buscaran comida allí donde él sabía que no había nada.[976]

El conde estaba furioso y cada vez más cerca de la depresión nerviosa y el agotamiento. Era presionado simultáneamente por Paranhos y por otros que no tenían la menor idea de lo que era el frente, pero que insistían en una pronta e inequívoca victoria.[977] No podía expresar su indignación, ya que necesitaba su apoyo. Pero le era difícil mostrar paciencia. El corresponsal de *The Standard* demostró simpatía por su dilema:

> Los aliados parecen haber llegado a un alto [...] después de varios

> intentos infructuosos de pasar a través de ciénagas y laberintos de malezas. No obstante, creemos que el conde d'Eu realmente desea avanzar [...] y quizás encontrará una manera de seguir a López. Mientras tanto, supimos que el Príncipe ha enviado [a Asunción] por más caballos, como si anticipara una larga y tediosa campaña frente a él. En un mes comenzará el clima caliente [...] los brasileños están ahora tan lejos en el interior que se rumorea que sobreviven con medias raciones [...] López depende en gran medida de su conocimiento de todas las dificultades [...] en la Cordillera [*sic*] [... con lo que espera] cansar a los aliados en una tediosa y difícil guerra de guerrillas.[978]

Tal vez el mariscal pretendía eso, pero estaba claramente más allá de sus limitados medios. Si las tropas del otro lado estaban hambrientas, las privaciones de las huestes paraguayas no pueden siquiera imaginarse. Quedaba poca energía en unos soldados que debían vivir con diminutas raciones de carne seca, algo de maíz, cardos comestibles y naranjas agrias (que al menos prevenían el escorbuto).

Pero aun en esta extrema penuria, el mariscal exigía lealtad y más sacrificios. Los líderes aliados seguían convencidos de que López en algún momento giraría al oeste, hacia Bolivia, y

abandonaría a sus sufridos soldados a las vicisitudes de la selva. Incluso a esas alturas seguían sin conocer a su enemigo.[979] López no tenía intenciones de dejar Paraguay.

Capítulo 11

El final

La estadía del mariscal en San Estanislao fue breve, pero lo suficientemente larga como para sacar a luz otro «complot». En algún lugar al norte de Caraguatay una patrulla interceptó a dos hombres y una mujer paraguayos huyendo a los distritos del sur. Uno de los hombres escapó poco después de su captura, mientras el otro murió en la reyerta. Los tres eran probablemente espías aliados. Cuando fue llevada ante López en Santaní, la mujer se azoró y el mariscal inmediatamente perdió la compostura que había mostrado los días

anteriores.[980] La detenida, con el rostro pálido y la voz cansada y atonal, intentaba responder a las preguntas que le hacían. Explicó que había estado deambulando durante días después de que unos salteadores aliados atacaran Yhú, donde el gobierno lopista tenía prisioneras a muchas mujeres. Se escabulló durante la confusión y los dos hombres se le unieron después. López la consideró una mentirosa manifiesta y ordenó a Caminos golpearla hasta sacarle toda posible información. Pronto confesó que su compañero trabajaba para los aliados y había llegado a un acuerdo con un alférez de la escolta de López para sumarse a esa unidad y matar al mariscal cuando se presentara el momento oportuno.

Enfurecido, López ordenó traer al alférez, de apellido Aquino, quien al principio negó todo conocimiento del complot, pero, después de sufrir el cepo, terminó denunciando a todos. Ochenta y seis soldados fueron ejecutados, junto con 16 oficiales. Fueron incluidos el comandante de la escolta y su segundo, quienes murieron no por

haber participado en la conspiración, sino por no haberla descubierto. Todos fueron azotados casi hasta la muerte y solo después fusilados.[981]

Si el ejército del conde no había sembrado suficiente miedo en las filas paraguayas, las acciones de López en San Estanislao ciertamente lo hicieron. Los soldados de los regimientos de escolta Acá Verá y Acá Carayá habían siempre constituido una clase aparte, enfocada en su responsabilidad, entrenada para la adversidad y totalmente obediente a los caprichos del mariscal y a su sentido de la causa nacional. Alguna vez habían lucido tan impecables con sus pulidos cascos, sus uniformes escarlata y sus botas altas de cuero que al mariscal podían recordarle las galas de París y sus primeros días con Madame Lynch. Solamente quedaban treinta y cuatro, más aprensivos que nunca, ya que percibían lo tenue de la diferencia entre sus actitudes y las de sus camaradas que acababan de ser ejecutados.

Estos soldados simples, cuya devoción y lealtad permanecieron sólidas como rocas durante los

peores momentos, no eran miembros de la «pérfida» élite paraguaya, pese a lo cual tampoco pudieron sustraerse al peligro en medio de la desintegración del Paraguay. El mariscal presenció personalmente todas las ejecuciones que había ordenado, algo que nunca había hecho antes. Observó las balas que impactaban en esos muchachos campesinos y contempló sus cadáveres uno por uno.

Quizás presenciar esto fue una catarsis, pero su saña no terminó allí. Cualquier atisbo de disensión ahora llevaba al mariscal al furor y lo hacía imaginar villanos por todas partes. Gritaba que había defendido la patria en todas las instancias y que, a pesar de sus sacrificios, ciertos paraguayos se volvían contra él. La muerte era demasiado buena para estos escorpiones, vociferaba. Los que escuchaban sus arrebatos rezaban para que se calmara y se retirara, pero cada vez se mostraba más alterado.

En una ocasión, su propia acritud lo dejó humillado y avergonzado. Acusado de derrotismo,

un teniente de apellido Casco estaba siendo azotado hasta la muerte en presencia del mariscal. Antes de caer inconsciente, el hombre alzó la voz penosamente. «Nunca olvide, señor», alcanzó a decir, «que hay un Dios a quien debemos enfrentar en el Día del Juicio Final, e incluso Su Excelencia podría pronto ser llamado a rendir cuentas por sus actos de injusticia».[982] López tembló ante la referencia al Todopoderoso y corrió a la pequeña capilla para rezar durante varias horas.

A fines de agosto, un grupo de exploradores paraguayos llegó con la noticia de que el conde había despachado una gran fuerza por el río Paraguay hasta un punto cercano a Concepción, donde los aliados organizaron dos nuevas columnas, mayormente de caballería. Obviamente, estaban planeando asaltar San Estanislao desde el oeste justo en el momento en que el conde había pospuesto su persecución desde el sur.[983] López no tenía idea del número de tropas en esta maniobra (había al menos 6.000 en Concepción y 5.000 en Rosario).[984] El rumor de que el

general Correia da Câmara encabezaba una columna y el general Victorino la otra no ayudaba a tranquilizarlo, ya que ambos eran comandantes combativos cuyos hombres estaban armados con la versátil carabina Spencer.[985] Una vez más, López ordenó a sus tropas levantar el campamento y retirarse hacia Curuguaty e Ygatimí.

El mariscal dejó una pequeña fuerza en la retaguardia para «guarnecer» a las poblaciones civiles que permanecían en el oeste y, más probablemente, para hacer una ronda final de arreo de ganado. Sorprendentemente, los soldados paraguayos localizaron 1.500 cabezas, pero las tropas que las trasladaban fueron interceptadas por los aliados antes de que los rebaños llegaran a Curuguaty. Los animales fueron enviados al sur para abastecer a las huestes del príncipe Gaston.

El ejército del mariscal cruzó el río Manduvirá la segunda semana de septiembre. Consistía en una fuerza débil y desmoralizada, ni siquiera verosímil ya en su apariencia militar. Los soldados probablemente eran en esa época los únicos del

lado paraguayo que todavía contaban con provisiones regulares, por básicas que fueran, pero otras preocupaciones los perturbaban constantemente. A cada paso que daban en su retirada debían mirar por encima del hombro para cuidarse, no de sus perseguidores brasileños (quienes todavía estaban bastante distantes), sino los unos de los otros. El viejo espíritu de cuerpo se había desvanecido, minado por la desconfianza y la angustia. Soldados que se conocían desde Corumbá y Estero Bellaco reprimían entre ellos sus palabras y no se quejaban de nada, aun cuando sus pies ulcerados hacían la marcha muy penosa.[986]

Se adentraron en las secciones más playas del Aguaracaty, una llanura semiinundada de varios miles de hectáreas, el mejor lugar para moverse subrepticiamente hacia el nordeste. La ruta era pantanosa, desconocida y aparentemente interminable. En cierto momento la columna hizo un alto por seis días, lo que posibilitó que algunos de los hombres que habían huido de Caaguy-yurú y

del lugar de la inmolación de la flota se les pudieran unir. Un grupo de sus camaradas se perdió y estuvo girando en círculos hasta finalmente rendirse a los brasileños. Tuvieron suerte de caer prisioneros, ya que las tropas que retornaron nunca habían visto al mariscal tan ofuscado.

López entendía la desesperación de su posición. Había dormido poco y bebido mucho, lo que hacía que su desconfianza hacia todos a su alrededor llegara a extremos sin precedentes. Acusaba a todos, no perdonaba a nadie. Reinstauró los viejos tribunales a cargo de Maíz y los otros fiscales, quienes temían tanto por sus propias vidas que actuaron con un ardor incluso mayor que el que habían mostrado en San Fernando. Percibían que el mariscal necesitaba más traidores para ejecutar, como un vicioso que necesita más y más opio.

Los fiscales creían que el terror había estado justificado en 1868 como un medio de restaurar la disciplina. Pero ¿cómo tales métodos podían justificarse ahora en semejantes circunstancias?

Cientos de hombres fueron interrogados y casi todos ellos soportaron el látigo hasta que sus espaldas quedaron convertidas en algo no reconocible como carne humana. Otros sesenta individuos cayeron víctimas de las lanzas de los ejecutores, entre ellos el alférez Aquino, quien tontamente presumió que por su confesión anterior podría ser absuelto.[987]

Mientras tanto, hubo varios enfrentamientos menores entre exploradores aliados y tropas paraguayas que cubrían el oeste de Curuguaty durante la tercera semana de septiembre.[988] Los combates habían sido esporádicos y a menudo resultaban de encuentros accidentales antes que de diseños tácticos. Luego, el 20 de septiembre, unidades brasileñas de Concepción golpearon la retaguardia paraguaya y forzaron a los hombres del mariscal a abandonar tanto el campo de batalla como a los refugiados civiles. Esto abrió el camino a San Joaquín, otra diminuta aldea fundada por los jesuitas a fines de los 1740 como una misión para los indios mbayá. La gente de esa

pequeña comunidad no tenía posibilidad de rechazar el ataque aliado y no lo intentó. San Joaquín cayó inmediatamente.[989]

VÍA CRUCIS: LOS PRIMEROS PASOS

Curuguaty era supuestamente un paraíso de seguridad. Los hombres que le quedaban a López —unos 2.000 soldados exhaustos— habían escoltado a una gran multitud de civiles desplazados a ese pueblo. Mujeres, niños y ancianos arrastrándose, sin ayuda, con poca comida y ninguna esperanza, y pese a todo esenciales para la letárgica afirmación del mariscal de que todavía representaba a la nación paraguaya antes que a una banda de descalabrados adolescentes. La malnutrición hacía imposible para las madres alimentar a sus bebés, quienes estaban tan débiles que no podían ni llorar. Todos los refugiados vestían el mismo atuendo de pobreza y desazón. En cada rostro se notaba la desesperación, y cuando alguien se caía por debilidad al costado del camino, sus compañeros carecían de energía para ayudarlo.

La religión les había fallado a estas personas. El nacionalismo también. Los sueños de gloria,

por fabricados que hubieran estado en 1864, habían sostenido a soldados y civiles. Ahora no eran más que pesadillas. Los paraguayos ya no contaban con ningún ideal ni disciplina ni parámetros para un intercambio apropiado entre seres humanos. Los viejos no dudaban en robar un trozo de mandioca de la boca de un niño. Había soldados que violaban a las mujeres a su cargo sin temor al castigo. A veces las compensaban con una ración de maíz seco, y muchas veces con nada. No sorprende que los paraguayos comenzaran a ver su retirada como un *vía crucis*. En las estaciones del Salvador en su ruta al calvario, el pueblo no veía una agonía mayor que la suya.

Las mujeres estaban divididas en dos grupos: «residentas» y «destinadas». Entre las primeras había miembros de familias que se mantuvieron fieles a la causa del mariscal después de que los aliados tomaron Asunción, y a quienes Luis Caminos había evacuado a los distritos cordilleranos para servir como trabajadoras. Aunque poco recompensadas por sembrar y

cosechar en Azcurra, tenían acceso a una parte considerable de las raciones que recibían soldados y civiles en Piribebuy. Cuando la capital provisional también cayó, marcharon una vez más con el ejército del mariscal.

Entre las «destinadas», en contraste, se contaban las esposas y parientes de hombres que supuestamente se habían vuelto contra López. Algunas eran extranjeras, aunque la mayoría eran asunceñas, miembros de la antigua élite, que alguna vez habían pertenecido a la crema de la sociedad paraguaya. En días pasados, la apariencia de estas bien alimentadas mujeres habría atraído la atención de la multitud, pero ahora ninguna mostraba siquiera una sombra de su perdida opulencia. Además, muchas habían sufrido desde San Fernando. A diferencia de Juliana Ynsfrán, sobrevivieron a sus torturas, solo para ser enviadas a un exilio interno en alguna aislada villa. No se había hecho una depuración de estas mujeres, pero soportaban una pérdida de dignidad que iba más allá de sus cabellos trasquilados en

venganza por los pecados políticos de sus maridos. Que algunas de ellas fueran antiguas amantes del mariscal era un hecho llamativo.

Varias destinadas dejaron memorias de sus experiencias, incluyendo una apropiadamente subtitulada *Sufrimientos de una Dama Francesa en Paraguay*. La autora, Dorothée Duprat de Lasserre, era la esposa de un destilador francés que había hecho lo posible por pasar la guerra como un neutral inofensivo, pero que, en vez de eso, se encontró en medio de una tormenta de acusaciones cuando el gobierno lopista lo juzgó cómplice de la conspiración de Benigno. Fue enviado en cadenas a San Fernando y doña Dorotea recibió órdenes de llevar a su familia a Areguá y luego a Caacupé, después de haber abandonado sus hogares en Asunción y Luque. Durante varios meses viajó por los distritos del interior con su madre e hijos. En todos los lugares donde estuvo perdió dinero y propiedades en manos de soldados del mariscal y funcionarios civiles, quienes abusaban de ella con pequeñas

exacciones.[990]

Su familia se alimentaba de la escasa comida que podía conseguir a cambio de sus pocas posesiones. Luego, cuando le ordenaron ir al este hasta Yhú en enero de 1869, todos sus caballos, excepto uno, fueron confiscados por un sargento que «tenía la autoridad para quitarle cualquiera de sus cosas [...] todo lo que quisiera, para que [la gente] se sintiera agradecida por su tolerancia».[991] La madre de Lasserre montó el animal restante y los otros refugiados, todos ellos con fiebre, fueron a pie. En su camino a Yhú, ocasionalmente recibieron alimentos de los agricultores locales, pero no era mucho lo que estos podían ofrecerles, por piadosos que fueran, ya que al menos cincuenta familias desplazadas habían precedido a la caravana de Dorothée.[992] La mayoría dormía en el suelo, bajo las carretas. Unos pocos hallaban energías para abrirse refugios en el follaje, donde dormitaban lo que les permitían sus guardias adolescentes.

Cuando se le ordenó ir al norte, a Curuguaty, en

septiembre, doña Dorotea consiguió una carreta de bueyes. Esto le sirvió a su familia, ahora reducida a tres personas. Sus tribulaciones estaban apenas comenzando:

> Dejamos Yhú a medianoche y avanzamos todo lo que pudimos atravesando barro y arroyos. Todas mis provisiones para el viaje consistían en quince libras de almidón, una libra de azúcar negra, tres libras de grasa y un puñado de sal; tres de nosotros teníamos que vivir de esto nadie sabía por cuánto tiempo. Llegamos a un punto donde perdimos el camino; éramos unos treinta y teníamos que acostarnos [Al amanecer] nos levantamos y vimos campos cubiertos por otros viajeros [...] ninguno de nosotros tenía nada para prender un fuego [Después de viajar varios días hasta el paso de Ybycuí encontramos a una mujer que nos vendió] un pequeño pedazo de carne [...] Hacia las once de la noche siguiente llegaron soldados y nos ordenaron cruzar el arroyo, porque, si su oficial nos encontraba allí, seríamos lanceados [...] Luego nos dijeron que eran de Curuguaty, enviados por López en persona con estrictas órdenes de lancear a todas las mujeres que se rezagaran por fatiga o que mostraran mala disposición. Por lo tanto, cruzamos el arroyo a la una de la mañana [y] caminamos a lo largo de estrechos senderos a través de un espeso bosque en total oscuridad. [...] luego entramos en otro bosque con barro colorado resbaloso como jabón, y de cinco leguas de largo [durante los siguientes días] los arroyos [se volvieron aún más] caudalosos y en algunos de ellos el agua llegaba hasta nuestras cinturas.[993]

Lasserre alcanzó Curuguaty recién el 27 de septiembre. Allí supo de la ejecución de su marido el año anterior en San Fernando.[994] Y el reino del terror todavía no menguaba, ya que incluso en Curuguaty se levantaban cargos contra funcionarios superiores. Hilario Marcó, el antiguo jefe de policía de Asunción, fue azotado por ofrecerse a arreglar el escape de Venancio López y otros miembros de la familia presidencial. El mariscal había perdido la paciencia con sus familiares hacía meses y este nuevo escándalo confirmaba todas sus sospechas. Marcó —quien había perdido una mano en Tuyutí— fue fusilado luego de seis semanas de vejaciones, con todas sus heridas agusanadas. Esta ejecución fue menos una advertencia a los parientes del mariscal, para quienes tenía otro castigo en mente, que para los paraguayos que le seguían siendo fieles en apariencia.[995]

Uno de esos hombres era el teniente coronel Centurión, que había pasado las semanas previas

incapacitado por fiebres y erupciones purulentas en la piel, y solo había escuchado de las nuevas conspiraciones por sus enfermeros. Una noche en que se sentía particularmente indispuesto, recibió a uno de los ayudantes del mariscal, quien, en tono pomposo, le anunció que este quería verlo. Lleno de ansiedad, Centurión luchó por levantarse y presentarse ante su señor, quien le hizo señas para que entrara a su carpa y tomara asiento al lado de Madame Lynch.

Asumiendo lo peor, y temblando tanto de fiebre como de miedo, el hombre hizo lo que le mandaban, y se le ofreció la primera de tres copas de cognac. López luego le sonrió amigablemente y brindó por la buena salud del «coronel» Centurión, anunciando de esa manera su promoción a ese rango. El nuevo coronel aún no podía parar de temblar, pero se las arregló para agradecer el honor que le prodigaba Su Excelencia. En secreto, pensaba que tal favor traía consigo una gran cantidad de peligros.[996]

Había una extraña mezcla de brutalidad y

festividad en Curuguaty. Madame Lasserre encontró en el ejército paraguayo un número inesperadamente alto de refugiados, más de 3.000. Muchas de las mujeres habían hecho el mismo viaje que ella. Al menos en Curuguaty podían descansar sus pies, ya que el mariscal estaba demasiado ocupado investigando posibles traiciones para preocuparse de ellas.

Luego, totalmente de sorpresa, funcionarios del gobierno llegaron y les dieron algunos trozos de carne de los almacenes militares. Esta comida fue muy bienvenida, y las residentas (y algunas destinadas) hicieron votos de agradecimiento y lealtad al mariscal López. Por sus molestias, se les dio trabajo en los campos al norte, cerca de Ygatymí, con la perspectiva de tener suficiente comida por primera vez en varios meses.[997]

Había vagos rumores de que la guerra terminaría pronto. El consejero Paranhos y varios militares, se reveló, habían dicho a sus respectivos gobiernos que, en lo que a ellos respectaba, la guerra ya había concluido.[998] El conde d'Eu, sin

embargo, no tenía interés en secundar una postura tan inexacta y había despachado unidades para ocupar Villarrica (la aproximación de estas tropas había provocado la evacuación de Lasserre de Yhú). López pensaba mover a su ejército y a todos los refugiados una vez más.

El mariscal ya había designado a Curuguaty como su nuevo puesto de comando y de nuevo envió patrullas a buscar ganado. Había ordenado arar y cultivar los campos locales previendo una larga estadía. Pero Curuguaty no era Luque ni Piribebuy, ni siquiera Caraguatay. Era un caserío minúsculo, poco poblado incluso en tiempos de paz, y no tenía la más mínima posibilidad de sostener el flujo de intrusos, no importaba lo que demandara el ejército. La población local consistía en un puñado de rudos granjeros que ocasionalmente suplementaban sus miserables ingresos contrabandeando ganado o yerba al Brasil. Pese a todo lo que habían escuchado de Francisco Solano López, nunca lo habían visto, y reconocieron en este irascible personaje que

llegaba apenas algo muy vago de lo que esperaban que fuera el líder de la nación. Expresaron disposición a obedecerlo, como habrían hecho sus padres con el doctor Francia o con algún representante Borbón, pero íntimamente solo querían que se fuera lo antes posible.

Los moradores de este remoto distrito tenían la espontánea jovialidad de los campesinos ante la tierra, la vida y la muerte. Pero también tenían su natural desconfianza y, por lo general, tendían a plegarse al vencedor más probable en las peleas en las que no estaban en juego sus vidas; les importaba poco quién triunfara. Tal actitud solamente podía servir para inflamar al mariscal contra ellos. Sabiéndolo, mucha gente optó simplemente por alejarse, y los que se quedaron se limitaron a adoptar una postura de indiferente sumisión. A excepción del Chaco, esta parte del Paraguay era la menos poblada del país y la menos afectada por la política del Estado. La poca gente que vivía en sus dispersas villas tenía una mentalidad más independiente. Consideraba su

conexión con Asunción como conveniente unas veces, irritante otras, pero, por lo general, irrelevante. Veía sus lazos con Brasil, que eran incluso más tenues, de la misma forma. Tales personas nunca ayudarían a las tropas del mariscal por patriotismo. Algunos lugareños optaron por huir hacia la frontera brasileña con sus pocas cabezas de ganado, lo que hacía que se esparcieran aún más las murmuraciones sobre las depredaciones de López y que el ejército encontrara cada vez menos gente.[999] En estas condiciones, le era muy difícil al vicepresidente Sánchez cumplir sus órdenes de obtener ganado y provisiones y de hacer del lugar un bastión inexpugnable. Seguramente se sintió aliviado cuando López lo perdonó por ello, pero, como los refugiados, no tenía idea de lo que se podía hacer para mejorar la situación. Tampoco la tenía el mariscal.

VÍA CRUCIS: LAS SACUDIDAS FINALES

Durante las siguientes semanas, los aliados lograron algún progreso en el reconocimiento de los territorios en las afueras de San Joaquín. No hallaron tropas, solo más gente desplazada y cuerpos decapitados esparcidos a los costados de los senderos a merced de los cuervos.[1000] La guerra se había tornado horriblemente brutal, incluso más que antes, y, parafraseando a William Tecumseh Sherman, no podía ser refinada para convertirla en algo menos cruel. Taunay, quien vio los cadáveres, nunca pudo endurecer su corazón lo bastante para enfrentar sin horror esas atroces imágenes.

El 11 de octubre, unidades aliadas de avanzada ocuparon San Estanislao, que hallaron desolada.[1001] Yhú cayó dos días después. Y más al sur, las fuerzas del conde barrieron las aisladas bandas lopistas, destruyéndolas una por una, y aniquilando los remanentes del gobierno del mariscal en esos distritos. Los pensamientos de

López de una guerrilla prolongada ya no eran factibles, ya que la eliminación de sus fuerzas en el sur, efectivamente, puso fin a cualquier resistencia en el país, con la única excepción del extremo noreste.

Estos éxitos tenían impacto en todas partes. En Villarrica, los paraguayos saludaron a los conquistadores brasileños con los brazos abiertos. Los aliados hicieron un *show* distribuyendo alimentos y luego se unieron a los habitantes locales a celebrar su liberación de López. Sin embargo, no estaba claro si la reacción guaireña realmente señalaba un nuevo principio (como algunos liberales afirmaban) o si esa pobre gente habría dado la bienvenida al mismo demonio si llegaba con víveres.

López abandonó Curuguaty el 17 de octubre y se dirigió a Ygatymí. Después de Piribebuy, el mariscal había permitido a algunos de sus partidarios civiles volver a sus hogares. Ya no. Ahora sus soldados acicateaban a todos los no combatientes como si fueran cabezas de ganado.

Los que no tenían látigos de cuero castigaban con ramas las espaldas de cualquier mujer o niño que se rezagara. De esa forma, la república se trasladaba de un lugar de indigencia a otro.

Para algunos niños-soldados la brutalidad indiscriminada tomó la forma de un juego. Mientras la crueldad de López se enfocara en los miembros de la élite paraguaya, los guardias contemplaban su pena con indiferencia, incluso con placer. El mariscal ordenó que ningún paraguayo se quedara atrás y, con ese fin, envió patrullas armadas para buscar rezagados por todos lados. Algunos de los miembros de estas patrullas desertaron, pero la mayoría siguió las instrucciones. Si encontraban a un grupo de civiles demasiado numeroso como para dirigirlo a la columna principal, simplemente los lanceaban y continuaban su camino.

Muchos de estos refugiados indefensos fueron «forzados a realizar toda clase de trabajos pesados, y todos ellos eran arreados a través de la selva, expuestos de día a los abrasadores rayos

del sol, sin refugio de noche, y solamente con el alimento que proporcionaba el monte».[1002] Los vampiros dejaban reveladoras señales de sus incursiones nocturnas, ensangrentando a animales en la caravana y ocasionalmente lanzándose en picada y hundiendo sus colmillos en mujeres y niños. También había uras, unos gusanos nacidos de huevos depositados por una mosca cuyas larvas debajo de la piel causaban dolorosas lesiones.[1003]

Dorothée de Lasserre y las demás mujeres no pudieron escapar a esta ronda final de tormento. Habían pasado la quincena anterior dedicadas a labores agrícolas que habían agotado sus músculos y destrozado sus dedos sin proporcionarles nada para comer. El hambre las llevó a buscar frutas verdes, mandioca y miel. Las que todavía tenían algunas joyas, las cambiaban por minúsculas cantidades de comida. Eran 2.014 al principio, pero probablemente la mitad pereció antes del fin de la guerra.[1004]

Ahora las destinadas y las residentas tenían que

ponerse en marcha otra vez. Durante varias semanas, su derrotero se había vuelto indefinido, con constantes cambios de destino. Para estas mujeres, el tiempo y el espacio comenzaban a perder sentido; los minutos se convertían en horas y las horas en días. Y siempre era lo mismo: monte y yermos, yermos y montes, una interminable lucha con enmarañadas espesuras. A veces la lluvia caía furiosamente. Hacía surcos en la tierra y los bosques se volvían más claros, pero no más seguros. El follaje parecía extenderse como el distante océano, amenazante e indiferente a las tribulaciones humanas. Al tratar de avanzar, las mujeres entraban a bosques tan espesos que distorsionaban toda perspectiva, ocultaban la luz del día y teñían la atmósfera con un pigmento casi irreal, como una neblina. Los «guías» que marcaban el paso trataban de orientarse siguiendo los arroyos de un claro a otro. Pero esto también era inseguro, ya que nadie podía prever cuándo caería una tormenta y convertiría un hilo de agua en un furioso torrente capaz de arrastrar a niños y

adultos.

La comida, desde luego, era irregular. Madame Lasserre relata que un burro hembra tuvo un aborto en el camino y el feto fue rápidamente consumido cuando la francesa les dijo a los demás que la gente comía carne de caballo en Francia. De hecho, las mujeres se comieron hasta el cuero y los pies del animal. Más comúnmente, las refugiadas subsistían con naranjas agrias o con los arenosos corazones de las palmas de pindó, que, cuando se los convertía en harina, servían para formar un apenas digerible panqueque o *mbeju*.[1005] Usaban yerba para beber, pero la que tenían sabía más a pasto y ramas que a yerba propiamente dicha.

Las refugiadas raramente encontraban signos de habitantes humanos, solo alguna choza aquí o allá, un mandiocal perdido o un aislado huerto de naranjos al final de un potrero. Todo el resto era selva. No veían gente. Ciertamente, los indios mbayá y cainguá a menudo observaban su procesión, sin saber muy bien qué pensar. Su

conocimiento del conflicto de la Triple Alianza era estrecho, no muy diferente del que tenía la mayoría de los europeos, que habían oído del Paraguay, pero no podían ubicarlo en un mapa. Para los indios, la guerra fue menos trágica que misteriosa, y por lo general no mostraron más simpatía por sus víctimas que por las sombras danzando al otro lado del mundo. Las destinadas no encontraron ni brasileños ni paraguayos en estos distritos, y los pocos guayakí o mbayá que divisaron no ofrecieron ayuda. Algunos de los caciques eran más comerciantes que los macateros de Asunción. Estaban listos para aliarse con cualquiera de los beligerantes y para proveerles comida a las mujeres, pero solamente a cambio de bienes que estas no tenían. Un relato intrigante, casi con seguridad inventado, de fines de octubre, habla de un astuto cainguá que ofreció dotar a López con 100 escuadrones de 90 guerreros cada uno (la misma cantidad de guerreros ofrecidos por indios «mbaracayú», tribu inexistente) a cambio de mujeres paraguayas que los guerreros quisieran

tomar por esposas. Es difícil dar crédito a la historia, ya que probablemente no había tantos indios en la zona y no tenían ese tipo de tradiciones.[1006]

En las distintas columnas circulaban rumores acerca de la existencia de mujeres y niños en algunas pequeñas comunidades más adelante, en algún sitio en medio de la cordillera del Mbaracayú. Aunque los guardias no querían confirmar estas historias, se daban cuenta de que ellas mantenían en movimiento a la caravana de refugiados. Las destinadas entraron entonces en un área de exuberante verde, donde cientos de arroyuelos drenaban en dirección, ya no del río Paraguay, sino del Alto Paraná. Rezaban por encontrar un lugar donde echarse y, en su imaginación, veían las aldeas de las que se rumoreaba como una especie de tierra prometida, como condenados en el infierno que ansían el purgatorio.

La columna donde estaba Madame Lasserre llegó a uno de estos sitios, Espadín, a una semana

de marcha desde Curuguaty. Esta aldea —si tan grandilocuente término es permitido— se asentaba al este de las serranías del Mbaracayú, en territorio brasileño. Podía verse como el santuario temporal que las mujeres anhelaban, pero su falta de provisiones no era reconfortante después de tantos sufrimientos.[1007]

Pasaron más de un mes en Espadín, y cada día Lasserre y las otras tuvieron que aguzar el ingenio para mantenerse vivas. Pocas mostraban voluntad de continuar. Aquellas que lo hacían, subsistían con carne de burro y naranjas, mientras los niños «caminaban como esqueletos vivientes, cazando lagartijas; la mortalidad siguió siendo muy alta entre niños y mujeres mayores, especialmente en días de lluvia».[1008]

Finalmente, incluso estas reservas de comida se agotaron,[1009] lo que hizo dudar a Lasserre de sus oportunidades de sobrevivir:

> Ninguna alternativa parecía quedarnos para salvarnos de morir de hambre o de ser lanceadas; preferíamos entregarnos a los indios. Tuvimos una consulta y enviamos una diputación a las tiendas de

indios para invitar a sus jefes a acercarse y negociar. Fue un intento alocado —a la noche, más de doscientas, incluyendo a las mejores y más valientes muchachas que quedaban, nos dispusimos a ir [...pero los guardias nos acorralaron y] volvimos sobre nuestros pasos al campamento [...] Fuimos afortunadas de encontrar un árbol de cacao [...con el que podíamos hacer] una sopa con cuero, que era una comida excelente [...] Como la entrada del monte estaba tan cerca no prestamos atención a dónde estábamos yendo y estuvimos dando vueltas y nos perdimos entre las malezas. Cuando llegó la oscuridad, casi me volví loca pensando en mi pobre madre y sus sentimientos al no verme regresar.[1010]

Doña Dorotea pudo reunirse con su madre a la mañana siguiente, y juntas, con algunas otras refugiadas, optaron por volver a Espadín a vivir con lo que quedara allí para ellas. Sorprendentemente, llegaron noticias a su regreso de que los brasileños habían penetrado en el distrito, y todo el contingente se puso en marcha de nuevo a través de arroyos y bosques para encontrarse con ellos. Estaban aterrorizadas de que las tropas de López las masacraran antes de llegar muy lejos. Caminaron dos leguas en una clara noche de luna, la del 24 de diciembre, y

llegaron al campamento del príncipe Gaston a la tarde siguiente. «El suelo [parecía fuego] y el dolor en los pies era intolerable, pero la ansiedad de salvarnos era más fuerte».[1011]

El ayudante general del conde dio a las mujeres una ración de carne, sal y fariña y se congregaron en el patio del campamento mientras otros refugiados llegaban arrastrándose. Muchos llegaron y muchos otros murieron en los senderos sin nombre, o perdidos y desorientados en los días finales. Unos 400 se trasladaron a Curuguaty con escolta brasileña a fines de ese mes.[1012] Esto elevó el número total de destinadas y residentas rescatadas por los aliados a unas 1.000, el remanente de la élite anterior a la guerra, despojada de sus ricos atavíos, y de las más pobres de las campesinas, todas agradecidas de seguir con vida.[1013]

La guerra devora a los suyos

A fines de octubre de 1869, la cohesión que alguna vez caracterizó al ejército del mariscal estaba prácticamente desvanecida por completo. Las tropas continuaban retirándose al norte a través del río Jejuí y del distrito de Ygatymí, pero sin su viejo sentido de propósito. El conde d'Eu se dirigió a Asunción para coordinar las etapas finales de la campaña con Paranhos y los miembros del gobierno provisorio. Dejó la responsabilidad de perseguir a López en manos del general Correia da Câmara, cuyas unidades continuaron avanzando a pesar de las temperaturas de 40 grados centígrados.[1014]

Câmara era un soldado ejemplar, particularmente audaz cuando lo observaba un superior o cuando tenía que terminar un trabajo sucio. No era un hombre de muchas palabras ni un estratega como Pôrto Alegre o Caxias, pero siempre asumía con actitud resuelta sus deberes. Esto le fue útil en el esfuerzo final contra López,

ya que solamente un cazador dedicado podía arrinconar al enemigo en un clima como ese.

El número total de soldados brasileños en Paraguay en ese momento se aproximaba a unos 25.000 *praças*, con 2.300 en San Joaquín, 1.500 con Victorino, 8.000 bajo el mando de Osório en la vecindad de Rosario y moviéndose hacia Santaní, 9.450 con el príncipe Gaston en Caraguatay, 2.000 en Asunción y alrededor de la mitad de ese número en Humaitá. Esto dejaba a unos 2.300 hombres marchando al nordeste bajo el comando directo de Câmara. Los argentinos todavía tenían 4.000 soldados en Paraguay, pero ya habían sido reubicados al otro lado del río en territorio del Chaco (que el gobierno de Buenos Aires pretendía anexar).[1015] Algunos cientos nominalmente uruguayos quedaban, pero no más. Los aliados, por lo tanto, tenían muchas más tropas de las que necesitaban para destrozar a López. En tanto Câmara se mantuviera en movimiento, los descalabrados restos del ejército paraguayo no podrían descansar.

Mientras el mariscal se retiraba más y más hacia la selva, en Asunción el gobierno provisorio estaba intentando probar los límites de su poder. Los protegidos paraguayos del consejero tenían poca autoridad, pero las fuerzas de ocupación no deseaban asumir la responsabilidad en asuntos que podían ser delegados en Rivarola y sus asociados.[1016] Este tenía pocas opciones reales, y es difícil juzgar en retrospectiva la eficacia de sus esfuerzos. Harris Gaylord Warren, escribiendo a principios de los 1980, estuvo dispuesto a conceder al Triunvirato el beneficio de la duda, pero pocos de sus contemporáneos tuvieron su indulgencia.[1017]

Lo que emergió en Asunción después de la expulsión de los lopistas fue una sociedad en la que cada uno se preocupaba por sí mismo, individualmente y en pequeños grupos, tomando lo que pudiera, literalmente, a través del pillaje, o, más prosaicamente, a través de un remedo de sistema político. No quedaba ningún aparato estatal suficientemente fuerte para garantizar el

orden interno. El poder político requería legitimidad, pero el gobierno provisorio solo tenía oportunistas y arribistas, y ninguna fuente de ingresos.

Uno de los primeros pasos que dieron los triunviros para rectificar esta última debilidad llegó en octubre, cuando quisieron expedir licencias para vendedores callejeros. Fue un modesto intento de recaudar gravando a los pequeños tenderos antes que a los poderosos comerciantes. Estos tenían la mayor parte del capital disponible en Asunción, pero se negaron a hacer el más mínimo renunciamiento para apoyar al nuevo régimen. De hecho, los mercaderes extranjeros encontraban bastante propicio el alboroto de un mercado sin control y usaban cada pizca de padrinazgo aliado para mantener las cosas como estaban.[1018] Dicho esto, muchos comerciantes ya habían decidido que la «hambrienta y menesterosa» población de Asunción no podía enriquecerlos y que cuanto antes se marcharan, mejor.[1019]

Si los triunviros querían recaudar algo, tenían que presionar a los organilleros y vendedores de carreta, sabiendo que tales individuos tenían poco capital para entregar, aun si cooperaban. Ningún comerciante extranjero ni sus agentes en Asunción tenían mucho que temer del triunvirato sin una coacción efectiva, que solamente podía ser ejercida por una fuerza policial adecuada.[1020] Esto, a su vez, requería la bendición de Paranhos. El consejero, sin embargo, si bien consentía algunos cambios nominales en la autoridad, estaba demasiado ocupado con otras cuestiones como para interesarse en asuntos policiales menores. Los triunviros crearon finalmente una especie de policía, pero sus miembros a menudo chocaban con las tropas brasileñas o entre sí.[1021]

La ausencia de un medio circulante de pago apropiado agravaba la miseria y el caos en Asunción. El papel moneda usado en los tiempos del mariscal era rechazado por los macateros y los grandes mercaderes, quienes solo aceptaban monedas de metal. Alguna gente rica en papel

moneda, pero pobre en comida, no lograba obtener pan ni carne a cambio del papel de un régimen colapsado.[1022]

El gobierno provisorio se encontraba en una posición análoga. Incapaz de gravar a los únicos extranjeros acaudalados sobre el verdadero valor de sus negocios, el triunvirato se veía impotente para mejorar la condición del país. Conscientes de ello y queriendo dar al menos una muestra simbólica de soberanía, los miembros del gobierno pasaron los meses finales de 1869 quejándose y tratando, sin éxito, de conseguir préstamos del exterior.[1023] Todo lo que podían hacer era tratar de ganar reconocimiento por logros intangibles, por muestras de buena voluntad hacia la población y por unas pocas mejoras cívicas que eran más atribuibles a los aliados que a ellos.

En octubre, una compañía de teatro extranjera publicitó su intención de ofrecer funciones dramáticas y cómicas en la ciudad. Este anuncio, insignificante en sí mismo, fue aclamado en *La*

Regeneración como una señal de retorno a la estabilidad social, una circunstancia inspirada por liberales tanto dentro como fuera del gobierno provisorio, pero de hecho solamente posible por la presencia de los ejércitos aliados. Ese mismo mes, cuando el personal médico brasileño ofreció vacunaciones contra la viruela a todos los asunceños, los triunviros declararon obligatorio el programa, advirtiendo que todo padre que no enviara a sus hijos a ser inmunizados en el hospital naval se arriesgaba a ser castigado con una multa de dos pesos.[1024] Esta declaración sugería que el Estado tenía más que ver con la salud pública de lo que tenía realmente.

Siguiendo el mismo patrón de expresión de deseos, el gobierno provisorio instruyó a las autoridades municipales en noviembre para formar comités destinados a inspeccionar la higiene de lavanderías y almacenes, así como para garantizar entierros apropiados a los muertos en La Recoleta. Ambas medidas reflejaban la necesidad de evitar epidemias. Las autoridades estatales también

instituyeron un nuevo régimen de precios para el ferrocarril Argentino, que hacía el trayecto a Luque y Pirayú. Rivarola esperaba que esto incentivara el transporte de pasajeros y mercaderías, haciendo que la compañía efectuara gratuitamente las cargas y descargas.[1025]

En noviembre, *La Regeneración* anunció el establecimiento de una nueva biblioteca para sacar libros prestados y la reapertura de las escuelas públicas de Asunción, seguida unas semanas más tarde por reaperturas similares en San Lorenzo y Carapeguá. Los voceros del gobierno tenían fe en que estos desarrollos positivos en educación darían sus frutos en todo el país a su debido tiempo. Subrayaban de manera optimista que el número de pupilos que asistía a escuelas rurales probablemente sobrepasaría al de la ciudad, «gracias al natural crecimiento de la población [en los distritos del interior] y al hecho de que otras comunidades han sufrido menos atrocidades en manos del tirano».[1026]

Al buscar un aspecto positivo cada vez que algo

inclinara a pesimismo, Rivarola y sus colegas se exponían abiertamente a la censura por minimizar la escala de la devastación del país. Los triunviros evidentemente creían que ofrecer una débil esperanza al público era más sano que no ofrecerle nada en absoluto, algo que siempre han hecho los gobernantes como una forma de crear en las multitudes la ilusión de que se preocupan por ellas.

Para citar a Warren, Rivarola tenía una «manía» por los decretos; dedicaba «la mayor parte de su día de trabajo a dictarlos o escribirlos él mismo».[1027] Pensaba que expresar su autoridad era equivalente a tenerla. En realidad, solo podría haber legitimidad, tanto ante el consejero como ante el público paraguayo, cuando una convención constituyente estableciera la transición a un nuevo gobierno, y quizás ni siquiera eso sería suficiente. Más importante aun, el conde d'Eu tenía que destruir el ejército del mariscal y expulsar o liquidar al tirano.

Que el antiguo régimen todavía «funcionara» en

las distantes selvas tenía poco impacto directo en el gobierno de Rivarola, pero su supervivencia le importaba mucho a López. Es difícil creer que el mariscal pensara todavía retomar la ofensiva, por más que su creación de un taller en Ygatymí para reparar rifles sugiriera otra cosa. Era obvio para todos, salvo para algunos brasileños, que el mariscal no tenía intenciones de huir a Bolivia,[1028] ya que había elegido una línea de retirada al norte, no al oeste.

López estaba situado con su encogida columna en Itanará-mí, un claro entre dos brazos del río Jejuí y equidistante de ambos, cuando llegaron noticias de que los brasileños (asistidos por unos cuantos legionarios) habían atacado su retaguardia en Curuguaty. Los niños que componían esta unidad no tuvieron oportunidad de salvarse. Varios fueron muertos cuando llegaron los aliados, y el resto levantó cansadamente las manos.[1029] Al ser interrogados, los niños-soldados solamente pudieron apuntar al noreste y declarar que López ya estaba lejos.

Y de verdad lo estaba, todavía bebiendo vinos y licores europeos, todavía comiendo carne fresca e intercambiando cortesías con Madame Lynch y sus hijos. No solamente estaba distanciado del «frente» en kilómetros, sino también alejado mentalmente de las cuestiones políticas más graves de su país. Solo se preocupaba por los desertores y los supuestos complots para derribarlo. Estudiosos y novelistas han tratado de personalizar la decadencia del ejército del mariscal durante 1869 relatando cómo persiguió a su propia familia. Es posible que su conducta cruel derivara de un arrebato final de venganza, o quizás todavía esperaba insuflar alguna cohesión política mostrando que no titubearía en actuar ni con los miembros de su círculo personal.

En cualquier caso, el primero en caer fue su hermano Venancio, alguna vez ministro de Guerra. Antes del conflicto, Venancio vivía de manera extravagante, siempre perfumado y entregado a la buena vida. El gobierno ya lo había acusado antes de sedición, pero había obtenido una condonación

en noviembre de 1868 como inesperada muestra de indulgencia de su hermano. Ahora Venancio era un hombre enfermo y a veces delirante a quien los informantes apuntaban por haber planeado un supuesto escape a las líneas aliadas. Peor aun, de acuerdo con información proporcionada por los espías, Venancio había conspirado para asesinar al mariscal con la ayuda de sus hermanas Rafaela e Inocencia, y de su madre, Juana Pabla.[1030]

Podría parecer extraño que el mariscal López no hubiera ya hecho fusilar a los cuatro cuando mandó ejecutar al coronel Marcó. Pero evidentemente tenía conflictos internos acerca de cómo debía tratar a los miembros de su familia. La importancia que habían tenido en Paraguay había sido casi suprema, y su trato hacia ellos podía hablar más que volúmenes sobre el tema a los otros ciudadanos, por lo cual debía proceder con cuidado.

El mariscal dudaba entre ordenar un pelotón de fusilamiento para sus hermanas y castigarlas con algo menos drástico, pero igualmente instructivo

acerca de su deseo de no hacer excepciones en materia de traición. Washburn, ahora a salvo en los Estados Unidos, relató que López

> convocó a sus principales funcionarios y les preguntó si debía enviar a su madre a juicio. Resquín y todos los demás, con la excepción de Aveiro, contestaron que era mejor no proceder con enjuiciar formalmente a la anciana mujer, por lo que López se enfureció y los llamó sicofantes y esbirros, felicitando efusivamente a Aveiro por haber dicho que su madre debía ir a juicio como cualquier otro criminal. Dijo en medio de todos que Aveiro era su único amigo.[1031]

El significado de esta última declaración era inequívoco, aunque, al final, el mariscal siguió el consejo de Madame Lynch y dejó de lado la ejecución de su madre y sus hermanas, si bien les hizo la vida miserable. Las degradó, no les dio nada de comer y las amonestó públicamente como a destinadas comunes.[1032] Las tres mujeres, cuyas manos nunca habían tenido callos, sobrevivieron las siguientes semanas masticando cuero de vaca.

Allí donde la columna hacía un alto para pasar

la noche, el mariscal las hacía arrastrar desde la vieja carreta que las transportaba. Como había hecho con Juliana Ynsfrán, ordenaba que las azotaran frente a sus oficiales y hombres. López designó a su «único amigo» Aveiro para golpear a su desdichada madre, quien había hablado en favor de Inocencia y Rafaela como alguna vez había defendido a Benigno.[1033] Doña Juana Pabla parecía hecha para la caricatura: robusta y lenta, habitualmente quejosa, extravagantemente generosa, era una figura del tipo de una dama caída en desgracia de Dickens. En momentos difíciles, sin embargo, se mantuvo altiva, demostrando la misma bravura que las otras mujeres paraguayas.[1034]

El coronel Aveiro hallaba un evidente placer en conducir los crueles castigos y nunca negó explícitamente su papel en la tortura de Juana Pabla. Esto, dentro de todo, lo hace una figura más honesta que Centurión, Falcón o Maíz. Aveiro azotó a la madre del mariscal hasta dejarle expuestos los ligamentos, pero no era ni un

fanático político ni un sádico. Había mostrado considerable diligencia para acomodarse personalmente desde sus tiempos como secretario de Carlos Antonio López, pero en otros aspectos era completamente ordinario, posiblemente la personificación de lo que Hannah Arendt llamó la «banalidad del mal».[1035] No obstante, prefirió no hablar nunca del asunto en años posteriores. En cuanto a Venancio, trató de salvarse acusando a otros de prevaricación y sucumbió, o bien de neumonía, o bien atravesado por una lanza, en algún momento de diciembre. Sus hermanas y su madre sobrevivieron, pero nunca perdieron la sensación de dolor y horror cada vez que el cochero de un carruaje blandía el látigo sobre un caballo lento.

Una persona que también cayó en esta época fue Pancha Garmendia, cuyo nombre ha estado siempre ligado al romance y la tragedia en las mentes de los paraguayos. Su belleza, se decía, había hechizado a López mucho antes de ser presidente, pero ella había rechazado

persistentemente sus avances y se había ganado una sorprendente aclamación popular por mantenerse firme durante las peores etapas del vía crucis. Cualquier negativa a las demandas del mariscal podía provocar comentarios, y tales chismes solían ser letales en el Paraguay lopista. Por esta razón, más que por ninguna otra, el mariscal había ordenado el arresto de Pancha.

Siguió a las destinadas a Yhú y Espadín, y luego acompañó al ejército paraguayo en todas sus peregrinaciones. Envuelta en un mantón que alguna vez había sido rojo y con encajes blancos, pero que para entonces se había decolorado a un sucio rosa, Pancha siempre parecía «activa y serena» en el papel que el destino le había reservado.[1036] El cólera y las privaciones terminaron transformándola, sin embargo, de una gentil mujer de hablar suave, cuya belleza en su mediana edad era todavía admirada, en un diáfano espectro de ojos hundidos. El mariscal siguió mostrando cierto interés por ella a pesar de todo lo que había pasado, y, al menos en una ocasión, la invitó a

cenar en su mesa junto con Madame Lynch.

López envidiaba el coraje de Pancha. Le traía a la mente su pasado y los escarceos que eran parte de su privilegiada existencia. Sin embargo, cuando llegó a sus oídos un supuesto complot para asesinarlo con veneno a mediados de 1869, la consideró cómplice por su relación con su prima, la esposa del coronel Marcó. En su ejecución, en diciembre, Pancha se sentía tan débil por el hambre que apenas se pudo parar, y las lanzas se clavaron en su cuerpo como si fuera una caja de cartón.[1037]

Por brutal y memorable que sea, la historia de Pancha Garmendia no es diferente en sustancia de las de cientos de mujeres y hombres anónimos que nunca encontraron a su poeta. El hambre, la enfermedad y el desconcierto se habían convertido en atributos comunes de todos los paraguayos desde hacía muchos meses, y aun así las matanzas y las muertes continuaban.

Al evocar las agonías y convulsiones finales de la guerra, el ejército del mariscal debe ocupar el

lugar central en la escena. López venía retirándose con éxito desde la caída de Piribebuy, y había mantenido intacta una buena parte de sus fuerzas, pero ya no podía confiarse. Había sido práctica del mariscal desplegar patrullas a cierta distancia de las columnas principales para cumplir funciones de resguardo y, ocasionalmente, montar acciones dilatorias.[1038] Posteriormente, con su fuerza de tropa reducida, las patrullas evitaban meterse en escaramuzas con el enemigo, limitándose al reconocimiento. También buscaban y mataban a cualquier refugiado que no hubiera podido mantener el ritmo del ejército o que se hubiera atrevido a huir hacia las líneas aliadas. De hecho, en ocasiones, los verdugos lopistas parecían competir con los brasileños para ver quién mataba a más civiles.[1039]

La estructura de comando en estas pequeñas bandas y dentro del ejército en su conjunto nunca había sido cuestionada. Ahora, sin embargo, con las unidades Acá Carayá y Acá Verá quebradas, e incluso con leales lopistas muertos o encadenados,

los oficiales hallaban difícil mantener el control sobre las patrullas alejadas de la fuerza principal. Además, los soldados que conformaban estas unidades estaban tan desvalidos y hambrientos como los refugiados civiles y, como ellos, listos para desertar. En una ocasión, a mediados de febrero, algunos miembros de una unidad médica huyeron hacia las líneas aliadas junto con una de esas patrullas; entre ellos estaba Cirilo Solalinde, el enfermero que había salvado al mariscal del cólera.[1040]

Era poco lo que podía hacer el mariscal sin arriesgarse a entrar en mayores problemas. Les recordaba a sus hombres que los aliados no habían dado cuartel en anteriores enfrentamientos, pero su advertencia tenía menos resonancia que antes.[1041] Luego, López hizo volver a varias patrullas e intentó reforzar la disciplina dentro de las columnas principales adoptando medidas arbitrarias, con el látigo aplicado a cualquiera sin razón. Afirmaba que estas medidas eran necesarias, pero, de hecho, simplemente

incrementaban sus inconvenientes militares al hacer que sus oficiales y hombres sospecharan unos de otros y al darles motivo para cobrar venganza. En vez de unir al ejército, estas prácticas conseguían lo opuesto.

La marcha al norte ya no tenía vestigios de coherencia. Las fuerzas del mariscal avanzaban a través de un terreno difícil que ninguno de sus miembros había pisado jamás. Aquí los matorrales no solo eran gruesos. Las enredaderas envolvían los troncos muertos con sus tentáculos como muecas vivientes y se abrían camino por los adyacentes lapachos, cubriendo como toldos los oscuros arroyuelos, fríos y playos, hogar común de ranas y anacondas. Este ambiente boscoso nunca perdía sus aspectos más amenazantes. Incluso los pájaros, supuestamente, rehusaban merodear por sus altos árboles, que se elevaban por encima de los soldados como una ciudad de obeliscos.[1042] El calor era opresivo y el aire estaba lleno de mosquitos y hedor de fermentación vegetal.

Durante la retirada anterior, el movimiento de

las tropas al menos estaba orientado hacia una meta clara. Caraguatay y Curuguaty eran aldeas escuálidas, pero conocidas. Ahora, todo vestigio de poblado había desaparecido detrás de la caravana de soldados y refugiados y nadie podía decir a dónde llevaba el camino. «El enemigo es un misterio», señalaba uno de los periódicos aliados, «su situación, sus operaciones y su número son todos misteriosos».[1043] Para el ejército del mariscal, todo era un misterio también, mientras marchaba, para usar las palabras de Leuchars, «más y más al interior, alejándose tanto figurativa como literalmente de la civilización».[1044]

Si había un líder aliado en Paraguay que podía acelerar la victoria militar y así terminar con el sufrimiento de los paraguayos que acompañaban a López, era el conde d'Eu. Sin embargo, la posición de Gaston distaba de ser envidiable. Solo intermitentemente recibía ayuda del consejero Paranhos y de los funcionarios imperiales en Río. Ni siquiera su suegro, el emperador, se mostraba comprensivo en materia de enviar suministros.

El conde odiaba el deseo de Rio de que la guerra le costara lo más barato posible. Una perfecta economía militar significaba encontrar un balance en el cual los golpes contra López fueran devastadores sin desgastar a los ejércitos aliados. En la práctica, Gaston tenía un superávit de recursos humanos y un déficit de provisiones. La fatiga y el hambre de sus tropas, y la falta de caballos y bueyes frustraban todas sus esperanzas de terminar la campaña antes de Navidad. Algo de ganado fue trasladado en vapores desde Asunción

a Rosario, pero no era suficiente.

Las tropas aliadas suspendieron una persecución activa debido a esa escasez, que no permitía más que esporádicos reconocimientos. Desertores enemigos daban al conde información útil, pero no suficiente para actuar con decisión y cazar a López.[1045] Por otro lado, el comandante aliado no necesitaba el grueso de sus tropas para derrotar a un oponente tan débil.[1046] A fines de noviembre, retiró fuerzas de Caraguatay, las llevó Rosario y dejó solamente 3.000 hombres al mando del general Câmara y el coronel Milciades Augusto de Azevedo Pedra para merodear en torno a Ygatymí.[1047] Para entonces, las tropas argentinas en el país estaban relegadas en guarniciones con funciones policiales.

Durante diciembre de 1869 y enero de 1870, hubo varios encuentros menores entre las tropas del mariscal y destacamentos de los ejércitos aliados. Estas confrontaciones no fueron en ningún caso importantes. López no podía permitirse ningún enfrentamiento real y seguía

retirándose.[1048] A principios del nuevo año, llegó a un amplio claro en el monte, eufemísticamente llamado Panadero. Acampó allí con Madame Lynch, el vicepresidente Sánchez, los generales Resquín y Caballero, Luis Caminos, el correntino Víctor Silvero y todos los miembros restantes de su gobierno y ejército. El número total no superaba los mil hombres, una minúscula fracción de la fuerza que había llevado alguna vez la bandera paraguaya a Corrientes, Rio Grande do Sul y Mato Grosso.[1049] Había, además, cientos de refugiados y residentas que seguían con el ejército. Los soldados tenían que azuzarlos permanentemente con rudeza para que mantuvieran el ritmo, golpeando incluso a los niños, cuyos rostros estaban redondos por el kwashiorkor. Las únicas esperanzas de los refugiados se reducían a encontrar comida y un lugar para descansar. No tenían ni una cosa ni la otra.

En el pasado, el mariscal contaba con una diestra inteligencia militar, pero los espías ya no podían pasar fácilmente a los cuarteles aliados.

Ahora, simples murmuraciones de una incursión enemiga lo hacían montar su caballo y dar nuevas órdenes de retirada. Había pensado que Panadero le ofrecería un respiro, pero las míseras provisiones del distrito se agotaron pronto.[1050] Más o menos al mismo tiempo, supo de tropas brasileñas al sur (de hecho, una fuerza mucho más sustancial se estaba acercando por el oeste).

El mariscal decidió que los enfermos y heridos estaban retardando el avance de sus tropas, por lo que los dejó en Panadero junto con la mayoría de las mujeres y varios de los pocos cañones todavía en su posesión.[1051] Los escondió entre el follaje, pensando recuperarlos cuando pudiera reconstruir su ejército. Luego partió, el 12 de enero de 1870, con entre 600 y 1.000 hombres, unas pocas cabezas de ganado, las piezas de artillería más pequeñas y varios carros llenos de dinero y plata. Se movió hacia el norte a través del río Aguaray, y luego al este, hacia el Alto Paraná.[1052]

Los paraguayos pasaron en una cerrada columna

por largas extensiones de terreno esponjoso y anegado que terminaba para volver a aparecer una y otra vez. En la distancia se elevaba la cadena de cerros del Mbaracayú, cuyas laderas orientales bordearon antes de enfilar hacia territorio brasileño por una o dos semanas, siguiendo el Paraná hacia el norte y luego volviendo al Paraguay en la zona de las aguas altas del río Ypané. El calor era como el de un horno, aunque esto no impedía al mariscal beber más licor que nunca.[1053] Sus hombres solo tomaban agua. A pesar de ciertos rumores de que el mariscal se dirigía a la zona de Salto del Guairá en el Alto Paraná, parece más probable que tuviera en mente el pueblo abandonado de Dourados, en Mato Grosso.[1054] Los paraguayos habían mantenido en sus manos la aldea en etapas anteriores de la guerra, y los oficiales presumían que aún podían encontrar ganado en el sitio.

Fuera cual fuese su plan inmediato, el hecho era que López no podía ir más rápido que los aliados, quienes, por otra parte, parecían haber adivinado

su destino final. Dourados estaba a unos 250 kilómetros al norte de Panadero y 400 de Concepción, donde se encontraban asentadas las columnas de Correia da Câmara. Este oficial, con el encargo del conde d'Eu de reducir al mariscal, tenía quizás unos 3.000 soldados —de caballería, infantería y artillería— listos para el trabajo, y en los últimos días de enero tomaron un curso diagonal hacia Dourados.[1055] Aproximadamente al mismo tiempo, otra fuerza un poco más pequeña fue desplegada para seguir a López por el monte. Câmara ordenó a esta segunda fuerza evitar enfrentamientos, pero mantenerse lo bastante cerca para no permitirle mucha relajación al enemigo, a la par de hostigar su retaguardia cuando las circunstancias lo permitieran. Cuando los paraguayos llegaran a Dourados, los dos cuerpos podrían caer juntos sobre el mariscal con una superioridad abrumadora.

En consecuencia, las columnas de Câmara avanzaron sin descanso al norte hacia Bella Vista, un puestito en la frontera ocupado anteriormente

por una brigada brasileña que patrullaba la orilla norteña del río Apa.[1056] Câmara quería unir su ejército con las unidades más pequeñas y dirigirse a Dourados para interceptar a López. Sin embargo, antes de alcanzar Bella Vista el comandante brasileño local le informó que los paraguayos no habían llegado a tomar la ruta a ese poblado y se habían desviado al oeste, a lo largo de un camino hecho años atrás por los yerbateros. Llamado Picada de Chirigüelo, llevaba a un excelente lugar para acampar después de cierta distancia, en medio de los cerros del Amambay.

Este sitio era Cerro Corá, cuyo apropiado nombre guaraní se traduce como «corral de serranías». Por su forma de cuenco natural de verdor paradisiaco, altos árboles y pasturas sin piedras, los geógrafos lo han descrito como un «anfiteatro».[1057] Estaba rodeado por empinados cerros calizos parecidos a los mogotes de la provincia de Pinar del Río, en Cuba, muy distintos a los de las Cordilleras. En términos militares, el emplazamiento debía ser fácil de defender, pero el

mariscal ya no tenía recursos humanos suficientes para hacerlo.

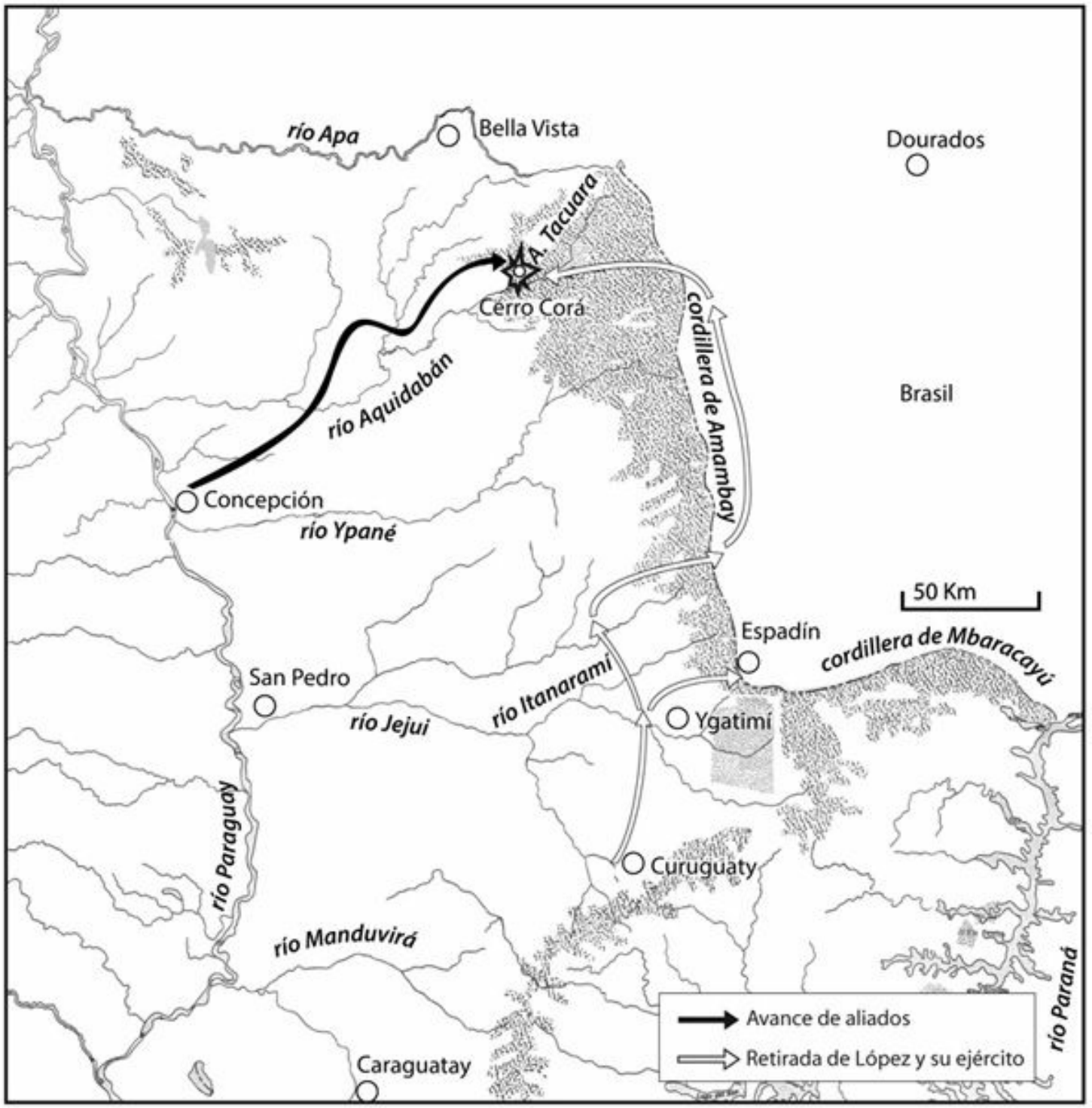
Como todas las otras zonas del nordeste paraguayo, Cerro Corá tenía su curso de agua. Por la vera norte del lugar corría el Aquidabán-niguí, un tributario color miel, no muy profundo, de su homónimo mayor, el tipo de arroyo que abunda en la Región Oriental del Paraguay, fácil de vadear si no cae demasiada lluvia. Al oeste, cerca de la confluencia con el brazo principal del Aquidabán, corría otro arroyo, el Tacuara, que era aún menor. Solo había dos caminos. Uno seguía la Picada de Chirigüelo, a lo largo de la cual los paraguayos habían llegado desde el sur. El otro se dirigía al norte, hacia Dourados. Como la picada, ese último camino era impenetrable en varios puntos y debía ser limpiado con mucho esfuerzo si el ejército pretendía mover sus carros por él.

Cerro Corá era un lugar salvaje. Parecía como si la especie humana hubiera pasado por alto el sitio, y ni siquiera hoy existen poblados cercanos que perturben su tranquilidad. Desde luego, no

todo era silencio, ya que los ruidos de los monos aulladores —así como los del *póra* y el luisón del folclore— probaban inequívocamente lo que la naturaleza pensaba de los invasores paraguayos y brasileños.

La inesperada llegada del mariscal a este nuevo campamento el 14 de febrero obligó al general Câmara a reconfigurar su cronograma de ataque.[1058] Ordenó a las unidades apostadas en Bella Vista avanzar a toda marcha a Dourados, y de allí seguir el camino hasta donde las tropas pudieran cortar la salida de Cerro Corá al norte. Él mismo se apresuró en marcha forzada para acorralar a López por el otro lado, cerca de la confluencia con el Aquidabán. Cuando estaba todavía en camino, habló con un desertor paraguayo que le reveló que el mariscal no sospechaba el peligro inminente; creía que los aliados todavía no habían llegado a Concepción. El general brasileño sonrió ante esta información y dio órdenes de redoblar el ritmo de la marcha. En tres días, sus hombres estuvieron en la boca de la

salida que deseaba sellar.



Cerro Corá

Los paraguayos necesitaban desesperadamente un largo descanso. Novecientos sobrevivientes llegaron a Cerro Corá con una sensación de completo abandono. Levantaron sus harapientas carpas en la forma usual en un campamento principal, cavaron letrinas y prendieron sus fogones para cocinar lo mejor que podían sus cueros y hojas hervidos. Algunos soldados traían unas pocas presas de caza, lo que agregaba proteínas al menjunje, pero eran insuficientes para aliviar las necesidades generales. La fuerza física y el espíritu de cuerpo que habían caracterizado a estos hombres se habían agotado y eran reemplazados por un inequívoco malestar.

Estos soldados paraguayos habían derrochado estoicismo y ahorrado palabras en el pasado, pero la vida en Cerro Corá no les ofrecía mucho más que una continua extenuación. Incluso quejarse consumía unas energías que nadie quería gastar. Los oficiales y los funcionarios de alto rango

podrían haber conservado parte de su previo temple, aunque solo fuera porque comían mejor que los demás. Pero se habían ensuciado las manos en San Fernando, Concepción y otros lugares donde los paraguayos se habían tornado contra sus propios compatriotas, y les preocupaba que sus acciones se volvieran contra ellos. Los miembros veteranos del gobierno probablemente no querían la muerte de López, pero en Cerro Corá tenían que preguntarse si existía todavía un futuro para su nación.

El mariscal se rehusaba a enfrentar esta posibilidad. Ya no podría evitar la desintegración de su ejército, pero para mantenerse en pie, para darle a la lucha nacional todavía un sentido, se aferraba a la fe religiosa y a algunos extraños precedentes históricos. No podía decidir si era un Moisés guiando a su pueblo a través de peligrosos parajes o un Alejandro al frente de su siempre victorioso ejército a través de un largo, pero necesario, derrotero por el desierto de Siria.[1059] Ahora que había dejado a los heridos

y a la mayoría de las mujeres y niños en Panadero, López concentró sus preocupaciones en la esfera militar, en la que siempre se había sentido más a gusto.

No obstante, se encontró con que ya no podía manipular a sus hombres con la facilidad con la que lo había hecho en el pasado. Necesitaba algo diferente. La noche del 25 de febrero de 1870, reunió a sus oficiales y tropas para una importante ceremonia. Junto con las pocas mujeres que seguían con ellos, unos 500 soldados en el campamento principal formaron un gran semicírculo (el resto de la guarnición estaba de guardia al otro lado del sitio). Había sido un día brutalmente caluroso y los hombres estaban agradecidos por la relativa frescura del anochecer.

El mariscal habló al grupo con suavidad, dejando de lado esta vez la jerga de la victoria inminente y la gloria nacional, pero enfatizando cada sílaba con deliberación. Como en el pasado, los hombres lo escuchaban atentamente, aunque ahora sus rostros lucían aprensivos a la tenue luz

de las fogatas. López comenzó felicitándolos por su firmeza. Hizo algunas bromas a expensas del enemigo y condenó al imperio como una afrenta a la civilización.[1060] Luego fue al punto, a lo que él definió como el contraste entre el vulgar militarismo y el sacrificio nacional:

> Ustedes que me han seguido desde el principio saben que yo, su jefe, estoy listo para morir junto con el último en el campo final de batalla. Ese momento está cerca. Deben saber que aquel que triunfa es aquel que muere por una causa bella, no el que permanece vivo en la escena de combate. Todos nosotros seremos mantenidos al margen del reproche de la generación que emerja de este desastre, la generación que llevará la derrota en su alma como un veneno [...] Pero las generaciones que vengan nos harán justicia, aclamando la grandeza de nuestra inmolación. Yo seré ridiculizado más que ustedes. Seré apartado de las leyes de Dios y de los hombres, y enterrado bajo montañas de ignominia. Pero [...] resurgiré desde el pozo de la calumnia para elevarme incluso más alto ante los ojos de nuestros compatriotas, y al final me convertiré en lo que nuestra historia siempre ha querido convertirme.[1061]

Esta arenga, que contenía predicciones más proféticas de lo que López podía haber imaginado, al menos reconocía la certidumbre de la derrota.

Su afirmación de que los costos habían sido justificados habrá podido quizás sonar vacía, pero había un elemento de verdad en sus palabras cuando el mariscal sostenía que todos los presentes compartían un destino común, y que todos eran camaradas a quienes la historia honraría en su momento. De esta forma, López renunciaba por un fugaz momento a su estatus exclusivo de líder y apelaba a sus hombres como el primero entre sus iguales en la lucha por salvar la nación.

Y si tales palabras no podían inspirar ese sentimiento de solidaridad con apropiada convicción, tenía algo más que ofrecer. Concedió una nueva condecoración a todos los que habían sobrevivido a los seis meses de la retirada desde Piribebuy. Distribuyendo cintas de colores en lugar de medallas propiamente dichas, López le dijo a cada soldado lo mucho que merecía la aclamación del Paraguay.[1062]

La presentación de esta nueva medalla provocó una reacción instantánea. La voz del mariscal, eso

parecía, se había liberado de cadenas invisibles y los allí reunidos estallaron en un sincero aplauso. «En toda la historia del mundo», señaló Cunninghame-Graham, «ninguna orden militar fue instituida en circunstancias más extrañas».[1063] Esto es indudablemente cierto, y si creemos a Centurión y a otros testigos, todos los presentes recibieron el gesto con una sonrisa. López saludó entonces a sus desnutridos soldados, dio por terminada la asamblea y se retiró a su carpa junto con Madame Lynch y los niños.

Los hombres se miraron unos a otros y al cielo por un momento, y luego se tiraron a dormir. El mariscal ya había despachado patrullas para buscar ganado y otras provisiones. Una de estas unidades, compuesta por 43 hombres más el comandante, el general Caballero, había partido a Mato Grosso y hacía varios días que no se tenían noticias de ella.[1064] En ausencia del general, los hombres en Cerro Corá ejercitaban formaciones, limpiaban sus sables y bayonetas y lavaban lo que quedaba de sus ropas.

Las tropas habían preparado algunas defensas menores aun cuando los brasileños estaban probablemente, según creían, a muchos días de distancia. Al frente corría el Aquidabán-niguí, con el Tacuara a unos cinco kilómetros en la extrema izquierda. En el primero, los hombres del mariscal montaron cuatro pequeños cañones que cubrían el cruce en el vado que llevaba al campamento principal. En el segundo, dos cañones y una considerable guardia de infantería servían como puesto de avanzada.[1065] Tenían pocas municiones y, dado el agotamiento de los hombres, sus esfuerzos en la construcción de defensas eran necesariamente limitados en diseño y ejecución. Los soldados pensaban que podrían mejorarlas en los días venideros.

El general Câmara pensaba distinto. Una hora antes del amanecer del 1 de marzo, una pequeña patrulla de sus jinetes brasileños consiguió cruzar el Tacuara sin ser vista.[1066] Cuando salió el sol, los brasileños cargaron contra el improvisado puesto y capturaron sus cañones antes de que los

defensores pudieran abrir fuego. Los atónitos paraguayos se dispersaron inmediatamente, pero las tropas de Câmara los persiguieron y cazaron sin mucha dificultad. Los brasileños tendieron rápidamente una emboscada entre los dos arroyos en un puesto bien camuflado y, antes de que el enemigo pudiera dar la alarma, los soldados aliados los superaron y capturaron a un oficial que resultó muy comunicativo sobre las posiciones del mariscal.[1067]

Varios de los que habían acompañado a este oficial lograron escabullirse alrededor de las 6:00. Corrieron hacia López, quien, hasta ese momento, no tenía idea de que el enemigo hubiera violado su santuario. «¡A las armas!», gritó el mariscal, y los hombres ocuparon rápidamente sus puestos defensivos, en el mismo instante en el que varias unidades de caballería cargaban sobre su posición.[1068] Se intercambiaron rondas de rifle con el frenesí habitual, aunque la mayoría de los paraguayos solamente tenía sables y lanzas para repeler el ataque.[1069]

En ocasiones previas los soldados aliados habían logrado ganar la iniciativa, pero sus comandantes habían demorado su asalto hasta que el mariscal pudo, o bien reunir tropas suficientes para controlar el campo, o bien retirarse. El general Câmara no era más imaginativo que sus predecesores en sus tácticas, pero, a diferencia de ellos, estaba determinado a no dar a López ninguna oportunidad de escapar. En consecuencia, aceleró el combate, trayendo para ello una fuerza de unos 2.000 hombres.

La infantería brasileña, un batallón de la cual estaba comandado por el mayor Floriano Peixoto, futuro presidente del Brasil, se desplegó a lo largo del Aquidabán-niguí y disparó a los pocos cañones emplazados al otro lado. Sonaron las cornetas y caballería e infantería se lanzaron a través del riacho, tomaron los cañones livianos y neutralizaron una fuerza que llegó demasiado tarde para ayudar a los defensores. Con las lanzas al frente, la infantería avanzó luego al campo abierto donde los paraguayos habían levantado sus carpas.

Cuatrocientos hombres del mariscal se juntaron en una única columna y se prepararon para el encuentro con los aliados. A último momento, sin embargo, los lanceros brasileños se desviaron, como parte de una maniobra preestablecida, y tomaron la boca del camino, cortando cualquier posible retirada.

Esto, efectivamente, cerró la trampa. Los fusileros brasileños formaron una línea de combate mientras emergían del vado que conducía al campamento. Sin perder tiempo, su comandante cargó contra la columna paraguaya y evitó el escape del mariscal. Fue un movimiento astuto, ya que, si bien los paraguayos pudieron recuperarse del impacto, la diferencia de fuerzas era enorme. Pese a todo, ofrecieron una terrible resistencia, pero los brasileños finalmente rodearon a los desnutridos defensores. Después de quince minutos, las unidades paraguayas se quebraron y se dispersaron, dejando unos 200 muertos en el campo de batalla.[1070]

Centurión trató de mantener la combatividad de

sus hombres, pero su caballo recibió un impacto y cayó con el coronel debajo. Mientras luchaba por liberarse, una bala Minié le atravesó la mandíbula. Quedó inmediatamente bañado en sangre, y, aunque todavía era capaz de moverse, apenas podía ver lo que estaba pasando a su alrededor. Se arrastró hacia el final del campamento en busca de refugio, con las balas silbando en todas las direcciones. Estaba mareado y no podía mantenerse firmemente en pie. Uno de sus recuerdos finales de ese día fue escuchar la familiar voz de López queriendo saber quién había abandonado el campo y a Panchito diciéndole que era el coronel Centurión gravemente herido.[1071]

En ese momento de confusión, la madre del mariscal, quien todavía podía sentir las lesiones de los azotes de Aveiro en su espalda, imploró a su hijo: «¡Sálvame, Pancho!», a lo que él respondió: «¡Confía en tu sexo, señora!», y se retiró apuradamente. Algunos han afirmado que López tenía reservada una fecha para ponerla frente al pabellón de fusilamiento, y que a cambio

dejó a la anciana mujer a merced de la clemencia del enemigo.[1072]

Ciertamente, todo era un pandemonio y López no podía hallar escapatoria. Empujó a Madame Lynch y a los niños a un carruaje e hincó a los bueyes. El pequeño grupo se dirigió al sur por la picada, con la esperanza de reunirse con el mariscal cuando la confusión se aplacara. Mientras tanto, las balas continuaban volando de un lado a otro mientras los brasileños llegaban a la carpa del mariscal y se asombraban de encontrar allí colchas damasquinas, provisiones, archivos y varios artículos de lujo.

Mientras su familia se perdía por el camino, López clavó sus espuelas en los flancos de su caballo y, junto con su personal y media docena de oficiales, galopó furiosamente hacia el Aquidabán-niguí. Sus ojos estaban fijos en la orilla opuesta.[1073] Todos los hombres tenían sus espadas desenfundadas. Antes de llegar al arroyo y al monte que se yergue detrás de él, sus guardias fueron interceptados por el fuego brasileño. Lo

mismo ocurrió con Caminos, el adulador secretario y edecán del mariscal. El general Resquín, único paraguayo de rango que montaba una mula ese día, cayó al piso cuando su animal tropezó. Cubierto de barro, trató de ponerse en pie y alcanzar su espada, pero no llegó a asirla del todo. Los brasileños se acercaron, levantó las manos y fue hecho prisionero.[1074]

El mariscal no tenía intenciones de compartir el destino de su general. Dio vueltas por un momento y luego huyó oblicuamente hacia el arroyo, con el ruido de la caballería detrás de él. El suelo, repentinamente, se volvió blando bajo los cascos de su caballo, y el animal tropezó y cayó. López se apeó de la silla, se metió en el agua y pronto se hundió hasta las rodillas en el fango. Siguió caminando dificultosamente, pero fue detenido por los brasileños, que comenzaron a demandar su rendición en medio de insultos, tratándolo de cerdo y tirano. Aveiro llegó al lugar durante este intercambio y el mariscal le gritó: «¡Matá a estos macacos!» Era demasiado tarde para eso.[1075]

Una amenaza de violencia inmediata puede volver a los cobardes corajudos y hacer vacilar a los valientes. López no era diferente, en este sentido, del soldado común paraguayo. Continuó tratando de avanzar y de seguir a Aveiro, pero no lo consiguió. Seis jinetes enemigos galoparon hasta llegar a corta distancia de él, ordenándole entregar su espada. En respuesta, él los llamó *kamba* y los maldijo por profanar el suelo de su país.

Aunque los testimonios son contradictorios, López pudo haber recibido un disparo en el pecho en ese instante, o quizás fue herido por un golpe de sable.[1076] En cualquier caso, se mantuvo en su posición.[1077] El general Câmara se acercó y, reconociendo al comandante enemigo, agregó su estridente voz al clamor. Ordenó a sus hombres no disparar y aprehender al mariscal, quien ya se había quedado atrás de Aveiro y seguía profiriendo invectivas a sus perseguidores mientras el coronel se alejaba.

El gobierno brasileño había ofrecido una

recompensa de 100 libras esterlinas a cualquiera que abatiera al mariscal. Esto, evidentemente, fue muy tentador para un pequeño y fiero cabo riograndense llamado José Francisco Lacerda, quien replicó a las afrentas que López prodigaba y luego avanzó hacia él a caballo. Con la habilidad de un picador en una plaza de toros (aunque sin su gracia), clavó su lanza en el abdomen del mariscal. El cabo, a quienes sus camaradas llamaban Chico Diablo, vio el dolor en el rostro de López y se complació por ello, pero no pudo evitar sentir también cierto estremecimiento ante la altivez del líder enemigo. Como era su costumbre, la soldadesca brasileña incluyó a Lacerda en su lista de héroes populares, dedicándole incluso una ingeniosa cancioncilla para celebrar su hazaña: «O cabo Chico Diabo do diabo chico deu cabo» (el cabo Chico Diablo dio cuenta del diablo chico). El gobierno imperial le concedió un premio consistente en una prueba más tangible del aprecio del emperador y el cabo volvió a su casa de Rio Grande 100 libras más rico.[1078]

Los momentos finales de López, aunque icónicos, son todavía hoy oscuros en sus detalles. Algunos testigos afirman que fue baleado en el pecho pero que se mantuvo en pie a pesar de sus heridas de fuego y lanza. Otros aseguran que cayó de cara en el arroyo y se levantó para dar una última muestra de determinación, pero cayó de nuevo. Todos coinciden en que Câmara se estaba impacientando y en que, al ver que su presa finalmente se tambaleaba, le imploró que se rindiera. Si bien el paraguayo no tuvo fuerza suficiente para levantarse, sí se las arregló para hacer una última exhibición de orgullo. Frunció los labios, escupió y luego gritó las palabras de su propia apología: «¡Muero con mi patria!»[1079]

López carraspeó, la sangre le brotó desde las entrañas y cayó inconsciente. Su último trago de aire fue tan impetuoso como la primera respiración de un bebé. Su furia, su vanidad y sus caprichos expiraron en segundos. Lo sacaron del Aquidabán-nigui como de una Estigia. López ya no era el mariscal, sino solo otro cadáver cuya sangre se

mezclaba con el suelo paraguayo.

El después

Si la historia de la Guerra de la Triple Alianza hubiera sido una epopeya homérica, habría terminado con Francisco Solano López eligiendo deliberada y altivamente una muerte con honor antes que una vida con humillación.[1080] En realidad, más allá de los posteriores relatos románticos, su deceso se produjo en medio de una gran confusión y mientras intentaba huir. No todos en Cerro Corá se dieron cuenta de que el jefe de la guerra había llegado a su fin. Algunos paraguayos continuaron peleando y varios otros ni siquiera tuvieron conocimiento del suceso. El general Caballero, por ejemplo, estaba todavía en Mato Grosso buscando provisiones.

Por su parte, los brasileños se ensañaron contra los desamparados sobrevivientes paraguayos con vergonzoso salvajismo. El campamento principal fue el que experimentó la mayor parte de esta violencia. El anciano vicepresidente Sánchez, tan a menudo objeto de menosprecio por parte de

López, salió de su carpa con el sable en la mano. Un minuto más tarde, los lanceros brasileños lo derribaron. El viejo funcionario se comportó de manera mucho más valiente que su patrón. Murió peleando, como lo hicieron tres coroneles, un teniente coronel y cinco capellanes militares.[1081] Un buen número de oficiales y personal subalterno murió al mismo tiempo, un hecho que Chris Leuchars atribuye a una probable orden del comandante aliado de no dejar escapar vivo a ningún miembro del gobierno del mariscal.[1082] Tal vez tenga razón, pero la ausencia de evidencia documental de tal orden, y el hecho de que un buen número de paraguayos de alto rango sí haya sobrevivido, sugiere que los brasileños, por despiadadamente que se hayan comportado, no tenían instrucciones de masacrar a los paraguayos.

En un día lleno de momentos conmovedores, quizás el más emotivo de todos sucedió cuando la caballería brasileña alcanzó a Madame Lynch y a sus hijos. El mariscal y la mayoría de sus hombres

ya habían muerto una hora o dos antes, y las tropas aliadas estaban buscando fugitivos afanosamente. El carruaje de la Madama no había avanzado mucho por la Picada de Chirigüelo cuando los jinetes brasileños llegaron galopando por detrás. Su oficial, un teniente coronel llamado Francisco Antonio Martins, se adelantó y exigió la rendición a la escolta de niños-soldados.[1083]

Ahora coronel al servicio de su padre con sus quince años, Panchito López se mordió los labios y, cuando Martins le dio momentáneamente la espalda, sacó la espada y lo golpeó, hiriéndolo levemente en el antebrazo. «¡Ríndete, niño!», exclamó Martins con desprecio, elevando su sable para amenazarlo y protegerse de otros ataques. Madame Lynch dio un alarido desde el carruaje implorando al hijo que no opusiera más resistencia. «Un coronel paraguayo jamás se rinde», respondió Panchito con arrogancia, haciéndose eco del vacuo sentimiento que había guiado la causa del mariscal desde 1864.[1084]

Blandiendo su pesada arma en el aire, el niño

rugió a las tropas brasileñas, que se asombraban ante su alocado ardor, conteniendo la risa. Pero luego, cuando su mano se dirigió a un revolver, perdieron su sentido del humor y su paciencia. Un lancero dio un paso al frente y lo atravesó con su lanza. Su madre acababa de apearse de la carreta y estaba solo a tres pasos de él en ese momento.

«¡Soy inglesa, respétenme!», exclamó,[1085] para luego estallar en llanto y tomar en sus brazos el cuerpo de su primogénito. Ante esta escena, otro hijo de López, José Félix, de once años, gritó incontrolablemente: «¡No me maten, soy extranjero, hijo de una inglesa!», aunque en realidad no lo era de Madame Lynch, sino de Juana Pesoa. Él también fue lanceado, una muerte totalmente innecesaria y atroz.[1086]

Con una expresión de absoluta consternación, Madame Lynch se puso de pie, pero no pudo encontrar palabras. Ahora tomaba el lugar de tantos soldados paraguayos que habían caído antes que ella, rodeados en el campo de batalla por sus hijos muertos. Su vestido negro de seda, tan

incongruentemente hermoso, su cabello, tan delicadamente arreglado como para una *soirée* de París, estaban manchados con su sangre.

Si los brasileños tenían órdenes de no tomar prisioneros, no las acataron al pie de la letra, ya que muchas figuras clave del entorno del mariscal salieron de Cerro Corá como cautivos. El coronel Centurión había recibido alguna ayuda brindada de mala gana por las residentas, quienes lo escondieron en una improvisada choza de paja desde donde presenció la innecesaria muerte de dos niños-soldados que habían tratado de rendirse. El coronel llegó después a un refugio entre los árboles, donde pasó toda la tarde hasta que finalmente fue encontrado y llevado con los demás. No había tenido nada para beber excepto su propio orina.

Sorprendentemente, el coronel Escobar, el héroe de Ypecuá, sobrevivió al enfrentamiento final. Lo capturaron mientras estaba trasladando uno de los últimos cañones paraguayos. Cuando jinetes brasileños lo rodearon y le gritaron la

noticia de que López estaba fuera de combate, Escobar bajó su espada y se entregó. Inmediatamente, envió un mensaje sobre la muerte del mariscal al general Francisco Roa, quien, sin embargo, pensó que el mensaje era una trampa aliada y continuó peleando hasta caer gravemente herido. Los brasileños lo degollaron cuando yacía postrado, una salvajada de la que el mismo Escobar se sintió responsable después.[1087] También sobrevivieron el padre Maíz, los generales Resquín y José María Delgado, los coroneles Aveiro y Ángel Moreno, varios tenientes coroneles (incluido el fiel correntino Víctor Silvero), el ministro José Falcón y otros miembros de menos rango del gobierno.

Una vez que se hubo verificado la identificación del cuerpo de López, el general Câmara ordenó construir una litera de ramas y llevarlo al campamento principal, donde estuvo en el suelo por varias horas. Durante ese tiempo, el personal médico le realizó una autopsia. Los doctores comunicaron el informe solo después de volver a

Concepción. Encontraron un corte de tres pulgadas en el abdomen (probablemente de sable), dos importantes heridas punzantes que surcaban de abajo arriba el abdomen, una de las cuales penetró en los intestinos, mientras que la otra atravesó el peritoneo hasta la vejiga. También encontraron una herida de arma de fuego en la espalda, de la cual extrajeron una bala Minié.[1088] Se pusieron centinelas para evitar que el cuerpo fuera profanado, ya por brasileños pendencieros, ya por mujeres paraguayas, pues estas «querían danzar sobre su cadáver». Supuestamente «costó no poco trabajo» impedir que lo hicieran.[1089]

Para entonces, la segunda columna brasileña había llegado de Chirigüelo, elevando el contingente aliado a alrededor de 6.000 hombres. Cada uno de ellos, al parecer, quería ver los cuerpos de López y Panchito, ambos en el campamento junto con Madame Lynch y su séquito. Doña Juana Pabla y las hermanas de López se acercaron, pero no intercambiaron palabras con la afligida mujer. Solamente la madre del mariscal

mostró alguna emoción y lloró amargamente por su hijo y su nieto. Rafaela e Inocencia, en cambio, negaron a su hermano muerto cualquier muestra de simpatía y dijeron a los otros paraguayos presentes que el mundo estaba mejor sin ese maniático, quien «no es hijo, ni hermano, [solo] un monstruo».[1090]

En cuanto a Madame Lynch, ya se había recompuesto, con esa fortaleza interior que le sirvió en tantas ocasiones desde 1864. Asumió una postura de viuda distinguida, dueña de sí misma, lista para proteger a sus demás hijos, pero sin renunciar en lo más mínimo a su dignidad. El general Câmara y el coronel Ernesto Cunha de Mattos se sintieron conmovidos por ello y en adelante le prodigaron todas las consideraciones posibles. Tras pelear brutalmente, Câmara deseaba parecer magnánimo, mientras que Cunha Mattos recordaba la amabilidad personal de la Madama hacia él cuando estuvo prisionero en las líneas paraguayas.

Los brasileños le permitieron conservar sus

finos comestibles y otras propiedades, así como recorrer el campamento sin ser molestada. «Aunque se sabía que tenía con ella brillantes y joyas de inmenso valor, nada se tomó de su carruaje; al contrario, un guardia brasileño la protegía de [cualquier] violencia».[1091] Cunha de Mattos actuó como su escolta personal en el viaje de regreso a Concepción. Al ponerse a sus órdenes, expresó la creencia de que sus camaradas oficiales se comportarían con su misma escrupulosidad.[1092] Madame Lynch hechizó a estos hombres como lo había hecho con McMahon, Cuverville y tantos otros extranjeros en Asunción. Su «mezcla de arrogancia y fina cortesía» hizo su magia por última vez.[1093]

Todavía vestida con delicadeza parisina y desenvolviéndose como una gran, si bien desafortunada, dama, Lynch rogó permiso para enterrar a López y a Panchito. El comandante brasileño se lo concedió y designó soldados para ayudarla, y ella y sus hijos sobrevivientes cavaron tumbas no muy profundas para sus difuntos. El

exministro Washburn afirmó —no muy convincentemente— que Câmara también le proporcionó guardias para protegerla de las residentas, quienes «sin duda le habrían sacado los ojos [...] y arrojado su cuerpo mutilado al Aquidabán para comida de los cocodrilos».[1094]

Los soldados que ayudaron a Lynch a enterrar a su amado tuvieron impresiones encontradas ante esta tarea. Por un lado, compartían la sensación general de reivindicación y alivio, ya que el inhumano López estaba finalmente muerto y, con él, toda la agresión que había proyectado hacia el imperio.[1095] Por otro, aunque estos soldados eran hombres rudos que se hicieron aún más duros con la guerra, no pudieron evitar un sentimiento de admiración por esta atractiva mujer cuya familia ellos mismos acababan de hacer trizas. Tal vez se sintieron también un tanto avergonzados. El entierro, por lo tanto, fue rápido: dos agujeros cavados en tierra blanda, dos cuerpos envueltos en sábanas blancas, dos sencillas cruces de madera y ninguna indicación sobre quién yacía debajo de

ellas. Por más de una generación, no hubo ni una simple lápida en el sitio.[1096]

Había muchas otras tumbas que cavar en Cerro Corá, y poco tiempo que perder. Câmara quería volver cuanto antes a Concepción, donde el conde d'Eu esperaba detalles del enfrentamiento final. El general riograndense se llevó consigo a 244 prisioneros paraguayos, incluyendo a los «preciosos trofeos del triunfo», Madame Lynch y las mujeres e hijos de López.[1097] Los aliados habían sufrido apenas siete heridos, mientras que los paraguayos perdieron a la mitad de su contingente de 500 defensores. Algunos de estos fueron liquidados después por los brasileños, como había ocurrido en Yataí, pero muchos indudablemente desaparecieron en el monte y luego se unieron a las líneas de refugiados. Los paraguayos también perdieron 16 cañones, dos banderas y una cantidad sustancial de municiones.[1098]

Los vencedores tomaron muchos *souvenirs*. Por ejemplo, la espada de López, que Câmara envió a

Rio de Janeiro como un presente para don Pedro.[1099] Encontraron diversas chucherías, como espuelas de plata, bombillas, algunas joyas. Un hombre se quedó con el reloj de pulsera del mariscal, sobre el cual estaba grabado el lema nacional, «Paz y justicia». Y el coronel José Vieira Couto de Magalhães, un leído oficial que posteriormente se convirtió en el decano de los etnógrafos de Brasil, descubrió entre las posesiones personales de López una edición de 1724 del *Arte de la lengua guaraní* del padre Antonio Ruiz de Montoya, que guardó como objeto de estudio por muchos años.[1100]

La caravana de prisioneros que partió para el viaje de once días a Concepción enfrentaba un futuro desconocido. La mayoría estaba contenta de que la guerra al fin hubiera terminado, aun cuando ello significara la ocupación extranjera. A otros les preocupaba el tipo de esclavitud que los brasileños pudieran tener en mente para ellos. Se preguntaban si les esperaba un destino de trabajo forzado o si el emperador los haría desfilar ante el

público como animales de circo y luego los fusilaría cuando se cansara del juego. El mayor Floriano, quien custodiaba a un grupo de prisioneros, como al pasar, informó al padre Maíz que el general Câmara había recibido órdenes del conde de ejecutarlo, pero que él, Floriano, no tenía intención de obedecer.[1101]

Los prisioneros, ciertamente, tenían mucho por lo que inquietarse. Sus antiguas nociones de nacionalismo paraguayo, que el mariscal había cultivado desde los vibrantes días de Curupayty, eran ya irreconocibles. Ni siquiera tenían claro si volverían alguna vez a ver Asunción. Sin embargo, ni Câmara ni el conde pretendían entregar a sus reclusos de alto rango a la justicia sumaria de los triunviros. De hecho, se generó una considerable fraternización entre los viejos lopistas y sus captores brasileños. Todos quedaron encantados con el coronel Centurión, que podía citar a Shakespeare y a Temístocles con facilidad y hacer bromas acerca de su herida (que se curó rápidamente). José Falcón era igualmente

apreciado como un caballero que había quedado envuelto por las circunstancias con algunos despreciables engreídos.

Y hubo otros lazos más sustanciales entre victoriosos y vencidos. Algunos afirman que Inocencia López tuvo un pequeño pero apasionado romance con el general Câmara y que este la dejó embarazada unos días después de la muerte de su hermano. Rafaela López, definitivamente, tuvo una relación con el coronel Azevedo Pedra, ya que se casaron poco después y fijaron su residencia en Mato Grosso. Por su parte, el capital Teodoro Wanderley, un oficial menor en el comando brasileño, se quedó tan hechizado por una hija de Venancio que permaneció a su lado no solo hasta llegar a Concepción, sino durante todo el camino hasta la capital paraguaya.[1102]

Una vez que llegaron a la base brasileña, los paraguayos de rango recibieron órdenes de firmar un pronunciamiento denunciando al mariscal; la mayoría lo hizo, para repudiar la declaración posteriormente.[1103] Resquín, Aveiro, Maíz y

varios otros permanecieron incomunicados a bordo de un buque de guerra, pero no fueron maltratados.[1104] El conde d'Eu, quien supo de la victoria de Câmara el 4 de marzo, cuando estaba en camino desde Rosario, informó al gobierno imperial que tenía en su poder a varias importantes figuras, pero que el tirano López había preferido la muerte. La guerra había terminado, anunció el príncipe Gaston, finalmente, con seguridad, y agregó que sus hombres merecían felicitaciones y un largo descanso. Todos estaban ansiosos de volver a casa.[1105]

Las celebraciones que siguieron en el campamento aliado fueron bulliciosas, pero probablemente no tanto como en Rio de Janeiro. El júbilo, si ese es el término correcto, fue mucho más moderado en Buenos Aires, Montevideo y la ocupada capital paraguaya.[1106] En esta última, poetas callejeros, mayormente italianos, festejaron el fin de la guerra y la desdicha del gran hombre, pero la mayoría de los paraguayos simplemente se sintió aliviada. Prácticamente todos habían

perdido un hijo, un hermano, un padre. Todos habían sufrido demasiado como para regocijarse.

La Regeneración reflejó la reacción de Paranhos y de los denominados «liberales» en la capital cuando señaló que el «1 de marzo marcará para siempre el aniversario de la libertad en Paraguay, sellado con la ignominiosa muerte de un monstruo que lo gobernó sanguinariamente y que exterminó a sus hijos».[1107] Si la mayoría de los paraguayos coincidía o no con esto, era irrelevante. Mucha gente estaba todavía deambulando en pequeños grupos en el interior buscando comida, y comprendía que los aliados habían ganado y que la nación tendría que someterse a ese hecho. A esas alturas, los asunceños ya habían aprendido esa lección.

En abril, el general Caballero y sus hombres salieron de los montes. Habían localizado solo unas pocas cabezas de ganado en la frontera de Mato Grosso y se enteraron de la muerte del mariscal unas tres semanas después. Bordearon los distritos de la zona de Dourados, donde

escucharon rumores de que otros grupos dispersos habían muerto en choques con brasileños, que no habían dado cuartel.[1108] Caballero, finalmente, optó por dar la vuelta cuando sus hombres divisaron unidades de caballería enemiga a la distancia.[1109] Posteriormente, encontraron otra tropa de caballería aliada cuando se acercaron a Concepción, y esta vez, después de que el enemigo disparó unos cuantos tiros en su dirección, Caballero levantó la bandera blanca en señal de rendición. Para entonces sus soldados ya estaban casi completamente desnudos, con sus últimas y pocas ropas hechas harapos durante el trayecto final por la selva.

Las balas que silbaron sobre sus cabezas fueron las últimas que se dispararon en la Guerra de la Triple Alianza. Los jinetes aliados desarmaron a los soldados paraguayos y les dieron agua y comida. Como tampoco ellos tenían ropa extra, les entregaron cueros y pieles silvestres para cubrirse. Y así, vestidos como trogloditas, los últimos soldados lopistas marcharon al cautiverio.

Caballero fue llevado junto con los otros prisioneros de alto rango y enviado a Rio de Janeiro. La mayoría de sus oficiales y tropas obtuvieron su libertad al llegar a Concepción y se les permitió unirse a los grupos de refugiados que se dirigían a Luque y a la capital.[1110] Para cuando llegaron allí, ya nadie pensaba en hacer la guerra, en el sacrificio, en el nacionalismo paraguayo ni en la lealtad al mariscal López. El heroísmo no consiste solamente en pelear y morir. La muerte acaba con las calamidades de una persona, mientras que la vida las incrementa. Los paraguayos necesitaban fortalecerse para enfrentar los desafíos de la paz. Su prioridad ahora, como individuos y como nación, era sobrevivir.

EPÍLOGO

La larga guerra había llegado a su fin. Nadie podía medir aún su impacto a largo plazo en los países del Plata, aunque los efectos inmediatos eran patentes. Los aliados emergían victoriosos, pero se quedaban con un país postrado, cuya independencia se habían comprometido a respetar por razones geopolíticas. Brasileños y argentinos habían exprimido sus tesoros nacionales para aplastar a López y miles de sus soldados yacían en sus tumbas. Para algunos oficiales, el honor había quedado satisfecho en Cerro Corá. Pero para los hombres en el campo de batalla hacía tiempo que la lucha había perdido todo sentido.

En términos militares, la campaña paraguaya ofreció pocas sorpresas. Cualquier posibilidad de que el mariscal obtuviera una victoria significativa desapareció con la destrucción de su flota en el Riachuelo a mediados de 1865. Desde ese momento, los paraguayos perdieron toda expectativa razonable de rescatar el régimen blanco en Montevideo o encontrar amigos útiles en las provincias argentinas. La lucha pronto tomó la forma de un prolongado desgaste en el cual los aliados gozaban de todas las ventajas materiales y de la mayor parte de las ventajas políticas.

Brasileños y argentinos sufrieron algunos reveses importantes, incluyendo una espectacular derrota en Curupayty. La única innovación estratégica importante que intentaron —la operación de Mato Grosso— resultó un fracaso, después de lo cual retornaron a su idea original de hostigar a Humaitá hasta su colapso. Esta estrategia, en última instancia, trajo la esperada victoria, aunque solamente después de un largo esfuerzo. El duque de Caxias y el conde d'Eu

adoptaron un armamento más actualizado durante el curso del conflicto y mejoraron dramáticamente sus tácticas tanto en materia de aprovisionamiento como en materia de apoyo médico. También confiaron el comando de la campaña a oficiales que ya habían probado su valía en combate; el éxito de estos experimentados oficiales demostró que el profesionalismo militar normalmente se impone sobre el simple coraje.

Las demás lecciones militares de la guerra fueron puramente técnicas. La conscripción universal proporcionó una valiosa y confiable fuente de recursos humanos, y el tendido de líneas telegráficas fue un paso esencial para mantener una buena defensa. Los buques acorazados, en contraste, estuvieron sobrevaluados como herramientas ofensivas, ya que en la práctica fueron poco efectivos para silenciar o para dañar baterías bien montadas en tierra. Fue igualmente problemático poner cañones o mosquetes estriados en manos de tropas cuyos comandantes no habían tenido entrenamiento en su utilización. Los

cañones livianos, a pesar de que tenían menor poder de impacto, fueron superiores a los más pesados porque eran más fáciles de transportar. Por la misma razón, los cohetes Congreve probaron ser mucho más exitosos de lo que se creía, en tanto que los rifles aguja no tuvieron un efecto positivo y fueron rechazados por todos los que trataron de usarlos. Las fuerzas de caballería tampoco tuvieron el éxito esperado, y los ministros de guerra comenzaron, en consecuencia, a prestar mayor atención a organizar y mantener unidades de infantería. Los globos aerostáticos proporcionaron buena información de inteligencia al principio, pero el enemigo pudo contrarrestar ese peligro prendiendo fogatas para oscurecer cualquier observación. Un sistema flexible y bien organizado de aprovisionamiento fue fundamental para enfrentar a un oponente que tenía la ventaja de contar con líneas interiores. Y, finalmente, aunque el hundimiento del *Rio de Janeiro* pudiera sugerir otra cosa, los «torpedos» de río sirvieron más como amenaza en las mentes de los planificadores

navales que para causar verdadero daño.

Nada de esto podía impresionar a hombres como Max von Versen, ya familiarizados con los avances desplegados en las guerras de Norteamérica y Crimea. Lo que nadie pudo prever, sin embargo, era que los paraguayos estarían dispuestos a llegar tan lejos para continuar defendiendo no solamente el régimen del mariscal, sino a su comunidad y a su nación. Tenazmente resistieron las arremetidas aliadas incluso después de que sus oportunidades de victoria se desvanecieron, después de que todos los intentos de una paz negociada fueron rechazados y después de que todas las mediaciones extranjeras se dejaron de lado por impracticables. Los paraguayos resistieron como los hombres y mujeres de Masada, y soportaron un destino similar, en un proceso que asombró al mundo entero.

En el ambiente político, la Guerra de la Triple Alianza generó muchos ajustes y aceleró cambios que ya habían comenzado en las cuatro naciones

involucradas. La guerra le costó a Argentina unos 18.000 muertos en combate. Hubo también considerables costos financieros que el gobierno nacional argentino tuvo que absorber, quizás unos 50 millones de dólares de la época, recursos que pudieron haberse invertido más productivamente en educación e infraestructura.[1111] Como era de esperarse, pasó un buen tiempo antes de que los préstamos fueran devueltos a los distintos bancos.[1112]

A pesar de estos costos, la guerra significó enormes ganancias para comerciantes y estancieros de Buenos Aires y de las provincias del Litoral. Justo José de Urquiza y Anacarsis Lanús fueron solo dos de los muchos hombres que se hicieron inmensamente ricos como proveedores de ganado y suministros a los ejércitos aliados. La prosperidad de los oligarcas bonaerenses, en particular, ayudó a consolidar la supremacía del gobierno nacional, que sacó ventaja de la obsesión brasileña con Paraguay para afirmar su poder en las provincias del interior, así como para

fortalecer el poder del ejército. Los provincianos dieron unas pocas bocanadas finales en defensa de sus ideales federalistas hasta que se esfumaron del todo, a la par de su viejo deseo de ponerse en pie de igualdad con Buenos Aires.[1113]

El tono del liderazgo dentro del gobierno nacional argentino —y de la dirección política en general— cambió decididamente como resultado de la guerra. Bartolomé Mitre había actuado como el proponente clave de las políticas probrasileñas en el Plata, pero sus recomendaciones al respecto no sobrevivieron a la década. Mitre creyó en la Triple Alianza como la mejor manera de impulsar los intereses argentinos, y, después de la derrota del mariscal, buscó reforzar sus buenas relaciones con Brasil. Con ese fin fue a Rio de Janeiro como embajador a mediados de los 1870; pero, aunque se llevó bien con el emperador, perdió apoyo entre los funcionarios imperiales que consideraron que la Argentina ya no era de fiar.[1114]

Rechazado en el papel de pretendiente, Mitre buscó solaz una vez más en la política nacional

argentina, donde fue rechazado también.[1115] Su país estaba cambiando más de lo que él había anticipado. La inmigración masiva acababa de comenzar y muchos ya empezaban a verla como un puente entre el régimen criollo del pasado y la nación cosmopolita del futuro. Sus promotores percibían la inmigración europea como una solución eugenésica para los males sociales de la nación, con la teoría de que, al reemplazar a gauchos e indios con «buena raza europea», el país podría finalmente convertirse en esa nación más «civilizada» que Sarmiento había anunciado. Adicionalmente, al introducir alambradas en las Pampas, construir caminos, sembrar praderas con cereales para exportación y mecanizar el procesamiento de carne, la economía argentina se transformó a base de líneas marcadamente modernas. Esto ilustraba el terrible y a la vez maravilloso monstruo llamado «progreso» que José Hernández condenaba y Mitre consideraba la obra de su vida.[1116]

Aunque el ex jefe de Estado podía llevarse el

crédito de una gran parte del cambio, se sentía crecientemente fuera de lugar en el nuevo ambiente. El presidente Nicolás Avellaneda tuvo la suficiente visión como para perdonar a Mitre por su mal concebida rebelión de 1874, pero Mitre nunca pudo perdonar a sus sucesores por ignorarlo. Siguió manteniendo un perfil público a través de *La Nación,* todavía uno de los grandes diarios de su país, y hasta cierto punto jugó un papel de padrino de jóvenes que recurrían a él en busca de consejo. Pero pasó los últimos años de su vida frustrado y triste. Sus amigos más íntimos murieron antes que él, como también su esposa y varios de sus hijos, uno de ellos por suicidio. Con cada muerte, su brillante chispa política se fue apagando cada vez más.

Encontró refugio en la escritura y en su magnífica biblioteca de libros, panfletos y periódicos, localizada a pocas cuadras del río, en Buenos Aires. Desde principios de los 1880 se lo encontraba allí a cualquier hora del día con una manchada levita, sentado y con una pluma en la

mano detrás de barricadas de libros. Estos eran sus verdaderos amigos, los más leales. A medida que envejecía, se parecía menos al reverenciado fundador de una Argentina liberal y moderna y más a un coleccionista excéntrico de detalles históricos, un *talmudiste manqué*. Escribió biografías clásicas de sus héroes Belgrano y San Martín, ocasionalmente recibía delegaciones científicas y coqueteaba con la poesía cada vez que estaba de humor.[1117]

Por más de treinta años Mitre se guardó para sí mismo sus opiniones acerca de la campaña paraguaya. Solamente dejó este silencio voluntario en 1903, cuando unos veteranos brasileños publicaron una serie de jeremiadas cuestionando su efectividad como comandante aliado. Respondió lanzando la *Memoria militar* que había preparado para Caxias en septiembre de 1867, y tuvo éxito al defender sus acciones a su manera usual, aguda y perspicaz. Luego se retiró calladamente a su biblioteca y murió tres años más tarde, todavía acosado por recuerdos y por miles

de sueños no realizados. Su país continuó sin él.

A pesar de su frecuente invocación a un futuro feliz para Argentina, Domingo Faustino Sarmiento también se sintió fracasado cuando dejó la presidencia en 1872.[1118] Tuvo que cargar con la responsabilidad de las deudas de guerra y de otras que el Estado argentino había acumulado. Esto primero le causó enojo, luego acritud. Escribió cáusticos artículos sobre sus oponentes políticos, teorizó acerca de cuestiones raciales y se enfrascó en una actitud de perpetuo reproche. Había llegado a la cima del Aconcagua y ahora no estaba seguro de que su escalada política hubiera valido la pena, ya que la vista era gris por la incertidumbre. Sus frustraciones lo apartaron de sus amigos y familiares y lo hundieron en una depresión de la que nunca se recobró. Visiones de Dominguito sangrando en el suelo de Curupayty perturbaban su descanso nocturno y lo hacían hablar en sueños. Sarmiento murió en un paradójico exilio en Asunción por razones de enfermedad, sentado en un sillón apropiado para

un maestro de escuela, solo y sin lamentaciones.

Como Argentina, el Imperio del Brasil vio cambiar su destino político junto con el carácter de su nacionalismo, aun cuando estos cambios fueron aceptados con la mayor de las renuencias por parte de los tradicionales depositarios del poder. Entre los más influyentes (y más conservadores) de estos hombres estaba Caxias, quien había servido como comandante aliado en Paraguay tras la partida de Mitre. Para expresarlo de forma moderada, el «Duque de Hierro» volvió a la vida política de Rio en medio de la gracia pública y del desdén privado. Seis meses después de Cerro Corá, el Senado imperial nombró a Caxias miembro del Consejo de Estado, posición que retuvo a la par que servía como senador. El no haber querido perseguir a López después de Lomas Valentinas y su controvertida renuncia al comando en Asunción fueron olvidados y, en 1875, el emperador convenció al reacio general de aceptar ser primer ministro por tercera vez. Como era de esperarse, el duque mantuvo con callada

dignidad la oficina que Zacharias, Itaboraí y Paranhos habían ocupado con considerable fanfarria. Pero, a diferencia de ellos, introdujo pocas innovaciones y dejó los asuntos más delicados del gobierno a sus colegas más jóvenes. Caxias jugó un papel constructivo para dar un final feliz, si bien no definitivo, a la espinosa «Cuestión Religiosa». Luego, en enero de 1878, dio un paso al costado, dejando el poder a sus adversarios liberales para retirarse a su *fazenda* de Santa Mônica. Murió dos años después, casi una década antes que el imperio que tanto había hecho por defender.

Aunque pasó los años de la guerra a cierta distancia de la escena de combate, la figura imperial de don Pedro también se había deslucido apreciablemente por la Guerra de la Triple Alianza, cuyo peso él siempre había asumido como una cuestión de honor. Como Liliana Moritz Schwarcz y John Gledson observaron,

> Al principio de la guerra, cuando tenía cuarenta, con su robusta

apariencia en su uniforme, don Pedro II presentaba la estampa de un gobernante sereno y confiado […] En la época de las grandes batallas, fue retratado como un soldado en acuciantes circunstancias: después de todo, el Brasil había gastado 600.000 contos y empeorado su dependencia financiera de Gran Bretaña. Su líder, a caballo […] llevando un pequeño catalejo con la batalla detrás de él […] o rodeado de niños, era un monarca que simbolizaba la nación en guerra. Pero la calma y tranquilidad con que las fotos tratan de impresionarnos no pueden ocultar la ansiedad real. La famosa barba de don Pedro […] se estaba emblanqueciendo frente a los ojos de todos, y la ahora familiar imagen de un hombre viejo, por la cual es todavía reconocido en Brasil […] estaba emergiendo [… Las] fotografías oficiales esconden el malestar de quien ha ido a la guerra […] y visto el lado menos brillante de su imperio.[1119]

No obstante los indicios de declive físico, don Pedro perseveró y, por mucho tiempo, pocos tronos parecieron más seguros. Su reino, generalmente próspero, podría haber durado toda su vida de no haber sido por cierta lasitud que no se preocupó en disimular. Desatento del temperamento de la generación más joven, el emperador no pudo ajustar su pensamiento a los tiempos cambiantes; se sorprendía constantemente reaccionando frente a los desafíos políticos antes

que iniciando reformas por su propia voluntad. Dedicó casi tanto tiempo a viajar fuera del imperio como a gobernarlo activamente. En parte como resultado de esta desatención, perdió el apoyo incondicional del clero durante la década de 1870 y luego vio disiparse la lealtad de la élite *fazendeira* de plantadores durante la década siguiente.

Pedro, al parecer, se había cansado de defender la monarquía con el mismo entusiasmo con que había impulsado la campaña contra López. Ciertamente, no quiso reconocer el significativo desencanto que se había instalado entre oficiales militares cuyas identidades se habían moldeado en la guerra. Estos individuos se rehusaban a volver a su estatus de pueblerinos anónimos y tomaban como una afrenta que sus sacrificios fueran minimizados.

Después de Cerro Corá, la mayoría de las unidades brasileñas regresaron a casa para lo que ellas pensaban que sería un gran recibimiento. La reacción del público se acercó a ello, pero de

parte del gobierno imperial los soldados solo encontraron cierto temor —que resultaría justificado— de que los hombres en uniforme hubieran alcanzado una prominencia excesiva mientras cumplían su deber en Paraguay. Ahora que la guerra se había ganado, los parlamentarios quisieron poner a los militares de nuevo en su lugar a través de una serie de gestos degradantes y de recortes en su presupuesto. Se podría interpretar que estos cambios reflejaban ajustes normales en condiciones de posguerra, pero los militares se sintieron ofendidos por lo que veían como una calculada falta de respeto. Alguien que podía reconocer un insulto cuando lo veía y que expresó una abierta irritación fue el conde d'Eu, quien protestó airadamente ante cada acción que menoscabara a los combatientes y a la institución militar.[1120]

Las fuerzas armadas se tragaron su orgullo e hicieron lo que se les decía, pero muchos oficiales en los mandos medios nunca olvidaron el trato recibido. Su pensamiento se definiría en lo

sucesivo por su lealtad a la nación brasileña, y ya no tanto al emperador, y esto, presumiblemente, fue cierto también para sus partidarios civiles, incluyendo los 30.000 soldados que habían retornado a la vida cotidiana.[1121] Los militares sabían, y, aparentemente, Pedro no, que la política pronto transformaría la nación, y ellos pretendían hacer una diferencia cuando el cambio se produjera.[1122]

Si bien antes de la guerra cada hombre en las fuerzas armadas reconocía a un Brasil que defender, eso no significaba necesariamente que se sintiera identificado con una comunidad afín de brasileños. Las tropas de Caxias habían mostrado que tal ambigüedad era efímera. El carácter extendido de la guerra le dio un sentido concreto al nacionalismo brasileño, y con un total de bajas de 60.000 hombres entre muertos y heridos, el Estado imperiosamente necesitaba justificar su sacrificio.[1123] Oficiales de origen humilde habían tenido una considerable autoridad en Paraguay y habían descubierto que eso les

agradaba. Tenían poco interés en volver a su insignificante papel del pasado. El mismo sentimiento alentaba a las tropas. Soldados paulistas, cariocas, sertanejos y gaúchos habían desarrollado un lazo de unidad en las trincheras y ahora tenían un sentido más cohesionado de su destino común, en el que la monarquía era solo secundaria. Y así como los militares brasileños en su conjunto entendían que su misión fundamental había cambiado mientras peleaban en Paraguay, así también buscaron un adecuado reconocimiento una vez que volvieron a casa. Si como dedicados soldados habían optado por la muerte antes que por ceder a un tirano, como ciudadanos los veteranos brasileños optarían por construir una nación diferente y mejor.

El emperador había insistido en dictar una paz en Paraguay antes que en negociarla, pero esta preferencia requirió, como hemos visto, un tremendo desembolso financiero. Pagar los distintos préstamos de bancos extranjeros contribuyó a generar permanentes problemas

presupuestarios en los años 1870. Al mismo tiempo, como en Argentina, la Guerra de la Triple Alianza estimuló los sectores más modernos de la economía y ayudó a impulsar la creación de ferrocarriles, telégrafos y puertos brasileños. Todo esto fortaleció a la aristocracia cafetera en un momento en que el café experimentaba un explosivo crecimiento comercial.

Para seguir el ritmo de este desarrollo económico, civiles altamente posicionados propusieron algunos importantes cambios políticos. A diferencia de los oficiales militares jóvenes, estos civiles contemplaban esos cambios dentro de los confines del procedimiento establecido y con la mayor deferencia hacia las opiniones del emperador. La inclinación era más obvia entre los liberales, que habían sufrido la elevación de Caxias a sus expensas en febrero de 1868. Recordando aquel enfrentamiento, los liberales patrocinaron una nueva plataforma llamando a la descentralización, las elecciones directas, la conversión del Consejo de Estado en

un órgano exclusivamente administrativo, la abolición de la senaduría vitalicia, la autonomía de la justicia, la extensión de la franquicia a los no católicos, una nueva estructura para la educación pública y la gradual emancipación de los esclavos.[1124]

Este programa, aunque todavía declaradamente monarquista, de hecho debilitaba el orden establecido, como puede ser percibido en la subsiguiente carrera de Paranhos. Después de partir del Paraguay en junio de 1870, el consejero fue ennoblecido como visconde de Rio Branco, y poco después asumió el cargo de primer ministro. Aunque su administración de cuatro años recibió por lo general los mismos aplausos que se había ganado en Asunción, se encontró con que solamente podía gobernar efectivamente ignorando a muchos de sus antiguos asociados, aun cuando esto incrementara el faccionalismo en el Partido Conservador. En 1871, Paranhos supervisó la aprobación de la controvertida Ley de Libertad de Vientres, que aseguraba la eliminación de la

esclavitud brasileña.[1125] Junto con Caxias, defendió al emperador durante el enfrentamiento con la Iglesia y trabajó con los liberales para mantener bajo control a los políticos más radicales y a los republicanos durante su mandato. Continuó gozando de la estima pública después de que se retiró en 1875, aunque parlamentarios de una generación más joven se burlaban de él a sus espaldas.

El visconde había siempre mostrado debilidad por los cigarros importados de La Habana, y en su retiro este hábito le causó un cáncer en la boca que le impedía hablar con su acostumbrada elocuencia. La penosa aflicción no le impidió, sin embargo, pelear con su hijo, cuya pública relación con una actriz belga irritaba al viejo Paranhos tanto como las payasadas de López en el pasado. Estadista del más alto rango que jugó un papel visionario entre los brasileños, terminó sus días en medio de discusiones insignificantes, tratando de hacerse entender con gestos.[1126]

Los cambios que la Guerra de la Triple Alianza

en parte inspiraron y que Paranhos y los liberales apoyaban escalaron firmemente en el cuerpo político en Brasil. El proceso culminó con el decreto de emancipación de los esclavos firmado por la princesa Isabel en 1888. Varios de los más recalcitrantes defensores del sistema ya habían muerto o se habían distanciado del gobierno para esa época, visiblemente exhaustos por los interminables debates políticos. El proceso de disolución que en cierto sentido comenzó en los campos de batalla del Paraguay, terminó con una conspiración militar en 1889. Pedro fue depuesto y se estableció una república nominal que rebautizó el país como «Estados Unidos del Brasil». Con toda la dignidad que pudo demostrar en tales circunstancias, el emperador se embarcó a Europa, quebrado, al parecer, por el peso de los acontecimientos y la ingratitud de las personas cuya lealtad había dado por descontada. Declinó cualquier compensación por las propiedades que el nuevo régimen había confiscado y abandonó su país con un sentido adiós. Murió en un hotel de

París en 1891.

El príncipe Gaston vivió para ver levantadas, a principios del siglo siguiente, las diversas prohibiciones republicanas contra la familia imperial. Habían pasado treinta años en el exilio de su patria adoptiva, manteniendo durante todo ese tiempo su afecto por Isabel y su fidelidad por la monarquía Bragança, que su esposa personificaba y que, al final, había echado por la borda. Isabel siempre sintió que la abolición de la esclavitud había valido la pérdida de un trono. Muchos brasileños, con los ojos nublados de nostalgia, crecientemente comenzaron a ver sus acciones bajo esa luz patriótica y a considerar que su esposo extranjero no era un francés tan malo, después de todo.

De hecho, fue recibido con todo el debido respeto cuando, en enero de 1921, desembarcó en Rio de Janeiro tras escoltar los cuerpos de don Pedro y su emperatriz en su largo viaje a casa para un entierro final en Petrópolis. Isabel, para entonces postrada en cama, no pudo acompañarlo,

pero expresó su satisfacción ante la noticia de la entusiasta recepción. La princesa murió poco después, habiendo vivido lo suficiente para celebrar el quincuagésimo séptimo aniversario de su casamiento. El conde no la sobrevivió por mucho tiempo. Invitado de nuevo a la vieja capital imperial para participar del centenario de la independencia brasileña, murió en alta mar el 28 de agosto de 1922.[1127] Fue un final apropiado para este hombre atrapado tan precariamente entre sus lealtades hacia el Viejo Mundo y el Nuevo, y muy distante de los ojos acusatorios de los fantasmas paraguayos.

Por su parte, Uruguay había entrado en la lucha contra López como compensación por la ayuda brasileña a la facción de Flores en el Partido Colorado. Las muertes del coronel Palleja y de tantos otros aseguraban el pago de esa deuda, y ahora los uruguayos esperaban alguna recompensa material tras la categórica victoria en Cerro Corá. Era una esperanza vana. Tuvieron que contentarse con una parte de las banderas de batalla a cambio

de un gasto de 6 millones de pesos y de las vidas de 3.119 orientales (de un contingente de 5.583 hombres).[1128] A diferencia de Brasil y Argentina, que vieron crecer sentimientos nacionalistas como resultado de la guerra, Uruguay no experimentó una muestra comparable de patriotismo. La República Oriental tendría que esperar, para la afirmación de un sentido nacional, hasta los 1880, cuando la dictadura de Lorenzo Latorre distribuyó manuales entre los niños de las escuelas y promovió una forzada simpatía nacionalista por José Gervasio Artigas.[1129] Esto montó el escenario para un auge de identidad nacional en Uruguay que evolucionó bajo José Batlle y Ordóñez a principios de los 1900, y que tendió a lamentar la participación en la Triple Alianza y a negar cualquier efecto saludable de la guerra en el país.

Ni los argentinos ni los brasileños desarrollaron nunca una visión matizada y desapasionada de Paraguay. Unos y otros prefirieron siempre verlo como una aberración histórica. Los dos aliados sí

encontraron muchos caminos para llevarse mejor entre ellos de lo que habría parecido posible en 1869.[1130] Pese a ello, cuando hubo que negociar un tratado de paz con la nación derrotada, los brasileños decidieron adelantarse a Buenos Aires y llegar a un acuerdo con los triunviros no como parte de la alianza, sino como un gobierno independiente con intereses propios. Los argentinos fingieron sorpresa ante esta decisión y la condenaron como un acto que violaba los acuerdos previos. Pero sabían de antemano que eso ocurriría. Hubo una reaproximación entre los dos antaño aliados en 1876 cuando las fuerzas brasileñas de ocupación fueron retiradas, pero volver a tenerse mutua confianza a largo plazo era otra cuestión.

En Paraguay, nadie podía ignorar los efectos de la guerra. La nación estaba desolada económicamente y acosada políticamente y la única cosa de la que los triunviros podían estar realmente seguros era de que no querían que un nuevo López asumiera el poder para hacer la vida

aún peor. El gobierno provisorio no presentó quejas cuando altos funcionarios del antiguo régimen fueron transportados como prisioneros a Rio de Janeiro, pero protestó airadamente cuando Madame Lynch llegó al muelle de Asunción a finales de marzo a bordo del buque de guerra *Princesa*. El gobierno, que ya había embargado las propiedades de la familia López, respaldó la petición de noventa asunceñas que alegaban que la Madama les había robado una gran cantidad de joyas, y reclamó que los valores fueran restituidos a sus legítimas dueñas antes de que le fuera permitido a Lynch desembarcar. La acusación, que Madame Linch desechó como una calumnia, sobreestimaba la propiedad que ella realmente traía en su equipaje y censuraba implícitamente a los brasileños por su afectada caballerosidad al proteger a una mujer que no se lo merecía. Paranhos pudo haber respondido a esto con un colérico reproche, pero en cambio prefirió dejar de lado el asunto con un ademán desdeñoso. Lynch continuó su viaje río abajo. En mayo, los

triunviros juguetearon con la idea de presentar una ristra de cargos criminales contra ella, pero para entonces ya había llegado a Buenos Aires y pronto le diría adiós a Sudamérica. Volvió solamente una vez, en 1875, pero no consiguió hacer muchos progresos en su intención de limpiar su nombre. La mayoría de los paraguayos se había formado una idea sobre ella y eso no cambiaría. Pese a todo, Lynch fue una diligente guardiana de la memoria de su consorte y una firme, si bien en gran medida fracasada, defensora de las finanzas de su familia. Demandó sin éxito al doctor Stewart y a su hermano en los tribunales escoceses por bienes dejados a su cuidado. Luego retornó a Sudamérica para demandar al gobierno argentino por el valor del mobiliario saqueado de su residencia en Asunción. Incluso volvió al Paraguay en septiembre de 1875, pero tres horas después de desembarcar el gobierno la puso de nuevo a bordo del vapor que la había traído desde Buenos Aires. Luego, después de un viaje a Jerusalén, finalmente se asentó en una vida tranquila en París, donde

murió en 1886, a los 51 años. Tuvo la satisfacción de ver a sus hijos (y a los que el mariscal había tenido con otras mujeres) crecer en posiciones de relativa prosperidad. Un hijo, el elegante Enrique Solano López, se convirtió en superintendente de Instrucción Pública en Paraguay unos años después del fallecimiento de Madame Lynch, y en senador por el Partido Colorado algún tiempo más adelante.[1131]

Aunque sus críticos la tratan como una pretendida María Antonieta, Madame Lynch mostró caridad hacia prisioneros y gente pobre durante los años de la guerra, si bien tendió a concentrarse en sus propios asuntos y los de sus hijos. Luego se comportó como uno esperaría de una viuda de estilo victoriano, con una gentil respetabilidad acompañada por una actitud digna ante la adversidad. Un mechón de su rubio cabello llegó a Asunción junto con el anuncio de su fallecimiento, el cual fue finalmente incorporado a la colección Juan E. O'Leary de la Biblioteca Nacional. El gobierno de Alfredo Stroessner hizo

buscar los restos de la Madama desde París a principios de los 1960, pero como nunca se había casado con el mariscal, la Iglesia Católica objetó su entierro junto a él en el Panteón Nacional. Actualmente descansa en el cementerio de La Recoleta, en Asunción. [1132]

Madame Lynch era un blanco fácil, y castigarla no le costaba nada al gobierno paraguayo. Todo lo demás en el país sugería una pesada penumbra. Es cierto que el temor a una aniquilación genocida y cultural que tan hábilmente había inculcado el mariscal López en las mentes de sus seguidores ya se había aplacado. La brutalidad y la indisciplina que sus tropas habían mostrado en Piribebuy prácticamente no se repitió después de 1870, aunque es verdad que ya quedaban pocos hombres adultos que asesinar.

La devastación del país resultó evidente para todos los extranjeros que pasaron por allí durante los 1870. Sin excepción, todos se sintieron sacudidos por la extrema pobreza que encontraron y por la mutilación que había soportado la

sociedad civil. Como Richard Burton, estos forasteros no habían visto el combate, pero reaccionaron con horror y curiosidad ante sus consecuencias. Su estupor era genuino y muchos merodeaban con descreimiento, esperando encontrar a alguien que les dijera que las cosas no eran tan malas como parecían y que la recuperación vendría rápidamente.[1133] Nadie les dio esa respuesta.

No se requiere caer en exageraciones para reconocer el tremendo precio que pagó el pueblo paraguayo durante la guerra y las tribulaciones que sufrió posteriormente. La república no se desintegró en el curso de la década siguiente, como muchos sobrevivientes temían, pero su economía quedó colapsada. El 99 por ciento del ganado paraguayo había desaparecido y la agricultura solamente se recuperó después de muchos años.[1134] Adicionalmente, el Paraguay cedió casi 150.000 kilómetros cuadrados de su territorio, más de un tercio de su superficie actual, a Brasil y Argentina, y fue también castigado con

una enorme indemnización que no tenía esperanzas de poder pagar.

La nación quedó espiritual y físicamente hecha pedazos. Una cosa era ver a veteranos lisiados vendiendo fósforos en las calles, apenas sobreviviendo en un mundo que los ignoraba; tales imágenes eran también comunes en Rio, Montevideo y Buenos Aires. Otra muy distinta era visitar pueblos en la Cordillera del Paraguay absolutamente vacíos de varones adultos, o caminar por Luque, donde las mujeres superaban en número a los hombres por veinte a uno.

Fue en el costo de la guerra en términos demográficos donde radicó el mayor y más doloroso desastre del Paraguay. La nación sufrió pérdidas de más de 250.000 muertos durante el conflicto, la gran mayoría de los cuales murió no como resultado del combate, sino de enfermedad y hambre. Más de un siglo después se desató un debate entre los «contadores bajos» y los «contadores altos» del declive de la población. Los primeros afirmaron que la pérdida total en

Paraguay entre 1864 y 1870 fue de menos del 20 por ciento de la población, mientras que los últimos sostuvieron la estimación más tradicional de Taunay, Centurión y otros, que aseguraron que más del 50 por ciento de los paraguayos murieron de enfermedades, de hambre y en combate. El enfermero-doctor paraguayo Cirilo Solalinde, quien presenció el desastre directamente durante los meses finales del conflicto, sostuvo que la población paraguaya se había reducido a menos de 100.000 individuos, una cifra impactante que, dada su procedencia, debería tener considerable peso entre los estudiosos de hoy. [1135]

A fines de los 1990 salió a luz un censo de 1870-1871 que había permanecido inadvertido en el archivo del Ministerio de Defensa paraguayo, el cual demostró la enorme magnitud de las pérdidas y prácticamente puso punto final a la discusión demográfica. El censo tiene unas cuantas debilidades estructurales que historiadores y geógrafos pronto señalaron, pero, aun después de tomarlas en consideración, la situación se presenta

inimaginablemente lóbrega.[1136] Las fatalidades fueron tan altas que los números horrorizaron a todos los comentaristas extranjeros de la época y desafiaron a los demógrafos de una generación posterior, que tuvieron dificultades para encontrar explicaciones convincentes de lo que había ocurrido. El geógrafo holandés Jan Kleinpenning, cuyo propio análisis lo ubica en el extremo más bajo de los «contadores altos», observa que, aunque las fatalidades totales de Paraguay fueron «algo menos dramáticas que las calculadas por Whigham y Potthast [aun así son de una] lamentable magnitud».[1137]

Nadie quiso, inicialmente, abordar el tema de las implicancias más generales del declive de la población, pero los números nunca pudieron ser ignorados. Puede que los paraguayos no hayan sido exterminados como pueblo, pero su país goza de la dudosa distinción de haber experimentado la tasa más alta de pérdidas civiles y militares registrada en cualquier guerra moderna.[1138]

Rivarola y los otros miembros del gobierno

provisorio comprendían claramente la gravedad del problema. El deterioro económico que acompañó el colapso demográfico era el factor central de su tiempo, y los triunviros reconocían su incapacidad de hacer algo al respecto. El tesoro estaba en una situación de insolvencia *de facto*, y la decisión aliada de demandar pesadas indemnizaciones no prometía una pronta solución.

Los triunviros se ocuparon de las estrechas cuestiones políticas que enfrentaban en esa coyuntura. Habían prometido llevar adelante una asamblea constituyente para determinar la futura estructura del gobierno —como si ello hiciera alguna diferencia—, y en agosto de 1870 cumplieron su promesa.[1139] La asamblea, que se reunió un total de ochenta y tres veces, fue inaugurada por Carlos Loizaga como representante de los triunviros. En términos floridos, el ya viejo Loizaga denunció las dictaduras del pasado, esas monstruosidades que habían empujado al pueblo paraguayo a «la pasión criminal de tiranos».[1140] Vaticinó una nación fundada en la

libertad. Mientras anteriores asambleas se habían subordinado a la voluntad de un déspota, de ahora en adelante el gobierno reflejaría la *vox populi*.

No sería ese el caso. Durante los siguientes cuatro meses, los políticos produjeron un documento que escondía los asuntos relevantes del momento detrás de una nube de clichés. El estilo de la nueva constitución provenía en gran medida de precedentes argentinos. Pero nunca hubo un país tan mal preparado para aprender de las nociones constitucionales de nacionalidad concebidas por Alberdi como el Paraguay de 1870. La «Asamblea Nacional» organizó una estructura bicameral de gobierno pese a que no pudo demostrarse de ninguna manera cercana a lo convincente la necesidad de un senado. La «Carta Magna», afirmaron los políticos, estaba garantizada por el apoyo popular en las calles, y el equilibrio de poderes, a través de los controles y contrapesos en los pasillos del gobierno. Pero nadie entendía lo que eso significaba.

Al final, el modelo constitucional que adoptaron

llegó a los extremos de fijar el día nacional argentino, el 25 de mayo, como propio del Paraguay, y a impulsar el «renacimiento de la nación en la era moderna» mediante la prohibición del guaraní en las escuelas públicas. Había algo surrealista en todo ello. Las deliberaciones de la asamblea habían estado acompañadas por las más diversas y peores argucias. Contradiciendo sus afirmaciones de devoción al procedimiento apropiado, los representantes conspiraban, hacían alianzas momentáneas y luego las rompían apenas hubiera oportunidad. Se trataban unos a otros con la misma malevolencia que el mariscal reservaba a los *k a m b a*. En cierto momento, los representantes incluso removieron a Cirilo Antonio Rivarola de la presidencia del Triunvirato, solo para aceptarlo de nuevo bajo la amenaza del ejército brasileño. Y, en el proceso, ni los decoudistas ni los bareiristas podían jactarse de ninguna superioridad moral, ni de una sombra de decoro.

La situación política en Paraguay fue de mal en

peor a partir de aquí. La constitución de 1870 no garantizaba ninguna estabilidad significativa, y la gobernabilidad no experimentó más que mínimas mejorías en el resto de la década. Los políticos hablaban constantemente del pueblo paraguayo, pero hacían poco por él. Golpes, contragolpes y asesinatos desgraciaron el escenario paraguayo hasta por lo menos 1879, cuando la última fuerza militar aliada en el país —una guarnición argentina en Villa Occidental— finalmente se retiró. A lo largo de todo este período, las masas de paraguayos no mostraron ninguna resistencia importante contra los ocupantes. Pero tampoco fueron representados nunca por su propio gobierno, excepto como parte de alguna artimaña maquinada por una u otra facción para comprar votos por unos cuantos centavos o por un vaso de caña.[1141]

Los brasileños liberaron a 500 prisioneros de guerra en noviembre de 1870, y estos rudos niños-soldados agregaron su resentimiento (y sus armas) a la mixtura política, a veces alineándose con los

«liberales», a veces con los «tradicionalistas» y a veces con los dos al mismo tiempo. Los brasileños también creyeron conveniente facilitar el retorno al Paraguay de altos oficiales lopistas como Caballero, Maíz, Escobar, Aveiro, Centurión y José Falcón. Este círculo de veteranos jugó un papel clave en la génesis política del país, apoyando en última instancia las pretensiones de Cándido Bareiro. Lo ayudaron a llegar a la presidencia en 1878 y, cuando murió, lo reemplazaron en el centro del poder.

A fines de los 1870, los generales rurales que tan asiduamente habían defendido a López y cuyas vidas fueron moldeadas por la Guerra de la Triple Alianza, estaban firmemente en el poder. Aunque Caballero, Escobar y los otros se habían beneficiado del padrinazgo del mariscal, no mostraron interés en perseguir una grandeza nacional similar. En cambio, dedicaron sus energías a someter a los herederos liberales de sus viejos oponentes y a hacer dinero en una economía «abierta» que crecientemente se orientó a la

exportación de yerba y madera de quebracho. Incluso se unieron para enriquecerse a través de la venta de cientos de miles de hectáreas de tierras estatales.

Mirándolas individualmente, las insignificantes intrigas que componían sus labores políticas y los jaleos que producían merecen poca atención. Detrás de ellas, sin embargo, yacía el objetivo más general de reconstruir las barreras que separaron a los paraguayos durante la época colonial. Estas barreras, sociales y de clase, se habían debilitado, primero, por la explícita apelación del mariscal al campesinado para ayudarlo a pelear en la guerra, y, segundo, por el dramático giro poblacional que el conflicto provocó. Los nuevos líderes no tenían exactamente deseos de volver el reloj atrás, pero, bajo el disfraz de un republicanismo nominal, reafirmaban una autoridad tradicional que pudiera controlar a los paraguayos que demandaran mayores derechos sobre sus propias vidas. Fue esta, más que ninguna otra, la razón por la que los «tradicionalistas» —pronto reconfigurados en las

filas del naciente Partido Colorado— decidieron algunos años más tarde rehabilitar la figura de Francisco Solano López y convertirlo en un símbolo nacional.

No tendría sentido describir la Guerra de la Triple Alianza sin darle primacía al mariscal, y sería casi igual de difícil comprender el período siguiente sin aludir a su fantasma. En vida, López había saboreado la idolatría. En la muerte, su nombre terminó por resumir el sacrificio de su pueblo. Este dista de ser un resultado lógico o natural, ya que viene adornado con muchas ironías y contradicciones. El López histórico, por ejemplo, siempre se alejó presurosamente del peligro cada vez que su seguridad personal se veía amenazada. Nunca dudó en abandonar a sus hombres —e incluso a los miembros de su familia — para que enfrentaran ellos, y no él, la furia de los brasileños. Jamás hubo nada heroico en su comportamiento.

Para responder a cualquier cargo de cobardía, sin embargo, el mariscal podía argumentar que su

supervivencia era indispensable, ya que, sin él, la nación paraguaya podía extinguirse, y esta no era una idea tan inverosímil como podría parecer. Chris Leuchars ha puntualizado que, si bien Paraguay finalmente perdió un tercio de su territorio en manos de Argentina y Brasil, esta era una superficie menor de la que ambos países pretendían.[1142] Si las partes en la Triple Alianza no hubieran acordado formalmente el 1 de mayo de 1865 respetar la independencia paraguaya, el país se habría visto casi con seguridad anexado y convertido en algo semejante a la Polonia del siglo dieciocho. En este estrecho —y admitidamente hipotético— sentido, López se plantó como un firme defensor de los intereses de su patria.

Desde luego, una cosa es plantarse firmemente a favor de su nación y otra muy distinta es ser presentado como un genio militar. Aunque los hagiógrafos del mariscal han acentuado repetidamente sus talentos en ese último aspecto, realmente nunca han podido hacerlo de modo

convincente. López decidió invadir Mato Grosso en 1864 y con ello perdió un tiempo precioso que podría haber usado para rescatar a sus aliados blancos en Uruguay. Convirtió a Argentina en enemiga cuando el gobierno de Buenos Aires estaba dispuesto a permanecer neutral; esto facilitó la firma de una alianza militar que de otro modo habría sido improbable, la cual estuvo peligrosamente cerca de destruir para siempre a Paraguay. López demoró innecesariamente su ataque naval en Riachuelo hasta que los brasileños pudieron contrarrestarlo de manera eficaz y mantuvo sus fuerzas terrestres en Corrientes tan alejadas de la flota que no pudieron ofrecerse apoyo mutuo. Retiró lo que quedaba de su ejército en Argentina antes de que sus unidades fueran verdaderamente probadas y luego abandonó excelentes posiciones defensivas en Tuyutí por un dudoso ataque ofensivo. Y quizás lo peor de todo fue que nunca confió lo suficiente en sus comandantes de campo para permitirles tomar decisiones de acuerdo con cada circunstancia

concreta, lo que les impidió hacer lo correcto aun en situaciones favorables. Estos no son atributos de un comandante hábil, y es justo decir que los paraguayos se destacaron militarmente a pesar de la dirección del mariscal, no debido a ella.

Dicho esto, mucho acerca de López sigue siendo nebuloso y esquivo, y compendiar una biografía imparcial de su figura no es tarea fácil. Incluso aplicados estudiosos pueden tropezar tratando de separar al hombre de la estatua o de evaluar el material que posteriores polemistas han construido en torno a él. Una buena cantidad de estos últimos ni siquiera intentaron encontrar al ser humano en la historia, ya que prefirieron una rígida y artificial distinción entre lopistas y antilopistas antes que cualquier consideración cuidadosa del pasado.

Los detractores paraguayos del mariscal, quienes mayormente se afiliaron al Partido Liberal desde fines del siglo diecinueve, lo consideraban un monstruo sin igual cuya vanidad exigió la extinción de su pueblo. En su mundo en blanco y negro, lo pintaron más oscuro que la oscuridad, y a

sus seguidores como simples estúpidos o bárbaros.[1143] Por ejemplo, en una ocasión, en 1898, una librería de la capital desató un pequeño escándalo cuando puso en venta cuadernos con la imagen del mariscal en la carátula. Se generó un desagradable enfrentamiento cuando el director argentino de la escuela normal se rehusó a permitir que los estudiantes llevaran esos cuadernos a clases. La policía tuvo que salvar al director de la ira de los jóvenes lopistas que lo amenazaron en un acto público.[1144]

Un elemento de autoreproche ha estado siempre latente en la interpretación antilopista, ya que ¿cómo justificar el odio a López cuando las masas paraguayas le ofrecieron su lealtad aun en los peores momentos? ¿Cómo explican los liberales, además, sus propios métodos autoritarios en el siglo veinte?

Estas contradicciones no se les presentaban a los nacionalistas, quienes describieron a López como la personificación de las virtudes paraguayas: coraje, constancia e inclaudicable

defensa de la patria. Para O'Leary y otros, el mariscal fue el «héroe máximo» y su guerra se convirtió en «la gran epopeya», algo bello, decorado e infinitamente gratificante.[1145]

El ejemplo de Francisco Solano López, se nos dice, inspiró a los jóvenes enviados en 1932 a las espinosas selvas del Chaco para pelear con los bolivianos, jóvenes que mostraron las mismas agallas que sus abuelos y volvieron tres años después cantando canciones de guerra en guaraní y vitoreando la memoria del mariscal. Un Partido Febrerista radical y, posteriormente, bajo Natalicio González, un ala cuasifascista de colorados, surgían como consecuencia directa de esa inspiración.[1146] Era casi como si la derrota del mariscal y la victoria de su propia generación emanara de la misma fuente espiritual. Al describir la vitalidad creativa de la guerra, los nacionalistas emularon las palabras de poetas extranjeros como Gabrielle D'Annunzio, quien exaltaba la «limpieza moral» que supuestamente engendra el combate. Terminaron presentando el

autoritarismo en Paraguay como una fuerza benigna y civilizadora, afirmación que, a su vez, sustentó el padrinazgo de dictadores como Higinio Morínigo y Alfredo Stroessner.

La gente tiene una gran necesidad de mitología. Tanto si está guiada por la nostalgia como si lo está por los dictados del interés, a menudo tiende a buscar refugio en los días idos cuando la alternativa es revolcarse en un presente decepcionante. Esteban de Bizancio escribió en el siglo sexto que la mitología es «lo que nunca fue, pero siempre es».[1147] Ese fue el caso de las diversas interpretaciones de la guerra que aparecieron en el siglo veinte. Y los paraguayos de hoy experimentan otro reordenamiento de estas historias de héroes ante los desafíos de la dominación brasileña en el siglo veintiuno. Es interesante, al observar todo esto desde afuera, reparar en que, al pensar en los sacrificios de sus ancestros, los paraguayos modernos no necesariamente se deleitan en un precedente glorioso por creerlo verdadero o digno de

emulación. Al contrario, lo creen verdadero justamente porque se deleitan en él.[1148]

Tales mistificaciones y tan absoluta ofuscación son injustas con aquellos que sufrieron la Guerra de la Triple Alianza.[1149] Su nacionalismo no fue el producto de la mano dura de López, y solo tangencialmente reflejaba su influencia. Desde tiempos coloniales, los paraguayos tuvieron nociones profundamente arraigadas de la necesidad de proteger su comunidad de los invasores, fueran salteadores guaicurués o soldados imperiales brasileños.

El celo de los paraguayos fue genuino, y su devoción a la patria, tal como la entendían, fue auténtica y conmovedora. Los aliados siempre hallaron difícil burlarse de la bravura paraguaya, dado que etiquetarla simplemente como el producto de la tiranía lopista falseaba claramente los hechos. El pueblo estuvo listo para sacrificarse con todo el corazón, sin importar los obstáculos que encontrara en el camino. En su permanente búsqueda nacional de redención —de la «tierra sin

mal»—, los paraguayos atravesaron todo tipo de selvas, campos de piedras y páramos sin agua, como sus ancestros guaraníes habían hecho antes que ellos. Todo esto sugiere que debemos concluir nuestro análisis de la guerra con un réquiem antes que con una aclamación. Incluso los que sobrevivieron quedaron plagados de pesadillas, miembros gangrenados, estómagos vacíos y familiares muertos. Para ellos, la guerra nunca terminó totalmente. Los paraguayos dieron sus vidas, su propiedad y sus corazones y, al final, su sacrificio fue mucho más trágico por el hecho de que lo hicieron por su propia voluntad.

Reconocimientos

Cualquier académico serio es un aprendiz que se apoya en los hombros de otros. Yo no soy diferente. Mientras investigaba y escribía sobre la Guerra Grande de 1864 a 1870, acumulé numerosas deudas con otros académicos y colegas y, no menos frecuentemente, con sesudas y cordiales personas que aparecieron inesperadamente en la escena con nueva información que yo nunca había siquiera tenido en consideración. Ellos compartieron desinteresadamente conmigo sus ideas, documentos y opiniones y nunca podré retribuirles completamente la atención que le brindaron a

nuestra inquietud común.

La investigación fue posible gracias a becas del Programa Fulbright-Hays, la Sociedad Americana de Filosofía y el Programa de Investigación de la Universidad de Georgia.

Agradezco a los directores y el staff de los archivos y bibliotecas, entre ellos, el Archivo Nacional de Asunción, la Biblioteca Nacional, el Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos y el Museo Histórico Militar; el Archivo General de la Nación (Buenos Aires), el Archivo Banco de la Provincia de Buenos Aires, el Museo Mitre, el Archivo General de la Provincia de Corrientes y el Instituto de Investigaciones Geo-Históricas (Resistencia); el Instituto Historico e Geografico Brasileiro, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca e Arquivo do Exercito, el Servicio Documental Geral da Marinha (todos de Rio de Janeiro); el Arquivo Historico do Rio Grande so Sul (Pôrto Alegre); la Biblioteca Nacional (Montevideo); la Biblioteca Oliveira Lima (Washington); la Biblioteca Nettie Lee Benson (Universidad de

Texas en Austin), la Biblioteca Spencer (Universidad de Kansas), la biblioteca Tomás Rivera (Universidad de California en Riverside), la Biblioteca Washburn-Norlands (Livermore Falls, Maine) y la División Hispánica de la Librería del Congreso (Washington).

Algunos académicos de varios países me brindaron críticas. Las de los canadienses Roderick J. Barman, Stephen Bell y Hendrik Kraay fueron particularmente útiles, así como las de los brasileños Francisco Doratioto, Reginaldo da Silva Bacchi, Adler Homero Fonseca de Castro, Heraldo Makrakis, Max Justo Guedes y Eduardo Italo Pesce. Los uruguayos Alicia Barán, Fernando Aguerre, Alberto del Pino Menck y, especialmente, Juan Manuel Casal me alertaron sobre fuentes poco usuales y corrigieron los errores y debilidades del manuscrito. Recibí otras sugerencias y consejos provechosos de los argentinos Tulio Halperín Donghi, Dardo Ramírez Braschi, Liliana Brezzo, Ignacio Telesca, Miguel Angel de Marco y Miguel Angel Cuarterolo. Tengo

una deuda igualmente grande con los paraguayos Milda Rivarola, Adelina Pusineri, Alfredo Boccia Romanach, Herib Caballero Campos, Armando Rivarola, Ricardo Scavone Yegros, Guido Rodríguez Alcalá y los siempre recordados Tito Duarte y Aníbal Solis; los británicos Denis Wright, Chris Leuchars y Leslie Bethell; los alemanes Wolf Lustig y Barbara Potthast; los españoles Carmen Estévez Sherer y Mar Langa Pizarro; el francés Luc Capdevila y el italiano Marco Fano.

En los Estados Unidos, me beneficié de las invalorables sugerencias de John T. LaSaine, Jr., Richard Graham, Jeffrey Needell, Erick Langer, Peter Hoffer, Karl Friday, John Chasteen, Jennifer French, Steve Huggins y «Pato» Barr-Melej. Theodore Webb, Kerck Kelsey, Joseph Howell y Billie Gammon compartieron conmigo documentos fascinantes de la biblioteca Washburn-Norlands. Wendy Giminski me ayudó con los mapas. Quiero también reconocer el apoyo del staff de Jittery Joe ´s Coffee-shop de Watkinsville, Georgia, cuyas

instalaciones fueron para mí una segunda oficina, en la que escribí gran parte de este texto.

Mi mayor aprecio va para el teniente coronel Loren «Pat» Patterson y especialmente mi querido amigo Jerry W. Cooney, quien leyó prácticamente todo lo que escribí. Estos dos caballeros-académicos contribuyeron de manera inconmensurable a la realización de este proyecto. Simplemente no podía haberlo realizado sin ellos.

Finalmente, deseo agradecer a mi hermosa esposa Pamela Towle, quien me demostró que la musa histórica puede presentarse en muchas formas, todas las cuales pueden ser fuente de alegría y humor así como de profundidad.

Thomas Whigham
Watkinsville, Georgia, Estados Unidos, mayo de 2012

ABREVIATURAS

AGNBA	Archivo General de la Nación, Buenos Aires
AGNM	Archivo General de la Nación, Montevideo
ANA	Archivo Nacional de Asunción
ANA-CRB	Archivo Nacional de Asunción, Colección Rio Branco
ANA-SH	Archivo Nacional de Asunción, Sección Histórica
ANA-SJC	Archivo Nacional de Asunción, Sección Jurídica Criminal
ANA-	Archivo Nacional de Asunción, Sección Nueva

SNE	Encuadernación
APEMT	Arquivo Publico do Estado do Mato Grosso do Sul, Campo Grande.
BNA	Biblioteca Nacional de Asunción
IHGB	Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, Rio de Janeiro
MHMA	Museo Histórico Militar, Asunción
MHMA-CGA	Museo Histórico Militar, Asunción, Colección Gill Aguinaga
MHMA-CZ	Museo Histórico Militar, Asunción, Colección Zeballos
MHNM	Museo Histórico Nacional, Montevideo
NARA	National Archives Records Administration, Washington, D.C.

WNL	Washburn-Norlands Library, Libermore Falls, Maine

BIBLIOGRAFÍA

Abente, Diego (1989). «Foreign Capital, Economic Elites, and the State in Paraguay during the Liberal Republic (1870-1936)», *Journal of Latin American Studies* 21: 1, pp. 61-88. Cambridge.

Acevedo, Eduardo (1933-1936). *Anales históricos del Uruguay.* 3 v. Barreiro y Ramos: Montevideo.

Agassiz, Louis y Elizabeth (1868). *A Journey in Brazil*. Boston, 1868.

Aguiar, Adriano M. (1983). *Yatebó. Episodio de la guerra del Paraguay.* Francisco Pérez Maricevich: Asunción.

Alonso Piñeiro, Armando (1977). *La misión diplomática de Mitre en Rio de Janeiro, 1872*. Institución Mitre: Buenos Aires.

Alvarenga Caballero, Pedro A. (1999). «Villa Real de Concepción en lo días de ocupación brasileña», *Historia Paraguaya* 39. Asunción.

Amaral, Raúl (1994). *Los presidentes del Paraguay. Crónica política (1844-1954)*. Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos: Asunción.

Amarilla Duarte, María (1974). *Urquiza y López Jordán*. Platero: Buenos Aires.

American Annual Cyclopedia and Register of Important Events of the Year 1868 (1871). D. Appleton & Company: Nueva York.
Amerlan, Albert (1902). *Nights on the Río Paraguay. Scenes of War and Charactersketches.* H. Tjarks: Buenos Aires.
Angio, José (1954). *A propósito de la devolución de los trofeos de la guerra del Paraguay*. Paraná.
Anónimo (1885). «From Montevideo to Paraguay», *Littlell's Living Age,* v. 51 (julio-septiembre). Boston.
Aponte B., Leandro (1971). *Hombres... Armas... y batallas de la epopeya de los siglos.* Imprenta Comuneros: Asunción.
Arad, Irene S. (1973). «La ganadería en el Paraguay, 1870-1900». *Revista Paraguaya de Sociología* 10, n. 28 (septiembre-diciembre). Asunción.
Areces, Nidia R. (2006). «Terror y violencia durante la guerra del Paraguay: 'La masacre de 1869' y las familias de Concepción», *European Review of Latin American and Carribean Studies* 81 (octubre). Amsterdam.
Arendt, Hannah (1963). *Eichmann in Jerusalem. A report on the banality of evil.* Viking Press: Nueva York.
Argüello, Ana María (1999). *El rol de los esclavos negros en el Paraguay.* Centro Editorial Paraguayo: Asunción.
Ash, Thomas Edward (1871). *The Plague of 1871*. Buenos Aires.
Ashwell, Washington (2011). *General Patricio Escobar. Guerrero, diplomático y estadista*. Medusa: Asunción.
Asis Cintra, Francisco (1923). *Limar a História.* Rio de Janeiro.
Assumpção, Roberto (1946). «Rio-Branco e 'L'Illustration'». *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 188. Rio de Janeiro.
Atas da Câmara da Cidade de São Paulo (1865-1869) (1946).

São Paulo.
Autores varios (1871). *Papeles de López. El tirano pintado por sí mismo. Sus publicaciones.* Imprenta América: Buenos Aires
Aveiro, Silvestre (1989). *Memorias militares, 1864-1870*. Ediciones Comuneros: Asunción.
Ávila, Manuel (1899). «Apuntes sobre la conspiración de 1869. Pequeña contribución a la historia de la guerra con la Triple Alianza y de la tiranía de López», *Revista del Instituto Paraguayo,* 2: 17. Asunción.
Ávila, Manuel (1905). «El vice-presidente Sánchez fusilando. Espíritu de imitación por miedo», *Revista del Instituto Paraguayo* 6: 52. Asunción.
Azevedo Pimentel, Joaquim Silveiro de (1978). *Episódios Militares*. Biblioteca do Exército: Rio de Janeiro.
Báez, Cecilio (1903). *La tiranía en el Paraguay, sus causas, caracteres y resultados*. El País: Asunción.
Baillie, Alexander F. (1887). *A Paraguayan Treasure. The Search and the Discovery.* Simpkin, Marshall & Co.: Londres.
Barman, Roderick J. (1999). *Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil, 1825-1891*. Stanford University Press: Palo Alto.
Barman, Roderick J. (2002). *Princess Isabel of Brazil. Gender and Power in The Nineteenth Century*. Scholarly Resources: Wilmington.
Barreto, Mario (1928-1933). *A Campanha Lopezguaya.* Officinas Graphicas do Arquivo Nacional: Rio de Janeiro.
Barrett, William E. (1952). *Woman on Horseback. The Story of Francisco López and Elisa Lynch*. Doubleday & Company Inc.: Nueva York.

Barros, A. J. Victorino de (1870). *Guerra do Paraguai. O Almirante Visconde de Inhaúma*. Typ. do Imperial Instituto Artístico: Rio de Janeiro.

Barroso, Gustavo (1939). *A Guerra do López*. Getúlio M. Costa: Rio de Janeiro.

Beattie, Peter M. (2009). «Inclusion, Marginalization, and Integration in Brazilian Institutions: the Army as Inventor and Guardian of Traditions». Ponencia presentada en el Brazil Strategic Culture Workshop, Florida International University, Miami.

Becker, Klaus (1968). *Alemães e Descendentes do Rio Grande do Sul na Guerra do Paraguai.* Ed. Hilgert: Canoas.

Beevor, Anthony (2002). *The Fall of Berlin 1945*. Penguin Books: Nueva York y Londres.

Bejarano, Ramón César (1970). *Panchito López*. Editorial Toledo: Asunción.

Bejarano, Ramón César (1985). *«El Pila», señor del Chaco*. University of Texas Press: Austin.

Bengoechea Rolón, Felipe E. (2008). *Humaitá. Estampas de epopeya*. Asunción.

Benítes, Gregorio (1906). *Anales diplomáticos y militares de la guerra del Paraguay*. Muñoz Hnos.: Asunción.

Benítez, Justo Pastor (1934). *República del Paraguay. Colección de Tratados*. Asunción.

Besouchet, Lidia (1944). *José Maria Paranhos. Vizconde do Rio Branco*. Viau: Buenos Aires.

Blomberg, Héctor Pedro (1942). *La dama del Paraguay. Biografía de Madama Lynch*. Editora Inter-americana: Buenos Aires.

Bocaiuva, Quintino Souza de (1869). *Guerra do Paraguay. A Nova*

Phase (Carta a um Amigo). Typographia Sul-Americana: Montevideo.

Boccia Romañach, Alfredo (2002). «El caso de Rafaela López y el Bachiller Pedra», *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay,* 7: 12-3, pp. 89-96. Asunción.

Bonalume Neto, Ricardo (1993). «River Passage Sought», *Military History*. Diciembre. Leesburg.

Bordón, F. Arturo (1976). *Historia política del Paraguay*. Orbis: Asunción.

Bormann, José (1897). *História da Guerra do Paraguai.* Impressora Paranaense: Curitiba.

Bosch, Beatriz (1980). *Urquiza y su tiempo*. Eudeba: Buenos Aires.

Botana, Natalio (1996). *Los nombres del poder. Domingo Faustino Sarmiento. Una aventura republicana*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.

Botana, Natalio (1997). *De la república posible a la república verdadera, 1880-1910*. Ariel Historia: Buenos Aires.

Botana, Natalio (1998). *El orden conservador*. Sudamericana: Buenos Aires.

Bray, Arturo (1957). *Hombres y épocas del Paraguay (Parte Segunda)*. Ediciones Nizza: Buenos Aires.

Brezzo, Liliana M. (1998-1999). «Civiles y militares durante la ocupación de Asunción: agentes del espacio urbano, 1869», *Res Gesta* 37. Buenos Aires.

Brezzo, Liliana M. (1999). «La Argentina y la organización del Gobierno Provisorio en el Paraguay. La misión de José Roque Pérez», *Historia Paraguaya* 39. Asunción.

Brezzo, Liliana M. (2002). «Juan Domingo Perón y la devolución de los trofeos de la guerra de la Triple Alianza al Paraguay: entre la

fiesta y lo efímero». *Historia Paraguaya* 42. Asunción.
Brezzo, Liliana M. (2005). «Testimonios sobre la guerra del Paraguay (IV)», *Historia Paraguaya* 45. Asunción.
Browning, Christopher R. (1993). *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*. HarperCollins Publishers: Nueva York.
Brugada, Arturo (1926). *La deuda de la guerra paraguaya. Su condonación por el Uruguay en 1883. Antecedentes históricos*. Asunción.
Bulfinch, S. G. (1869). «Paraguay and the Present War». *North American Review* 109: 225 (octubre). Cedar Falls.
Burton, Richard (1870). *Letters from the Battle-fields of Paraguay*. Tinsley Brothers: Londres.
Cadogan, León (1953). «Plata Yviguy. Tesoros escondidos», en Félix Coluccio, ed., *Antología ibérica y americana del folklore*. Edit. Kraft: Buenos Aires.
Cadogan, León y López Austin, A. (1970). *La literatura de los guaraníes*. Mortiz: Ciudad de México.
Calmon, Pedro (1940). *História da Civilização Brasileira*. Editora Nacional: São Paulo.
Calmon, Pedro (1941). *A Princesa Isabel «a Redentora»*. Companhia editora nacional: São Paulo.
Camara Cascudo, Luis da (1927). *López do Paraguai.* Tipografia d'A República: Natal.
Campobassi, José S. (1980). *Mitre y su época.* Eudeba: Buenos Aires.
Canet, J. P. (1957). *Pancha Garmendia. El libro que no debe faltar en ningún hogar paraguayo y cristiano*. Asunción.
Cantón, Eliseo (1928). *Historia de la medicina en el Río de la*

Plata. Impr. G. Hernández y Galo Sáez: Madrid.
Capdevila, Luc (2007). *Une guerre totale. Paraguay 1864-1870. Essai d'histoire du temps présent*. Presses Universitaires de Rennes: Rennes.
Capdevila, Luc (2011). «Patrimoine de la défaite et identités collectives paraguayennes au XXe siècle», en Jean-Yves Andrieux, *Patrimoine. Sources et paradoxes de l'identité*. Presses universitaires de Rennes: Rennes.
Cardozo, Efraím (1965). *Breve historia del Paraguay*. Eudeba: Buenos Aires.
Cardozo, Efraím (1968-1982). *Hace cien años: crónicas de la guerra de 1864-1870 publicadas en La Tribuna*. 13 v. Ediciones EMASA: Asunción.
Cardozo, Efraím (1987). *Paraguay independiente*. Carlos Schauman Editor: Asunción.
Carvalho, José Carlos (1866). *Noções de Artilharia para Instrução do Oficiais Inferiores da Arma no Exército em Operações fora do Império*. Montevideo.
Centurión, Carlos R. (1938). *Los hombres de la convención del 70*. El Arte: Asunción.
Centurión, Carlos R. (1961). *Historia de la cultura paraguaya*. Biblioteca Ortiz Guerrero: Asunción.
Centurión, Gaspar (1931). *Recuerdos de la guerra del Paraguay*. Ariel: Asunción.
Centurión, Juan Crisóstomo (1987). *Memorias o reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay*. 4 v. El Lector: Asunción.
Cerqueira, Evangelista de Castro Dionísio (1948). *Reminiscências da Campanha do Paraguai, 1864-70*. Gráfica Laemmert: Rio

de Janeiro.
Cerri, Daniel (1892). *Campaña del Paraguay.* Tipografía del pueblo: Buenos Aires.
Chiavenato, Julio José (1989). *Genocidio Americano. La guerra del Paraguay*. Carlos Schauman Editor: Asunción.
Chilavert, Jacinto (1943). «La Leyenda de Pancha Garmendia», *Revista de las FF.AA. de la Nación,* año 3. Asunción.
Clausewitz, Carl von (1984). *On War.* Princeton University Press: Princeton.
Congreso de Brasil (1979). *Câmara dos Deputados. Perfis Parlamentares*. Brasilia.
Congreso de los Estados Unidos (1870). *Report of the Committee on Foreign Affairs on the Memorial of Porter C. Bliss and George F. Masterman on Relation to their Imprisonment in Paraguay. House of Representatives, May 5, 1870* (*The Paraguayan Investigation*). Washington.
Conrad, Robert Edgar (1972). *The Destruction of Brazilian Slavery, 1850-1888*. University of California Press. Berkeley.
Cooney, Jerry W. (2006). «Lealtad dudosa: la lucha paraguaya por la frontera del Paraná, 1767-1777», en Thomas Whigham y Jerry Cooney, *Campo y frontera. El Paraguay al fin de la era colonial.* Servilibro: Asunción.
Correia, Manoel Francisco (1896). «Saque de Assumpçao e Luque atribuido ao Exército Brasileiro na Guerra do Paraguai: Refutação», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 59. Rio de Janeiro.
Corselli, Rodolfo (1938). *La Guerra Americana della Triplice Alleanza contro il Paraguay*. Tipografia della Reale Accademia di fanteria e cavalleria: Modena.

Cortés-Conde, Roberto (1989). *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina, 1862-1890*. Sudamericana: Buenos Aires.

Costa Sobrinho, José L. da (1919). «Guerra do Paraguai. Pela Verdade Histórica», *Revista Americana,* año 9 (octubre). Rio de Janeiro.

Cotrim, Alvaro (1983). *Pedro Américo e a Caricatura*. Pinakotheke: Rio de Janeiro.

Creydt, Oscar (1963). *Formación histórica de la nación paraguaya*. s/l.

Cruz Cordeiro, Antonio da (1868). *Episódio da Esquadra Brasileira em Operação nas Aguas do Paraguai, a 19 de Fevereiro de 1868*. Tipografia J.R. da Costa: Paraíba.

Cunha Junior, Francisco Manoel da (1888). *Guerra do Paraguai. Tujuty. Ataque de 3 de Novembro de 1867*. Rio de Janeiro.

Cunha Paranaguá, João Lustoza da (1868). *Relatório Apresentado a Assembléa Geral na Segunda Sessão da Deceima Terceira Legislatura*. Rio de Janeiro.

Cunninghame Graham, Robert B. (1986). *Progress.* Londres.

Cunninghame-Graham, Robert B. (1933). *Portrait of a Dictator, Francisco Solano Lopez (Paraguay, 1865-1870).* W. Heinemann ltd.: Londres.

Curtis, William Eleroy (1888). *The Capitals of Spanish America*. Harper & Bros.: Nueva York.

Dahl, Victor C. (1965). «The Paraguayan 'Jewel Box'», *The Americas,* 21: 3. Washington.

Davis, Arthur (1985). *Martin T. McMahon, Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción.

Davis, Charles H. (1899). *Life of Charles Henry Davis. Rear*

Admiral, 1807-1877. Houghton Mifflin: Boston y Nueva York.
De Marco, Miguel Ángel (2004). *Bartolomé Mitre*. Emecé: Buenos Aires.
Decoud, Héctor Francisco (1925). *Sobre los escombros de la guerra: una década de vida nacional, 1869-1880*. Talleres nacionales de H. Kraus: Asunción.
Decoud, Héctor Francisco (1926). *La masacre de Concepción ordenada por el Mariscal López*. Imprenta Serantes: Buenos Aires.
Decoud, Héctor Francisco (1930). *Los emigrados paraguayos en la guerra de la Triple Alianza*. Talleres gráficos argentinos L.J. Rosso: Buenos Aires.
Decoud, Héctor Francisco (1934). *La convención nacional constituyente y la carta magna de la república*. Talleres gráficos argentinos L.J. Rosso: Buenos Aires.
Decoud, Héctor Francisco (¿1999?). *La masacre de Concepción ordenada por el mariscal López*. RP Ediciones: Asunción.
Del Valle, Florentino (1951). *Cartilla cívica: proceso político del Paraguay, 1870-1950. El Partido Liberal y la Asociación Nacional Republicana (Partido Colorado) en la balanza de la verdad histórica*. Talleres Gráficos Lucania: Buenos Aires.
Díaz Acuña, Antonio (1969). *Homenaje al centenario de Acosta Ñú*. Asunción.
Díaz, Antonio (1878). *Historia política y militar de las repúblicas del Plata*. Impr. Comercial: Montevideo.
Dobrizhoffer, Martin (1822). *An Account of the Abipones. An Equestrian People of Paraguay*. J. Murray: Londres.
Doratioto, Francisco (1997). «La rivalidad argentino-brasileña y la reorganización institucional del Paraguay», *Historia Paraguaya*

37. Asunción.
Doratioto, Francisco (2002). *Maldita Guerra. Nova história da Guerra do Paraguai*. Companhia das Letras: São Paulo.
Doratioto, Francisco (2005). «La ocupación política y militar brasileña del Paraguay (1869-1876)», *Historia Paraguaya* 45. Asunción.
Doratioto, Francisco (2007). «La política del Imperio del Brasil en relación al Paraguay, 1864-72», en Richard et al, eds., *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècles* . CoLibris: París.
Doratioto, Francisco (2008). *General Osório. A Espada Liberal do Império*. Cia. das Letras: São Paulo.
Duarte Miltos, Cristóbal G. (2011). *Las penurias de la iglesia paraguaya bajo los gobiernos a lo largo del primer centenario de la república y algunos sucesos históricos, 1813-1920*. Asunción.
Duprat de Lasserre, Dorothée (1870). *The Paraguayan War. Sufferings of a French Lady in Paraguay*. Standard Office: Buenos Aires.
Enright, Anne (2002). *The Pleasure of Eliza Lynch*. Atlantic Monthly Press: Nueva York.
Falcón, José (2006). *Escritos históricos*. Servilibro: Asunción.
Fano, Marco (2008). *Il Rombo del Cannone Liberale. Guerra del Paraguay, 1864/70*. Roma.
Fano, Marco (2011). *El Cónsul, la guerra y la muerte.*
Federico el Grande [Frederick the Great] (2005). *Instructions for His Generals.* Dover Publications: Meniola.
Ferns, H. S. (1960). *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*. Clarendon Press: Oxford.
Ferreira, Arnaldo Amado (1973). «Um Fato Histórico Esclarecido,

Marechal Francisco Solano López», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo* 70. São Paulo.

Fix, Théodore (1870). *Conférence sur la Guerre du Paraguay*. Tanera: París.

Fois Maresma, Gladis (1970). «El periodismo paraguayo y su actitud frente a la guerra de la Triple Alianza y Francisco Solano López». Tesis de maestría, University of New Mexico, Latin American Studies Program. Albuquerque.

Fonseca de Castro, Adler Homero (2009). *Muralhas de Pedra, Canhões de Bronce, Homens de Ferro. Fortificações do Brasil de 1504 a 2006*. Fundação Cultural Exército Brasileiro: Rio de Janeiro.

Fonseca de Castro, Adler Homero, y Andrada, Ruth Beatriz S. C. de O. (1995). *O Pátio Epitácio Pessoa: seu Histórico e Acervo*. Museu Histórico Nacional: Rio de Janeiro.

Forgues, M. L. (1874). «Le Paraguay. Fragments de journal et de correspondances, 1872-1873». *Le Tour du Monde* 27. París.

Franco Ferreira, Altair (1969). «Batalha de Campo Grande, 16 de Agosto de 1869», *A Defesa Nacional,* 5: 626 (julio-agosto). Rio de Janeiro.

Franco, Víctor I. (1971). *Coronel Florentín Oviedo*. Academia Paraguaya de la Historia: Asunción.

Freire Esteves, Gomes (1921). *El Paraguay constitucional, 1870-1920*. Empresa Gráfica del Paraguay: Buenos Aires.

Frota, Guilherme de Andréa, ed. (2008). *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma durante a Guerra da Tríplice Aliança (Dezembro 1866 a Janeiro de 1869).* Rio de Janeiro.

Furlong Cardiff, Guillermo (1971). «Bartolomé Mitre: El hombre, el soldado, el historiador, el político», *Investigaciones y Ensayos,* 2.

Buenos Aires.
Galeano, Eduardo H. (1971). *Las venas abiertas de América Latina: Cinco siglos de pillaje de un continente*. Siglo XXI: México.
Gálvez, Manuel (1948). *Jornadas de Agonía*. Losada: Buenos Aires.
Gaona, Silvio (1961). *El clero en la guerra del 70*. El Arte: Asunción.
Garmendia, José Ignacio (1890). *Recuerdos de la guerra del Paraguay. Segunda parte. Campaña de Pikyciri*. Peuser: Buenos Aires.
Garmendia, José Ignacio (1904). *Recuerdos de la campaña del Paraguay y de Rio Grande*. Buenos Aires.
Gill Aguinaga, Juan Bautista (1957). «El capitán de navío Pedro V. Gill», *Revista Nacional de Cultura* 1: 1. Asunción
Gill Aguinaga, Juan B. (1959).*Un marino en la guerra de la Triple Alianza*. Imprenta Paragua-y: Asunción.
Gill Aguinaga, Juan Bautista (1959). *La Asociación Paraguaya en la guerra de la Triple Alianza*. Buenos Aires.
Gill Aguinaga, Juan Bautista (1967-1968). «Excesos cometidos hace cien años», *Historia Paraguaya* 12. Asunción.
Gimlette, John (2003). *At the Tomb of the Inflatable Pig. Travels Through Paraguay*. Alfred A. Knopf: Nueva York.
Godoi, Juansilvano (1912). *El Baron de Rio Branco. La muerte del mariscal López. El concepto de la patria*. Talleres Nacionales: Asunción.
Godoi, Juansilvano (1916). *Documentos históricos. El fusilamiento del Obispo Palacios y los Tribunales de Sangre de San Fernando*. El Liberal: Asunción.

Godoi, Juansilvano (1919). *El comandante José Dolores Molas*. Asunción.

Godoi, Juan Silvano (1996). *El fusilamiento del Obispo Palacios y los tribunales de sangre de San Fernando. Documentos históricos.* El Lector: Asunción.

Gómez Florentín, Carlos (2010). *El Paraguay de la post-guerra, 1870-1900*. El Lector: Asunción.

Gómez, Hernán Félix (1997). *Ñaembé. Crónica de la guerra de López Jordán y de la epidemia de 1871*. Corrientes.

Gondra, César (1912). *El general Patricio Escobar*. Librería e Impr. Europea M.A. Rosas & Cía.: Buenos Aires.

González Alsina, Ezequiel (1970). *A cien años de Cerro Corá*. Editorial del Centenario: Asunción.

González Arrili, Bernardo (1948). *Vida de Rufino Elizalde. Un constructor de la República*. Francisco A. Colombo: Buenos Aires.

González, José Guillermo (1914). *Reminiscencias históricas de la guerra del Paraguay. Pasaje de Ypecuá*. La Democracia: Asunción.

González, Natalicio (1926). *Solano López y otros ensayos*. Editorial de Indias: París.

González, Natalicio (1935). *El Paraguay eterno*. Guarania: Asunción.

Gottschall, Jonathan (2004). «Explaining Wartime Rape», *Journal of Sex Research,* 41: 2. Nueva York.

Gratz, George A. (1999-2000). «The Brazilian Imperial Navy Ironclads, 1865-1874», *Warship*, pp. 140-62. Londres y Annapolis.

Guthke, Karl S. (1992). *Last Words. Variations on the Theme in*

Cultural History. Princeton University Press: Princeton.
Halperín Donghi, Tulio (1985). *José Hernández y sus mundos*. Editorial Suda-mericana: Buenos Aires.
Halperín Donghi, Tulio (1993). *Contemporary History of Latin America*. Duke University Press: Durham y Londres.
Halperín Donghi, Tulio (1999). «Argentines Ponder the Burden of the Past», en Jeremy Adelman, ed., *Colonial Legacies. The Problem of Persistence in Latin American History*. Routledge: Nueva York y Londres.
Halperín Donghi, Tulio *et al.* (1994). *Sarmiento. Author of a Nation*. University of California Press: Berkeley.
Haub, Carl (1991). «Iraq's Decade of Death Among Its Men», *The Washington Post Nacional Weekly,* 11-17 de marzo. Washington.
Henríquez Ureña, Pedro (1967). *A Concise History of Latin American Culture*. Praeger: Nueva York.
Herken Krauer, Juan Carlos (1984). *El Paraguay rural entre 1869 y 1913: Contribución a la historia económica regional del Plata*. Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos: Asunción.
Herken Krauer, Juan Carlos (1986). «Economic Indicators for the Paraguayan Economy: Isolation and Integration (1869-1932)». Tesis doctoral, University of London: Londres.
Heyn Schupp, Carlos, ed. (2010). *Escritos del Padre Fidel Maíz, I. Autobiografía y cartas*. Union Académique Internationale y Academia Paraguaya de la Historia: Asunción.
Homem de Mello, Francisco Ignácio Marcondes (1869). *O General José Joaquim de Andrade Neves. Barão do Triumpho. Biografia*. Rio de Janeiro.
Homem de Mello, Francisco Ignácio Marcondes (1873). «Viagem ao

Paraguay em Fevereiro e Março de 1869», *Revista Trimensal do Instituto Histórico, Geográphico e Etnográphico do Brazil,* 3 trim. Rio de Janeiro.

Hughes, Laurence Robert (1962). «General Martin T. McMahon and the Conduct of Diplomatic Relations between the United States and Paraguay». Tesis de maestría, University of Colorado: Boulder.

Hutchinson, Thomas J. (1868). *The Paraná, with Incidents of the Paraguayan War and South American Recollections, from 1861-1868.* Edward Stanford: Londres.

Hutchinson, Thomas Joseph (1871). «A Short Account of Some Incidents of the Paraguayan War». Documento leído ante la Liverpool Literary and Philosophical Society.

Jaceguay, Arthur, y De Oliveira, Vidal (1900). *Quatro Séculos de Actividade Marítima. Portugal e Brasil.* Imprensa Nacional: Rio de Janeiro.

Johnson, K. (1875). «Recent Journeys in Paraguay». *Geographical Magazine* 2. Londres.

Jomini, Antoine-Henri (1862). *The Art of War.* J. B. Lippincott: Philadelphia.

Jover Peralta, Anselmo (1946). *El Paraguay revolucionario. Significación histórica de la revolución de febrero.* Editorial Tupã: Asunción.

Junta Patriótica (1926). *El mariscal Francisco Solano López.* Asunción.

Katra, Wiliam H. (1996). *The Argentine Generation of 1837: Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre.* Fairleigh Dickinson University Press: Plainsboro.

Katz, Friedrich (1981). *The Secret War in Mexico.* The University

of Chicago Press: Chicago.
Kipling, Rudyard (1890). *Departmental Ditties, Barrack Room Ballads and Other Verses*. United States Book Company: Nueva York.
Kleinpenning, Jan M. G. (2002). «Strong Reservations about 'New Insights into the Demographics of the Paraguayan War'», *Latin American Research Review* 37: 3. Pittsburgh.
Kleinpenning, Jan M. G. (2003). *Paraguay, 1515-1870*. Iberoamericana-Vervuert: Frankfurt.
Kolinski, Charles J. (1963). «The Death of Francisco Solano López», *The Historian* 26: 1 (noviembre). Tampa.
Kolinski, Charles J. (1965). *Independence or Death! The Story of the Paraguayan War*. University of Florida Press: Gainesville.
Lacombe, Lourenço L. (1989). *Isabel a Princesa Redentora (biografia baseada em documentos inéditos)*. Instituto Histórico de Petrópolis: Petrópolis.
Laconich, Marco Antonio (1969-1970). «La campaña de Amambay», *Historia Paraguaya* 13. Asunción.
Laing, E. A. M. (1968). «Naval Operations in the War of the Triple Alliance, 1864-1870», *Mariner's Mirror* 54. Londres.
Lambert, Peter (1997). «Ideology and Opportunism in the Regime of Alfredo Stroessner, 1954-89», en Will Fowler, ed., *Ideologues and Ideologies in Latin America*. Greenwood Press: Westport, Connecticut.
Leguizamón, J. Estanislao (1898). *Apuntes biográficos históricos*. Asunción.
LeLong, John (1869). *Les Républiques de la Plata et la Guerre du Paraguay. Le Brésil*. E. Dentu: París.
Leuchars, Christopher (2002). *To the Bitter End: Paraguay and*

the War of the Triple Alliance. Greenwood Press: Westport.
Lewis, Paul (1993). *Political Parties & Generations in Paraguay's Liberal Era, 1869-1940*. University of North Carolina Press: Chapel Hill.
Lillis, Michael y Fanning, Ronan (2009). *Calumnia. La historia de Elisa Lynch y la Guerra de la Triple Alianza*. Taurus: Asunción.
Lillis, Michael y Fanning, Ronan (2009). *The Lives of Eliza Lynch. Scandal and Courage*. Gill & Macmillan: Dublín.
Lima Figuereido, José de (1944). *Grandes Soldados do Brasil*. Livraria José Olympio Editora: Rio de Janeiro.
Lima, Francisco de (1977). *Ana Néri. Heroina da Caridade*. Nova Época Editorial: São Paulo.
Lockhart, Washington (1976). *Venancio Flores, un caudillo trágico*. Ed. de la Banda. Oriental: Montevideo.
López de Decoud, Adelina (1937). *Biografía de don Héctor Francisco Decoud*. Librería Cervantes: Buenos Aires.
López Mato, Omar (2005). *1874. Historia de la revolución olvidada*. Olmo: Buenos Aires.
López Moreira, César (1942). «La deuda de la guerra del Paraguay de 1865/70, reconocida a los países de la Triple Alianza». *Revista del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas,* 35. Asunción.
López, Francisco Solano (1957). *Proclamas y cartas del Mariscal López.* Editorial Asunción: Buenos Aires.
Lugones, Leopoldo (1931). *Historia de Sarmiento*. Babel: Buenos Aires.
Lynch, Eliza A. (1875). *Exposición y protesta que hace Eliza A. Lynch*. M. Biedma: Buenos Aires.

Lynch, John (1998). *Massacre in the Pampas. Britain and Argentina in the Age of Migration*. University of Oklahoma Press: Norman.

Lyra, Heitor (1938-1940). *História de Dom Pedro II, 1825-1891*. 3 v. Companhia Editora Nacional: São Paulo.

Macedo, Roberto (1938). *Floriano na Guerra do Paraguai*. Rio de Janeiro.

MacIntyre, Ben (1992). *Forgotten Fatherland. The Search for Elisabeth Nietzsche*. Farrar Straus & Giroux: Nueva York.

Magalhães Junior, R. (1957). *O Imperio em Chinelos*. Civilização Brasileira: Rio de Janeiro y São Paulo.

Maíz, Fidel (1877). *La cuestión religiosa en el Paraguay*. Asunción.

Maíz, Fidel (1883). *La Virgen de los Milagros*. Asunción

Maíz, Fidel (1886). *Pequeña geografía*. Asunción

Maíz, Fidel (1886). *Vía crucis. Importancia de esta preciosa devoción. Solemne creación del camino de la Cruz en la Iglesia de la Encarnación*. Asunción

Maíz, Fidel (1889). *25 de noviembre en Arroyos y Esteros*. Asunción.

Maíz, Fidel (1916). *Desagravio*. La Mundial: Asunción.

Maíz, Fidel (1922). *Discurso del Pbro. Fidel Maíz. Pronunciado hace 21 años en Piribebuy*. Asunción.

Maíz, Fidel (1986). *Etapas de mi vida*. El Lector: Asunción.

Manuel Domínguez (1946). *El Paraguay. Sus grandezas y sus glorias*. Editorial Ayacucho: Buenos Aires.

Maracajú, José Ubaldino Motta do Amaral, marechal visconde de, (1922). *Campanha do Paraguay (1867 e 1868)*. Imprenta Militar: Rio de Janeiro.

Massare de Kostianovsy, Olinda (1969). *José Berges. Malogrado estadista y diplomático*. Tall. Gráf. de la Penitenciaría Nacional: Asunción.

Massare de Kostianovsky, Olinda (1970-1971). «Cuatro protagonistas de Cerro Corá», *Anuario del Instituto Femenino de Investigaciones Históricas,* 1. Asunción.

Masterman, George Frederick (1869). *Seven Eventful Years in Paraguay*. S. Low, son and Marston: Londres.

Masterman, Jorge (1870). *Siete años de aventuras en el Paraguay.* Imprenta Americana: Buenos Aires.

Masterman, Jorge (1911). *Siete años de aventuras en el Paraguay.* Juan Palumbo Editor: Buenos Aires.

McLynn, F. J. (1979). «The Argentine Presidential Election of 1868», *Journal of Latin American Studies,* 11: 2, p. 312. Cambridge.

McLynn, F. J. (1979). «The Corrientes Crisis of 1868», *North Dakota Quarterly* 47: 3. Grand Forks.

McMahon, Martin (1870). «The War in Paraguay», *Harper's New Monthly Magazine* 40: 239 (abril), p. 636. Nueva York.

McMahon, Martin (1956). «Resurgirás Paraguay!» *Historia Paraguaya* 1. Asunción.

Meliá, Bartomeu (1983). «El fusilamiento del Obispo Palacios. Documentos Vaticanos». *Estudios Paraguayos* 11: 1. Asunción.

Mendes Leal, José da Silva (1868). «As Vitórias do Brazil no Paraguai», *A America*. Abril: Lisboa.

Mendonça, Juan Carlos (1967). *Las constituciones paraguayas y los proyectos de constitución de los partidos políticos*. EMASA: Asunción.

Mendoza, Hugo y Mariotti, Rafael (2010). «La fundición de hierro de

Ybycuí y la guerra del 70», en *Memoria del Segundo Encuentro Internacional de Historia sobre las operaciones bélicas durante la guerra de la Triple Alianza*. Asunción.

Menna Barreto, João de Deus Noronha (1950). *Os Menna Barreto. Seis Geraçoes de Soldados.* Gráfica Laemmert: Rio de Janeiro.

Mitre, Bartolomé (1911). *Archivo del General Mitre*, 28 v. La Nación: Buenos Aires.

Moniz, Heitor (1931). *A Corte de D. Pedro II*. Livraria Jmaoski: Rio de Janeiro.

Montenegro, Arthur (1893). *Guerra do Paraguai. Memorias de Mme. Dorothéa Duprat de Lasserre.* Livraria Americana: Rio Grande.

Mora, Frank O. y Cooney, Jerry W. (2007). *Paraguay and the United States. Distant Allies.* University of Georgia Press: Athens y Londres.

Morínigo, Víctor (1943). «Los amores del Mariscal. Pancha Garmendia, Juanita Pesoa y Elisa Lynch», *Revista de las FF.AA. de la Nación,* 3: 31. Asunción

Moritz Schwarcz, Lilia, y Gledson, John (2004). *The Emperor's Beard: Dom Pedro II and his Tropical Monarchy in Brazil* . Hill and Wang: Nueva York.

Mörner, Magnus (1956). *Algunas cartas del naturalista sueco Eberhard Munck af Rosenchöld escritas durante su estadía en el Paraguay*, 1843-1868. Estocolmo.

Murilo de Carvalho, José (2007). *D. Pedro II.* Companhia das Letras: São Paulo.

Nabuco, Joaquim (1897). *Um Estadista do Império: Nabuco de Araújo, Sua Vida, Suas opinhões, Sua época*, 2 v. H. Garnier: Rio de Janeiro y París.

Needell, Jeffrey D. (2006). *The Party of Order. The Conservatives, the State, and Slavery in the Brazilian Monarchy, 1831-1871*. Stanford University Press: Palo Alto.

Newbould, C. E. (1929). *A Padre in Paraguay*. Society for Promoting Christian Knowledge: Londres.

Nogueira Jaguaribe, João (1918). *O Conde de Bagnuoli*. O Pensamento: São Paulo.

Núñez, Romualdo (1977). «Memorias militares», en Benigno Riquelme García, *El ejército de la epopeya,* v. 2. Ediciones Cuadernos Republicanos: Asunción.

O'Leary, Juan E. (1916). *Lomas Valentinas. Conferencia dada en Villeta el 25 de diciembre de 1915*. Asunción.

O'Leary, Juan E. (1922). *El libro de los héroes*. Librería La Mundial: Asunción.

O'Leary, Juan E. (1925). *El mariscal Solano López*. Impr. de F. Moliner: Madrid.

O'Leary, Juan E. (1929). *El Centauro de Ybycuí. Vida heróica del general Bernardino Caballero en la guerra del Paraguay*. Livre Libre: París.

O'Leary, Juan E. (1930). *El héroe del Paraguay*. Talleres gráficos Prometeo: Montevideo.

O'Leary, Juan E. (1930). *Los legionarios*. Editorial de Indias: Asunción.

O'Leary, Juan E. (1970). *El libro de los héroes*. Ministerio de Hacienda: Asunción.

O'Leary, Juan E. (1970). *El mariscal Francisco Solano López*. Editorial Paraguaya: Asunción.

Oliveira Lima, Manuel de (1927). *O Império Brasileiro, 1822-1889*. Comp. Melhoramentos de São Paulo: São Paulo.

Olmedo, Agustín Ángel (2008). *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña (1867-1869)*. Academia Nacional de la Historia: Buenos Aires.
Oman, Charles (1902-1903). *A History of the Peninsular War.* Clarendon Press: Oxford.
Oneto y Viana, Carlos (1903). *La diplomacia del Brasil en el Río de la Plata*. Imp. El Siglo Ilustrado: Montevideo.
Ortiz Guerrero, Manuel (1928). *Nubes del este.* Asunción.
Osório, Joaquim Luis; Osório filho, Fernando Luis (1915). *História do general Osório*. 2 v. Pelotas.
Otaño, J. B. (1942). *Origen, desarrollo y fin de la marina desaparecida en la guerra de 1864-70*. La Colmena: Asunción.
Ouro Preto, Afonso Celso de Assis Figueiredo, Visconde de (1981). *A Marinha d'Outrora*. SDGM: Rio de Janeiro.
Pane, Justo A. (1908). *Episodios militares*. R. Monte Domecq & Cía: Asunción.
Paton, Lucy Ellen (1919). *Elizabeth Cary Agassiz: A Biography.* Houghton Mifflin Co.: Boston.
Paz, Marcos (1964). *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz.* 7 v. Universidad Nacional de La Plata: La Plata.
Pelúas, Daniel y Piqué, Enrique (2007). *Crónicas. Guerra de la Triple Alianza y el genocidio paraguayo*. Arca Editorial: Montevideo.
Peña Villamil, Manuel y Quevedo, Roberto (1987). *Silvia*. Criterio: Asunción.
Penna Botto, Carlos (1940). *Campanhas Navais Sul-americanas*. Imprensa Naval: Rio de Janeiro.
Pereira de Sousa (1927). «História da Guerra do Paraguai», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 102/156. Rio de

Janeiro.
Pereira, Carlos (1945). *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*. San Marcos: Buenos Aires.
Pereira, Carlos (1962). *Solano López y su drama*. Ediciones de la Patria Grande: Buenos Aires.
Peres Fernandes, Lia Silvia (2010). «Guerra contra a Memória: a Devolução de Peças do Acervo do Museu Histórico Nacional ao Paraguai». *Anais. Museu Histórico Nacional* 42. Rio de Janeiro.
Pereyra, Carlos (1953). *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*. Talleres Gráficos Buschi: Buenos Aires.
Pérez Acosta, Juan F. (1948). *Carlos Antonio López. Obrero máximo. Labor administrativa y constructiva*. Guarania: Asunción.
Pérez Pardella, Agustín (1977). *Cerro Corá*. Editorial Plus Ultra: Buenos Aires.
Pesoa, Manuel (1987). *Orígenes del Partido Liberal Paraguayo, 1870-1887*. Criterio-Ediciones: Asunción.
Pesoa, Manuel (1995). G*eneral doctor Benigno Ferreira. Su biografía, insertada en la historia del Paraguay*. Intercontinental Editora: Asunción.
Phelps, Gilbert (1975). *The Tragedy of Paraguay.* Charles Knight: Londres y Tonbridge.
Philbin, Stephanie (1991). «Saddam: the Middle East's Francisco Solano López», *Times of the Americas,* 23 de enero. Miami.
Philip, George, ed. (1991). *British Documents on Foreign Affairs. Reports and Papers from the Foreign Office Confidential Print. Latin America 1845-1914*. Londres.
Pinho, Wanderley (1930). *Política e Políticos no Império: Contribuições Documentaes*. Imprensa Nacional: Rio de

Janeiro.
Pinto de Campos, Joaquim (1878). *Vida do Grande Cidadão Brasileiro Luiz Alvez de Lima e Silva*. Imprensa Nacional: Lisboa.
Pinto Seidl, Raymundo (1903). *O Duque de Caxias. Esboço de Sua Gloriosa Vida*. Typ. Luiz Macedo: Rio de Janeiro.
Pivel Devoto, Juan E. (1942-1943). *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*. Atlántida: Montevideo.
Plá, Josefina (1976). *The British in Paraguay, 1850-1870*. The Richmond Publishing: Richmond, Surrey.
Pomer, León (1971). *La guerra del Paraguay. ¡Gran negocio!* Ceal: Buenos Aires.
Potthast-Jutkeit, Barbara (1996). *«Paraíso de Mahoma» o «País de las mujeres»?* Instituto Cultural Paraguayo Alemán: Asunción.
Prado, Ari G. (1969). *O Capitão Werlang e seu Diário de Campanha Escrito Durante e Após a Guerra do Paraguai*. Ed. Hilgert e Filhos: Canoas.
Preuss, Ori (2011). *Bridging the Island. Brazilians' Views of Spanish America and Themselves, 1865-1912*. Vervuert: Madrid, Orlando y Frankfurt.
Puiggrós, Rodolfo (1965). *Pueblo y oligarquía*. Jorge Álvarez Editor: Buenos Aires.
Queiroz Duarte, Paulo de (1982). *Os voluntários da patria na guerra do Paraguai*. Biblioteca do Exército: Rio de Janeiro.
Quesada, Ernesto (1902). *Historia diplomática nacional: la política argentino-paraguaya*. Rebaudi: Buenos Aires.
Ramírez Braschi, Dardo (1997). *Evaristo López. Un gobernador federal: Corrientes en tiempos de la Triple Alianza*.

Corrientes.
Ramírez Braschi, Dardo (2000). *La guerra de la Triple Alianza a través de los periódicos correntinos (1864-1870).* Amerindia Ediciones: Corrientes.
Rangel, Alberto (1935). *Gastão de Orleans (o ultimo Conde d'Eu)*. Companhia Editora Nacional: São Paulo.
Raymond, Jean François de (1990). *Arthur de Gobineau et le Brésil*. Presses universitaires de Grenoble: Grenoble.
Raymond, Xavier (1870). «Don Lopez et la Guerre du Paraguay». *Revue de Deux Mondes* 85. París.
Rebaudi, Arturo (1920). *Guerra del Paraguay. Un episodio. «¡Vencer o morir!»*. Imp. Constancia: Tucumán.
Rebaudi, Arturo (1924). *Lomas Valentinas*. Serantes: Buenos Aires.
Rebello de Carvalho, Francisco (1870). *A Terminação da Guerra*. Rio de Janeiro.
Reber, Vera Blinn (1988). «Demographics of Paraguay: A Reintepretation of the Great War, 1864-1870», *Hispanic American Historical Review* 68: 2. Pittsburgh.
Reber, Vera Blinn (2002). «Comment on the Paraguayan Rosetta Stone», *Latin American Research Review* 37: 3. Pittsburgh.
Reclus Elisée (1867). «La guerra del Paraguay», *Revue des Deux Mondes,* 15 de diciembre, pp. 934-65. París.
Reclus, Elisée (1868). «L'election présidentielle de la Plata et la Guerre du Paraguay», *Revue des Deux Mondes,* 76: 4. París.
Rees, Siân (2003). *The Shadows of Elisa Lynch. How a Nineteenth-Century Irish Courtesan Became the Most Powerful Woman in Paraguay.* Review: Londres.
Reichardt, Canavarro (1969). «Centenário da Morte do Brigadeiro José Joaquim de Andrade Neves, Barão do Triunfo, 1869-1969».

Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, v. 285. Rio de Janeiro.

Resquín, Francisco I. (1996). *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*. El Lector: Asunción.

Richard, Nicolas; Capdevila, Luc, y Boidin, Capucine, eds. (2007). *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe Siècles* . CoLibris: París.

Riquelme García, Benigno (1977). *El ejército de la epopeya*. Ediciones Cuadernos Republicanos: Asunción.

Rio Branco, José María da Silva Paranhos, Baron de (1919). «Comentarios a história da guerra do Paraguai de Schneider», *Revista Americana* 8: 11-2 (1919). Rio de Janeiro.

Rio Branco, José María da Silva Paranhos, Baron de (1945). *A guerra da Tríplice Aliança contra o gobernó da República do Paraguai.* Edições Cultura: São Paulo.

Roa Bastos, Augusto (1953). *El trueno entre las hojas.* Losada: Buenos Aires.

Rocha Almeida, Antonio da (1961). *Vultos da pátria. Os brasileiros mais ilustres de seu tempo*. Rio de Janeiro.

Rosa, José María (1986). *La guerra del Paraguay y las Montoneras argentinas*. Hyspamérica: Buenos Aires.

Rottjer, Enrique (1937). *Mitre militar.* Círculo Militar: Buenos Aires.

Sábato, Hilda (2002). *The Many and the Few: Political Participation in Republican Buenos Aires.* Stanford University Press: Palo Alto.

Sábato, Hilda y Lettieri, Alberto, eds. (2003). *La vida política en la Argentina del siglo XIX: Armas, votos, y voces*. FCE: Buenos Aires.

Saeger, James Schofield (2007). *Francisco Solano López and the*

Ruination of Paraguay. Honor and Egocentrism. Rowman & Littlefield: Lanham y Boulder.
Salum Flecha, Antonio (1994). *Derecho diplomático del Paraguay de 1869 a 1994*. Comuneros: Asunción.
Sánchez Quell, Hipólito (1976). *Los 50.000 documentos paraguayos llevados al Brasil*. Ediciones Comuneros: Asunción.
Santayana, George (1905). *Reason in Common Sense*. Charles Scribner's Sons: Nueva York.
Santos Neves, A. J. (1870). *Homenagem aos Herois Brasileiros na Guerra contra o Governo do Paraguay*. Laemmert: Rio de Janeiro.
Sarmiento, Domingo Faustino (1902). *Obras de Domingo Faustino Sarmiento*. Organizacion estado de Buenos Aires: Buenos Aires.
Scandizzo, Delfor R. (1999). «Entonces la mujer. La larga odisea de las cautivas correntinas», *Todo es Historia* 383 (junio). Buenos Aires.
Scantimburgo, João de (1996). *História do Liberalismo no Brasil*. Editora LTr: São Paulo.
Scarvada, Levy (1970). «A Marinha no Final de Uma Campanha Gloriosa», *Navigator* 2. Rio de Janeiro.
Scavarda, Levy (1968). «Centenário da Pasagem de Humaitá», *Revista Marítima Brasileira,* 8: 1-3, pp. 35-40. Rio de Janeiro.
Schama, Simon (1991). *Dead Certainties (Unwarranted Speculations).* Knopf: Nueva York.
Scheina, Robert L. (2003). *Latin America's Wars*. Brassey's: Washington.
Schenia, Robert (1987). *Latin America: A Naval History 1810–1987*. Naval Institute Press: Annapolis.
Schneider, Louis (1892). «Guerra de la Triple Alianza». *Revista del*

Instituto Paraguayo 12. Asunción.
Schulz, John Henry (1973). «The Brazilian Army and Politics, 1850-1894». Tesis doctoral. Princeton University: Princeton.
Scobie, James R. (1977). *Revolution on the Pampas. A Social History of Argentine Wheat, 1860-1910*. University of Texas Press: Austin.
Scully, William (1866). *Brazil. Its Provinces and Chief Cities*. Murray & Co: Londres.
Segovia Guerrero, Eduardo (1980). «La historiografía argentina del romanticismo». Disertación doctoral. Universidad Complutense: Madrid.
Seifert, Antonio (1871). *Os Sofrimentos dum Prisioneiro ou o Martir da Pátria*. Tipografia Constitucional: Fortaleza.
Sena Madureira, Antônio de (1982). *Guerra do Paraguai. Resposta ao Sr. Jorge Thompson, autor da «Guerra del Paraguay» e aos Anotadores Argentinos D. Lewis e A. Estrada*. Ed. UNB: Brasilia.
Shumway, Nicolas (1991). *The Invention of Argentina*. University of California Press: Berkeley.
Sienra Carranza, José (1975). «Respecto del Paraguay. Notas sobre el decenio 1870-1880», *Cuadernos Republicanos* 10. Asunción.
Silveira, Carlos Balthazar da (1900). *Campanha do Paraguai. A Marinha Brasileira*. Tipografia do Jornal do Commercio: Rio de Janeiro.
Sodré, Alcindo (1944). «Solano López, Imperador», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro,* 182, pp. 105-15. Rio de Janeiro.
Sodré, Alcindo (1956). *Abrindo un Cofre*. Editora Livros de Portugual S.A.: Rio de Janeiro.

Sousa Junior, Antonio (1985). «Guerra do Paraguai», en Sergio Buarque de Holanda, ed., *História Geral da Civilização Brasileira*. 2: 4: 307. Difel: São Paulo.

Spalding, Walter (1943). «Aquidabã», *Revista do Instiuto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul* 23. Porto Alegre.

St. John Crèvecoeur, Hector (1925). *Letters from an American Farmer*. Nueva York.

Stefanich, Juan (1945). *La restauración histórica del Paraguay*. Editorial El Mundo Nuevo: Buenos Aires.

Stroessner, Alfredo (1970). *En Cerro Corá no se rindió la dignidad nacional*. Cuadernos Republicanos: Asunción.

Tapia, Francisco (1898). *El tirano Francisco Solano López arrojado de las escuelas*. Escuela Tipográfica Salesiana: Asunción.

Tasso Fragoso, Augusto (1941). *A Paz com o Paraguai depois da guerra de Tríplice Aliança*. Imprensa Nacional: Rio de Janeiro.

Tasso Fragoso, Augusto (1957). *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay*. Biblioteca do Exército: Rio de Janeiro.

Taunay, Alfredo d'Escragnolle (Visconde de Taunay) (1921). *Cartas da Campanha. A Cordilheira. Agonia de Lopez (1869-1870)*. Edições Melhoramentos: São Paulo.

Taunay, Alfredo d'Escragnolle (Visconde de Taunay) (1958). *Diário do Exército, 1869-1870. De Campo Grande a Aquidabã. A Campanha da Cordilheira*. Edições Melhoramentos: São Paulo.

Taunay, Alfredo d'Escragnolle (Visconde de Taunay) (1924). *Recordações da Guerra e de Viagem.* Edições Melhoramentos: São Paulo.

Taunay, Alfredo d'Escragnolle, Visconde de (1948). *Memorias do Visconde de Taunay*. Instituto Progresso Editorial: Rio de Janeiro.

Thompson, George (1869). *The War in Paraguay with a Historical Sketch of the Country and Its People and Notes upon the Military Engineering of the War*. Longmans, Green, and Co.: Londres.

Thompson, Jorge (1869). *La guerra del Paraguay*. Imprenta Americana: Buenos Aires.

Trujillo, Manuel (1923). *Gestas guerreras (de mis memorias)*. Asunción.

Tuck, Lily (2004). *The News from Paraguay. A Novel*. Harper Collins: Nueva York.

Tuohy, John H. (2011). *Biographical Sketches from the Paraguayan War, 1864-1870*. Createspace: Charleston.

Valdez, Wilfredo (Jaime Sosa Escalada) (1892). «La guerra futura. La guerra de Chile y Brasil con la República. La Alianza —la causa común. Estudio de los hombres del Paraguay— el Triunvirato», *Revista del Paraguay,* 2: 3-9. Asunción.

Varela, Héctor F. (Orión) (1934). *Elisa Lynch*. La Cultura Popular: Buenos Aires.

Vasconcellos, Víctor N. (1972). *Juan E. O'Leary: el reivindicador*. Asunción.

Vázquez Franco, Guillermo (1994). *La historia y los mitos*. Cal y Canto: Montevideo.

Vázquez Franco, Guillermo (2001). *Francisco Berra: la historia prohibida*. Mandinga: Montevideo.

Vera, Helio (1995). *En busca del hueso perdido (tratado de paraguayología)*. RP Ediciones (primera edición, 1990):

Asunción.
Viana, Hélio (1943). «O Conde d'Eu: Advogado dos que serviran na Guerra. Dez cartas inéditas do Príncipe Gastão de Orléans». *Cultura Política* 31 (22 de agosto). Rio de Janeiro.
Vianna, Hélio (1950). *Estudos de História Imperial*. Companhia Editora Nacional: São Paulo.
Vieira, Hermes (1941). *A Princesa Isabel no Cendrio Abolicionista do Brasil*. São Paulo.
Vilhena de Moraes, Eugenio (1933). *O Duque de Ferro*. Calvino filho: Rio de Janeiro.
Viotti da Costa, Emilia (1985). *The Brazilian Empire. Myths and Histories*. The University of Chicago Press: Chicago y Londres.
Vittone, Luis (1970). *Calendario Histórico de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay*. Asunción.
Von Versen, Max (1872). *Reisen in Amerika und der Südamerikanische Krieg*. Málzer: Breslau.
Von Versen, Max (1913). *História da Guerra do Paraguai*. Imprensa Nacional: Rio de Janeiro.
Walzer, Michael (2006). *Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations*. Basic Books: Nueva York.
Warner, William (2007). *Paraguayan Thermopylae—the Battle of Itororó*. Norfolk.
Warren, Harris Gaylord (1949). *Paraguay. An Informal History.* University of Oklahoma Press: Norman.
Warren, Harris Gaylord (1969). «Litigations in English Courts and Claims against Paraguay Resulting from the War of the Triple Alliance», *Inter-American Economic Affairs,* 22: 4. Washington.
Warren, Harris Gaylord (1978). *Paraguay and the Triple Alliance:*

the Postwar Decade, 1869-1878. University of Texas Press: Austin.

Warren, Harris Gaylord (1982). «Brazil and the Cavalcanti Coup of 1894 in Paraguay». *Luso-Brazilian Review* 19: 2. Madison.

Warren, Harris Gaylord (1983). «Journalism in Asunción under the Allies and the Colorados, 1869-1904», *The Americas* 39: 4. Washington.

Warren, Harris Gaylord (1985). *Rebirth of the Paraguayan Republic. The First Colorado Era, 1878-1904*. University of Pittsburgh Press: Pittsburgh.

Washburn, Charles A. (1871). *The History of Paraguay with Notes of Personal Observations and Reminiscences of Diplomacy under Difficulties*. Lea and Shepard: Boston y Nueva York.

Whigham, Thomas L. (1978). «The Iron Works of Ybycui: Paraguayan Industrial Development in the Mid-Nineteenth Century», *The Americas*, 35: 2 (octubre). Washington.

Whigham, Thomas L. (2002). *The Paraguayan War. Causes and Early Conducts*. V. 1. University of Nebraska Press: Lincoln y Londres.

Whigham, Thomas L. (2010). *La Guerra de la Triple Alianza. Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur*. V. 1. Taurus: Asunción.

Whigham, Thomas L. y Potthast, Barbara (1990). «Some Strong Reservations: A Critique of Vera Blinn Reber's 'The Demographics of Paraguay: A Reinterpretation of the Great War'». *Hispanic American Historical Review* 70: 4. Pittsburgh.

Whigham, Thomas L. y Potthast, Barbara (1999). «The Paraguayan Rosetta Stone: New Insights into the Demographics of the

Paraguayan War, 1864-1870», *Latin American Research Review* 34: 1. Pittsburgh.
Whigham, Thomas L. y Potthast, Barbara (2002). «Refining the Numbers: A Response to Reber and Kleinpenning», *Latin American Research Review* 37: 3. Pittsburgh.
Whigham, Thomas y Casal, Juan Manuel, eds. (2008). *Charles A. Washburn. Escritos escogidos. La diplomacia estadounidense en el Paraguay durante la Guerra de la Triple Alianza*. Servilibro: Asunción.
Williams, John Hoyt (1979). *The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1800-1870*. University of Texas Press: Austin.

Periódicos y revistas:

A Gazeta (São Paulo).
A Reforma (Rio de Janeiro).
A Revista Ilustrada (Rio de Janeiro).
A Semana Ilustrada (Rio de Janeiro).
ABC Color (Asunción).
Anglo-Brazilian Times (Rio de Janeiro).
Ba-Ta-Clan (Rio de Janeiro)
Boston Daily Advertiser (Boston).
Cabichuí (Paso Pucú).
Cacique Lambaré (Paso Pucú).
Correio da Manhã (Rio de Janeiro).
Daily Picayune (Nueva Orleans).
Diário da Bahia (Salvador).

Diário do Rio de Janeiro (Rio de Janeiro).
Diário Trabalhista (Rio de Janeiro).
El Centinela (Asunción).
El Combate (Formosa).
El Mosquito (Buenos Aires).
El Nacional (Buenos Aires).
El Orden (Asunción).
El Pueblo (Buenos Aires).
El Pueblo. Órgano del Partido Liberal (Asunción).
El Río de la Plata (Buenos Aires).
El Semanario (Semanario de Avisos y Conocimientos Utiles) (Asunción).
Estrella (Piribebuy).
Gazeta de Noticias (Rio de Janeiro).
Herald and Star (Ciudad de Panamá).
Hoy (Asunción).
Jornal do Brasil (Rio de Janeiro).
Jornal do Commercio (Rio de Janeiro).
Jornal do Recife (Recife).
L'Etendard (París).
L'Illustration (Paris).
La Democracia (Asunción).
La Esperanza (Asunción).
La Mañana (Montevideo).
La Nación (Asunción).
La Nación Argentina (Buenos Aires).
La Nazione Italiana (Buenos Aires).
La Noticia (Buenos Aires).
La Opinión (Asunción).

La Patria (Asunción).
La Patria (Buenos Aires).
La Razón (Montevideo).
La República (Asunción).
La Tribuna (Buenos Aires).
La Voz del Pueblo (Buenos Aires).
Le Courrier de la Plata (Buenos Aires).
Liberdade (Rio de Janeiro).
London Illustrated Times (Londres).
New York Daily Tribune (Nueva York).
New York Herald (Nueva York).
New York Tribune (Nueva York).
Ñandé (Asunción).
O Alabama (Salvador da Bahia).
O Diário do Povo (Rio de Janeiro).
O Tribuno (Recife).
Opinião Liberal (Rio de Janeiro)
Paraguayo Ilustrado (Asunción).
The New York Times (Nueva York).
The Standard (Buenos Aires).
The Times (Londres).
Última Hora (Asunción).

NOTAS

[1] *The Standard,* (Buenos Aires), 11 de agosto de 1867.
[2] *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 23 de agosto de 1867.
[3] Mitre a Paz, Tuyucué, 3 de agosto de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz* (La Plata, 1964), 7: 301-2, y, en forma más detallada, Mitre a Caxias, Tuyucué, 5 de agosto de 1867, en IHGB, lata 312, pasta 33.
[4] Efraím Cardozo, *Hace cien años: crónicas de la guerra de 1864-1870 publicadas en* La Tribuna (Asunción, 1968-1982), 7: 31-3.
[5] Ver, por ejemplo, «Noticias do Rio da Prata», *Diário do Rio de Janeiro* (Rio de Janeiro), 4 de septiembre de 1867, donde se afirma que el «general Mitre ha sido la única causa de la prolongación de la guerra y el despilfarro de tantos sacrificios brasileños». *La Tribuna* (Buenos Aires) dio una enfática, si bien no muy mesurada, respuesta a tales ataques contra el «espíritu guerrero» del presidente argentino en su edición del 8 de septiembre de 1867. *El Pueblo* (Buenos Aires) fue un paso más lejos en su edición del 14 de septiembre de 1867, señalando que Mitre «puede ser un general de salón, pero [Caxias] todavía no pasó la antesala».

[6] «South America», *The Times* (Londres), 21 de septiembre de 1867.

[7] Mitre a Paz, Tuyucué, 6 de agosto de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 7: 303-4. En realidad, los paraguayos no habían todavía abandonado Pilar, aunque al final lo hicieron bajo considerable presión algunas semanas más tarde. A mediados de agosto, sin embargo, era dado por hecho que, tan pronto como los aliados terminaran sus obras en el frente de Tuyucué, despacharían una fuerte división para tomar Pilar o algún otro sitio al norte de Humaitá y dominarían el río desde ese punto, completando así el cerco y dejando al mariscal enteramente dependiente de sus escasas existencias dentro de las líneas.

[8] Dionísio Cerqueira reportó como un hecho un relato en el que un oficial brasileño, observando un tendido de cable telegráfico a lo largo del camino en las inmediaciones de Humaitá, lamentó que no pudiera ser usado por sus tropas, ya que, siendo paraguayo, solamente podía transmitir mensajes en guaraní. Ver Cerqueira, *Reminiscências da Campanha do Paraguai, 1864-70* (Rio de Janeiro, 1948), p. 310. Los hombres del mariscal rápidamente reconstruyeron la línea a Asunción por una ruta más segura. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 7: 18.

[9] Ver, por ejemplo, José Luiz Mena Barreto a Mitre, San Solano, 10 de agosto de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 6: 230-1, y «Teatro de la guerra», *La Tribuna* (Buenos Aires), 27 de agosto de 1867.

[10] En «Nupã ha'e chúra cacuaa», *Cacique Lambaré* (Paso Pucú) predeciblemente se jacta de esta confiscación, señalando con alguna verdad que los paraguayos habían capturado cantidades sustanciales de «harina, azúcar, yerba, galleta, cerveza, vino, aguardiente, cognac

y gin», y también, con tremenda exageración, que la nación felizmente celebraba «los 500 cadáveres de macacos dejados como banquete para los buitres». Ver edición del 22 de agosto de 1867.

[11] «Teatro de la guerra», *La Tribuna* (Buenos Aires), 9 de agosto de 1867. Este éxito fue celebrado en uno de los grabados más elaborados de *Cabichuí* (ver edición del 16 de enero de 1868). En otra ocasión, una caravana de diez carretas cargadas con suministros generales y mercaderías de macateros fue asaltada por los paraguayos al mediodía. Ver «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 14 de agosto de 1867.

[12] Los saqueadores paraguayos no pudieron llevar el papel inmediatamente al campamento, pero, reconociendo su valor, escondieron la mayor parte entre los arbustos y lo fueron llevando de a poco en varias incursiones nocturnas durante la siguiente semana. Ver Juan Crisóstomo Centurión, *Memorias o reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay* (Asunción, 1987), 3: 21.

[13] George Thompson, *The War in Paraguay with a Historical Sketch of the Country and Its People and Notes upon the Military Engineering of the War* (Londres, 1869), p. 224.

[14] Max von Versen, *Reisen in Amerika und der Südamerikanische Krieg* (Breslau, 1872), pp. 129-30.

[15] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 212. En el sitio donde estaba Timbó, actualmente hay un pequeño asentamiento argentino llamado Puerto Bermejo.

[16] El reporte semanal de Natalicio Talavera afirmó que los buques brasileños se negaban a responder el fuego por cobardía y que, «a pesar del hecho de que son acorazados, aun así les preocupa la derrota». Ver «Correspondencia del ejército», *El Semanario* (Asunción), 17 de agosto de 1867. En realidad, los brasileños

actuaron prudentemente, ya que ¿por qué se detendrían enfrente de las baterías paraguayas, donde la fortaleza enemiga era tan manifiesta? No era temor, sino sentido común.

[17] El mismo disparo dañó tanto el buque que este tuvo que ser remolcado río arriba por el *Silvado* y el *Herval,* una operación que supuso muchos peligros, ya que fue realizada bajo fuego a discreción de los paraguayos. Ver «A Passagem de Curupaity», *Jornal do Brasil* (Rio de Janeiro), 15 de agosto de 1895; Visconde de Ouro Preto, *A Marinha d'Outrora* (Rio de Janeiro, 1981), pp. 161-3; y A. J. Victorino de Barros, *Guerra do Paraguay. O Almirante Visconde de Inhaúma* (Rio de Janeiro, 1870), pp. 220-35.

[18] «Facts from Brazil», *Daily Picayune* (Nueva Orleans), 24 de octubre de 1867; Washburn a Seward, Asunción, 31 de agosto de 1867, en NARA, M-128, n. 2, y «Breves Apontamentos sobre a Campanha do Paraguai. A passagem do Humaitá, 1866 [*sic*]», en IHGB, lata 335, pasta 9.

[19] *Anglo Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 7 de septiembre de 1867.

[20] Ver Reclus, «La guerra del Paraguay» *La Revue des Deux Mondes* (París), 15 de diciembre de 1867, pp. 934-65, y A. J. Victorino de Barros, *Guerra do Paraguay. O Almirante Visconde de Inhaúma,* pp. 227-31.

[21] «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 21 de marzo de 1868.

[22] Entradas del diario del almirante Ignácio del 14 al 18 de agosto de 1867, en Guilherme de Andrea Frota, *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma durante a Guerra da Tríplice Aliança (Dezembro 1866 a Janeiro de 1869)* (Rio de Janeiro, 2008), pp. 110-2.

[23] En una de sus típicas muestras de desdén, Washburn menospreció el logro de Ignácio señalando que «si el escuadrón hubiera pasado inmediatamente por Curupaity, en una hora habría estado sobre Humaitá y esta guerra podría pronto haber terminado. Ver Washburn a Watson Webb, Asunción, 5 de septiembre de 1867, en WNL. Washburn no era el único estadounidense que criticaba el progreso de la Armada Imperial. El ministro de Estados Unidos en Buenos Aires, general Alexander Asboth remarcó que, o bien los acorazados brasileños eran de clase inferior, o bien la efectividad de los cañoneros paraguayos era mayor de la que se podía suponer en comparación con la experiencia americana durante la Guerra Civil. Ver Asboth a Seward, Buenos Aires, 12 de septiembre de 1867, en NARA, FM-69, n. 17.

[24] En una carta del 3 de agosto de 1867, Ignácio se preguntaba si el reciente refuerzo argentino de la isla Martín García no indicaría un plan de aniquilar la flota brasileña; y en una misiva similar escrita el 11 de septiembre se preocupaba por inspirar en otros enemigos del imperio un deseo de intervenir en los asuntos del Plata de una manera que no fuera favorable al Brasil si él arriesgaba un mayor número de buques brasileños en aguas paraguayas. Citado en Joaquim Nabuco, *Um Estadista do Imperio: Nabuco de Araujo, Sua Vida, Suas opinhões, Sua época* (Rio de Janeiro, París, 1897), 2: 73-6.

[25] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 61; Juan Bautista Gill Aguinaga, «El capitán de navío Pedro V. Gill», *Revista Nacional de Cultura* 1: 1 (1957), *passim.*

[26] Théodore Fix, *Conférence sur la Guerre du Paraguay* (París, 1870), pp. 57-8; Asboth a Seward, Buenos Aires, 26 de agosto de 1867, en NARA, FM-69, n. 17; «Teatro de la guerra», *La Tribuna*

(Buenos Aires), 20 de agosto de 1867; y Cardozo, *Hace cien años,* 7: 177-8 (que menciona que los marineros brasileños se vieron forzados a cortar leña en el Chaco por falta de carbón).

[27] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 4 de septiembre de 1867.

[28] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 25 de agosto de 1867.

[29] Ignácio a Caxias, frente a Curupayty, 23 de agosto de 1867, en Cardozo, *Hace cien años,* 7: 64-5. Ver también Mitre a Arturo Silveira de Mota, Buenos Aires, octubre de 1869, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 11 de noviembre de 1869 (en la cual el ex presidente argentino recapitula sus frustraciones con Ignácio y Caxias por el lento progreso de la armada).

[30] Antonio Sousa Junior, «Guerra do Paraguai», en Sergio Buarque de Holanda, ed., *História Geral da Civilização Brasileira* (São Paulo, 1985), 2: 4: 307.

[31] Caxias a Mitre, Tuyucué, 26 de agosto de 1867, en Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre* (Buenos Aires, 1911), 4: 281-2.

[32] Caxias a Mitre, Tuyucué, 28 de agosto de 1867, en Mitre, *Archivo*, 4: 286-9; Tasso Fragoso comenta que Caxias compuso una respuesta más elaborada al presidente argentino el 24 de diciembre de 1867, en la cual el marqués citó muchos casos de la recientemente concluida Guerra Civil de los Estados Unidos que contradecían la visión de Mitre sobre tácticas navales; cuando envió una copia de esta misiva a funcionarios en Rio de Janeiro, dejó de lado su usual decoro y afirmó que muchas de las teorías de Mitre «no estaban de acuerdo con la práctica de la guerra y otras habían sido completamente rebatidas». Ver *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay* (Rio de Janeiro, 1957), 3, 385-9.

[33] Mitre a Caxias, Tuyucué, 9 de septiembre de 1867, en Mitre, *Archivo,* 4: 289-92.
[34] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 116-7.
[35] El general oriental Enrique Castro, quien podía razonablemente ser considerado neutral en cualquier tire y afloje entre Caxias y Mitre, observó en una carta a Flores que él personalmente se sentía en perfecta «armonía» con el marqués y que no se preocupaba mucho por el argentino debido a que «todo lo que quiero saber lo chequeo con Caxias, quien está a cargo de todo». Este comentario habla por volúmenes. Ver Castro a Flores, Tuyucué, 19 de octubre de 1867, en AGNM, Archivos Particulares, caja 69, carpeta 21.
[36] En Asunción, el gobierno mantuvo una vigilancia particularmente cercana sobre los 300 residentes extranjeros en la ciudad, de los cuales 84 eran italianos, 61 argentinos, 46 españoles, 46 brasileños, 32 franceses, 6 alemanes y 25 de otras nacionalidades. La gran mayoría de los compatriotas de Gould, que trabajaban como ingenieros y maquinistas, parecen haber estado registrados separadamente, ya que en agosto de 1867 apenas cinco británicos estaban enlistados en la ciudad capital. Ver Lista de Residentes Extranjeros, 6, 8 y 19 de agosto de 1867, en ANA-NE 1738.
[37] El ministro francés en Asunción expresó particular preocupación por el destino de dos franceses, *messieurs* Delfino y Magnoac, quienes habían estado arrestados como posibles espías en Encarnación desde diciembre de 1866. Ver reporte de Laurent-Cochelet, n. 60, Asunción, 8 de marzo de 1867, y una carta sobre el mismo asunto el 5 de septiembre de 1867, en Luc Capdevilla, *Une guerre totale, Paraguay 1864-1870. Essai d'histoire du temps présent,* (Rennes, 2007). Había también cerca de 300 súbditos italianos en Paraguay, pero poco esfuerzo diplomático se hizo para

ayudarlos; la mayoría de estos individuos, de acuerdo con un reporte consular escrito un año después de la carta inicial de Cochelet, había «perdido sus derechos civiles por haberse empleado y haber jurado lealtad a un gobierno extranjero». Ver Lorenzo Chapperon a ministro Exterior italiano, Asunción, 18 de marzo de 1868, en Archivio Storico Ministero degli Esteri (Roma) [extraído por Marco Fano].

[38] Von Versen, *Reisen in Amerika,* p. 139.

[39] Richard Burton, *Letters from the Battle-fields of Paraguay* (Londres, 1870), p. 329.

[40] Las mujeres británicas fueron erróneamente autorizadas a desembarcar en Montevideo, donde le contaron todo lo que sabían a la prensa local; esto irritó profundamente al mariscal, quien nunca olvidó que Gould había faltado a su palabra. Ver Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 330.

[41] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 218-9, y *El Semanario* (Asunción), 14 de diciembre de 1867; Sallie Cleaveland, la indiscreta esposa de Charles A. Washburn, anotó en su diario el 30 de agosto que Madame Lynch había hablado de la furiosa reacción del presidente paraguayo con Gould debido a que no había llevado correspondencia diplomática al ministro de Estados Unidos. Si López estaba enojado con el secretario británico, no dio señales de ello en Paso Pucú, pero la observación muestra cómo las potenciales negociaciones se veían afectadas por el frágil temperamento del mariscal. Ver diario de Sallie C. Washburn, entrada del 30 de agosto de 1867, en WNL.

[42] Thompson, *The War in Paraguay*, p. 219; ver también G. F. Gould a George Mathew, Paso Pucú, 11 de septiembre de 1867, en George Philip, ed., *British Documents on Foreign Affairs. Reports and Papers from the Foreign Office Confidential Print. Latin*

America 1845-1914 (Londres, 1991), parte 1, serie D, 1: 228-30.

[43] De hecho, no hizo nada parecido. Podemos fácilmente reprender la desafortunada terquedad del mariscal a lo largo de la guerra, pero en esta ocasión, cuando don Pedro supo de las propuestas de Gould, su propia reacción reflejó una inflexibilidad similar. Ver Pedro a condesa de Barral, Rio de Janeiro, 8 de octubre de 1867, en Alcindo Sodré, *Abrindo un Cofre* (Rio de Janeiro, 1956), p. 136; Charles Kolinski, *Independence or Death! The Story of the Paraguayan War* (Gainesville, 1965), pp. 136-7; y «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 5 de octubre de 1867.

[44] Chris Leuchars sugiere que Elizalde posiblemente tenía en mente establecer una futura soberanía argentina sobre la orilla opuesta de la fortaleza. Ver Chris Leuchars, *To the Bitter End: Paraguay and the War of the Triple Alliance* (Westport, 2002), p. 167; en una carta posterior, el vicepresidente Marcos Paz reiteró que bajo ninguna circunstancia podía López retener capacidad oficial en Paraguay. Ver Paz a Mitre, Buenos Aires, 25 de septiembre de 1867, en Mitre, *Archivo*, 6: 260-2.

[45] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 219-20; «Las proposiciones de paz», *El Centinela* (Asunción), 19 de diciembre de 1867.

[46] Los rumores acerca de una renovada violencia montonera en Argentina occidental no eran totalmente infundados, y hacia finales de noviembre de 1867 ministros del mariscal estaban todavía tratando de arreglar un acuerdo con el general Juan Saá y otros líderes federalistas cuyas fuerzas no habían sido enteramente contenidas por el gobierno nacional. Ver José Berges a Antonio de las Carreras, Asunción, 24 de noviembre de 1867, en ANA-CRB I-22, 12, 2, n. 91.

[47] Charles Ames Washburn, *The History of Paraguay with Notes of Personal Observations and Reminiscences of Diplomacy under Difficulties* (Boston y Nueva York, 1871), 2: 204-5. En una observación involuntariamente irónica escrita en 1874, el coronel Silvestre Aveiro afirmó que López había consultado con los «personajes notables» de Asunción sobre la conveniencia de aceptar las condiciones de Gould y que había recibido como respuesta que el país no podría arreglárselas sin su jefe de Estado, y que el mariscal, en consecuencia, había rechazado la sugerencia del británico sobre la base de esa opinión. En el Paraguay autoritario, para tal consulta —si alguna vez tuvo lugar— solamente había una respuesta posible. Ver Silvestre Aveiro, *Memorias militares, 1864-1870* (Asunción, 1989), p. 48.

[48] Luis Caminos a G. Gould, Paso Pucú, 14 de septiembre de 1867, en Thomas Whigham y Juan Manuel Casal, eds., *Charles A. Washburn. Escritos escogidos. La diplomacia estadounidense en el Paraguay durante la Guerra de la Triple Alianza* (Asunción, 2008), pp. 365-8.

[49] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 220. Agentes británicos en la capital imperial observaron que muchos en el gobierno brasileño estaban secretamente complacidos por el fracaso de Gould, ya que, si hubiera tenido éxito, su país habría tenido que llegar a un trato por algo menor que una completa victoria. Ver Edward Thornton a Edmund Hammond, Rio de Janeiro, 23 de octubre de 1867, citado en Harris Gaylord Warren, *Paraguay and the Triple Alliance: the Postwar Decade, 1869-1878* (Austin, 1978), pp. 10, 292, n. 2; el ministro de Guerra, marqués de Paranaguá, ya había dejado claro a Caxias que no debía permitir «negociaciones» que impidieran la prosecución de la guerra. Ver Antonio Coelho de Sá e

Albuquerque a Caxias, Rio de Janeiro, 3 de octubre de 1867, en IHGB, lata 312, pasta 39.

[50] «War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 11 de septiembre de 1867.

[51] «War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 11 de septiembre de 1867. Los brotes de la enfermedad no se limitaron a los tiempos de guerra. Ver «Algunas consideraciones relativas al cólera morbo asiático», *El Pueblo. Órgano del Partido Liberal* (Asunción), 15 de enero de 1895. La fiebre amarilla también fue un problema serio; mató a cientos en Buenos Aires en 1871, incluyendo a Francisco Javier Muñiz, uno de los jefes de los oficiales médicos argentinos durante la guerra. Ver Thomas Edward Ash, *The Plague of 1871* (Buenos Aires, 1871), y Eliseo Canton, *Historia de la medicina de el Río de la Plata* (Madrid, 1928), 2: 427-9.

[52] «War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 18 de septiembre de 1867. Ver también Mitre a Paz, Tuyucué, 17 de octubre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 7: 336.

[53] M. A. de Mattos a Querido Amigo, Tuyucué, 11 de octubre de 1867, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 16 de octubre de 1867. El general muerto era Cesáreo Domínguez, de sesenta y dos años, quien había servido tan notablemente como coronel en Boquerón.

[54] El *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro) reportó que el cólera «de características más atenuadas que antes estaba amenazando a las fuerzas aliadas, y desertores de Humaitá lo representan como muy destructivo en los campamentos paraguayos» (edición del 23 de octubre de 1867). El *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro) fue más allá, afirmando que «los paraguayos están al

borde de morir ya sea de cólera o de hambre. En estas circunstancias, la Guerra del Paraguay terminará en el curso de un mes» (edición del 19 de octubre de 1867).

[55] En 2001, una controversia menor (y bastante artificial) surgió en la prensa carioca cuando académicos asociados a la Universidade Federal do Rio de Janeiro resucitaron un viejo rumor al revelar la supuesta existencia de una carta de Caxias del 18 de septiembre de 1867, en la cual admitía haber tirado cadáveres de víctimas de cólera al Paraná para «extender el contagio a las poblaciones ribereñas de Corrientes, Entrerios [*sic*] y Santa Fe», *O Jornal do Brasil* (Rio de Janeiro), 21 de octubre de 2001; esta acusación de haber conducido una guerra bacteriológica contiene todas las características de una fabricación, de ceguera histórica y de deliberada ignorancia, y no puede ser sostenida por los hechos. Si los escritores comprometidos con la teoría de la conspiración desean socavar la reputación del marqués de Caxias tendrán que hacer mejores esfuerzos. Ver general Luiz Cesário da Silveira Filho, «A verdade sobre Caxias», *Jornal do Brasil* (Rio de Janeiro), 11 de noviembre de 2001, con una réplica en el mismo periódico por parte de Alberto Magno («A guerra bacteriológica do Brasil»), que afirma que toda la historia es una «invención».

[56] *El Semanario* (Asunción), 28 de septiembre de 1867.

[57] La unanimidad de la aclamación a Talavera fue impresionante, como lo fue la sinceridad de la pena por su partida. *Cabichuí* (Paso Pucú) ofreció un conmovedor tributo en su edición del 14 de octubre, mientras que *El Centinela* (Asunción) fue más lejos tres días más tarde, lamentando la muerte del joven periodista sin omitir que sus talentos hacía tiempo habían sido reconocidos por «la profunda perspicacia de Su Excelencia el Mariscal López, quien vio en él una

joya preciosa brillando a su lado».
[58] Caxias a Mitre, Tuyucué, 7 de septiembre de 1867, en *La Noticia* (Buenos Aires), 19 de septiembre de 1867.
[59] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 104.
[60] Los archivos están repletos de casos de casos de deserciones a lo largo de los 1860. Ver, por ejemplo, Miguel González a López, Tranquera de Loreto, 13 de marzo de 1863, en ANA-CRB I-30, 16, 7, n. 1; Corte Marcial a Sixto Mendes [1865], en ANA-SJC 1512, n. 7; Interrogatorio al desertor Juan Bautista Espinosa, Cuarteles Generales del Batallón 47, 15 de febrero de 1866, en ANA-NE 780; Juan Gómez a ministro de Guerra, Cuarteles Generales del Batallón 47, 7 de junio de 1866, en ANA-NE 755, y muchos otros.
[61] Que las deserciones se expandieron en 1867 está ilustrado en un registro incompleto de junio, julio y agosto de ese año que recoge 51 casos separados de desertores detenidos, azotados o ejecutados en esos meses. Ver documentos no identificados de 1867 en ANA-NE 768. Los aliados también hicieron mucho hincapié en el creciente número de paraguayos desertores. Ver «Papeles paraguayos» en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 22 de septiembre de 1867; Enrique Castro a Flores, Tuyucué, 24 de diciembre de 1867, en AGNM, Archivos Particulares, caja 69, carpeta 21.
[62] Un dudoso relato paraguayo de estos eventos, que caracteriza el ataque a Pilar como un «asalto de forajidos» impulsado por el hambre en los campamentos aliados, es incluido en la correspondencia oficial del ministro de Estados Unidos en Argentina; ver Asboth a Seward, Buenos Aires, 10 de noviembre de 1867, en NARA, FM-69, n. 17. La versión brasileña de esta ocupación, acompañada por varios reportes oficiales, puede encontrarse en «Correspondencia do Jornal do Commercio», *Jornal do Commercio*

(Rio de Janiro), 10 de octubre de 1867, y, para un relato más personalizado, ver Visconde de Maracajú, «Combate do Pilar e Reconhecimento do Tayí (Rio de Janeiro, Dec. 1892)» en Papeles de Maracajú, IHGB, lata 223, doc. 19.

[63] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 142-4; *El Semanario* (Asunción), 28 de septiembre de 1867; el general Isidoro Resquín dijo que los aliados habían tomado 22.000 cabezas de ganado en Pilar, un número extremadamente improbable. Ver *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza* (Asunción, 1996), p. 65.

[64] Caxias a Mitre, Tuyucué, 23 de septiembre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 6: 343-4. No está claro cuántos civiles estaban aún presentes en Pilar en esta época; unas pocas semanas más tarde, Charles Washburn reportó que «los habitantes han sido compelidos a trasladarse a una larga distancia por encima de Pilar y [...] Villa Franca, que está más o menos a mitad de camino entre ese lugar y Humaitá, también ha sido evacuada». Ver Washburn a Seward, Asunción, 14 de octubre de 1867, en NARA, M-128, n. 2.

[65] Despacho del general Pôrto Alegre a Caxias, Tuyutí, 24 de septiembre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 6: 344-5.

[66] Thompson, *The War in Paraguay*, pp. 223-4; Centurión, *Memorias,* 3: 21-3; Paulo Queiroz Duarte, *Os voluntários da patria na guerra do Paraguai* (Rio de Janeiro, 1982), v. 3, 1: 132-4, 2: 173-5.

[67] En su edición del 3 de octubre de 1867, *El Centinela* (Asunción) publicó un artículo que celebraba el «espléndido triunfo» en Ombú. Estaba acompañado con una elaborada ilustración grabada del combate que, de manera improbable, contaba «600

negros muertos, [otros] prisioneros tomados, muchos heridos y un batallón entero y sus armas capturados en este enfrentamiento».

[68] Un chisme maledicente aseguraba que era Madame Lynch, antes que López, la que se sentía atraída hacia el apuesto Caballero, quien supuestamente debía sus promociones sin precedentes a una relación íntima con ella. Una historia paralela, quizás inventada por los mismos charlatanes, sostenía que su hermana María de la Cruz Caballero tenía un amorío con el mariscal y que fue debido a su influencia que se elevó tan rápidamente a la prominencia. Ver Frota, *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma,* p. 344, n. 487. Probablemente la obra más conocida sobre Caballero, totalmente hagiográfica en su orientación, es Juan E. O'Leary, *El Centauro de Ybycuí. Vida heróica del general Bernardino Caballero en la guerra del Paraguay* (París, 1929).

[69] «Correspondencia del ejército», *El Semanario* (Asunción), 9 de octubre de 1867. Ver también Cardozo, *Hace cien años,* 7: 183-8.

[70] Hay una disparidad mayor que la usual en las fuentes sobre el número de unidades involucradas en el enfrentamiento. Thompson y Centurión apuntan cuatro regimientos brasileños (*The War in Paraguay,* p. 224; *Memorias,* 3: 24), y Resquín (*La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* 3: 24), una división completa. Parece, eso sí, que Caxias tenía muchas más unidades en reserva de las que empleó ese día.

[71] «Battle of Isla Taiy. Paraguayan Version», *The Standard* (Buenos Aires), 9 de noviembre de 1867.

[72] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 224; Enrique Castro a Juan Bautista Castro, Tuyucué, 10 de octubre de 1867, en AGNM, Archivos Particulares, caja 69, carpeta 23.

[73] Ver, por ejemplo, «Splendid Victory by the Allies», *The*

Standard (Buenos Aires), 9 de octubre de 1867. Incluso Mitre se dejó ganar por el inicial espíritu de optimismo y señaló que había sido «un día lleno de triunfos [para nosotros] y de luto para el enemigo». Ver Mitre a Paz, Tuyucué, 3 de octubre de 1867, en «Partes oficiales», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 9 de octubre de 1867.

[74] «Great Brazilian Victory. The Battle of the Groves», *The Standard* (Buenos Aires), 31 de octubre de 1867.

[75] Pompeyo González [Juan E. O'Leary], «Recuerdos de Gloria. Tataiybá, 21 de octubre de 1867», *La Patria* (Asunción), 21 de octubre de 1902, y Mitre a Paz, Cuartel general (Tuyucué), 24 de octubre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 7: 340-1.

[76] «Revista del mes de octubre», *El Semanario* (Asunción), 2 de noviembre de 1867; «Teatro de la guerra», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 30 de octubre de 1867; marechal visconde de Maracajú, *Campanha do Paraguay (1867 e 1868)* (Rio de Janeiro, 1922), pp. 39-44.

[77] Mitre a Paz, Cuartel general (Tuyucué), 24 de octubre de 1867, en Jorge Thompson, *La guerra del Paraguay* (Buenos Aires, 1869), pp. xciv-xcv. Ver también Osório a «Chiquinha», Tuyucué, 27 de octubre de 1867, en Joaquim Osório y Fernando Luis Osório, *História do general Osório* (Pelotas, 1915), 2: 397.

[78] «Great Brazilian Victory. The Battle of the Goves», *The Standard* (Buenos Aires), 31 de octubre de 1867.

[79] Francisco Pereira da Silva Barbosa, un soldado raso en el comando de Mena Barreto en las primeras fases de la guerra, dejó un diario en el cual elogia al entonces coronel no solamente por su gallardía en combate contra los paraguayos, sino también por el

sensato, y muy efectivo, retiro de tropas y civiles que organizó en el pueblo de São Borja. Ver Mario Cesar Azevedo da Silveira, «Francisco Pereira da Silva Barbosa. Diario da Campanha do Paraguay» (ver online).

[80] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 3: 354-6; «Papéis e Notas incompletos de Rufino Enés Galvão sobre o Ataque do Potreiro Ovelha (1867)», en IHGB, lata 223, doc. 19; João Lustoza da Cunha Paranaguá, *Relatório Apresentado a Assembléa Geral na Segunda Sessão da Deceima Terceira Legislatura* (Rio de Janeiro, 1868), pp. 66-9.

[81] «Crónica del ejército», *El Semanario* (Asunción), 4 de diciembre de 1867.

[82] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 259-60.

[83] «Otra carta del ejército», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 9 de noviembre de 1867; Cardozo registra que solo 200 caballos y 600 cabezas de ganado fueron capturados. Ver *Hace cien años,* 7: 261.

[84] Caxias a Mitre, Tuyucué, 29 de octubre de 1867, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 7 de noviembre de 1867; Francisco Xavier da Cunha, *Propaganda contra o Imperio. Reminiscencias na Imprensa e na Diplomacia* (Rio de Janeiro, 1914), pp. 34-5.

[85] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 226-7.

[86] «Correspondencia do Jornal do Commercio (Buenos Aires, 14 de noviembre de 1867)», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 20 de noviembre de 1867.

[87] Washburn a Seward, Asunción, 13 de diciembre de 1867, en NARA, M-128, n. 2; Queiroz Duarte, *Os Voluntários da Pátria,* v. 3, 1: 34-8; 2: 85-91.

[88] Albert Amerlan observó sobre este particular enfrentamiento

que la «furia y acritud con que los paraguayos pelearon fue tal que ningún herido aceptó el proferido perdón mientras pudo seguir peleando en la batalla». Ver *Nights on the Río Paraguay. Scenes of War and Character Sketches* (Buenos Aires, 1902), p. 96.

[89] Washburn a Seward, Asunción, 31 de agosto de 1867, en NARA, M-128, n. 2.

[90] Un testigo ocular del lado brasileño criticó como incorrecta la común afirmación de que había dos divisiones paraguayas desplegadas cuando, de hecho, argumenta, había tres. Ver Francisco Manoel da Cunha Junior, *Guerra do Paraguay. Tujuty. Ataque de 3 de Novembro de 1867* (Rio de Janeiro, 1888), p. 17. Ver también Queiroz Duarte, *Os Voluntários da Pátria,* v. 3, 1: 134-7; 2: 5-54, 112-6, 175-80, 206-12; 3: 82-7, 117-23, 227-8.

[91] La Legión, que en los papeles consistía en poco más de 700 integrantes, era una unidad del ejército argentino desde 1865. Como era de esperarse, el gobierno del mariscal trataba de traidores a los soldados que la componían, y, pese a ello, el número de legionarios uniformados nunca fue tan grande como el de los oportunistas paraguayos, hombres y mujeres, que buscaron torcer la guerra en su propio beneficio en el campamento aliado. Ver «The Tuyutí Surprise», *The Standard* (Buenos Aires), 15 de noviembre de 1867; Da Cunha Junior, *Guerra do Paraguay. Tujuty,* pp. 15-6; Juan E. O'Leary, *Los legionarios* (Asunción, 1930).

[92] Thompson notó un penosamente exagerado aumento en los precios que estos transportadores cobraban por su servicio. Ver *The War in Paraguay,* p. 231.

[93] El historiador militar argentino José I. Garmendia, quien era tanto un veterano de guerra como un habilidoso artista, pintó una colorida descripción del saqueo paraguayo al «comercio» aliado con

sus numerosas tiendas de macateros, todas con banderas europeas, destrozadas el frenético 3 de noviembre. Ver Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale. Guerra del Paraguay 1864/70* (Roma, 2008), p. 300.

[94] La malnutrición, en sus primeras etapas, antes de generar una completa languidez, puede inspirar una alocada necesidad de proteínas que es difícil de ignorar incluso entre los hombres más disciplinados. Esto parece haber pasado con los soldados paraguayos en la Segunda Tuyutí (aunque un punto de vista menos caritativo sostiene que los codiciosos paraguayos fueron directo al licor).

[95] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 231-2; «A Guerra», *O Tribuno* (Recife), 5 de diciembre de 1867. En un sugerente pasaje, Centurión describe la «vergonzosa» escena de sus compatriotas siendo eliminados con sus bocas embadurnadas de azúcar: «¿Pero quién era responsable por esta vergüenza? Dejemos al lector contestar por nosotros». Una obvia alusión a que López había provocado la inanición que causó tal conducta en sus hombres. Ver *Memorias,* 3: 40-1.

[96] Los primeros reportes registraban la muerte de un coronel y comandante paraguayo de la fuerza atacante, pero información posterior señaló que se trataba de un oficial subalterno. Ver «Batalla de Tuyu-Tí», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 9 de noviembre de 1867. Era, de hecho, el mayor italiano Sebastián Bullo, que fue para el Paraguay lo que Gianbattista Charlone fue para la Argentina, y similar a su compatriota en apariencia y espíritu aventurero. Ver Leandro Aponte B., *Hombres... Armas... y batallas de la epopeya de los siglos* (Asunción, 1971), pp. 85-6.

[97] Thompson hablaba por muchos cuando subrayó que «Porto Alegre se comportó valientemente él mismo, pero su ejército no».

Ver *The War in Paraguay,* p. 231. Ver también «Correspondencia» (Curuzú, 30 de enero de 1868), en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 13 de febrero de 1868.

[98] Joaquim Silveiro Azevedo Pimentel, *Episodios Militares* (Rio de Janeiro, 1978), pp. 65-8.

[99] Centurión, *Memorias*, 3: 42.

[100] En su edición del 28 de noviembre de 1867, *El Centinela* (Asunción) incluye una imagen grabada de estos oprimidos prisioneros, descriptos sin excepción como negros brasileños, siendo llevados a Paso Pucú por una compañía de bien vestidos y gallardos paraguayos.

[101] Esclavo de las ganancias y de los negocios, Lanús había sido proveedor de armas de la milicia paraguaya en el período anterior a la guerra y, desde 1865, había cumplido para el Gobierno Nacional Argentino la misma capacidad. Ver Thomas Whigham, *The Paraguayan War. Causes and Early Conducts* (Lincoln y Londres, 2002), pp. 239, 313 y 354, y *La Guerra de la Triple Alianza. Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur,* v. 1 (Asunción, 2010), pp. 260, 266, 337 y 383. Fuentes brasileñas afirman que las pérdidas de Lanús fueron mínimas y se limitaron a «raciones para 20.000 hombres». Ver «A Batalha de Tuyuty», *O Tribuno* (Recife), 10 de febrero de 1868. El hospital argentino había alguna vez servido como capilla del mariscal.

[102] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 16 de noviembre de 1867; la discrecional destrucción de la propiedad de los macateros fue también presenciada por Otto Stieher y Pedro Werlang, inmigrantes alemanes al servicio de las fuerzas brasileñas, cuyo testimonio de lo que vieron ese día está en Klaus Becker, *Alemães e Descendentes do Rio Grande do Sul* (Canoas, 1968),

pp. 92, 132.

[103] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 235. El telescopio estaba todavía en uso en los cuarteles generales del mariscal cerca de Itá Ybaté cuando el general Martin MacMahon reemplazó a Washburn como ministro de Estados Unidos en Paraguay a fines de 1868; dos instrumentos de este tipo aparecen en una ilustración del centro de comando paraguayo que acompaña un artículo del general sobre sus experien-cias en la guerra. Ver McMahon, «The War in Paraguay», *Harper's New Monthly Magazine* 40: 239 (abril de 1870), p. 636.

[104] O'Leary afirma que se capturaron catorce, no trece. Ver Pompeyo González (Juan E. O'Leary), «Recuerdos de Gloria. Tuyutí. 3 de noviembre de 1867», *La Patria* (Asunción), 3 de noviembre de 1902.

[105] Cunha Junior, *Guerra do Paraguay. Tujuty*, pp. 34-7.

[106] Pese al serio daño en el mecanismo del cañón, los ingenieros británicos del mariscal trabajaron toda la noche para repararlo y al día siguiente lo transportaron a Curupayty, donde fue ubicado a la derecha de la batería a la vista de los barcos de Ignácio, que se mantuvieron cuidadosamente fuera de su alcance. Ver Centurión, *Memorias,* 3: 44-9. Este mismo cañón hostigó a los aliados de manera bastante eficaz durante el año posterior y solamente fue recuperado por los brasileños durante la campaña de Lomas Valentinas en diciembre de 1868.

[107] Mitre a Paz, Tuyucué, 4 de noviembre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 7: 349.50.

[108] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 3: 375-6 (que resume las estadísticas oficiales reportadas por Caxias y otros).

[109] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 234.
[110] Citado en Cardozo, *Hace cien años,* 7: 278.
[111] Una imagen de la medalla puede encontrarse en Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale,* 2: 301.
[112] El valor del mariscal fue el elemento más enfatizado en la gaceta gubernamental en su relato oficial de la batalla (aunque Barrios y Caballero también ganaron aplausos). Ver «Movimientos del enemigo», *El Semanario* (Asunción), 16 de noviembre de 1867. Al final de la guerra, estando todavía detenido por los brasileños, el general Resquín supuestamente afirmó que el mariscal creía que los paraguayos podían retener el control en ese punto, lo cual, a su vez, forzaría a los aliados a abandonar sus fuertes posiciones en San Solano. Ver «Declaración del general Francisco Isidoro Resquín, jefe de estado mayor paraguayo, prestada en el cuartel general del comando del Ejército Brasilero en Humaitá, el 20 de marzo de 1870» en Autores Varios, *Papeles de López. El tirano pintado por sí mismo. Sus publicaciones* (Buenos Aires, 1871), pp. 151-2.
[113] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 6 de noviembre de 1867.
[114] Correspondencia miscelánea de Mena Barreto [?] a Caxias, Tayí, enero-marzo de 1868, en IHGB, lata 447, doc. 82.
[115] Alexandre Gomes Argolo Ferrão, «Relatório sobre a Estrada de Ferro do Chaco», en Levy Scavarda, «Centenário da Pasagem de Humaitá», *Revista Marítima Brasileira,* 8: 1-3 (1968), pp. 35-40. Los ingenieros que diseñaron el ferrocarril cometieron un error crucial al localizarlo demasiado cerca de la vera del río Paraguay, ya que, cuando las aguas crecieron precipitadamente en enero, inundaron las vías e hicieron imposible por un tiempo hacer llegar suministros a la flota. Ver «The War in the North», *The Standard*

(Buenos Aires), 8 de enero y 11 de febrero de 1868.

[116] La presión para enviar al frente a cada varón, niño, joven o viejo, enfermo o sano, no se detuvo durante este período. Ver Reporte de Domingo Tomás Candia, Ybycuí, 18 de enero de 1868, en ANA-NE 982. El jefe de milicias de otro pueblo del interior, en su informe en la misma época, registra a 498 oficiales, soldados y «reclutas» presentes en su distrito, 104 de los cuales tenían más de 65 años de edad. Un hombre, Ysidro Escobar, tenía 101 años (!) y había varios en sus noventas. Ver reporte de Juan B. Campos, San José de los Arroyos, 20 de enero de 1868, en ANA-NE 982.

[117] Era ampliamente creído tanto en Buenos Aires como en Europa que, al apoyar la candidatura de Elizalde, Mitre buscaba mantener el poder *de facto* en sus propias manos. Ver Elisée Reclus, «L'election présidentielle de la Plata et la Guerre du Paraguay», *Revue des Deux Mondes,* 76: 4 (1868), pp. 893-4, y F. J. McLynn, «The Argentine Presidential Election of 1868», *Journal of Latin American Studies,* 11: 2 (1979), p. 312.

[118] En una carta del 29 de noviembre de 1867, el corresponsal de guerra de *The Standard* (Buenos Aires) reportó que las temperaturas en el frente oscilaban entre 96 y 105 grados Fahrenheit (35 a 40 grados centígrados), edición del 1 de diciembre de 1867. Dos semanas más tarde, el mismo corresponsal señaló que «Los termómetros ordinarios no sirven […] la atmósfera caliente […] trae ante la imaginación las regiones infernales de Dante, al menos un moderado anticipo del purgatorio» (edición del 18 de diciembre de 1867).

[119] De acuerdo con Masterman, el mariscal había perdido la mayoría de sus dientes inferiores cuando el farmacéutico británico llegó a la escena. Ver *Seven Eventful Years,* p. 41.

[120] López a Gregorio Benites, Paso Pucú, s/f, en University of California Riverside, Juansilvano Godoi Collection, box 8, n. 89.
[121] Al coincidir con la pintura general de un hombre celoso de su estatus e indiferente a la calidad —aunque no a la cantidad— de su comida, Washburn remarcó que el mariscal era un «glotón, pero no un epicúreo», con una decidida preferencia por los «platos más grasientos». Ver *The History of Paraguay,* 2: 48.
[122] Nunca un observador desinteresado o indiferente, el ministro de Estados Unidos al menos tenía la virtud de ser franco en sus opiniones. En relación con la apariencia y la conducta personal del mariscal, no veía razones para no equipararlo a «una bestia salvaje aguijoneada por la locura». Ver *The History of Paraguay,* 2: 47-9.
[123] Ver distintos himnos al mariscal López en la edición del 29 de julio de 1865 en *El Semanario* (Asunción). Como hemos visto, en un tiempo en el que la desnutrición había comenzado a afectar tanto a Asunción como a los pueblos del interior, se organizaron suscripciones públicas en todo el país para pagar una espada con joyas incrustadas al estilo de una Tizona, una corona de oro y un libro de elogios para presentárselos al mariscal como un tributo por sus «muchos sacrificios» por la patria. Para ejemplos de las «adhesiones», ver ANA-SH 352, n. 10; ANA-SH 353, n. 1; ANA-CRB I-30, 28, 21, n. 1-13; y ANA-NE 654. El carácter grotesco de estos actos encuentra incontables paralelos en la historia mundial; uno reciente fue el de Corea del Norte en los 1990.
[124] Orión [Héctor F. Varela], *Elisa Lynch* (Buenos Aires, 1934), pp. 217-8 [originalmente publicado en 1870]. Masterman observó que «era una de las peculiaridades de López el desconfiar de todos los que trataban de servirlo, y tratar peor a aquellos a los que les debía más». Ver *Seven Eventful Years,* p. 223.

[125] El autor escocés Robert Bontine Cunninghame Graham atribuye al general Resquín el haber contado esta historia de López torturando animales en su niñez. Ver *Portrait of a Dictator* (Londres, 1935), p. 93. Sin embargo, ni en la declaración que hizo estando en custodia de los brasileños en 1870 ni en las memorias que publicó algunos años después, Resquín hace alusión a nada que se le parezca. Ver «Importante documento para la historia de la guerra del Paraguay. Declaración del General Francisco Resquín, Humaitá, 20 de marzo de 1870», en BNA, Colección Enrique Solano López, n. 1.094.

[126] El 8 de abril de 1865, el mariscal estableció una Orden Nacional del Mérito con cinco grados diferentes, todos los cuales implicaban condecoración con una estrella de cinco puntas para vestir en el pecho izquierdo de la túnica militar. Muchos oficiales paraguayos, incluyendo a Centurión y a Thompson, en algún momento recibieron condecoraciones de este tipo, lo que críticos posteriores afirmaron que era equivalente a establecer una aristocracia formal en el país (no diferente de la nobleza brasileña). También fueron acuñadas medallas por acciones notables en batallas tales como Curupayty, Corrales, Tataiybá y la Segunda Tuyutí. Ver Thompson, *The War in Paraguay,* p. 69, y Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale,* pp. 296, 301.

[127] R. C. Kirk [?] a Hamilton Fish, Buenos Aires, 31 de agosto de 1869, en NARA, FM-69, n. 18.

[128] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 241.

[129] Esta tendencia a simplificar una figura compleja no se ha desvanecido completamente con la llegada del siglo veintiuno, como James Schofield Saeger demuestra casi en cada capítulo de su *Francisco Solano López and the Ruination of Paraguay. Honor*

and Egocentrism (Lanham y Boulder, 2007).

[130] Stephanie Philbin está lejos de ser la única estudiante de historia contemporánea que ve en esta autovaloración del mariscal cierto presagio de la sangrienta carrera de Saddam Hussein en Irak. Ver «Saddam: the Middle East's Francisco Solano López», *Times of the Americas,* 23 de enero de 1991; y también Carl Haub, «Iraq's Decade of Death Among Its Men», *The Washington Post National Weekly,* 11-17 de marzo de 1991.

[131] Washburn cuenta la anécdota de dos hermanas de Limpio, Anita y Conchita Casal, quienes estaban casualmente en Asunción durante uno de estos bailes. Curiosas, se acercaron a la plaza a una hora avanzada y, al verlas un policía, fueron forzadas a unirse a las festividades o «ir al calabozo». Temblando de miedo, danzaron en compañía de rudos soldados y prostitutas comunes hasta que tuvieron oportunidad de escapar sin ser notadas, corriendo «como venados asustados». Ver *The History of Paraguay,* 2: 100-1. G. F. Gould afirmó que algunas mujeres habían sido azotadas hasta la muerte por negarse a asistir a los bailes. Ver Gould a Mathew, Paso Pucú, 10 de septiembre de 1867, en Philip, *British Documents on Foreign Affairs,* parte 1, serie D, v. 1, p. 224. El ministro de Estados Unidos en Rio de Janeiro fue incluso más gráfico, señalando que «López había así convertido al Paraguay en un gran *burdel*» [énfasis en el original]. Ver Watson Webb a Seward, Petropolis, 3 de mayo de 1867, en NARA, M-121, n. 34.

[132] Thompson dice que las *kygua vera* eran «muchachas de tercera categoría que pretendían ser muy bellas y eran tolerablemente relajadas en sus costumbres morales», traídas del interior durante la «bailemanía» para provocar a las damas de sociedad. Ver *The War in Paraguay,* p. 44. La mayoría había

perdido lo «dorado» para 1867, pero, como amantes de los oficiales del mariscal, todavía retenían parte de su estatus privilegiado tanto en Asunción como en el frente.

[133] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 95-6.

[134] Ver Estanislao Zevallos, «Segundo Viaje al teatro de la guerra, 1888. Varias noticias recogidas en la Asunción», en MHMA-CZ, carpeta 127. Juan E. O'Leary, *El mariscal Solano López* (Madrid, 1925), p. 271, n. 1, y Pastor Urbieta Rojas, «La infancia de Solano López», *Ñandé* (Asunción), 15 de octubre de 1963.

[135] Washburn dejó una memorable descripción de Benigno López que acentuaba su avaricia, su naturaleza rencorosa y su indiferencia hacia la gente común; al resumir su carácter, el ministro de Estados Unidos señaló que los paraguayos universalmente detestaban a Benigno y pensaban que «era peor que su hermano». Ver *The History of Paraguay,* 2: 213-4. Algunos escritores posteriores trataron a Benigno con mayor indulgencia y lo calificaron como el miembro más ilustrado y ecuánime de la familia López. Ver Héctor F. Decoud, *La masacre de Concepción ordenada por el mariscal López* (Asunción, ¿1999?), p. 97 (originalmente publicado en 1926).

[136] El mariscal pareció mostrar preocupación por su madre cuando su salud se tambaleó a principios de 1869, pero sus consultas nunca fueron más que someras. Ver telegramas misceláneos de López a Venancio López, 1867-1868, en ANA-CRB I-30, 28, 18. La frialdad que caracterizaba la relación entre el mariscal y su madre parece haber sido un rasgo familiar. Ver Fidel Maíz a Estanislao Zeballos, Arroyos y Esteros, 7 de julio de 1889, en MHMA-CZ, carpeta 122, n. 5.

[137] La novela supuestamente «elegante» (pero de hecho presuntuosa) de Anne Enright, *The Pleasure of Eliza Lynch*

(Nueva York, 2002), describe a las dos hermanas López como «horrendas […] igualmente obesas […con] sus bigotes erizados, sus pechos pesados y sus axilas manchadas de sudor» (p. 49). La mayoría de los testigos confirma este desfavorable retrato físico, pero también es cierto que las dos mujeres sufrieron ampliamente a manos de chismosos que las pintaban venales, ignorantes y espiritualmente vacías. Sobre la vida posterior de Rafaela con un abogado brasileño, ver Alfredo Boccia Romañach, «El caso de Rafaela López y el Bachiller Pedra», *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay,* 7: 12-3 (2002), pp. 89-96.

[138] Dante, debemos recordar, reservó un lugar en la quinta escalera en el octavo círculo del Infierno para los adulones abyectos, entre los cuales Venancio seguramente se habría sentido en casa. Washburn lo describió como un hombre con muchos defectos. Por un lado, era un crápula, «el terror de aquellas familias que, no perteneciendo a la clase alta, tenían de todos modos una consideración por la decencia y reputación de sus hijas». Al mismo tiempo, era «un asustadizo crónico», lo que lo hacía una figura de lo más inusual. Ver *The History of Paraguay,* 1: 391-2; 2: 212-3. Venancio pudo haber tenido o no la *peste française,* pero la idea de que había estado incapacitado por la enfermedad parece improbable dados tanto su muy activa agenda de trabajo como la regularidad de su correspondencia. Ver Siân Rees, *The Shadows of Elisa Lynch. How a Nineteenth-Century Irish Courtesan Became the Most Powerful Woman in Paraguay* (Londres, 2003), p. 227.

[139] En un informe en otros sentidos banal sobre movimientos de tropas escrito al mariscal el último día del año, su hermano comienza con el siguiente saludo: «Su Máxima Excelencia Señor, Mariscal Presidente de la República, [me siento] honrado de haber recibido

los despachos de Su Excelencia números 5 a 29, y altamente gratificado por la noticia de la buena salud de Su Excelencia […] Levanto mi voto al cielo [para que Dios] conserve la más deseada felicidad de Su Excelencia». Ver Venancio López a López, 31 de diciembre de 1867, en ANA-CRB I-30, 26, 1, n. 13.

[140] Un testigo británico aseguró que tenía ocho amantes y que «jefes y jueces de los distritos tenían el hábito de seleccionar a las muchachas más bonitas para gratificar su lujuria». Ver «Testimonio del Dr. Skinner (Asunción, 25 de enero de 1871)», en Scottish Record Office, CS 244/543/19. Pancha Garmendia detenta el estatus de heroína antilopista por negarse a sucumbir a sus lascivas atenciones. De acuerdo con el relato estándar, López trató en varias ocasiones de quebrar su voluntad y, al no lograrlo, se enfureció y la hizo arrestar como criminal común hasta su ejecución en diciembre de 1869. Ver «Pancha Garmendia», *El Orden* (Asunción), 22 de julio de 1926; Víctor Morínigo, «Los amores del Mariscal. Pancha Garmendia, Juanita Pesoa y Elisa Lynch», *Revista de las FF.AA. de la Nación,* 3: 31 (1943); y J. P. Canet, *Pancha Garmendia. El libro que no debe faltar en ningún hogar paraguayo y cristiano* (Asunción, 1957).

[141] Sir Richard Burton, quien nunca llegó a conocer a Madame Lynch, escribió que «su figura tiende a ser voluminosa, y acompañada por una doble barbilla». Ver *Letters from the Battle-fields,* p. 74. Otros, como el publicista nacido en Uruguay Héctor F. Varela, quien, a diferencia de Burton, la había conocido, no podían contener su veneración por su belleza y especulaban mucho acerca de su efecto sobre López. Varela publicó después de la guerra una «novela» sensacionalista en la que afirmó sin evidencias que Madame Lynch había sido una cortesana en París y repitió los

malintencionados e infundados chismes que habían circulado en Buenos Aires y que eran divulgados por revistas satíricas como *El Mosquito*. Ver Orión [Héctor Varela], *Elisa Lynch,* pp. 233-4.

[142] La malicia de las damas de sociedad de Asunción (y también de Madame Cochelet, esposa del ministro francés) contra Lynch ha generado considerable material para novelistas, quienes parecen haberse nutrido principalmente de los chismes locales y de Varela. Ver, por ejemplo, Héctor Pedro Blomberg, *La dama del Paraguay. Biografía de Madama Lynch* (Buenos Aires, 1942), pp. 42-46; William E. Barrett, *Woman on Horseback. The Story of Francisco López and Elisa Lynch* (Nueva York, 1952), pp. 84-6; y, más recientemente, Lily Tuck, *The News from Paraguay. A Novel* (Nueva York, 2004), *passim.* En su bien documentada biografía, Michael Lillis y Ronan Fanning notan que *la Madama* mostraba poco rencor por el abuso del que era objeto. Ver Lillis y Fanning, *The Lives of Eliza Lynch. Scandal and Courage* (Dublin, 2009), pp. 89-90, 199-200, y Lillis y Fanning, *Calumnia. La historia de Elisa Lynch y la Guerra de la Triple Alianza* (Asunción, 2009).

[143] El rumor de que López aspiraba a convertir el gobierno paraguayo en una monarquía y a sí mismo en emperador fue extensamente comentado en círculos diplomáticos. Ver Washburn a Seward, Asunción, en NARA, M-128, n. 1; y M. Millefer a ministro Exterior Drouyn de Lhuys, Montevideo, 14 de octubre de 1863, en «Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay (1859-1863)», *Revista Histórica* 19: 55-7 (1963), p. 472. Una historia probablemente apócrifa indica que el joven Francisco Solano López había una vez iniciado negociaciones con don Pedro por la mano de una de las princesas imperiales, pensando en casarse con la institución monárquica y proteger a su país en el proceso. Ver

Alcindo Sodré, «Solano López, Imperador», *Revista do Instituto Histórico e Goegráfico Brasileiro,* 182 (1944), pp. 105-15; R. Magalhães Junior, *O Imperio em Chinelos* (Rio de Janeiro y São Paulo, 1957), pp. 103-10; Lillis y Fanning, *The Lives of Eliza Lynch,* pp. 93-4; y, más curioso aun, un «Contrato entre o representante da comissão de señoras paraguayas e o Sr. [Paul] de Cuverville, gerente do cónsul frances, encarejado de mandar confeccionar em Paris uma corôa de ouro e brillantes para ser ofrecido ao Marechal Presidente» [1868], en IHGB, doc. 5, lata 321.

[144] Elisa Lynch, *Exposición y Protesta que hace Elisa A. Lynch* (Buenos Aires, 1875), pp. 56-7. Ver también Washburn a Seward, Asunción, 14 de octubre de 1867, en NARA, M-128, n. 2, que hace específica referencia a propiedades compradas dentro de la capital por la familia López y a la consecuente improbabilidad de una evacuación temprana. En una carta escrita después de la guerra, el médico británico William Stewart observó que la colección de joyas de Madame Lynch incluso entonces valía «más de 60.000 libras esterlinas […] la mayoría de ellas confiscadas a los pobres paraguayos». Ver Stewart a Charles Washburn, Newburgh, Escocia, 20 de octubre de 1871, en WNL.

[145] La cantidad de inmuebles vendidos en arreglos privados a varios miembros de la familia López solamente puede ser llamada colosal. Ver, por ejemplo, Contrato de Juana Carrillo con Pedro B. Moreno, Asunción, 13 de enero de 1864, en ANA-NE 3266; transferencias de tierras varias (décadas de 1850 y 1860), en ANA-CRB I-30, 24, 38; I-30, 6, 98; I-29, 30, 46; «Cuenta formada de los alquileres de […] las casas de la señora Juana Carrillo de López» (1 de julio de 1865-30 de abril de 1866), en ANA-NE 3277; Ventas de tierras de José Joaquín Patiño (a lo largo del lago Ypacaraí),

Asunción, 27 de abril y 13 de mayo de 1863, en ANA-CRB I-30, 7, 43-4; de Julián Nicanor Godoy (en Caaguazú), Asunción, 2 de enero de 1865, en ANA-NE 2326; y de Rosa Isabel y María de la Cruz Ayala (en el distrito de San Roque de Asunción), Asunción, 8 de noviembre de 1866, en ANA-CRB I-30, 8, 20. Ver también Propiedades varias de Madame Lynch, en University of California Riverside, Juansilvano Godoi Collection, box 15, n. 51, y box 16, n. 1-14.

[146] La avidez de Lynch de acumular un inmenso tesoro podría ser excusada por la aprensión acerca de la muerte o evicción de su amante, lo que habría dejado a sus hijos sin ninguna alternativa entre la opulencia y la ruina. Ver Junta Patriótica, *El mariscal Francisco Solano López* (Asunción, 1926), p. 17. En relación con sus adquisiciones de tierras, que en los papeles la convirtió en la primera latifundista del país, ver Andrés Moscarda, *Las tierras de Madama Lynch. Un caso de prescripción contra el fisco* (Asunción, ¿1920?), y Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay* (Montevideo, 1972), pp. 148-57.

[147] Ella contrastaba la profundidad de su amor con los sentimientos más superficiales que encontraba entre los lugareños, ya que «cuando una inglesa ama, ama de verdad…» Ver Orión [Héctor Varela], *Elisa Lynch,* p. 236; y si la Madama amaba a López, él la amaba a su vez, y también a sus hijos. En una extraña carta de Panchito López a su madre a principios de 1868, vemos amplias referencias a la ternura del mariscal y a su deseo de que los miembros de la familia no se expusieran a innecesarios peligros. Ver Juan F. López a Mi Querida Mamita, Humaitá (?), 3 de enero de 1868, en UCR-Godoy Collection, box 8, n. 92.

[148] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 397; en su alegato de

1875, Lynch explícitamente niega toda responsabilidad por políticas domésticas y actos de su pareja: «Yo estaba lejos de involucrarme con el gobierno […] ni me vinculé durante la guerra con nada más que atender a los heridos y a las familias de los [soldados], y en tratar de reducir el sufrimiento general a mi alrededor». Ver *Exposición,* p. 208.

[149] Ver *Letters from the Battle-fields,* p. 357; *Seven Eventful Years,* p. 59; Lillis y Fanning, *The Lives of Eliza Lynch,* pp. 199-200.

[150] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 303-5; sin conocimiento de Washburn, el gobierno de Estados Unidos había una vez más ofrecido sus buenos oficios a los aliados para tratar de arreglar una paz negociada. La oferta fue definitivamente rechazada en abril de 1868. Ver «Transactions in the Region of the La Plata», Senado estadounidense, congreso 40, tercera sesión, doc. n. 5, pp. 33-5, 44-5.

[151] En una carta al ministro brasileño de Guerra, Caxias señaló que las operaciones enemigas habían sido reducidas a pequeños, insignificantes asaltos, y que López más o menos había abandonado sus posiciones anteriores alrededor del Bellaco, sugiriendo así que los paraguayos no podían durar mucho más. Ver Caxias a ministro de Guerra, Tuyucué, 6 de diciembre de 1867, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 27 de diciembre de 1867. El general Osório era menos optimista. En una carta a su hijo, el general *gaúcho* remarcó que «no tenemos idea de cuándo esta guerra terminará». Ver Osório a Fernando Osório, Tuyucué [?], 6 de diciembre de 1867, en Osório y Osório, *História do General Osório*, 2: 401.

[152] Mitre a Paz, Tuyucué, 14 de noviembre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 7: 360.

[153] Gould a George B. Mathew, Paso Pucú, 10 de septiembre de 1867, en Philip, *British Documents on Foreign Affairs, Latin America*, parte 1, serie D, 1: 225-6.
[154] El ministro de Guerra reportó a fines de diciembre que una patrulla de exploradores militares había atravesado diecinueve ríos y arroyos en la selva del Chaco y había conseguido llegar al río Pilcomayo después de doce días. Esto sugiere que los paraguayos tenían planes, efectivamente, de establecer una ruta de abastecimiento para las tropas sitiadas en Humaitá. Ver Venancio López a López, Asunción, 27 de diciembre de 1867, en ANA-CRB I-30, 26, 1, n. 10.
[155] Correspondencia no firmada desde Buenos Aires (13 de diciembre de 1867), que claramente reflejaba la visión de oficiales brasileños veteranos en el frente, admitía que el mariscal había tenido más éxito con la ruta de abastecimiento en el Chaco de lo que todos esperaban, a pesar de un terreno que «no presentaba aspectos de viabilidad, al punto de que todas las obras de López para abrir un ruta allí [se basaban solo en] ridículas esperanzas». Ver *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 22 de diciembre de 1867.
[156] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 364-5.
[157] Von Versen, *Reisen in Amerika,* pp. 145-6, y Declaración del desertor paraguayo Gaspar Cabrera, a bordo del vapor *Princesa de Joinville,* 21 de diciembre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 6: 440.
[158] Centurión, *Memorias,* 3: 69-70.
[159] Thompson afirma que Rivarola fue el comandante durante el ataque en Paso Poí, pero la mayoría de las fuentes indican que fue Vera. Ver *The War in Paraguay,* pp. 243-4.
[160] Luis Vittone, *Calendario Histórico de la guerra de la*

Triple Alianza contra el Paraguay (Asunción, 1970), pp. 22-3.
[161] Centurión, *Memorias,* 3: 73; Pompeyo González [Juan E. O'Leary], «Recuerdos de gloria. Paso Poí. 24 de diciembre de 1867», *La Patria* (Asunción), 24 de diciembre de 1902; Queiroz Duarte, *Os Voluntários da Pátria*, 1: 186-7.
[162] El biógrafo del barón, Francisco Ignácio Marcondes Homen de Mello, en un resumen relativamente completo de su vida, olvida mencionar la participación de Andrade Neves en este enfrentamiento. Ver *O General José Joaquim de Andrade Neves. Barão do Triumpho. Biografia* (Rio de Janeiro, 1869).
[163] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 416; *El Semanario* (Asunción), 28 de diciembre de 1867.
[164] «Apéndice de los festejos del aniversario de nuestra independencia nacional», *Cabichuí* (Paso Pucú), 28 de diciembre de 1867 (edición especial).
[165] El general Tasso Fragoso dedicó apenas un párrafo al asalto de Paso Poí, lo que parece poco generoso dada la importancia que los paraguayos atribuyeron al enfrentamiento. Ver *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 3: 384.
[166] Centurión, *Memorias,* 3: 74.
[167] Leuchars dice que estas pensiones eran generosas, y así habría sido si implicaran el pago en moneda. La verdad era que se pagaban mayormente en papeles que solo tenían validez en las comisarías estatales, pocas de las cuales seguían en operación en Paraguay después de 1867 (Asunción era una importante excepción). Es probable que López quisiera ahorrarse el costo de alimentar a estos hombres que poco o nada podían ya aportar al esfuerzo de la guerra. Ver *To the Bitter End,* p. 177, y Telegrama de López a Venancio López, ¿Humaitá?, 26 de diciembre de 1867,

en ANA-CRB I-30, 28, 18.

[168] Esta actitud despiadada, que antes raramente había sido admitida públicamente y que específicamente deshumanizaba a los paraguayos, ahora regularmente viciaba la prensa aliada. El *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro) afirmó a principios del nuevo año que los «paraguayos nunca fueron seres humanos; los jesuitas pudieron reducirlos y hacer de ellos una perfecta máquina animada […] no es la forma de gobierno [la que cuenta entre ellos], sino el carácter del gobernado». Ver «Correspondencia (Curuzú, 15 de enero de 1868)», en la edición del 31 de enero de 1868.

[169] Cardozo, *Hace cien años,* 7: 405, y Nicasio Oroño a Marcos Paz, Santa Fe, 22 de diciembre de 1867, en *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz,* 6: 443. Oroño mismo tuvo que marchar al exilio en esta época, pero retornó más tarde como senador nacional y fue el autor de un detallado plan para un retiro gradual de las fuerzas argentinas del Paraguay. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 90-2.

[170] «The Impeachment of the President», *The Standard* (Buenos Aires), 18 de abril de 1868.

[171] F. J. McLynn ha sugerido con verosimilitud que Mitre «no ejerció máxima presión en nombre de su aparente ministro Exterior una vez que se dio cuenta de que […] los localistas [*sic*] estaban preparados para llegar al extremo de una guerra civil y provocar una secesión de Buenos Aires si Elizalde era elegido». Ver «The Argentine Presidential Election of 1868», p. 321, y también Bernardo González Arrili, *Vida de Rufino Elizalde. Un constructor de la República* (Buenos Aires, 1948), pp. 455-63.

[172] Nicolas Shumway, *The Invention of Argentina* (Berkeley, 1991), pp. 212-3.

[173] Aunque todos los escritores revisionistas han sido críticos de Mitre, solamente los marxistas entre ellos han ubicado la fuente de su dilema histórico en la lucha de clases. Para ellos, su pertenencia a la «oligarquía» porteña presentaba mucho más importancia política concreta que cualquier otra tendencia. Ver Rodolfo Puiggrós, *Pueblo y oligarquía* (Buenos Aires, 1965), pp. 95-8 y 123-9.
[174] Leuchars, *To the Bitter End,* pp. 177-8.
[175] Washburn a Seward, Asunción, 13 de enero de 1868, en NARA, M-128, n. 2.
[176] «La muerte de Mitre», *Cabichuí* (Paso Pucú), 12 de enero de 1868; «Testimony of Dr. William Stewart, late of Paraguay» (Londres, 9 de diciembre de 1869), en WNL.
[177] Washburn a Seward, Asunción, 17 de enero de 1868, en «Transactions in the Region of the La Plata», Senado de Estados Unidos, 40º Congreso, 3ª sesión, ex doc., n. 5, pp. 99-100.
[178] «Uno de dos» y «Gelli Obeja Proclamado», *Cabichuí* (Paso Pucú), 30 de enero de 1868. Como era de esperarse, la prensa argentina ridiculizaba las afirmaciones paraguayas como otra expresión absurda de la perversión del mariscal. Ver «Los panfletos de López», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 28 de enero de 1868.
[179] Publicado en el *Diário do Exército* el 21 de enero de 1868. Ver barón de Rio Branco, «Commentarios a historia da guerra do Paraguay de Schneider», *Revista Americana* 8: 11-2 (1919), p. 47.
[180] El reclutamiento forzado se había vuelto una práctica común en muchas áreas del imperio. Desesperado por reclutas, el parlamento había aprobado la compra de esclavos, a quienes se entregaban cartas condicionales de emancipación, así como la libertad de convictos, y había conducido redadas contra hombres

normalmente exentos del servicio militar regular. Los reclutamientos para la guerra terminaron «mezclando indiscriminadamente estratos de pobres libres en el frente», a la vez que exacerbando un escenario político de por sí problemático en el país. Ver Peter M. Beattie, «Inclusion, Marginalization, and Integration in Brazilian Institutions: the Army as Inventor and Guardian of Traditions», Brazil Strategic Culture Workshop, Florida International University, Miami, noviembre de 2009.

[181] Ver Whigham, *La Guerra de la Triple Alianza,* 2: 224.

[182] El texto de la carta de Zacharías al emperador puede encontrarse en *Liberdade* (Rio de Janeiro), 2 de febrero de 1897, y Joaquim Nabuco, *Um Estadista do Império. Nabuco de Araújo, Sua Vida, Suas Opiniões, Sua Epoca* (Rio de Janeiro, 1897), 3: 100-1.

[183] Comunicación privada con Roderick J. Barman, Vancouver, 21 de septiembre de 2009; ver también Jeffrey D. Needell, *The Party of Order. The Conservatives, the State, and Slavery in the Brazilian Monarchy* (Palo Alto, 2006), pp. 241-8.

[184] Una influyente excepción en este sentido fue Wanderly Pinho, nieto del barón de Cotegipe, quien minimiza la creencia de que la crisis de febrero de 1868 fue un factor en el declive del apoyo al emperador. Ver «O Incidente Caxias e a Quéda de Zacharías em 1868», en *Política e Políticos no Império: Contribuições Documentaes* (Rio de Janeiro, 1930), pp. 65-93, y Roderick Barman, *Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil, 1825-1891* (Palo Alto, 1999), pp. 217-9 y *passim.*

[185] Louis y Elizabeth Agassiz, *A Journey in Brazil* (Boston, 1868), p. 58.

[186] Nabuco, *Um Estadista do Império,* 3: 115.

[187] Frota, *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma,* pp. 13-4 (entradas del 13 y 14 de febrero de 1868).
[188] Comunicación personal con Reginaldo J. da Silva Bacchi, São Paulo, 3 de noviembre de 2009. Estos monitores fueron totalmente construidos con materiales brasileños. Las únicas partes importadas fueron seis bombas Dalton de 114 milímetros, dos para cada buque. Para descripciones generales de los monitores, ver Adler Homero Fonseca de Castro y Ruth Beatriz S. C. de O. Andrada, *O Pátio Epitácio Pessoa: seu Histórico e Acervo* (Rio de Janeiro, 1995), p. 84-6; y George A. Gratz, «The Brazilian Imperial Navy Ironclads, 1865-1874», *Warship* (1999-2000), pp. 140-62.
[189] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 246-7; el monitor, con su peculiar diseño, fue tan popular en la U.S. Navy que para fines de la Guerra Civil los federales tenían cuarenta de estos buques en servicio.
[190] «Relatório da Passagem de Humaitá pelo seu Comandante Capitão-de-Mar-e-Guerra Delfim Carlos de Carvalho (a bordo del *Bahia,* 20 de febrero de 1868)», en Scavarda, «Centenário da Passagem de Humaitá», pp. 28-32; ver también Carlos Penna Botto, *Campanhas Navais Sul-americanas* (Rio de Janeiro, 1940), pp. 108-25, y Leuchars, *To the Bitter End,* pp. 179-80.
[191] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 179.
[192] G. F. Gould a Lord Stanley, Buenos Aires, 26 de febrero de 1868, en Philip, *British Documents on Foreign Affairs,* parte 1, serie D, v. 1, pp. 235-6.
[193] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 247; *El Semanario* (Asunción), 9 de marzo de 1868; ocho meses más tarde, el *London Illustrated Times* publicó una ilustración relativamente precisa de las baterías, pero con un epígrafe extraño y erróneo: «Las divisiones

avanzadas de la flota brasileña forzando a las baterías paraguayas en Tebicuary» (ver edición del 3 de octubre de 1868).

[194] Los barcos estaban amarrados con pesados cabos de soga desde bolardos en las cubiertas en la proa y la popa de ambas embarcaciones. Dado que los cabos estaban dispuestos de manera perpendicular a la orilla del río, ofrecían un blanco mínimo para las baterías enemigas, pese a lo cual un muy afortunado tiro paraguayo pudo cortar el cable de las proas, como se describe [comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 8 de noviembre de 2009]. En su análisis de los hechos, el almirante Carlos Balthazar da Silveira pregunta retóricamente por qué los otros buques de la flota no hicieron nada para ayudar, y al suministrar su propia respuesta señala que arriesgar más barcos en un rescate incierto era injustificado y que Delphim actuó apropiadamente al no intentar intervenir. Ver *Campanha do Paraguai. A Marinha Brasileira* (Rio de Janeiro, 1900), pp. 53-4.

[195] Amerlan, *Nights on the Río Paraguay,* p. 108; Ouro Preto, *A Marinha d'Outrora,* pp. 185-6; Ricardo Bonalume Neto, «River Passage Sought», *Military History* (diciembre de 1993), pp. 66-73, 95-8; Arthur Jaceguay y Vidal de Oliveira, *Quatro Séculos de Actividade Marítima, Portugal e Brasil* (Rio de Janeiro, 1900), 2: 469-71, 485-6 (donde se insinúa que el cabo que unía al *Alagoas* con el *Bahia* no se cortó por una bomba, sino por el hacha de un saboteador).

[196] Un diplomático británico que reportaba desde Rio de Janeiro especuló con que estas canoas salvaron al *Alagoas* porque los cañoneros paraguayos en la costa no querían matar accidentalmente a sus propios compañeros. Ver George Buckley Mathew a Lord Stanley, Rio de Janeiro, 8 de marzo de 1869, en Philip, *British*

Documents on Foreign Affairs, parte 1, serie D, v. 1, pp. 236-7; el almirante Ignácio afirmó, no muy convincentemente, que los hombres a bordo de las canoas atacantes eran todos indios payaguá «armados con arcos y flechas». Ver Frota, *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma*, p. 170 (entradas del 20 y 21 de febrero de 1868).

[197] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 247.

[198] «The Paraguayan War», *Army and Navy Journal,* 9 de mayo de 1868, pp. 599-600.

[199] Ciertos detractores de Caxias en Argentina no expresaron sorpresa por el tardío, pero exitoso paso frente a las baterías de Humaitá, afirmando, quizás con alguna justicia, que el marqués había demorado la operación por varios meses hasta que pudo deshacerse de Mitre. Ver Enrique Rottjer, *Mitre militar* (Buenos Aires, 1937), pp. 200-7. Otra razón frecuentemente mencionada de la demora era que la mayoría de los barcos en la flota brasileña tenían cascos de madera y estos no podían sobrevivir a los cañoneros paraguayos; sin embargo, la flota de madera pasó las baterías de Curupayty a principios de marzo y ningún barco se perdió ni sufrió daños. Ver Ouro Preto, *A Marinha d'Outrora,* pp. 189-92

[200] Cuando Flores abandonó Montevideo con el fin de buscar apoyo en el interior para sofocar la rebelión maquinada por sus hijos, se encontró con que los caudillos rurales ya no se alineaban en su defensa. Ver Gregorio Suárez a coronel Zimón Moyano, San Gregorio, 11 de febrero de 1868, en J. M. Fernández Saldaña, «El dictador Flores y Goyo Suárez», *La Mañana* (Montevideo), 29 de marzo de 1931. Habiéndole negado su lealtad en vida, varios de estos mismos jefes rurales enviaron elaboradas alabanzas al líder caído una vez que estuvo bien seguro en su tumba. Ver Ventura

Torres a Gregorio Suárez, Paysandú, 18 de marzo de 1868, en MHNM, Archivo Pablo Blanco Acevedo, tomo 106.

[201] Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* (Montevideo, 1942-1943), 2: 23. La muerte de Berro sin duda fue una simple venganza por el asesinato de Flores, pero no hay ninguna prueba de su complicidad con el atentado. El «levantamiento» blanco que instigó, sin embargo, tenía como claro objeto subvertir el recientemente formado batallón «Constitucional» (en cuyas filas servían muchos paraguayos capturados en la guerra que, de tener la oportunidad, bien podrían haberse unido a los blancos). Ver Acevedo, *Anales históricos del Uruguay* (Montevideo, 1933-1936), 3: 421-3.

[202] Burton, *Letters from the Battle-fields*, p. 114.

[203] El artista uruguayo Juan Manuel Blanes (1830-1901) produjo dos célebres óleos sobre el asesinato, uno decisivamente estilizado, casi elegíaco, que muestra al caído líder recibiendo la extremaunción inmediatamente después del suceso, y el otro completamente macabro en su descripción realista de los asesinos y sus cuchillos ensangrentados. Ambos pueden verse en Montevideo, en el Museo de Bellas Artes «Juan Manuel Blanes».

[204] Hay casi tantas interpretaciones de la muerte de Flores como académicos y polemistas uruguayos que han examinado el tema. Ver «Correspondencia de Montevideo, 21 de febrero de 1868», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 27 de febrero de 1868; «La muerte del general Venancio Flores. Un estudio del doctor José Luciano Martínez. Páginas de un libro próximo a aparecer», *La Razón* (Montevideo), 19 de febrero de 1912; «El asesinato del general Flores. Datos interesantes y desconocidos», *La Razón* (Montevideo), 3 de julio de 1912; y Washington Lockhart, *Venancio*

Flores, un caudillo trágico (Montevideo, 1976), pp. 88-96.

[205] Pivel Devoto, *Historia de los partidos políticos en el Uruguay,* 2: 22-3.

[206] Rodolfo Corselli, *La Guerra Americana della Triplice Alleanza contro il Paraguay* (Modena, 1938), p. 459.

[207] Caxias a baron de São Borja, ¿Tuyucué?, 4 de febrero de 1868, en IHGB, lata 447, doc. 83; Queiroz Duarte, *Os voluntários da pátria,* 1: 40-2, 2: 14-20, 153-8.

[208] Leuchars parece equivocarse al asignar origen belga a los rifles aguja usados por los brasileños en este enfrentamiento. Eran, de hecho, rifles Dreyse (Zündnadelgewehr M41), de manufactura prusiana, que el gobierno había comprado para la guerra de 1851 contra el caudillo uruguayo Manuel Oribe. Ver *To the Bitter End,* p. 180.

[209] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 250-1; Von Versen, *Reisen in Amerika,* pp. 147-8; para extensos relatos brasileños del enfrentamiento, ver Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha,* pp. 255-64, y «Ordem do Dia n. 4» (Tuyucué, 21 de febrero de 1868) en *Ordens do Dia,* 3: 159-76. Una atractiva, aunque algo fantasiosa imagen del combate en Cierva acompaña una crónica noticiosa de la batalla en la edición del 18 de abril de 1868 de *L'Illustration* (Paris).

[210] Centurión, *Memorias,* 3: 92; fuentes brasileñas citan estadísticas cuya diversidad prueba que la «niebla de la guerra» fue especialmente espesa ese día. Por ejemplo, la copia de la Base Naval de Rio de Janeiro del *Boletín do Exército* (Tuyucué, 20 de febrero de 1868) registra una bastante improbable pérdida de 529 muertos y heridos. Quizás basándose en la misma fuente, Tasso Fragoso habla de 608 brasileños muertos y heridos. Ver *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 3: 423. Sena

Madureira, por su parte, registra pérdidas aliadas de 120 hombres muertos y 253 heridos, y paraguayas de «más de mil». Ver *Guerra do Paraguai,* p. 54.

[211] Kolinski, *Independence or Death!*, p. 155; en su última edición impresa en Paso Pucú, el órgano de propaganda del mariscal calificó este enfrentamiento como otra gran victoria del Paraguay, y ofreció incluso a los lectores una oda en guaraní que alude al completo exterminio de los «apestosos negros». Ver «Cierva», *Cabichuí* (Paso Pucú), 24 de febrero de 1868. Un artículo algo más reflexivo, que compara la batalla con la de las Termópilas, apareció como «Paralelo» en *El Semanario* (Luque), 7 de marzo de 1868.

[212] Maracajú, *Campanha do Paraguay,* p. 75. Los sellados irregulares de los cartuchos de papel usados por los rifles de aguja a veces causaban flamas al disparar en frente de los ojos del tirador. Adicionalmente, los agujas normalmente se doblaban o quebraban, causando una tasa tan alta de tiros desviados que los soldados a menudo tiraban sus armas y buscaban rifles Minié entre los dejados por sus camaradas muertos. Solo un pequeño número de esas armas descartadas volvió a Brasil después del ataque [comunicación personal con Reginaldo da Silva Bacchi, São Paulo, 4 de noviembre de 2009, y con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 5 y 8 de noviembre de 2009].

[213] Declaración del vicepresidente Sánchez, 22 de febrero de 1868, en ANA-SH, 355, n. 2; «¡Arriba todos!», *El Semanario* (Luque), 29 de febrero de 1868.

[214] El cónsul italiano, Lorenzo Chapperon, quien había arribado al Paraguay solo a fines de 1867, escribió una corta pero vívida descripción de la evacuación de la capital al ministro Exterior de su país. El cónsul pensaba que la obstinación de Washburn era

equivocada. Ver Chapperon a ministro de Relaciones Exteriores, Luque, 31 de marzo de 1869, en Archivio Storico Ministero degli Esteri (Roma) [extraído por Marco Fano]. Ver también Berges a López, Luque, 25 de febrero de 1868, en ANA-CRB I-30, 23, 94.

[215] Washburn accedió a guardar parte de la propiedad de Lynch, pero su desprecio por ella era indisimulado incluso en estas extremas circunstancias. Ver *The History of Paraguay*, 2: 239.

[216] Bliss nació en el norte del estado de Nueva York en 1939, hijo de misioneros que habían trabajado entre los indios en las montañas de Adirondack. Estudió en Hamilton College y luego en Yale a fines de los 1850, y aunque no destacó en ninguna de esas instituciones, sus habilidades como investigador fueron notadas por miembros de la Massachusetts Historical Society, lo que le aseguró un empleo por un tiempo. En 1861 viajó a Brasil, donde sirvió como tutor de los hijos del ministro estadounidense Watson Webb, y luego se mudó a Buenos Aires a fines de 1862. Allí el gobierno nacional le encargó un estudio sobre lenguas indígenas a lo largo del río Bermejo (en las adyacencias del territorio paraguayo). Sorprendido por la guerra en Asunción, Bliss tomó varios trabajos, incluyendo la preparación de una historia nacional paraguaya para el mariscal López; esta obra, que nunca fue publicada, sirvió como fuente principal para el volumen uno de *The History of Paraguay,* de Washburn. Ver *New York Times,* 5 de enero de 1885.

[217] Rees, *The Shadows of Elisa Lynch,* pp. 227-8, y Liliana M. Brezzo, «Testimonios sobre la guerra del Paraguay (IV)», *Historia Paraguaya* 45 (2005), pp. 421-35; un recuento algo diferente de estas dos reuniones es ofrecido por Centurión, cuyas *Memorias*, 3: 96-8, dejan claro que la confusión, antes que la concordancia, marcaba los procedimientos. Un hombre que parece haber pensado

distinto fue Juan Esteban Molinas, sobrino del jefe político de Paraguarí, quien supo de la reunión por su padre, y quien testificó en una carta escrita cuarenta y nueve años después que tal reunión constituyó el comienzo de un complot contra el mariscal. Ver Molinas a padre Fidel Maíz, Paraguarí, 17 de mayo de 1917, en Maíz, *Etapas de mi vida* (Asunción, 1986), pp. 170-1, y declaración de José I. Acosta, Itá, septiembre de 1918, en BNA-CJO.

[218] Manuel Ávila, «Apuntes sobre la conspiración de 1869. Pequeña contribución a la historia de la guerra con la Triple Alianza y de la tiranía de López», *Revista del Instituto Paraguayo,* 2: 17 (1899), pp. 216-22.

[219] Cardozo, *Hace cien años,* 8: 139-42; Leuchars, *To the Bitter End,* p. 181.

[220] Infome de Washburn sobre Paraguay (septiembre de 1868), en WNL (resumido en Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 223-39).

[221] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 224.

[222] Masterman, *Seven Eventful Years,* pp. 228-9.

[223] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay*, 3: 424-5.

[224] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 249-50.
[225] Chapperon mostró considerable irritación por el hecho de que los barcos brasileños no contuvieran el fuego para permitir retirarse a la población civil y al personal diplomático. Ver Chapperon a ministro de Relaciones Exteriores, Luque, 31 de marzo de 1868, en Archivio Storico Ministero degli Esteri (Roma) [extraído por Marco Fanco]. El nuevo cónsul francés era Paul de Cuverville, un pomposo y arrogante hombre de origen provinciano que imitaba más a Washburn de lo que ninguno de los dos estaban dispuestos a admitir; en esta ocasión, la irritación del francés coincidía con la de Chapperon, y en tal sentido envió una carta de protesta a Caxias el 12 de marzo de 1868. Ver ANA-CRB I-30, 22, 56, n. 1.
[226] Masterman, *Seven Eventful Years*, pp. 226-7; Washburn, *The History of Paraguay*, 2: 241-2.
[227] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 242; Venancio López a López, Asunción, 15 de febrero de 1868, en ANA-NE 989.
[228] Masterman, *Seven Eventful Years,* p. 227. Francisco Doratioto señala que Delphim había planeado originalmente forzar a la capital a una temprana rendición, pero cambió de parecer cuando se enfrentó al fuego del «Criollo» y erróneamente concluyó que la resistencia era más sustancial de lo que en verdad era. Ver *Maldita Guerra. Nova história da Guerra do Paraguai* (São Paulo, 2002), p. 323. Por su parte, Washburn bullía de desprecio ante la «vergonzosa y cobarde exhibición» de la armada brasileña, cuyos esfuerzos él esperaba ansiosamente que se impusieran para así salvar a los residentes extranjeros de la ira de López. Ver *The History of Paraguay,* p. 242.
[229] Washburn, *The History of Paraguay*, 2: 243.
[230] Las noticias del paso frente a las baterías se extendieron en

Brasil, y las festividades resultantes en la capital imperial, São Paulo y Bahia duraron varios días. Los múltiples peanes a Delphim fueron irritantemente ampulosos; para un típico ejemplo, que comparaba la proeza del comodoro con las acciones en Troya y Trafalgar, ver Antonio da Cruz Cordeiro, *Episódio da Esquadra Brasileira em Operação nas Aguas do Paraguay, a 19 de Fevereiro de 1868* (Paraíba, 1868). La reacción en Montevideo y Buenos Aires fue entendiblemente menos notoria, lo que llevó a *La Nación Argentina* de Mitre a denunciar a aquellos escritores argentinos y uruguayos que se habían mofado del logro brasileño. José Hernández, quien aprovechó la ocasión para atacar, no a los brasileños, sino a su viejo enemigo Mitre, señalando que lo que este no había podido cumplir en dos años, Caxias lo había hecho en un mes. Ver Hernández a Martínez Fontes, Corrientes, 19 de febrero de 1868, en Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos* (Buenos Aires, 1985), p. 41.

[231] El general James Watson Webb, ministro de Estados Unidos en Brasil, apuntó la ironía de la situación cuando observó que el triunfo de la armada en Humaitá ocasionó «grandes regocijos […] en todo el Brasil [aunque] la gente más prudente y leal de todas las clases abiertamente admite que si el ejército no alcanza una victoria en el plazo de un mes, el gobierno tendrá que consentir una paz para evitar una revolución». Ver Webb a Seward, 9 de marzo de 1868, en NARA, M-121, n. 35.

[232] El escudo del barón no solo tenía un delfín, una cara simbolizando a Carlos y una bellota (Carvalho significa «roble»), sino también un buque de guerra blindado en un río azul-celeste con olas plateadas y el lema «¡Avante!». Estos motivos no dejaban dudas de la contribución de Delphim a la victoria aliada en Paraguay. Ver Lilia

Moritz Schwarcz y John Gledson, *The Emperor's Beard: Dom Pedro II and his Tropical Monarchy in Brazil* (Nueva York, 2004), p. 139-40.

[233] Jose da Mendes Leal, «As Victorias do Brazil no Paraguay», *A America* (Lisboa), abril de 1868.

[234] El piloto correntino Enrique Roibón, que conocía las aguas de Humaitá mejor que la mayoría de los paraguayos, en forma bastante inesperada defendió la decisión brasileña de no ubicar barcos entre Timbó y la fortaleza debido a que las existencias de carbón eran insuficientes y el peligro muy grande. Ver E. R. Cristiano [Roibón], «En honor a la verdad histórica», *La Libertad* (Corrientes), 3 de abril de 1908.

[235] Federico el Grande, cuyos comentarios sobre liderazgo militar Caxias con seguridad había leído, había recomendado esta táctica como esencial, subrayando que la «la maestría del general habilidoso es hambrear al enemigo» hasta su sumisión. Ver Federico el Grande [Frederick the Great], *Instructions for His Generals* (Meniola, 2005), p. 31.

[236] El capitán Pedro V. Gill, que presenció estas discusiones (y que diseñó el principal plan de ataque), dijo que varios oficiales navales corrieron el riesgo de recibir cuatro balas por «cobardía» o necia insolencia, o por lo menos de ser degradados, por la obstinación con que expresaron su oposición al plan, y relata la respuesta insultante que les dio el mariscal. Ver «Testimonio de Pedro V. Gill (Asunción, 24 de abril de 1888)», en MHM-CZ, carpeta 137, n. 10. En esta ocasión, los oficiales navales paraguayos no sufrieron represalias por haber causado la ira de López.

[237] Los detalles específicos del plan fueron revelados tardíamente a los comandantes aliados por un sargento paraguayo que desertó a

través de las líneas el 3 de marzo. Ver «Importantes noticias de la escuadra», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 10 de marzo de 1868.

[238] Juansilvano Godoi, *El comandante José Dolores Molas* (Asunción, 1919), p. 6.

[239] En su breve relato del enfrentamiento, el coronel Thompson confunde el *Lima Barros* con el *Herval,* que estaba más abajo esa noche. Ver *The War in Paraguay,* p. 235-254; otras fuentes paraguayas cometen el mismo error, pero la narración oficial hecha por los brasileños claramente identifica el barco como el *Lima Barros* y señala que el *Herval* asistió al *Silvado* en la barrida de los bogavantes que quedaban en las cubiertas de ambos acorazados. Ver «Parte oficial del asalto de los paraguayos a los encorazados brasileros (Tuyucué, 14 de marzo de 1868)», en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 22 de marzo de 1868.

[240] Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,* p. 111; como hemos visto, en las anotaciones en su diario sobre el paso frente a las baterías de Humaitá, el almirante Ignácio afirmó que los hombres a bordo de las canoas enemigas que asaltaron el *Alagoas* eran indios payaguá; en este caso, supuestamente comprobó la presencia entre los bogavantes de «¡¡¡brasileños!!!, ingleses, italianos y franceses». En ninguno de los dos casos es muy creíble. Ver Frota, *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma*, pp. 173-4 (entrada del 1-2 de marzo de 1868).

[241] Silveira, *Campanha do Paraguai. A Marinha Brasileira,* pp. 56-9.

[242] Sena Madureira, *Guerra do Paraguai,* p. 56.

[243] Cardozo, *Hace cien años*, 8: 175; Vittone, *Calendário Histórico*, pp. 27-8.

[244] Varias fuentes brasileñas afirman que Céspedes fue tomado prisionero junto con otros dos oficiales y doce bogavantes. Ver Bonalume Neto, «River Passage Sought», p. 96.

[245] Thomas Joseph Hutchinson, «A Short Account of Some Incidents of the Paraguayan War», ensayo leído ante la Liverpool Literary and Philosophical Society (1871), pp. 27-8; Juansilvano Godoi, en un relato con alto contenido romántico de 1919, señaló que el herido Genes se encontró con el mariscal poco después de ser rescatado, se disculpó por su mala suerte y entregó a su comandante lo que quedaba de su sable roto. Ver *El comandante José Dolores Molas,* p. 11.

[246] «Campanha do Paraguai. Diário do Exército em Operações sob o Commando em Chefe do Exmo. Sr. Marchal de Exército Marquez de Caxias», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 91: 145 (1922), pp. 298-302 (entrada del 2 de marzo de 1868).

[247] Mitre a Gelly y Obes, Buenos Aires, 15 de julio de 1868, en Mitre, *Archivo*, 3: 259; «Paraguay», *El Siglo* (Montevideo), 22 de febrero de 1868.

[248] Los aliados tuvieron una prueba positiva de la huida del mariscal solamente a finales del mes, cuando un soldado de la artillería paraguaya desertó y afirmó que había visto a López, Madame Lynch y otros partir en la forma que describen las otras fuentes. Ver «Declaración del soldado paraguayo de artillería de Humaitá (Tuyucué, 22 de marzo de 1868)», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 1 de abril de 1868.

[249] Tales hombres, que siempre han inspirado personajes a la literatura mundial, eran suficientemente reales como para suscitar la condena no solamente de constructores de naciones como Domingo

Faustino Sarmiento, sino de colonos inmigrantes como Hector St. John Crèvecoeur, cuyas memorias de la vida rural en los Estados Unidos en los 1770 castigan a los «hombres salvajes» de la frontera llamándolos «nómadas, rudos, antisociales, impacientes ante la responsabilidad y la ley». La demasiada libertad había promovido en ellos «un tosco egoísmo y una inclinación a la violencia». Ver *Letters from an American Farmer* (Nueva York, 1925), pp. 72-3.

[250] «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 11 de abril de 1868.

[251] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 251-2.

[252] En una ocasión, los hombres trabajaron toda la noche en el agua de un profundo arroyo construyendo un puente para que pasara el carruaje del mariscal a la mañana siguiente. Los guardias invariablemente se deleitaban en complacer a su comandante, que por lo menos en esta oportunidad mostró tan buen humor como ellos. Ver Thompson, *The War in Paraguay,* p. 258.

[253] «Instrucciones para el Coronel López, comandante general de armas», Paso Pucú, 30 de diciembre de 1867, en ANA-CRB I-30, 28, 17, n. 34.

[254] El entonces ex cónsul británico en Rosario fue testigo de la agonía de un prisionero paraguayo enfermo en el *HMS Doterel* mientras navegaba río abajo en 1865, que fue reprendido por un sargento por dejar que el enemigo escuchara sus quejas y murió cuatro horas después en medio de una horrible tortura sin dejar escapar otro sonido. «Algunos […] llamaron a eso insensibilidad y estupidez paraguaya, pero para mí fue la perfección de la disciplina, junto con la clase más alta de moral y valentía física». Ver Thomas J. Hutchinson, *The Paraná, with Incidents of the Paraguayan War and South American Recollections, from 1861 to 1868*

(Londres, 1868), p. 308.
[255] Manuel Trujillo, *Gestas guerreras (de mis memorias)* (Asunción, 1923), p. 28 [originalmente publicado en 1911].
[256] Un desertor paraguayo informó que la guarnición de Humaitá, excepto por un batallón, estaba enteramente compuesta por muchachos adolescentes, y que cada uno solamente comía un pedazo de carne por día, ya que no había otras raciones. Ver Gelly y Obes a ¿Mitre? (Tuyucué, 18 de marzo de 1868), en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 24 de marzo de 1868. Por otro lado, en cualquier circunstancia, un comando conjunto es usualmente una mala idea.
[257] Godoi, *El comandante José Dolores Molas,* p. 18.
[258] Testimonio del capitán Pedro. V. Gill (Asunción, 24 de abril de 1888), en MHMA-CZ, carpeta 137, n. 10.
[259] Ver *Reisen in Amerika,* p. 154; Cardozo, *Hace cien años,* 8: 178, 184-5 (que también indica, en 8: 194-5, que el oficial prusiano tuvo siempre permiso de retener su revólver y no podía por tanto ser contado como prisionero); y *Seven Eventful Years,* p. 230.
[260] Martin Dobrizhoffer, *An Account of the Abipones. An Equestrian People of Paraguay* (Londres, 1822), 1: 124.
[261] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 256-8.
[262] Von Versen, *Reisen in Amerika,* p. 145; Doratioto, *General Osório. A Espada Liberal do Império* (São Paulo, 2008), p. 176, habla de una cifra de 10.000 paraguayos evacuados. En cualquier caso, dados los desafíos de la retirada cruzando el río y a través del Chaco, la estadística es extraordinaria.
[263] Ver *The War in Paraguay,* p. 259. El párrafo es poco convincente como prueba de una intención de huir al Altiplano, pero tiene sentido como ilustración de que el mariscal estaba cubriendo

sus apuestas para varios escenarios posibles. El ayudante del mariscal, Julián Godoy, también habla de las carretas de monedas, seis en vez de cinco. Ver «Memorias del teniente coronel Julián N. Godoy, edecán del mariscal López», Asunción, 13 de abril de 1888, en MHNA, Colección Gill Aguinaga, carpeta 7, n. 3.

[264] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 260-2.

[265] Manteniendo su prolongada postura antibélica, *O Tribuno* (Recife) señaló en su edición del 30 de abril de 1868 la casi imposibilidad para el ejército aliado de avanzar a través de un terreno tan pantanoso, a pesar de lo que afirmaban los «fabricadores de los boletines oficiales que están bien pagados por el gobierno para esparcir mentiras en cada periódico del país».

[266] Una sorprendente cantidad de correspondencia personal desde San Fernando ha sobrevivido y buena parte de ella se refiere a cuestiones mundanas, informes de enfermedades y fatalidades, y pedidos de información sobre parientes cuyo paradero era incierto desde la evacuación de la capital. Ver ANA-NE 2491, 2497, 2490, 2500, 2502, 2893, 2503; y ANA-CRB I-30, 23, 65.

[267] En su «Chronique» del 15 de junio de 1868, *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro) afirmaba que los paraguayos tenían unos 15.000 hombres de armas en el frente de San Fernando y se preguntaba si todavía le sería posible a López reunir una fuerza total de más de 30.000 en el campo. La respuesta era no.

[268] «El Mariscal López», *Cabichuí* (San Fernando), 13 de mayo de 1868.

[269] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 184.

[270] «The War in the North (Tuyucué, 24 de marzo de 1868)», *The Standard* (Buenos Aires), 1 de abril de 1868. Ver también la copia en la Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro del *Boletim do Exército*

del 22 de marzo de 1868, y Argolo a Caxias, Tuyutí, 22 de marzo de 1868, en «Campanha do Paraguai. Diário do Exército em Operações sob o Commando do Marquez de Caxias», pp. 321-6.
[271] Gelly y Obes a Wenceslao Paunero, Tuyucué, 23 de marzo de 1868, en Thompson, *La Guerra del Paraguay,* pp. cv-cvi; ver también Maracajú, *Campanha do Paraguay*, pp. 83-9.
[272] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 254. Julián Godoy afirmó que las pérdidas paraguayas fueron leves, «no habiendo nada en el camino para combatir mano a mano». Ver «Memorias del teniente coronel Julián N. Godoy, edecán del mariscal López», Asunción, 13 de abril de 1888, en MHNA, Colección Gill Aguinaga, carpeta 7, n. 3. A pesar de esa aseveración, el general Daniel Cerri ofreció un relato más verosímil, mencionando pérdidas paraguayas de 300 caídos. Ver *Campaña del Paraguay* (Buenos Aires, 1982), p. 46.
[273] Citado en Gilbert Phelps, *The Tragedy of Paraguay* (Londres y Tonbridge, 1975), p. 204.
[274] «Nuevos triunfos», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 29 de marzo de 1868.
[275] Centurión, *Memorias*, 3: 107-8.
[276] Centurión, *Memorias,* 3: 108-9. Este no fue el final de las penurias del coronel, ya que la patrulla continuó a través del barro y la maleza por otros dos días, cruzando el desbordado Bermejo por su embocadura y llegando a San Fernando al atardecer del 26. Observó que en el Chaco reinaba un profundo silencio durante parte de la travesía, pero que, de noche, un concierto de sapos, grillos y pájaros nocturnos inspiraba un lúgubre respeto a los que pasaban por su territorio. Estas impresiones de pies dolientes y sonidos de animales por la noche siguieron vivas en él por muchos años, como también el

recuerdo aterrador de los angustiantes momentos que pasó cuando se separó de la tropa en la ruta y se salvó al encontrar un caballo por casualidad a algunos kilómetros del río.

[277] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 85.

[278] Las órdenes del día emitidas por Caxias durante su época de comandante aliado están repletas de casos de cortes marciales con castigos a borrachos, a los que se tomaban licencias sin permiso, a los que se involucraban en riñas y a todos los que, de una u otra forma, perturbaban la disciplina del ejército. Ver, por ejemplo, Ordem do Dia n. 200 (Tuyucué, 18 de marzo de 1868), n. 202 (Tuyucué, 26 de marzo de 1868) y n. 221 (Tuyucué, 17 de junio de 1868), respectivamente, en *Ordens do Dia,* 3: 229-31, 244-7, 325-7, y 448-53. Un número importante de hombres acusados de infracciones fueron liberados por falta de pruebas, pero la sola amenaza de castigo bastaba para mantener la disciplina. Los hombres sorprendidos en actos de deserción, sin embargo, eran invariablemente fusilados de acuerdo con el artículo 14 del Código Militar.

[279] El coronel argentino Agustín Ángel Olmedo, después de la caída de Humaitá, comentó por escrito las reacciones de mutua inculpación de los aliados al descubrirse que tantos paraguayos habían logrado escapar sin ser detectados. Ver *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña (1867-1869)* (Buenos Aires, 2008), p. 257 (entrada del 31 de julio de 1868).

[280] Cardozo, *Hace cien años,* 8: 196; G. F. Gould a Lord Stanley, Buenos Aires, 10 de abril de 1868, en Philip, *British Documents on Foreign Affairs,* parte 1, serie D, 1: 238; Elizalde a Juan N. Torrent, Buenos Aires, 11 de abril de 1869, en Museo Andrés Barbero,

Colección Carlos Pusineri Scala (Asunción).

[281] Ver, por ejemplo, Caxias a general Vitorino José Carneiro Monteiro, Tuyucué, 31 de marzo de 1868, en IHGB, lata 447, doc. 94 (que contiene órdenes de establecer baterías en Potrero Ovella para bombardear la fortaleza). El general argentino Gelly y Obes consideraba superflua esta exhibición de poder armamentístico, que no podía servir más que para cubrir los campos de Humaitá con balas de cañón. Lo que los aliados deberían estar haciendo, insistía, era cerrar los caminos en el Chaco, lo que podría poner la fortaleza y su hambrienta guarnición en manos aliadas de inmediato. «Solo se necesitan poder de voluntad y menos miedo a los paraguayos». Ver Gelly y Obes a Mitre, Tuyucué, 18 de abril de 1868, en Cardozo, *Hace cien años,* 8: 298-9.

[282] «The War in the North (Tuyucué, 24 de marzo de 1868)», *The Standard* (Buenos Aires), 1 de abril de 1868. Amargas sorpresas de este tipo son comunes en toda guerra; por ejemplo, cuando los supuestos cuarteles COSVN de las fuerzas comunistas fueron descubiertos en la «Fish-hook» camboyana hacia el final del conflicto de Vietnam, resultaron ser poco más que un agujero en el suelo, y este hecho irritante generó entre los generales norteamericanos el mismo sarcástico desengaño que manifestaron los aliados al inspeccionar Paso Pucú.

[283] Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 357. A pesar del tiempo relativamente corto que estuvo en Paraguay, Burton dejó unas memorias de considerable profundidad y sofisticación. Aunque no hizo el papel de pionero ni de gran explorador, como cuando visitó la Meca pretendiendo ser un faquir afgano, leyó extensamente sobre la guerra, no omitió referencias y, cuando fue posible, visitó los lugares y entrevistó a testigos directos. Sobre todo, dio universalidad

al tema. Curiosamente, sin embargo, hizo pocos esfuerzos por conocer a los paraguayos, cuyo coraje bajo extrema presión podría haber despertado su romanticismo, tal como los beduinos, los pastunes y los abisinios habían inspirado su pluma en ocasiones anteriores.

[284] «Teatro de la guerra (Tuyucué, 26 de marzo de 1868)», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 31 de marzo de 1868.

[285] Había todavía más de 100.000 cabezas de ganado disponibles en Paraguay que podrían haber alimentado a la guarnición de Humaitá si se hubiera podido encontrar una forma de llevar a los animales a la fortaleza. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 8: 316-7 (que menciona donaciones de mediados de abril de un grupo de pueblos del interior incluyendo a Arroyos y Esteros, con 38.168 cabezas; Rosario, 31.381 cabezas; Yuty, 22.859 cabezas; Quiindy, 17.755 cabezas; San Joaquín, 6.097 cabezas y Mbuyapey, 14.248 cabezas).

[286] Asombrosamente, los aislados hombres en Humaitá todavía recibían sus salarios, como lo testifica un recibo de 19.118 pesos enviado a la fortaleza a través del Chaco a fines de abril. Ver Alén a Luis Caminos, Humaitá, 29 de abril de 1868, en ANA-CRB I-30, 23, 103.

[287] «Teatro de la Guerra», *La Patria* (Buenos Aires), 6 de mayo de 1868 (que destaca el trabajo del ingeniero polaco Chodasiewicz en la preparación del terreno para la columna de Rivas: «[El nuestro] es el único ejército en el mundo en el que los mayores presentan planes operacionales [a sus superiores]»); «Correspondencia (Parecué, 29 de abril de 1868)», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 13 de mayo de 1868.

[288] G. F. Gould a Lord Stanley, Buenos Aires, 12 de mayo de 1869, en Philip, *British Documents on Foreign Affairs,* parte 1,

serie D, v. 1, pp. 239-40; Cerri, *Campaña del Paraguay,* pp. 51-4.
[289] Cardozo, *Hace cien años,* 8: 339; «Correspondencia» (Curupayty, 14 de mayo de 1868), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 4 de junio de 1868.
[290] Rivas a Caxias, Campamento en marcha frente a la isla Arasá, 3 de mayo de 1868, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 12 de mayo de 1868.
[291] Centurión, *Memorias,* 3: 118-9; «The War on the Paraná [*sic*]», *New York Times,* 21 de julio de 1868.
[292] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 90; Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de la campaña (1867-1869),* pp. 166-9 (entradas del 7 y 8 de mayo de 1868).
[293] Cardozo, *Hace cien años,* 8: 372-5, 409; 9: 15, 63-4, 104-5.
[294] Amerlan, *Nights on the Río Paraguay,* pp. 113-4.
[295] Leuchars parece haber confundido este reconocimiento con uno similar hecho unos días antes en la boca del Ñeembucú por el general Andrade Neves, el barón del Triunfo. Ver *To the Bitter End,* p. 186.
[296] Tasso Fragoso, *Historia da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 3: 476-7.
[297] «Campanha do Paraguai. Diário do Exército em Operações sob o Commando do Marquez de Caxias», pp. 396-401 (entradas del 9 y 10 de junio de 1868), y Ordem do Dia n. 222 (Parecué, 18 de junio de 1868), en *Ordens do Dia,* 4: 455-61.
[298] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 267.
[299] Caxias a ministro de Guerra, Parecué, 19 de junio de 1869, en IHGB, lata 313, pasta 21.
[300] «Nuevas zurribandas», *Cabichuí* (San Fernando), 8 de junio de 1868.

[301] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 32.
[302] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 98; «Nuevo asalto a los encorazados», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 15 de julio de 1868. En una comunicación personal desde Rio de Janeiro, Adler Homero Fonseca de Castro observó que estos tubos, hechos con piezas de calderas, se llenaban con sulfuro y luego se encendían, pero no funcionaban al aire abierto; eran, sin embargo, tirados a veces al interior de los barcos para hacer humo entre la tripulación (antes que para explotar), pero esto también rara vez funcionaba.
[303] «Campanha do Paraguai. Diário do Exército em Operações sob o Commando do Marquez de Caxias», pp. 426-31 (entrada del 10 de julio de 1868).
[304] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 118-21.
[305] Centurión, *Memorias,* 3: 120-1. En *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza* (p. 91), el general Resquín usó casi exactamente las mismas palabras para describir el fiasco. Ver también Pereira de Sousa, «História da Guerra do Paraguai», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 102/156 (1927), p. 316.
[306] Un rumor muy extraño que corrió luego entre los soldados aliados sostenía que los desertores de ambos bandos habían establecido un campamento conjunto en los confines más lejanos del Chaco. Es casi seguro que este campamento (o «quilombo») nunca existió. Ver Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 430.
[307] Centurión, *Memorias,* 3: 119-20; Cardozo, *Hace cien años,* 9: 113. Pese a la pequeña diferencia en el apellido, Alén era de hecho un pariente lejano de Leandro Alem, uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical, que dominaría la política nacional argentina en la segunda década del siglo veinte.

[308] Pedro Gill fue testigo de la degeneración de Alén hasta caer en un estado casi de demencia. Relató que el día anterior a su intento de suicidio, el coronel abandonó la seguridad de su batería y se dirigió hacia el río. Con su uniforme completo y su espada a la cintura, intentó caminar sobre el agua al estilo de Jesucristo y solo se salvó de ahogarse porque un oficial lo rescató de la corriente. Ver «Testimonio de Pedro V. Gill (Asunción, 24 de abril de 1888)», en MHM-CZ, carpeta 137, n. 10.

[309] Thompson afirma que los bombardeos paraguayos habían vuelto «insostenible» la posición de Rivas, pero esto parece improbable. Ver *The War in Paraguay,* p. 273.

[310] Varias fuentes señalan que el mensajero había sido despachado por el coronel Alén, pero esto no tiene sentido, ya que Alén se había disparado dos días antes y ya había sido sucedido por Martínez. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 127, 135-6; y Centurión, *Memorias¸* 3: 126-7.

[311] Hutchinson, «A Short Account of Some Incidents of the Paraguayan War», pp. 28-30. Centurión relata el mismo suceso, mencionando el nombre del mensajero, Francisco Ortega, y señalando que la historia de su templanza (que Hutchinson califica de «martirio») le había sido contada al diplomático británico por Miguel Lisboa, hijo del ministro brasileño en Portugal. Ver *Memorias*, 3: 127.

[312] Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 3336. De hecho, Rivas había nacido en Paysandú, Uruguay, y, como el general Paunero antes que él, podía alegar pertenencia y lealtad a dos países.

[313] Rivas a Caxias, Chaco, 18 de julio de 1888, en Thompson, *La guerra del Paraguay,* pp. cvii-cix. Resquín, *La guerra del*

Paraguay contra la Triple Alianza, pp. 91-2; «Terrible News from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 26 de julio de 1868.

[314] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 273; Burton observó que, al insistir en reclamar un recibo por las banderas, el capitán del *Pará* decididamente avergonzó a sus aliados argentinos, un desliz que nadie, y mucho menos el general Gelly y Obes, estaba dispuesto a pasar por alto. Ver *Letters from the Battle-fields,* p. 333.

[315] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 147-9. El «Diário do Exército» menciona 60 brasileños muertos, 224 heridos, y 92 argentinos muertos y 29 heridos —otro ejemplo de divergencia en las pérdidas reportadas. Ver p. 447 (entrada del 18 de julio de 1868), y «Acayuazá», *El Semanario* (Luque), 19 de julio de 1868.

[316] Campos murió durante la campaña de Lomas Valentinas de diciembre de 1868 estando aún prisionero del mariscal. La versión argentina siempre ha sostenido que pereció como resultado del maltrato físico, pero el mayor Antonio E. González, anotador de las memorias de Centurión, afirma que el coronel murió de causas naturales. Añade que el oficial recibió toda la consideración posible y que, a diferencia de los paraguayos que caían en manos aliadas, nunca le fue dado «un rifle para usarlo contra su propio país y gobierno». Ver *Memorias,* 3: 125 (a); Héctor F. Decoud, en cambio, señala que los prisioneros en el campamento paraguayo nunca habían visto un abuso mayor y por tanto tiempo contra un hombre como en el caso de Campos. Ver *La masacre de Concepción,* pp. 177-8; y también Garmendia, *La cartera de un soldado,* pp. 87-97, que, en una sección titulada «Los mártires de Acayuazá», arguye lo mismo.

[317] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 149.

[318] El Vigésimo Regimiento del ejército paraguayo durante la

guerra del Chaco de 1932-1935 fue bautizado «Acayuazá» en honor del exitoso enfrenamiento de la anterior guerra. Ver Aponte B. *Hombres... armas... y batallas,* pp. 199-200.

[319] Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale*, p. 330.

[320] Resquín afirmó que en esta tardía etapa todavía había 900 mujeres en Humaitá, pero es el único que da una estimación tan alta del número de no combatientes en ese momento en la fortaleza. Ver *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 93.

[321] Osório había expresado reservas sobre el plan de ataque, pero indicó su disposición a obedecer, fueran cuales fuesen, las órdenes que recibiera. El general Vitorino Carneiro Monteiro, en cambio, expresó una oposición mucho más fuerte al plan, señalando, con buena razón, que Humaitá ya no tenía mucho valor militar y que los aliados deberían concentrarse en perseguir al ejército de López antes que perder vidas y recursos en capturar una posición de tan escasa importancia. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 8: 390.

[322] Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,* pp. 115-6; ver también «Ocorrencias do Combate Proveniente do Reconhecimento feito nas Trincheiras Paraguaias no forte de Humaitá em 16 [*sic*] de Julho de 1868», en IHGB, lata 335, documento 23; y «The Battle of Humaitá», *The Standard* (Buenos Aires), 23 de julio de 1868.

[323] «Parte Oficial do General Osório», Parecué, 20 de julio de 1868, y Osório a Estimada Mãe, Parecué, 17 de julio de 1868, en Osório y Osório, *História do General Osório,* pp. 441-5, 447-51; *El Semanario* (Luque), 19 de julio de 1868; Count Joannini, el ministro italiano en Buenos Aires, señaló que este enfrentamiento hizo declinar la reputación de Caxias y crecer la de Osório, y que «todos desean que [este último] asuma el comando supremo». Ver Joannini a ministro Exterior, Buenos Aires, 27 de julio de 1868, en Archivio

Ministero degle Esteri [extraído por Marco Fano].
[324] Una carta presumiblemente enviada a Estados Unidos desde Rio de Janeiro señala que la «estimación más baja de las pérdidas [aliadas] en este ataque las calcula en 600 muertos y heridos. Algunas divisiones fueron casi partidas en pedazos y gran número de hombres están desaparecidos». Ver *New York Times,* 2 de septiembre de 1868.
[325] *The Standard* (Buenos Aires), en su edición del 1 de agosto de 1868, comparó la evacuación de la fortaleza con la de Sebastopol en la década previa, notando que la última fue considerada un logro «magistral» del conflicto de Crimea; pero «¿qué fue en comparación con la táctica del comandante descalzo de Humaitá, que llevó la totalidad de su fuerza bajo las mismas narices de los sitiadores, cruzó rápidas corrientes del río Paraguay y llegó a la orilla opuesta antes de que Gelly —el despabilado Gelly— escuchara siquiera hablar de ello?».
[326] *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 22 de agosto de 1868; Leuchars dice que 60 de los 180 cañones quedaron todavía suficientemente operables para ser usados más tarde contra sus dueños originales. Ver *To the Bitter End,* p. 187.
[327] Centurión, *Memorias,* 3: 132-3; «Relación de un viejo Sargento», *El Paraguayo Ilustrado* (Asunción), 2 de agosto de 1896 [el viejo sargento era, de hecho, un todavía joven Emilio Aceval, quien sirvió como presidente del Paraguay de 1898 a 1902].
[328] «Noticias del ejército. Ataque a Timbó. 400 prisioneros», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 2 de agosto de 1868; «Testimonio de Pedro Gill (Asunción, 24 de abril de 1888)», en MHM-CZ, carpeta 137, n. 10.
[329] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 275.

[330] Rivas a Caxias, Chaco, 4 de agosto de 1868, en Thompson, *Guerra del Paraguay,* pp. cix-cxi.

[331] Centurión, *Memorias,* 3: 134. Resquín, sugiriendo que Martínez se había dado por vencido antes de lo que era estrictamente necesario, afirmó que 300 de los paraguayos en Isla Poí alcanzaron a nado a las tropas de Caballero en Timbó el mismo día de la rendición. Ver *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 93.

[332] «An Episode of the War», *New York Times*, 24 de septiembre de 1868; una intrigante —y no del todo fantasiosa— imagen de las negociaciones de rendición apareció primero como «Le Réverend Pere Esmerata», en *L'Illustration* (París), 26 de septiembre de 1868, y luego como «The War in Paraguay: Pere Esmerata Persuades Paraguayans to Surrender», en el *London Illustrated Times* (Londres), 3 de octubre de 1868. La imagen, al parecer, fue proporcionada a la prensa por el barón de Rio Branco, quien estaba entonces visitando las capitales europeas como diplomático imperial. Ver Roberto Assumpção, «Rio-Branco e 'L'Illustration'», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 188 (1946), pp. 10-13.

[333] Los prisioneros paraguayos fueron divididos entre los ejércitos aliados y se les permitió elegir su lugar de cautiverio. La mayoría eligió Buenos Aires. Ver «La visita de nuestro corresponsal a Humaitá», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 30 de agosto de 1868, y Rivas a Caxias, Cuartel General, 5 de agosto de 1868, en Thompson, *La guerra del Paraguay,* cxiv-cxvi.

[334] Ver Martínez *et al.* a Sarmiento, Buenos Aires, 19 de octubre de 1868, en *The Standard* (Buenos Aires), 31 de octubre de 1868; «Exposición del coronel paraguayo Francisco Martínez», *Álbum de*

la guerra del Paraguay 2 (1894), pp. 205-7. Las reminiscencias del capitán Gill de la última resistencia en Isla Poí fueron reunidas por su descendiente Juan B. Gill Aguinaga en *Un marino en la guerra de la Triple Alianza* (Asunción, 1959), pp. 16-8.

[335] Carlos Pereyra, *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay* (Buenos Aires, 1953), p. 123. El corresponsal del periódico de Mitre estimó en 1.400 los paraguayos prisioneros. Ver «Teatro de la guerra», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 11 de agosto de 1868. El coronel Agustín Ángel Olmedo, testigo de la rendición, habló más tarde de la triste escena que presenció cuando trató de conversar con los paraguayos que había encontrado: «solo podían mirar al frente y murmurar "quiero comer"». Ver *Guerra de Paraguay. Cuadernos de campaña,* p. 264 (entrada del 5 de agosto de 1868).

[336] Centurión, *Memorias,* 3: 135, y «Rendição da guarnição de Humaitá e sucesos posteriores», (Humaitá, 6 de agosto de 1868), en ANA-CRB I-30, 29, 24, n. 2.

[337] Rivas a Mitre, Curupayty, 8 de agosto de 1868, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 12 de agosto de 1868. Algunos de estos prisioneros volvieron y se quedaron en Paraguay, pero una buena cantidad de ellos terminó trabajando en Buenos Aires. Contratos entre comisionados policiales y patrullas privadas en la capital argentina muestran varios cientos de hombres empleados para este menester (se registran nombres, salarios y terminación del contrato); ver AGN X 32-5-6 (para 1866 a 1871).

[338] Los dos primeros hombres que exploraron la abandonada fortaleza fueron un vendedor itinerante italiano y un panadero francés, quienes obsequiaron unas pequeñas chucherías a los piqueteros aliados para asegurarse el honor —o la oportunidad— de

ser los primeros en entrar al campamento paraguayo. Ver «The Fall of Humaitá», *The Standard* (Buenos Aires), 6 de agosto de 1868.

[339] Burton, *Letters from the Battle-fields,* pp. 314-22; Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 250-4 (entradas del 26 al 28 de Julio de 1868).

[340] En Europa, el geógrafo francés Elisée Reclus era una de las principales personalidades que ensalzaban la excelente calidad de las defensas de Humaitá, aun cuando ni siquiera los representantes paraguayos en Francia habían hablado nunca de ello. Ver Reclus, «L'election Presidentielle de la Plata», *La Revue des Deux Mondes,* 15 de agosto de 1868, pp. 901-10. Merece mencionarse, desde luego, que las obras de tierra tienen ventajas sobre las fortificaciones más convencionales, ya que la tierra absorbe mejor las explosiones que los muros de piedra. En la Guerra Civil de Estados Unidos hay muchos ejemplos (en Carolina del Sur, Fort Wagner nunca cayó, mientras Sumter sí lo hizo). Ver Adler Homero Fonseca de Castro, *Muralhas de Pedra, Canhões de Bronce, Homens de Ferro. Fortificações do Brasil de 1504 a 2006* (Rio de Janeiro, 2009), pp. 39-40.

[341] Burton parece burlarse de sus anfitriones brasileños cuando ridiculiza la Batería Londres. Ver *Letters from the Battle-fields,* pp. 319-20. El oficial italiano Edoardo Incoronato informó también que las trincheras eran rudimentarias y podrían haber sido fácilmente destruidas, «de no ser por la falta de voluntad». Ver Informe del Guardiamarina Incoronato, ¿agosto? de 1868, en Archivio Storico Marina Militare (Roma) [extraído por Marco Fano]. Hoy no quedan rastros de las defensas de la Batería Londres. Ver las imágenes que acompañan el artículo «Correspondencias da esquadra e do exército» *Suplemento da Semana Ilustrada* (Rio de Janeiro), 30 de

julio de 1868.
[342] Treinta y seis de estos cañones eran de bronce, y el resto era de hierro. En Isla Poí, seis piezas de bronce y dos de hierro fueron capturadas, de un total de 188 cañones (y 6 lanzacohetes Congreve). Ver Silva Paranhos (barón de Rio Branco), notas a Louis Schneider, *A guerra da Tríplice Aliança contra o goberno da República do Paraguai,* (São Paulo, 1945), 3: CDXXXVIII-CDLII.
[343] Dos cañones con el escudo español fueron encontrados, uno de 1671 y otro de 1685. Ver «La visita de nuestro corresponsal especial a Humaitá», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 30 de agosto de 1868.
[344] Burton, *Letters from the Battle-fields,* pp. 320-21. Este cañon, que parece haber sido uno de 120 libras, fue entregado a los argentinos, que lo restituyeron al Paraguay a principios del siglo veintiuno.
[345] Robert Scheina, *Latin America. A Naval History 1810-1987* (Annapolis, 1987), p. 26. Las discusiones sobre la restitución del «Cristiano» al Paraguay se volvieron bastante caldeadas en 2010, con algunos brasileños que señalaban que su país había sido demasiado pródigo al retornar trofeos de guerra en el pasado y debería hoy rechazar los requerimientos paraguayos que supongan desprenderse de piezas claves del patrimonio histórico. Ver Lia Silvia Peres Fernandes, «Guerra contra a Memória: a Devolução de Peças do Acervo do Museu Histórico Nacional ao Paraguai», *Anais. Museu Histórico Nacional* 42 (2010), pp. 73-93.
[346] Felipe E. Bengoechea Rolón, *Humaitá. Estampas de epopeya* (Asunción, 2008), p. 173.
[347] *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 22 de agosto de 1868.

[348] «Humaitá», *The Standard* (Buenos Aires), 15 de agosto de 1868; «Inventario de Humaitá (Campamento de Paso Pucú, 5 de agosto de 1868)», en *La Tribuna* (Buenos Aires), 12 de agosto de 1868.

[349] Tampoco los paraguayos se pudieron sustraer a la impresión que la casi demolida capilla sigue causando, invariablemente, hasta hoy a los visitantes. Ver C. S., «Las ruinas de Humaitá», *El Pueblo. Organo del Partido Liberal* (Asunción), 22 de enero de 1895, y, en la edición del 23 de enero de 1895 del mismo periódico, Rivas Ruiz, cuyo «A la autora de "las ruinas de Humaitá"» atribuye, correcta o incorrectamente, toda la «destrucción y desgracia a una ambición ilegítima».

[350] Numerosas imágenes del interior en ruinas de la capilla de Humaitá circularon en los países aliados y en Europa, donde aparecieron en *L'Ilusttration* (París), 26 de septiembre de 1868. De las dos torres gemelas que engalanaban el edificio antes de la guerra, la del sur sobrevivió casi entera a los bombardeos aliados, solo para ser paulatinamente destruida en los años siguientes por los lugareños para construir sus hornos (*tatakua*) y cobertizos.

[351] *O Diário do Rio de Janeiro,* 4-5 de agosto de 1868. Ver también ¿O'Leary?, «Humaitá», en BNA-CJO. Tal «victoria decisiva», por supuesto, no fue el resultado de un ataque brasileño que barriera al enemigo, sino el de una retirada de las fuerzas paraguayas, que ya no tenían capacidad logística para sostener la fortaleza.

[352] Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 340.

[353] Uno de los muchos agentes brasileños en la capital argentina firmó una optimista nota en este sentido, prediciendo que los aliados pronto echarían a los paraguayos de Timbó y avanzarían sobre

Villeta y Lambaré. Si los ejércitos podían mantener el ímpetu, López no tendría otra opción que replegarse hacia Villarrica. Ver João Carlos Pereira a Silva Paranhos, Buenos Aires, 15 de agosto de 1868, en ANA-CRB I-30, 29, 24, n. 1.

[354] En debates parlamentarios en 1868 hubo algunas «críticas severas» a Caxias por el lento movimiento de su comando —el mismo cuestionamiento hecho antes a Mitre. Ver Bengoechea Rolón, *Humaitá,* p. 217; Cardozo, *Hace cien años,* 8: 395; y Senado Imperial, *Annães. 13 Legislatura. 2nda Sessão* (11 de Julio de 1868), pp. 92-6. Burton señala que el «Wellington de Sudamérica» había progresado tan poco debido a que «no daría un golpe decisivo mientras sus amigos estuvieran fuera del poder». Ver *Letters from the Battle-fields,* p. 377. En realidad, Caxias actuó con la misma cautela después de que los conservadores volvieron al gobierno, y solamente avanzó decididamente en noviembre, después de que sus ingenieros hubieran abierto un camino en el Chaco.

[355] La situación hizo que el emperador decidiera nombrar como senador por Ceará a cierto candidato que el gabinete ya había rechazado. Zacharías usó esta nominación, privilegio tradicional del poder moderador, como base para un desacuerdo público con Pedro, seguido por su renuncia como primer ministro. Viendo desde afuera la convulsionada política del Brasil imperial, el asunto parecía un pequeño malentendido; en realidad, representaba un cambio significativo en la relación siempre ambivalente entre el gobierno y el monarca. Ver Needell, *The Party of Order,* pp. 244-8.

[356] *The Times* (Londres), 17 de agosto de 1868.

[357] De acuerdo con el general Webb, ministro de Estados Unidos en Rio de Janeiro, Itaboraí rehusó asumir el cargo a menos que don Pedro le prometiera considerar propuestas de paz una vez que

cayera Humaitá. Posteriormente se sintió engañado, pese a lo cual concedió a Caxias el apoyo material y político que necesitaba. En realidad, antes de apresurarse a tomar a Caxias por un fanático belicista, hay que considerar que fue él quien, en agosto, propuso anular el punto del Tratado de la Triple Alianza que exigía que López diera un paso al costado para que pudieran comenzar las negociaciones. Pero don Pedro vetó la sugerencia del marqués, amenazando con abdicar al trono si se procedía contra sus deseos. Ver Webb a Seward, Rio de Janeiro, 25 de agosto de 1868, en NARA, M-121, n. 35; Cardozo, *Hace cien años,* 8: 277-8; y Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 337-9.

[358] Manoel Vieira Tosta, barón de Muritiba, había ejercido diversos puestos gubernamentales desde los 1840, incluyendo la presidencia de Pernambuco. Como antiguo referente conservador, «detestaba a los liberales por no querer continuar la guerra» y ellos correspondían a su aversión. Ver «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 18 de julio de 1868.

[359] El cólera había azotado regularmente a Luque y otros pueblos del interior paraguayo por lo menos desde mediados de marzo, y no había medicinas ni instalaciones para ayudar a controlar la epidemia. Ver telegrama de Francisco Sánchez a la comandante de la guarnición de Asunción, Luque, 18 de marzo de 1868, en ANA-CRB I-30, 16, 12, n. 23. La enfermedad no parece haber tenido entre los militares un efecto tan devastador como entre los civiles. Ver «Razón de enfermos y heridos», Cerro León, 27 de julio de 1868, en ANA-CRB I-30, 28, 13.

[360] Como Benigno estaba en una de sus estancias en el norte, no pudo responder inmediatamente a la orden de su hermano, sino que partió a Seibo solo el 15. Ver Centurión, *Memorias,* 3: 97-8, y

Cardozo, *Hace cien años,* 8: 207.

[361] El tesorero había estado de visita en Humaitá a fines de diciembre de 1867 para presentar a López una espada incrustada de joyas preparada para él como un regalo «voluntario» de los ciudadanos. El arresto de Bedoya estuvo envuelto en el misterio. La explicación más convincente la dio Washburn. La sospecha se habría originado porque el cónsul francés, Cuverville, le había dicho a Benigno que, en caso de que el presidente abdicara, [Bedoya] sería el hombre apropiado para sucederlo. Ver *The History of Paraguay*, 2: 263.

[362] Centurión, *Memorias,* 3: 95-6. Un escritor del siglo veinte afirmó que las palabras de Bedoya fueron inventadas por los espías del mariscal, siempre dispuestos a la intriga. El tesorero conocía demasiado bien a su cuñado, subraya Héctor Decoud, como para hablar de algo así sabiendo que todo lo que dijera sería repetido palabra por palabra al suspicaz López. Ver *La masacre de Concepción,* p. 107.

[363] Cristóbal G. Duarte Miltos, *Las penurias de la iglesia paraguaya bajo los gobiernos a lo largo del primer centenario de la república y algunos sucesos históricos, 1813-1920* (Asunción, 2011), p. 254.

[364] Ver declaración de Washburn, Buenos Aires, septiembre de 1868, en WNL.

[365] Testimonio de Sánchez, Luque, 27 de marzo de 1868, citado en Liliana M. Brezzo, «La Argentina y la organización del Gobierno Provisorio en el Paraguay. La misión de José Roque Pérez», *Historia Paraguaya* 39 (1999), p. 283, y Cardozo, *Hace cien años,* 8: 210-2. Benigno había estudiado en la Academia Naval Imperial en Rio de Janeiro, hecho recordado para su descrédito durante los

peores excesos de 1868.
[366] Sánchez a López, Luque, 27 de marzo de 1868, en MHMA, Colección Gill Aguinaga, carpeta 135, n. 1; y Centurión, Memorias, 3: 253-8.
[367] El mariscal pudo haber estado influenciado en esta ocasión por un extenso informe que le envió Venancio López, quien, en un intento de evadir la responsabilidad de sus propios actos, de alguna manera absolvía al vicepresidente de los suyos. Ver Venancio López a López, ¿Asunción?, 26 de marzo de 1868, en Cardozo, *Hace cien años,* 8: 238. Tres meses más tarde, el mariscal se declaró completamente satisfecho con Sánchez y le ordenó retornar a sus tareas en Luque. Ver López a Francisco Fernández, Gumercindo Benítez y Bernardo Ortellado, San Fernando, 21 de junio de 1868, en Cardozo, *Hace cien años,* 64-5.
[368] En los meses siguientes, Sánchez buscó redimirse a los ojos del mariscal usando su propia mano rigurosa contra personas percibidas como disidentes y sospechosas en Luque y en todos lados y enviando a varios al pabellón de fusilamiento. Ver Manuel Ávila, «El vice-presidente Sánchez fusilando. Espíritu de imitación por miedo», *Revista del Instituto Paraguayo* 6: 52 (1905), pp. 32-8.
[369] De acuerdo con el cónsul italiano Chapperon, las funciones de la policía en Luque durante 1868 fueron parcialmente cubiertas por mujeres. Ver Fano, «Fiesta en la guerra», *ABC Color* (Asunción), 4 de octubre de 2011.
[370] Ver Masterman, *Seven Eventful Years,* pp. 208-9. Amerlan repite la historia, enfatizando que López solía entrar en la capilla y «retornar de rodillas, golpearse el pecho con el puño, postrarse ante el altar, mesarse los cabellos y rebajarse como el más infame y contrito de los pecadores». Ver *Nights on the Río Paraguay,* p.

120.

[371] William Oliver, un súbdito británico que había llegado al Paraguay en 1863 y trabajaba como granjero en sociedad con el doctor William Stewart, testificó que los espías eran omnipresentes y que expresar una duda sobre el éxito de López en la guerra era suficiente para causar la prisión de cualquier persona. Ver «Testimony of Wiliam Oliver (Asunción, 12 Jan. 1871)», en Scottish Record Office, CS 244/543/19, pp. 25-6.

[372] Más allá de la usual connotación racista de este comentario, en sustancia podría ser traducido como «más brasileño que los brasileños». Ver Centurión, *Memorias,* 3: 145-6.

[373] Centurión relata que una noche un ayudante del mariscal fue interceptado camino a una reunión con Benigno en San Fernando. Este individuo, supuestamente enviado como un agente por hombres involucrados en la anterior conspi-ración en Paraguarí, fue acusado de fabricar una daga con la cual el asesinato presuntamente debía ser cometido (siguiendo el razonamiento de que el homicidio es más barato que la guerra). Dado que Benigno para entonces ya había pasado algún tiempo bajo estricta vigilancia, Centurión estaba indudablemente en lo correcto al cuestionar la veracidad de esta historia. Ver *Memorias,* 3: 150-1, y Decoud, *La masacre de Concepción,* pp. 98-9.

[374] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 267; ¿Washburn?, «Chronological Synopsis of the Administration of Marshal Francisco Solano López, second President of Paraguay», en WNL.

[375] En realidad, Washburn había pedido su retiro del Paraguay a principios de ese año. Ver Washburn a Seward, Asunción, 13 de enero de 1868, en NARA, M-128, n. 2. El *Wasp* era un vapor metálico de ruedas construido en Inglaterra que la U.S. Navy había

capturado durante la reciente guerra civil y utilizado en servicio activo desde entonces. Llevaba a bordo una pequeña batería de cañones de bronce y estaba bien adaptado para la navegación fluvial. Su comandante (y más tarde almirante), William A. Kirkland, estaba excepcionalmente bien preparado para la misión, ya que hablaba con fluidez tanto español como portugués e incluso entendía algo de guaraní. Ver Davis, *Life of Charles Henry Davis. Rear Admiral, 1807-1877* (Boston, Nueva York, 1899), pp. 321-3.

[376] Ver Cardozo, *Hace cien años,* 8: 175-6, 186; Washburn a Francisco Fernández, Asunción, 5 de marzo de 1868; Manlove a Washburn, Asunción, 5 de marzo de 1868 (en la que el mayor subraya que, como ex confederado, no estaba seguro de ser merecedor de la «protección de su [la palabra fue tachada y reemplazada por «nuestro»] país»; Washburn a Gumercindo Benítez, Asunción, 24 de marzo de 1868; Gumercindo Benítez a Washburn, Luque, 29 de marzo de 1868; Washburn a Gumercindo Benítez, Asunción, 4 de abril de 1868, todo en WNL; Correspondencia diplomática miscelánea de 1868; «Sallie C. Washburn Diary», entradas del 2 y 24 de marzo de 1868 (donde Manlove es censurado por «siempre quedar como un tonto»), todo en WNL.

[377] Masterman, *Seven Eventful Years,* p. 235.

[378] Ver Correspondencia Gumercindo Benítez-Washburn, 20 de marzo a 6 de agosto de 1868, en ANA-CRB I-22, 11, 2, n. 35-64, y NARA M-128, n. 2.

[379] Washburn, «Memorandum of a Visit to the Paraguayan Camp in San Fernando, May 1868», en WNL.

[380] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 286-7.

[381] Aveiro afirma que Bedoya no murió en mayo, sino en los meses de invierno, y no de disentería, sino por complicaciones de una

pierna gangrenada. Ver *Memorias militares,* p. 63. Otras fuentes hablan de que el ex tesorero fue ejecutado aún más tarde ese año. Ver «Testimony of Frederick Skinner (Asunción, 25 Jan. 1871)», en Scottish Record Office, CS 244/543/19 (p. 138); y Washburn, *The History of Paraguay,* 1: 320.

[382] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 94-5. El cónsul italiano fue uno de muchos extranjeros que evidentemente daban crédito, en todos sus aspectos esenciales, a esta fábula, una actitud que necesariamente lo enfrentaba con Washburn. Ver Chapperon al ministro Exterior, ¿Luque?, 30 de octubre de 1868, en Archivio Storico Ministero degli Esteri [extraído por Marco Fano].

[383] Parece que Washburn detestaba a todos los líderes brasileños. Se refirió por escrito al almirante Tamandaré (quien había obstruido su paso a Asunción a principios de la guerra) como un «genio de la imbecilidad». Ver *The History of Paraguay,* 1: 553.

[384] Por su parte, Caxias desechó toda conversación sobre una conspiración con Washburn como la mayor tontería, afirmando que, si un complot hubiera existido, él jamás habría participado en él ni directa ni indirectamente. Ver «A Conspiração do Paraguay», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 14 de noviembre de 1868, y Caxias «Declaration» en John LeLong, *Les Républiques de la Plata et la Guerre du Paraguay. Le Brésil* (París, 1869), pp. 43-4.

[385] Burton, que era cónsul británico en el puerto brasileño de Santos, fue bastante escéptico al resumir la opinión general de sus colegas sobre la negativa de Washburn a mudar la Legación de Estados Unidos, señalando que «el Mariscal-Presidente de la República era hasta cierto punto responsable por las vidas de los agentes extranjeros acreditados ante él». Ver *Letters from the*

Battle-fields, p. 409.

[386] Masterman, quien tenía todos los motivos para estar agradecido a Washburn, observó, no obstante, que el ministro de Estados Unidos «hablaba de la forma más imprudente. Entre nosotros estaba muy bien decir lo que pensábamos de la guerra y del carácter de López; pero él solía, en su torpe español, decir cosas a los nativos […] que, perfectamente correctas en sí mismas como meras opiniones personales, se volvían traición y conspiración si el punto de vista cambiaba un poco». Ver *Seven Eventful Years,* p. 245.

[387] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 263-4. Si alguien a bordo de los acorazados hubiera realmente deseado dar señales a sus amigos en el río, habría probablemente usado banderas o movimientos de manos en vez de gritar instrucciones. El Recalde mencionado en la cita era pariente de Juliana Ynsfrán, la esposa del comandante de la guarnición de Humaitá.

[388] Estrictamente hablando, el gobierno había suprimido las Leyes de Indias en Paraguay durante los 1840, pero parece que las regulaciones concernientes a la traición, definidas primeramente en las Siete Partidas y luego en las Ordenanzas Militares de Carlos III, todavía estaban en vigor como parte del código vigente de justicia militar [comunicación personal con Jerry W. Cooney, Longview, Washington, 9 de abril de 2010].

[389] Resquín actuó con excepcional dureza, lo quisiera así el mariscal o no. López inicialmente rechazó la sugerencia de que los acusados fueran torturados, argumentando que el Paraguay era un país demasiado civilizado como para permitir tales procedimientos. Pronto le encontró la vuelta a la idea, sin embargo, convenciéndose de que la coerción era un complemento necesario en cualquier

investigación judicial [comunicación personal con Cristóbal Duarte, Washington, 17 de febrero de 2004].

[390] Sobre las experiencias de Roca en Paraguay, ver Zacarías Rivero a Basilio de Cuéllar, Santa Cruz, 17 de enero de 1870, en Antonio Díaz, *Historia política y militar de las repúblicas del Plata* (Montevideo, 1878), 11: 171-6.

[391] Inocencia López de Barrios es comúnmente descrita en términos poco halagadores, pero fue también una víctima de la ira de su hermano. Permaneció presa en el campamento desde agosto hasta diciembre de 1868, bajo constante amenaza de tortura. Su sentencia de muerte fue conmutada, se dice, el mismo día en que las autoridades fusilaron a su marido, el general Barrios. Ver «Testimony of Inocencia López de Barrios (Asunción, 17 Jan. 1871)», en Scottish Record Office, CS 244/543/19 (pp. 83-4, 90). Las dos hermanas López, ambas sobrevivientes de la guerra, fueron confinadas en Yhú, una aislada aldea al este de Asunción, pero las rescató su madre en el camino y se escondieron en las colinas del Paraguay central. Sobre Bayon de Libertat, ver Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale,* 2: 336; Maíz, *Etapas de mi vida,* pp. 64-66; y correspondencia de Cuverville (1868) en Kansas University Library, colección Natalicio González, ms. E222. En cuanto al cónsul portugués, fue acusado de haber ayudado secretamente a prisioneros de guerra brasileños; su ejecución fue revocada en julio y su arresto poco después. Ver decreto de López, San Fernando, 20 de julio de 1868, en ANA-CRB I-30, 28, 26, n. 9.

[392] La burocracia estatal paraguaya, que databa de los tiempos del padre del mariscal, constituía el pilar más profesional y sólido de apoyo al régimen lopista después del ejército. Esos hombres alfabetizados, entrenados para un sistema de recompensas, castigos

y trabajo duro, nunca se recuperaron totalmente de las acusaciones de 1868. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 130, y José del R. Medina a Francisco Fernández, Luque, 30 de julio de 1868, en ANA-CRB I-30, 25, 26, n. 15.

[393] Ver «Lista de Prisioneros Acusados a bordo del vapor *Añambay,* (7 de agosto de 1868)», en Cardozo, *Hace cien años,* 9: 215-6.

[394] Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,* p. 124.

[395] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 269-70; una foto anterior a la guerra de la malograda doña Juliana puede encontrarse en Héctor Francisco Decoud, *Los emigrados paraguayos en la guerra de la Triple Alianza* (Buenos Aires, 1930), página opuesta a la 92.

[396] Entre las muchas obras de Maíz publicadas, se pueden mencionar las varias ediciones de sus memorias, *Etapas de mi vida,* así como *La cuestión religiosa en el Paraguay* (Asunción, 1877); *La Virgen de los Milagros* (Asunción, 1883); *Vía crucis. Importancia de esta preciosa devoción. Solemne creación del camino de la Cruz en la Iglesia de la Encarnación* (Asunción, 1886); *Pequeña geografía* (Asunción, 1886); *25 de noviembre en Arroyos y Esteros* (Asunción, 1889), y *Discurso del Pbro. Fidel Maíz. Pronunciado hace 21 años en Piribebuy* (Asunción, 1922). Una nueva edición de las obras escogidas de Maíz puede encontrarse en Carlos Heyn Schupp, ed., *Escritos del Padre Fidel Maíz, I. Autobiografía y cartas* (Asunción, 2010).

[397] Una versión indica que la animosidad inicial contra Maíz surgió a raíz de que se negó a bautizar a un hijo de López en una casa privada, cosa que finalmente hizo Palacios, entonces cura párroco de Villeta. Palacios se convirtió en obispo solo unas semanas después

de que López sucediera a su padre en la presidencia, y ni él ni Maíz ocultaron jamás su mutua animosidad. Ver cartas de Maíz, en MHMA-CZ, carpeta 122, n. 4-5, y *Etapas de mi vida,* p. 24. El mariscal trataba a Palacios como un bufón de la corte en presencia de otros. Tras la caída de Humaitá, también él cayó bajo sospecha y fue arrestado por colusión en la conspiración. Ver Bartomeu Meliá, «El fusilamiento del Obispo Palacios. Documentos Vaticanos», *Estudios Paraguayos* 11: 1 (1983), pp. 36-9.

[398] Ver José Falcón, *Escritos históricos* (Asunción, 2006), pp. 91-3, y (sobre un tema relacionado) «Una declaración contra el Presbítero Fidel Maíz» [¿1862?] en ANA-SH 331, n. 26; «Declaración del Presbítero Aniceto Benítez en el proceso del Presbítero Fidel Maíz», en ANA-NE 1636. Que Maíz leía a Rousseau, Voltaire y Victor Hugo, él lo admitía abiertamente. Ver *Etapas de mi vida,* p. 27. Muchos años después, también admitió haber dado su apoyo al plan de 1862 de cambiar la constitución para limitar los poderes del presidente e imponer un sistema de controles y balances en el gobierno. Ver Maíz a Juan E. O'Leary, Arroyos y Esteros, 10 de junio de 1906, en BNA-CJO, y *Etapas de mi vida,* p. 25. Washburn, quien ridiculizaba los cargos de herejía y libertinaje contra Maíz, pensaba no obstante que era posible que el cura hubiese codiciado la presidencia. Ver *The History of Paraguay,* 2: 59. Juansilvano Godoi sostuvo de manera más convincente que Maíz quería en realidad el poder episcopal. Ver Godoi, *Documentos históricos. El fusilamiento del Obispo Palacios y los Tribunales de Sangre de San Fernando* (Asunción, 1916), p. 255.

[399] Un escritor anónimo, posiblemente Washburn, observó que «se rumoreaba que, como rector del Seminario Teológico, [Maíz] estaba inculcando las más horribles, peligrosas y revolucionarias doctrinas a

sus inocentes pupilos […fue finalmente] condenado y removido del cargo por un decreto, que recitaba en el lenguaje más vago posible [sus] horrendos crímenes y fechorías, en relación con lo cual nada tangible fue jamás publicado». Estas «doctrinas revolucionarias» eran casi con seguridad las del liberalismo estándar europeo de mediados del siglo diecinueve (e, igual de posible, los del «cosmopolitanismo» de los judíos). Ver «Chronological Synopsis of the Administration of Marshal López», en WNL.

[400] Llegó en una ocasión a comparar su dilema personal con el de Galileo, quien, al igual que él, careció de la fortaleza interna para resistir la presión despótica. La analogía es interesada y éticamente indefendible, ya que la coacción al astrónomo italiano ponía en riesgo solamente su propia vida, mientras que las acciones de Maíz resultaron en otros hombres torturados y fusilados. Ver Maíz a Estanislao Zeballos, Arroyos y Esteros, 7 de julio de 1889, en MHMA-CZ, carpeta 122, n. 5.

[401] *El Semanario* (Asunción), 1 de diciembre de 1866.

[402] Maíz también se las arregló para desarrollar una tarea sumamente apreciada por el mariscal. Por sugerencia de Natalicio Talavera, compuso una refutación de la bula papal de 1866 que asignaba autoridad eclesiástica sobre la diócesis paraguaya al obispo de Buenos Aires. Ver la refutación de Maíz en *El Semanario* (Asunción), 2 de febrero de 1867, y Documentos de Maíz en UCR Juansilvano Godoi Collection, box 1, n. 26. Supuestamente el archivo personal de Maíz fue donado, después de su muerte, al historiador Juan E. O'Leary, pero no está claro que los diversos documentos no catalogados en el BNA-CJO incluyan aquellos materiales. Ver *Etapas de mi vida,* p. 289, n. 179.

[403] Maíz aludía a su doble papel, como clérigo y ciudadano, y a

cómo lo hacía aparecer «doblemente culpable» en los acontecimientos que tuvieron lugar en San Fernando. Ver Maíz a Zeballos, Arroyos y Esteros, 7 de julio de 1889, en MHMA-CZ, carpeta 122, n. 5.

[404] Maíz mismo citaba el caso de Judas Macabeo, aunque en su versión era el mariscal López quien llevaba las sandalias del general israelita, no él. Ver *Etapas de mi vida,* pp. 34-5.

[405] Cuestiones de raza y de clase se entrelazaban en la historia de Paraguay, y podemos imaginar fácilmente en términos étnicos y de clase el distanciamiento que los campesinos guaraní parlantes sentían en tiempos de guerra con respecto a la élite urbana. Von Versen es probablemente quien mejor lo transmite al remarcar que los «Guaraníes [*sic*] asistían [a esta persecución de la élite] con un disimulado, pero natural regocijo, esperando presenciar la completa eliminación de aquellos españoles que los habían esclavizado». Ver *Reisen in Amerika,* p. 173.

[406] En un intrincado discurso ofrecido en su ancianidad a una audiencia de admiradores, Maíz acentuó la conveniencia de una sociedad verdaderamente civil, señalando que estaba muy bien disentir «bajo las brisas de una hermosa libertad democrática, pero a veces una tempestad trae una agitación [más amplia] de la que surgen nuevas y vehementes desuniones, y clavan las ancianas y odiosas rivalidades en el pecho de la familia paraguaya». Ver Maíz, *Desagravio* (Asunción, 1916), pp. 76-7.

[407] Más tarde, después de que Juan O'Leary hubo escrito la primera de las muchas y agresivas polémicas en defensa del mariscal, el anciano Maíz describió su propio entusiasmo anterior como originado en un espíritu de lopismo, un «verdadero y de lo más puro símbolo de nacionalismo»; esta evaluación parece un tanto

anacrónica y podría simplemente responder al nuevo nacionalismo y a la política de clases del siglo veinte. Ver *Etapas de mi vida,* p. 33.

[408] Silvestre Aveiro habló en favor de Centurión y lo salvó de la tortura. Ver Aveiro, *Memorias militares,* p. 61, y Centurión, *Memorias,* 3: 154-5.

[409] Ver *Memorias,* 3: 258-62. El coronel Centurión murió en 1902, a los 62 años. Frederick Skinner, uno de los doctores británicos empleados por el Estado paraguayo, afirmó posteriormente que el coronel había sido un sádico partícipe de los peores abusos. Ver «Declaration of Frederick Skinner, Asunción, 28 Jan. 1871», en Scottish Record Office, CS 244/543/19 (p. 141).

[410] Ver Aveiro, *Memorias militares,* p. 108; Falcón, *Escritos históricos,* p. 95; Masterman, *Seven Eventful Years,* pp. 256-8, y «The Atrocities of López», *The Standard* (Buenos Aires), 15 de mayo de 1869.

[411] Tales acciones, a veces teñidas de sadismo, son comunes en la historia, y están extensamente discutidas, por ejemplo, en Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York, 1993).

[412] A fines de diciembre, con los tribunales de San Fernando ya en el pasado, el arquitecto británico Alonzo Taylor conoció a Madame Lynch y al mariscal cuando este último pasaba revista a la guardia en Lomas Valentinas. Contó que él, el telegrafista Treuenfeld y otros diez se acercaron, le dijeron a López que no sabían por qué estaban prisioneros, le pidieron misericordia y fueron liberados. Ver «Taylor Narrative» en Masterman, *Seven Eventful Years,* p. 330. Los lineamientos de su relato están confirmados en una carta escrita en Asunción el 12 de enero de 1869 por Fischer-Treuenfeld a

Washburn, incluida en el *Report of the Commitee on Foreign Affairs on the Memorial of Porter C. Bliss and George F. Masterman on Relation to their Imprisonment in Paraguay. House of Representatives, May 5, 1870* (Washington, 1870), de aquí en adelante *The Paraguayan Investigation,* pp. 24-27.

[413] El doctor William Stewart aseguró que el mariscal López estaba bien informado de los procedimientos aplicados en San Fernando, y también de todas las torturas. «En la mesa nos dijo que un señor fulano de tal rogaba ser fusilado y que el Padre Maíz le respondió "no temas por ello, cuando hayamos terminado contigo te mataremos"». Ver «Testimony of Stewart» en WNL.

[414] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 328..

[415] Después de visitar Roma en los 1870 para ayudar a rectificar la relación del Paraguay con el papa, el padre Maíz regresó a Arroyos y Esteros y ahí se dedicó a administrar tranquilamente la escuela parroquial. Parece haber sentido alguna culpa por su pasado y su vinculación con el poder, y en varias de sus cartas finales acerca de la guerra dejó de lado el tópico de su propia conducta para enfocarse en los sacrificios hechos por todos los capellanes paraguayos. Ver, por ejemplo, Maíz a O'Leary, Arroyos y Esteros, 24 de febrero de 1915, en BNA-CO. Maíz murió poco después de su nonagésimo segundo cumpleaños, en 1920.

[416] Maíz dedicó varios años a principios del siglo veinte a tratar de limpiar su nombre de las acusaciones de brutalidad criminal en San Fernando que pesaban sobre él. Las principales imputaciones no provenían de hombres de su generación, sino de Juansilvano Godoi, un hombre más joven y mucho más rico que era director de la Biblioteca Nacional y había escrito una larga y bastante novelada historia de los distintos tribunales paraguayos (y de las ejecuciones)

de 1868-1869. Ver Godoi, *Documentos históricos, passim;* y Maíz, *Desagravio,* pp. 23-4.

[417] Masterman mostraba una notoria simpatía por los soldados delegados para custodiarlo, por brutales que fueran, ya que eran apenas unos niños en circunstancias terribles. Ver *Seven Eventful Years,* p. 168.

[418] Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay*, p. 127.

[419] Washburn, *The History of Paraguay,* 1: 510. El «cepo uruguayana» fue supuestamente usado por soldados del ejército uruguayo contra prisioneros paraguayos durante el sitio de 1865 a Uruguayana. Ver «Plano y organización de la conspiración tramada en el Paraguay, 1866 [*sic*]». Por razones poco claras, la misma tortura a veces es llamada en la documentación «cepo colombiano».

[420] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 269-71; Alonzo Taylor vio a doña Juliana en varias ocasiones durante los meses de su cautiverio y sintió una gran pena por ella cuando supo que había sido puesta en el cepo seis veces: «Estaba muy ansiosa de saber si una marca negra que tenía sobre uno de sus ojos desaparecería o si la desfiguraría de por vida […y] cuando la vi dirigirse a su ejecución [entre] el 16 y 17 de diciembre, la marca todavía estaba allí». Ver «Taylor Narrative» en Masterman, *Seven Eventful Years,* p. 327.

[421] «Correspondencia (Buenos Aires, 28 de mayo de 1868)», en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 5 de julio de 1868.

[422] Matías Goiburú, otro de los fiscales del mariscal en San Fernando, dejó un corto relato de los sufrimientos de Juliana Ynsfrán, a quien elogió tanto por su obstinación como por su profunda bravura. Culpó a López de su infortunio. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 241. La suegra de doña Juliana fue ejecutada al mismo tiempo, obviamente para mostrar a los restantes oficiales del

mariscal lo que les esperaba a «sus esposas, madres y hermanas en caso de que alguna vez cayeran en manos del enemigo». Ver Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 270-1; y S. G. Bulfinch, «Paraguay and the Present War», *North American Review* 109: 225 (octubre de 1869), pp. 539-40.

[423] Arturo Bray, *Hombres y épocas del Paraguay (Libro 1)* (Buenos Aires, 1957), pp. 71-98.

[424] Hay una tendencia, en la literatura antilopista, a meter a todas las víctimas de López en una misma bolsa, como si su destino común de alguna manera redujera su individualidad a un detalle irrelevante; en verdad, diferían mucho unos de otros y tenían diferentes talentos, ambiciones y debilidades. Berges fue quizás el único de los ministros del mariscal que podía pensar con cierta lucidez pese a su propia muestra obligatoria de servilismo. Ver Olinda Massare de Kostianovsy, *José Berges. Malogrado estadista y diplomático* (Asunción, 1969), pp. 12-17. La «defensa» del exministro en San Fernando, tal como quedó registrada, puede consultarse en ANA-CRB I-30, 27, 96 [¿agosto? de 1868]. Ver también Decoud, *La masacre de Concepción,* pp. 119-20.

[425] En una de sus muchas (y a menudo contradictorias) cartas sobre el tema de los tribunales, el padre Maíz afirmó que López generalmente marcaba con una «x» los nombres de los que tenían que ser encontrados culpables y ejecutados. Ver Maíz a Zeballos, Arroyos y Esteros, 7 de julio de 1889, en AHMA-CZ, carpeta 122. Amerlan cuenta la historia de un juez que se ganó cuatro balas en la cabeza cuando el mariscal se enteró de que le había dado a Benigno un vaso de agua. Ver *Nights on the Rio Paraguay*, pp. 128-9.

[426] Aveiro afirmó que los malestares del excanciller, que incluían intermitentes parálisis en las piernas, eran mayormente una farsa.

Ver *Memorias militares,* p. 64. Berges soportó el cepo uruguayana en al menos dieciocho ocasiones antes de su ejecución. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 81.

[427] Requeriría un considerable esfuerzo de búsqueda en los archivos reunir datos acerca de las numerosas figuras de menor rango de la burocracia paraguaya y la élite política condenadas, pero los estudiosos han revelado algunos fragmentos de información. Por ejemplo, en la colección Manuel Gondra de la University of Texas hay un corto bosquejo biográfico de José Carlos Riveros, un funcionario menor del gobierno ejecutado «por falta de patriotismo» en San Fernando el 25 de agosto de 1868. Ver MG 1977d. Otro caso fue el de Miguel Berges y doce sacerdotes paraguayos ejecutados en San Fernando y Pikysyry. Ver Silvio Gaona, *El clero de la guerra del 70* (Asunción, 1961), pp. 32-61. Ver también Autores Varios, *Papeles de López. El tirano pintado por sí mismo,* pp. 30-62 y *passim.*

[428] Barrios era un oficial estirado y bastante limitado, adicto a pequeñas aventuras con damas de sociedad y, si ninguna de estas estaba disponible, con prostitutas. El general había sido procurador de su cuñado durante los 1850 y había comandado las fuerzas iniciales de invasión a Mato Grosso en 1864. Nada de esto lo salvó cuatro años más tarde. Ver «Sumario instruido contra el Ministro de Guerra y Marina, General de división ciudadano Vicente Barrios, sobre el suicidio que ha intentado perpetrar degollándose con una navaja de barba el día 12 de agosto [de 1868]» en ANA-SH 355, n. 9; Aveiro, *Memorias militares,* pp. 68-9; e «Informes del general don Bernardino Caballero, ex presidente de la república (Asunción, 1888)», en MHMA-CZ, carpeta 131.

[429] En Paraguay, los ingenieros extranjeros habían tenido siempre

cuidado de mostrar una apagada y tímida integridad de leales empleados (una actitud más tarde inmortalizada en las obras de Kipling y Somerset Maugham). Sin embargo, inva-riablemente veían a sus subordinados paraguayos como «wogs», como solían llamar peyorativamente los británicos a los nativos de las colonias, algo que se notaba en el trato y por lo que no eran muy apreciados, por mucho que los obedecieran. Por otro lado, los patrones locales mostraban aún mayor desprecio por sus subalternos. Ver Masterman, *Seven Eventful Years,* pp. 54-5, y Josefina Plá, *The British in Paraguay* (Richmond, Surrey, 1976), *passim.*

[430] Aunque todavía detenido como sospechoso de ser un agente enemigo, Von Versen había disfrutado de libertad dentro del campamento paraguayo en San Fernando hasta mediados de julio, cuando los hombres de Resquín lo procesaron formalmente bajo cargos de conspiración. Fue mantenido en una especie de jaula por un tiempo, pero no se le aplicó el cepo. Posteriormente, una vez que el campamento paraguayo fue trasladado a Pikysyry, permaneció atado día y noche junto con varios otros prisioneros de guerra aliados. Luego fue liberado y nuevamente arrestado. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 151-2, 246, 352-3; 10: 25-6, y Von Versen, *Reisen in Amerika,* pp. 187-96.

[431] Magnus Mörner, *Algunas cartas del naturalista sueco Eberhard Munck af Rosenchöld escritas durante su estadía en el Paraguay*, 1843-1868 (Estocolmo, 1956), p. 5; Visconde de Taunay, *Cartas da Campanha. A Cordilheira. Agonia de Lopez (1869-1870)* (São Paulo, 1921), p. 42.

[432] Centurión se refirió a los procedimientos como un «torbellino infernal» que horrorizaba a todos los que fueron testigos de los mismos. Ver *Memorias*, 3: 155-6. Varias figuras importantes

escaparon del arresto, probablemente por su prominencia en el séquito del mariscal; entre estas estaban el coronel Wisner de Morgenstern, soldado de fortuna húngaro largamente radicado en el país, y el doctor británico William Stewart, quien había sido el médico familiar de Madame Lynch y los hijos de López.

[433] Burton, *Letters from the Battle-fields,* pp. xi, 128. Siguiendo la línea de argumen-tación de Burton, parece probable que las escabrosas descripciones de las torturas en San Fernando hayan sido frecuentemente exageradas (y algunas veces suavizadas) por la pluma de varios comentaristas que nunca estuvieron presentes en aquellas escenas. En relación con el escepticismo de oficiales navales extranjeros, ver *The Times* (Londres), 11 de diciembre de 1868.

[434] El general, que había hecho un brillante trabajo como cañonero en la Isla Redención y en todos los sitios donde le tocó actuar, cayó en desgracia de una manera que no está del todo clara. Thompson dice que simplemente desapareció un día y él luego se enteró de que murió a golpe de bayoneta. Ver Thompson, *The War in Paraguay,* p. 266. Bruguez, al parecer, era un amigo íntimo de Benigno López, y allí reside, casi con seguridad, la explicación de su destino. Además de sus habilidades como cañonero, el general era conocido como un afectuoso padre adoptivo de sus muchos sobrinos y sobrinas cuyos propios padres habían muerto antes en la guerra. Ver Decoud, *La masacre de Concepción,* pp. 174-5.

[435] Una buena cantidad de observadores que habían peleado por López posteriormente encontraron palabras de aprobación para los objetivos de los supuestos complotados, aunque su apoyo llegó mucho después de que pudieran hacer algún bien a los desafortunados. Ver, por ejemplo, Centurión, *Memorias,* 3: 161.

[436] El diario de Washburn de 1867-1868 está repleto de referencias a visitas a Laurent-Cochelet, Chapperon, el doctor Stewart, el capitán italiano Fidanza, Juana Pabla Carrillo y muchos otros paraguayos de buena posición (ver WNL). Y en sus memorias se hace evidente que Washburn no se siente arrepentido de sus numerosas muestras de falta de respeto hacia López, pensando, aparentemente, que, como representante de un país libre, se debía sentir él mismo libre de actuar como quisiera. Ver *The History of Paraguay,* 2: 104.

[437] Un factor de la terca negativa de Washburn a mudar la Legación que raramente se tiene en cuenta es el hecho de que estaba preparando un relato en dos volúmenes de la historia paraguaya que contenía muchos comentarios desfavorables al régimen de López. Si este manuscrito hubiera sido descubierto por la policía, seguramente habría causado más problemas al ministro. Ver Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 323-5. Irónicamente, el principal asistente de Washburn en la preparación de este trabajo era su secretario Porter Bliss (quien «era una enciclopedia de conocimiento sobre casi todos los temas»), a quien el mariscal posteriormente obligó a escribir la condenatoria acusación ya mencionada. Ver Declaración de Washburn, Buenos Aires, septiembre de 1868, en WNL.

[438] Las historias del cuidado que tuvo Washburn con los bienes privados dejados en la Legación de Estados Unidos representan una importante subcategoría dentro de los extravagantes relatos de su complicidad en un complot antigubernamental. Ver, por ejemplo, «Los misterios del Paraguay», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 23-24 de diciembre de 1868. Un curioso documento en la Washburn-Norlands Library en Maine es un pagaré de James

Manlove del 13 de agosto de 1868 en el que se compromete a pagar a Washburn la suma de 250 dólares en oro, con intereses. Esto fue solo algunos días después del fusilamiento del mayor.

[439] Mucho de lo descubierto, incluyendo el diario, fue posteriormente traducido al español y publicado en Whigham y Casal, *Charles A. Washburn, Escritos escogidos. La diplomacia estadounidense en el Paraguay durante la Guerra de la Triple Alianza*.

[440] Sallie Washburn emerge de la documentación como una figura altanera, bastante intolerante, desprovista de inteligencia real, pero orgullosa de sus ventajas materiales y de la posición social que tenía gracias a la posición de su marido como ministro de Estados Unidos. Sus afectaciones elitistas eran una máscara de su estrechez mental y el personal diplomático que frecuentaba la toleraba más que apreciarla. Al parecer, tuvo una crisis nerviosa en su ruta río abajo a Buenos Aires y es difícil saber si su controvertida afirmación no respondía a su estado de ánimo. Ver «Testimony of Commander W. A. Kirkland (New York, 28 Oct. 1869)» en *The Paraguayan Investigation,* p. 215.

[441] Sallie Washburn pudo haber dejado escapar un peligroso secreto o, igual de probable, haber estado engañándose a sí misma al pensar que sabía más de lo que en realidad sabía. Meses mas tarde, negó que hubiera dicho tal cosa en su testimonio ante el Congreso. Ver «Testimony of Mrs. Washburn (New York, 29 Oct. 1869)» en *The Paraguayan Investigation,* p. 217. También lo negó el exministro. Ver carta de Washburn, Nueva York, 16 de noviembre de 1869, en *New York Daily Tribune,* 17 de noviembre de 1869.

[442] Siendo embajador de los Estados Unidos en México en 1914, Henry Lane Wilson ayudó a arreglar una reunión clandestina entre

varias facciones antigubernamentales que, con su bendición, procedieron a derrocar al gobierno electo de Francisco I. Madero. Ver Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico* (Chicago, 1981), pp. 94-115. En tiempos más recientes, rumores ensombrecieron la reputación de Lincoln Gordon, el embajador de Estados Unidos en Brasilia, sospechoso de haber ayudado a fomentar el golpe militar de 1964; acusaciones similares han pesado sobre los representantes de Estados Unidos en Chile en 1970 y en los países de América Central en los 1980.

[443] Ver Cuverville al ministro de Relaciones Exteriores francés, Luque, 23 de octubre de 1868, en Capdevila, *Une Guerre Totale,* pp. 456-7.

[444] Ver Gregorio Benítes a Benjamín Poucel, París, 18 de diciembre de 1868, en BNA-CO Documentos de Benítes, donde se discute sobre el dinero pagado para este proyecto.

[445] Ver Chapperon a ministro Exterior, Luque, 30 de octubre de 1868, en Archivio Storico Ministero degli Esteri (Roma) [extraído por Marco Fano].

[446] Originalmente aparecido como una serie en *El Semanario,* este informe fue posteriormente publicado en múltiples copias como *Historia secreta de la misión del ciudadano norte-americano Charles A. Washburn cerca del gobierno de la República del Paraguay* (¿Luque?, 1868). Incluso aquellos que creen en una conspiración pueden reconocer la inconfundible mano de la coerción en este trabajo.

[447] «Testimony of Rear-Admiral C. H. Davis (New York, 27 Oct. 1869)»; «Testimony of Commander W. A. Kirkland (New York, 28 Oct. 1869)», en *The Paraguayan Investigation,* pp. 186-209 *passim.* Leckron a W. A. Kirkland, Montevideo, 18 de mayo de

1869, en *The Paraguayan Investigation,* pp. 200-1. El doctor a bordo del mismo buque testificó que ni Masterman ni Bliss mostraban ningún signo de tortura. Ver «Testimony of Marius Duvall (New York, 25 Oct. 1869)», en *The Paraguayan Investigation,* pp. 166-73. Ver también Harris G. Warren, *Paraguay. An Informal History* (Norman, 1949), p. 257.

[448] Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 407.

[449] Ver *La Tribuna* (Buenos Aires), 20 de febrero de 1869; *Anglo Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 23 de febrero de 1869; A. Rebaudi, *Guerra del Paraguay. Un episodio. «¡Vencer o morir!»* (Tucumán, 1920), pp. 97-104. Burton, *Letters from the Battle-fields,* pp. 404-8; por su parte, el siempre ingenuo Robert Cunninghame-Graham citó al sacerdote italiano Gerónimo Becchi diciendo que «para septiembre de 1869, ocho mil víctimas habían sido despachadas por López». Ver *Portrait of a Dictator, Francisco Solano Lopez (Paraguay 1865-1870)* (Londres, 1933), p. 229.

[450] En su nunca publicada *Historia del Paraguay,* el doctor William Stewart ofreció una explicación de la psicología del mariscal que, a grandes rasgos, coincide con la opinión expresada por Washburn:

López se volvió una víctima de un ilimitado *amour-propre* que le impedía sopesar correctamente la feliz perspectiva que su posición le confería. Suspicaz y taciturno, su vida estuvo rodeada por una densa sombra [y] para escapar de la sociedad, la esfera oficial se convirtió en la única cosa que absorbía su atención [...] Nosotros buscamos cada ocasión para despertar en él nobles aspiraciones de grandeza política [que pudieran ser manifestadas en] el progreso moral y material [de su país], pero todo fue en vano. Los esfuerzos del

médico fueron desplazados por influencias opuestas que derivaron en neurosis, que era el elemento central de mi diagnosis.

[451] Sorprendentemente, a pesar del desorden, ciertas comunidades del interior todavía enviaban rebaños de ganado al ejército incluso en septiembre. Vemos, por ejemplo, en la primera semana del mes, las siguientes estadísticas de ganado recibido en los campamentos de Pikysyry: 217 cabezas de Altos; 122 de Salvador; 400 de Rosario; 928 de San Pedro; 370 de Villarrica; 70 de Curuguaty, y 130 de Paraguarí. Otras 1.000 (y algunos caballos) llegaron ese mismo mes de Caazapá, Quiindy, San Estanislao y, una vez más, Rosario. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 300, 342. Ver también «Expediente que trata sobre cambios de animales destinados al Ejército nacional», Itauguá, 23 de junio de 1868, en ANA Sección Judicial-Criminal, 1409, n. 4.

[452] Comunidades rurales usaron sus magras existencias de papel para escribir exaltadas declaraciones de lealtad a partir de julio, supuestamente firmadas por cada adulto residente que el jefe político podía encontrar, y aprobadas por muchos más que no podían escribir. Invariablemente, Berges y otros recibían floridas censuras como paraguayos absolutamente repugnantes. Ver declaraciones de lealtad de ciudadanos de Itauguá, Limpio y San José de los Arroyos, en ANA-CRB I-30, 28, 3, n. 8 y n. 1; y UCR-JSG, box 15, n. 13.

[453] Los rumores de problemas en el campamento paraguayo se habían filtrado a las líneas aliadas hacía más de un mes, por lo que cabe preguntarse por qué Caxias no atacó antes. La explicación más convincente es que, aunque tuviera buenas razones para sospechar que el enemigo se había desgastado en un conflicto interno, los aliados todavía carecían de caballos y varias provisiones que necesitaban para avanzar al norte. Ver «La tentativa de revolución en el Paraguay», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 30 de julio de 1868; «Correspondencia (Esquadra em Operações contra o

Paraguay)», (29 de julio de 1868), en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 7 de agosto de 1868, y «Correspondencia de Montevideo» (23 de agosto de 1868), en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 4 de septiembre de 1868.

[454] «Parte oficial» (Humaitá, 30 de agosto de 1868), en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 16 de septiembre de 1868; Gelly y Obes a Mitre, Humaitá, 30 de agosto de 1868, en *The Standard* (Buenos Aires), 2 de septiembre de 1868; y Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 4: 5-14.

[455] *American Annual Cyclopedia of and Register of Important Events of the Year 1868* (Nueva York, 1871), 8: 613 (que aparentemente utilizó al *Anglo-Brazilian Times* como su fuente principal); el capitán Matías Bado, el comandante paraguayo en el Yacaré, sufrió varias heridas en el enfrentamiento, pero se habría recompuesto si no hubiera seguido el ejemplo de Ezequiel Robles y tantos otros paraguayos que se rehusaron a recibir tratamiento médico de los aliados. Ver Centurión, *Memorias,* 3: 170-1; Cardozo, *Hace cien años,* 9: 277-80; y, en forma más general, Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 4: 14-8.

[456] Bruguez había sido ejecutado el 26 de agosto, el último día completo del mariscal en San Fernando. El general murió junto con otros dieciocho condenados, la mayoría de ellos soldados o clérigos. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 271-2.

[457] Cerqueira probablemente exagera el número de víctimas, pero quedan pocas dudas de que eran muchas. Ver *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* pp. 308-9. En su carta al ministro brasileño de Guerra, Caxias erróneamente señala que el cuerpo del vicepresidente Sánchez había sido encontrado entre los cadáveres.

Ver Caxias al barón de Muritiba, ¿San Fernando?, 10 de septiembre de 1868, en Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 4: 26-8.

[458] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 101-3.

[459] Cardozo, *Hace cien años,* 9: 173.

[460] Hablando del Ypoá, en su edición del 23 de octubre de 1868, *The Standard* (Buenos Aires) publicó que «este inmenso yermo ha sido siempre considerado por los paraguayos con superstición reverencial, y los habitantes más viejos creen que la salvación de su país depende de que se ahogue en él un orgulloso invasor [...] los paraguayos dicen que ningún bote ha podido jamás cruzar ese mítico lago y las historias que escuchamos sobre el espíritu de sus aguas nos recuerdan las del famoso Glendslough...»

[461] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 279.

[462] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 280; Ver también José Ignacio Garmendia, *Recuerdos de la guerra del Paraguay. Segunda parte. Campaña de Pikyciri* (Buenos Aires, 1890), pp. 243-5.

[463] Sobre suministro de ganado y alimentos para el ejército en esta época, ver ejemplos en ANA-NE 2493, 2894; ANA-CRB I-30, 23, 64; ANA-CRB I-30, 11, 128, n. 1; y, especialmente, Lista de Tenencias de Ganado, Estancia Gazory, 29 de octubre de 1868, en ANA-CRB I-30, 14, 77, n. 1 (que registra 15.088 cabezas de ganado, mayormente confiscadas de estancias en distritos de Concepción y San Pedro).

[464] Víctor I. Franco, «Abandono del cuartel general de San Fernando», *La Tribuna* (Asunción), 12 de diciembre de 1971.

[465] Thompson, *The War in Paraguay*, p. 281.

[466] Thompson, que no tenía entrenamiento profesional en diseño

de fortificaciones, estaba sumamente orgulloso de las baterías que construyó en Angostura e incluyó sus diseños como láminas VI y VII en su *The War in Paraguay*.

[467] Cardozo, *Hace cien años,* 8: 280; Bengoechea Rolón, *Humaitá,* p. 194.

[468] La documentación de archivo sobre la resistencia en las Misiones es muy fragmentaria, pero aun así merecedora de consulta. Ver correspondencia entre jefes de guarnición y sus comandantes en ANA-CRB I-30, 16, 8, n. 1-5; ANA-NE 1697; ANA-NE 1737; ANA-SH 352, n. 1; ANA-CRB I-30, 28, 16, n. 1; ANA-NE 763; ANA-CRB I-30, 14, 129; ANA-CRB I-30, 14, 48, n. 1; ANA-CRB I-30, 28, 4; y ANA-CRB I-30, 28, 4, n. 5.

[469] Patrullas de exploración llegaron río abajo hasta Albuquerque a fines de setiembre de 1868 y no encontraron paraguayos. Ver «Important from Brazil», *The Standard* (Buenos Aires), 10 de octubre de 1868. El cónsul italiano Chapperon había hallado algunos prisioneros matogrossenses en Luque unos meses antes, incluyendo un niño de diez años llamado Antonio Leite, del que se ocupó personalmente por varios meses, aunque no está claro qué fue de él posteriormente. Ver Marco Fano, «Fiesta en la guerra», *ABC Color* (Asunción), 4 de octubre de 2011.

[470] Caballero soportó varios días de bombardeo tanto de las fuerzas terrestres aliadas como de la flota. Al final se escabulló, dejando cinco cañones agujereados, e incluso consiguió evacuar los cañones más livianos junto con todos sus hombres. Sobre el sitio de Timbó, ver «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 15 de agosto de 1868; «La toma de Timbó», *El Nacional* (Buenos Aires), 25 de agosto de 1868; «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 26 de agosto de 1868; e «Important [News] from the Seat of

War», *The Standard* (Buenos Aires), 1 de septiembre de 1868.
[471] *American Annual Cyclopedia 1868,* 8: 613.
[472] «Teatro de guerra», *La Patria* (Buenos Aires), 28 de agosto de 1868.
[473] *American Annual Cyclopedia 1868,* 8: 613. El cuidado y alimentación de los animales tenía que ser una importante preocupación para Caxias o cualquier otro comandante. No podía permitirse prestarle menos atención a esta cuestión que al cuidado y aprovisionamiento de sus tropas.
[474] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 26 de agosto de 1868. Dos semanas más tarde, en contradicción con la evidencia, la opinión general todavía era que los bosques estaban «llenos de paraguayos». Ver «Latest from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 16 de septiembre de 1868.
[475] Thompson, *The War in Parguay,* pp. 281-2.
[476] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 282; Cardozo, *Hace cien años,* 9: 311-2.
[477] Clausewitz sostenía que la «directa aniquilación de las fuerzas enemigas debe siempre ser la consideración dominante» en la guerra. Esto fue lo que los aliados habían inicialmente buscado en Curupayty, donde fueron dramáticamente derrotados, y lo que no pudieron conseguir durante los últimos meses de 1868. Ver Clausewitz, *On War* (Princeton, 1984), libro 4, capítulo 3, p. 228.
[478] Comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 19 de septiembre de 2010.
[479] Ver *The Art of War* (Philadelphia, 1862), p. 87; que Asunción realmente contara como una capital en 1868 es debatible.
[480] Una caricatura en *El Mosquito* (Buenos Aires), 20 de septiembre de 1868, parodia la situación del mariscal con un López al

estilo Gulliver adornado por un grupo de soldados liliputienses (la mayoría de ellos con polleras) y con dos piernas y un brazo cortados. En el epígrafe se lee «¡Ya he perdido tres [miembros], y están por amputarme el cuarto, y solo me quedan mujeres para defenderme!».

[481] Washburn a Caminos, Asunción, 2 de septiembre de 1868, en NARA, M-126, n. 2.

[482] Caminos a Washburn, Luque, 4 de septiembre de 1868, en ANA-CRB I-30, 27, 58, y otra carta escrita el mismo día, también de Caminos a Washburn, en ANA-CRB I-22, 11, 2, n. 27. Sobre el caso Jäger, ver Washburn a Jäger, Buenos Aires, 30 de septiembre de 1868, en WNL.

[483] Washburn creía posible que toda la correspondencia que recibía de Caminos en esa época fuera en realidad escrita por el padre Maíz o alguna otra figura que poseyera buena instrucción. Ver *The History of Paraguay,* 2: 408-9.

[484] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 422-4.

[485] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 416-7.

[486] Washburn también envió un extenso informe al ministro británico sobre los desafíos, como él los veía, que enfrentaban los súbditos de Su Majestad que permanecían en Paraguay. Acentuó que ninguna «magnanimidad» podía esperarse del mariscal y dejó en manos de su colega hacer lo que considerara necesario para rescatar a sus compatriotas del cautiverio paraguayo. Ver Washburn a William Stuart, Buenos Aires, 24 de septiembre de 1868, en NARA, M-128, n. 2.

[487] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 426. Washburn también entregó al ministro italiano en Buenos Aires la correspondencia enviada por el cónsul Chapperon que delineaba las peligrosas circunstancias en las que había caído el país. En un

posterior resumen de estas cartas, el conde Joannini agregó sus propias dudas sobre la posibilidad de una conspiración en Paraguay y observó que López podría haber simplemente buscado propagar terror entre sus compatriotas y confiscar lo que quedaba de la propiedad de extranjeros en el país. Ver Joannini a ministro Exterior, Buenos Aires, 23 de septiembre de 1868, en Archivio Storico Ministero degli Esteri [extraído por Marco Fano]. Ver también Chapperon a Luis Caminos, 21-28 de octubre de 1868, en ANA-CRB I-30, 12, n. 1-2.

[488] Masterman, *Seven Eventful Years,* p. 250; el relato que el farmacéutico hizo de este episodio ante el Congreso de Estados Unidos fue un tanto diferente en detalles. El número de policías se expandió a «cuarenta o cincuenta» y el trémulo comportamiento de Washburn era presentado como un plan preconcebido antes que una natural aprensión. Ver «Memorial of Porter C. Bliss and George Masterman (Washington, 1869)», en *41st Congress. U.S. House of Representatives. Misc. Doc. n. 8,* p. 7.

[489] En la narración de Washburn, Kirkland amenazó a López si algo le pasaba al ministro estadounidense. *The History of Paraguay,* 2: 438. El capitán posteriormente agrandó esta bravuconada. Ver W. A. Kirkland a almirante C. H. Davis, Montevideo, 28 de septiembre de 1868, en *The Paraguayan Investigation,* p. 195.

[490] Esta carta buscaba poner en evidencia que ninguna misiva escrita en el campamento paraguayo podía ser considerada veraz. Porter Bliss a Henry Bliss, Paraguay, 11 de septiembre de 1868, en Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 444 (y en la WNL). El hermano de Bliss, Asher, en una carta al semanario *Fredonia Censor* a principios de diciembre, se refirió a la existencia de esta

absurda misiva, dándole la correcta interpretación que pretendía su hermano prisionero. Reproducido por el *New York Times,* 4 de diciembre de 1868.

[491] Washburn a López, a bordo del *Wasp,* Angostura, 12 de septiembre de 1868, en *The Paraguayan Investigation,* pp. 15-6 (y NARA, M-128, n. 2). Los aliados supieron de esta carta casi inmediatamente; fue publicada en «Correspondencia de Buenos Aires» (24 de septiembre de 1868) en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 1 de octubre de 1868. Thompson posteriormente confirmó que si el mariscal hubiera recibido la nota del ministro un minuto antes, el *Wasp* definitivamente habría sido atacado. Ver Thompson a Washburn, Rio de Janeiro, 12 de febrero de 1868, en WNL.

[492] W. A. Kirkland a Davis, Montevideo, 28 de septiembre de 1868, en *The Paraguayan Investigation,* pp. 195-6. Washburn logró hacer llegar alguna información escrita al secretario británico Gould, quien estaba viajando río arriba a bordo del *HMS Linnet*, y él a su vez se la entregó al marqués brasileño, quien no la utilizó demasiado.

[493] *Letters from the Battle-fields of Paraguay,* p. 411. *The Standard* (Buenos Aires) obtuvo acceso a esta colección de informes y correspondencia y procedió a publicar la compilación completa en una edición suplementaria el 26 de septiembre de 1868 (*La Nación Argentina* publicó una edición llena de material de Washburn al día siguiente y *La Tribuna* de Montevideo poco después).

[494] Washburn a Seward (Buenos Aires, 24 de septiembre de 1868), hallado en NARA, M-128, n. 2.

[495] Washburn a Israel Washburn, Buenos Aires, 12 de octubre de

1868, en WNL.

[496] Ver «Interview between Secretary Fish and General McMahon», *New York Herald* (Nueva York), 29 de octubre de 1869; *The Paraguayan Investigation, passim,* y Frank Mora y Jerry Cooney, *Paraguay and The United States. Distant Allies* (Athens y Londres, 2007), pp. 33-6. Una opinión minoritaria fue publicada un año después, en la que algunos congresistas criticaron a Washburn, pero no fueron más allá de llamarlo «imprudente» por asociarse con «aventureros de dudosa reputación». Ver *Report of the Committe on Foreign Affairs, on the Memorial of Porter C. Bliss and George F. Masterman, in Relation to their Imprisonment in Paraguay. Report 65, 41st Congress, 2nd Session* (Washington, 1870), pp. xxix-xxx, 190-1, 208-11, 232-3. En cuanto a muchos otros testimonios superficiales asociados con la guerra, la investigación continúa proporcionando combustible para los teóricos de la conspiración, especialmente de la extrema derecha, hasta el día de hoy.

[497] Elizalde estaba casado con una brasileña, y cuanto más duraba la guerra más le echaban eso en cara. Ver Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale,* 2: 366-71, y McLynn, «The Argentine Presidential Election of 1868», pp. 303-323.

[498] Miguel Ángel de Marco, *Bartolomé Mitre* (Buenos Aires, 2004), pp. 355-7; Roberto Cortés-Conde, *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina, 1862-1890* (Buenos Aires, 1989), pp. 17-77; y Olmedo, *Guerra del Paraguay, Cuadernos de campaña*, cuya entrada de diario del 16 de noviembre de 1868 abunda en detalles sobre la irregularidad de la paga y el rencor que ello engendraba (pp. 329-30).

[499] William H. Katra, *The Argentine Generation of 1837:*

Echeverría, Alberti, Sarmiento, Mitre (Plainsboro, 1996), pp. 280-2. Los viejos liberales intentaron en agosto bloquear la elección de Sarmiento con una protesta en la Cámara de Diputados, centrada en que los requerimientos constitucionales exigían una mayoría absoluta de electores. Mitre escatimó su aprobación a esta táctica y la protesta no tuvo consecuencias. Ver también J. C. Pereira Pinto a consejero Paranhos, Buenos Aires, 19 de agosto de 1868, en ANA-CRB, I-30, 29, 24, n. 5.

[500] Como joven revolucionario, Sarmiento había dedicado su vida a liberar a sus compatriotas de la tiranía rosista. Pero estaba igualmente ansioso de liberarlos de sus hábitos supersticiosos para reemplazarlos por una interpretación del mundo más racional, más «civilizada», más moderna. Pero la política le enseñó que primero había que llegar al poder, aunque solo fuera como un medio para alcanzar sus fines. Esto ocasionalmente requería usar los mismos duros métodos que había alentado Juan Manuel de Rosas durante los 1840. Ver Shumway, *The Invention of Argentina,* pp. 251-3.

[501] En relación con la amenaza india en el sur de la provincia de Buenos Aires, ver John Lynch, *Massacre in the Pampas. Britain and Argentina in the Age of Migration* (Norman, 1998), pp. 16-20. Por su parte, *The Standard* (Buenos Aires), 29 de octubre de 1868, preguntaba qué papel debía desempeñar el honor en circunstancias en las que se estaban malgastando tesoro y vidas en Paraguay mientras los indios devastaban el interior.

[502] F. J. McLynn, «The Corrientes Crisis of 1868», *North Dakota Quarterly* 47: 3 (1979), pp. 45-58, y Dardo Ramírez Braschi, *Evaristo López. Un gobernador federal: Corrientes en tiempos de la Triple Alianza* (Corrientes, 1997). La edición del 21 de octubre de 1868 del *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro)

especuló que los problemas en Corrientes estaban interfiriendo en la entrega de provisiones al ejército brasileño en Paraguay, pero, con la única excepción del ganado, la cadena de abastecimiento prácticamente no sufrió los efectos del levantamiento correntino.

[503] Para detalles biográficos de Sarmiento y su impacto en las letras argentinas, ver Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento* (Buenos Aires, 1931); Natalio Botana, *Los nombres del poder. Domingo Faustino Sarmiento. Una aventura republicana* (Buenos Aires, 1996); y Tulio Halperín Donghi *et al., Sarmiento. Author of a Nation* (Berkeley, 1994).

[504] Sarmiento a editores, Boston, 3 de junio de 1868, en *Boston Daily Advertiser,* 6 de junio de 1868. Tulio Halperín Donghi identificó un sentimiento paralelo que expresaba Sarmiento por los mulatos de Argentina. Ver Halperín Donghi, «Argentines Ponder the Burden of the Past», en Jeremy Adelman, ed., *Colonial Legacies. The Problem of Persistence in Latin American History* (Nueva York y Londres, 1999), pp. 158-9.

[505] La voluntad de Sarmiento de apoyar al Brasil, al menos con el propósito de terminar con López, le valió muchas críticas de sus seguidores, pero, en verdad, tenía pocas opciones en ese asunto. Ver «La gran traición del sr. Sarmiento a su partido», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 31 de octubre de 1868.

[506] Garmendia, *Recuerdo de la guerra del Paraguay. Segunda parte. Campaña de Pikyciri*, p. 229.

[507] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 24 de septiembre de 1868. Esta descripción tiene una impactante similitud con una carta escrita un mes y medio antes por dos ingenieros británicos de López, quienes se sentían desesperados por la dificultad de erigir defensas en medio de las ciénagas (aunque les hubiese sido

igualmente fácil reconocer las ventajas que ello ofrecía). Ver Percy Burrell y Henry Valpy al ministro de Guerra interino, Surubiy, 7 de agosto de 1868, en ANA-CRB I-30, 22, 76, n. 2.

[508] Incluso algunos instrumentos musicales paraguayos cayeron en manos aliadas. Ver *Boletim do Exercito* (Villa Franca, 13 de septiembre de 1868) en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 27 de septiembre de 1868; «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 24 de septiembre de 1868; Cardozo, *Hace cien años,* 9: 332.

[509] *Boletim do Exército* (Estancia do Surubi-hy, 26 de septiembre de 1868), en BNRJ.

[510] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 7 de octubre de 1868; «Correspondencia de Palmas» (28 de septiembre de 1868), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 14 de octubre de 1868; Corselli, *La Guerra Americana,* p. 475.

[511] Centurión, *Memorias,* 3: 174-6.

[512] «Correspondencia da Esquadra» (28 de septiembre de 1868), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 15 de octubre de 1868.

[513] Estos hombres dieron aún más detalles sobre el reciente arresto de importantes personalidades paraguayas, especialmente el general Barrios y monseñor Palacios. La copia de la BNRJ del *Boletim do Exército* (Estancia do Surubi-hy, 26 de septiembre de 1868) señala que el sanguinario López no pararía hasta concluir su «terrible misión de exterminar a su propio pueblo».

[514] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* pp. 269-70.

[515] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 270. Cerqueira afirmó que muchos soldados en el campo compartían el desprecio que Caxias había expresado por el Quinto de Infantería, y habían rebautizado la unidad con el ofensivo apelativo de «los corredores».

Ver *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 262. El Quinto de Infantería fue el único batallón en la historia brasileña en ser disuelto por su pobre comportamiento en combate.

[516] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 283.

[517] El general Gelly y Obes escribió a Mitre el 2 de octubre para decirle que Caxias había decidido avanzar a través del Chaco (aun cuando Gelly había recomendado que sería mejor transportar a las mismas tropas río arriba en buques de la armada). Los ingenieros comenzaron el trabajo el 9 de ese mes. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 12-3, 33-4. Los comandantes navales brasileños también se inclinaban por usar sus buques de madera (no sus acorazados), pero al final reconocieron que ir por el Chaco era una buena idea para confundir al enemigo. Ver Ouro Preto, *A Marinha d'Outrora,* p. 205.

[518] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 283-4. Por un tiempo continuaron almacenándose provisiones dentro de las líneas paraguayas, e incluso en diciembre pequeños rebaños de ganado todavía eran traídos desde aldeas del interior al campamento. Ver, por ejemplo, Pedro Pablo Melgarejo a ministro de Guerra, Quyquyó, 5 de diciembre de 1868, en ANA-CRB I-30, 11, 67.

[519] Informes de Carlos Twite en ANA-NE 2483, ANA-NE 2495; Gelly y Obes a coronel Álvaro J. Alsogaray, enero de 1868, en MHMA, Colección Zeballos, carpeta 149, n. 29. El problema real en Valenzuela era el transporte, no la producción. Lo mismo ocurría con la fundición de Ybycuí, que incluso en esta avanzada época continuaba produciendo proyectiles de cañón, balas, martillos, lanzas, grilletes, granadas y repuestos para los vapores paraguayos que quedaban. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 60-1. Ver también Thomas Whigham, «The Iron Works of Ybycui: Paraguaya

Industrial Development in the Mid-Nineteenth Century», *The Americas* 35: 2 (octubre de 1978), pp. 213-17 , y Hugo Mendoza y Rafael Mariotti, «La fundición de hierro de Ybycuí y la guerra del 70», *Memoria del Segundo Encuentro Internacional de Historia sobre las operaciones bélicas durante la guerra de la Triple Alianza* (Asunción, 2010), pp. 203-16.

[520] La diferencia entre las dos cifras probablemente tenga alguna relación con errores en el conteo inicial, pero seguramente fueron bastantes los hombres que tuvieron que ir al hospital por enfermedades y heridas, y algunos habían desertado. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 9: 332; Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 275.

[521] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 285-6; Visconde de Maracajú, *Campanha do Paraguay (1867 e 1868),* pp. 133-4. Frota, *Diário Pessoal do Almirante Visconde de Inhaúma,* pp. 240-1 (entradas del 30 de septiembre y 1 a 3 de octubre de 1868).

[522] Cardozo, *Hace cien años,* 10: 9-12.

[523] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 286-7.

[524] Felizmente, el teniente coronel Galvão dejó un extenso informe, el texto del cual el general Tasso Fragoso usó con liberalidad en su análisis del camino del Chaco. Ver *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 52-7; y Corselli, *La Guerra Americana,* p. 467.

[525] Cardozo, *Hace cien años,* 10: 72-4; el *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 20 de octubre de 1868, habla de que la incidencia del cólera, previamente limitada a una docena de casos mensuales, había últimamente triplicado ese número, y al parecer la enfermedad había llegado desde el frente a Montevideo a bordo de un barco mercante. Ver también «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 17 de octubre de 1868.

[526] Leuchars, *To The Bitter End,* p. 192; el marqués posteriormente felicitó a sus ingenieros por sus logros e infatigables esfuerzos por completar el camino del Chaco. Ver Informe de Caxias, Asunción, 14 de enero de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 27 de enero de 1869.
[527] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha,* pp. 282-4.
[528] Centurión relata la historia de Escobar tratando de redimirse ante los ojos del mariscal, lo cual se manifestaba en su gran entusiasmo por el combate que, en su fiereza, se asemejaba al del coronel Elizardo Aquino en Boquerón. Ver *Memorias,* 3: 189-91. El nombre de Escobar siempre ha estado asociado al de su amigo y mentor Bernardino Caballero y, como este, sobrevivió a la guerra (aunque con una constelación de heridas en su cuerpo). Posteriormente se convirtió en el ministro de Guerra de Caballero y lo sucedió en la Presidencia del Paraguay en 1886. Murió en 1912, menos de sesenta días después de Caballero. Ver César Gondra, *El general Patricio Escobar* (Buenos Aires, 1912).
[529] Thomson, inexplicablemente, llama al arroyo «Aracuay». Ver *The War in Paraguay,* p. 292.
[530] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 273.
[531] Cardozo, *Hace cien años,* 10: 107-8.
[532] La extensión de estas obras finalmente alcanzó cerca de 10.000 metros, sin contar la línea de trinchera preparada alrededor de las baterías en Angostura. Ver Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 288. Sobre la reserva móvil, ver *Boletim do Exército* (Surubi-hy, 27 de octubre de 1868), en BNRJ.
[533] Los oficiales navales italianos no se preocupaban en mantener en secreto la preferencia que mostraban por la causa paraguaya, una parcialidad a veces compartida, aunque en términos más ambiguos,

por sus contrapartes francesas, británicas y norteamericanas. El capitán del *Ardita* encontró que el mariscal en persona era muy distinto de las caricaturas de los aliados, y quedó particularmente impresionado por sus maneras dignas, su cortesía y su sofisticado conocimiento de los asuntos italianos. Ver Manfredi a conde Joannini, Montevideo, 28 de noviembre de 1868, en Archivio Storico Ministero della Marina (Roma) [extraído por Marco Fano].

[534] Al menos en una ocasión, los acorazados brasileños dispararon a las baterías de Angostura por sobre la proa del vapor italiano, una violación muy seria de las convenciones navales con buques de potencias neutrales. Como lo señaló el coronel Thompson, la «cañonera inglesa era la única que respetaban». Ver *The War in Paraguay,* p. 291. Ver también Luis Caminos a Gregorio Benítes, Pikysyry, 9 de noviembre de 1868, en ANA-CRB I-30, 22, 58, n. 1. Gracias a esta percibida influencia, el *HMS Beacon* consiguió sacar a 17 súbditos británicos, el Dr. Fox y dieciséis mujeres y niños. Ver John T. Comerford, «Journal of the Majesty's ship Beacon (1868-1871)» en Coleção Privada Michel Haguenauer (Rio de Janeiro).

[535] Además de las mujeres y niños mencionados (y también de un panadero, un carnicero, un albañil y varios marineros desempleados), los oficiales italianos también obtuvieron la libertad de tres individuos capturados a principios de la guerra mientras servían a bordo del buque de guerra argentino *25 de Mayo*. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 65, 165, y «La quistione delle prigioniere», *La Nazione Italiana* (Buenos Aires), 22 de diciembre de 1868. Una lista parcial de los valores sacados del país por italianos puede encontrarse en Circular del Gobierno, Luque, 2 de diciembre de 1868, en ANA-CRB I-30, 28, 14, n. 6.

[536] El juicio por conspiración a Libertat es uno de los pocos sobre

los cuales existe amplia documentación. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 64-5, 67-8, 71, 74-5. 77-8, 80, 84-5, 88, 90-1, 94, 100-1, 103-4, 109, 112, 115-6; Cuverville Correspondence (1868), Kansas University Library, Natalicio González Collection, ms. E222; y Documentación Consular Francesa (noviembre-diciembre de 1868) en ANA-CRB I-30, 11, 29, n. 67-9. Varios años después de su retorno a Francia, el desdichado y desorientado Libertat fue internado en una institución mental. Ver Cardozo, *Hace cien años*, 11: 85.

[537] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 290.

[538] Washburn asignó un valor a estos bienes de entre cinco y seis mil dólares (y esta cifra no toma en cuenta el dinero de otras personas dejado a cargo de Estados Unidos). Ver Washburn a Martin McMahon, ¿Buenos Aires?, 11 de noviembre de 1868, en WNL. Después de la guerra, Madame Lynch se embarcó en una compleja y finalmente infructuosa demanda para recuperar la fortuna que había depositado en manos de los Stewart. La voluminosa documentación legal puede encontrarse en Scottish Record Office, CS244/543/8-9; 12; 19; 25; 26; 28; y 247/3230-3231.

[539] «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 12 de diciembre de 1868.

[540] Tasso Fragoso, *História de la Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 59-60; *American Annual Cyclopedia 1868,* 8: 613, que afirma, poco verosímilmente, que los brasileños perdieron 1.500 hombres entre muertos y heridos.

[541] Fuentes oficiales paraguayas permanecen casi mudas sobre este segundo bombardeo a Asunción, y los estudiosos han dependido mayormente de reportes brasileños. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 193-4. Si la decisión del mariscal de mantener sus fuerzas

intactas en Itá Ybaté fue o no una buena táctica, o si fue simplemente un deseo de protegerse a sí mismo, sigue siendo materia de conjeturas.

[542] Muchos de los subordinados del mariscal habían sido fusilados por menos, pero el obsequioso Caminos sobrevivió una vez más. Y esta no fue una proeza menor, ya que, como Burton sarcásticamente observa, Caminos fue tan desastroso para Paraguay como el general Emmanuel de Grouchy lo fue para Francia en Waterloo. Ver *Letters from the Battle-fields,* p. 428.

[543] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 8 de diciembre de 1868.

[544] El ministro de Estados Unidos en Rio de Janeiro, ex editor de periódicos y general del ejército de la Unión, fue también un ocasional aliado político de Washburn, y aconsejó fervientemente a McMahon no asumir sus deberes en Paraguay antes de recibir seguridades del mariscal acerca de Bliss y Masterman. McMahon ignoró esta recomendación, aunque sí tomó la precaución de dejar a sus tres hermanas más jóvenes en Buenos Aires. J. Watson Webb a general Martin T. McMahon, Boa Viagem, 23 de octubre de 1868, en WNL; Mora y Cooney, *Paraguay and the United States,* pp. 30-1.

[545] Cardozo, *Hace cien años,* 10: 126-7; el mariscal tenía el hábito (parecido al que tendría el general Alfredo Stroessner en una época posterior) de mostrar respeto por las opiniones de los oficiales militares y subestimar a los diplomáticos, incluso a los de alto rango. Ver «Testimony of Dr. William Stewart», en WNL.

[546] Incluso en sus declaraciones públicas, el tono del mariscal López había adquirido un carácter más religioso. Ver Proclama de López, Pikysyry, 16 de octubre de 1868, en *The Standard* (Buenos

Aires), 15 de noviembre de 1868.

[547] Cardozo, *Hace cien años,* 10: 208; para esta época, la detención de Bliss y Masterman había adquirido el carácter de una causa célebre en Europa y Estados Unidos, como también en Sudamérica. La mayoría de los comentaristas implícitamente apoyaban a Washburn, pero Juan Bautista Alberdi no pudo omitir un toque ácido cuando observó que «ningún empleado de la Legación de Estados Unidos […] debería albergar tales sentimientos de odio contra gobiernos amigos donde está [acreditado]». Ver Alberdi a «Mi querido amigo» [Gregorio Benítes], Saint André, 17 de noviembre de 1869, en BNA-CJO, Documentos de Benítes.

[548] Bliss y Masterman parecen haber soportado alguna mortificación durante sus tres meses de confinamiento (aunque no todos los testimonios respaldan sus denuncias de maltratos). Masterman aseveró que los paraguayos lo habían torturado rutinariamente en el cepo y condenó particularmente a los fiscales clérigos, cuya brutalidad no conocía límites (a Maíz lo catalogó como «terrible», mientras que a Román lo presentó como «un admirable estudio para Torquemada»). Ver *Seven Eventful Years,* pp. 250-309, *passim.*

[549] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 291.

[550] El doctor Stewart afirmó que el confinamiento de Bliss y Masterman a bordo de buques norteamericanos no fue en realidad muy confortable, lo que provocó mucho regocijo a López cuando McMahon le contó posteriormente la historia. Ver «Testimony of Dr. Stewart», en WNL.

[551] Ver *The Paraguayan Investigation,* pp. 306-7.

[552] Ver Bliss a Washburn, Ciudad de México, 30 de noviembre de 1870, en WNL, y Burton, *Letters from the Battle-fields,* pp. 128-9.

[553] Ver John Tuohy, *Biographical Sketches from the Paraguayan War, 1864-1870* (Charleston, 2011), pp. 16-7.

[554] En *Maldita Guerra,* pp. 361-2, Doratioto acentúa que el marqués asumió la responsabilidad por esta batalla (y todos sus reveses) antes que ver manchado el nombre de su subordinado Argolo, quien murió en el enfrentamiento. Una conducta tan digna no habría desentonado con el comportamiento habitual del marqués hacia sus oficiales, pero la verdad es que no sabemos si realmente fue así. Ver también «Breve Resumo das Operações Militares dirigidas pelo metódico general Marqués de Caxias na Campanha do Paraguai», *O Diário do Rio de Janeiro*, 23 de febrero de 1870.

[555] No sería la primera vez que Venus, de quien, según la leyenda, proviene Lucifer, presagiara malas noticias en la guerra. Lo ha venido haciendo en la mitología desde los tiempos del Viejo Testamento. Ver *Isaías* 14:12.

[556] Godoy posteriormente explicó a Estanislao Zeballos que sus soldados tenían órdenes de economizar sus cartuchos, que para ese momento habían decrecido a sesenta rondas por hombre; además, «el éxito de nuestras armas había siempre [provenido] de las cargas de bayoneta [que] los brasileños no resisten». Ver «Memorias del teniente coronel Julián Godoy».

[557] Tasso Fragoso sugiere que el general Argolo ordenó a la infantería de Machado retroceder para apoyar el avance de las unidades de caballería al mando de Niederauer, que en ese momento se dirigían al puente, pero esta interpretación implica un grado de deliberación y frialdad en los movimientos de tropa brasileños que estuvo mayormente o totalmente ausente en el campo de batalla. Ver *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* IV: 79; ver también Testimonio de Teófilo Ottoni, Cámara de

Diputados, Rio de Janeiro, 25 de septiembre de 1869, en *Camara dos Diputados. Perfis Parlementares* (Brasilia, 1979), 12: 1074-85.
[558] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 318.
[559] Si bien un patriotismo más elevado parecía ya cosa del pasado para muchos paraguayos en el frente, el espíritu de cuerpo no lo era, y los oficiales todavía podían movilizar a los hombres apelando a la cohesión de la unidad para la sobrevivencia, o, como en este caso, a la hombría. Ver Manuel Ávila, «Itá Ybaté», en BNA-CJO, *passim.*
[560] Gurjão fue evacuado en un vapor al hospital militar aliado en Humaitá, pero murió de un *shock* y de pérdida de sangre poco después. El sargento que lo había trasladado desde el campo recibió 2.000 pesos oro en el testamento y declaración de última voluntad del general. Ver Centurión, *Memorias,* 3: 204.
[561] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 320; Héctor F. Decoud, «6 de diciembre de 1868. Sangrienta batalla de Ytororó», *La República* (Asunción), 5 de diciembre de 1891; «Itororo», *La Opinión* (Asunción), 9 de abril de 1895.
[562] Alfredo Taunay, *Memórias do Visconde de Taunay* (Rio de Janeiro, 1948), p. 434.
[563] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai*, 4: 81-2; William Warner, *Paraguayan Thermopylae —the Battle of Itororó* (Norfolk, 2007), pp. 8-10.
[564] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 324; «Correspondencia, Ruinas de Humaitá», 15 de diciembre de 1868, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 28 de diciembre de 1868.
[565] Aunque ni las fuentes paraguayas ni las aliadas lo mencionan, la batalla pudo no haber sido necesaria. Leuchars menciona que Dionísio Cerqueira, luego del tiroteo, encontró un lugar

suficientemente playo como para cruzar el arroyo y flanquear al enemigo. «Tal vez por prudencia, decidió guardarse sus pensamientos». Ver *To the Bitter End,* p. 199. Ver también Caxias a ministro de Guerra, Villeta, 13 de diciembre de 1868, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 26-27 de diciembre de 1868, y «Boletín del Ejército», en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 22 de diciembre de 1868.

[566] Comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 19 de enero de 2010.

[567] «Esquadra Encouraçada, Villeta», 12 de diciembre de 1868, *Semana Illustrada* (Rio de Janeiro), 14 de diciembre de 1868 (p. 3366); Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 326; las pérdidas brasileñas fueron tan altas que Caxias disolvió seis batallones y distribuyó los sobrevivientes entre otras unidades. Ver Arturo Rebaudi, *Lomas Valentinas* (Buenos Aires, 1924), p. 6. Como de costumbre, hubo inconsistencias en los reportes de bajas, pero las cifras citadas son las que se encuentran más comúnmente. Entre los brasileños heridos estuvo un joven oficial, Manoel Deodoro da Fonseca, conspirador clave en el derrocamiento de la monarquía en 1889 y más tarde presidente de la república.

[568] Citado en Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 361. Este oficial paraguayo era el mismo Céspedes que había ayudado a los brasileños con sus ascensos en globo en una fase más temprana de la guerra.

[569] Ver *Maldita Guerra,* p. 363, y Brezzo, «¿Qué revisionismo histórico? El intercambio entre Juan E. O'Leary y el mariscal Pietro Badoglio en torno a *El Centauro de Ybycuí*».

[570] Diecinueve soldados brasileños murieron de agotamiento (más probablemente de insolación). Ver Leuchars, *To the Bitter End,* p.

199.

[571] Esta no era una preocupación ociosa. Las lluvias fueron tan copiosas durante tantos días a fines de noviembre que el hospital aliado en la isla de Cerrito se inundó y seis pacientes se ahogaron. Ver «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 25 de noviembre de 1868, y «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 5 de diciembre de 1868.

[572] Centurión, *Memorias,* 3: 208. Chris Leuchars pone mucho énfasis en esta imputación, refiriéndose a ella como el reflejo del «machismo competitivo del que el ejército paraguayo estaba tan desastrosamente imbuido»; en realidad, tenía menos que ver con la exagerada masculinidad que con la insistencia del mariscal en una obediencia absoluta. Ver *To the Bitter End,* p. 200.

[573] La traducción de la frase original en guaraní (*pygüe nderevikua gallon pyahu tuja*), tomada de un testimonio muy posterior de Caballero, no es muy exacta, pero en términos generales lo que Rivarola le quiso decir fue que la ofensiva brasileña no sería un juego de niños. Ver Centurión, *Memorias,* 2: 209.

[574] La familia Mena Barreto de Rio Grande do Sul produjo muchos oficiales del ejército de importancia nacional en Brasil durante más de 200 años. Seis miembros de la familia, todos oficiales veteranos, estaban presentes en la campaña de diciembre de 1868 en Paraguay: José Luiz Mena Barreto (1817-1879), João Sabino de Sampaio Mena Barreto (1822-1873), João Manoel Mena Barreto (1827-1869), Manoel Joaquim Mena Barreto Godolphim (1845-1912), Antonio Adolpho da Fontoura Mena Barreto (1846-1923) y João Manoel Mena Barreto Filho (1848-1931). Ver João de Deus Noronha Menna Barreto, *Os Menna Barreto. Seis Geraçoes de Soldados* (Rio de Janeiro, 1950), pp. 159-322, *passim.* Tanto

fuentes primarias como secundarias tienden a confundir a estos oficiales y no siempre queda claro a cuál de los Mena Barreto se refieren en cada oportunidad. El caso de los Mena Barreto (como el de la familia Lima e Silva) sugiere como factor saliente que había un alto grado de nepotismo en el ejército imperial.

[575] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 200; Héctor F. Decoud, «11 de diciembre de 1868. Batalla de Avay», *La República* (Asunción), 11 de diciembre de 1891; y «Combate de Itororo y los movimientos precursores», anónimo, Kansas University Library, Natalicio González Collection, ms. E202.

[576] De acuerdo con el coronel Julián Godoy, el mariscal había conectado una línea telegráfica auxiliar con su comandante en Avay (o, quizás, en Villeta) y estaba de esa forma en contacto regular con su línea del frente —o podía al menos afirmar que lo estaba. En comentarios que dirigió a Zeballos, el coronel se mostró claramente avergonzado de no haber participado en la batalla, habiendo recibido la orden de Caballero de arreglar una caravana para evacuar a los heridos a Lomas Valentinas. Ver «Memorias del teniente coronel Julián Godoy».

[577] *The Standard* comparó a los defensores paraguayos en Avay con una «ola viviente [de soldados] gritando salvajemente [que] literalmente cayó encima de la línea brasileña». Ver «The Seat of War, Corrientes», 17 de diciembre de 1868, en la edición del 25 de diciembre de 1868. El relato oficial paraguayo, que no fue publicado hasta casi tres meses después, calificó la resistencia del mariscal en términos similares, señalando que «tal fue la resolución del ejército y de todo el pueblo paraguayo que, bajo el liderazgo del ilustre mariscal, gritó ¡Viva la sagrada causa que estamos defendiendo!». Ver «Batalla de Avay» *La Estrella* (Piribebuy), 6 de marzo de 1869;

y Corselli, *La Guerra Americana,* pp. 478-81.

[578] La bala que destrozó su mandíbula y se llevó dos de sus dientes está hoy en el Museu Histórico Nacional en Rio de Janeiro junto con el poncho ensangrentado del general. Ver «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 23 de diciembre de 1868.

[579] El *Boletim do Exército* brasileño (Villeta, 13 de diciembre de 1868) fue cuidadoso en distinguir entre el enfrentamiento en Ytororó, al cual se refirió como «combate», y el de Avay, al que llamó «batalla». Ver también «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 23 de diciembre de 1868.

[580] Dice mucho acerca del envejecimiento de Caxias el que, cuando la pintura del Avay fue descubierta, gruñó a raíz de sus inexactitudes y fríamente le preguntó al artista «cuándo lo había visto con una levita desabotonada». El periodista Melo Morais Filho consideró la representación como «una agresión del artista contra la dignidad del general y del ejército». Ver *Gazeta de Noticias* (Rio de Janeiro), 16 de abril de 1879. [Comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 19 de septiembre de 2010].

[581] Aquellos que conocen el trabajo de Pedro Américo exclusivamente por la «Ba-talha de Avaí», elaborada en un impresionante estilo neoclásico, se sorprenderían por su larga carrera como caricaturista. Sus trabajos en este campo engalanaron las páginas de *A Vida Fluminense* y *Ba-Ta-Clan* incluso durante los años de la guerra, causando gran hilaridad entre sus amigos políticos, a la par que mortificación entre sus oponentes. Ver Alvaro Cotrim, *Pedro Américo e a Caricatura* (Rio de Janeiro, 1983). Irónicamente, su famosa interpretación de la batalla fue a su vez objeto de una caricatura de Angelo Agostini, publicada en *A Revista*

Ilustrada (Rio de Janeiro), 10 de mayo de 1879.

[582] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 332.

[583] Notando la alta proporción de paraguayos muertos en relación con los heridos, Garmendia remarcó que los enfrentamientos «ya no eran batallas, sino horribles carnicerías». Ver *Campaña de Pikyciri,* p. 345; «Batalla de Abay», anónimo, Kansas University Library, Natalicio González Collección, ms. E202.

[584] Centurión, *Memorias,* 3: 213. En cuanto a Serrano, el coronel se mostró bastante voluble ante sus captores y, siendo prisionero en el *Princesa,* les proporcionó considerable información, omitiendo cuidadosamente todas las referencias a su servicio como ejecutor y ayudante militar de los fiscales en San Fernando. Ver «Declaration of the Paraguayan Prisoners», *The Standard* (Buenos Aires), 27 de diciembre de 1868, y «Esquadra Encouraçada», 26 de diciembre de 1868, *Semana Illustrada* (Rio de Janeiro), 28 de diciembre de 1868 (p. 3382). Serrano sobrevivió a la guerra para ser asesinado en 1875 durante una de las abortadas revueltas contra el presidente Juan Bautista Gill.

[585] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 296. Sena Madureira registra una pérdida de algo más de 1.000 hombres para los brasileños, cifra reducida a 800 por Leuchars. Ver *Guerra do Paraguai,* p. 68, y *To the Bitter End,* p. 203. El general McMahon afirmó que los brasileños habían perdido a 6.000 hombres, pero esta es una cifra insólita. McMahon a Seward, Angostura, 11 de diciembre de 1868, en NARA M-128, n. 3.

[586] Los brasileños pensaron que habían matado al general paraguayo y lo reportaron muerto en el *Boletim do Exército* del 13 de diciembre de 1868. Ver también «Correspondencia, Buenos

Aires», 16 de diciembre de 1868, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 28 de diciembre de 1868.
[587] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 297-8.
[588] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 297.
[589] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 297; «Correspondencia», 15 de diciembre de 1868, *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 28 de diciembre de 1868.
[590] *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 7 de enero de 1869.
[591] Se afirma frecuentemente que el general McMahon obtuvo una Medalla de Honor del Congreso por su heroísmo en la batalla de White Oak Swamp; eso es correcto, pero la medalla fue concedida más de veinticinco años después de la capitulación de Lee. Arthur Davis, embajador del presidente Reagan en Asunción a principios de los 1980, escribió una breve pero bien documentada biografía de su predecesor titulada *Martin T. McMahon, Diplomático en el estridor de las armas* (Asunción, 1985); quizás el escrito más ameno y completo sobre el paso de McMahon por Paraguay, sin embargo, es una tesis de maestría de Laurence Robert Hughes, «General Martin T. McMahon an the Conduct of Diplomatic Relations between the United States and Paraguay» (Boulder, University of Colorado, 1962).
[592] Aquí tenemos otro ejemplo de forasteros sacando amplias comparaciones entre la situación paraguaya y circunstancias de otras partes del mundo. Los montoneros argentinos veían al Brasil como la Rusia zarista y McMahon veía a Irlanda en Paraguay. Para no cargar toda la culpa de esta interpretación simplista y desafortunada sobre los de afuera, deberíamos recordar que el mariscal López anteriormente había equiparado la circunstancia de las repúblicas del Plata específicamente con la de los países del

Danubio, una analogía que, en parte, había pavimentado el camino hacia la guerra. Ver Lilis y Fanning, *The Lives of Eliza Lynch,* p. 134.

[593] López a McMahon, Pikysyry, 14 de septiembre d 1868, en *Proclamas y cartas del Mariscal López* (Buenos Aires, 1957), pp. 181-2.

[594] Posteriormente observó que «los paraguayos son un pueblo muy peculiar, han estado siempre acostumbrados a un tipo arbitrario de gobierno [...] pero cuando la cuestión de la independencia [de] una nación extranjera surge, nunca ha habido un pueblo con un amor más fuerte [a su país] que el paraguayo, desde el más bajo al más alto, listo a morir para preservarlo». Ver «Testimony of Martin T. McMahon, Washington», 15 de noviembre de 1869, en *The Paraguayan Investigation,* p. 280.

[595] Mora y Cooney, *Paraguay and the United States,* p. 31; Washburn insinuó que McMahon apoyaba a un tirano impulsado por un punto de vista reaccionariamente papista que el mundo civilizado, es decir, protestante, había ya dejado atrás, pero con el cual el mariscal no solo congeniaría, sino que encontraría conveniente. Ver *The History of Paraguay*, 2: 556-8. Tales prejuicios nos dicen más acerca de Washburn que de McMahon.

[596] Meilá, «El fusilamiento del Obispo Palacios», pp. 36-9; «Declaración de don Manuel Solalinde (10 de enero de 1870)», en Junta Patriótica, *El mariscal Francisco Solano López* (Asunción, 1926), pp. 249-51; Juan Silvano Godoi, *El fusilamiento del Obispo Palacios y los tribunales de sangre de San Fernando. Documentos históricos* (Asunción, 1996); y *Causa célebre: don Manuel A. Palacios, Obispo del Paraguay procesado y declarado reo de muerte por los presbíteros Fidel Maíz y Justo*

Román, y fusilado en Pikisyry el 21 de diciembre de 1868 (Corrientes, 1875).

[597] Juana Inocencia López de Barrios responsabilizó de las ejecuciones a las malévolas influencias de Madame Lynch, «enemiga de todas las mujeres respetables». Ver Testimony of López de Barrios, Asunción, 17 de enero de 1871, en Scottish Record Office, CS 244/543/19. El doctor Stewart pensaba que Barrios había enloquecido por las torturas del mariscal mucho antes de su ejecución («No me conoció», observó). Ver «Testimony of Stewart», en WNL.

[598] Gelly y Obes a Mitre, Lomas de Pikysyry, 24 de diciembre de 1858 [*sic*], en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 31 de diciembre de 1868. El coronel Alén, todavía sufriendo por las secuelas de su intento de suicidio, logró ponerse de pie ante el tribunal y, en un momento final ante el juicio, negó claramente su culpabilidad: «Nunca he sido un traidor de mi país». Fue fusilado junto con otros hombres condenados, uno por uno, el 21 de diciembre. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 258, 269-70.

[599] Decreto de López, Pikysyry, 15 de diciembre de 1868, en Cardozo, *Hace cien años,* 10: 247-8.

[600] La sentencia de muerte de Venancio había sido conmutada por el mariscal el 4 de noviembre de 1868 luego de que el hermano menor cooperara con los fiscales al proporcionarles detalles de la conspiración que implicaban a un amplio círculo de personas, incluyendo a Benigno, las hermanas de López e incluso Juan Pabla Carrillo, quien fue acusada de complotarse con Washburn. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 10: 116-7. Todos los miembros de la familia López habían permanecido incomunicados por varios meses. Ver Federico García, «La prisión y vejámenes de doña Juana

Carrillo de López. Antes del ultraje de una madre. Breve itinerario», *El Liberal* (Asunción), 1 de marzo de 1920, y Aveiro, *Memorias militares,* pp. 77-72.

[601] Ver E. della Croce a ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 12 de febrero de 1869, en Archivio Storico Ministero degli Esteri [extraído por Marco Fano]. Ni Chapperon ni Cuverville abandonaron el país antes de que el ejército del mariscal huyera al interior.

[602] Von Versen, *Reisen in Amerika,* p. 202. La traducción estándar al portugués de Von Versen —la de Manuel Tomás Alves Nogueira en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 76: 128 (1913), pp. 5-270— erróneamente cita al mayor prusiano aludiendo a la «grandeza del genio militar de López» en este pasaje, cuando de hecho él solamente admite haber sido seducido por el encanto del mariscal. Desafortunadamente, este error se ha esparcido y ha sido repetido por fuentes en lengua castellana.

[603] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 298; *Boletim do Exército* (Villeta, 19 de diciembre de 1868), en BNRJ.

[604] Los paraguayos perdieron 140 contra solo tres heridos brasileños. Ver Leuchars, *To the Bitter End,* p. 204.

[605] Cardozo, *Hace cien años,* 10: 263; «Batalla de 21 de diciembre en Itaybaté», *Estrella* (Piribebuy), 10 de marzo de 1869; Pompeyo González [Juan E. O'Leary], «Recuerdos de Gloria. 21 a 27 de diciembre de 1868. Itá Ybaté», *La Patria* (Asunción), 22 de diciembre de 1902.

[606] Cerqueira, quien presenció la escena, recordó muchos años después el horror del momento, que describió como lo peor que había visto jamás. Ver *Reminiscencias da Campanha,* p. 337; Martin T. McMahon, «The War in Paraguay», *Harper's New Monthly*

Magazine 239: 40 (abril de 1870), p. 637.

[607] Cerqueira se unió a la masa de hombres heridos y ensangrentados en el hospital de campaña más tarde, pero nunca supo cuánto tiempo estuvo deambulando en esa escena de destrucción. Ver *Reminiscencias da Campanha,* pp. 338-40.

[608] Gustavo Barroso, *A Guerra do López* (Rio de Janeiro, 1939), pp. 185-9; entre los paraguayos heridos ese día estuvo el coronel Godoy, quien fue lanceado en el antebrazo izquierdo y baleado en el pecho. Fue exitosamente evacuado a Cerro León. Ver «Memorias del teniente coronel Julián Godoy».

[609] McMahon, «The War in Paraguay», pp. 637-8.

[610] El ministro presenció varios fascinantes actos de valentía por parte de los hijos de López, quienes eran en este sentido mucho más notables que su padre. En una ocasión, un tiroteo aliado comenzó mientras la familia cenaba con McMahon y una bala rebotó y paró en el plato de uno de los muchachos de López, quien sonriente tomó el objeto y lo exhibió al mariscal exclamando «¡Mira el regalo que me dio Caxias!» Ver «Correspondencia [de Taunay]» (Pirayú, 7 de julio de 1869), en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 24 de julio de 1869.

[611] Ver López a McMahon, Pikysyry, 23 de diciembre de 1868, en Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 305-6; *Congressional Globe,* Congreso 41, Tercera Sesión, 1: 339, y Hughes, «General Martin T. McMahon and the Conduct of Diplomatic Relations», pp. 51-2.

[612] Ver McMahon a Seward, Piribebuy, 31 de enero de 1869, citado en Hughes, «General Martin T. McMahon and the Conduct of Diplomatic Relations», p. 54.

[613] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 304; Centurión,

Memorias, 3: 222-3; Aveiro, *Memorias militares,* p. 73; *Reisen in Amerika,* p. 207; Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale,* 2: 376-7.

[614] Andrade Neves era un hombre de caballería que a menudo desplegaba sus fuerzas en la vanguardia aliada. En Itá Ybaté, sin embargo, estaba peleando a pie cuando recibió su mortal herida. Tomado por una fiebre (o neumonía) en el hospital de campaña, vivió solo lo suficiente para ver Asunción ocupada y murió el 6 de enero de 1869 en el hospital brasileño que se estableció allí. Ver José de Lima Figuereido, *Grandes Soldados do Brasil* (Rio de Janeiro, 1944), p. 77.

[615] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 102. McMahon dejó un indeleble retrato de los paraguayos heridos y moribundos después de la batalla; su descripción de un rebasado hospital, desprovisto de medicinas y doctores, fue estremecedoramente ilustrada por Alfred R. Waud (1828-1891), un dibujante británico de la Guerra Civil norteamericana, quien convirtió las palabras del ministro en dibujos horriblemente evocadores. Ver, por ejemplo, «The Night after the Battle», «The Dying Colonel» y, más dramático aún, «The Paraguayan Mother», en McMahon, «The War in Paraguay», pp. 639, 641 y 646, respectivamente.

[616] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 304. Centurión, *Memorias,* 3: 224; González [O'Leary] «Recuerdos de Gloria. 21 a 27 de diciembre de 1868, Itá Ybaté». Ya en el siglo veinte, el escritor Manuel Domínguez puso mucho énfasis en estas bajas, considerándolas una verdadera marca de patriotismo. Ver «El porcentaje sublime que ofrecen los dioses de la guerra», en *El Paraguay. Sus grandezas y sus glorias* (Buenos Aires, 1946), pp. 189-97.

[617] Gelly y Obes a «Talala», Tuyucué, 18 de marzo de 1868; Gelly

a «Talala», Paso Pucú, 15 de abril de 1868; y Gelly a «Talala», s/l, 16 de diciembre de 1868, en Biblioteca Nacional (Buenos Aires), Sección Manuscritos, documentos 15.683, 15.694 y 15.708, respectivamente.

[618] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 384; «War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 29 de diciembre de 1868; Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* p. 356-68 (entradas del 22 al 27 de diciembre de 1868).

[619] La Orden Nacional del Mérito experimentó una expansión similar durante noviembre y diciembre de 1868 (y fue incluso concedida al capitán del buque de guerra italiano *Veloce*). Ver «Documentos oficiales» (noviembre-diciembre de 1868), en ANA-SH 355, n. 16.

[620] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 208; «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 30 de diciembre de 1868.

[621] McMahon, «The War in Paraguay», p. 638. López ordenó a Centurión recorrer las líneas para levantar los alicaídos espíritus y se sorprendió cuando su oficial retornó ileso. El mariscal lo promovió a mayor y luego le pidió ser testigo de su última voluntad y testamento (en el cual le dejaba todo a Madame Lynch y a sus hijos). Ver Centurión, *Memorias,* 2: 226-8; Lillis y Fanning, *The Lives of Eliza Lynch,* p. 153; y «Testament de López», *Le Courrier du Plata* (Buenos Aires), 31 de diciembre de 1868.

[622] En sus comentarios a Estanislao Zeballos, el coronel Godoy se atribuyó crédito por organizar nuevas unidades con estos hombres, que habían llegado a través de los esteros «en grupos de tres o más». Ver «Memorias del teniente coronel Julián Godoy».

[623] El cruce del Ypecuá es uno de los episodios menos conocidos de la guerra. Juan O'Leary, bajo el seudónimo de Pompeyo

González, publicó una corta narración titulada «Recuerdos de Gloria. 27 de diciembre de 1868», en *La Patria* (Asunción), 27 de diciembre de 1902. Ver también *Reminiscencias históricas de la guerra del Paraguay. Pasaje de Ypecuá* (Asunción, 1914), y Gaspar Centurión, *Recuerdos de la guerra del Paraguay* (Asunción, 1931), pp. 20-22.

[624] McMahon, «The War in Paraguay», pp. 640-1; Caxias a ministro de Guerra, Lomas Valentinas, 26 de diciembre de 1868, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 8 de enero de 1869. La interacción entre el trueno y la violencia humana les será familiar a los lectores del autor paraguayo Augusto Roa Bastos, quien trabajó con ella en su más famosa colección de cuentos en torno a un bien elegido mito guaraní. Ver «Leyenda aborigen» en *El trueno entre las hojas* (Buenos Aires, 1953), p. 1.

[625] McMahon, «The War in Paraguay», pp. 638-9; Centurión, *Memorias,* 3: 233; Héctor F. Decoud, «24 de diciembre de 1868. Intimación de rendición al Mariscal López», *La República* (Asunción), 24 de diciembre de 1891. Críticos de esta desafiante retórica pueden legítimamente observar que hablar es fácil y que López pudo haber salvado a su país en cualquier momento aceptando dar un paso al costado.

[626] Respuesta de López, en Centurión, *Memorias,* pp. 230-3. Hubo varias versiones en inglés de esta misma nota, con algunas variaciones una de otra. Ver McMahon, «The War in Paraguay», p. 639; Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 301-3; Kolinski, *Independence or Death!,* pp. 222-3; «President López's Reply», *The Standard* (Buenos Aires), 1 de enero de 1869; *New York Times,* 22 de febrero de 1869; y William Van Vleck Lidgerwood a Seward, Petropolis, 25 de enero de 1869, en NARA M-121, n. 36.

[627] Ávila ms., «Itá Ybaté».
[628] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 210.
[629] «Gran triunfo», *El Liberal* (Corrientes), 30 de diciembre de 1868; *Boletim do Exército* (s/l, 28 de diciembre de 1868), en BNRJ.
[630] De acuerdo con el corresponsal de guerra de *The Standard,* una gran columna de caballería fue inmediatamente despachada en persecución de los fugitivos, pero, si ese fue el plan, entonces alguien fracasó en su ejecución, ya que el mariscal se escabulló limpiamente. Ver «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 10 de enero de 1869. Juan Asencio, un joven soldado herido en la cobertura de la retirada del mariscal, no halló gran misterio en la abrupta partida de este último: el «hijo de puta era un cobarde» (*«Ypia miri co aña ray»)*. Ver carta de Asencio en *El Liberal* (Asunción), 14 de noviembre de 1919.
[631] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* pp. 422-65, *passim.*
[632] Juan E. O'Leary, *Lomas Valentinas. Conferencia dada en Villeta el 25 de diciembre de 1915* (Asunción, 1916), pp. 37-8.
[633] Pedro Werlang, un capitán riograndense nacido en Alemania, afirmó haber visto a Lynch, el mariscal, sus generales y personal superior escapando hacia el este sin obstrucciones en su camino, «lo que habría sido suficientemente fácil [de montar] si Caxias hubiese creído conveniente detenerlos». Ver Klaus Becker, *Alemães e Descendentes,* p. 143; Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 374-5.
[634] Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* pp. 475-7.
[635] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 309; Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 485.
[636] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 309-10; McMahon parece haber estando mal informado acerca del estado en la línea de Angostura, ya que notó que tenían suficientes provisiones para

aguantar un mes. Ver «The War in Paraguay», p. 647.
[637] Thompson, *The War in Paraguay,* pp. 310-11.
[638] Angostura estaba a meros 800 metros de los ex cuarteles del mariscal. Ver «War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 27 de diciembre de 1868; «Teatro de guerra, Palmas, 29 de diciembre de 1868», *El Liberal* (Corrientes), 1 de enero de 1869.
[639] Davis, *Life of Charles Henry Davis,* pp. 321-5. El autor de esta biografía, hijo del almirante norteamericano que había comandado el escuadrón de Estados Unidos en el Atlántico Sur, no vacila en calificar la lucha como una «guerra de exterminio» contra el Paraguay.
[640] La flota aliada en Angostura contaba con más de cincuenta buques armados con cientos de cañones, mientras que los barcos estadounidenses en el Paraná y el Paraguay eran solo cinco, y estos tenían apenas 38 cañones. Pensar que esta fuerza podía superar a la armada brasileña era no solo improbable, sino ofensivo. Ver Davis, *Life of Charles Henry Davis,* p. 324.
[641] Thompson y Lucas Carrillo a Comandantes Aliados, Angostura, 29 de diciembre de 1868, en Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* pp. 487-8 (esta carta fue reproducida en las páginas de *La Estrella* el 17 de marzo de 1869 cuando Piribebuy estaba aún en manos del mariscal); la respuesta aliada puede encontrarse en Gelly y Obes a ¿Mitre?, Cumbarity, 29 de diciembre de 1868, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 5 de enero de 1869.
[642] Ver Manuel Trujillo, *Gestas guerreras,* p. 37. El coronel Centurión criticó a los dos comandantes no por la rendición, que era inevitable, sino por su falta de disposición a salvar el honor soportando al menos un asalto aliado, observando que «la rendición de la Angostura es aún más vergonzosa que la de Uruguayana, que

sucumbió al hambre». Ver *Memorias,* 3: 248. Tanto los análisis brasileños como el de Rodolfo Corselli apoyan esta observación. El general italiano reprende a las unidades paraguayas en Angostura por no haber intentado al menos un ataque de distracción en favor del mariscal. Ver *La Guerra Americana,* pp. 492-4.

[643] Thompson y Carrillo a Comandantes Aliados, Angostura, 30 de diciembre de 1868, y Caxias, Gelly y Obes y Castro a Thompson y Carrillo, Cuarteles frente a Angostura, 30 de diciembre de 1868, en «Fall of Angostura», *The Standard* (Buenos Aires), 10 de enero de 1869; «Correspondencia» (Humaitá, 19 de diciembre de 1868), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 11 de enero de 1869; «Ultima hora», *El Liberal* (Corrientes), 1 de enero de 1869.

[644] La porción argentina del botín incluyó 14 piezas de artillería, casi 2.000 mosquetes, 135 sables, 82 carabinas, 20 lanzas y una gran cantidad de municiones. El general Garmendia subraya que, en conjunto con las 6 a 7.000 armas tomadas en Ytororó y Avay, la cantidad de material de guerra capturada por los aliados en la campaña de diciembre era prodigiosa. Aunque los hombres del ejército del mariscal estaban hambrientos, para fines de 1868 estaban por lo tanto mejor armados de lo que comúnmente se supone. Ver Garmendia, *Campaña de Pikyciri,* p. 495. La porción aliada, similar a la argentina, se describe en Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 167-8.

[645] Juan E. O'Leary, *El libro de los héroes* (Asunción, 1922), p. 51.

[646] A una segura distancia del Paraguay, el exministro Washburn hizo una perspicaz observación al comparar la situación que había enfrentado Thompson en Angostura con la de Martínez en Humaitá. «Afortunadamente para Thompson, él no tenía esposa en el país

sobre quien López y Lynch pudieran ejercitar su ingenio en la tortura». Ver *The History of Paraguay,* 2: 571.

[647] Thompson a Caxias, Rio de Janeiro, 12 de marzo de 1869, en *The War in Paraguay,* p. 346.

[648] Resquín, «Importante documento para la historia de la guerra del Paraguay».

[649] Richard Burton posteriormente tuvo la oportunidad de examinar estos documentos, que abarcaban más de una década y arrojaban «una luz atroz sobre las sombras de la civilización paraguaya». Incluían información sobre esclavitud (que todavía no había sido del todo abolida en Paraguay), disposición de dinero y bienes colectados por medio de contribuciones forzadas, registros de cortes marciales, descripciones de crueles castigos por diversas ofensas en el ejército, y alguna correspondencia privada del mariscal. Ver *Letters from the Batte-fields,* p. 472-81.

[650] Ver «The Curtain Raised», *The Standard* (Buenos Aires), 9 de enero de 1869. El almirante Ignácio anotó la llegada de los exprisioneros, el doctor Stewart y otros a las líneas aliadas en la entrada del 28-29 de diciembre de su *Diário Pessoal*, p. 270.

[651] Von Versen siguió su historia de aventuras por América, se casó en Estados Unidos, continuó al servicio de la milicia alemana y murió como general en su estancia de Pomerania en 1893. Ver *Reisen in Amerika,* pp. 208-16. William Stewart regresó por un tiempo a Gran Bretaña y, como George Thompson, volvió al Paraguay, donde desarrolló una activa práctica médica y murió como un rico comerciante de yerba en 1916.

[652] Burton, *Letters from the Battle-fields,* p. 420.

[653] «Special Mission to Paraguay. Lomas Valentinas», *The Standard* (Buenos Aires), 1 de agosto de 1869. El presidente

Sarmiento le preguntó en tono recriminatorio al general Emilio Mitre cómo pudo haber ocurrido el escape y le recordó que perseguir a López podría costar otros «cuatro o seis millones de pesos que no tenemos...» Ver Sarmiento a E. Mitre, ¿Buenos Aires?, 21 de enero de 1869, en *Obras de Domingo Faustino Sarmiento* (Buenos Aires, 1902), 50: 126-8. También se quejaban los soldados, que se daban cuenta de que eran ellos los que tenían más que perder. Ver Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 396-7 (mes de febrero de 1869).

[654] El corresponsal naval de *A Semana Ilustrada* (quien, como se sugirió antes, es posible que fuera el propio almirante Ignácio) escribió de manera insultante sobre la decisión de huir del mariscal, llamándolo cobarde por no haberse inmolado como el bravo Teodoro de Etiopía, quien acababa de suicidarse antes que rendirse frente a los británicos. Ver «Esquadra Encouraçada», 26 de diciembre de 1868, *A Semana Ilustrada* (Rio de Janeiro), 28 de diciembre de 1868 (p. 3382).

[655] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 308.

[656] José Falcón, *Escritos Históricos,* p. 100. Júlio José Chiavenato, *Genocídio Americano. La guerra del Paraguay* (Asunción, 1989).

[657] Thompson, *The War in Paraguay,* p. 308. En un análisis excepcionalmente completo de la controversia en torno al exitoso escape de López, Francisco Doratioto señala las contradicciones y afirmaciones sin soporte de una serie de testigos y de varios estudiosos modernos de la guerra. Ver Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 374-82.

[658] Carlos Pusineri, por mucho tiempo director de la Casa de la Independencia en Asunción, hizo explícita esta versión cuando fue

entrevistado en 1987 para el film de Sylvio Back *Guerra do Brasil*, pero las organizaciones masónicas no tuvieron incidencia en el Paraguay lopista. Sí estuvo en boga entre los oficiales de la Legión Paraguaya, que establecieron logias en Asunción en los 1870. Ver Fidel Maíz a Juan Sinforiano Bogarín, Arroyos y Esteros, 29 de abril de 1900, en *Autobiografía y cartas,* pp. 265-8.

[659] Este autor visitó Cerro León en 2004 como parte de un equipo internacional para la filmación de un documental de televisión sobre la guerra, *A Guerra do Paraguai. A Guerra Esqueicida*, de Denis Wright. Dos camarógrafos brasileños sintieron una extraña impresión sobrenatural en el ambiente, como si los espectros estuvieran monitoreando cada uno de sus movimientos.

[660] Proclama de López, Cerro León, 28 de diciembre de 1868, en ANA-CRB I-30, 24, 43, reproducido en *La Estrella* (Piribebuy), 24 de de febrero de 1869.

[661] Washburn escribió a principios de 1868 que el cólera estaba «embravecido en la capital y la vecindad». Ver Washburn a Elihu Washburne, Asunción, 15 de enero de 1868, en WNL. Sus temores sobre la diseminación de la epidemia fueron confirmados tres semanas más tarde por el jefe político de Concepción, quien subrayó que la enfermedad se había esparcido a su distrito y más allá. Ver Gaspar Benítez a ministro de Guerra, 3 de febrero de 1868, en ANA-CRB I-30, 15, 156. Otros casos de cólera aparecieron a bordo de barcos brasileños más tarde. Ver, por ejemplo, Emerenciana y Carolina Gill a José Falcón, Barrero Grande, ¿25? de noviembre de 1868, en Cardozo, *Hace cien años,* 10: 182.

[662] El coronel Aveiro subraya convincentemente que, aunque «nadie puede justificar los actos despóticos de López, en verdad él fue muy admirado en vida tanto por civiles como por los hombres del

ejército, [y] a pesar de su severidad, sabía como tratar bien a cada uno». Ver *Memorias militares,* p. 79.

[663] McMahon, «The War in Paraguay», p. 647. El almirante Ignácio fue uno de los que esparció el falso rumor de la huida de López a Bolivia. Ver entrada del 30-31 de diciembre de 1868 de su *Diário Pessoal,* p. 271. Los rumores de un refugio boliviano continuaron hasta bien entrado enero. Ver «Correspondencia» (Buenos Aires, 13 de enero de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 21 de enero de 1869.

[664] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, p. 110.

[665] Como regla, la norma arquitectónica de Asunción se había mantenido tozudamente colonial, sin el estilo italianizante que había florecido desde los 1840 y que había definido tantas estructuras en Montevideo y Buenos Aires. Las excepciones eran raras y fuera de lugar. Taunay notó la ironía de un presidente nominalmente republicano ocupando un palacio tan ostentoso, mientras su propio señor imperial vivía en una casa relativamente modesta en Rio de Janeiro. Ver *Cartas da Campanha,* p. 8 (entrada del 20 de abril de 1869).

[666] Proclama del comandante de la flota, Asunción, 6 de enero de ¿1869?, en BNRJ colección de documentos.

[667] Centurión, *Memorias,* 3: 213.

[668] McMahon a Hamilton Fish, Buenos Aires, 19 de julio de 1869, citado en Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* p. 19, y correspondencia de Manuel A. de Mattos, Asunción, 27 de febrero de 1869, en *The Standard* (Buenos Aires), 5 de marzo de 1869 (que discute el asesinato a plena luz del día de una mujer paraguaya por parte de un cabo brasileño atacado por los celos). El tópico de la

violación como un subproducto de la guerra ha recibido últimamente mucha atención debido a su amplia incidencia en África y los Balcanes desde los 1990. Ver Jonathan Gottschall, «Explaining Wartime Rape», *Journal of Sex Research,* 41: 2 (2004), pp. 129-136. En *The Fall of Berlin 1945* (Nueva York, 2002), Anthony Beevor cita una cifra de 2 millones de mujeres y adolescentes alemanas violadas por soldados soviéticos.

[669] Ver Héctor Francisco Decoud, *Sobre los escombros de la guerra. Una década de vida nacional* (Asunción, 1925), 1: 19-20, que cita un caso soldados brasileños que saquearon un hogar privado y dejaron en la pared un garabato que (falsamente) alegaba que «los paraguayos fueron peores en Uruguaiana y Corrientes».

[670] En el film de John Sturges *The Magnificent Seven* (1960), estas mismas palabras son puestas en boca de un líder forajido, interpretado por Eli Wallach, que intenta justificar así su permanente maltrato de los campesinos pobres. Esta brutal actitud, desde luego, tiene milenios de antigüedad.

[671] Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 386; Juan B. Gill Aguinaga, «Excesos cometidos hace cien años», *Historia Paraguaya* 12 (1967-1968), pp. 17-25. Manuel Domecq García, un niño secuestrado en Asunción, fue devuelto por los brasileños por 8 libras esterlinas y de adolescente se unió a la armada argentina, donde llegó al grado de almirante. Sirvió como ministro de Marina en el gabinete de Marcelo T. de Alvear (1922-1928). Ver también Bartolomé Yegros a Juan E. O'Leary, Recoleta, 8 de enero de 1919, en O'Leary, *El libro de los héroes,* p. 471, quien confirma (por su propia experiencia a los nueve años) que el secuestro de niños se había vuelto común en 1869.

[672] Ver testimonio de María Bar de Ceballos, en *El Liberal* (Corrientes), 12 de septiembre de 1869; «A Romance of the War» (sobre los infortunios de Carmen Ferré de Alsina, cuyo nombre es incorrectamente mencionado como Carmen M. de Pavón), *The Standard* (Buenos Aires), 25 de septiembre de 1869; Delfor R. Scandizzo, «Entonces la mujer. La larga odisea de las cautivas correntinas», *Todo es Historia* 383 (junio de 1999), pp. 44-6; Hernán Félix Gómez, *Ñaembé. Crónica de la guerra de López Jordán y de la epidemia de 1871* (Corrientes, 1997), p. 13. y Ramírez Braschi, *La guerra de la Triple Alianza a través de los periódicos correntinos (1865-1870)* (Corrientes, 2000), pp. 198-201.

[673] Comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro,

Rio de Janeiro, 7 de abril de 2011.

[674] Anónimo, «From Montevideo to Paraguay», *Littell's Living Age,* v. 51 (julio-septiembre de 1885), pp. 98-9, y William Eleroy Curtis, *The Capitals of Spanish America* (Nueva York, 1888), pp. 638-40. Ver también Francisco Ignácio Marcondes Homem de Mello, «Viagem ao Paraguay em Fevereiro e Março de 1869», *Revista Trimensal do Instituto Histórico, Geographico e Etnographico do Brazil,* 3 trim. (1873), pp. 22-5, que describe la mayoría de los demás edificios públicos después de un mes de ocupación brasileña.

[675] Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,* p. 144, y *La Tribuna* (Buenos Aires), 16 de enero de 1869; ver también Juan E. O'Leary, «El saqueo de Asunción», *La Patria* (Asunción), 1 de enero de 1919, y Carlos Zubizarreta, «Asunción saqueada por las fuerzas aliadas», *La Tribuna* (Asunción), 19 de diciembre de 1965. Otro testigo que llegó al lugar poco después corroboró que «los oficiales y marinos brasileños rompen las puertas, se llevan el mobiliario y con hacha y martillo rompen los cofres y se llevan todo lo de valor, lanzando papeles, libros y documentos al viento», [Manoel] Francisco Correia a Robert Clinton Wright, Rio de Janeiro, 30 de mayo de 1870, citado en Harris Gaylord Warren, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Decade, 1869-1878* (Austin, 1978), p. 17.

[676] «Latest from the Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 18 de enero de 1869; el coronel Agustín Ángel Olmedo reportó en febrero que todas las unidades de caballería que habían estado mantenidas con medias raciones finalmente estaban recibiendo sus vituallas completas. Ver *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 396 (mes de febrero de 1869).

[677] Los soldados brasileños vaciaron la Legación de Estados

Unidos, confiscando muebles y papeles archivados, cuyo carácter oficial el mariscal López y su policía siempre habían respetado, incluso durante las confrontaciones con Washburn. Ver H. G. Worthington a Seward, Buenos Aires, 11 de marzo de 1869, en NARA, FM-69, roll 17. Los consulados de Italia, Portugal y Francia fueron igualmente salteados. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 11: 17. En cuanto a casas privadas, ver «Sacking of The Town», *The Standard* (Buenos Aires), 24 de enero de 1869.

[678] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 23. Se puntualizó posteriormente en la prensa porteña que un «gran número» de los mejores hogares habían sido incendiados antes de que los aliados ocuparan Asunción y que López había ordenado previamente la demolición de las casas de desertores y de ciudadanos acusados de traición. Ver Asboth a Hamilton Fish, Buenos Aires, 27 de agosto de 1869, en NARA, FM-69, n. 18.

[679] Tropas aliadas supuestamente profanaron criptas familiares en el cementerio de la Recoleta, despojando a los cadáveres de sus joyas y finuras, aunque por alguna razón respetaron la tumba del general Díaz. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 11: 25-6. Historiadores militares brasileños han negado esta acusación *in toto*, calificándola de invención de calumniadores a sueldo. Ver José Bormann, *História da Guerra do Paraguay* (Curitiba, 1897), 2: 299-300.

[680] El malevolente júbilo entre los soldados saqueadores está probablemente mejor capturado en la literatura. Rudyard Kipling, por ejemplo, en su poema «Loot» (botín) de 1890, describe esa mezcla de alegría y destrucción demoniaca. Ver *Departmental Ditties, Barrack Room Ballads and Other Verses* (Nueva York, 1890), 2: 25-6. Wellington pensaba que el saqueo distraía a los buenos soldados de las operaciones militares y alienaba a las poblaciones

locales, cuya amistad debía ser ganada como cuestión estratégica. Ver Charles Oman, *A History of the Peninsular War* (Oxford, 1902-1903), 1: 578 y *passim.*

[681] Ya en 1865, de hecho, López autorizó a sus funcionarios en el interior a ejecutar a ladrones como medida de guerra, y no había razón para pensar que los jefes políticos fueran remisos a llevar su deseo a la práctica. Ver Disposición de López, Asunción, 16 de mayo de 1865, en ANA-SH 343, n. 5.

[682] Algunos soldados argentinos se dieron el gusto en este sentido, ya que los saqueadores estaban a veces dispuestos a cambiar sus trofeos por comestibles. Como señaló el corresponsal de *The Standard* en la edición del 20 de enero de 1869, «Escuchamos del trueque de un marco de cama de bronce por un pedazo de carne y unas galletitas; una libra de papa vale más que el mejor sillón de la Casa de Gobierno».

[683] Ver Agustín Ángel Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 381-3 (entrada del 10 de enero de 1869), y «Latest from Asunción», *The Standard* (Buenos Aires), 28 de enero de 1869.

[684] El mobiliario de López había sido obtenido en la casa de subastas de Mariano Billinghurst, un importante empresario con base en Buenos Aires cuyo hermano había desempeñado un papel crucial en construir el comercio entre Paraguay y Corrientes en el período justo anterior a la guerra. Ver «Editor's Table», *The Standard* (Buenos Aires), 31 de marzo de 1869; «Noticias locales. El conde d'Eu», *La República* (Buenos Aires), 3 de abril de 1869; *La Capital* (Rosario), 27 de enero de 1869; Decoud, *Sobre los escombros de la guerra,* 1: 37. Estos muebles están hoy en exhibición en el Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires.

[685] «Important from Asunción», *The Standard* (Buenos Aires), 20 de enero de 1869; Martín de Gainza a Emilio Mitre, Buenos Aires, 23 de enero de 1869, en Museo Histórico Nacional (Buenos Aires), Lc. 11811/11; «Más sobre el saqueo», *El Nacional* (Buenos Aires), 24 de enero de 1869.

[686] Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* pp. 17-8. De acuerdo con *The Standard* (Buenos Aires), 27 de enero de 1869, el general Mitre embargó un gran cargamento de cueros secos con destino al puerto de Montevideo, deteniendo el buque cuando entró a aguas argentinas.

[687] La Legión se había duplicado en número desde la caída de Humaitá, a 800 hombres en dos unidades, una de caballería y una de infantería. Comentaristas argentinos los incluían entre los saqueadores. Ver *La Capital* (Rosario), 13 y 24 de febrero de 1869, y *El Nacional* (Buenos Aires), 24 de enero de 1869; Liliana M. Brezzo, «Civiles y militares durante la ocupación de Asunción: agentes del espacio urbano, 1869», *Res Gesta* 37 (1998-18999), pp. 32-4.

[688] Una novela en inglés, que sostuvo que tesoros enterrados podían todavía ser hallados en el interior paraguayo, fue escrita con muy poca aclamación unos diecisiete años más tarde: Alexander F. Baillie, *A Paraguayan Treasure. The Search and the Discovery* (Londres, 1887). Aunque alguna moneda ocasional apareció en los caminos de la retirada que había tomado el mariscal, ningún gran hallazgo de *plata yvyguy* fue reportado jamás. En relación con una infructuosa búsqueda de un tesoro enterrado, ver C. E. Newbould, *A Padre in Paraguay* (Londres, 1929), pp. 68-72. Las ramificaciones folclóricas de tesoros escondidos son abordadas en León Cadogan, «Plata Yviguy. Tesoros escondidos», en Félix Coluccio, ed.,

Antología ibérica y americana del folklore (Buenos Aires, 1953), pp. 243-5.

[689] «Latest from Asunción», *The Standard* (Buenos Aires), 23 de enero de 1869; y «Sobre el saqueo de Asunción». *El Nacional* (Buenos Aires), 21 de febrero de 1869. Richard Burton era igualmente proclive a perdonar el pillaje, aconsejando a aquellos que criticaban a los brasileños «recordar ciertas casas de vidrio en Hyderabad, Sind, y el Palacio de Verano, China». Ver *Letters from the Battle-fields*, p. 443.

[690] Manoel Francisco Correia, «Saque de Assumpçao e Luque atribuido ao Exército Brasileiro na Guerra do Paraguay: Refutação», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* 59 (1896), pp. 376-391 (originalmente compuesto en mayo de 1871 como una respuesta a demandas francesas por daños); *El Nacional* (Buenos Aires), 14 y 21 de febrero de 1869. Ver también carta de Candido Carlos Prytz, vicecónsul de Brasil, Corrientes, 13 de enero de 1869, en *El Liberal* (Corrientes), 15 de enero de 1869. La Catedral de Asunción, al parecer, fue preservada por la avaricia, no por la piedad, de las tropas aliadas, que evidentemente la dejaron para el final. Ver J. Arthur Montenegro, *Guerra do Paraguay. Memorias de Mme. Dorothéa Duprat de Lasserre* (Rio Grande, 1893), p. 15.

[691] «Important from Asunción», *The Standard* (Buenos Aires), 20 de enero de 1869.

[692] Algunos de esos mercaderes consiguieron convertir sus negocios de Asunción en grandes establecimientos durante los 1870. Una nueva y altamente influyente élite de empresarios extranjeros (mayormente italianos) se desarrolló en la capital paraguaya desde esos comienzos, y finalmente se esparció por el interior durante un auge de acaparamiento de tierras en los 1880. Ver Juan Carlos

Herken Krauer, «Economic Indicators for the Paraguayan Economy: Isolation and Integration (1869-1932)», tesis doctoral, Universidad de Londres, 1986, *passim.*

[693] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 49. Los oficiales de alto rango se apropiaron de todas las mejores residencias de Asunción, con Emilio Mitre, por ejemplo, estableciendo sus cuarteles personales en la que fue la casa de Venancio López. Algunas de las viviendas menos encumbradas fueron convertidas en establos para la caballería aliada (y, en algunos casos, en almacenes para los botines).

[694] «Correspondencia», Buenos Aires, 20 de enero de 1869, *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 29 de enero de 1869; Homem de Mello, *O General José Joaquim de Andrade Neves,* pp. 43-4; Canavarro Reichardt, «Centenário da Morte do Brigadeiro José Joaquim de Andrade Neves, Barão do Triunfo, 1869-1969», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro,* v. 285 (1969), pp. 21-34. Dias da Motta, por su parte, era «más que un amigo cercano» del marqués; era un connotado abogado y conversador que siempre había sabido cómo animar a su comandante, incluso cuando las noticias eran malas. Su muerte golpeó a Caxias profundamente. Ver Taunay, *Recordações da Guerra e de Viagem,* p. 7.

[695] João Carlos de Souza Ferreira a «meu Conselheiro [¿Paranhos?]», Rio de Janeiro, 8 de febrero de 1869, en IHGB DL 983. 15, n. 2. Herido en el hígado durante los enfrentamientos de Lomas Valentinas, Machado Bittencourt murió en Asunción el 4 de abril de 1869.

[696] «Ordem do Dia», n. 272 (Asunción, 14 de enero de 1869), en Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o*

Paraguai, 4: 181-5.

[697] «Important from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 31 de enero de 1869. Caxias nunca vacilaba en demostrar su desdén de clase por los soldados plebeyos bajo su mando. En una nota al ministro de Guerra del 2 de septiembre de 1868, el marqués subrayó que la mayoría de sus hombres eran del tipo «que la sociedad repudia por sus viles cualidades». ver Arquivo Nacional, codice 924, v. 4.

[698] Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* p. 19. Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 397-9 (mes de febrero de 1869); las funciones de esta comisión se transfirieron en marzo a un tribunal comercial compuesto por tres brasileños, dos argentinos y dos uruguayos. El nuevo cuerpo no tuvo más éxito en imponer sus decisiones que el que le precedió. Ver «Teatro de la guerra», *La República* (Buenos Aires), 17 de marzo de 1869, y Cardozo, *Hace cien años,* 11: 197.

[699] Chapperon a general Guillermo de Souza, Asunción, 6 de febrero de 1869, y declaración del general Xavier de Souza, Asunción, 14 de febrero de 1869, en Fano, *El Cónsul, la guerra y la muerte,* pp. 132-8; Rufino Elizalde a Bartolomé Mitre, Asunción, 17 de marzo y 22 de marzo de 1869, en Mitre, *Archivo,* 5: 220-2, y Brezzo, «Civiles y militares», pp. 37-44.

[700] Los líderes orientales, que habían tolerado la ocupación brasileña de su propio país con alguna disconformidad, recibieron a Caxias sobriamente y con la misma frialdad que habían mostrado los porteños. Ver M. Maillefer al marqués de La Valette, Montevideo, 20 de febrero de 1869, en «Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay (1866-1869)», *Revista Histórica* 26: 76-8 (1956), p. 357.

[701] «Important from Rio. Caxias Dying», *The Standard* (Buenos Aires), 7 de marzo de 1869; Xavier Raymond, «Don Lopez et la Guerre du Paraguay», *Revue de Deux Mondes* 85 (1870), p. 1019.
[702] Roderick Barman, *Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil 1821-91* (Stanford, 1999), pp. 225-6; «Pedro II e Cotegipe», *Revista do Instituto Histórico e Geografico Brasileiro* 98: 152 (1925), pp. 280-1.
[703] *Exército em Operações na Republica do Paraguay sob o commando em chefe interino de S. Ex. O Sr. Marechal de Campo Guilherme Xavier de Souza, Ordens do Dia, 1-13 (1869)* (Rio de Janeiro, 1877), pp. 69, 145-6; Antonio da Rocha Almeida, *Vultos da Pátria. Os brasileiros mais Ilustres de seu tempo* (Rio de Janeiro, 1961), pp. 143-7.
[704] Su actitud no era antimilitarista en el estricto sentido del término, pero reflejaba un profundo, y hasta cierto punto hipócrita, disgusto por la política. Sus ministros no siempre podían esconder su exasperación ante esta tendencia, y no pocos consejeros de Estado se sentían frustrados cada vez que Pedro sacaba a colación la última publicación de Renan o el placer que le causaba traducir poesía del judeo provençal. Ver Heitor Lyra, *História de Dom Pedro II, 1825-1891* (São Paulo, 1938-1940), 3 v., *passim.*
[705] En su edición del 15 de marzo de 1869, el periódico carioca *Ba-Ta-Clan* censuró al Partido Conservador por no haber contribuido con dinero para la familia de Ignácio durante su enfermedad. Caxias estaba también demasiado enfermo como para asistir al funeral del almirante.
[706] Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 390-1.
[707] *Discurso que o Marechal d'Exército José Joaquim de Lima e Silva, Duque de Caxias, pronunciou no Senado na*

Sessão de 15 de Julho de 1870 (Bahía, 1870), pp. 21, 23-6, 30, 32-3; y Corselli, *La Guerra Americana,* pp. 499-501. Nadie lo había tomado como una «opinión» en 1869 y, de hecho, cada vez que los políticos brasileños quisieron burlarse de Caxias a partir de entonces, sacaban a colación el punto. Ver, por ejemplo, «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 28 de agosto de 1869.

[708] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 171-2. Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 391-2.

[709] La reputación póstuma de Caxias podría parecer exagerada a los no brasileños, pero para aquellos que crecieron a la luz de su icónica imagen fue una progresión natural del héroe al semidiós. Ver, por ejemplo, Joaquim Pinto de Campos, *Vida do Grande Cidadão Brasileiro Luiz Alvez de Lima e Silva* (Lisboa, 1878); Raymundo Pinto Seidl, *O Duque de Caxias. Esboço de Sua Gloriosa Vida* (Rio de Janeiro, 1903); Eugenio Vilhena de Moraes, *O Duque de Ferro* (Rio de Janeiro, 1933); y Manuel César Góes Monteiro, «Caxias, a Expressão do Soldado Brasileiro», *Correio da Manhã* (Rio de Janeiro), 12 de julio de 1936.

[710] Aunque había desempeñado un papel instrumental en tiempos de la crisis del Uruguay en 1864-1865, Paranhos se había apartado mayormente de los acontecimientos desde esa época, tras ser puesto a un lado por sus oponentes políticos. Ver notas de Paranhos, Rio de Janeiro, 23 de enero de 1869, en ANA-CRB I-30, 25, 42, n. 2, y Carlos Oneto y Viana, *La diplomacia del Brasil en el Río de la Plata* (Montevideo, 1903), pp. 235-245 y *passim.*

[711] «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 5 de abril de 1869.

[712] La candidatura de Gelly era inviable, pero muchos la tomaron en serio, lo suficiente como para granjearle algunos fuertes enemigos en la comunidad de exiliados paraguayos en Buenos Aires. Ver

[¿José Segundo?] Decoud, «El general Gelly y Obes», *El Liberal* (Corrientes), 8 de enero de 1869; Olmedo, *Cuadernos de campaña,* p. 374 (entrada del 2 de enero de 1869). Leal mitrista, Gelly y Obes más tarde se convirtió en uno de los miembros fundadores de la Unión Cívica.

[713] Mariano Varela a José María da Silva Paranhos, Buenos Aires, 12 de enero de 1869, en ANA-CRB I-30, 29; decreto de Sarmiento, Buenos Aires, 10 de febrero de 1869, en *The Standard* (Buenos Aires), 12 de febrero de 1869. Emilio Mitre, quien había visto muchas inconductas brasileñas, también expresó su satisfacción de que por fin viniera al Paraguay alguien que haría las cosas apropiadamente. Ver Mitre a Martín Gainza, Trinidad, 13 de febrero de 1869, en MHN-BA, doc. 6646.

[714] Sarmiento a Emilio Mitre, ¿Buenos Aires?, 21 de enero de 1869, en Sarmiento, *Obras*, 50: 126-8. *The Standard* vio en esta demora la mano de oficiales y políticos brasileños. Ver «The Seat of War» (Asunción, 15 de febrero de 1869), *The Standard* (Buenos Aires), 20 de febrero de 1869.

[715] *The Standard* (Buenos Aires), 7 de marzo de 1869.

[716] «Important from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 4 de marzo de 1869.

[717] [¿José Segundo?] Decoud, «Después de la guerra», *El Liberal* (Corrientes), 24 de enero de 1869; Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* pp. 50-2; Juansilvano Godoi, *El baron de Rio Branco. La muerte del Mariscal López. El concepto de la patria* (Asunción, 1912), p. 229; «Informes del Dr. José Segundo Decoud (Asunción, 20 de abril de 1888)», en MHMA-CZ, carpeta 125.

[718] Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* p. 52. El nombre de pila de Bareiro, Cándido, que sugiere inocencia y ausencia de

culpa, les habrá parecido bastante irónico tanto a sus rivales como a sus amigos políticos.

[719] Burton, *Letters from the Battle-fields*, p. 446.

[720] Ver petición de ciudadanos paraguayos a los gobiernos de la alianza, Asunción, 20 de febrero de 1869, en Héctor Francisco Decoud, *Los emigrados paraguayos en la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (negociaciones diplomáticas)* (Asunción, 1941), pp. 32-5.

[721] Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 384 (entrada del 11 de enero de 1869).

[722] Censos agrícolas (1868-1869), en ANA-CRB I-30, 26, 78, n. 1-33; «Noticias del 7 de marzo de 1869», en MHMA, Colección Gill Aguinaga, carpeta 1, n. 21.

[723] Al final, debió haber habido por encima de 150.000 mujeres cultivando los campos en la Cordillera durante 1869, la gran mayoría de las cuales eran refugiadas de otras partes del Paraguay. Ver «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 10 de julio de 1869.

[724] Irónicamente, una de las mujeres atrapadas en el trabajo forzado era Dolores Urdapilleta, madre de Juan E. O'Leary. Aunque vivió para ver a su hijo reconocido como un talentoso historiador que castigaba a López como el «verdugo de su pueblo», no sobrevivió para verlo cambiar de opinión y reivindicar al mismo hombre que la había encarcelado. Ver Cunninghame Graham, *Portrait of a Dictator,* pp. 82-5, y Decoud, *Sobre los escombros de la guerra,* 1: 234-5, 242. O'Leary presenta un interesante contraste con el escritor antilopista Héctor Decoud, único ahijado de Francisco Solano (y casado con una sobrina del mariscal), pero implacable fustigador del «Nerón de América». Si bien tenía diez años cuando la guerra comenzó, Decoud pasó un tiempo en las mazmorras de López

cuando se supo que tanto su padre como su hermano se habían afiliado a la Legión Paraguaya. Ver Adelina López de Decoud, *Biografía de don Héctor Francisco Decoud* (Buenos Aires, 1937), *passim.*

[725] «The Paraguayan War», *The Standard* (Buenos Aires), 24 y 27 de enero de 1869.

[726] El juez político de Tobatí informó que 300 familias desplazadas habían entrado a su partido en la zona cordillerana para mediados de febrero y que, aunque estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para apoyarlos con raciones de maíz, tal sustento no podía durar para siempre. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 11: 109.

[727] Ver «Latest from Asunción», *The Standard* (Buenos Aires), 17 de febrero de 1869.

[728] En una carta al ex presidente argentino, Rufino de Elizalde afirmó, creíblemente, que al menos algunos de estos matones fueron enviados como agentes por López «para robar caballos y realizar asesinatos, como pasó con el hermano del ministro del Tesoro [del mariscal], quien sabía demasiados secretos y fue apuñalado y decapitado en su casa de campo, no muy distante de la ciudad». Ver Elizalde a Mitre, Asunción, 19 de marzo de 1869, en Bartolomé Mitre, *Correspondencia Mitre-Elizalde* (Buenos Aires, 1960), pp. 456-7.

[729] Registros de fuerza efectiva de Villarrica y otros partidos (1868), en ANA-NE 1012, y John Hoyt Williams, *Rise and Fall of the Paraguayan Republic* (Austin, 1979), p. 222.

[730] Para un ejemplo de una lista escrita en un cuero, ver Lista de Tropas Físicamente Aptas, Segunda Compañía, Cuarto Esquadron, Regimiento 32, ¿Azcurra?, 2 de mayo de 1868, en MG 2003.

[731] Williams, *Rise and Fall of the Paraguayan Republic,* p. 221.

[732] Declaración de Lucas Carrillo (febrero de 1869), en Cardozo, *Hace cien años,* 11: 136.
[733] Ver José Antonio Basaral a Luis Caminos, Villarrica, 4 de febrero de 1869, en ANA-CRB I-30, 27, 62, n. 5.
[734] Informe de la Comisión Conmemorativa, Lambaré, 28 de junio de 1868, en ANA-CRB I-30, 28, 3, n. 7.
[735] Centurión pensaba que el interés del mariscal en Chateaubriand constituía una «distracción para su espíritu, una forma de aliviar su conciencia del [peso] de tantas acciones que eran difíciles o imposibles de justificar». Ver *Memorias,* 4: 28-9. el coronel le concede al pensamiento de López más racionalidad que otros. Era, desde luego, un testigo, pero tenía mucho que responder él mismo.
[736] Citado en Héctor Francisco Decoud, *La convención nacional constituyente y la carta magna de la república* (Buenos Aires, 1934), p. 40.
[737] Pedro A. Alvarenga Caballero, «Villa Real de Concepción en los días de ocupación brasileña», *Historia Paraguaya* 39 (1999), pp. 59-68; históricamente el gobierno central ha tenido en Paraguay buenas razones para sospechar de la gestación de fuertes facciones disidentes en Concepción, San Pedro y otros pueblos norteños. Fue así con el Dr. Francia en 1813-1816, con Higinio Morínigo en 1946-1947, y con los tradicionalistas colorados en 2007-2008.
[738] Escribiendo muchos años después, Héctor F. Decoud describió la masacre como el acto más cruel e injustificado de toda la guerra. Ver Decoud, *La masacre de Concepción ordenada por el Mcal. López* (Asunción, 1926); Nidia R. Areces, «Terror y violencia durante la guerra del Paraguay: 'La masacre de 1869' y las familias de Concepción», *European Review of Latin American and*

Carribbean Studies 81 (octubre de 2006), pp. 43-63; Cardozo, *Hace cien años,* 11: 86-8; y Resquín, *La guerra del Paraguay,* pp. 113-4. El principal culpable de la atrocidad de Concepción, una figura antediluviana mejor conocida por su sugerente sobrenombre, *Toro Pychai* (toro ajado), fue un mayor de caballería que después de la guerra trabajó como capataz en la propiedad de Decoud en las afueras de Emboscada.

[739] Esta cifra era de alrededor de la mitad de los individuos ejecutados en San Fernando y Pikysyry durante el período de los Tribunales de Sangre. Ver «Víctimas de la tiranía», *El Orden* (Asunción), 21 de diciembre de 1923.

[740] Juan F. López a José Falcón, Azcurra, 15 de marzo de 1869, en ANA-CRB I-30, 27, 93.

[741] «Testimony of Dr. Skinner» (Asunción, 25 de enero de 1871), en Scottish Record Office, CS 244/543/19.

[742] Elizalde a Mitre, Asunción, 22 de marzo de 1869, en Mitre, *Correspondencia Mitre-Elizalde,* pp. 460-1; «Teatro de la guerra», *La República* (Buenos Aires), 18 de marzo de 1869. Este último periódico, como *La América*, era ampliamente consi-derado «aparaguayado» por los lectores argentinos. Sobre el forraje, aunque el pasto natural era abundante en Paraguay, los caballos no habían desarrollado mucho gusto por el pasto nativo, y mientras hombres hambrientos y desnutridos pueden a veces pelear bien, los caballos tienden a ser inútiles sin alimentación adecuada.

[743] Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 388-9, 400-1 (marzo de 1869).

[744] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 18-20; E. A. M. Laing, «Naval Operations in the War of the Triple Alliance, 1864-1870», *Mariner's Mirror* 54 (1968), p. 278; Ouro Preto, *A Marinha d'Outrora,* pp.

210-2.
[745] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 93; «Latest from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 5 de marzo de 1869.
[746] «War in Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 12 de marzo de 1869.
[747] La locomotora no estuvo en condiciones de funcionar hasta los últimos días de abril. Ver «Fetes and Fights», *The Standard* (Buenos Aires), 5 de mayo de 1869; «Correspondencia» (Luque, 14 de mayo de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 31 de mayo de 1869.
[748] En la primera etapa de su viaje a Pirayú, los salteadores paraguayos fueron acompañados por Madame Lynch, el general Caballero, el ministro de Guerra y el ministro McMahon, pero parece que todos estos encumbrados individuos se bajaron antes de que el tren continuara al Yuquyry. «Sucesos del ejército», *La Estrella* (Piribebuy), 24 de marzo de 1869. Los brasileños reportaron solo cinco hombres heridos, pero Burton, quien arribó a Asunción un poco más tarde, pensaba en una cifra cercana a cuarenta. También escribió que el tren estaba armado con una «batería ferroviaria». Ver *Letters from the Battle-fields,* p. 449.
[749] «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 5 de abril de 1869; «Correspondencia» (Asunción, 14 de abril de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 29 de abril de 1869; Elizalde a Mitre, Asunción, 11 de marzo de 1869, en Mitre, *Correspondencia Mitre-Elizalde*, p. 453.
[750] *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 7 de abril de 1869.
[751] Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 400-1 (entrada del 15-31 de marzo de 1869); «Latest from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 5 de marzo de 1869;

Cardozo, *Hace cien años,* 11: 285-6.

[752] Burton, *Letters from the Battle-fields*, pp. 465-7.

[753] Hijo mayor del duque de Nemours, Gaston tenía seis años cuando ocurrió la catástrofe política que llevó a toda la familia de su abuelo, Louis Philippe, rey de Francia, al exilio. Su familia nunca había recobrado su lustre previo en Europa. Al asociarse él con la Casa de Bragança, dejó atrás una vida tranquila de placentera indulgencia y se embarcó en una de acción. Ver Heitor Moniz, *A Corte de D. Pedro II* (Rio de Janeiro, 1931), pp. 73-80; Helio Vianna, *Estudos de História Imperial* (São Paulo, 1950), pp. 239-55.

[754] William Scully, *Brazil. Its Provinces and Chief Cities* (Londres, 1866), p. 3; Ro-derick J. Barman, *Princess Isabel of Brazil. Gender and Power in The Nineteenth Century* (Wilmington, 2002), pp. 61-119, *passim*; Pedro Calmon, *A Princesa Isabel «a Redentora»* (São Paulo, 1941); Lourenço L. Lacombe, *Isabel a Princesa Redentora (biografia baseada em documentos inéditos)* (Petrópolis, 1989).

[755] Ver, por ejemplo, Gaston d'Orleans a ministro de Guerra, Petrópolis, 28 de enero de 1868, en IHGB, lata 314, pasta 10, n. 14.

[756] Alberto Rangel, *Gastão de Orleans (o ultima Conde d'Eu)* (São Paulo, 1935), p. 209; Barman, *Citizen Emperor,* pp. 226-8.

[757] En una carta al presidente argentino, Wenceslao Paunero observó que Gaston se sentía deshonrado por asumir el liderazgo de un ejército que ya había ganado la guerra y que hizo todo lo que pudo para declinar el ofrecimiento. Ver Paunero a Sarmiento, Rio de Janeiro, 28 de marzo de 1869, en Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 398-9. Al formarse esta opinión, el general Paunero no podía haber estado al tanto de la historia de fricción que caracterizaba la relación

del conde con el emperador, ni sabía que Gaston había clamado por un comando en varias ocasiones previas.

[758] Barman, *Citizen Emperor,* pp. 211-2, 216-7. 227-8. Unas de las pocas personas que manifestó en voz alta su desaprobación por la partida del conde para asumir el comando en Paraguay fue doña Isabel, quien comprensiblemente quería que su marido se quedara en casa. «Recuerdo, padre, que en las cataratas de Tijuca, tres años atrás, me dijiste que la pasión es ciega. ¡Espero que tu pasión por la guerra no te haya cegado a tí! Parece que quieres matar a mi Gaston [...nuestro médico] fuertemente le recomienda no exponerse mucho al sol, y nada a la lluvia y la humedad; ¿cómo puede evitar estas cosas si está en medio de una guerra?» Citado en Schwarcz, *The Emperor's Beard,* p. 243, y Barman, *Princess Isabel,* pp. 101-2.

[759] Osorio, efectivamente, no podía usar su mandíbula, que todavía estaba supurando a causa de la herida. Aceptó el comando del Primer Cuerpo solamente con la condición de que un doctor siempre lo acompañara al campo. Esta estipulación fue concedida, ya que el barón de Muritiba y los otros miembros del gobierno imperial entendían bien que la agresividad natural del *gaúcho* elevaría la moral de las tropas brasileñas y ayudaría a acabar pronto la guerra. Ver Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 400.

[760] Taunay, *Recordações de Guerra e de Viagem,* pp. 10-1, 18-22; *Memórias do Visconde de Taunay,* pp. 320-3.

[761] Taunay pensaba que la eficiencia y el profesionalismo del conde excedían las de todos los comandantes aliados anteriores. Ver *Recordações de Guerra e de Viagem,* p. 31.

[762] Las relaciones entre Taunay y el conde no siempre fueron fluidas, ya que el primero, quien tenía deudas políticas con los

conservadores, no tomó de buena gana la orden de su comandante de enviar sus despachos como corresponsal de guerra al periódico liberal *A Reforma*. Esto podría parecer una cuestión bastante trivial, pero los dos hombres eran igualmente obcecados, y se negaron por un tiempo a conversar el uno con el otro excepto por asuntos de trabajo. La situación no mejoró cuando Taunay encontró su nombre incluido en la Orden del Día número 2 como un oficial de ingenieros antes que como secretario del conde. Ver Taunay, *Memórias,* pp. 320-5.

[763] Ver Elizabeth Cary Agassiz a Mrs. Thomas G. Cary, Rio de Janeiro, 25 de enero de 1872, en Lucy Ellen Paton, *Elizabeth Cary Agassiz: A Biography* (Boston, 1919), p. 124; Rocha Almeida, *Vultos da Pátria,* 2: 98-104; Barman, *Princess Isabel,* pp. 104-10.

[764] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 218; la moral de las tropas brasileñas había sido seriamente puesta a prueba con la partida de Caxias y los cálculos políticos de los liberales cariocas, quienes se aseguraban de que los periódicos de su línea, rebosantes de sentimientos antibélicos, circularan entre los hombres apostados en Asunción. Ver Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 395.

[765] *O Alabama* (Salvador da Bahia), 5 de junio de 1869.

[766] El ministro de Estados Unidos Martin McMahon escribió a fines de abril, con mayúscula imprecisión, que el ejército paraguayo había «mejorado sustancialmente en números y en entusiasmo y ansía con extraordinaria confianza el próximo encuentro con el enemigo, el cual hay buenas razones para creer será la batalla decisiva de la guerra». Ver McMahon al secretario de Estado, Piribebuy, 21 de abril de 1869, en NARA, M-128, n. 3.

[767] Cirilo Solalinde, quien le había salvado la vida al mariscal más temprano en la guerra, no veía generosidad en la distribución de

comida a los soldados por parte de Madame Lynch y la acusaba de acaparar las provisiones para ella. Ver «Testimony of Dr. Solalinde» (Asunción, 14 de enero de 1871), en Scottish Record Office, CS 244/543/19. A pesar de esta acusación (y las de Stewart, Skinner y otros testigos), hubo individuos que continuaron destacando la generosidad personal y la afectuosidad de Madame Lynch hasta mucho después de que terminó la guerra.

[768] El corresponsal de guerra del *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro) afirmó en la edición del 12 de marzo que la guarnición del mariscal había crecido a 5.000 hombres. Un mes y medio más tarde, se había expandido a 7.000, aunque esto incluía a niños de diez años traídos de las más remotas comunidades. Ver Falcón, *Escritos históricos,* pp. 99-100. Resquín, en una exageración típica, dice que había 13.000 soldados en el mismo período. Ver *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 110. Sobre la reorganización militar paraguaya en general, ver Cardozo, *Hace cien años,* 11: 10, 96, 102-4, 228, Cooney, «Economy and Manpower», pp. 41-2, y Centurión, *Memorias,* 4: 17-22.

[769] *The Standard* (Buenos Aires) publicó en su edición del 25 de abril de 1869 que el arsenal de Caacupé «es casi el último vestigio de civilización [en Paraguay]; aquí todavía reina una gran actividad». Los maquinistas europeos seguían recibiendo sus pagas por su trabajo en el arsenal de Caacupé a fines de 1869. Ver recibos de pago del 1 de abril y 1 de junio de 1869, en ANA-NE 780, y requerimiento de salario para Jakob Wladislaw, Piribebuy, 4 de junio de 1869, en ANA-NE 2509. Finalmente, el arsenal produjo 18 cañones, dos de hierro y dieciséis de bronce. Ver Resquín, «Declaración», en López, *Papeles de López. El tirano pintado por sí mismo,* p. 156.

[770] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 216.
[771] Taunay, *Memórias,* pp. 367-8, 372-4; despacho del conde d'Eu, Pirayú, 28 de junio de 1869, en NARA, M-121, n. 37.
[772] *Osório dava churrasco / E Polidoro farinha. / O Marqués deu-nos jabá, / E sua Alteza sardinha!* Ver Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai*, p. 160.
[773] Estas preocupaciones estratégicas eran ampliamente reconocidas en la época; un corresponsal de guerra reportó las palabras de un desertor paraguayo que advertía que «si ustedes atacan la posición por el frente, López solo necesitará piedras para rechazarlos». Ver «The Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 14 de mayo de 1869, y Cardozo, *Hace cien años,* 11: 273-4.
[774] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* pp. 348-50; Cardozo, *Hace cien años,* 11: 294-6; Hélio Vianna, *Estudos de História Imperial,* pp. 235-7.
[775] Justo antes de la primera batalla de Tuyutí, el comandante de la fundición registró 86 balas de cañón producidas en dos semanas junto con piezas para las ruedas de agua de vapores paraguayos. Ver Julián Ynsfrán, 17 de mayo de 1866, en ANA-NE 2436. Informes mensuales de 1868 atestiguan una producción continua de proyectiles, sables, bayonetas e implementos por el estilo, aunque las cantidades comenzaron a caer apreciablemente. Ver también Mario Barreto, *A Campanha Lo-pezguaya* (Rio de Janeiro, 1928-1923), 1: XXXIV-XXXI; Y Benigno Riquelme García, «La fundición de Ybycuí, 1849-1869», *La Tribuna* (Asunción), 20 de mayo de 1965.
[776] El conde d'Eu habrá visto a estos uruguayos como una bolsa de gatos alrededor de su cuello, pero no estaba dispuesto a permitirles faltar a sus compromisos. Casal, «Uruguay and the Paraguayan War», p. 136.

[777] Castro se casó con la mujer, Teresa Meraldi, a mediados de junio. Ver certificado de matrimonio, Asunción, 14 de junio de 1869, en AGNM, Archivos Particulares, caja 70, carpeta 1.
[778] Casal, «Uruguay and the Paraguayan War», p. 135.
[779] Gustavo Barroso, *A Guerra do Lopez,* p. 219. Unos veinte ingenieros europeos estuvieron también presentes en la fundición hasta principios de 1868, pero parece que se habían trasladado a Caacupé antes de la campaña de diciembre. Ver Plá, *The British in Paraguay,* p. 147. Ver también Antonio Seifert, *Os Sofrimentos dum Prisioneiro ou o Martir da Pátria* (Fortaleza, 1871), *passim.*
[780] «The Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 3 de junio de 1869; Centurión también menciona los actos de un soldado paraguayo de apellido Molinas que, habiendo sido enviado a explorar áreas al norte de la fundación, terminó traicionando a Ynsfrán y entregando a los aliados detallada información sobre las defensas del sitio. Ver *Memorias,* 4: 30-1.
[781] «The Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 29 de mayo de 1869.
[782] Hipólito Coronado a Enrique Castro, cerca de Islas Franco, 15 de mayo de 1869, en Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 217-9; «Correspondencia», Luque, 20 de mayo de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 12 de junio de 1869.
[783] Barroso, *A Guerra do Lopez,* p. 223-4. Varias fuentes, sobre todo José Bernardino Bormann, afirman que la decisión inicial era fusilar al capitán paraguayo, pero Coronado ordenó la decapitación cuando supo que prisioneros aliados habían recibido un trato similar. Ver *História da Guerra do Paraguay,* 1: 22. La brutalidad de Coronado fue ampliamente condenada, incluso por el general Castro

y el conde d'Eu. Ver Campanha do Paraguay, Comando en Chefe de S. A. o Sr. Marechal do Exército Conde d'Eu. *Diário do Exército* (Rio de Janeiro, 1870), p. 30.

[784] Edgar L. Ynsfrán, «Fin de la 'Fábrica de fierro' de Ybycuí (13 de mayo de 1869)», *La Tribuna* (Asunción), 11 de junio de 1972. Ynsfrán, que sirvió como ministro del Interior de Stroessner a principios de los 1960, reunió una extensa colección de materiales sobre la carrera de su ancestro Julián Ynsfrán y la fundición que él dirigió; hoy, la porción documental de esos materiales puede encontrarse en las Colecciones Especiales de la Biblioteca del Centro Cultural Paraguayo-Japonés (Asunción).

[785] Juan F. Pérez Acosta, *Carlos Antonio López. Obrero máximo. Labor administrativa y constructiva* (Asunción, 1948), pp. 194-6; «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 3 de julio de 1869.

[786] El ascenso de Coronado le valió a la División Oriental una promoción general por parte del gobierno de Montevideo para todos aquellos con rango de sargento y superior. Ver Martínez, *Vida militar de los generales Enrique y Gregorio Castro,* pp. 269-70; Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* p. 411 (31 de mayo de 1869); Casal, «Uruguay and the Paraguayan War», p. 135.

[787] McMahon, «The War in Paraguay», pp. 644-5. La tradición histórica a veces refiere que las mujeres desplazadas fueron absorbidas por el trabajo forzado como «residentas», un término de oscuro origen que sugería una desolada esperanza de que el estado lopista les proporcionaría cobijo. Ver Potthast-Jutkeit, *«Paraíso de Mahoma» o «País de las mujeres»?,* pp. 269-79; Juan Martín Anaya a Sánchez, Valenzuela, 25 de julio de 1869, en ANA-NE

3509; y, más generalmente, Cardozo, *Hace cien años,* 11: 124, 130-1, 139, 144, 181, 275, 284.

[788] El doctor Stewart luego aseguró que, si bien el general McMahon podía haber tenido simpatía por los paraguayos, ignoraba deliberadamente mucho de lo que ocurría frente a sus ojos. Ver «Testimony of Dr. William Stewart», Londres, 9 de diciembre de 1869, en U. S. House of Representatives, *Report of the Committee of Foreign Affairs,* reporte n. 65, Congreso 41, Segunda Sesión, pp. 313-4.

[789] Desde el momento en que desembarcó en Paraguay hasta su retorno a la capital argentina en julio de 1869, McMahon envió solamente nueve despachos al Departamento de Estado, referidos exclusivamente a la conducción oficial de su misión. Ver Hughes, «General Martin T. McMahon and the Conduct of Diplomatic Relations», pp. 47-8.

[790] McMahon a Seward, Piribebuy, 31 de enero de 1869, en NARA, Records Group 59. El *Times* de Londres publicó un falso rumor en su edición del 25 de junio de 1869 en el sentido de que López había accedido a abandonar el país gracias a los esfuerzos del ministro de Estados Unidos.

[791] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 116-7.

[792] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 88-9; Taunay, *Cartas de Campanha,* pp. 62-5.

[793] «Correspondencia», Asunción, 20 de mayo de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 15 de junio de 1869.

[794] McMahon a Luis Caminos, Piribebuy, 20 de junio de 1869, en ANA-CRB I-30, 11, 17, n. 1-2. Ver también Gregorio Benítes, *Anales diplomáticos y militares de la guerra del Paraguay* (Asunción, 1906), 2: 93-120, 128-31, 139-50.

[795] Junto con mensajes oficiales para sus agentes en Europa, el mariscal también envió con McMahon una carta dirigida a su hijo Emiliano Víctor, que estaba separado de él y vivía en París. Le aconsejó al joven (que era el hijo de Juana Pesoa, no de la Madama) mudarse a Estados Unidos para adoptar una profesión legal y ayudar al Paraguay. Le asignó una pensión para sus gastos y le pidió que se ocupara de sus medios hermanos y hermanas. También subrayó que, si el Paraguay caía, él caería con su país. Ver López a Emiliano López, Azcurra, 28 de junio de 1869, en López, *Proclamas y cartas del mariscal López,* pp. 192-9; Cardozo, *Hace cien años*, 12: 173-4; Saeger, *Francisco Solano López and the Ruination of Paraguay,* pp. 183-5.

[796] Ver Cecilio Báez, *La tiranía en el Paraguay, sus causas, caracteres y resultados* (Asunción, 1903), p. 179. En una carta del hermano del doctor Stewart a Washburn, se señala que entre los papeles incautados a Madame Lynch cuando cayó prisionera en marzo de 1870 había una copia de una carta escrita a McMahon en la que le confiaba «algún dinero para ser depositado en el Banco de Inglaterra, equivalente a varios miles de libras». Ver C. Stewart a Washburn, Galashiels, 27 de noviembre de 1879, en WNL.

[797] Harris G. Warren, «Litigations in English Courts and Claims against Paraguay Resulting from the War of the Triple Alliance», *Inter-American Economic Affairs,* 22: 4 (1969), pp. 31-46.

[798] La prensa aliada especuló interminablemente sobre estos baúles. Algunos chismes hablaban de hasta treinta cajas, cada una con un peso tal que requería ocho hombres para levantarla. Ver «Los catorce cajones del general McMahon», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 9 de julio de 1869. El entonces ministro argentino en Estados Unidos señaló en una misiva a la esposa de Horace Mann

que el equipaje de McMahon «habrá incluido joyas y otros valores enviados por López [...] mientras los desnudos paraguayos están muriendo de hambre». Ver Manuel R. García a Mary Mann, Berkeley Springs, 24 de agosto de 1869, en Mary Mann Papers, U.S. Library of Congress, Ms. 2882. Mary Mann, debe recordarse, fue la traductora al inglés de Sarmiento, responsable, especialmente, de la versión inglesa estándar de su ensayo clásico *Facundo*.

[799] A. Rebaudi, *El Lopizmo,* pp. 45-8. Ver también Victor C. Dahl, «The Paraguayan "Jewel Box"», *The Americas,* 21: 3 (1965), pp. 223-42.

[800] Un representante de Kentucky en el Congreso especuló con que McMahon recibió pagos por la ayuda que prestó al mariscal y a Madame Lynch. «Statement of Representative Beck of Kentucky», *Congressional Globe,* Congreso 41, 3a. sesión, parte 1, p. 339. En una acusación similar contra McMahon, José Bernardino Bormann usó el lenguaje inequívoco de un general brasileño: «para muchos hombres», escribió, «el dólar tiene un poder mágico». Ver *História da Guerra do Paraguay*, 1: 36.

[801] Aveiro, *Memorias militares,* pp. 82-5; *La República* (Buenos Aires), 17 de marzo de 1869.

[802] López a Comandante en Jefe Aliado, Cuarteles Generales, 29 de mayo de 1869, en *The Standard* (Buenos Aires), 10 de junio de 1869; Conde d'Eu a López, Pirayú, 29 de mayo de 1869, en *The Standard* (Buenos Aires), 11 de junio de 1869; ANA-SH 356, n. 5, y ANA-CRB I-30, 21, 69.

[803] Cartas de McMahon (15-18 de junio de 1869), en ANA-CRB I-30, 11, 16, n. 1-4. El gobierno paraguayo destinó la mayor parte de sus preciosas existencias de papel a publicar múltiples copias de esta correspondencia en *Documentos oficiales relativos al abuso de la*

bandera nacional paraguaya por los gefes aliados (Pririebuy, 1869); ver también Cardozo, *Hace cien años,* 11: 155-6, 263, 12: 83-5, 93-4, 99-101; y «Las banderas de la Legión Paraguaya», *Caras y Caretas* (29 de marzo de 1918), pp. 50-1.

[804] La carta de despedida de McMahon y la respuesta de López aludían ambas a «heroicas» luchas y los beneficios de la paz. Ver McMahon a López, Piribebuy, 24 de junio de 1869, y López a McMahon, Piribebuy, misma fecha, en *The Standard* (Buenos Aires), 9 de julio de 1869.

[805] El poema fue puesto en un álbum perteneciente a Madame Lynch, y permaneció oculto por muchos años en una colección histórica privada en Rio de Janeiro. Fue posteriormente traducido al español por Pablo Max Ynsfrán, de la Universidad de Texas. Ver McMahon, «Resurgirás Paraguay!» *Historia Paraguaya* I (1956), pp. 66-8. La versión original en inglés está incluida en un apéndice en Hughes, «General Martin T. McMahon and the Conduct of Diplomatic Relations», pp. 99-101.

[806] McMahon a Fish, Buenos Aires, 19 de julio de 1869, en NARA, Records Group 59; Hughes, «General Martin T. McMahon and the Conduct of Diplomatic Relations», pp. 74-5.

[807] Conde de Gobineau a Ministro de Relaciones Exteriores Francés, Rio de Janeiro, 23 de julio de 1869, en Jean François de Raymond, *Arthur de Gobineau et le Brésil* (Grenoble, 1990), pp. 134-5.

[808] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha,* pp. 348-60.

[809] «Sucesos del ejército», *Estrella* (Piribebuy), 3 de junio de 1869; Taunay, *Cartas de Campanha,* pp. 36-7.

[810] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 86-8; *Campanha do Paraguay. Diário do Exército,* p. 75 (entrada del 2 de junio de

1869); Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 403-4; Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 114-5; recorte no identificado en inglés en Lidgerwood a Seward, ¿Rio de Janeiro?, 24 de julio de 1869, en NARA, M-121, n. 37.

[811] Los paraguayos regresaron al sitio del enfrentamiento varias semanas más tarde para enterrar a los muertos y recuperar monedas, joyas y otros valores que sus soldados habían obtenido del saqueo a Concepción y luego habían abandonado por falta de carretas de bueyes. Ver Centurión, *Memorias,* 4: 51-6, y Romualdo Núñez, «Memorias militares», en Benigno Riquelme García, *El ejército de la epopeya* (Asunción, 1977), 2: 389-92. Fuentes brasileñas registran 15 muertos, 92 heridos y 19 contusos.

[812] Ver Kolinski, *Independence or Death!*, p. 182.

[813] Centurión, *Memorias,* 4: 57-9; «Correspondencia» (Buenos Aires, 9 de junio de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 16 de junio de 1869.

[814] Taunay, *Diário do Exército, 1869-1870,* pp. 69-70; fuentes paraguayas deslizan que estas personas fueron forzadas a acompañar a los brasileños en su retirada hacia Pirayú, pero no había precedentes de coerción en estas cuestiones, y parece poco razonable dudar de que lo hicieron por propia voluntad «para escapar de su miseria». Ver Centurión, *Memorias,* 4: 58-9; Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 115-6; y Cardozo, *Hace cien años,* 12: 102-8, 115-27.

[815] Ver «Brazil. Letters of López and the Count d'Eu. Progress of the Allies. Their Recent Successes», *New York Times,* 20 de julio de 1869, y «The Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 2 de julio de 1869. El visconde de Taunay los recordó como «cadáveres ambulantes». Ver *Recordações de Guerra e de Viagem,* p. 43, y

Cartas da Campanha, pp. 50-1. Ver también Azevedo Pimentel, *Episódios Militares,* pp. 47-52.

[816] Ver «Asombrosa hazañas del Conde-arlequín», *Estrella* (Piribebuy), 16 de junio de 1869.

[817] La mayor parte de la retaguardia de João Manoel se salvó al abandonar sus caballos e internarse en el monte, donde sus integrantes vivieron de lo que pudieron hasta que las otras unidades del conde los localizaron. Ver *American Annual Cyclopedia of and Register of Important Events of the Year 1869,* 9: 556.

[818] Taunay, *Cartas da Campanha,* pp. 79-80; *Diário do Exército,* p. 109 (entrada del 27 de julio de 1869).

[819] Azevedo Pimentel, *Episódios Militares,* pp. 11-3.

[820] El 24 de junio, una fuerza brasileña de unos 1.200 hombres, defendida por artillería liviana, fue atacada por un pequeño grupo de paraguayos cerca de Paso Jara. En la refriega, los brasileños perdieron 10 hombres muertos y 40 heridos, pero los paraguayos perdieron más de 100 antes de replegarse hacia Yuty. Ver *The Standard* (Buenos Aires), 6 de agosto de 1869; Centurión, *Memorias,* 4: 60-2. Unidades navales aliadas consiguieron reforzar las fuerzas brasileñas terrestres en esta área poco después, con lo que efectivamente se terminó la resistencia paraguaya.

[821] «The Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 2 de julio de 1869.

[822] En Asunción, los soldados aliados habían hecho intentos moderados de no tratar a los paraguayos como un pueblo conquistado. En el interior este no siempre era el caso, y es apropiado preguntar si al menos parte de su desprecio provenía de su comandante. *Vae victis* —¡ay de los vencidos!— era una frase que el conde con seguridad comprendía.

[823] La cita viene de una entrevista entre Sheridan y Otto von Bismarck al comienzo de la guerra franco-prusiana. Es dudoso que McMahon, quien había visto tanta acción en Virginia como Sheridan, hubiera compartido la visión de este último sobre la necesidad de la crueldad en la guerra.
[824] Centurión, *Memorias,* 4: 33-4.
[825] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 4: 273; «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 31 de julio de 1869.
[826] «Important from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 22 de julio de 1869.
[827] Centurión observó a propósito de esta ocasión que lo «cómico y lo ridículo siempre se combinan, incluso en los actos más serios y los momentos más solemnes de la vida». Ver *Memorias,* 4: 67-8.
[828] «Correspondencia» (Pirayú, 28 de julio de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 14 de agosto de 1869. Los pueblos todavía en manos del gobierno lopista enviaron sus congratulaciones al mariscal, como en los años previos. Ver, por ejemplo, Fidel Cáceres a ministro de Gobierno, Barrero Grande, 15 de julio de 1869, en ANA-CRB I-30, 27, 62, n. 10.
[829] «Correspondencia» (Asunción, 31 de julio de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 15 de agosto de 1869.
[830] Taunay, *Recordações de Guerra e Viagem*, pp. 42-4, y *Memórias,* p. 343; en Sapucái, los brasileños encontraron a una autonombrada «tenienta» de infantería, que resistió con bravura, con su espada desenfadadamente atada a un cinturón de soga. Su impresionante conducta sugería que, aunque «no había una Charlotte Corday entre las mujeres paraguayas, sí había muchas Juanas de Arco». Ver «Correspondencia» (Asunción, 31 de agosto de 1869),

en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 16 de septiembre de 1869.

[831] Roque Pérez a ministro de Relaciones Exteriores, Rosario, 10 de agosto de 1869, en *The Standard* (Buenos Aires), 11 de agosto de 1869; «Interrogatório de Felix Paraó», ¿Piribebuy?, 13 de agosto de 1869, en ANA-CRB I-30, 28, 14, n. 5.

[832] Ver Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 407, y Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 347-50.

[833] Centurión, *Memorias,* 4: 70-1.

[834] «Correspondencia (copia) entre o Conde d'Eu e o General Osório», en IHGB, lata 276, doc. 27.

[835] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 310-22.

[836] Pompeyo González [Juan E. O'Leary] «Recuerdos de Gloria. Piribebuy. 12 de agosto de 1869», *La Patria* (Asunción), 12 de agosto de 1902.

[837] Campanha do Paraguay. *Diário do Exército,* p. 169 (entrada del 12 de agosto de 1869); O'Leary describe de manera diferente el orden de la batalla, con Osório a la izquierda, Victorino en el centro y el conde a la derecha. Ver «Recuerdos de Gloria. Piribebuy».

[838] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 4: 312-3; «Correspondencia» (Asunción, 16 de agosto de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 30 de agosto de 1869.

[839] Fue, como Lord Byron dijo de las características de la guerra en España, un feroz intercambio, una cuestión de «guerra aún hasta el cuchillo». Ver «Childe Harold», canto 1, *stanza* 86.

[840] El escritor nacionalista argentino Manuel Gálvez, quien

inmortalizó el conflicto paraguayo en una emotiva trilogía escrita en los 1920, genera suspenso e incredulidad cuando afirma que las furiosas mujeres paraguayas desgarraban a soldados brasileños con sus dientes durante este enfrentamiento. Ver *Jornadas de Agonía* (Buenos Aires, 1948), p. 127.

[841] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 307. El cura de Valenzuela había muerto en las trincheras unos minutos antes. Ver Taunay, *Diário do Exército,* p. 131 (entrada del 12 de agosto de 1869).

[842] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* pp. 375-7; O'Leary puede ser acusado de exagerar el heroísmo de las mujeres paraguayas en Piribebuy, pero no hay duda de que se enfrentaron a terribles experiencias durante la batalla. Ver «Las mujeres de Piribebuy», en *El libro de los héroes* (Asunción, 1970), pp. 349-54.

[843] Ledgerwood a Seward, Petrópolis, 11 de septiembre de 1869, en NARA, M-121, n. 37.

[844] Hay dos versiones sobre la muerte del general. Una indica que un francotirador paraguayo le disparó a la cabeza a corta distancia y la otra que fue alcanzado por una bala de cañón perdida durante una cañoneada final. Ver «The Paraguay-Brazilian War», *Herald and Star* (Ciudad de Panamá), 14 de octubre de 1869, y Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 408, y 548, n. 74.

[845] João Manoel Mena Barreto siempre lideraba desde el frente y era ampliamente reconocido como uno de los oficiales más valientes en esa famosa familia de militares. Cuando los paraguayos invadieron su provincia natal en 1865, el entonces coronel hizo una gran exhibición al pararse vestido en impecable uniforme dentro del rango de rifle del enemigo. Lo hizo como una treta para facilitar el escape de todo un batallón de *voluntários*, pero requería

extraordinario valor hacerlo. Ver Francisco Pereira da Silva Barbosa, «Diário de Campanha do Paraguay», [http:webarchive.org/web/20021060507l2/http://www.geocities.com/cvidalb2000/].

[846] Centurión, *Memorias,* 4: 72-3, menciona tanto la conmocionada reacción de Gaston por la muerte de Mena Barreto como la violenta respuesta que ordenó en consecuencia. El escritor de viajes galés John Gimlette, quien nunca desaprovecha la ocación de dar una explicación sensacionalista, afirma que Gaston y el general riograndense «mantuvieron un tórrido amorío incómodamente público». Ver *At the Tomb of the Inflatable Pig. Travels Throuugh Paraguay* (Nueva York, 2003), pp. 205-12. No existe ningún indicio serio de que ello pueda ser verdad. Ver también Taunay, *Memórias,* pp. 346, 350 y 353.

[847] Uno de los brasileños que admitió haber participado en las atrocidades fue el inmigrante alemán Pedro Werlang, quien no puso excusas por haber actuado vilmente en el fragor del momento. Ver el diario de Werlang en Becker, *Alemães e Descendentes,* pp. 146-171, y, más ampliamente, Ari G. Prado, *O Capitão Werlang e seu Diário de Campanha Escrito Durante e Após a Guerra do Paraguai* (Canoas, 1969). El general y famoso cañonero brasileño Emílio Mallet, intervino en varias ocasiones para salvar las vidas de paraguayos heridos, incluyendo a Manuel Solalinde, el juez de paz del pueblo, quien era también capitán del ejército y segundo en comando después de Caballero. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 12: 307, y Doratioto, *General Osório,* p. 197.

[848] Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 376. Taunay confirmó los enunciados generales del relato de Cerqueira, relatando que los paraguayos eran comúnmente ultimados

a sangre fría después de las batallas y que él, también, había salvado a un «soldadito» de ser degollado y que después el niño se negaba a dejarlo e incluso dormía cerca de sus pies. Ver *Recordações da Guerra en Viagem,* p. 48.

[849] José Guillermo González, «Reminiscencias históricas», *La Democracia* (Asunción), 27 de diciembre de 1897. Ver también Juan Bautista Gill Aguinaga, «Excesos cometidos hace cien años», *Historia Paraguaya* 12 (1967-1968), p. 67. La viuda de Caballero estaba aún viva a principios del siglo veinte, y residía tranquilamente en San Juan Bautista Misiones. Ver O'Leary, «Recuerdos de Gloria, Piribebuy».

[850] Resquín señala que los brasileños tomaron prisioneros a dos oficiales superiores paraguayos y otros ocho oficiales de menor rango, y todos fueron sumariamente ejecutados por decapitación. Ver *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 121-2.

[851] El general George Marshall, jefe del Estado Mayor de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, subrayó que «hay una bestia en cada combatiente que comienza a liberarse de sus cadenas; y un buen oficial debe saber cómo mantener a esa bestia bajo control, tanto en sus hombres como en él mismo». Ver Luke Mogelson, «A Beast in the Heart of Every Fighting Man», *New York Times Magazine* (1 de mayo de 2011).

[852] Maíz, *Etapas de mi vida,* pp. 70-1; Maíz a Juan E. O'Leary, Arroyos y Esteros, 15 de octubre de 1907, en *Escritos del Padre Fidel Maíz, I, Autobiografía y cartas,* pp. 311-3; Centurión, *Memorias,* 4: 74; Aveiro, *Memorias militares,* p. 87; carta de «Mefistófeles», *La Tribuna* (Buenos Aires), 24 de agosto de 1869; y O'Leary, «Recuerdos de Gloria. Piribebuy».

[853] O'Leary, «En el cincuentenario de Piribebuí», *La Patria*

(Asunción), 12 de agosto de 1919. Gaston d'Orleans a José Leite da Costa Sobrinho, Castillo de Eu, 12 de marzo de 1929, en «El vencedor de Piribebuí y el señor O'Leary», *Revista de la Escuela Militar* (Asunción), año 4, n. 36-37 (1920), sin página. José L. da Costa Sobrinho, «Guerra do Paraguay. Pela Verdade Histórica», *Revista Americana,* año 9 (octubre de 1919), pp. 60-1. Chiavenato, *Genocídio Americano,* pp. 159-61.

[854] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 320, y Emilio Mitre a Martín de Gainza, Altos, 13 de agosto de 1869, en MHNBA, doc. 6690.

[855] Centurión, *Memorias,* 4: 72-4, y «Nouvelles du Paraguay», *Le Courrier de la Plata* (Buenos Aires), 19-20 de agosto de 1869; en una comunicación personal, el 16 de julio de 2010 Adler Homero Fonseca de Castro puntualizó que este ratio de muertos frente a heridos (2:3) es diez veces mayor que el de Antietam, pero bastante menor que el de los enfrentamientos napoleónicos en Europa algunas décadas antes. La batalla fue una masacre, aunque probablemente no una carnicería irrestricta.

[856] Al reflexionar sobre estos tesoros, que parecían tan fuera de lugar en medio de semejante devastación, Taunay observó cuán «vasta y perniciosa [había sido la] influencia de esta imperiosa e inteligente mujer sobre el espíritu de Solano López» y cuán terribles habían sido las consecuencias para el «valiente y mal guiado pueblo paraguayo». Ver *Memórias,* pp. 349-50. La presencia de un volumen de *Don Quijote* entre las posesiones del mariscal era irónica, ya que, como más de un observador notó, los paraguayos habían estado atacando molinos de viento hacía bastante tiempo.

[857] Acevedo, *Análisis históricos del Uruguay,* 3: 371 (que menciona una carta de mediados de los 1870 en la que el diplomático

Jaime Sosa Escalada expresa su molestia al presidente Salvador Jovellanos y le dice que encuentra difícil aconsejarlo sobre política exterior sin los documentos a mano). Hipólito Sánchez Quell, *Los 50.000 documentos paraguayos llevados al Brasil* (Asunción, 1976).

[858] La Cámara de Diputados en Rio de Janeiro calificó posteriormente al conde como el «más distinguido e intrépido príncipe» por haber superado al enemigo en su propia casa. En 1935, Alberto Rangel escribió que obtener esta victoria no le aseguró a Gaston su adecuado lugar en Brasil, ya que ni «una calle, ni una vía» llevaba su nombre. Ver *Gastão de Orléans (o ultimo Conde d'Eu),* pp. 303-4.

[859] Carta de Julio Álvarez a O'Leary, Asunción, 3 de noviembre de 1922, en «Los crímenes del Conde d'Eu. Informe de una víctima sobreviviente», en BNA-CJO (esta carta afirma que registra la experiencia de una tía de Álvarez, Juana Mora de Román, quien había recibido un terrible corte en el rostro y había sido dada por muerta, pero que logró escuchar la conversación del conde con las dos mujeres).

[860] Aveiro, *Memorias militares,* p. 88; «Nouvelles du Paraguay», *Le Courrier de la Plata* (Buenos Aires), 22 de agosto de 1869.

[861] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 582-3.

[862] Testimonio de William King, Asunción, 18 de octubre de 1869, en Museo Andrés Barbero, colección Carlos Pusineri Scala.

[863] Mientras *Cabichuí* y *Cacique Lambaré* han recibido mucha atención de estudiosos, el periódico *Estrella,* la última manifestación de propaganda lopista, todavía debe encontrar historiadores que se ocupen de él.

[864] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 319; Corselli, *La Guerra*

Americana, pp. 521-2.
[865] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* p. 127; Centurión, *Memorias,* 4: 76.
[866] Parodi publicó varios estudios científicos de la flora y fauna de la región. También tomó la última fotografía conocida del mariscal, quien se ve bastante gordo en el retrato. Ver Fano, *Il Rombo del Cannone Liberale,* 2: 430-1.
[867] Ver Taunay, *Memórias,* p. 351. O'Leary afirma que los paraguayos enfermos y heridos fueron inmolados en ambos casos. Ver «Un documento sensacional. Hace cincuenta años el conde d'Eu, después de incendiar el hospital de Piribebuy, incendia el de Caacupé», *La Patria* (Asunción), 14 de agosto de 1919.
[868] «Testimony of William Eden» en Rebaudi, *Vencer o Morir,* pp. 91-5, y *The Standard* (Buenos Aires), 28 de agosto de 1869. Ver también Campanha do Paraguay. *Diário do Exército,* p. 177 (entrada del 15 de agosto de 1869), y Plá, *The British in Paraguay,* pp. 249-58. Cuando algunos europeos fueron evacuados poco tiempo después a Buenos Aires, su triste condición impresionó a los miembros de la comunidad extranjera. Ver «Arrival of the British Sufferers», *The Standard* (Buenos Aires), 26 de agosto de 1869.
[869] Ver A. Jourdier Communications en *L'Etendard* (París), 19 y 22 de marzo de 1868; carta de W. R. Richardson en el *Times* (Londres), 3 de abril de 1868; «The British in Paraguay», *Times* (Londres), 7 de agosto de 1868; «Review for Europe» y «Foreigners in Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 25 de septiembre de 1868; «Mr. Washburn; Foreigners in Paraguay», *Times* (Londres), 4 de noviembre de 1868; «The War in the North. English in Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 19 de noviembre de 1868; «Mr. Washburn and the British in Paraguay», *Times*

(Londres), 8 y 11 de diciembre de 1868; «List of British in Paraguay», *Times* (Londres), 2 de enero de 1869; Mr. Washburn. List of the British in Paraguay», *Times* (Londres), 4 de octubre de 1869; documentos sobre prisioneros británicos en ANA-CRB I-30, 28, 10, n. 1-7; y Cardozo, *Hace cien años,* 12: 18-9.

[870] El historiador paraguayo Benigno Riquelme García hizo una búsqueda bastante extensa en la documentación de archivo para clarificar los nombres, edades y orígenes de los soldados-niños paraguayos involucrados en el enfrentamiento. Encontró información clara solamente de 512 individuos, 176 de los cuales tenían 12 años de edad o menos. Ver «Los niños mártires de Acosta Ñú», *La Tribuna* (Asunción), 25 de mayo de 1969.

[871] Caballero pudo haber admitido la derrota en cualquier momento y salvado así las vidas de estos niños, pero su actuación, por errada que hubiera estado, no generó cuestionamientos después de la guerra. Ver «Un héroe de 13 años» y «La mujer de Rbio [*sic*] Ñú», en Justo A. Pane, *Episodios militares* (Asunción, 1908), pp. 12-22, y 41-9; Victor I. Franco, «Las heroínas mujeres de Acosta Ñú», *La Tribuna* (Asunción), 9 de marzo de 1969; y Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 409.

[872] Los paraguayos han elegido el 16 de agosto como Día del Niño, curioso día para esta festividad secular. En otros países se celebra la inocencia y exuberante dulzura que supuestamente conlleva la niñez. En Paraguay, el Día del Niño rinde tributo a los soldados preadolescentes de Ñu Guazú que tomaron resueltamente la responsabilidad más adulta imaginable y pelearon a muerte en un combate inútil.

[873] Manoel Luis da Rocha Osório a General Osório, Caraguatay, 20 de agosto de 1869, en *História do General Osório,* 2: 617-8;

Altair Franco Ferreira, «Batalha de Campo Grande, 16 de Agosto de 1869», *A Defesa Nacional,* 5: 626 (julio-agosto de 1969), pp. 65-121; y Corselli, *La Guerra Americana,* pp. 523-4.

[874] Taunay, *Recordações da Campanha e da Viagem,* pp. 57-8; J. Estanislao Leguizamón, *Apuntes biográficos históricos* (Asunción, 1898).

[875] El conde d'Eu rechazó repetidas solicitudes de Osório de tomarse una licencia en su casa. Al barón no se le permitió dejar Paraguay hasta diciembre. Llegó al puerto de Rio Grande el 15 de ese mes, todavía sufriendo considerablemente pena por su herida en la mandíbula. Apenas unas semanas antes se había enterado de la muerte de su mujer, víctima de una hemorragia cerebral. Ver Doratioto, *General Osório,* pp. 197-200.

[876] «The War», *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 7 de septiembre de 1869. Un relato novelado del enfrentamiento, repleto de sangre y pérdida de inocencia, puede ser hallado en dos cuentos de Adriano M. Aguiar, «Los dos clarines» y «Yaguar-í paso», en *Yatebó y otros relatos. Episodios de la guerra contra la Triple Alianza* (Asunción, 1893), pp. 145-58, 198-203.

[877] «Chronique», *Ba-Ta-Clan* (Rio de Janeiro), 4 de septiembre de 1869. Los paraguayos habían usado piedras y fragmentos de hierro como granadas desde el principio de la guerra (aunque ahora había más piedras que hierro). La granada o piña, que se encapsulaba en cajas de cuero, causaba muchas heridas pero también arruinaba el barril del cañón. Ver José Carlos Carvalho, *Noções de Artilharia para Instrução do Oficiais Inferiores da Arma no Exército em Operações fora do Imperio* (Montevideo, 1866), p. 60.

[878] Fue este acto aislado el que inspiró la evocativa (si bien algo

rimbombante) pintura de Pedro Américo, «A Batalha de Campo Grande», que por muchos años engalanó los vestíbulos de la Escuela Militar de Praia Vermelha, en Rio de Janeiro, y fue posteriormente llevada al Museo Imperial, en Petrópolis. La pintura no fue bien recibida cuando fue presentada por primera vez en Rio. Se dijo que el artista se había enfocado demasiado en Gaston y no lo suficiente en los otros hombres presentes en el enfrentamiento. Ver Taunay, *Memórias,* p. 359, y capitán Benedicto d'Almeida Torres a ayudante del conde d'Eu, Caraguatay (s/f), Arquivo do Museu Imperial de Petrópolis, MIP-RJ, doc. 7278, maço 156, y comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro (Rio de Janeiro, 17 de julio de 2011). El conde, al parecer, estuvo bajo fuego en muchas ocasiones durante la batalla, un hecho que merece un reconocimiento mayor.

[879] Pompeyo González [Juan E. O'Leary] «Recuerdos de Gloria. Rubio Ñu. 16 de agosto de 1869», *La Patria* (Asunción, 1979); Antonio Díaz Acuña, *Homenaje al centenario de Acosta Ñú* (Asunción, 1969).

[880] Tasso Fragoso, *História da Guerra da Tríplice Aliança e o Paraguai,* 4: 342. Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 417, registra una pérdida mucho más modesta para los aliados de 26 muertos y 259 heridos, pero esta cifra probablemente deriva de las bajas anotadas por el *Diário do Exército* (p. 184) solamente para el Primer Cuerpo. Como Doratioto, Altair Franco Ferreira también refiere bajas totales menores para los aliados y acentúa que el alto número de muertos y heridos entre los paraguayos solamente derivaba de su fanatismo, el atraso de sus armas y la torpeza y falta de entrenamiento de sus rangos menores. Ver Ferreira, «Batalha do Campo Grande», p. 105.

[881] Taunay, *Memórias,* p. 527.
[882] Los brasileños anotaron unos 400 carretas y carromatos en el campo de batalla de Ñu Guazú, la mayoría de ellos destrozados hasta quedar irreconocibles. El equipaje personal del vicepresidente Sánchez fue recuperado, junto con municiones, monedas de plata y muchas banderas de batalla. Ver Taunay, *Cartas de Campanha,* p. 86.
[883] Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 418. Si uno compara las cifras de hombres perdidos en Piribebuy y Ñu Guazú con las bajas sufridas en Tuyutí, es posible ver de inmediato cuán triviales fueron en términos militares; pero los paraguayos sufrieron enormemente y nunca lo olvidaron.
[884] Centurión, *Memorias,* 4: 90; Víctor I. Franco, *Coronel Florentín Oviedo* (Asunción, 1971). Los aliados tomaron entre 1.000 y 1.200 prisioneros en Ñu Guazú, la mayoría de los cuales se había dispersado entre los montes y entregado a los aliados durante los dos días siguientes. Uno de ellos era un joven sargento, Emilio Aceval, quien sirvió como presidente del Paraguay entre 1898 y 1902.
[885] Ver *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* pp. 390-1.
[886] O'Leary, «Recuerdos de Gloria. Rubio Ñu. 16 de agosto de 1869».
[887] Ver Taunay, *Recordações da Guerra e da Viagem,* pp. 68-9. «Death be not proud» (muerte, no seas orgullosa), reitera el poeta inglés John Donne en su *Holy Sonnet X.*
[888] Washburn, The History of Paraguay, 2: 583.

[889] Este cálculo es atribuido a uno de los ingleses liberados en Caacupé, quien claramente no estaba exagerando cuando señaló que esperaba que la cifra se elevara. Ver «Correspondencia», Asunción, 18 de agosto de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 1 de septiembre de 1869.
[890] *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 15 de septiembre de 1869.
[891] «Cuestiones del día», *La República* (Buenos Aires), 16 de marzo de 1869. En Buenos Aires muchos ciudadanos veían la guerra con Paraguay como un error. Ver *El Nacional* (Buenos Aires), 16 de marzo de 1869.
[892] Los exiliados paraguayos todavía tenían esperanzas de obtener amplias concesiones debido a que las potencias aliadas estaban más trenzadas en disputas que ellos mismos. Ver correspondencia miscelánea de exiliados paraguayos en UCR, Juansilvano Godoi Collection, box 14, n. 11-3, 15; declaración de ciudadanos paraguayos, Asunción, 31 de marzo de 1869, y José Díaz Bedoya, J. Egusquiza y Bernardo Valiente a Mariano Varela, Buenos Aires, 19 de abril de 1868 [*sic*], en Díaz, *Historia política y militar de las repúblicas del Plata,* 11: 199-203.
[893] El rumor de una posible intervención norteamericana fue probablemente iniciado por McMahon, quien deseaba ganar algún tiempo para López. Ver Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 578-80. Ver también Francisco Doratioto, «La política del Imperio del Brasil en relación al Paraguay, 1864-72», en Nicolas Richard, Luc Capdevila y Capucine Boidin eds., *Les Guerres du Paraguay aux XIXe et XXe Siècles* (París, 2007), p. 39.
[894] La idea de establecer un gobierno provisorio en Paraguay databa de 1867, cuando el Consejo Imperial de Estado se reunió en

Rio de Janeiro para discutir el carácter de un régimen de posguerra, y se había vuelto más representativa del pensamiento brasileño desde que los conservadores se impusieron en el parlamento en 1868. Ver Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 421.

[895] Una década más tarde, en una notoria carta a su hermano Adolfo, José Segundo Decoud pareció sugerir que la «condición miserable del Paraguay [hace] imposible mantener su existencia independiente». Ver Decoud a Decoud, Asunción, 21 de enero de 1878, en UCR-JSG. Quince años después, Decoud fue víctima de un ataque difamatorio basado en una versión falsa de esa carta, con el año alterado a 1891, para embarrar a Decoud como un vendido a los argentinos en un período en el cual el país se estaba recuperando. Ver Warren, *Rebirth of the Paraguayan Republic. The First Colorado Era, 1878-1904* (Pittsburgh, 1985), pp. 100-1.

[896] El expresidente Mitre se oponía fuertemente al giro sugerido por Varela, que él consideraba equivalente a echar por tierra los reclamos de su país en Misiones y en el Chaco en favor de nebulosas consideraciones políticas. Ver Francisco Doratioto, «La ocupación política y militar brasileña del Paraguay (1869-1876)», *Historia Paraguaya* 45 (2005), p. 256.

[897] El Congreso argentino se resistió a la idea de enviar una misión diplomática a Asunción argumentando que primero debía firmarse un tratado integral de paz. Ver República Argentina, *Congreso Nacional, Cámara de Senadores, Diario de sesiones* (Buenos Aires, 1869), pp. 238-9 (sesión del 26 de junio de 1869).

[898] Brezzo, «La Argentina y la organización del Gobierno Provisorio», pp. 289-90.

[899] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 49-51, 96-8.

[900] Varela se convirtió en uno de los grandes exponentes del

arbitraje internacional, un digno predecesor de Carlos Calvo y Luis Drago. Ver Gobineau a ministro francés de Relaciones Exteriores, Rio de Janeiro, 8 de julio de 1869, en Raymond, *Arthur de Gobineau et le Brésil,* pp. 122-4.

[901] «The War in the North», *The Standard* (Buenos Aires), 17 de marzo de 1869.

[902] Una vez que las potencias extranjeras aceptaron que Brasil tenía un derecho de señoría sobre el postrado Paraguay, la configuración geopolítica exacta de las fronteras era poco más que insignificante. Pero en esta etapa Paranhos tenía que ser cuidadoso aun con las insignificancias. Ver Memorándum de ¿Paranhos?, 30 de abril de 1869, en MHM-Colección Gill Aguinaga, carpeta 142, n. 14.

[903] Los brasileños querían resucitar al Paraguay como una entidad viable para que sirviera de Estado colchón frente a cualquier pretensión sobre los territorios del norte colindantes con Mato Grosso. La construcción de una base naval fortificada en Ladário, en Mato Grosso, parece haber sido una jugada para disuadir ambiciones argentinas en este sentido. [Comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 18 de enero de 2012]. Ver también Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 463-70.

[904] José S. Campobassi, *Mitre y su época* (Buenos Aires, 1980), 2: 213. El disgusto mitrista hacia Varela finalmente hizo que Sarmiento lo reemplazara por una figura menos controvertida, Carlos Tejedor.

[905] Por muchos meses, los miembros de la alianza se parecieron a las Grayas, las tres brujas primordiales que compartían un mismo ojo entre ellas y no podían ver más de lo que ese único ojo les permitía. Ahora, sin embargo, los aliados habían redescubierto parte de su

mutua animosidad. Ver Efraín Cardozo, *Paraguay independiente* (Asunción, 1987), p. 248.

[906] «Gobierno Provisional del Paraguay. Acuerdo de los Aliados», 2 de junio de 1869, en Díaz, *Historia política y militar de las repúblicas del Plata,* 11. 206-10, y documento no identificado en Asboth a Hamilton Fish, Buenos Aires, 21 de julio de 1869, en NARA, FM-69, n. 18.

[907] Parte de los ataques fueron dirigidos a los delegados paraguayos que se habían reunido con Varela y Paranhos, otros a hombres que habían estado en Asunción por algún tiempo y ahora deseaban asumir el estatus de cortesanos. Ver «De lo que han sido capaces», *La Verdad* (Buenos Aires), 19 de junio de 1869, y Juansilvano Godoi, *El Baron de Rio Branco. La muerte del mariscal López. El concepto de la patria* (Asunción, 1912), pp. 232-3.

[908] Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* pp. 434-5 (entrada del 15 de julio de 1869).

[909] «Importantes noticias del Paraguay», *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 8 de abril de 1869.

[910] Héctor Francisco Decoud, *Sobre los escombros de la guerra: una década de vida nacional, 1869-1880* (Asunción, 1925), pp. 87-90. Ver también Juan Bautista Gill Aguinaga, *La Asociación Paraguaya en la guerra de la Triple Alianza* (Buenos Aires, 1959), p. 24.

[911] Decoud, *Sobre los escombros de la guerra,* pp. 122-4; Carlos R. Centurión, *Los hombres de la convención del 70* (Asunción, 1938), pp. 7-9.

[912] El Club del Pueblo se rebautizó formalmente como Gran Club del Pueblo en marzo de 1870. Más tarde, los rivales ideológicos en la

facción decoudista adoptaron para ellos el primero de los nombres antes de renombrar a su facción una vez más en 1878, esta vez llamándola Club Libertad. Estos cambios de nombres han ocasionado considerable confusión en la literatura académica. Ver Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* p. 54, y *El Nacional* (Buenos Aires), 7 de noviembre y 12 de diciembre de 1869.

[913] Los oponentes liberales del régimen de López a menudo hablaban entre ellos en francés y usaban el guaraní cuando querían expresar desprecio. Irónicamente, no estaban lejos del mariscal en este hábito, aunque para López el francés era el lenguaje de la intimidad, no del discurso intelectual. Ver Tulio Halperín Donghi, *Contemporary History of Latin America* (Durham y Londres, 1993), pp. 105-21, 135-9.

[914] Diego Abente, «Foreign Capital, Economic Elites, and the State in Paraguay during the Liberal Republic (1870-1936)», *Journal of Latin American Studies* 21: 1 (1989), p. 61.

[915] Cardozo, *Hace cien años,* 11: 269-71.

[916] Acta de fundación del Club Unión, Asunción, 31 de marzo de 1869, en MHM, Colección Gill Aguinaga (sección no catalogada).

[917] Los bareiristas exageraron la membresía de su organización al incluir muchas firmas ficticias o falsificadas, con nombres de individuos muertos. Ver *Sobre los escombros de la guerra,* p. 105; Hilda Sábato, *The Many and the Few: Political Participation in Republican Buenos Aires* (Palo Alto, 2002); y Sábato y Alberto Lettieri, eds., *La vida política en la Argentina del siglo XIX: Armas, votos, y voces* (Buenos Aires, 2003).

[918] F. Arturo Bordón, *Historia política del Paraguay* (Asunción, 1976), p. 43.

[919] Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 428-30.

[920] Ver Raúl Amaral, *Los presidentes del Paraguay. Crónica política (1844-1954)* (Asunción, 1994), p. 51.
[921] Ver Tasso Fragoso, *A Paz com o Paraguai depois da guerra de Tríplice Aliança* (Rio de Janeiro, 1941), pp. 47-8.
[922] Decoud, *Sobre los escombros de la guerra,* pp. 145-6.
[923] Rivarola tenía un curioso parecido físico con el doctor Francia, cuyo estilo político trataba de emular. Ver José Sienra Carranza, «Respecto del Paraguay. Notas sobre el decenio 1870-1880», *Cuadernos Republicanos* 10 (1975), pp. 130-3 (originalmente publicado en 1880).
[924] Ver Decoud, *Sobre los escombros de la guerra,* pp. 145-7.
[925] Paranhos había buscado la inclusión de Egusquiza en el gobierno provisorio como prueba de la disposición del imperio de enlistar a antiguos lopistas. Ver Doratioto, «La rivalidad argentino-brasileña y la reorganización institucional del Paraguay», *Historia Paraguaya* 37 (1997), p. 231.
[926] Ernesto Quesada, *Historia diplomática nacional: la política argentina-paraguaya* (Buenos Aires, 1902), p. 33.
[927] Paul Lewis dice que el número de delegados fue de 130. Ver *Political Parties & Generations in Paraguay's Liberal Era, 1869-1940* (Chapel Hill, 1993), p. 25.
[928] Taunay, *Cartas da Campanha,* p. 81 (entrada del 26 de julio de 1869).
[929] «Es bastante malvado este Decoud», dijo, perturbado, Paranhos en cierto momento. Ver *Sobre los escombros de la guerra,* pp. 134-6. Los brasileños nunca se llevaron bien con la familia Decoud y todavía en 1894 arreglaron un golpe de estado en Asunción para evitar la elección de José Segundo como presidente. Ver Harris G. Warren, «Brazil and the Cavalcanti Coup of 1894 in

Paraguay», *Luso-Brazilian Review* 19: 2 (1982), pp. 221-36.

[930] Egusquiza habrá tomado esta amenaza seriamente, ya que dejó rápidamente el Paraguay y nunca retornó. En cuanto a Ferreira, permaneció políticamente activo por décadas, siempre controvertido. Aunque fue presidente por dos años (1906-1908), nunca pudo despojarse de la afiliación legionaria de su juventud. Murió en el exilio. Ver Carlos Gómez Florentín, *El Paraguay de la post-guerra, 1870-1900* (Asunción, 2010), p. 23; Arturo Bray, *Hombres y épocas del Paraguay* (Buenos Aires, 1957), 2: 127-52; y Manuel Pesoa, *General doctor Benigno Ferreira. Su biografía, insertada en la historia del Paraguay* (Asunción, 1995).

[931] Aunque los decoudistas fueron mantenidos al margen de las posiciones más importantes en el nuevo gobierno, su presencia en el segundo escalón era prominente, todo como resultado del pago de deudas políticas de Paranhos y Rivarola antes que de compromisos serios. Ver Bordón, *Historia política,* p. 49-52; Godoi, *El barón de Rio Branco,* pp. 250-1; Carlos Centurión, *Los hombres de la convención,* pp. 10-11, 19-20.

[932] Acta de Instalación del Gobierno Provisional (Asunción, 15 de agosto de 1869), en *Registro Oficial de la República del Paraguay correspondiente a los años 1869 a 1875* (Asunción, 1887), pp. 3-4.

[933] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 267; Cardozo, *Hace cien años,* 12: 316-7; de acuerdo con la descripción de *The Standard,* este teatro callejero «compartió algunos rasgos grotescos». Ver «Instalation of the Paraguayan Triunvirate» en la edición del 25 de agosto de 1869.

[934] Wilfredo Valdez [Jaime Sosa Escalada], «La guerra futura. La guerra de Chile y Brasil con la República. La Alianza —la causa

común. Estudio de los hombres del Paraguay— el Triunvirato», *Revista del Paraguay,* 2: 3-9 (1892), pp. 257-60.

[935] Valdez, «La guerra futura», p. 196; «Correspondencia» (Asunción, 7 de agosto de 1869), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 21 de agosto de 1869.

[936] Aunque Juansilvano Godoi casi con seguridad exagera la plata hurtada por Díaz de Bedoya como «300 o más arrobas [7.500 libras]», la cantidad tomada fue grande. Ver *El barón de Rio Branco,* pp. 242-3, 278-9. Los estudiosos buscarán en vano algo positivo dicho del triunviro. Héctor Francisco Decoud sentía un vivo desprecio por este hombre, cuyo desfalco golpeó a su país cuando más lo necesitaba y cuya educación no pasaba del cuarto grado. Ver *Sobre los escombros de la guerra,* pp. 148-9.

[937] Amaral, *Los presidentes del Paraguay,* pp. 49-52.

[938] McMahon a Hamilton Fish, Buenos Aires, 19 de julio de 1869, citado en Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* p. 54. Al parecer hubo considerable reproche público de ambos lados sobre este tema. Ver Manuel R. García a Mary Mann, Washington, 30 de octubre de 1869, en documentos de Mary Mann, Library of Congress, mss. 2882.

[939] Citado en Warren, *Paraguay and the Triple Alliance,* p. 54.

[940] Decreto del gobierno provisorio, Asunción, 17 de agosto de 1869, en Lidgerwood a Seward, Petrópolis, 11 de septiembre de 1869, en NARA, M-121, n. 37; Decoud, *Sobre los escombros,* pp. 168-9.

[941] *La república del Paraguay. Manifiesto del Gobierno provisorio* (Asunción, 1869).

[942] Ver «Important from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 21 de septiembre de 1869. Ver también *El Nacional*

(Buenos Aires), 17 de septiembre de 1869, que especula con que el cólera estaba otra vez a punto de brotar entre esta pobre gente; y Brezzo, «Civiles y militares», pp. 45-51.

[943] Ver decretos del 1 al 10, 11, 13, 15, 17, 18, 21, 23, 24, 25, 27, 28 y 29 de septiembre de 1869 en *Registro Oficial de la República del Paraguay,* pp. 11-27. *El Nacional* (Buenos Aires), 15 de octubre de 1869, reportó que los macateros se estaban organizando para oponerse a que el gobierno diera licencias de sus actividades.

[944] Ver decreto del 2 de octubre de 1869, en *Registro Oficial de la República del Paraguay,* pp. 29-30; Cardozo, *Hace cien años,* 12: 400-1, 13: 12-3; «O Conde d'Eu a Escravidão no Paraguay», en Nabuco, *Um Estadista do Imperio,* pp. 162-5; y Ana María Argüello, *El rol de los esclavos negros en el Paraguay* (Asunción, 1999), p. 92.

[945] Ver *El Nacional* (Buenos Aires), 29 de agosto de 1869, y también Emilio Mitre a Martín de Gainza, Caraguatay, 25 de agosto de 1869, en MHNBA, doc. 6692.

[946] Wiilliams, *Rise and Fall of the Paraguayan Republic,* p. 225.

[947] Ver Harris Gaylord Warren, «Journalism in Asunción under the Allies and the Colorados, 1869-1904», *The Americas* 39: 4 (1983), pp. 483-98; y Fois Maresma, «El periodismo paraguayo y su actitud frente a la guerra de la Triple Alianza y Francisco Solano López», tesis de maestría, University of New Mexico, Latin American Studies Program, pp. 36-44.

[948] Incongruentemente, *La Voz del Pueblo,* que no lanzó su primer número hasta el 24 de marzo de 1870, fue fundado por Miguel Gallegos, el cirujano que había servido como jefe del cuerpo médico argentino durante la campaña de Humaitá. Ver Carlos

Centurión, *Historia de la cultura paraguaya* (Asunción, 1961), 1: 317. Tanto *La Voz del Pueblo* como *La Regeneración* dejaron de publicarse en septiembre de 1870 cuando sus respectivas oficinas fueron destrozadas por desconocidos. Ver Warren, «Journalism in Asunción», p. 485.

[949] El término «virrey» fue maliciosamente aplicado al consejero no solamente por los paraguayos, sino, a lo largo de los años, por argentinos, uruguayos y también brasileños. Ver Júlio de Barros, «Congresso de Assumpção», *A Reforma* (Rio de Janeiro), 6 de abril de 1870: *La República* (Buenos Aires), 9 de enero de 1870, y Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 436.

[950] «A March in Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 25 de noviembre de 1869.

[951] Taunay, *Diário do Exército,* p. 163 (entrada del 21 de agosto de 1869).

[952] El filósofo norteamericano George Santayana definió el fanatismo como la acción de «redoblar el esfuerzo habiendo olvidado el objetivo». Ver *Reason in Common Sense* (Nueva York, 1905), p. 285.

[953] El consejero Paranhos inicialmente informó que Hermosa había muerto durante el ataque, pero evidentemente sobrevivió escondiéndose en un matorral y posteriormente se entregó como prisionero de guerra. El coronel Julián Escobar, que también fue dado por muerto, cayó en manos aliadas pero luego se escapó para volver a reunirse con López. Ver Paranhos a Sr. Carvalho Borges, Rosario, 25 de agosto de 1869, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 26 de agosto de 1869; y Centurión, *Memorias,* 4: 91.

[954] Taunay, *Diário do Exército,* p. 160-1 (entrada del 19 de agosto de 1869); Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a*

Tríplice Aliança e o Paraguai, 4: 355-7; *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 7 de septiembre de 1869; Alexandre Barros de Albuquerque a Francisco Vieira de Faria, Caraguatay, 21 de agosto de 1869, en IHGB, lata 449, doc. 54.

[955] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 326-8.

[956] La versión paraguaya de este incidente es presentada por Víctor Franco, «Crueldades imperiales en el combate de Caaguy-yurú», *La Tribuna* (Asunción), 9 de abril de 1972, mientras que la brasileña es presentada en el *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 15 de septiembre de 1869, y, más evocativamente, en Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 392 (este no afirma haber visto los cuerpos de los muertos él mismo, pero no deja dudas de que las unidades de Victorino se cobraron venganza).

[957] Podría parecer extraño que muchachas desnutridas rogaran por música antes que por comida, pero tales excentricidades distaban de ser inusuales en el Paraguay de 1869. Ver Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* p. 466 (entrada del 18 de agosto de 1869).

[958] General Victorino a Osório, Caraguatay, 21 de agosto de 1869, en Osório y Osório, *História do General Osório,* pp. 619-20.

[959] Cardozo, Hace cien años, 11: 323; J. B. Otaño, *Origen, desarrollo y fin de la marina desaparecida en la guerra de 1864-70* (Asunción, 1942), pp. 16-7.

[960] Carlos Balthazar Silveira, *Camanha do Paraguay. A Marinha Brazileira* (Rio de Janeiro, 1900), pp. 69-70.

[961] Taunay señala que la fuerza de la explosión del polvorín de un barco lanzó trozos de metal al aire matando a un sargento brasileño e hiriendo a otro hombre. Ver *Diário do Exército,* p. 162 (entrada del

19 de agosto de 1869); Levy Scarvada, «A Marinha no Final de Uma Campanha Gloriosa», *Navigator* 2 (1970), p. 36; y Olmedo, *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña,* p. 473 (entrada del 24 de agosto de 1869).

[962] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 336-7.

[963] Centurión, *Memorias,* 4: 95-6.

[964] Los brasileños informaron que Caballero había sido herido en acción el 18. Ver «Correspondencia», Asunción, 20 de agosto de 1869, *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 2 de septiembre de 1869.

[965] Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,* p. 147; Rocha Osório a general Osório, Caraguatay, 27 de agosto de 1869, en Osório y Osório, *História do General Osório,* pp. 622-3; «Don Lopez et la Guerre du Paraguay», *Revue des Deux Mondes,* 85 (1870), pp. 1024-5; *La América* (Buenos Aires), 26 de agosto de 1869, hace una descripción particularmente evocativa de los prisioneros paraguayos que llegaron a Asunción en esta época, «en su mayor parte, muchachos de 12 a 15 años, cuya situación despierta solamente compasión».

[966] La pérdida del equipaje de Falcón fue particularmente lamentable, porque contenía un largo manuscrito de la historia del Paraguay que hacía uso de documentos que no se conservaron en el Archivo Nacional de Asunción. Como director del ANA en los 1870, Falcón hizo muchos esfuerzos para recuperar el manuscrito, pero desapareció estando en posesión brasileña. Ver Centurión, *Memorias,* 4: 95. Falcón escribió un conjunto de reminiscencias personales que también estuvieron perdidas por más de un siglo hasta que fueron descubiertas en los 1990 en una sección mal catalogada de la Manuel Gondra Collection en la Nettie Lee Benson

Library de la University of Texas, Austin. Algunas piezas del equipaje de Madame Lynch, incluyendo, por ejemplo, su cajita de música, terminaron en el Museo del Ministerio de Defensa, Asunción.

[967] Taunay, *Diário do Exército,* pp. 165-6 (entrada del 22 de agosto de 1869), «The Seat of War», *The Standard* (Buenos Aires), 1 de septiembre de 1869.

[968] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 129-30; Centurión, *Memorias,* 4: 102-3.

[969] Maíz, *Etapas de mi vida,* p. 71.

[970] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 224; Cardozo, *Hace cien años,* 12: 347.

[971] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 331-2.

[972] Unos meses más tarde amenazó con renunciar a su comando y dejar el Paraguay si no se hacía algo para ayudar a su ejército. Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 446-8.

[973] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 338.

[974] La carencia de caballos continuó entorpeciendo las operaciones aliadas hasta octubre. Ver Polidoro a Victorino, Asunción, 27 de septiembre de 1869; Victorino a Polidoro, ¿Caraguatay?, 28 de septiembre de 1869; Polidoro a Victorino, Asunción, 29 de septiembre de 1869; Victorino a Polidoro, ¿Caraguatay?, 30 de septiembre de 1869, y Carlos Resin a Victorino, San Joaquín, 8 de octubre de 1869, en IHGB, lata 447, n. 107-8, 116-7, y 120 respectivamente.

[975] Taunay, *Diário do Exército,* p. 185 (entrada del 16 de agosto de 1869); Tasso Fragoso , *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 21-2, 42-3.

[976] Los problemas de aprovisionamiento continuaron por muchos

meses. Aunque las tropas aliadas no podían ser caracterizadas como hambrientas, ciertamente tenían hambre. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 13: 57-8, 70, 72 y 121.

[977] Taunay, *Memorias,* pp. 367-9.

[978] «López's Last Stand», *The Standard* (Buenos Aires), 4 de septiembre de 1869.

[979] «Correspondencia», Asunción, 31 de agosto de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 15 de septiembre de 1869; Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 398; el *New York Tribune* informó en su edición del 9 de octubre de 1869 que López había llegado a salvo a Bolivia «país al que se ha retirado desde las montañas con unos pocos de sus adherentes personales». Esto no ocurrió.

[980] López hizo ejecutar al sargento que supuestamente dejó ir al espía. Ver Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 583.

[981] «Declaración del general Resquín (Humaitá, 20 de mayo de 1870)», en *Papeles de López. El tirano pintado por sí mismo,* pp. 158-9. Centurión confirma la historia, añadiendo detalles de la conversación entre López y Aquino. Su «confesión» le dio a este último algunos días más, pero condenó a muchos otros miembros del Acá Verá. Ver *Memorias,* 4: 103-7; «Declaración del Coronel Manuel Palacios», en Rebaudi, *Guerra del Paraguay. Un episodio,* pp. 72-3; Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 26-7; «Importante declaración de don Manuel Palacios (a bordo del buque de guerra brasileño *Iguatemy,* Asunción, 20 de mayo de 1870)», en Masterman, *Siete años de aventuras en el Paraguay* (Buenos Aires, 1911), 2: 370-1. Ver también «Declaration of 2 Paraguayan Women», *The Times* (Londres), 19 de noviembre de 1869.

[982] Centurión, *Memorias,* 4: 106.

[983] Luis María Campos a Martín Gainza, Caraguatay, 4 de septiembre de 1869, en MHNBA, doc. 6602. Varios paraguayos, a quienes Resquín denunció como renegados, ofrecieron sus servicios como guías a los brasileños. Ver *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 131-2; *New York Times,* 1 de diciembre de 1869.

[984] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 339, registra que el ejército aliado en esta época tenía 30.000 hombres, con 10.042 en Villa del Rosario y Concepción; 8.160 en los distritos «centrales»; 2.140 en Villarrica; 1.000 en Asunción; 500 en Pirayú; 3.000 con el conde d'Eu en Caraguatay y San José; y 2.229 en varias columnas.

[985] La caballería brasileña había sido recientemente reorganizada por el conde d'Eu, ahora con cada jinete portando una Spencer a repetición. Esto dio a los brasileños aún mayor ventaja, ya que las armas de siete tiros no tenían que ser recargadas y cubrían fácilmente las necesidades de fuego de los montados [comunicación personal con Adler Homero Fonseca de Castro, Rio de Janeiro, 27 de enero de 2012].

[986] Ulrich Lopacher estuvo presente con tropas argentinas que llegaron a Caraguatay y notó que en el nordeste abundaba el llamado «pasto Santa Fe, cuyas hojas, filosas como cuchillos, clavaban y ensangrentaban pies y pantorrillas». Era igual más al este. Ver *Un suizo en la guerra del Paraguay,* p. 38.

[987] Resquín, «Declaración», en *Papeles de López,* p. 159; los aliados desestimaron cualquier colusión en estas conspiraciones, aunque, al parecer, secretamente, no habrían tenido escrúpulos para favorecer algún truco sucio que pudiera poner un rápido fin al combate.

[988] Centurión, *Memorias,* 4: 109-10.
[989] Varios cientos de soldados paraguayos fueron muertos o desertaron hacia el bando aliado el día anterior. Ver Leuchars, *To the Bitter End,* p. 225; Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 135-9. Probablemente la recapitulación más completa de este enfrentamiento se hace en los *Episodios* de Adriano M Aguiar, que, dado que constituyen relatos novelados, nos dicen poco, y a la vez mucho, de la «batalla» de Tacuatí. Ver *Yatebó y otros relatos,* pp. 61-92.
[990] Dorothée Duprat de Lasserre, *The Paraguayan War. Sufferings of a French Lady in Paraguay* (Buenos Aires, 1870), pp. 14-7. Otras «destinadas» fueron, por ejemplo, Elizabeth Cutler, Casiana Irigoyen de Miltos, Concepción Domecq de Decoud, María Ana Dolores Pereyra, Susana Céspedes de Céspedes, Encarnación Mónica Bedoya y Silvia Cordal de Gill.
[991] Duprat de Laserre, *The Paraguayan War,* p. 17; Potthast-Jutkeit, *«Paraíso de Mahoma» o «País de las mujeres?»,* pp. 279-88, *passim.*
[992] Héctor Francisco Decoud registró 2.021 individuos desplazados en Yhú, ma-yormente mujeres y niños, pero también unos cuantos hombres heridos, ciegos y mutilados. Ver *Sobre los escombros de la guerra,* pp. 209-15.
[993] El trato a las destinadas era tan humillante y corrupto que los soldados comenzaron a pensar que sus inclinaciones asesinas se fundaban en un buen espíritu público. Era apenas un poco mejor para las residentas. Ver Duprat de Lasserre, *The Paraguayan War,* pp. 23-5.
[994] Testimonio de Auguste Carmin, Asunción, 24 de septiembre de 1869, en Museo Andrés Barbero, Colección Carlos Pusineri Scala.

[995] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 433-4; Centurión, *Memorias,* 4: 111-3. El doctor Skinner atribuyó este maltrato prodigado a Marcó a la influencia de Madame Lynch, quien supuestamente estaba celosa por las atenciones personales del mariscal a la esposa del coronel. Ver «Skinner Testimony», en Scottish Record Office, CS 244/543/19, p. 1018.

[996] Centurión, *Memorias,* 4: 114-5.

[997] En realidad, comieron bastante mal y no se les proveyeron implementos agrícolas. Para cultivar tenían que «plantar maíz y mandioca haciendo agujeros en el suelo con sus manos o con el hueso de la mandíbula de alguna vaca». Ver «Declaration of the Bishop's Mother», *The Standard* (Buenos Aires), 2 de febrero de 1870.

[998] Cardozo, *Hace cien años,* 12: 365, menciona una carta al respecto escrita por el consejero Paranhos al barón de Cotegipe a fines de agosto; dos semanas más tarde, el general Castro anunció su intención de retornar a Montevideo debido a que la lucha había terminado. Ver Castro a José Luis Benalasreto, Cerro León, 9 de septiembre de 1869, en AGNM, Archivos Particulares, caja 69, carpeta 21; en cuanto a Emilio Mitre, él ya había reconocido que la pelea había concluido y que «ahora no queda más que perseguir a ese maniático para finalizar la última sombra de la guerra». Ver Emilio Mitre a ¿Bartolomé Mitre?, Caraguatay, 2 de septiembre de 1869, en *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 10 de septiembre de 1869.

[999] Sobre la accidentada historia de Curuguaty, Ygatymí y la zona fronteriza, y la tendencia de sus habitantes a tomar una pose independiente incluso en tiempos coloniales, ver Jerry W. Cooney, «Lealtad dudosa: la lucha paraguaya por la frontera del Paraná,

1767-1777», en Thomas Whigham y Jerry Cooney, *Campo y frontera. El Paraguay al fin de la era colonial* (Asunción, 2006), pp. 12-34.

[1000] Frederick Skinner vio a un «infante en el camino tratando de alimentarse con sangre humana», solo uno de los muchos cientos destinados a morir en similar miseria. Ver «Skinner Testimony» en Scottish Record Office, CS 244/543/14, p. 104; ver también comentarios del general brasileño Carlos de Oliveira Nery en Acevedo, *Anales históricos del Uruguay,* 3: 549-50; y testimonio de Hipólito Pérez, Asunción, 6 de septiembre de 1869, en Museo Andrés Barbero, Colección Carlos Pusineri Scala.

[1001] Cardozo, *Hace cien años,* 8: 36; Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 34-7; *Anglo-Brazilian Times* (Rio de Janeiro), 4 de noviembre de 1869; Victorino a Polidoro, 10 de octubre de 1869, en IHGB, lata 447, doc. 112.

[1002] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 575.

[1003] Cerqueira hace una narración bastante truculenta de vampiros que hirieron a su caballo favorito. Ver *Reminiscencias da Campanha do Paraguai,* p. 397. La situación era peor entre los refugiados paraguayos, quienes a menudo carecían de fuerzas para defenderse.

[1004] Duprat de Lasserre, *The Paraguayan War,* p. 27.

[1005] Estos panqueques tenían un gusto tan desagradable que las mujeres «casi preferían comer pura mugre». Ver Decoud, *Sobre los escombros,* p. 230. La palma de pindó produce frutas excelentes que saben a damascos, pero evidentemente no en esta época del año.

[1006] Ver testimonio de Francisco Benítez, 19 de noviembre de 1869, en IHGB, lata 449, doc. 74; Cardozo, *Hace cien años,* 13:

273-4; y «Treaty of López with the Caiguay Indians», *The Standard* (Buenos Aires), 11 de diciembre de 1869.

[1007] Bormann, *História da Guerra do Paraguay*, 1: 407-9.

[1008] Duprat de Lasserre, *The Paraguayan War,* p. 28; la madre del obispo contó que el hambre en Espadín se hizo tan acuciante con el tiempo que, habiendo subsistido con naranjas agrias y algún ocasional «caballo o burro callejero que se cruzaba en nuestro camino», los refugiados se vieron reducidos a comer «ranas y serpientes». Ver «Declaration of the Bishop's Mother». Un rumor sostenía que los cainguá les vendieron a las mujeres en Espadín un trozo de carne que resultó ser humana, presumiblemente cortada de los cadáveres. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 13: 100, 154, y Decoud, *Sobre los escombros,* pp. 234-5.

[1009] Según Héctor F. Decoud, la dueña de uno de los últimos burros vendió la carne a sus compañeras destinadas a cambio de una promesa de pago en oro, a razón de una onza por corte. Varias de las mujeres pagaron en 1870 o 1871, pero luego la dueña se arrepintió de su cruel mercantilismo y devolvió el oro. Ver *Sobre los escombros,* p. 230.

[1010] Duprat de Lasserre, *The Paraguayan War,* pp. 29-30; *La Regeneración* (Asunción), 5 de enero de 1870.

[1011] Duprat de Lasserre, *The Paraguayan War,* p. 31.

[1012] Esta caravana de refugiados incluía a la madre del obispo, la esposa de Decoud, la hermana del general Barrios, varios representantes de las familias Gil, Aramburu, Aquino, Dávalos y Haedo, y Madame Lasserre. Ver Taunay, *Cartas da Campanha,* pp. 114-5 (entrada del 28 de enero de 1870); Taunay, *Campanha das Cordilleiras,* pp. 323-6; *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 28 de enero de 1870.

[1013] *Diário do Exército*, p. 316 (entrada del 28 de diciembre 1869); Cardozo, *Hace cien años*, 13: 254; Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai*, 5: 104-9.
[1014] «Startling from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 7 de noviembre de 1869. El general Joaquim S. de Azevedo Pimentel cuenta acerca de una patrulla que salió de Rosario, cuyos integrantes casi mueren de calor y de sed; fueron salvados por sus caballos, que olían el agua a distancia. Ver *Episódios Militares,* pp. 28-30.
[1015] En varias ocasiones durante los meses siguientes, el general Emilio Mitre encontró conveniente reiterar la reivindicación de su gobierno sobre el Chaco. Ni los brasileños ni los triunviros se dejaban impresionar por estas afirmaciones, ni siquiera después de que tropas argentinas establecieran guarniciones allí. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 13: 139, 150, 156-61; *La Regeneración* (Asunción), 1, 3, 7 y 10 de octubre de 1869, y 21 de enero de 1870; *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 7 de diciembre de 1869; y Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 434-6. La disputa territorial entre Argentina y Paraguay no fue resuelta hasta 1876, cuando un arbitraje del presidente de Estados Unidos Rutherford B. Hayes asignó definitivamente el área a Paraguay. Ver Warren, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Years,* pp. 279-81.
[1016] El 10 de octubre de 1869, el gobierno provisorio en Asunción distribuyó un folleto de diez páginas salido de la imprenta del ejército brasileño que manifestaba total concordancia con Paranhos y los ejércitos aliados y aquellos que buscaban «transformar al Paraguay en una nación moderna». Ver Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 434.
[1017] Warren subrayó que los triunviros buscaban organizar un gobierno, poblar tierras desiertas, introducir ganado, promover la explotación de los yerbales abandonados, proporcionar amparo, crear

escuelas, mantener el orden, atraer el comercio y recaudar a través de la venta de papel sellado. Ver *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Decade,* p. 66; *Registro oficial, 1869-1875,* pp. 28, 38-9, 41-5, 56, 58.

[1018] El ambiente anárquico del comercio en Asunción finalmente había comenzado a estabilizarse, con abogados, fotógrafos, médicos y mercaderes al por menor estableciendo negocios locales. Incluso el ingeniero polaco Robert Chodasiewicz, quien se había separado recientemente del ejército brasileño, ofrecía sus servicios al público de Asunción como arquitecto e ingeniero. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 13: 68-9. En noviembre, los triunviros trataron de gravar las actividades de salones de billar, hoteles, almacenes. Ver *Registro oficial, 1869-1875,* p. 33.

[1019] La situación no había mejorado para el segundo mes del nuevo año, cuando *The Standard* informó que tales comerciantes «están liquidando y empacando sus cajas para emigrar a otras partes». Ver ediciones del 10-12 de febrero de 1870.

[1020] El gobierno provisorio creó un Comisariato de Policía de tres hombres en noviembre, pero los caballeros que lo componían tenían poca legitimidad para regular las actividades de soldados aliados y sus amigos en la capital. Ver «El gobierno provisorio de la república del Paraguay», *La Prensa* (Buenos Aires), 12 de noviembre de 1869, y *The Times* de Londres, 6 de diciembre de 1869.

[1021] Ver Pedro Víctor Miranda a «Delegado de Policía de Asunción», Asunción, 28 de octubre de 1869, en Arquivo Nacional [colectado por Adler Homero Fonseca de Castro]. Los brasileños, debe notarse, estuvieron profundamente tentados a usar su propia policía militar en confrontaciones con abogados o funcionarios del gobierno provisorio, pero se contuvieron, presumiblemente por

instrucciones de Paranhos y su propio comandante de guarnición.
[1022] *The Standard* (Buenos Aires), 11 de febrero de 1870.
[1023] Warren, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Decade,* pp. 68-70; *La República* (Buenos Aires), 15 y 18 de enero y 9 de febrero de 1870; *The Standard* (Buenos Aires), 19 de enero de 1870. Los paraguayos pudieron obtener préstamos solo después de seis meses.
[1024] Cardozo, *Hace cien años,* 13: 73-4.
[1025] Cardozo, *Hace cien años,* 13: 99-100, y 149.
[1026] Cardozo, *Hace cien años,* 13: 112-3, 174 y 192; *La Regeneración* (Asunción), 10 de noviembre de 1869.
[1027] Warren, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Decade*, p. 69; *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 29 de enero de 1870.
[1028] Relatos verosímiles de los movimientos del mariscal afloraban en los lugares más extraños. En la edición del 17 de enero de 1870 del *Hartford [Massachusetts] Daily Courant,* un exiliado boliviano señaló que «la última vez que escuché [del mariscal, estaba] deambulando con unos pocos seguidores por los desiertos de las provincias brasileñas».
[1029] Centurión, *Memorias,* 4: 117-8.
[1030] Aveiro, *Memorias militares,* pp. 92-3; los historiadores generalmente han retratado a Venancio López como la víctima inocente de la ambición de su hermano, pero probablemente si él o su hermano Benigno hubieran llegado all poder, habrían sido tan capaces como el mariscal de consumar una política de venganza y asesinato. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 13: 29, 48.
[1031] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 585; Federico García, «La prisión y vejámenes de doña Juana Carrillo de López

ante el ultraje de una madre», en Junta Patriótica, *El mariscal Francisco Solano López,* pp. 73-98 y *passim.*

[1032] Centurión ofrece extensa información sobre el «juicio», haciendo comparaciones con Julio César y otras figuras clásicas que habían tenido que procesar a sus parientes. Ver *Memorias,* 4: 118-24; en contraste, Fidel Maíz, quien encabezó la investigación, da relativamente poca información sobre lo que ocurrió. Ver cartas de Maíz en MHMA-CZ, carpeta 122, n. 4-5.

[1033] Washburn atribuye esta brutalidad al sadismo de López. Ver *The History of Paraguay,* 2: 586. El odio que reservaron sus hermanas para el mariscal después de la guerra nunca se aplacó. Ver «Testimony of Señora Juana Inocencia López de Ba-rrios», Asunción, 17 de enero de 1871, en Scottish Record Office, CS 244/543/19, p. 84 y *passim;* y Héctor Francisco Decoud, «El coronel Venancio López —suplicio y muerte», «Trato a las hermanas — Inocencia y Rafaela López», «La bendición maternal —hipocresía y crueldad», «Amor filial», y «Azotador de la propia madre —la orden de fusilarla— crueldad sin nombre», en Junta Patriótica, *El mariscal Francisco Solano López,* pp. 369-82.

[1034] El novelista argentino Manuel Gálvez pintó un conmovedor retrato del coraje de Juana Pabla bajo el látigo en sus *Jornadas de agonía* (Buenos Aires, 1948), p. 151 (originalmente publicado en 1929); el doctor Frederick Skinner, quien estuvo mucho más cerca de los acontecimientos tanto en tiempo como en espacio, se sentía menos escandalizado por el maltrato del mariscal a sus familiares que por la indiferencia que mostró por sus compatriotas en general. Ver Skinner a Washburn, Buenos Aires, 20 de junio de 1870, en Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 586.

[1035] Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem* (Nueva York,

1963). Como sus predecesores en San Fernando (y también como el SS-Obersturmbannfuehrer Eichmann), Aveiro consideraba la obediencia a las órdenes su suprema responsabilidad. Lo mismo, para su descrédito, consideraba Centurión. Ver *Memorias,* 4: 148-50.

[1036] Testimonio de Concepción Domecq de Decoud (Asunción, 1888) en MHMA, CZ, carpeta 128.

[1037] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 226; Cecilio Báez, «Pancha Garmendia», *El Combate* (Formosa), 13 de mayo de 1892; «Pancha Garmendia», *El Orden* (Asunción), 22 de julio de 1926; Jacinto Chilavert, «La Leyenda de Pancha Garmendia», *Revista de las FF.AA. de la Nación,* año 3 (julio de 1943); Aveiro a Centurión, Asunción, abril de 1890, en Centurión, *Memorias,* 4: 208-12; y Cardozo, *Hace cien años,* 13: 101-2, 104, 121-2. 203-4.

[1038] Acciones en octubre y noviembre de 1869 les costaron a los paraguayos otros 200 muertos y heridos, una pérdida pequeña en comparación con Tuyutí o Boquerón, pero muy significativa en esta coyuntura. Ver Corselli, *La Guerra Americana,* pp. 535-6; Gaspar Centurión, *Recuerdos de la guerra del Paraguay,* pp. 25-8; y Cardozo, *Hace cien años,* 13: 77-9, 83-6, 169-72. Comentarios del lado brasileño sobre estos cortos enfrentamientos pueden encontrarse en «Correspondencia», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 10 de noviembre de 1869; «Correspondencia de Asunción», 31 de octubre de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 17 de noviembre de 1869; «Correspondencia de Asunción», 9 de noviembre de 1869, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 7 de diciembre de 1869; y «Diário de Francisco Pereira da Silva Barbosa», quien da extensos detalles no solo de la mísera condición de las tropas paraguayas, sino de la falta de provisiones entre los

aliados.
[1039] Falcón, *Escritos históricos,* pp. 103-4.
[1040] Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 149-50; Solalinde abrió posteriormente un hospital en su casa en Asunción, donde trató a muchos veteranos, incluyendo al oficial naval Romualdo Núñez, quien nunca dejó de expresar su gratitud al «desertor». Ver Riquelme García, *El ejército de la epopeya,* 2: 392. Más tarde todavía, Solalinde vendió sus propiedades rurales en el departamento de San Pedro a la hermana de Friedrich Nietzsche y su extravagantemente antisemita eposo para el establecimiento de una colonia alemana «pura», grandilocuentemente bautizada como Nueva Germania, en 1888. Ver Ben MacIntyre, *Forgotten Fatherland. The Search for Elisabeth Nietzsche* (Nueva York, 1992), pp. 119-24.
[1041] Las patrullas aliadas estaban ávidas de encontrar tropas paraguayas que hubieran escapado de sus garras en Tupí-pytá para ejecutar a los sobrevivientes que cayeran en sus manos, hecho al que López se refirió en muchas ocasiones durante la subsecuente retirada. Ver Centurión, *Memorias,* 4: 140-2.
[1042] José Falcón señaló que, ante la ausencia de aves, el área parecía un inmenso yermo, solo interrumpido por gente miserable que pasaba a través de él, con montículos de «seis, ocho e incluso diez personas» muertas de hambre al costado del camino. Ver *Escritos históricos,* pp. 104-5; Aguiar, *Yatebó,* pp. 39-47. Si los aliados hubieran prestado más atención, habrían podido seguir el rastro de la retirada paraguaya por la línea de cadáveres.
[1043] *La Prensa* (Buenos Aires), 3 de noviembre de 1869. Aunque era ciertamente fatuo quejarse de la interminable guerra, cuanto más insistían Paranhos y los comandantes militares aliados en que López

estaba terminado, más dudaban los asunceños de su palabra. Nadie creía en un resurgir del lopismo, pero el hecho de que el mariscal siguiera libre agregaba ansiedad en el país y hacía las cosas difíciles para los ocupantes.

[1044] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 227.

[1045] Interrogatorio al capitán paraguayo Ramón Bernal, Concepción, 10 de noviembre de 1869, en IHGB, lata 449, doc. 79; interrogatorio al italiano Abraham Sartorius, residente en Paraguay desde 1862 (y en servicio del gobierno de López), Rosario, 22 de diciembre de 1869, en IHGB, lata 449, doc. 75 [y *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 16 de enero de 1870]; e interrogatorio al sargento paraguayo Antonio Benítez, 4 de enero de 1870, en IHGB, lata 449, doc. 78. Ver también Coronel Antonio da Silva Paranhos a general Victorino, Concepción, 12 de noviembre de 1869, en IHGB, lata 448, doc. 60.

[1046] Los brasileños calcularon las fuerzas enemigas en 4 a 5.000 hombres en esta etapa, cuando la verdadera cifra era probablemente menos de la mitad. Ver *Campanha do Paraguay. Diário,* p. 275 (entrada del 10 de noviembre de 1869).

[1047] Ver «Teatro de la guerra» (Patiño Cué, 20 de noviembre de 2869), en *La Prensa* (Buenos Aires), 27 de noviembre de 1869, y Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 11-115.

[1048] Antonio da Silva Paranhos a Victorino, Concepción, 16 de enero de 1870 (con comentarios adjuntos del general Câmara sobre el enfrentamiento en Lamas Ruguá), en IHGB, lata 448, doc. 65. Dos días antes el conde d'Eu envió al ministro de Guerra una carta en la que señaló que una ofensiva en esa área no tenía oportunidades de éxito debido a que Curuguaty e Ygatymí estaban casi desiertas.

Ver Gaston d'Orleans a Muritiba, Rosario, 14 de enero de 1870, en Tasso Fragoso, *Historia da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguay,* 5: 147-53.

[1049] Hasta 4.000 hombres pudieron haberse unido a sus fuerzas después de Ñu Guazú, pero ese número tuvo que haberse reducido apreciablemente. Las enfermedades también tenían sus efectos y, sobre todo, las deserciones, que se habían vuelto difíciles de contener. Ver Cardozo, *Hace cien años,* 13: 195-6.

[1050] Centurión relata que los soldados volvieron del monte con frutas de *aracitú* (chirimoyas silvestres), que en tiempos normales habrían servido maravillosamente para un postre dulce, pero que en esa ocasión enfermaron a esos hombres tan poco acostumbrados a comer algo tan rico en azúcar. El mismo coronel pasó la noche con diarrea y terribles dolores de estómago. Ver *Memorias,* 4: 154-5.

[1051] *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 14 y 15 de febrero de 1870; no está claro cuántos hombres se recuperaron de sus heridas y enfermedades, pero la falta de comida sugiere que más de 700 perecieron. Ver Centurión, *Memorias,* 4: 150.

[1052] *The Standard* (Buenos Aires), 22 de febrero de 1870; el vicepresidente Sánchez escribió una breve carta al mariscal el 13 de febrero de 1870 agradeciéndole por enviar al coronel Patricio Escobar para llevarle un buey para su transporte a través de la espesura. Esta corta misiva constituye una de las pocas fuentes sobre la retirada de Panadero a Cerro Corá. Ver BNA-CJO

[1053] *La Nación Argentina* (Buenos Aires) publicó que ya en febrero López había caído en la bebida y que estaba permanentemente ebrio. Ver edición del 5 de febrero de 1870.

[1054] «Latest from Paraguay», *The Standard* (Buenos Aires), 16 de febrero de 1870. Las «siete caídas» del Salto del Guairá fueron

alguna vez majestuosamente hermosas. Servían como punto de referencia de exploradores que remontaban el Paraná desde la época de los jesuitas y solamente fueron ubicadas con cierta precisión en el mapa a principios de los 1860 como parte de un estudio geográfico e hidrográfico encargado por Carlos Antonio López. Cien años más tarde, las «Sete Quedas» quedaron inundadas por las aguas de un lago artificial creado por la construcción del complejo hidroeléctrico de Itaipú.

[1055] *The Standard* (Buenos Aires), 16 de febrero de 1870; Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 159-72; Cardozo, *Hace cien años,* 13: 271-3, 313-4; más de treinta años más tarde, un testigo en las tropas de Câmara recordó la fecha de partida de Concepción como el 9 de febrero de 1870, pero probablemente fue una o dos semanas antes. Ver «Aquidabán», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 5 de marzo de 1904.

[1056] «Correspondencia da Vila do Rosario» (14 de febrero de 1870), *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 28 de febrero de 1870; Antonio da Silva Paranhos a Victorino, Concepción, 12-13 de febrero de 1870, en IHGB, lata 448, doc. 67; *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 31 de marzo de 1870.

[1057] Centurión, *Memorias,* 4: 161-4.

[1058] Otras fuentes aseguran que los paraguayos llegaron a Cerro Corá el 7-8 de febrero de 1870. Ver Marco Antonio Laconich, «La campaña de Amambay», *Historia Paraguaya* 13 (1969-70), pp. 17-8. Varias versiones indican que los movimientos precisos de las fuerzas del mariscal en Cerro Corá fueron revelados a los brasileños por Cirilo Solalinde, el enfermero que había escapado de las líneas aliadas unos días antes. Ver Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,*

pp. 151-3.
[1059] El mariscal mantuvo en Cerro Corá una conversación sobre esto con Víctor Silvero. Esta conversación, recordada por Silvero a avanzada edad, fue relatada a Juansilvano Godoi en Buenos Aires a fines de los 1800. Ver *El barón de Rio Branco. La muerte del Mariscal López,* pp. 119-22. El periodista correntino y ex miembro de la Junta Gubernativa de la provincia supuestamente escribió una memoria, pero nunca fue publicada y desapareció después de su muerte en 1902.
[1060] El mariscal todavía podía impresionar a sus soldados con las muestras de camaradería y bravuconadas comunes en varios comandantes. En una ocasión, en Cerro Corá, los hombres se divirtieron al ver a López sacarse la ropa, tirarse al torrentoso arroyo y vencer la corriente con facilidad, ilustrando así cómo se podían obtener victorias a través de la audacia. Ver Centurión, *Memorias,* 4: 156-7.
[1061] Cardozo, *Hace cien años,* 13: 423.
[1062] La decoración completa debía consistir en cintas doradas y coloradas, de las cuales pendía una medalla con la leyenda «Venció penurias y fatigas, Campaña de Amambay, 1870» en uno de los lados y en su reverso simplemente «Mariscal López». Se ha discutido mucho sobre la historia de esta medalla. Ver decreto de Francisco Solano López, Campamento General Aquidabaniguií, 25 de febrero de 1870, en ANA-SH 356, n. 17; Centurión, *Memorias,* 4: 168-70.
[1063] Napoleón sostenía que eran este tipo de pequeñeces las que guiaban a los hombres (una opinión que indudablemente el mariscal López compartía). Ver Cunningham Graham, *Portrait of a Dictator;* p. 262. Panchito López estaba entre quienes ganaron la

condecoración. Ver Luis Caminos a Juan F. López, Aquidabaniguí, 26 de febrero de 1870, en Ramón César Bejarano, *Panchito López* (Asunción, 1970), p. 59.

[1064] «Primero de marzo de 1870. Cerro-Corá», *Revista del Instituto Paraguayo*, 6 (1897), p. 374; Cardozo, *Hace cien años,* 13: 380-3; Resquín habla de 23 hombres acompañando a Caballero. Ver testimonio de Resquín en Masterman, *Seven Eventful Years*, 2: 419.

[1065] Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 144-6. Ver también Centurión, *Memorias,* 4: 164; Cardozo, *Hace cien años,* 13: 402. Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay*, p. 149.

[1066] La mayoría montaba en mulas antes que en caballos. Las mulas resistían mejor las fatigas de con estas labores prolongadas. Ver Da Cunha, *Propaganda contra o Imperio. Reminiscencias,* pp. 60-1; Tasso Fragoso, *História da Guerra entre a Tríplice Aliança e o Paraguai,* 5: 172-6.

[1067] Un comentarista anónimo de la siguiente generación (posiblemente un joven Juan E. O'Leary) sostuvo que «dos traidores guiaron a las fuerzas brasileñas». Ver «Cerro Corá», *La Opinión* (Asunción), 8 de abril de 1895; y más ampliamente, «Noticias del Paraguay», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 31 de marzo de 1870; Mozart Monteiro, «Como foi morto Solano López», *Diário de Noticias* (Rio de Janeiro), 11 de septiembre de 1949; Aguiar, *Yatebó,* pp. 50-4.

[1068] «La fuga del mariscal», en Junta patriótica, *El mariscal Francisco Solano López,* pp. 158-62.

[1069] Cardozo, *Hace cien años,* 13: 436-7.

[1070] Maíz a O'Leary, Arroyos y Esteros, 16 de mayo de 1911, en

Maíz, *Autobiografía y cartas,* pp. 333-4; Cardozo, *Hace cien años,* 13: 434-5.

[1071] Centurión, *Memorias,* 4: 172-3; Olinda Massare de Kostianovsky, «Cuatro protagonistas de Cerro Corá», *Anuario del Instituto Femenino de Investigaciones Históricas,* 1 (1970-1971), pp. 48-49.

[1072] Aveiro, *Memorias militares*, p. 102; Cerqueira, *Reminiscencias da Campanha*, p. 400.

[1073] Ignacio Ibarra, «1 de marzo de 1870. Cerro Corá», *La Democracia* (Asunción), 1 de marzo de 1885; *A Gazeta de Noticias* (Rio de Janeiro), 20 de marzo de 1880.

[1074] Como era de esperarse, Resquín contó una historia diferente. Afirmó que López le había delegado la tarea de escoltar a Madame Lynch fuera de la línea de fuego. Sin embargo, algunos testigos lo ubican más cerca de la acción, detrás de López, y le endilgan el ignominioso acto de haber entregado su espada al enemigo sin intentar oponer resistencia. Ver Resquín, *La guerra del Paraguay contra la Triple Alianza,* pp. 152-4; «Another Account of the Death of López [Testimony of Colonel José Simão de Oliveira, Brasilian engineer]», *The Standard* (Buenos Aires), 6 de abril de 1870; y Amerlan, *Nights on the Río Paraguay,* p. 54.

[1075] Aveiro, *Memorias militares,* pp. 103-4.

[1076] Un oscuro subteniente llamado Frankin M. Machado afirmó haber disparado un tiro que hirió a López, pero la mayor parte de la evidencia tiende a confirmar que el mariscal fue herido con un sable y solo después por una bala y en la espalda. Ver *A Reforma* (Rio de Janeiro), 27 de septiembre de 1870; Walter Spalding, «Aquidabã», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul* 23 (1943), pp. 205-11; James Schofield Saeger considera

significativo, o al menos indicativo de cobardía, el hecho de que el mariscal recibiera un tiro en la espalda, pero los registros de todas las guerras modernas presentan un sinfín de héroes que murieron de esa forma. Es cierto que López nunca había exhibido mucho coraje, pero en Cerro Corá se negó a rendirse pese a saber que ello implicaba una muerte segura. Ver *Francisco Solano López and the Ruination of Paraguay,* p. 187.

[1077] Francisco Xavier da Cunha afirmó que el mariscal sucumbió por el tiro de un rifle antes que por la herida de una lanza. Ver *Propaganda contra o Imperio. Reminiscencias,* p. 62. Rodolfo Aluralde, un mercader argentino que acompañó a las tropas de Câmara a Cerro Corá, dijo que el general brasileño en persona dio órdenes de disparar a López. Citado en Godoi, *El barón de Rio Branco,* p. 126: En su *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay* (Buenos Aires, 1945), pp. 134-55, el historiador mexicano Carlos Pereira señala que en el fragor del ataque el mariscal también recibió un mandoble de sable en la cabeza, que no lo mató. Siguiendo el testimonio del general Câmara y de gran número de otras fuentes brasileñas, Gustavo Barroso sostiene que fue un tiro en la espalda el que mató a López. Ver *A Guerra do López* (Rio de Janeiro, 1939), p. 238, así como Da Cunha, *Propaganda contra o Imperio,* p. 62, y Arnaldo Amado Ferreira, «Um Fato Histórico Esclarecido, Marechal Francisco Solano López», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo* 70 (1973), pp. 365-76, *passim.*

[1078] Ver Francisco Pinheiro Guimarães, *Um Voluntário da Pátria,* p. 156; Azevedo Pimentel, *Episódios Militares,* pp. 169-70; Núñez de Silva, «O Chico Diabo», *El Día* (Buenos Aires), 25 de enero de 1895; y Luis da Camara Cascudo, *López do Paraguay* (Natal, 1927), pp. 19-68, *passim.* Francisco Asis Cintra menciona

varias sólidas fuentes del lado brasileño para cuestionar la versión de que la lanza de Lacerda fue la que dio el golpe mortal al mariscal. Ver su «Chico Diabo», *Correio da Manhã* (Rio de Janeiro), 13 de junio de 1920, y *Limar a História* (Rio de Janeiro, 1923), pp. 31-40. En contraste, Mello Nogueira, «Quem matou Solano López?», en IHGB, lata 316, doc. 6, sugiere lo contrario.

[1079] Las últimas palabras del mariscal fueron relatadas con variaciones. Algunos escritores agregan «¡y con la espada en mi mano!» al familiar «¡Muero con mi patria!» Otros (incluyendo a Centurión, por ejemplo), registraron las palabras como «¡Muero *por* mi patria!» La diferencia entre las dos expresiones es tenida por esencial por muchos paraguayos para comprender el papel de López en su historia nacional, y ha engendrado muchas agrias polémicas. Los idólatras del mariscal en el siglo veinte convirtieron sus palabras en algo canónigo, designado, casi como una última comunicación con Dios. Juan E. O'Leary adorna las palabras del mariscal con gloria, pero sería más preciso verlas como precipitadas, humanas y, en última instancia, incluso trilladas. Ver *Nuestra Epopeya*, p. 569, y *El héroe del Paraguay* (Montevideo, 1930), pp. 59-75; Henrique Oscar Wiederspahn, «O Drama de Cerro Corá», *A Gazeta* (São Paulo), 14 de noviembre de 1950; J. B. Godoy, «A Enigmática Morte de Solano Lopes», *Diario Trabalhista* (Rio de Janeiro), 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10, 16, 17, 20, 23 y 23 de enero de 1953; Ezequiel González Alsina, *A cien años de Cerro Corá* (Asunción, 1970); y para un enfoque más teórico, Karl S. Guthke, *Last Words. Variations on the Theme in Cultural History* (Princeton, 1992), pp. 67-97.

[1080] Sobre el impacto social y cultura de las muertes «heroicas», ver Simon Schama, *Dead Certainties (Unwarranted Speculations)* (Nueva York, 1991).

[1081] Cardozo, *Hace cien años,* 13: 448-9; Sánchez y Caminos —los Rosencrantz y Guildenstern del conformismo político en el Paraguay lopista— desempeñaron su papel preescrito en el mismo final, entregando sus vidas por el mariscal cuando ambos probablemente podrían haber salido ilesos de la guerra.
[1082] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 230, y Fano, *Il Rombo del Canone Liberale,* p. 456; escribiendo desde muy lejos en términos de espacio, si bien no de tiempo, un reportero del *New York Herald* (12 de mayo de 1870).
[1083] «Noticias do Paraguay», *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 4 de abril de 1870 (incluye correspondencia de Martins y otros oficiales).
[1084] Bejarano, *Panchito López, passim.*
[1085] Héctor F. Decoud, «1 de marzo de 1870. Muerte del mariscal López».
[1086] Esta versión es dada por Cardozo, *Hace cien años,* 13: 446-7. *La Regeneración* (Asunción) publicó que el niño de once años no era hijo de Madame Lynch, sino de Juana Pesoa, una de las antiguas amantes del mariscal. Ver edición del 11 de marzo de 1870.
[1087] Ver «Testimonio de Patricio Escobar» en MHMA-CZ, carpeta 129. El doctor Washington Ashwell publicó recientemente una «memoria» de Escobar hallada en los estantes de la Academia Paraguaya de la Historia. Sin embargo, hay demasiados indicios de que el documento es falso, ya que utiliza un lenguaje anacrónico para hacer una serie de afirmaciones absurdas (incluyendo la idea de que Escobar, entonces un coronel de 27 años virtualmente desconocido, mantuvo activo contacto con Pedro II estando en camino al Aquidabán, y que también mantenía correspondencia con funcionarios del Palacio de Itamaraty del Brasil, un edifico

construido recién en los 1890). Ver Ashwell, *General Patricio Escobar. Guerrero, diplomático y estadista* (Asunción, 2011).
[1088] Ver «Certificación de las Heridas Causantes de la Muerte del Mariscal Francisco Solano López por parte de los Cirujanos del Ejército Brasileño Manoel Cardoso da Costa Lobo y Militão Barbosa Lisboa», Concepción, 25 de marzo de 1870, en ANA-SH 356, n. 18. Este informe parecería resolver la cuestión de si el mariscal recibió o no un tiro en el pecho, pero los doctores no pudieron determinar qué heridas fueron provocadas primero ni cuál de ellas fue la fatal.
[1089] Ver *The Standard* (Buenos Aires), 6 de abril de 1870; Amerlan, *Nights on the Rio Paraguay,* p. 155.
[1090] Washburn, *The History of Paraguay,* 2: 593.
[1091] *The Standard* (Buenos Aires), 6 de abril de 1870.
[1092] Ver testimonio de Cunha Mattos en Von Versen, *História da Guerra do Paraguai* (Rio de Janeiro, 1913), pp. 263-7.
[1093] Schneider, «Guerra de la Triple Alianza», p. 463. El mayor Floriano contó que Lynch «causó gran sensación» entre los oficiales aliados. Ver Floriano Peixoto a Tiburcio Ferreira, Arroyo Guazú, 4 de marzo de 1870, en Roberto Macedo, *Floriano na Guerra do Paraguai* (Rio de Janeiro, 1938), pp. 43-4.
[1094] *The History of Paraguay,* 2: 593. Ver también Barbara Potthast, *«Paraíso de Mahoma» o «País de las mujeres»?* (Asunción, 1996), p. 296, n. 169.
[1095] Cerqueira, quien no estuvo presente en Cerro Corá, dijo que hubo júbilo entre los soldados aliados, que cantaron himnos de gracias y gritaron loas al emperador cuando supieron de la victoria de Câmara. Ver *Reminiscencias da Campanha,* p. 400.
[1096] En 1936 se exhumaron los huesos del mariscal y de Panchito para trasladarlos al Panteón Nacional de los Héroes en Asunción,

pero casi inmediatamente surgieron dudas sobre su autenticidad. Ver comentario de Juan Stefanich, *La Nación* (Asunción), 23 de septiembre de 1936; y Efraím Cardozo, «¿Dónde están los restos del mariscal López?», *La Tribuna* (Asunción), 29 de marzo de 1970.

[1097] Informe Oficial del general Câmara (Concepción, 13 de marzo de 1870), en *Revista del Instituto Paraguayo,* 12 (1892), p. 421.

[1098] Taunay, *Diário do Exército,* pp. 274-8 (entradas del 4-8 de marzo de 1870); Cardozo, *Hace cien años,* 13: 448.

[1099] De acuerdo con Amerlan, la espada «no parecía la de un bravo guerrero determinado a vender su vida por un alto precio. Era una espada lujosa. La empuñadura tenía un protector de tortuga ornamentado con bronce dorado». Ver *Nights on the Río Paraguay,* p. 156.

[1100] Couto de Magalhães (1837-1898) ascendió al rango de general después de la guerra y ganó aclamación como académico mucho antes de su retiro. Su estudio de 1876, *O Selvagem,* estimuló investigaciones folclóricas en Brasil. En 1907, su sobrino entregó este raro texto jesuita tomado de entre las pertenencias del mariscal al diplomático Manoel Oliveira Lima, quien lo incluyó en su famosa colección de libros y documentos donados a la Universidad Católica, en Washington, D.C., donde permanece hasta hoy.

[1101] Maíz, *Etapas de mi vida,* p. 75.

[1102] Pinheiro Guimarães, *Um Voluntário,* p. 44; el general Câmara nunca reconoció su paternidad en el caso de Adelina López, la hija nacida de Inocencia después de su regreso a Asunción. Wanderley, en contraste, se casó con la hija de Venancio.

[1103] Centurión supuestamente firmó como «Centauro» como una manera de invalidar el documento. Ver *Memorias,* 4: 200.

[1104] Aveiro se las había arreglado para escapar de Cerro Corá, pero, no teniendo a dónde ir, siguió a una caravana de prisioneros y finalmente se entregó. Ver *Memorias,* pp. 107-8.

[1105] El coronel Thompson, que ya se había ido a su casa y retornado, escribió a su amigo, el jefe de telegrafistas Robert von Fischer Treuenfeld, ocho días más tarde, que la guerra había terminado y que López había muerto valientemente. Ver Thompson a Fischer Treuenfeld, Córdoba, 12 de marzo de 1870, en ANA-SH 356, n. 19.

[1106] El 7 de marzo, *La Prensa* (Buenos Aires) todavía estaba en la oscuridad sobre los movimientos del mariscal en el nordeste. Dos días más tarde, en artículos relativamente breves, la prensa porteña informó sobre su muerte y la destrucción de su ejército en Cerro Corá. Ver *La República* (Buenos Aires), 10 de marzo de 1870. El mismo día, *El Río de la Plata* (Buenos Aires) de José Hernández dio, melancólicamente, la misma noticia, lamentando los terribles costos soportados por el «pueblo fraterno» del Paraguay. Ver también Francisco Rebello de Carvalho, *A Terminação da Guerra* (Rio de Janeiro, 1870), *passim.*

[1107] *La Regeneración* (Asunción), 9 de marzo de 1870; *La Prensa* (Buenos Aires), 17 de marzo de 1870.

[1108] Dos días después del enfrentamiento en Cerro Corá, la misma unidad que había matado al general Roa se topó con una pequeña unidad de paraguayos al mando del coronel Juan Bautista Delvalle, quien había huido con varias carretas de plata y otros valores. Aunque Delvalle y los otros levantaron sus manos en señal de rendición, los brasileños los mataron a todos excepto a uno y se dividieron el botín. Ver Centurión, *Memorias,* 4: 192-5; Ramón César Bejarano, *«El Pila», señor del Chaco* (Austin, 1985), pp.

390-1; y Leuchars, *To the Bitter End,* p. 231.

[1109] Telegrama a Paranhos, 10 de marzo de 1870, en *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 25 de marzo de 1870; Centurión, *Memorias,* 4: 189-90.

[1110] Los prisioneros de Cerro Corá, unos 300 oficiales y tropa (excluyendo a los de mayor rango), llegaron a Asunción a fines de mes y fueron pronto liberados. Ver *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 14 de abril de 1870.

[1111] El ministro de Estados Unidos en Buenos Aires hizo esta estimación de costos, agregando en su despacho a Washington que el imperio había incurrido en gastos de guerra casi seis veces mayores. De hecho, esperaba que las resultantes presiones presupuestarias estancaran la economía de Brasil por algún tiempo. Ver R. C. Kirk a Hamilton Fish, Buenos Aires, 11 de septiembre de 1869, en NARA FM 69, n. 18. Para más detalles, ver *La Prensa* (Buenos Aires), 18 de octubre de 1869; y *La Nación Argentina* (Buenos Aires), 27 de octubre de 1869.

[1112] Tanto el Banco de la Provincia de Buenos Aires como el Banco de Londres se beneficiaron del conflicto de Argentina con Paraguay. La última institución proporcionó un sustancial préstamo al gobierno nacional a una tasa del 18 por ciento y vio sus reservas crecer por diez durante los años de guerra, a pesar de haber pagado altos dividendos. Ver H. S. Ferns, *Britain and Argentina y the Nineteenth Century* (Oxford, 1960), p. 359.

[1113] Irónicamente, Urquiza no sobrevivió por mucho tiempo al mariscal López y murió asesinado en uno de los últimos levantamientos federalistas en las provincias del litoral. Ver María Amarilla Duarte, *Urquiza y López Jordán* (Buenos Aires, 1974); y Beatriz Bosch, *Urquiza y su tiempo* (Buenos Aires, 1980), pp. 705-

14. En su cuento «San José», el autor escocés Cunninghame Graham ofrece un sentimental esbozo inspirado en el asesinato de Urquiza. Ver *Progress* (Londres, 1986), pp. 62-84.

[1114] Armando Alonso Piñeiro, *La misión diplomática de Mitre en Río de Janeiro, 1872* (Buenos Aires, 1977).

[1115] En septiembre de 1874, Mitre montó un levantamiento armado contra el gobierno libremente electo que había aplastado a su partido en los comicios. Esta vez no se saldría con la suya, y nunca más lo haría. No fue el mejor momento de un estadista que pretendía ser recordado como un demócrata constitucionalista. Ver Omar López Mato, *1874. Historia de la revolución olvidada* (Buenos Aires, 2005).

[1116] José Hernández fue solo una de muchas figuras que notaron las contradicciones en este proceso. Es dudoso que Mitre experimentara una nostalgia similar, pero es obvio que se sentía incómodo en el mundo que tanto había hecho por crear. Sobre los cambios económicos en Argentina durante esos años, ver James R. Scobie, *Revolution on the Pampas. A Social History of Argentine Wheat, 1860-1910* (Austin, 1977); sobre los cambios políticos, ver Natalio Botana, *De la república posible a la república verdadera, 1880-1910* (Buenos Aires, 1997), y *El orden conservador* (Buenos Aires, 1998).

[1117] Sobre el aporte de Mitre como historiador y escritor, ver Eduardo Segovia Guerrero, «La historiografía argentina del romanticismo», disertación doctoral, Universidad Complutense (Madrid, 1980), y Guillermo Furlong Cardiff, «Bartolomé Mitre: El hombre, el soldado, el historiador, el político», *Investigaciones y Ensayos,* 2 (1971), pp. 325-522.

[1118] La obra de Sarmiento, que el filósofo dominicano Pedro

Henríquez Ureña denomina «tanto un programa como una profecía», lo sobrevivió y lo transformó en la figura clave de la educación argentina en los últimos años de siglo diecinueve. Ver *A Concise History of Latin American Cultura* (Nueva York, 1967), p. 73.

[1119] Moritz Schwarcz y Gledson, *The Emperor's Beard,* p. 248.

[1120] Manuel de Oliveira Lima, *O Império Brasileiro, 1822-1889* (São Paulo, 1927), p. 146; Hélio Viana, «O Conde d'Eu: Advogado dos que serviran na Guerra. Dez cartas inéditas do Príncipe Gastão de Orléans», *Cultura Política* 31 (22 de agosto de 1943), pp. 321-7. Los diarios y papeles personales del conde sobre estas y muchas otras cuestiones relativas a la guerra pueden encontrarse en «Papiers personnels de Gaston, comte d'Eu (1842-1922)», Archives Nationales (París), Archives de la Maison de France (branche d'Orléans), *dossier* 300 AP IV 278.

[1121] Estos hombres eran en su mayoría *caboclos* o blancos pobres que se asentaban en los barrios de la periferia de São Paulo y otras ciudades, aprovechaban el reparto de tierras y las recompensas monetarias a los veteranos y cuyos hijos se convertirían en la clase media baja que definitivamente se alinearía con el cambio político y contra el *statu quo*. Ver Pedro Calmon, *História da Civilização Brasileira* (São Paulo, 1940), pp. 226-9, y Kolinski, *Independence or Death!,* p. 195.

[1122] Ver John Henry Schulz, «The Brazilian Army and Politics, 1850-1894», tesis doctoral (Universidad de Princeton, 1973), pp. 115-30.

[1123] Las fatalidades totales sufridas por las fuerzas armadas brasileñas durante el curso de la guerra son difíciles de determinar, aunque las estadísticas más completas parecerían sugerir que al menos 29.000 brasileños murieron en combate, con otros 30.000

muertos por otras causas (o desaparecidos). Ver Robert L. Scheina, *Latin America's Wars* (Washington, 2003), p. 331.

[1124] Emilia Viotti da Costa, *The Brazilian Empire. Myths and Histories* (Chicago y Londres, 1985), p. 73, y más ampliamente, João de Scantimburgo, *História do Liberalismo no Brasil* (São Paulo, 1996), pp. 139-97, *passim.*

[1125] Paranhos había experimentado ambivalencia acerca del lugar de esta «peculiar institución» en la sociedad brasileña. Con el tiempo, sin embargo, llegó a considerar la esclavitud como el mayor obstáculo no solamente para el progreso social, sino para las buenas relaciones con el resto del mundo. Ver Robert Edgar Conrad, *The Destruction of Brazilian Slavery, 1850-1888* (Berkeley, 1972), pp. 106-17, y Jeffrey D. Needell, *The Party of Order. The Conservatives, the State, and Slavery in the Brazilian Monarchy, 1831-1871* (Stanford, 2006), pp. 254-6.

[1126] El tiempo que estuvo Paranhos como primer ministro fue el más prolongado en la era imperial, y cuando finalmente dio un paso al costado en 1875 fue en contra de los ruegos del emperador. Ver Barman, *Citizen Emperor,* p. 477, n. 122; José Murilo de Carvalho, *D. Pedro II* (São Paulo, 2007), pp. 58-9, y *passim;* Lidia Besouchet, *José Maria Paranhos. Vizconde do Rio Branco* (Buenos Aires, 1944), pp. 251-62.

[1127] Hermes Vieira, *A Princesa Isabel no Cendrio Abolicionista do Brasil* (São Paulo, 1941); Barman, *Princess Isabel of Brazil*, pp. 232-4, 249.

[1128] Garmendia, *Recuerdos de la campaña del Paraguay y de Rio Grande* (Buenos Aires, 1904), p. 493; Doratioto, *Maldita Guerra,* p. 462; Warren, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Years,* p. 31.

[1129] Las idas y venidas de la figura de Artigas en la construcción de un mito uruguayo se detallan en las dos obras de Guillermo Vázquez Franco, *La historia y los mitos* (Montevideo, 1994) y *Francisco Berra: la historia prohibida* (Montevideo, 2001).

[1130] La admiración mutua comúnmente expresada en la prensa brasileña y en la argentina fue inesperadamente prevalente en el período anterior a la disputa territorial por las Misiones en los 1890. Ver Ori Preuss, *Bridging the Island. Brazilians' Views of Spanish America and Themselves, 1865-1912* (Madrid, Orlando y Frankfurt, 2011).

[1131] Ver Eliza A. Lynch, *Exposición y protesta que hace Eliza A. Lynch* (Buenos Aires, 1875); *La Tribuna* (Buenos Aires), 26 de septiembre de 1875; y *Artículos publicados en «El Paraguayo» referentes a la reclamación Coredero* (Asunción, 1888). Ver también Lillis y Fanning, *Lives of Eliza Lynch,* pp. 162-95.

[1132] Ver Lillis y Fanning, *Lives of Eliza Lynch,* pp. 196-207.

[1133] M. L. Forgues, «Le Paraguay. Fragments de journal et de correspondences, 1872-1873», *Le Tour du Monde* 27 (1874), pp. 369-416; K. Johnson, «Recent Journeys in Paraguay», *Geographical Magazine* 2 (1875), pp. 267-9; y más ampliamente, Juan Carlos Herken Krauer, *El Paraguay rural entre 1869 y 1913: Contribución a la historia económica regional del Plata* (Asunción, 1984), pp. 76-80.

[1134] Irene S. Arad, «La ganadería en el Paraguay, 1870-1900», *Revista Paraguaya de Sociología* 10, n. 28 (septiembre-diciembre de 1973), p. 8.

[1135] Ver Vera Blinn Reber, «Demographics of Paraguay: A Reintepretation of the Great War, 1864-1870», *Hispanic American Historical Review* 68: 2 (1988), pp. 289-319; Thomas L. Whigham y

Barbara Potthast, «Some Strong Reservations: A Critique of Vera Blinn Reber's "The Demographics of Paraguay: A Reinterpretation of the Great War"» *Hispanic American Historical Review* 70: 4 (1990), pp. 667-76; «Solalinde Testimony» (Asunción, 14 de junio de 1871), en Scottish Record Office, CS 244/543/19.

[1136] Ver «Censo general de la república del Paraguay según decreto circular del Gobierno Provisorio del 29 de septiembre de 1870», en Archivo del Ministerio de Defensa Nacional (Asunción); Thomas L. Whigham y Barbara Potthast, «The Paraguayan Rosetta Stone: New Insights into the Demographics of the Paraguayan War, 1864-1870», *Latin American Research Review* 34: 1 (1999), pp. 174-86; Vera Blinn Reber, «Comment on the Paraguayan Rosetta Stone», *Latin American Research Review* 37: 3 (2002), pp. 129-36; Jan M. G. Kleinpenning, «Strong Reservations about "New Insights into the Demographics of the Paraguayan War"», *Latin American Research Review* 37: 3 (2002), 137-42; Thomas L. Whigham y Barbara Potthast, «Refining the Numbers: A Response to Reber and Kleinpenning», *Latin American Research Review* 37: 3 (2002), pp. 143-8. *La Reforma* (Asunción), 6 de agosto de 1876, hace referencia a otro censo, en este caso de abril de 1872, que registra una población total en Paraguay de 231.194 individuos, con solo 28.777 hombres adultos.

[1137] Ver Kleinpenning, *Paraguay, 1515-1870* (Frankfurt, 2003), p. 1.581; Cardozo, *Hace cien años,* 13: 316; Doratioto, *Maldita Guerra,* pp. 457-8.

[1138] Los revisionistas lopistas, quienes podrían ser llamados «contadores ultra altos», han exagerado deliberadamente los hallazgos de legítimos «contadores altos» para impulsar una descripción xenófoba de los brasileños como asesinos genocidas.

Ver, por ejemplo, Daniel Pelúas y Enrique Piqué, *Crónicas. Guerra de la Triple Alianza y el genocidio paraguayo* (Montevideo, 2007), p. 197, que menciona una pérdida total de entre 750.000 y 800.000 paraguayos, «todos los cuales murieron en batalla». Esto es como decir que murieron en la guerra el doble de las personas que de hecho vivían en el país.

[1139] Héctor Francisco Decoud, *La convención nacional constituyente y la Carta Magna de la República* (Buenos Aires, 1934); Carlos R. Centurión, *Los hombres de la convención del 70;* Juan Carlos Mendonça, *Las constituciones paraguayas y los proyectos de constitución de los partidos políticos* (Asunción, 1967).

[1140] Warren, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Decade,* p. 80.

[1141] Ver Warren, *Rebirth of the Paraguayan Republic,* pp. 39-133, *passim;* Gomes Freire Esteves, *El Paraguay constitucional, 1870-1920* (Buenos Aires, 1921); Florentino del Valle, *Cartilla cívica: proceso político del Paraguay, 1870-1950. El Partido Liberal y la Aso-ciación Nacional Republicana (Partido Colorado) en la balanza de la verdad histórica* (Buenos Aires, 1951); y Manuel Pesoa, *Orígenes del Partido Liberal Paraguay, 1870-1887* (Asunción, 1987).

[1142] Leuchars, *To the Bitter End,* p. 235.

[1143] Cecilio Báez, un culto proponente del antilopismo en Paraguay, presidente de la República por un corto período, alguna vez aludió en un foro público al «cretinismo» del pueblo paraguayo por haber seguido a un hombre como López. Ver Efraím Cardozo, *Breve historia del Paraguay* (Buenos Aires, 1965). En sus obras, Báez siempre denunció la corriente autoritaria en la sociedad

paraguaya. Ver, por ejemplo, *La tiranía en el Paraguay, sus causas, caracteres y resultados* (Asunción, 1903).

[1144] Los periódicos liberales *La Opinión* y *El Pueblo* criticaron severamente al joven historiador colorado Blas Garay por haber instigado a la turba. Ver Warren, *Rebirth of the Paraguayan Republic,* pp. 111-4, y Francisco Tapia, *El tirano Francisco Solano López arrojado de las escuelas* (Asunción, 1898).

[1145] Los lopistas del siglo veinte han insistido en que la causa nunca se perdió. Argumentan que el derramamiento de sangre representó un hito en la historia paraguaya, en el que el país se plantó firme en defensa de su libertad. O'Leary es el más comúnmente asociado a esta opinión, pero hay muchos otros, algunos de los cuales culpan a imperialistas y banqueros británicos más que a los *kamba*. Otros ven un lazo natural (aunque, de hecho, inverosímil) entre Francisco Solano López, el doctor Francia, Juan Manuel de Rosas y a veces hasta incluso Juan Domingo Perón y Fidel Castro. Ver O'Leary, *Los legionarios* (Asunción, 1930), pp. 192-216, y *El mariscal Francisco Solano López* (Asunción, 1970); Víctor N. Vasconcellos, *Juan E. O'Leary: el reivindicador* (Asunción, 1972); Alfredo Stroessner, *En Cerro Corá no se rindió la dignidad nacional* (Asunción, 1970); León Pomer, *La guerra del Paraguay. ¡Gran negocio!* (Buenos Aires, 1971); José María Rosa, *La guerra del Paraguay y las Montoneras argentinas* (Buenos Aires, 1986), y Eduardo H. Galeano, *Las venas abiertas de América Latina: Cinco siglos de pillaje de un continente* (México, 1971).

[1146] Las tendencias ideológicas de los radicales paraguayos de principios del siglo veinte son complejas y ocasionalmente evasivas en torno a la cuestión de la Guerra de la Triple Alianza. La posición

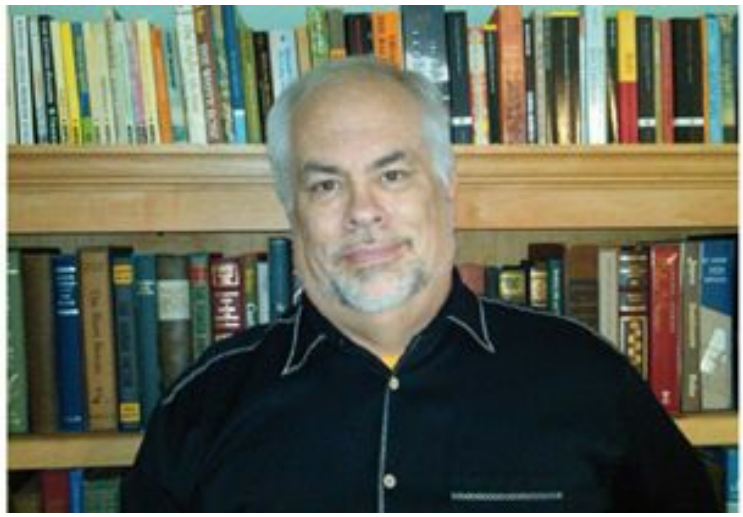
febrerista puede verse en Juan Stefanich, *La restauración histórica del Paraguay* (Buenos Aires, 1945) y Anselmo Jover Peralta, *El Paraguay revolucionario. Significación histórica de la revolución de febrero* (Asunción, 1946). La posición colorada (del sector que luego se denominaría «guionista») se puede extraer de Natalicio González, *Solano López y otros ensayos* (París, 1926) y *El Paraguay eterno* (Asunción, 1935). Y la posición marxista está bien ejemplificada en Oscar Creydt, *Formación histórica de la nación paraguaya* (s/l, 1963), pp. 43-8.

[1147] Este mismo sentimiento es revelado en el Paraguay moderno por Helio vera, cuyo *En busca del hueso perdido (tratado de paraguayología)* (Asunción, 1990), p. 131, sugiere que «el pasado paraguayo no existe como historia, solo como leyenda y, debido a ello, no tenemos historiadores, solo trovadores, emotivos cantantes épicos».

[1148] Ver Luc Capdevilla, «Patrimoine de la défaite et identities collectives paraguayennes au XXe siècle», en Jean-Yves Andrieux, *Patrimoine. Sources et paradoxes de l'identité* (Rennes, 2011), pp. 205-218; Peter Lambert, «Ideology and Opportunism in the Regime of Alfredo Stroessner, 1954-89», en Will Fowler, ed., *Ideologues and Ideologies in Latin America* (Westport, Connecticut, 1997), pp. 125-38.

[1149] Una de las últimas sobrevivientes de la guerra, una mujer de 105 años llamada Felipa Insfrán de Galeano, aún recordaba el hambre que habían pasado cuando fue entrevistada en 1968. Ver «Cuando los años pasan de cien», *La Tribuna* (Asunción), 6 de mayo de 1968.

Biografía



Thomas Whigham es Ph. D. en Historia por la Universidad de Stanford y profesor de Historia de la Universidad de Georgia, en Athens. Ha sido profesor visitante en University of California, California State Polytechnic University, California State University y San Francisco State University.

Obtuvo las becas Fulbright-Hays, Fulbright para Argentina, Fulbright para Paraguay y el Senior Faculty Research Grant (UGA Research

Foundation). Recibió además el premio LeConte Memorial para investigación y la distinción Student Government Association Award for Teaching.

Es autor, coautor y editor de numerosas publicaciones, como: Paraguay: *El nacionalismo y la guerra. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay en la Universidad de Montevideo; Lo que el río se llevó. Estado y comercio en Paraguay y Corrientes, 1776-1870; Paraguay: Revoluciones y finanzas. Escritos de Harris Gaylord Warren; La diplomacia norteamericana durante la guerra de la Triple Alianza: Escritos escogidos de Charles Ames Washburn sobre Paraguay, 1861-1868; Escritos históricos de José Falcón; Campo y frontera. Los últimos años coloniales; I Die With My Country! Perspectives on the Paraguayan War, y La Guerra de la Triple Alianza,* volúmenes I y II. Es miembro correspondiente de la Academia Paraguaya de la

Historia.

© 2012, Thomas Whigham
© 2012, Santillana S.A.
Avenida Venezuela 276, Asunción, Paraguay
www.prisaediciones.com/py

ISBN: 978-99967-32-02-7

Primera edición: diciembre de 2012
Diseño de cubierta: José María Ferreira y Mariana Barreto
Imagen de tapa: Barranca de Humaitá en 1869. Albúmina, 11 x 18 cm. Fotógrafo no identificado. Pertenece a la Colección Centro de Artes Visuales/Museo del Barro (Legado/Familia de José Antonio Vázquez).

Conversión a formato digital: Foinsa

Quedan prohibidos la reproducción total o parcial, el registro o la transmisión por cualquier medio de recuperación de información, sin permiso previo por escrito de Santillana S.A.

Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

www.editorialtaurus.com

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.editorialtaurus.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.editorialtaurus.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México
www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España

Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.editorialtaurus.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue

Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51